

DON
QUIJOTE
MANCHA

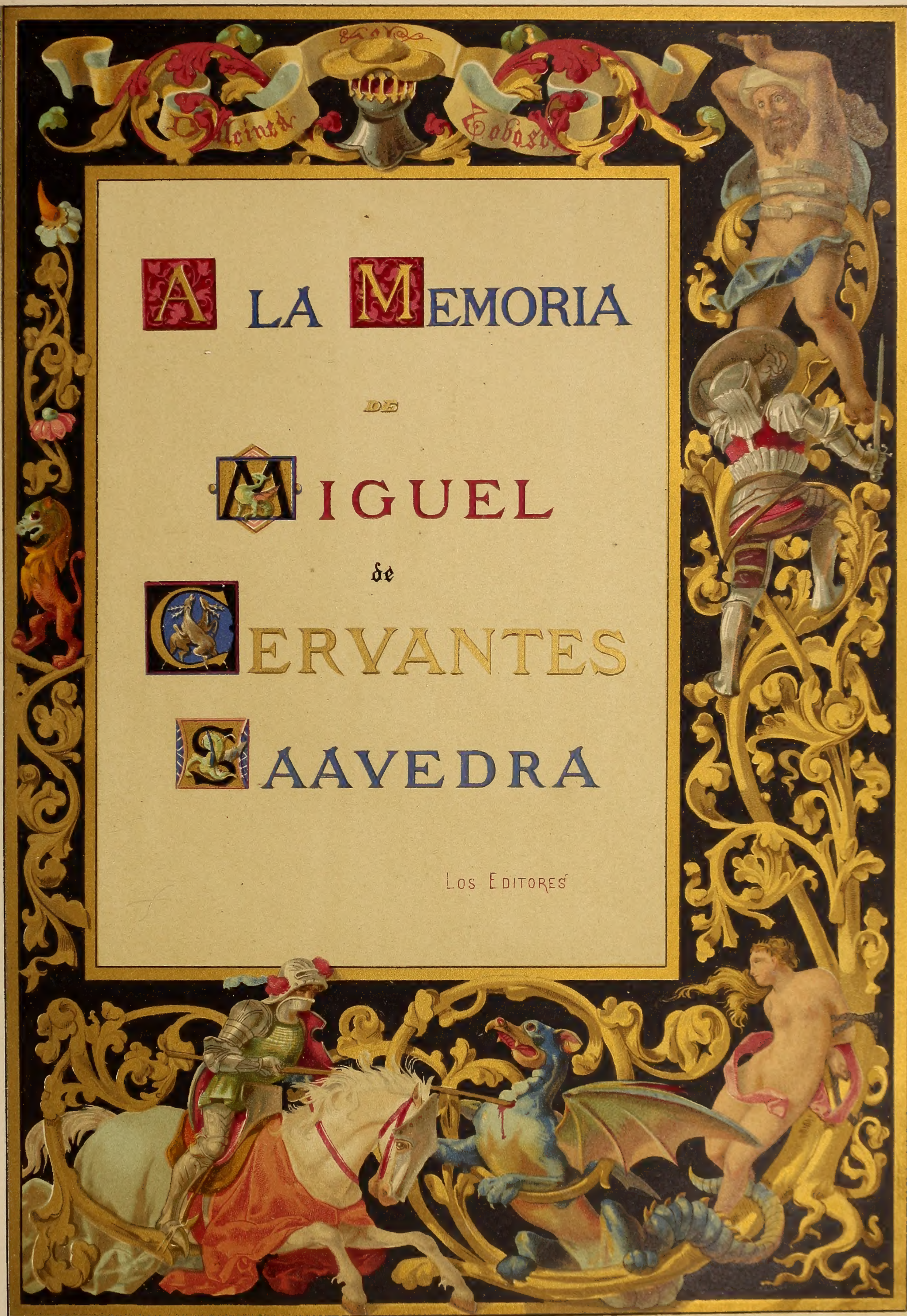


EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA


ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL
BARCELONA


Dulcinea
Toboso
A LA MEMORIA
DE
MIGUEL
de
CERVANTES
SAAVEDRA
LOS EDITORES

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EDICION ANOTADA POR DON NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA

É ILUSTRADA POR DON RICARDO BALACA

TOMO PRIMERO



ESCUDO DE LA PRIMERA EDICION DE 1605

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE CASANOVA, NÚMERO 8

MDCCCLXXX

VIDA DE CERVANTES

POR

DON NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA

En los pasados tiempos de guerras y odios entre pueblos y razas, habia interés en fijar los piés cuadrados donde se meció la cuna de los grandes hombres. Los griegos debian decir «nuestro Homero,» como los romanos, «nuestro Virgilio,» con cierto orgullo y egoismo, cuando en realidad disminuian la grandeza de estos escritores. Hoy que tenemos mejor nocion de la voz patria, va menguando la importancia de estos accidentes. El mundo de la inteligencia prohija á todos los grandes genios y les coloca, no en la tierra, sino en las altas y libres regiones ideales, donde no hay límites ni fronteras, ni partidas de defuncion, sino de eterna vida. Las grandes lumbreras de la humanidad están destinadas á no tener patria ni familia. Son verdaderos «hijos de la naturaleza,» y en la serena region en que viven parecen decir á los que se afanan por encerrarlos en una aldea ó adscribirlos á una raza: «¿Qué nos decís de patria? Nuestra patria es el mundo. ¿Qué nos hablais de familia? Nuestra familia es la humanidad. El dia en que todos los hombres civilizados digan «nuestro Cervantes» y «nuestro Shakespeare,» los habrán igualado con el Sol, que *nace* en todas partes y todos los pueblos le llaman *suyo.*»

Cervantes parece haber comprendido la raza á que pertenecia. Sus biógrafos encuentran en sus producciones datos bastantes para dar una idea de su vida y de su carácter; pero no hay en ellas indicio alguno relativo al pueblo que le vió nacer. La razon de esto es, que no quiso que de su patria y su familia se supiese, por él al ménos, hasta que por sus hechos famosos encumbrase patria y linaje con la nobleza envidiable de la gloria. Testimonio de esto nos da en pasajes referentes á personajes en que se ven reflejos del autor. Todos recordarán cómo finaliza la historia de Quijano el Bueno, diciendo: «este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenerle por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.» Aunque aparentemente habla aquí Cervantes en tono burlesco de su héroe y tal vez sospechando, como así sucedió, que hubiese eruditos investigadores de si fué Argamasilla ú otra villa ó aldea la patria natural de Don Quijote, lo natural es que la posteridad contendiese acerca de la patria del autor y no del personaje de su ficcion. Los griegos no disputaron sobre el lugar en que pudo nacer Héctor ó Ulises, sino por la patria de Homero, poeta y

autor. Más clara se ve esta indicacion en el principio de la novela del Licenciado Vidriera, donde, tratándose de esta cuestion de su patria, responde el jóven Pedraja: «Ni el nombre de ella ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos á ellos y á ella.»

Esta especie de profecía tuvo su cumplimiento como todas las hechas por Cervantes, que pensaba ser famoso por sus hechos y su talento. Y no deja de ser raro que para dar cuenta de las hazañas de Don Quijote escogiese á un autor arábigo, cuando la primera noticia que se tuvo de su patria y de sus hazañas fué, por decirlo así, arábiga. Por el relato de cautivos en Argel y por su informacion judicial en esta ciudad, comenzaron las disquisiciones, cuyo resultado fué fijar á Alcalá de Henares como la cuna del Cervantes Saavedra cautivado por los moros en la galera *Sol*. Despues que Fernandez Navarrete publicó su *Vida de Cervantes*, en 1819, acompañada de extensas notas ilustrativas y de un traslado de la Informacion de Argel, se tuvo por indisputable que no ya el Cervantes Saavedra cautivo en Berbería, sino el autor del QUIJOTE habia nacido en Alcalá. Conviene hacer esta distincion, porque recientemente se comenzó una protesta y disputa de esta honra á la ciudad florentísima, presentando una partida de bautismo de otro Miguel Cervantes Saavedra, nacido en Alcázar de San Juan, provincia de la Mancha, y no faltan quienes se dejan llevar de la aparente fuerza del argumento que los manchegos oponen, á saber; que el Cervantes alcalaino debia tener por segundo apellido *Cortinas*, miéntras que el de Alcázar era *Saavedra* por linaje.

A pesar de esto y de tradiciones que diz se conservan en la villa manchega, de lo cual carece la gran Compluto, hay un argumento poderoso que echa por tierra todos los alegatos de los disidentes, y es que el Cervantes discípulo del maestro Hoyos, soldado en Lepanto y cautivo en Argel, no pudo ser el que reza en la partida de Alcázar de San Juan, nacido en 1558, ó sea once años despues que el Cervantes de Alcalá, período que en la juventud de un hombre hace una diferencia notabilísima, pues hay que aceptar que el discípulo de Hoyos tenia sólo diez años cuando compuso la elegía que ha llegado hasta nosotros, y que contaba trece cuando tomó parte en la batalla de Lepanto. Esto es simplemente inadmisible.

Respecto á las tradiciones que se dicen existentes en la Mancha y al argumento que se quiere sacar de haber hecho este territorio el teatro de las aventuras de Don Quijote, hay que observar que las primeras no concuerdan con la idea que del carácter de nuestro poeta y soldado se forma universalmente. Pintan aquellas al alcazareño como mozo de muchos amos, ó lo que es lo mismo, sujeto á muchos vicios y autor de hechos más propios de un rufian que de un héroe. Léjos de mí la creencia de que fuese un santo ó un pacato; pero en las travesuras mismas del niño y del jóven se revelan el ánimo valiente y los corazones bien nacidos y las que conocemos de Cervantes llevan bien marcado este sello. Cierto es que parece de alguna fuerza la circunstancia de ser la Mancha el teatro de las peregrinaciones del aventurero hidalgo; pero basta una rápida ojeada sobre el QUIJOTE para convencerse de que la evidencia interna es contraria á esta suposicion, porque no hay en todo el poema detalle alguno de localidad que indique grande y minucioso conocimiento en el autor de los lugares en que pasan los sucesos. Del pueblo y la casa de Don Quijote no hay seña particular ninguna. De las ventas, aldea de Basilio y pueblo del Toboso tampoco hay nada concreto, detallado y particular que las distinga de cualesquiera venta, aldea ó pueblo de España, ni se pintan costumbres especiales de la Mancha en todo el discurso de la fábula. El conocimiento que de este territorio presupone en el autor la lectura del QUIJOTE, es muy general é indeterminado y tal cual puede cualquier novelista alcanzar por referencia á libros y mapas para lo más esencial é indispensable en su obra. Caso de tener que adivinar la patria de Cervantes por indicios contenidos en sus producciones literarias, deberíamos seguir á Nicolás Antonio que le tuvo por hijo de Sevilla, pues es la única poblacion de que nos da descripciones minuciosas y tales como no se encuentran en autores que

hablan de oidas, sino de mucha familiaridad con los lugares que hacen escena de sus ficciones. Ni de Alcalá de Henares, ni de Valladolid, Madrid, Esquivias, Toledo y otras muchas ciudades donde se sabe que residió nuestro autor y á las que le ligaron intereses y afectos, hay la abundancia de detalles que nos da respecto á la capital de la Andalucía y áun podia añadirse que el gracejo y chiste de Cervantes llevan el sello de nacidos entre Triana y San Bernardo. El tinte inequívoco de localidad se ve muy acentuado en *Rinconete y Cortadillo*, en la *Española Inglesa* y sobre todo en el *Coloquio de los perros Mahudes*, donde llega hasta á la minuciosidad de decirnos los pasos que habia entre la puerta de Jerez y los marmolillos del Colegio de Maese Rodrigo. Nada de esto se observa relativamente á las poblaciones de la Mancha, de las cuales se habla en el QUIJOTE en el mismo sentido abstracto que de los países septentrionales en el *Pérsiles y Sigismunda*, y este es el motivo que atrae mi atencion hácia el pasaje en que se nombra en el QUIJOTE el encantamento del moro Muzaraque, «en la cuesta Zulema que dista poco de la gran Compluto.» No tratándose directamente de Alcalá de Henares, pues en realidad la mencion de este pueblo en ese instante, está «traida por los cabellos,» sorprende mucho más ese detalle de localidad, que no puede ocurrirse sino á quien haya vivido en dicha poblacion. No es ménos extraña la siguiente respuesta de Don Quijote: «Aun no sabia yo tanto, mi Señor Licenciado,» la cual no tiene interés ni chiste refiriéndose á un pueblo cualquiera, y sí á uno cuyo conocimiento se da por supuesto en el interlocutor. Esa respuesta puede explicarse de dos modos. Por un lado parece decir: «Yo soy de ese lugar y desconocia esa noticia ó tradicion.» Por otro semeja una respuesta irónica, y como si dijese el hidalgo al cura: «Noticia fresca me da vuestra merced; eso lo tenemos olvidado todos los alcalainos.» En efecto, al Sur de Alcalá de Henares hay una cordillera, uno de cuyos cerros más culminantes es el de Zulema, célebre por haber sido ántes el sitio que ocupó *Complutum*, y más notoria áun al vulgo y á los niños por la tradicion de que en sus entrañas existian minas de oro y que en ellas estaba encantado el moro Muzaraque, tal vez por su aficion á este metal. El recuerdo de este detalle, verdaderamente es muy propio de la índole del argumento, pues se trata de moros y de encantos; pero tambien parece recuerdo infantil, una noticia grabada en la memoria de quien solo vió y conoció un paraje en los años de la niñez en que estas tradiciones y consejas forman el principal tesoro de conocimientos. Nadie se ha fijado en este pasaje, de gran importancia por ser el único en el QUIJOTE, referente á la que se cree patria de Cervantes.



Tenemos, pues, que darle por nacido en la famosa ciudad de Henares, en cuya Iglesia magistral de los Santos Justo y Pastor fué bautizado á los nueve dias del mes de octubre de 1547 con el nombre de Miguel tan famoso luego en todo el orbe. Fueron sus padres, segun los genealogistas, don Rodrigo y doña Leonor de Cortinas, hijo aquel de don Juan de Cervantes, corregidor de Osuna, de familia noble, oriunda de Galicia y avecindada luego en Castilla y cuyo apellido se menciona con honra así en los anales de las guerras contra los moros en España, como en los de las conquistas del Nuevo Mundo. Doña Leonor, por su parte, pertenecia tambien á una familia noble de la poblacion de Barajas, con lo cual deben quedar satisfechos los qúe gustan de buscar altezas de linajes á los ingenios elevados, como si estos no fuesen por sí fundadores de mejor nobleza.

Aquí surge naturalmente la cuestion que mantiene aún en sus trece á muchos partidarios de la naturaleza manchega de Cervantes; porque dicen estos: «Si fué hijo de doña Leonor de Cortinas, ¿por qué no es Cervantes y Cortinas y sí Cervantes y Saavedra? ¿Habia cometido algun ascendiente de este nombre un pecado feo ó delito de lesa majestad para desechar este apellido y ponerse otro?» El argumento al parecer tiene no escasa fuerza; pero más adelante veremos la razon de este cambio de sobrenombre, y cómo se

explica que el Cervantes Saavedra sea el mismo que en su niñez se llamó y debió llamarse Cervantes y Cortinas.

Otro punto hay más digno de tenerse en cuenta y que arrebata á Alcalá de Henares esa honra de que tanto se ufana. Observa don Luis Vidart en un artículo publicado en *La Revista de España,* que en el original de la partida de rescate de Cervantes, encontrada en el archivo de la Redencion de cautivos de los PP. Trinitarios, de que se insertó copia, en el *Observatorio Pintoresco,* por junio de 1837, se dice: «que el muy Reverendo Padre fray Juan Gil, rescató á Miguel de Cervantes, natural de la villa de Madrid, de edad de treinta y un años.» Este dato es interesantísimo, no porque en mi concepto resuelva la cuestion, sino porque supone el empleo de una superchería por los que sacaron la copia dada de esta partida á la Academia de la Historia. Alcalá de Henares no necesita de estos tuertos para mantener su derecho, y la circunstancia de apelar á tan insigne escamoteo como el de quitarle la palabra Madrid y poner en su lugar Alcalá de Henares, basta para que vuelva á revisarse el proceso y á mirar con prevencion todas las copias y aun originales de documentos en que los *henaristas* se apoyan. Resulta además de la dicha partida, que el cautivo tenia treinta y un años en setiembre de 1580, al paso que para tenerle por el Cervantes que reza la partida de nacimiento de Alcalá, fechada en 9 de octubre de 1547, el rescatado por Juan Gil debia tener treinta y tres años.

Dije ántes que estos hechos no resuelven la cuestion, porque lo que aparece es un conflicto de documentos igualmente atendibles y respetables, y en tal caso, sólo puede triunfar la mayoría. Cierto es que una partida de rescate dice que Cervantes era natural de Madrid; pero hay otra en que se dice que era natural de Alcalá, y tanto vale ésta como aquella mientras no se pruebe que es apócrifa. Cierto es que en el *Viaje del Parnaso* llama Cervantes *patria* á Madrid; pero tambien lo es que, en la Informacion de Argel, designa á Alcalá como el lugar de su nacimiento, y esto se halla corroborado por la declaracion unánime de muchos testigos que debieron saberlo por oírselo decir repetidas veces en sus conversaciones familiares.

En mi opinion no existe documento que en fuerza pueda competir con este, en el supuesto de ser original y legítimo, cosa de que no puede dudarse por un momento. Todas las demas autoridades son expugnables de algun modo. Al hablar Cervantes de Madrid, como su patria, pudo querer dar este dictado á la poblacion donde pasó los años de su juventud; y al ponerle Lope entre los poetas de esta ciudad, pudo haberse fundado en que siempre le habia visto en la corte. Por lo demás *El Viaje del Parnaso* no es documento relacionado directamente con esta cuestion, como tampoco lo es *El Laurel de Apolo*, de Lope. La partida de rescate se refiere á un hecho que afecta sólo á la personalidad física y no á la moral ni al carácter del interesado que en este caso representa un papel pasivo. La misma partida de bautismo de Alcalá de Henares, con ser auténtica, podria, segun dice muy bien el señor Vidart, referirse á un hermano de Cervantes, nacido en 1547, bautizado con el nombre de Miguel, y muerto en edad temprana, por cuya razon se le volvió á poner el nombre de Miguel á otro hijo nacido dos años despues, que fué el cautivo y el autor de quien nos ocupamos. Todo esto es probable, posible y aceptable.

Por contra, la Informacion de Argel tiene una autoridad irrebatible. En primer lugar el texto fué escrito de puño y mano de Cervantes, pues tratándose de sus actos y de su vida y sabiendo manejar la pluma no es creible que buscase mano ajena. Es una especie de auto-biografía en que debe aparecer todo lo necesario para identificar el personaje, y por consiguiente, la mencion de la patria es detalle sustancial y materia directamente enlazada con el objeto del documento. Trátase en él de poner de manifiesto las prendas morales del interesado, y no es creible que en circunstancias tales, fuese á sabiendas á decir lo que no era verdad, cuando nada le obligaba á apartarse de ella. Para atenuar el valor de este documento

cuya importancia en la cuestion no se le va por alto, dice el señor Vidart que es una *Informacion de hidalguía*, y verdaderamente no alcanzo la razon que tiene para calificarla así. Las causas que le dieron orígen, fueron la persecucion, los celos, la envidia, la mala fe y voluntad de su enemigo el doctor Blanco, que habia jurado perder á Cervantes en España, por medio de falsos informes y calumnias sobre su vida y hechos en Argel. La informacion que este hace es una especie de contra-prueba, un mentís á las delaciones que pudiera hacer su enemigo: una historia *verdadera* opuesta á una historia *falsa*. En esta situacion crítica y peligrosa, ¿cómo podia introducirse gratuitamente una declaracion falsa, cual seria el darse por hijo de Alcalá, siéndolo de Madrid? Sus émulos no habrian necesitado de otra cosa para echar por tierra todo aquel baluarte de su reputacion. ¿Qué fe merece este informe, podrian decir, si empieza con una falsedad notoria que desde luégo puede demostrarse? Quien así miente cuando no le va nada en la mentira, no andará corto cuando le interese. En realidad, todo lo contenido en esta exposicion de hechos debia estar aquilatado y á prueba de contra-pruebas para no ser trabajo en balde ó peligroso para el autor.

Esto es lo que en sana crítica se ocurre en presencia de los hechos y opiniones sobre el lugar del nacimiento de Cervantes, que repito es cuestion de poca importancia y ménos cuando se trata de lugares tan cercanos como Alcalá y Madrid. Pero el espíritu, al modo que el cuerpo, no se nutre siempre de cosas suculentas, y al tratarse de hombres fuera de la talla vulgar, parece que todo cuanto á ellos atañe, cobra un especial valor, aunque sean detalles mínimos y pueriles. Todos quisiéramos en punto á biografías llegar al bello ideal que nos ofrece la que escribió Boswell de su amigo el doctor Johnson, donde se refieren las conversaciones y hechos mas mínimos, y ya que en la de Cervantes distemos tanto de ese ideal; ya que no sabemos siquiera dónde reposan sus huesos, debemos saber dónde nació, no tanto por satisfacer esta natural curiosidad, sino porque la crítica se halla interesada desde el momento en que se le supone nacido en tres puntos distintos y bautizado en tres parroquias diferentes.

Tal es el objeto de estas observaciones críticas por medio de las cuales, y pasando por tamiz estrecho las opiniones corrientes y acudiendo al arsenal único y fidedigno que son las obras mismas de Cervantes, podremos dejar dilucidada esta cuestion y proseguir ó mejor dicho comenzar la historia propiamente dicha de su vida y hechos. El punto principal que resta por esclarecer, y se presenta como una incógnita en los primeros años de su existencia, es su estancia en la corte, por donde muchos creen y Lope de Vega creyó fuese natural de Madrid. Ahora bien, esta residencia en la corte, cuando muy niño, pugna con el hecho de la escasez de fortuna de sus padres, acaso el más cierto y averiguado de cuantos datos se conocen sobre la condicion de sus ascendientes.

La tradicion conservó memoria entre los alcalainos de la casa en que se crió este hijo ilustre, la cual da indicios, dice un biógrafo, de la pobreza de sus antiguos huéspedes. Esta triste condicion es lo único que sabemos de positivo tocante al período de su infancia y adolescencia hasta que le hallamos de estudiante en Madrid á fines de 1568. Así como los caballeros franceses de la embajada del duque de Umena alabaron la pobreza del autor del QUIJOTE, con la cual, escribiendo, hacia rico á todo el mundo, bien podemos celebrar que los padres de Cervantes fuesen de esa clase de hidalgos sufridores de estrecheces y de honra espantadiza, á quien él pintó con mucha gracia y gráfica pincelada, al decir que «tomaban los puntos de las medias con seda de otro color.» Hijo de un magnate opulento, su vida habria pasado entre los ocios de la corte, pues la fortuna tiene esa virtud oculta, traidora y enemiga por lo comun de aquellos á quienes distingue con sus favores. Cierto es que nuestro escritor tuvo en la edad madura bastante experiencia de la pobreza para poder pintarla sin necesidad de tener presentes otros modelos; pero hay un no sé qué en su antagonismo hácia esa *dádiva santa*, que parece ser heredado en su familia y adquirido

desde la niñez. Esta condicion de sus padres luchando entre la hidalguía y la pobreza explica en cierto modo gran parte de lo que se ignora en este período y que se vislumbra por ciertos hechos é indicaciones. No sé con qué autoridad se ha dicho por un biógrafo que Cervantes fué destinado á la Iglesia, y que su vocacion no le llamaba á ese camino. Hablando tambien Sancho sobre si seria su amo emperador ó arzobispo, dice que algunas personas le habian aconsejado fuese de la Iglesia, de lo cual no hay testimonio alguno en el QUIJOTE, y parece como que alude Cervantes á una circunstancia personal suya, y en este caso no puede referirse á otra época sino á la de su infancia. En las familias pobres en aquel tiempo, la Iglesia era el recurso y el refugio de los padres, como medio seguro de afianzar la educacion y el porvenir de un hijo, y no es extraño que el bueno de don Rodrigo intentase lo que era un paso de prevision y de conveniencia.

***

Las grandes pasiones é inclinaciones de los hombres que dejan marca indeleble en su paso por la tierra se muestran en ellos desde la niñez, y lo poco que sabemos de la de nuestro héroe, nos muestra una aficion vivísima á la poesía, mezclada con deseos de independencia y delirio por la fama. Alcalá de Henares, como asiento de una Universidad celebérrima donde acudian jóvenes de todas partes, dando á su sociedad cierto carácter de cosmopolitismo, era una tentacion continua para un espíritu inquieto, quimérico y fantástico cual no hay duda que fué el de Cervantes desde muy niño, fascinado por el encanto de lo ideal y lanzado á las esferas vagarosas de la poesía *que amó desde sus tiernos años*. Por pobres que fuesen sus padres no debia faltar en su casa media docena de libros en que saciase el jóven Miguel esa aficion que confiesa haberle llevado hasta leer *los papeles rotos que encontraba en la calle*. Si todos los grandes genios hubiesen escrito su vida, pocos habrian dejado de notar la eficaz y duradera impresion del primer libro que cayó en sus manos. Miss Edwards, en su cuento ó novela de Cervantes, no olvida de poner en la casa de sus padres una biblioteca caballeresca, pero aunque no fuese más que un *Amadís de Gaula* y un *Palmerin de Inglaterra*, que en aquellos años salia vertido al castellano en las imprentas de Toledo, bastaban para enamorar al aventurero espíritu de nuestro jóven poeta. Hay tambien indicios vehementes de que su inteligencia se alimentó y su ánimo se templó á lo heróico y hazañoso con la lectura de *Los hombres ilustres*, de Plutarco: de modo que la realidad con la ficcion, los héroes verdaderos y los contrahechos, las literaturas clásica y romántica vinieron á estimular en él los gérmenes de nobles ambiciones, pasion por la fama, quiméricos proyectos é intentos atrevidos que le distinguieron en el curso de su vida. La lectura de esta admirable obra ha producido ciento por uno, y apenas se hallará un hombre notable que no deba gran parte de su sér moral á esa incomparable escuela de heroismo contenida en el divino libro de Plutarco, que debiera ser mueble indispensable en el hogar de todo ciudadano.

Por otra parte, las ideas de grandeza, la fiebre de actividad, el espíritu de conquista, de guerra y de aventuras extraordinarias é inauditas, se respiraba en la atmósfera española en la época en que Cervantes vino al mundo. El Estado y la Iglesia, la espada y la cruz, el soldado y el religioso eran entónces igualmente absorbentes y avasalladores, dominadores y quiméricos. Nada más natural que la complexion social produzca su semejante en los individuos, y la naturaleza de nuestro escritor era no más que un reflejo de la sociedad de entonces. El ideal de esta actividad febril estaba representado en la caballería andante y por eso no debe admirarnos la aficion de los españoles á las epopeyas caballerescas. Las guerras de los reyes podian no ser siempre contra moros ó infieles: muchas fueron contra hermanos y á todas luces injustas; pero las del caballero andante eran siempre justificadas por un fin noble y siempre contra gigantes y malandrines, símbolos del mal. Los que no estaban actualmente envueltos y empeñados en luchas y

aventuras reales, gozaban en la lectura y contemplacion de luchas fingidas. La sociedad era un campo de Agramante, donde aquí se peleaba por colonizacion, allí por la fe, acá por la extension de los dominios, allá por la propagacion del Evangelio, acullí por la honra militar, acullá por mera inclinacion belicosa, y si el vulgo vivia en esta atmósfera, calcúlese el efecto que debia producir en séres privilegiados y superiores. La aficion temprana de Cervantes á la lectura debió desahogarse con preferencia en estos libros tan de acuerdo con su naturaleza é instintos poéticos y fantásticos. La autora ya citada se atreve á poner como primera composicion de nuestro jóven ingenio, una escena ó romance caballeresco, y áun es más que probable que los juegos de su infancia fuesen parodiar al caballero andante con morriones, petos y escudos de papelon, lanzas y espadas de palo. La celada de carton hecha por Quijano el Bueno tal vez es reminiscencia de un acto semejante de su niñez, pues vemos que en todos tiempos los muchachos imitan en sus juegos aquellas profesiones y costumbres que están más en boga y prestan aliciente á su curiosidad por sus trajes y uniformes. Así como se ha jugado á los soldados, á los frailes y á los toros, debió ser muy comun en aquella época el *jugar al caballero andante*, vestir sus armas contrahechas y representar pasos y escenas caballerescas, que tan presentes estaban en la imaginacion de todos, que tan bien se avenian con fiestas reales análogas, aun no abandonadas en las cortes, de justas y torneos, y que al vivo representaban los españoles, esparcidos con armas y caballos por todos los ámbitos de la tierra, buscando aventuras, como si España fuese un nuevo Paladin destinado á vencer al mundo para imponerle una sola fe y una sola ley. No es de extrañar esta aficion en la niñez cuando se conserva una carta de Cervantes, ya hombre maduro, en que describe á un amigo un torneo celebrado en San Juan de Aznalfarache por escritores y poetas graves y sesudos en que las armaduras eran de papel y las espadas de palo.

Hay otras razones que nos persuaden, sin ser posible otra cosa, de la viva aficion de Cervantes á los libros caballerescos en los primeros años de su vida. Dígase lo que se quiera en contra de estas producciones, es lo cierto que presentaban un mundo fascinador de princesas y doncellas hermosísimas, sabios de misteriosa ciencia que cambiaban á su antojo las leyes de la naturaleza y héroes de gallarda apostura extremados en valor, aventureros, enamorados, que vivian por la belleza, despreciando peligros y odiando el mal y los malvados. No hay duda de que la ciencia milagrosa del mago, el influjo incontrastable de la belleza de la dama y la virtud del caballero, debieron ganar muy luégo el corazon y la voluntad de un jóven poeta. Los que creen que estos libros eran vanos y perjudiciales á la república, no dejarán de confesar que, por lo menos, ese pintar el mundo con tan bellos colores, dando tanto poderío al valor, al amor y á la hermosura, debió influir poderosa y favorablemente en la imaginacion de los lectores, como se verificó en Cervantes, predisponiendo su natural expansivo y noble á correr en pos de un ideal, á confiar mucho en la virtud, á acometer peligros grandes y á esperarlo todo como justa recompensa del sacrificio, del heroismo y de la abnegacion. Todos los hechos de Cervantes, ya adulto, nos dan á conocer que desde muy temprano vivió en un mundo artificial, en una atmósfera poética, en un laberinto de quimeras bellísimas forjadas por una fantasía ardiente y un corazon bien nacido, y esta region fantástica debió gran parte de su sér á la lectura de los libros de caballerías. Coincidencia extraña es, pero innegable, que desde que empezó la cruzada de exterminio contra estos inocentes como nuestro autor los llama, empezó la decadencia de nuestra patria. Y no se culpe á Cervantes de haberles dado el golpe de gracia, pues cabalmente el QUIJOTE fué su tabla de salvacion de un completo olvido. En este poema, de un modo reflejo, porque directamente hubiera sido empresa vana, se conserva y consagra lo bueno y aceptable de la andantesca literatura y se condenan sus defectos; pero nunca indiscretamente se condena al fuego lo verde y lo seco, á los justos y á los pecadores.

La salida de Cervantes de Alcalá debe fijarse en una época muy temprana de su vida, puesto que en

el prólogo de sus comedias y entremeses nos dice que oyó al insigne representante sevillano Lope de Rueda; y probablemente fué en Madrid, donde por aquel tiempo estuvo este famoso recitante. Concierta con algun pasaje y reminiscencia que en sus obras vemos, la especie insinuada por un biógrafo, de que el jóven Cervantes se prendó tanto del ingenio y chiste de este autor de comedias, que se unió á su compañía y recorrió con él varias capitales de España.

Como hay que llenar una gran laguna, cual es el período que media entre 1547 y 1568, en que nada auténtico se sabe de nuestro escritor, no es extraño que los biógrafos procuren llenarla con conjeturas y suposiciones de hechos consonantes con el carácter del personaje. Al modo que las grandes obras del entendimiento humano las hacen los grandes genios y las concluye y perfecciona la humanidad, que no otra cosa es la mision de la crítica y el comentario, así las vidas de los hombres célebres las construye la humanidad á la imágen y semejanza de ellos, cuando la tradicion no ofrece los materiales necesarios. Así vemos que achacan á los tipos guerreros hazañas valerosas y hechos temerarios, como se achacan galanteos á los Tenorios, crueldades á los tiranos y dichos y chistes á los que han sobresalido por su ingenio satírico y epigramático. De Cervantes se sabe demasiado para tomar el pulso á su carácter y temple de alma, y como las grandes cualidades no brotan de súbito, por los consiguientes se procura adivinar los antecedentes, y parece estar en la conciencia de todos, que debió haber cierta semejanza entre los sucesos de su vida y sus ficciones, y que al engendrar tantas invenciones y quimeras poéticas como caracterizan sus obras literarias, la naturaleza no hizo otra cosa sino producir *secundum genus suum.* Es probable que si mañana se descubriese alguna memoria ó documento relativo á estos veinte años de que ninguna noticia tenemos, se hallaria que el instinto y la lógica no habrian dado léjos del blanco.

Se ha dicho tambien que en este período residió dos años en Salamanca, en cuya Universidad se matriculó para las cátedras de filosofía, y aun se cita la calle de Moros donde tuvo su morada. Es cierto que Cervantes parece estar más al corriente y familiarizado con la ciudad de Salamanca que con Alcalá. El licenciado Vidriera hace sus estudios en la Universidad salmantina: el bachiller Sanson Carrasco viene de hacer los suyos en los mismos institutos y las escenas de la novela *La Tia Fingida* tienen lugar en Salamanca. *Prima faciæ* es ya esto un indicio de que nuestro jóven autor tenia gran predileccion por esta ciudad y tal vez reminiscencias de su estancia en ella, siquiera fuese por breve tiempo. Es raro, en efecto, que no se acuerde de la Universidad de Alcalá de Henares y nombre siempre con preferencia la salmantina. Es tambien evidente que si los escasos bienes de fortuna de su familia no le permitieron seguir carrera universitaria en su pueblo natal, con ménos razon podria seguirla en Salamanca. Sin embargo, no sin algun motivo se conserva allí esta tradicion. Que se matriculase durante dos años para estudiar la filosofía, no es cierto, porque examinados los libros de matrículas referentes á aquellos años no se encuentra la de Cervantes. Esto fué simplemente adelantar el discurso algunos eruditos, deseosos de dar á nuestro ingenio alguna sombra de títulos universitarios.

***

No deja de ser casualidad feliz, que el primer documento auténtico relativo á la vida de nuestro ingenio, sea una composicion poética y una especial recomendacion de persona tan calificada como el Maestro Juan Lopez de Hoyos. Ocurrió en 24 de octubre de 1568 la muerte de doña Isabel de Valois, y encargado este sabio humanista de componer los epitafios, rótulos, alegorías y cantos de las exequias, se valió del concurso de sus discípulos y especialmente de Cervantes á quien llama «caro y amado,» y el cual contribuyó con un epitafio en forma de soneto, cuatro redondillas, una copla castellana y una elegía en tercetos, compuesta por él en nombre de toda la escuela y dedicada al cardenal don Diego de Espinosa

á la sazon presidente del Consejo de Castilla é inquisidor general. Raro es que la primera composicion que conocemos de escritor tan festivo sea una elegía para llorar la muerte de una princesa, y más raro el encontrar en ella como el resúmen de la filosofía sobre la adversidad de que tanto hubo menester el autor en el discurso de su vida.

Se cree que hubo de componer multitud de sonetos y romances, y áun se cita á *Filena* como título de un poema pastoril, especie de estrenas de su ingenio, sin que falte un biógrafo que nos diga de qué clase de versos se componia como si lo hubiera tenido en sus manos. Desgraciadamente no hay tal poema, que ha nacido sólo de mala interpretacion de un terceto de su *Viaje del Parnaso.* No hay memoria ni noticia de semejante libro en él ni en sus contemporáneos, al paso que terminantemente declara en el prólogo de la *Galatea*, que esta era la primer obra que daba á la estampa. Escribir dos poemas pastorales no parece verosímil cuando se trata de un fecundo ingenio. Lo que sí parece probable es que por aquel entónces se ocupase en escribir alguna de las obras, que ya en la vejez anunció tener compuestas y que no han visto la luz sin duda por negligencia de sus testamentarios. Obsérvase que en los últimos años de su vida y cuando debia estar cansado de trabajar mentalmente, quiso aprovechar los manuscritos y ensayos que tenia de épocas anteriores y en su mayoría de la época de su juventud, á la cual se ve que pertenecen alguna de sus novelas, comedias y entremeses, y acaso el *Bernardo* y *Las Semanas del Jardin*, pertenecian á este período temprano de su vida, como parecen pertenecer varias de sus comedias y entremeses. Nada más comun que ensayarse en esta clase de trabajos los estudiantes de humanidades, porque el estudio de los autores clásicos y las lecciones de retórica y poética son como un estímulo para ponerlas en práctica. Balbuena comenzó su *Bernardo* cuando asistia á las aulas, y la *Pícara Justina* fué escrita por Andrés Perez cuando cursaba en Alcalá de Henares, sin mencionar la *Celestina*, escrita en las vacaciones de un estudiante, y otras muchas obras notables de nuestra literatura y de las extranjeras. No falta quien crea que el *Pérsiles y Sigismunda* es la primera obra de Cervantes, aunque hay evidencia interna de ser de época muy posterior, pues se refiere á sucesos ocurridos en el siglo XVII. Sin embargo, esto no quita que el plan y gran parte de ella fuesen producto de sus primeros años, como sucede con la *Galatea*, que por su estilo latinizado está dando testimonio de ser producto inmediato de la inspiracion de las aulas. Desde luégo no se equivocará quien crea que desde la edad de quince á veintiun años en que no pesaban cuidados sobre el estudioso alumno de Hoyos, en cuya época sólo se ocupaba de literatura y en que la imaginacion debia ser tan fogosa como inquieta, tuviese ocasion y lugar de escribir é idear mayor número de obras y argumentos, que en cualquiera otra época de su vida recargada con graves cuidados y ocupaciones.

Su asistencia á las aulas no duró mucho tiempo, pues casi como de improviso le vemos en Roma. Debió ocurrir un suceso extraordinario sobre el cual no hay conformidad entre los biógrafos; pero que yo creo poder explicar satisfactoriamente en la presente biografía. Veamos lo que sobre esto se ha dicho, y traigamos la nueva piedra á la fábrica de este episodio de su vida. El cardenal Aquaviva vino á España á dar el pésame á Felipe II por la misteriosa y sospechosa muerte de su hijo el príncipe don Cárlos, ocurrida hácia fines de 1568. Creen algunos, y Pellicer es de esta opinion, que el Cardenal tuvo noticias de su ingenio, y agradándole, quiso espontáneamente ser su protector y se le llevó consigo á Italia en calidad de paje de su servidumbre. Esto no se aviene con el abandono en que despues le vemos, que parece recordado en aquellos versos:

A la guerra me lleva
Mi necesidad,
Si tuviera dineros
No fuera en verdad.

Otro extranjero dijo: que apesadumbrado por el mal éxito de sus primeros ensayos literarios y particularmente de su *Filena*, marchó á Roma, llevado en alas de su despecho. Esto va aún más fuera de buen discurso, pues no podia despecharse Cervantes por el mal éxito de un libro que sólo ha existido en la fantasía de los críticos [1].

Lo que acerca de este viaje hay escrito no me satisface ni creo que podrá satisfacer á ningun observador estudioso. Sin embargo, tengo para mí que no faltan datos, si se quieren buscar y coordinar, y que podemos llegar por medio de ellos á un conocimiento bastante aproximado del motivo de este notable suceso en la vida de Cervantes.

A las presunciones de que sus amores con doña Catalina de Palacios y Vozmediano comenzaron ántes de su ausencia de España, hay que agregar un dato importantísimo, auto-biográfico sin duda, que poseemos en una de las comedias que dió á luz en el último tercio de su vida. Esta comedia es la que lleva por título *El Gallardo Español.* En ella hace de protagonista un personaje llamado don Fernando de *Saavedra,* que tiene amores con una dama cuyo segundo apellido es el de *Vozmediano,* que son cabalmente los segundos de Cervantes y su esposa. Píntase al *Saavedra*, soldado en Africa al servicio de don Alvaro de Bazan, hombre valiente y sabio, jóven, de buena presencia, apasionado, aventurado, y extremado en actos, pensamientos y fantasía. Aquí indudablemente se retrata el Saavedra autor. Por otra parte, la jóven Margarita está al cuidado de un tio suyo, hermano de su madre, llamado Vozmediano, circunstancia que concurrió en doña Catalina, que por muerte de su padre fué criada por un tio suyo. Aquí indudablemente se trasparenta el personaje doña Catalina, y se confirman estas presunciones por el siguiente pasaje que da término á la produccion dramática:

«No haya más, que llega el tiempo
De dar fin á esta comedia,
Cuyo *principal intento,*
Ha sido *mezclar verdades*
Con fabulosos inventos.»

No cabe declaracion más explícita. Pues bien, en esta comedia las verdades son que los amores del Saavedra habian comenzado en España, y que un hermano de la novia, hombre linajudo é impetuoso de carácter, no considerándole bastante elevado para aspirar á entroncarse con su familia, hubo de dar al caballero galanteador una mala y ofensiva respuesta, por la cual, resentido el Saavedra, echó mano á la espada y le dejó mal herido, de cuyas resultas y para evitar las persecuciones de la justicia, *ausentóse y fuése á Italia* [2].

Preciso es cerrar los ojos á la luz para no encontrar aquí un relato de aventuras personales del autor. No es tanto la semejanza del nombre y del carácter de las personas lo que nos compele á adoptar este criterio, sino que por una parte no se explica bien el viaje de Cervantes por el conocimiento y aprecio que el Cardenal hiciese de su ingenio, y por otra hemos visto ser posible que los amores con doña Catalina comenzasen ántes de salir de España y fuese histórico ese lance pintado en la comedia de *El Gallardo Español,* de que el novio fué rechazado por alguno de la familia con palabras ofensivas de su honor de caballero, por la sola razon de no ser de los primeros linajes.

Existe el texto original de una Real provision fechada en 1569, en la que se manda prender á un Miguel Cervantes, que andaba por las partes de España, á consecuencia de heridas causadas á un Antonio Sigura. A este se le clasifica como *andante en corte,* y sin más fundamento que la coincidencia de

[1] De esta materia he tratado con alguna extension en un artículo titulado: «*Filena,* supuesta obra de Cervantes.» Vió la luz en *La Concordia,* en Madrid, y en *La España Literaria,* Sevilla.

[2] Más extensamente he tratado de este punto en un artículo con el epígrafe de «Viaje de Cervantes á Italia,» inserto en *El Español de Ambos Mundos,* Lóndres, *La Union* y *El Madrileño,* periódicos de Madrid.

nombre y apellido, se crée que es nuestro autor el pregonado en la provision referida. Este documento sugiere algunas reflexiones. Desde luégo, estando fechada en 1569, y aludiéndose á la vida errante ó fugitiva del perseguido, no parece probable qué hubiese salido de Madrid en la compañía del Cardenal. Nótase asimismo que hasta la época de su salida de Madrid, ya de grado ó forzado por las circunstancias, el jóven escolar y galanteador se firmaba sólo con el apellido del padre. Así fué conocido en el estudio de Juan de Hoyos, que al nombrarle dice simplemente Miguel de Cervantes, sin la añadidura de Saavedra.

Este hecho del mandamiento de prision por sí solo, léjos de trastornar las nociones que acerca de su estancia primera en Madrid poseemos, y de los nuevos datos que me propongo aducir más adelante, viene en cierto modo á corroborarlos, porque acredita que hay un fondo de verdad en la historia semi-ficticia de que se ausentó de España por un lance de espadas, resultado de cuestion de amores ó galanteos. Falta averiguar qué participacion ó relacion pudo tener en este suceso, un ministril de la justicia, como se dice haber sido el Sigura, á no ser que este interviniese despues de la lid, y el jóven Cervantes, diestro jugador de la tizona, tuviese que herirle para ponerse en cobro. Tales ocurrencias eran frecuentísimas en aquel entónces, no tanto por la independencia y dignidad de los caballeros, que por fuerza no se entregaban á la justicia, cuanto por odio á las maneras y tropelías de los corchetes, muy tardos de piés cuando se trataba de ladrones y malhechores, y muy solícitos si era cuestion de caballeros. Como quiera que sea, el hallazgo de este documento viene á comprobar la existencia de un hecho capaz por su gravedad de alterar el rumbo y los proyectos de un jóven dedicado en la corte á los estudios. Real y verdaderamente hubo un accidente impensado que puso en peligro la seguridad y la libertad de Cervantes, y por librarse de las persecuciones de la justicia, se fugó de Madrid, se puso el apellido de Saavedra, y buscó manera de pasarse á Italia.

Hé aquí cómo se habia tratado de esta importante parte de la vida de nuestro escritor, como que fué un paso decisivo para su porvenir. Todas las versiones hechas sobre este punto están aquí condensadas, prefiriendo yo en mi anterior biografía dar mas fe al relato que se halla en la comedia de *El Gallardo Español*, que no á las opiniones de biógrafos.

Pero con todo esto, la causa de su residencia en Madrid, y la manera cómo salió de España y se le encuentra luégo sirviendo de camarero al cardenal Aquaviva, quedaba en las regiones del misterio. Parecíame indudable, que sobre este período tan decisivo en su vida, no podia ménos de haber insistido un escritor tan eminentemente subjetivo como Cervantes, que apénas nos dejó una obra en la que ya en el texto ó en los prólogos no mezclase noticia ó aventura personal. Llamábanme, sobre todo, la atencion aquellas frases del prólogo de sus novelas donde dice: «Sólo esto quiero que consideres, que pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran Conde de Lemos, *algun misterio tienen escondido* que las levanta.» Este misterio escondido, no será por cierto su valor artístico ó literario que se halla bien patente. A otra cosa debe aludir y á otro blanco tirar al escribir frases tales, y no puede ser ménos que á sucesos que de algun modo tuviesen especial interes y aprecio á los ojos del Conde y en los cuales hubiese el autor intervenido. La circunstancia de menudear en estas novelas referencias á su vida, muchas de las cuales fueron ya notadas, me hizo reflexionar si seria posible que áun no estuviese exhausto el tesoro de estos datos, y en efecto, en la novela de *La Gitanilla* se encuentra un episodio y en él un personaje con todas las apariencias de histórico, que aplicado al caso presente, viene á completar y aclarar todo lo que acerca de este período de la vida de Cervantes se hallaba oscuro é incompleto.

* * *

El personaje es un jóven que en hábito de molinero llega al aduar de los gitanos y es conocido por Preciosa y por Andrés, de haberle visto en Madrid. Antes de llegar á la historia de la desgracia que le

lleva así perdido por los bosques, Andrés y Preciosa hacen de esta manera su pintura, y por ella se verá que hay cierto tinte de narracion auto-biográfica. Segun Preciosa, Alonso Hurtado, *alias* don Sancho, *alias* Clemente, andaba en Madrid no como paje de los ordinarios sino como favorecido de algun príncipe. Era poeta, y le habia compuesto varios romances y dado un soneto en alabanza suya cuyo mérito ensalza Andrés. Segun este, le habia visto tambien en la corte, con apariencia entre *paje* y *caballero*, y tenia fama de ser gran poeta, y añade, dirigiéndose á él, «la gran fama de vuestro entendimiento, me hizo muchas veces que os mirase como á hombre raro é insigne.»

Preciso es convenir en que tales detalles sobre el talento poético de este jóven, y otros que allí se acumulan y de que nos haremos cargo, acusan un interes externo á la novela. El papel de este individuo en ella, no tiene otro objeto que el de dar celos al enamorado Andrés, creyendo que Preciosa pudiera preferirle; mas no se ve la razon de que haya de ser para esto un jóven desde muy niño dado á las letras y con fama ya entre las personas aficionadas á la poesía. Si le pintase más noble, más rico ó más hermoso que Andrés, se comprende que tuviese causa de sospechas.

Aun es más notable y curiosa la causa que trae á este don Sancho ó Clemente vagando por España por el parecido que tiene con la que pudo obligar á Cervantes á tomar una resolucion análoga. Hay en su narracion tantas minuciosidades, tantos detalles inútiles bajo el entendimiento de ser ficticia, é interesantes en el concepto de histórica, que por fuerza ha de fijar la atencion del crítico ménos perspicaz.

«Yo estaba en Madrid, dice, en casa de un título á quien servia, no como á señor, sino como á pariente. Este tenia un hijo, único heredero suyo, el cual, así por el parentesco, como por ser ambos de una edad y de una condicion misma, me trataba con familiaridad y amistad grande. Sucedió que este caballero se enamoró de una doncella principal á quien él escogiera de bonísima gana para esposa, si no tuviera la voluntad sujeta, como buen hijo, á la de sus padres, que aspiraban á casarlo más altamente. Pero con todo esto la servia á hurto de todos los ojos que pudieran con las lenguas sacar á la plaza sus deseos. Sólo los mios eran testigos de sus intentos, y una noche que debia haber escogido la desgracia, para el caso que ahora os diré, pasando los dos por la calle y puerta de esta señora, vimos arrimados á ella dos hombres, al parecer, de buen talle. Quiso reconocerlos mi pariente, y apénas se encaminó hácia ellos, cuando echaron con mucha ligereza mano á las espadas y á los broqueles y se vinieron á nosotros, que hicimos lo mismo y con iguales armas nos combatimos. Duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas que guiaron los celos de mi pariente y la defensa que yo le hacia, las perdieron (caso extraño y pocas veces visto). Triunfando, pues, de lo que aquí no quisiéramos, volvimos á casa, y secretamente tomando todos los dineros que pudimos, nos fuímos á San Jerónimo, esperando el dia que descubriese lo sucedido y las presunciones que se tenian de los matadores. Supimos que de nosotros no habia indicio alguno y aconsejáronnos los prudentes religiosos, que nos volviésemos á casa, y que no diésemos ni despertásemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros; y ya que estábamos determinados de seguir su parecer, nos avisaron que los señores alcaldes de corte habian preso en su casa á los padres de la doncella y á la misma doncella, y que entre otros criados á quien tomaron la confesion, una criada de la señora dijo, como mi pariente paseaba á su señora de noche y de dia, y que con este indicio habian ido á buscarnos, y no hallándonos, sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en toda la corte ser nosotros los matadores de aquellos dos caballeros (que lo eran y muy principales). Finalmente, con parecer del Conde mi pariente, y del de los religiosos, despues de quince dias que estuvimos escondidos en el monasterio, mi camarada, en hábito de fraile con otro fraile, se fué la vuelta de Aragon, con intencion de pasarse á Italia, y desde allí á Flándes, hasta ver en qué paraba el caso. Yo quise dividir y apartar nuestra fortuna y que no corriese

nuestra suerte por una misma derrota; seguí otro camino diferente del suyo, y en hábito de mozo de fraile, á pié, salí con un religioso que me dejó en Talavera. Desde allí aquí he venido solo y fuera de camino, hasta que anoche llegué á este encinar, donde me ha sucedido lo que habeis visto.»

Paréceme que no es necesario cavilar mucho para reconocer en este relato todos los signos de una aventura personal del autor, y ménos cuando, por noticias indirectas, se sabe que tuvo una contienda de espadas por causa de galanteos y que de sus resultas tuvo que abandonar apresuradamente la corte y sus estudios literarios. Podemos admitir que para pasar el tiempo ó para justificar su presencia en hábito de molinero así como el cambio de nombres, tuviese el jóven peregrino que contar la causa que á tal resolucion le trajo; pero á esto se satisface en términos breves y generales, porque ni á la Gitanilla ni á su amante, ni al lector le importa saber si el amo á quien servia era extraño ó pariente, ni si acompañaba á su hijo en calidad de paje ó de amigo. Estos serian detalles impertinentes como obra de ficcion, al paso que son interesantísimos como parte auto-biográfica.

Como los hechos de la vida del autor del QUIJOTE y de las novelas, son, segun veremos, novelescos y extraordinarios, á cada paso en que habia de introducir un lance trágico ó dramático, ántes que fraguarlo en la oficina de su imaginacion, naturalmente habia de presentárselos, á escoger, la memoria de sus aventuras propias, y se necesita mucho desprendimiento y frialdad en un escritor, para que hablando, por ejemplo, de una lucha de espadas, de la muerte de los contendientes y de la fuga de los vencedores, se olvide de que un hecho semejante forma parte de su vida, y que fué actor de escenas análogas á las que describe. Quizás el gran mérito y relieve de las obras de Cervantes consiste en que pintando la realidad excedió á la fantasía, puesto que es máxima sabida que «la verdad es más extraña que la ficcion.»

Pero lo inapreciable de estos nuevos datos que me atrevo á aportar á la obra de construccion de la biografía de tan gran ingenio, es la luz que arrojan y las lagunas que llenan en un período crítico de su existencia sobre el cual andábamos á tientas y sin clave ni guía segura. Ahora se ve claro, el por qué habiendo nacido en Alcalá de Henares, y residiendo su familia en esta poblacion, y siendo escasa de recursos para costear la educacion de su hijo en la corte, se hallaba, sin embargo, Miguel en Madrid desde muy niño. Ahora se comprende por qué Lope de Vega le dió por natural de Madrid y cómo pudo asistir de muchacho á las representaciones de Lope de Rueda y cursar en las aulas del maestro Hoyos. La incógnita se despeja desde el punto en que sabemos que todos estos imposibles eran posibles contando con la ayuda y proteccion de un pariente de título que en la corte residia, y el cual le consideraba más que como paje como amigo y camarada de su hijo.

Aceptando, pues, como no es posible dejar de hacerlo, que Cervantes nos dió en esta novela una breve ojeada sobre el período más oscuro de su vida, tenemos cuatro versiones sobre el hecho que motivó su fuga de Madrid. Dos de ellas las da el mismo Cervantes, una en la comedia ya citada y otra en la novela que acabamos de examinar. Las otras dos versiones se encuentran, una en la Real provision ya mencionada, y otra en un libro intitulado: *Un paseo á la patria de Don Quijote*, escrito por don J. Jimenez Serrano, versado en las tradiciones de la Mancha respecto á Cervantes, en donde refiere, que cuando este trató de su boda con doña Catalina, se opuso al enlace con el mayor encarnizamiento un *primo* de dicha señora, hidalgo presumido y ridículo, que no conceptuaba á Cervantes par con la alteza de su familia. El fondo en todas ellas pudiera ser una pendencia con armas y un herido, ó lo que es lo mismo, conflicto de nuestro héroe con la justicia humana. Naturalmente, de estas cuatro versiones, parece que debemos preferir las dos de Cervantes y entre estas dos la que se halla en la novela de La Gitanilla. En la comedia de *El Gallardo Español*, hay mezcla de invencion y de verdades, y tal vez las verdades queden reducidas al hecho de la pendencia con espadas. En la Gitanilla todo parece relato histórico sin

mezcla de ficcion alguna, y sobre todo, abona ese testimonio el que no sólo explica el suceso principal, sino que todos sus detalles son útiles y fijan puntos referentes á su estancia y salida de Madrid.

* * *

Ya tenemos á nuestro héroe fuera de la corte, y andando por las partes de España, valiéndome de los términos de la Real provision. No es difícil ahora, aprovechando otras indicaciones de esta y otras novelas, seguirle desde el aduar de los gitanos hasta la misma Roma y la casa del Cardenal. Pero, ante todo, oportuno es ahora decir algo sobre el cambio del apellido materno de que tanto partido quieren sacar los que le dan por nacido en la Mancha.

Este jóven fugitivo, si por algo se distingue es por el miedo de que reconozcan su verdadera personalidad. Esto le mueve á fingir una historia de su fuga ántes de contar la verdadera y de llamarse Alonso siendo su nombre don Sancho. ¿Tendria que ver la adopcion del apellido de Saavedra con este incidente de su juventud, que tanto miedo le puso de caer en manos de la justicia? Podrá responderse á esto que en tal caso era lo natural sustituir con otro el primer apellido de Cervantes. No hay duda en ello; pero, ¿quién puede asegurarnos que en aquel entónces no sustituyese los dos? Debemos tambien considerar que un fugitivo no podia saber si en el mandamiento de prision constaba sólo el apellido materno, y tal vez consideró bastante el adoptar el sobrenombre de Saavedra en vez de Cortinas. Una cosa aparece no obstante indudable, y es que Cervantes no habia adoptado este nombre préviamente á su salida de Madrid, al paso que en Italia y en Africa es el que más resuena. Mateo Aleman, que pone á su héroe al servicio del Cardenal, menciona á un jóven Saavedra, su camarada, parte de cuya pintura corresponde á Miguel Cervantes y otra no se aviene con su carácter, y en las prisiones de Argel, parece que fué más conocido por el apellido de Saavedra. Si la adopcion de este nombre no se adscribe á la época crítica de su escapatoria de Madrid con el fraile jerónimo, no hay otras circunstancias de los primeros años de su juventud que más reclamen este cambio, y evidente es, que no por eso olvidaba su verdadero nombre, cuando en el prólogo de las novelas dice hablando de sí: «Llámase *comunmente* Miguel de Cervantes Saavedra,» lo cual prueba, que tambien era conocido y llamado por algunos por su verdadero apellido materno. A no ser esto así, no empleara la voz *comunmente*, significativa de que por tales nombres le conocian sin exactitud ni razon alguna.

En las biografías hasta ahora escritas, el héroe se perdia desde fines de 1568, en que compuso los versos á la muerte de la reina Isabel, hasta la época indeterminada en que nos dice el mismo Cervantes que se halló en Roma, con antelacion á la batalla de Lepanto. Nada sabíamos de la ruta que emprendió ni cómo llegó á la ciudad santa, lo cual es muy extraño en el caso de un escritor, enamorado de estas expediciones á Italia y que tantas veces refirió las de los personajes de sus ficciones. ¿Es posible que todos estos viajes sean imaginados, habiendo él hecho uno verdadero? No puede concebirse, que un individuo recorra un trabajoso ó fácil itinerario sin que le queden infinitos recuerdos con que sembrar ó formar descripciones de un viaje semejante. ¿A qué pedir á la fábrica de la imaginacion lo que abunda en el almacen de la memoria? Hay tantos datos sobre este viaje, que lo que daña es la dificultad de la eleccion. Pero esta no es tanta como parece si acompaña á la curiosidad el discernimiento, y con una, aunque sea corta, mirada crítica sobre los datos mismos que el autor en sus diversas obras nos ofrece, fácil es formar uno á modo de itinerario no muy distante de ser auténtico.

Desde luégo vemos que la mencion del pueblo de Talavera, donde se separó del fraile, no es caprichosa, sino que efectivamente permaneció en este lugar, dejando por cierto en su corazon esa huella indeleble que imprimen en la juventud las primeras expediciones y los pueblos en que á la

novedad de su aspecto y costumbres se une alguna historia del corazon. La insistencia con que en el *Pérsiles* habla de la fiesta de la Monda, de la peregrina de Talavera á quien vuelve á sacar á la escena en Italia (una de las pocas mujeres descritas por Cervantes), y finalmente la historia de la hermosa y jóven Luisa, criada de un meson de este pueblo y cuyas aventuras sigue hasta el extranjero, son datos del natural y recuerdos vivos de sucesos propios.

Desde el aduar de los gitanos á donde fué despues, acampado en un pueblo de las inmediaciones de Murcia, podemos hasta Roma seguir el itinerario de nuestro héroe. Por lo general, cuando Cervantes introduce un personaje que de España pasa á Italia, el puerto de embarque es Cartagena. Al finalizar la narracion que hace el poeta al jóven Andrés, dice: «El (camino) que yo pensaba llevar, no es sino á Sevilla, que allí tengo un caballero ginovés, grande amigo del Conde mi pariente, que suele enviar á Génova gran cantidad de plata, y llevo designio que me acomode con los que la suelen llevar como uno de ellos, y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena, y de allí á Italia, porque han de venir dos galeras muy presto á embarcar esta plata.» Más adelante dice, que se holgaba de ir con los gitanos hasta el reino de Murcia, por estar cerca de Cartagena, donde, si viniesen galeras, como él pensaba que habian de venir, pudiese con facilidad pasar á Italia.

Bien se alcanza que esta precision y abundancia de detalles, inútiles y aun fuera de propósito para Andrés, no tienen otro mérito ni importancia que el de ser personalísimos, y escritos exprofeso como memorias del tiempo pasado y especialmente de un suceso tan grave y no previsto como su extrañamiento repentino, su viaje á lejanas tierras y su cambio de fortuna en los primeros albores de la vida. No deja tampoco de decirnos que sacó de Madrid dinero suficiente, dado por el padre de su jóven camarada, y esto explica y resuelve muchos puntos y accidentes de su peregrinacion. Explica que el encuentro del jóven Pedraja, despues Licenciado Vidriera, con el capitan don Diego de Valdivia, amigo y protector que fué de Cervantes, no es tampoco ficcion. Su nombre, en efecto, no era necesario en dicha novela á no ser para consignar algun suceso personal del novelista. Todo lo que allí se dice respecto á la indecision de ánimo del jóven estudiante y las razones que le movieron á decidirse por la milicia, tiene un marcado tinte de auto-biografía. Como éste, debió enamorarse de la pintura que el capitan hizo de la vida de la soldadesca, de las bellezas de Nápoles, holguras de Palermo, abundancia de Milan y festines de Lombardía; entrándole deseos de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia.

Tan evidente es la trasparencia de los sucesos del jóven Cervantes en los del jóven Pedraja, que llevado nuestro autor por la corriente de hechos verdaderos, llega á introducir detalles que conciertan más con su situacion real que con la del personaje ficticio. Basta recordar que el jóven Tomas era pobre, y el jóven Miguel poseedor accidental de trescientos escudos de oro, para conocer quién es el probable interlocutor en el pasaje siguiente:

«Poco fué menester, dice, para que Tomas aceptase el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso, de que seria bueno ver á Italia y Flándes y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos, y que en esto, á lo más largo, podia gastar tres ó cuatro años, que añadidos á los pocos que él tenia, no serian tantos que impidiesen volver á sus *comenzados estudios;* y como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto, dijo al capitan que era contento de irse con él á Italia; pero habia de ser á condicion, que *no se habia de sentar bajo bandera*, ni poner en lista de soldado, por no obligarle á seguir la suya. Y aunque el capitan le dijo que no importaba ponerse en lista, que así gozaria de los socorros y pagas que á la compañía se diesen, porque él le daria licencia todas las veces que se la pidiese;—eso seria, dijo Tomas, ir contra mi conciencia y contra la del señor capitan, y así más quiero ir suelto que obligado.»

Ya se deja entender, que esta renuncia de los provechos de paga y socorros, teniendo la vénia del capitan para gozar de independencia, asienta más naturalmente en la situacion de un jóven con la bolsa bien herrada, segun la vulgar frase de aquel tiempo, que no desprovisto de recursos. Es más, todo conspira á creer, que por no seguir la misma suerte de su jóven camarada, Cervantes vagaba indeciso hasta el encuentro con ese capitan, que como suele decirse le levantó los cascos con tanta pintura halagüeña de la vida del soldado, y como su naturaleza se la dividian Marte y Apolo, la posesion de un pequeño capital le permitió servir al uno sin despedirse del otro y satisfacer al propio tiempo su deseo de ver el mundo.

De su embarque en Cartagena danos suficiente indicio al referirnos cómo vió y notó «la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios y finalmente la necesidad precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecia,» necesidad triste que muestra lo erróneo é intolerable del sistema administrativo y político seguido por Felipe II, pues donde no hay libertad y su correspondiente fiscalizacion pública, no puede ménos de engendrarse semilleros de abusos que se hacen irremediables y los cometen los mismos que privadamente los censuran.

Nótese el detalle y particularidades del trozo siguiente, descriptivo del desembarque en Génova y en el cual no hay más que mudar el tiempo del verbo: «En fin, trasnochados, mojados y con ojeras *llegamos* á la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido mandrache, dió el capitan con *todos nosotros* en una hostería, donde *pusimos* en olvido todas las borrascas pasadas con el presente *gaudeamus*. Allí *conocimos* la suavidad del treviano, el valor del monte frascon, la ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candia y Soma, la grandeza del de las cinco villas, la dulzura y apacibilidad de la señora garnacha, la rusticidad de la chentola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente á Madrigal, Coca y Alaejos y á la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa. Ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Ribadavia y Descargamaría. Finalmente, más vinos nombró el huésped y más nos dió, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. *Me admiraron* tambien los rubios cabellos de las ginovesas y la gentileza y gallarda disposicion de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro. Otro dia se desembarcaron todas las compañías que habian de ir al Piamonte; pero yo no quise hacer este viaje sino irme desde allí por tierra á Roma.»

¿Quién no ve aquí una narracion de aventuras personales del autor? Para el objeto de la novela no eran necesarias estas digresiones ni pinturas de lo que pasó en la hostería. Toda ella correría lo mismo sin esta minuciosa relacion en que se ve la fruicion de los recuerdos de aquel primer viaje á países extranjeros, su aficion á los buenos vinos, muchos de los cuales como el de Esquivias y el de Guadalcanal los cita en sus novelas del *Coloquio de los perros* y *Rinconete y Cortadillo*. No es posible, que contando un autor el viaje de un personaje de Cartagena á Génova y habiendo él hecho la misma jornada ó peregrinacion, tenga necesidad de inventar, sino de recordar y copiar lo que él mismo vió y sintió. Nada es, pues, más evidente ni nada conocemos con más detalles y minuciosidades que los sucesos de nuestro escritor hasta ahora más desconocidos, ó sea desde que dejó el estudio del maestro Hoyos en Madrid, hasta que llega á la capital del orbe cristiano.

Hay claros indicios de que el jóven desterrado tomó bien de memoria la relacion de la *buona vita* hecha por el capitan, y que para ello le vino bien el ir suelto y no bajo bandera. Segun se desprende de la introduccion de un personaje en la novela del *Pérsiles*, cuyas señas espirituales cuadran con el autor, los escudos de oro fueron disminuyendo hasta el punto de que ántes de llegar á Roma, la necesidad le hizo tomar el traje de peregrino y de este modo pudo dar término á su expedicion en la ciudad eterna. La manera con que da á entender que tuvo que apelar á la limosna es por extremo ingeniosa, pero no por eso deja de ser clara y alusiva á su personalidad.

Dados estos antecedentes, se comprende que por mediacion de los muchos compatriotas que en aquel tiempo visitaban á Italia, ó por algun amigo ó camarada suyo que estuviese al servicio del cardenal Aquaviva, entrase Cervantes á formar parte de la servidumbre del prelado en calidad de camarero. Llevábase en el palacio de su eminencia una vida espléndida, fácil, cómoda, entretenida y ajena á los cuidados. Los pajes tenian la ventaja de conocer y oir á los huéspedes ilustres que siempre llenaban la mesa del prelado, y de esto tenemos testimonio en el prólogo de *Galatea*, donde recuerda Cervantes que en casa de su eminencia oyó repetidos elogios de las virtudes y prendas de Ascanio Colonna. Con amo tal y trabajo tan llevadero, puesto que estaba repartido entre muchos, no hay duda que la vida de un jóven debia pasarse como entre flores, sin contar con que sirviendo bien y ganándose el afecto del Cardenal, su subsistencia en el porvenir estaba asegurada. Con todo eso, la residencia de Cervantes en el palacio cardenalicio fué breve. Aquella vida regalona y muelle no debió avenirse con el ingenio vivo y el espíritu inquieto de nuestro jóven, nacido bajo el doble influjo de Apolo y de Marte. El doctor Quintana decia en su oracion fúnebre de Lope de Vega: «Secretario fué en su juventud de dos príncipes grandes, y cuando estimaban más su persona los dejó por huir las lisonjas y estimaciones de sus familias, y estaba tan averso, ó por mejor decir, desengañado de este género de favores, que solia decir: Aun á las figuras de los tapices de palacio tuviera lástima si tuvieran sentimiento.» Si esto pasó en la juventud de un escritor que tanto gustó luégo de la lisonja y tan bien se halló con el favor de los príncipes, ¿qué no seria en quien fué tan amigo de lo cortés como enemigo de lo cortesano? Si como se desprende de su corta estancia en Roma, el Cardenal no hizo la distincion que merecian los talentos y buena disposicion del paje Saavedra, ayudándole á proseguir sus estudios en alguna de las famosas escuelas de Italia, no es extraño que tuviesen para él más aliciente los peligros y mudanzas de la guerra que la vida tranquila de los palacios. Bien deja entender Cervantes, siempre agradecido á sus bienhechores, en el silencio que guarda acerca de este período, que la estancia en la casa de Aquaviva fué un recurso para no morirse de hambre en país lejano, y que no debió mucho al Cardenal en concepto de distincion particular hácia él por su disposicion ó inteligencia.

Viénese, sin embargo, á la memoria la reconvencion que el mismo Cervantes se hace de haber malogrado su ventura por una imprudencia. ¿A qué período de su vida pudo referirse? ¿Cuándo hemos visto dichoso á Cervantes? Ahora que tenemos indicios casi seguros de cómo pasó su primera juventud en Madrid, pudiera creerse que se refiere al tiempo en que estuvo como camarada de un jóven mayorazgo pariente suyo y heredero de un título, viviendo con independencia y desahogo, dedicado á su aficion favorita á las musas, y teniendo fama en la corte de poeta aventajado y gallardo caballero; pero el suceso que puso fin á esta larga luna de miel no puede calificarse de imprudencia, pues en defender á su amigo no hacia sino cumplir con un deber de hidalguía y compañerismo. ¿Fué tal vez en Roma cuando servia de camarero? ¿Llamaria él ventura el placer de vivir en una ciudad tan famosa, acomodado en un palacio, con buena mesa, falta de cuidados y sobra de esperanzas y de ilusiones, cuando escribia el *Viaje del Parnaso*, tal vez acosado de estrechez y agobiado de sinsabores? Esto es más probable. Ya en la edad

avanzada y cuando se echa una mirada retrospectiva sobre la vida, suele el hombre calificar de imprudencia una resolucion ligera que cambia el curso de los sucesos y que se toma en la juventud al calor del entusiasmo y mirando el porvenir por el prisma de la confianza en la buena estrella y en que el mundo es grande y redondo para rodar por él sin estrellarse contra valla alguna; pero luégo viene la realidad y la sustraccion en la cuenta de todo lo que fueron sueños de oro, molinos de viento y castillos en el aire, y se ve con pena que con ser el mundo tan grande, es á veces tan pequeño que apénas da un pié cuadrado en que sostenerse.

Como quiera que sea, es lo cierto que Cervantes salió del servicio del Cardenal, y que debió encontrarse en Roma poco más ó ménos en la situacion en que pinta á aquel jóven paje que encuentra Don Quijote, portador de la espada sobre el hombro y en ella puesto un bulto ó envoltorio, al parecer de sus vestidos; y si alguno, como el hidalgo, le hubiera preguntado á dónde ó con qué objeto caminaba, habria respondido que la necesidad le llevaba á la guerra. Italia era entónces cuartel de las milicias españolas. Veíanse en todos sus puertos multitud de galeras llenas de la flor y nata de los guerreros preparados para uno de los más grandes hechos navales de que el mundo ha sido testigo. Imposible era que de tanto entusiasmo no participara el pecho de Cervantes. Veria amigos y compañeros deseosos de gloria y tan dispuestos á esgrimir la espada en el calor de los combates como á escribir un poema sobre los cadáveres sirviéndole de mesa un yelmo, de pluma una tizona y de tinta la roja sangre. ¿Cómo resistir un genio á los estímulos de gloria do quiera y como quiera que esta se brinde á su noble ambicion de inmortalidad? Quien ya desde muy niño habia alimentado su imaginacion con innumerables pinturas de guerras de los doce Pares de Francia contra moros y paganos, ¿podia ver impasible el cercano encuentro y formidable choque de la cristiana y la turquesca armada? Agréguese á esto la opinion que siempre mantuvo de que el ejercicio de las armas asienta mejor que en otros en los caballeros, y que las fuerzas del ingenio, juntas con las del corazon, forman un compuesto en quien se alegra Marte, la paz se sustenta y la república se engrandece. La profesion militar, el ejercicio de las armas, la guerra fueron una verdadera monomanía en Cervantes. Verdad es que en su época se comprende esta pasion, hoy bastante mitigada. En una sociedad en que el régimen absoluto paralizaba las fuerzas, la energía y actividad individuales por una parte, y el imperio de la fe paralizaba por otra el ejercicio de las espirituales: en una época en que no se habia llegado á la conquista del derecho ni se pensaba en llegar sino por el medio de la fuerza, la profesion de la guerra tenia algo de sagrado; era un ministerio santo del progreso, y si de algo podia servir la iniciativa, el ardor, la energía individual y si en algo podia encontrarse el hombre elevado en carácter, dignidad é independencia era bajo las banderas de Marte, que preparaban con las conquistas el terreno para la gran campaña futura de la inteligencia en la esfera de la razon. La guerra era aún entónces más personal que mecánica, á pesar de conocerse hacia ya tiempo el uso de la pólvora, y por eso Don Quijote, idólatra del valor, truena contra la espantable furia de los endemoniados instrumentos de la artillería, «á cuyo inventor, dice, tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, pues es causa de que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar por luengos siglos.»

En efecto, es verosímil que si Cervantes viviese hoy, con todo su valor no se acordaria para nada de la profesion militar á quien la mecánica ha venido á quitar todo estímulo y nobleza, porque sólo

puede haberla con el uso de las armas blancas, que maneja el brazo movido directamente por el corazon magnánimo, y no con instrumentos intermedios, que suprimiendo la accion directa del hombre, pueden ser movidos por artificio mecánico. Aun ya en su tiempo ponia en boca del hidalgo, que estaba arrepentido de haber adoptado la carrera de las armas, «porque aunque á mí, continúa, ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo el pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra.» Y esta misma idea se revuelve de nuevo en la mente de Cervantes cuando al pintarnos la amenazada guerra de los dos pueblos por ocasion del rebuzno de los alcaldes, nos presenta á Don Quijote escapando al galope del tiro de ballestas y arcabuces, «temiendo á cada paso no le entrase una bala por las espaldas y le saliese al pecho y á cada punto recogia el aliento por ver si le faltaba.»

Sólo mirando la guerra y la profesion de las armas bajo el único aspecto en que tiene de lo heróico y personal se comprende el fanatismo de Cervantes por la milicia, sin contar con que una de las notas distintivas de su carácter era el amor á los peligros de que resulta honra y gloria y fama inmediatas, lo cual sucede en la profesion militar y nó en la de las letras, cuyo galardon está reservado á la posteridad principalmente, miéntras que el soldado le recibe al acabar sus triunfos y victorias. Es evidente que en su situacion al dejar al cardenal Aquaviva y decidirse por sentar plaza de soldado hizo las reflexiones que hace Don Quijote al jóven paje de que acabamos de hablar, y nada hay más seguro y firme que seguir á Cervantes al pié de la letra y adaptar las ideas expuestas en sus obras á los casos análogos de su vida. «No hay otra cosa en la tierra más honrada, dice, ni de más provecho que servir á Dios primeramente y luégo á su rey y señor natural, *especialmente en el ejercicio de las armas*, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, á lo ménos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un *sí sé qué* de esplendor que se halla en ellos que los aventaja á todos.»

La ocasion que se presentaba al jóven ex-paje no podia ser más solemne é incitante, como que se respiraba en la atmósfera que la formidable naval campaña contra la potestad del gran Turco habia de ser un acontecimiento decisivo en el curso de la civilizacion en Europa. Ansioso, pues, de peligros en que cobrar fama de valiente cual esperaba alcanzarla de sabio, sienta plaza de soldado, é incorporado á la compañía del capitan Diego de Urbina, destacada de aquellos famosísimos tercios que hacian temblar la tierra con su mosquetería, se embarca para la singular batalla en la galera *Marquesa* al mando de Sancto Pietro de la escuadra de Juan Andrea Doria, jefe de las fuerzas navales del Rey de España, que, en union con las del Papa y las venecianas, mandaba como generalísimo el serenísimo príncipe don Juan de Austria. El instante terrible al fin se acerca. La escuadra unida avista á la enemiga, la persigue y le presenta batalla el 7 de octubre, de madrugada, en la embocadura del golfo de Lepanto. Trábase el combate por el ala que mandaba Barbarigo, y se extiende en breve á toda la línea. Cervantes abatido por la fiebre en aquel entónces y postrado en el lecho, cobra aliento al oir el estruendo de los combatientes, y sabiendo que el soldado más vale muerto en el campo que vivo en el lecho, sin armarse apénas, toma su espada, aparece en la cubierta y pide á su capitan un arriesgado puesto en que batirse. Urbina y sus camaradas le reconvienen y le instan á que se retire á la cámara, mas el gallardo jóven responde de este modo: «En todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra á S. M. y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así ahora no haré ménos, aunque esté con calentura. ¿Qué dirán de mí? Que no hago lo que debo. Más quiero morir peleando por Dios y mi Rey, que no meterme so cubierta á cuidar de mi salud. Así que, póngaseme en la parte más peligrosa, que allí estaré ó moriré peleando.»

Esta circunstancia de hallarse enfermo nuestro héroe el dia de la batalla ha sido favorable para su crédito y honra militar al propio tiempo que nos indica haber servido en la guerra en ocasiones anteriores á la naval refriega. Su respuesta al capitan Urbina da á entender cómo entendia la profesion militar, ó mejor dicho, cómo habia hecho de ella un ideal, así como lo habia hecho de la profesion de las letras y lo hacia su brillante y poética imaginacion de todo cuanto es humano. Si en algo con preferencia se extremó y pintó con los más bellos colores es sin duda el ministerio del mílite guerrero y lo prueban las muchas sentencias, máximas, consejos y alabanzas referentes á la profesion de las armas, como son las siguientes: «Más hermoso parece el soldado muerto en la batalla que sano en la huida.» «Dichoso es el soldado que cuando está peleando, sabe que le está mirando su príncipe.» «La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es más firme que las demas honras.» Y en la segunda parte del QUIJOTE, hablando este al paje que intentaba alistarse en la milicia, le dice: «Tanto alcanza de fama el buen soldado cuanto tiene de obediencia á sus capitanes, y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo ménos no os podrá coger sin honra y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza.»

Todo esto corresponde á la época de sus ilusiones ó dorados ensueños y está visto bajo ese prisma quijotesco ó ese espejismo archi-poético que podríamos clasificar por único con el nombre de cervántico. Pero esta es una faz, y luégo viene la otra del hombre discreto y práctico, del gran satirista y cómico censor de los abusos, vicios y flaquezas humanas, del penetrante observador de la realidad de las cosas. La realidad era, que el soldado vivia miéntras servia, sin adquirir honra ni gloria alguna, ni mencionarse siquiera su nombre, á no ser por una circunstancia accidental de la fortuna. Pasábale lo que por semejanza y de una manera indirecta dice Sancho hablando de los escuderos y lo que participaban de la gloria de las aventuras de sus señores. «Hánse de llevar estos la fama de las que acaban y hemos de llevar nosotros el trabajo; ¡cuerpo de mí! áun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con la ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero que escriban á secas, don Paralipomenon de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo!»

Y en el pasaje á que ántes me refiero, pone en boca del hidalgo, «que ya se va dando órden cómo se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de que no piensan ahorrarse sino con la muerte.»

Pero en la época de que vamos hablando Cervantes era jóven y no habia visto la triste realidad, sino el mundo al traves de su óptica poética, y para él las heridas no implicaban la parálisis y los dolores ó la necesidad de hilas é ungüentos, sino que eran estrellas que guiaban al templo de la gloria. Dejemos relatar al mismo héroe esta ocasion que califica de la más alta que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros. Hable el genio del soldado, que en otra ocasion más triste canta estos hechos dignos de memoria eterna con el acento y entonacion épicas que tanto le cuadran.

«En el dichoso dia que siniestro
Tanto fué el hado á la enemiga armada,
Cuanto á la nuestra favorable y diestro,
De temor y de esfuerzo acompañada
Presente estuvo mi persona al hecho
Más de esperanza que de hierro armada.
Ví el formado escuadron roto y deshecho,

Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho.
La muerte airada con su furia insana
Aquí y allí con priesa discurriendo,
Mostrándose, á quién tarda, á quién temprana.
El són confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo:
Los profundos suspiros lamentables
Que los heridos pechos despedian,
Maldiciendo sus hados detestables,
Helóseles la sangre que tenian
Cuando en el són de la trompeta nuestra
Su daño y nuestra gloria conocian.
Con alta voz de vencedora muestra
Rompiendo el aire claro, el són mostraba
Ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazon, yo, triste, estaba
Con la una mano de la espada asida
Y sangre de la otra derramaba.
El pecho mio de profunda herida
Sentia llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida;
Pero el contento fué tan soberano,
Que á mi alma llegó, viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento,
Que á veces me quitó todo el sentido.»

Se habia realizado á medida del deseo el ideal de Cervantes. Vióse de muy jóven testigo y parte activa de una colosal contienda, sintió ese gozo inefable de vencer en una batalla y quedó marcado en su cuerpo el sello de la honra militar, que ya que no le dió pan en el porvenir satisfizo plenamente su noble orgullo. Don Juan de Austria le consideró y estimó desde entónces sobre todos sus soldados, puesto que al visitar los hospitales al siguiente dia fué informado de la gallardía y ánimo de aquel jóven herido; pero lo que pudo hacer por entónces aquel príncipe, fué consolarle, mostrar interes por su curacion y adelantarle tres ducados de paga mensuales, reservando mayores mercedes á la gratitud del monarca español.

Las frases de nuestro soldado en su respuesta al capitan Urbina diciendo que habia cumplido como bueno en todas las ocasiones de guerra en que se le habia mandado anteriormente, hacen creer en lo breve que debió ser su estancia en Roma al servicio de Aquaviva. En la informacion que su padre don Rodrigo presentó en Madrid, en 1578, dice que su hijo habia servido á S. M. de diez años á aquella parte. Nuestro mismo escritor, en su carta á Vazquez, manifiesta que hacia diez años estaba al servicio de Felipe II, y en su memorial á dicho Rey, hecho en 1590, expresa, que llevaba veintidos años de tomar parte en jornadas de mar y tierra, afirmaciones que coinciden en fijar el año 1568 como la época en que entró en la carrera militar. Si, pues, á fines de octubre de este mismo año se encontraba en Madrid, donde hizo las poesías para las obsequias de la reina Isabel, y despues hay que descontar el tiempo invertido en la peregrinacion á Roma, evidentemente fué brevísimo su empleo de camarero de dicho prelado. Quedan, pues, tres años largos de talle en que sirvió de militar ántes de la jornada de Lepanto, y por eso puede decir en la dedicatoria de la *Galatea* á Ascanio Colonna, «que habia seguido *algunos años* las vencedoras banderas» de su padre. En efecto, Cervantes gastó sus veinte años muy bien contados sirviendo á su patria y su rey en el ejército, y bien pudo decir con razon en el entremes de *La Guarda cuidadosa*, lo siguiente que dice el soldado al amo de Cristina: «Advierta que ahí dentro de ese envoltorio de papeles van las informaciones de mis servicios, con *veintidos* fées de veintidos generales debajo de cuyos estandartes he servido, amén de otras *treinta y cuatro* de otros tantos maestres de campo que se han dignado honrarme con ellas.» A esto responde el amo: «Pues no ha habido, á lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestres de campo de infantería española de cien años á esta parte.—Vuestra merced,

responde el mílite, es hombre pacífico y no está obligado á entendérsele mucho de las cosas de la guerra; pase los ojos por esos papeles y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestres que he dicho.»

Seis meses pasó nuestro jóven soldado curándose en los hospitales de Mesina, por cuya razon no se le asignó destino en la distribucion de las fuerzas militares que se hizo despues de la victoria; mas apénas restablecido, se tiene por cierto que solicitó reembarcarse en las galeras de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, con el tercio del valentísimo capitan don Lope de Figueroa, al cual fué incorporado, asistiendo á la jornada del siguiente año, en donde vió la ocasion que allí se perdió de no apresar en Navarino toda la armada turquesca, y hallándose en el de 1573 en la conquista de Túnez, donde entró con el marqués de Santa Cruz. Hasta junio de 1575, estuvo nuestro galan soldado por mar y tierra á las órdenes del duque de Sesa y de Marcelo Doria, y en todo este tiempo tuvo ocasion de ver y conocer varias partes y ciudades importantes de Italia, de que su memoria conservó el recuerdo. Visitó entre estas á Ferrara, Parma, Plasencia y Milan, á quien llama oficina de Vulcano, á Venecia á quien compara con México, y admira su riqueza infinita, gobierno prudente, sitio inexpugnable, abundancia suma, arsenal famoso y alegres arrabales; á Luca la hospitalaria de los españoles, cuyas posadas eran capaces de alojar escuadrones de soldados; á Florencia, agradable por su asiento, limpieza, edificios suntuosos, fresco rio y apacibles calles; á Nápoles á quien llama la mejor ciudad de Europa y áun de todo el mundo; á Palermo, por su situacion y belleza admirable; á Mesina por su puerto famosa y por su abundancia llamada el granero de Italia, y finalmente á Roma, leon colosal de que vió las uñas en los despedazados mármoles, rotos arcos, derribadas estatuas y demolidas termas; grande por sus anfiteatros y pórticos, por su famoso y santo rio, sus puentes y sus calles, sus montes y sus vías. Vió monumentos, admiró grandezas, conoció hombres de valía, estudió idiomas, observó costumbres, tuvo, en fin, en la escuela de la milicia, franca, liberal y desenfadada, aquel aprendizaje que tanto le valió en sus adversidades futuras, como que sin él habria sucumbido el ánimo más fuerte á tan reiterados golpes. Esta su expedicion á Italia, emporio entónces de las artes y teatro de la guerra, y las grandes empresas en que tomó parte activa en una edad comparativamente temprana, engrandecieron sus ideas y enardecieron su fantasía, de suyo inclinadas á lo grande, heróico y maravilloso de tal manera, que hombres y cosas debieron parecerle dotadas y revestidas de ese tinte ó colorido poético que sólo estaba en su óptica especial, y así es más natural que un sér en estas condiciones traiga y modele el mundo exterior á su semejanza, que no que él se baje y empequeñezca á la semejanza de lo que le rodea. Esta es la secreta causa de muchos actos que parecen locuras y que de seguro acarrean males á los que así obran; pero no puede el corazon dejar de ser lo que es, ni el espíritu abdicar de su altura por miras interesadas y egoistas, y el individuo así formado moralmente se parece al que lleva unos anteojos de aumento que á cada paso está tropezando con todos los objetos por equivocar las distancias y los tamaños. Ocioso seria detenerme á demostrar aquí, que este es el alma y el resorte de la creacion llamada QUIJOTE, que se hallaban como ingénitos en la índole moral y espiritual de Cervantes y por eso tiene su poema esa admirable perfeccion que se nota cuando se pinta la naturaleza embelleciéndola. Pero de esto habrá de tratarse más adelante.

Nuestro soldado habia cumplido, ó mejor dicho, excedido el cumplimiento de su deber, y conclusas las jornadas marciales y viéndose inutilizado por su manquedad y heridas, resuelve volver á su patria á recibir el premio de sus señalados servicios, obteniendo su licencia de don Juan de Austria con enérgicas recomendaciones de este, del duque de Sesa y de los otros jefes para el monarca español á quien estaba reservada la debida recompensa de sus servicios (1). Gozoso Cervantes, se embarca en Nápoles hácia el

(1) De esperar es que con el tiempo puedan seguirse sin interrupcion los pasos de nuestro poeta soldado desde sus primeras campañas á las órdenes de Marco Antonio Colonna, así como sus movimientos desde que curado en el hospital de Mesina, se le pierde de vista hasta encontrarle en 1575 á las órdenes

otoño de 1575, en la galera española *El Sol*, en compañía de su hermano don Rodrigo, soldado tambien en las campañas de Italia, y de otros caballeros y personas principales; mas la fortuna adversa y envidiosa quiso atajar su ventura con la desventura mayor que puede imaginarse.

La noche del 25 de setiembre, despues de haber pasado tan cerca de Berbería, que los recien derribados muros de la Goleta y las antiguas ruinas de Cartago á la vista se manifestaban y yendo izadas todas las velas de la nave por aprovechar del próspero viento, uno de los marineros descubrió á la claridad de la luna, que cuatro bajeles de remo se encaminaban hácia la nave á larga y tirada boga. Dióse la voz de *alarma* que puso en sobresalto á todos. El capitan de la nave procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran. Conoció que eran galeotas forzadas, y disimulando su temor mandó alistar la artillería y cargar las velas todo lo más que se pudiese, por ver si podia entrando entre ellos, jugar de todas bandas la artillería. Acudieron luégo todos á las armas, y repartidos por sus postas como mejor se pudo, esperaban la venida de los enemigos. No tardaron estos en llegar, á la sazon en que calmaba el viento, que sin duda fué la total causa de la perdicion de la galera. Los moros, viendo que habia calmado el viento, no quisieron abordar entónces, pareciéndoles mejor aguardar al dia para embestirla. Hiciéronlo así, y llegada la mañana del 26, vieron con dolor los españoles, que eran en número de quince los bajeles contrarios. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitan ni los soldados y caballeros que en la nave venian, esperaron á ver el movimiento de los corsarios, los cuales echaron de la *Capitana* una barquilla al agua y con un renegado enviaron á decir al capitan de la galera *Sol* que se rindiese, amenazándole de parte de Arnaute Mamí, que si disparaba alguna pieza el navío, lo habia de colgar de una entena en cogiéndole. El capitan, no queriendo rendirse, despachó al renegado, diciéndole que se alargase de la nave si no queria que le echase á fondo con la artillería. Oyó Arnaute esta respuesta y luégo cercando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde léjos la artillería. La galera hizo lo mismo y al principio con tan buena fortuna, que echó á fondo uno de los bajeles que le combatian por la popa, viendo lo cual los turcos, apresuraron el combate, embistiendo al buque español cuatro veces en el espacio de cuatro horas y retirándose otras tantas con gran pérdida de su gente y no poca de los españoles. Fueron muchos los asaltos y grandísima la desigualdad de las fuerzas; pero el temor á la servidumbre les hizo pelear como furiosos leones; aunque muy luégo conocieron que todo esfuerzo era inútil y tuvieron que rendirse al yugo ajeno y bárbaro, y entró vencido y encadenado Cervantes en aquella tierra de piratas donde habia ondeado la bandera española, y donde halló oscura mazmorra y cruel martirio en cambio del alegre cielo y justo premio que en su patria se esperaba.

Los hechos de Cervantes y sus sucesos en Argel, por una feliz casualidad de infeliz orígen son los más conocidos por la posteridad, pues no hay más que ceñirse á los testimonios de los españoles que declararon sobre el carácter y conducta de nuestro manco cautivo, con ocasion de las calumnias y delaciones hechas contra él por el díscolo y envidioso dominico el doctor Juan Blanco de Paz. Este personaje es la reverberacion siniestra que se observa en el teatro de su cautiverio y sus sombras le persiguen en España durante todo el resto de su vida; pero es al mismo tiempo la causa de haber aquilatado el valor y paciencia en el ánimo de nuestro soldado poeta.

del duque de Sesa. Podrán ayudar á esto los escritos de autores de aquel tiempo, así italianos como españoles, reconstruyéndose la casi completa narra[illegible] que logró escribir en Lóndres nuestro célebre bibliógrafo don Bartolomé José Gallardo para la traduccion que Smirke hacia del QUIJOTE hácia 1822-23. Dicha relacion histórica de la vida de Cervantes no llegó á publicarse, porque cuando el traductor conoció á nuestro diligente compatriota, estaba ya impres[illegible] el primer tomo, y por más que Gallardo procuró compendiarla, desigualaba en mucho el volúmen que llevaba la vida escrita por Pellicer. [illegible] por aprovechar las nuevas noticias de Gallardo, consentian los editores en descartar esta biografía; pero tan buenos deseos se estrellaron en la me[illegible] los libreros Cadel y Davis, quienes no queriendo aumentar los desembolsos, privaron así al público de conocer tan importante reseña, puesto que el [illegible] tanta labor vino á encontrar sepultura eterna en el fondo del Guadalquivir en el memorable saqueo de Sevilla en el dia de San Antonio.

Lástima es que tambien se haya perdido la *Batalla Naval*, drama escrito por Cervantes, donde debió haber tratado del gran hecho de Lepanto. Acaso algun dia se halle un ejemplar, pues el no haberla incluido entre las que publicó, parece argüir su gran popularidad. Otro escribió Lope [illegible] mismo título, que ha tenido la misma suerte.

En el reparto de la presa tocó á Cervantes por patron Dalí Mamí, amo tan cruel como ambicioso de dineros, el cual no tanto por el porte y presencia de su cautivo, como por las cartas que halló en su poder, en que príncipes y jefes le elogiaban y recomendaban á Felipe II, como hombre de gran valía, le tuvo por un personaje de distincion y gran cuenta. Ajustó su conducta al tenor de este concepto y esperó un gran rescate cargándole de hierros, guardándole en incómodas prisiones con guardias de vista, escasez de alimentos y abundancia de trabajos, á fin de hacerle la vida insoportable y apresurar el momento de su redencion. De suerte que, la única vez en que pareció favorable y despejada su estrella, y en que tuvo proteccion de los poderosos, fué para aumento de su mal, convirtiéndose las buenas palabras de sus patronos cuando libre, en malas obras de sus *patrones* cuando esclavo. El cautiverio en Argel, fué, por desgracia, de los peores que los hombres han sufrido en extrañas naciones, en todos los tiempos, y de esto dan testimonio Gracian, Losada, Galan, Haedo y cuantos describieron aquella miserable vida que pasaban los cristianos en poder de amos descreidos, sanguinarios, feroces y degradados con todo género de vicios, que no conocian más freno que su misma brutalidad y concupiscencia. Triste era la perspectiva del jóven cautivo, al ver el crecido número de cristianos que poblaban los calabozos de Argel y la poca ó ninguna probabilidad de rescate que se le ofrecia con la conducta de la corte de España gastando sus tesoros en monasterios y reliquias de santos, y teniendo abandonada la flor de sus hijos en aquella tumba cavada á vista de sus costas. Pero Cervantes tenia valor é ingenio, despreciaba los peligros, amaba los imposibles y amaba más que todo la libertad, y estas nobles pasiones engendraron una serie de actos heróicos, que forman por sí una epopeya, donde todo lo llena un héroe, Cervantes, y todo se reduce á un argumento, la libertad. Parece que todo el brio y esfuerzo del ánimo más bien templado se estrellarian en situacion tan extremada y desesperada, porque, como escribe el doctor Sosa, tambien cautivo y amigo de nuestro ingenio: «dado que un hombre en su libertad fuese toda la discrecion del mundo, aunque el punto de su brio y generosidad fuese tan alto que estuviese en el cuerno de la luna, en el punto que es cautivo, él mismo no se acuerda de sí, ni mira por sí, ni hace caso de sí, ni sabe qué cosa es honra, ni punto ni primor; mas él mismo se abate, se apoca, se desprecia y áun se envilece consigo de tal suerte, que hace mil poquedades y faltas de que el más ruin se afrentaria.»

Estas reflexiones deben estar presentes en el ánimo cuando se trata de avalorar los hechos del soldado estropeado en tierra de Argelia, pues como dice el historiador Haedo, «el cautivo nada puede hacer si el señor no lo consiente, no lo manda, no lo ordena, no lo quiere, adónde, cómo y cuándo se le antoja, aunque no sea más que mudar un pié, mover un ojo y tocar á una paja.»

Las ocasiones de guerra pasadas habian demostrado el valor personal de Cervantes; pero el cautiverio fué una campaña si más triste, más gloriosa; porque nos dió á conocer el temple de alma del cautivo, y nos mostró un gran carácter, luchando en la lucha más sublime reservada al hombre, que es contra la adversidad cuando carga y acomete con todas sus fuerzas, uniendo á lo desesperado de la esperanza la falta de medios de la víctima y el poder incontrastable de los verdugos. Que un hombre libre luche contra la desventura y la venza, grande cosa es para la pequeñez humana; pero que la domine un esclavo cuya esfera de accion es casi nula y en la que cada acto es de por sí una rebelion ó un imposible, es ciertamente maravilloso. Cervantes dijo que de sus hechos en Argel quedaria memoria, y sus camaradas cautivos y hasta el mismo Rey de Argel fueron las lenguas de sus hazañas y proyectos increibles Cuando se lee el QUIJOTE, sugiérese á la mente del lector la idea de construirse un concepto especial de la persona del autor. ¿Quién es este hombre que inventa el peregrino carácter de un loco tan simpático por su valor, su fe, sus ilusiones, su constancia, su desprecio de los mayores peligros y su deseo de sacrificarse mil veces por el bien de sus prójimos y tomar á su cargo los cuidados y males de sus semejantes? No hay más que

cerrar las páginas del poema y abrir las de la Informacion de Argel, ó Historia de los hechos de un cautivo en Berbería, para encontrar en ella el fondo del carácter, el alma del argumento. Argel fué el gran teatro donde se desenvolvió en toda su grandeza el carácter de nuestro escritor, y así como dice, que si le facilitaran un imposible, quisiera ántes haberse hallado en la *faccion prodigiosa* de Lepanto, que sano de sus heridas sin haberse hallado en ella, así podemos decir de su cautividad, que cien veces prefiriera sufrirla haciendo lo que hizo, que haber escapado salvo de los moros. Despues de todo la más grandiosa época y el mejor libro de Cervantes se resuelven en un mismo punto y grande idea, ó mejor dicho en un mismo combate. En Argel por la libertad material; en el QUIJOTE por la espiritual: en el cautiverio de Berbería por la emancipacion del cuerpo; en el cautiverio de España por la emancipacion del espíritu, que si hierros ligaban sus piés en el Baño de Azanaga, cadenas oprimian su pensamiento en la inquisitorial, fanática y sombría España de Felipe II. Diré más, Cervantes tenia en sí el sello de los redentores, la inequívoca marca de *galeote divino,* segun la feliz expresion con que un escritor caracteriza á los grandes guías y maestros de la humanidad, cual era la tendencia á la universalidad, el desprecio del sér propio por el bien ajeno, y por eso se le ve en Argel, no sólo procurando su libertad, sino la de sus compatriotas, y no sólo la de estos, sino la de todos los cautivos, y no sólo la de los cautivos todos, sino la conquista de Argel para acabar con aquel sepulcro y amenaza de los cristianos. Si la libertad material era un bien, la queria para todos, como quiso para todos la libertad de la inteligencia.



Lo primero que intentó, animado por el ejemplo que le daban los hechos de otros cautivos como Lorenzo, Juan Portundo, Pedro Soler, Vizcaíno, Cuellar, Navarro y Juan Genovés, valientes mártires de su amor á la libertad, fué confiarse á la fidelidad de un moro, á quien valido de su discrecion habia ya probado, para que le sirviese de guía, conduciéndole á tierra de Oran, con otros nobles cautivos españoles sus compañeros de prision. Arriesgado era este proyecto y Cervantes no ignoraba la suerte que le cabria, si por desdicha no tenia el término deseado; pero triunfó la confianza del recelo y el ánimo de los temores, y á favor de la oscuridad de la noche atravesaron las murallas y huertas cercanas á la ciudad hasta ponerse en vía de salvacion. Tornóse pronto este gozo en mortal congoja, pues débil, el conductor, les abandonó en la primera jornada y se vieron obligados á regresar á Argel en busca de sus cadenas y de la muerte en horribles tormentos. Cruel era la situacion de Cervantes, que en el interrogatorio habia de confesar ser él el fautor é instigador á la fuga, y no habia otro desenlace que volver al lugar de donde huian. No obstante, la idea de que el estropeado cautivo era un gran personaje en España, confirmada por su aspecto, expresion viva, inteligente mirada y atrevidas respuestas, fué demasiado poderosa siempre en sus patronos, para que sacrificasen un crecido rescate al impulso del momento, y así se explica cómo se salvó de una muerte cierta, aunque no de nuevos rigores, hierros y penalidades con que Dalí Mamí desahogó su cólera contra su esclavo. Volvió, pues, Cervantes á saborear más amarga servidumbre, hasta que el rescate de un amigo suyo vino á despertar en él la confianza en una pronta emancipacion. El alférez Gabriel de Castañeda, que partió á España, á mediados del año 1576, se ofreció, á ruegos de nuestro cautivo, á llevar dos cartas, en que ambos hermanos, Miguel y Rodrigo, pintaban á su familia lo extremado de su situacion. Hizo aquella un sacrificio, vendiendo el padre su escaso patrimonio, y áun las dotes de sus dos hermanas, solteras. Llegados los fondos trató Miguel de los rescates con el codicioso Dalí Mamí, que pidiendo un precio exorbitante, imposibilitaba la libertad de ambos, por lo cual traspasó toda la cantidad á favor de su hermano, concertando con él que con el resto y

lo que más pudiese allegar, habilitase en Valencia ó Islas Baleares una fragata, que, armada convenientemente, fuese á las costas de Argel y tocase á deshora y con precaucion en el punto que él señaló, en donde estarian dispuestos para embarcarse y fugarse á España con otros cautivos. Para este fin consiguió cartas de recomendacion para los vireyes y otras personas de autoridad en dichos puntos, de algunos de los camaradas que eran caballeros y personas de alta posicion en España.

Partió don Rodrigo de Argel, hácia el mes de agosto de 1577, dispuesto á facilitar este medio de escape á muchos cristianos de valía y provisto de cartas que le dieron don Antonio de Toledo, caballero de la órden de San Juan, y don Francisco de Valencia, del mismo hábito, y miéntras procuraba los medios de armar la nave, Cervantes acometió la ejecucion de otra arriesgada empresa que era el complemento necesario al plan de fuga propuesto. A alguna distancia de la puerta de Babazon habia una casa de campo con extenso jardin, propia de un renegado griego, por nombre Asan, cuyo jardinero era un esclavo español, natural de Navarra. Con éste se habia concertado Cervantes para que, en una cueva que á una parte del jardin se hallaba oculta, se fuesen escondiendo algunos cristianos principales y allí estuviesen preparados para el momento del arribo de la fragata. Así se habia hecho, y aprovechando ocasiones, se fueron escondiendo en aquel seguro albergue varios cautivos amigos suyos. Este proyecto, ideado por nuestro jóven cautivo, y conducido con la mayor discrecion, lo comunicó sólo con caballeros de cuyo sigilo y prudencia tenia completa seguridad, y especialmente con el padre Fray Antonio de Sosa, esclavo de Morat Raez Maltrapillo, á quien consultaba en todas las ocasiones críticas, y á quien convidó á guarecerse en la cueva, si bien no pudo aquel aprovecharse de la oportunidad por sus achaques y flaqueza de salud; pero en todo aprobó y aplaudió lo que Cervantes hacia, pareciéndole, como así era verdad, un verdadero imposible que aquel jóven pudiese tener á su cargo y custodia tantas personas á quienes procuraba y mandaba alimentos y cuanto les era necesario. Cerca de seis meses estuvieron algunos ocultos y en todo este tiempo les proveyó ó les hizo proveer de víveres, siendo el jardinero Juan el vigía y centinela de su seguridad, en union con otro cautivo español, natural de Melilla, llamado el Dorador, que por encargo suyo compraba las provisiones y las llevaba con gran cautela á la guarida. Era nuestro jóven el padre y la providencia de aquel rebaño sustraido por su industria y solicitud á la voracidad de hombres mas crueles que fieras, y cual otro Moisés se preparaba á sacar su pequeño pueblo de tan gran servidumbre y llevarle á la tierra ansiada de su patria. Por avisos que, sin duda, hubo de recibir á mediados del mes de setiembre, de hallarse lista la embarcacion y próxima á darse á la vela, hizo su cálculo Cervantes y fué él mismo á esconderse con sus compañeros, esperando de un momento á otro que Juan les notificara la aproximacion de la nave libertadora á las costas argelinas, que avistó en efecto hácia el veintiuno dias de dicho mes. Mantúvose todo aquel dia á distancia y á la capa, aguardando á la oscuridad de la noche para acercarse á la cala designada como embarcadero. Llegó la noche y fué llegando hácia tierra con sigilo; pero la mala suerte hizo que en aquel momento pasasen unos moros por aquella despoblada orilla, y temeroso el capitan de la nave se hizo á la mar de nuevo, volviendo á poco rato á tentar fortuna. Los moros entraron en sospecha y comenzaron á dar gritos y poner en alarma á los que vivian cerca de aquella parte de Levante, de suerte que á la segunda tentativa ya habian muchos requerido y aprestado sus barcas y remos, y arrojándose sobre la nave la apresaron sin que ninguno de los tripulantes pudiese ponerse en salvo.

Consternó esta triste nueva á los impacientes cautivos ocultos en la cueva del jardin de Asan; pero no vino este mal solo, sino que á la imposibilidad de salvarse se agregó la falta de los alimentos. El Dorador no parecia y los escondidos perecian de hambre. En esta ansiedad terrible pasaron casi tres dias, al cabo de los cuales se presentó el malvado, que viendo ya imposibilitada su libertad, ideó sacar partido de la

desgracia de sus hermanos y se fué á revelar al Rey dónde estaban escondidos. Dióle el Rey una escolta, compuesta del comandante de su guardia, veinticuatro moros armados y algunos turcos, para prender á Cervantes y sus compañeros; mas oyendo este el rumor y alboroto con que se acercaban á la cueva y coligiendo por él y por las amenazas que estaban descubiertos, tuvo tiempo y serenidad para animar á los cautivos diciéndoles «que todos le echasen la culpa á él,» y sin aguardar á más, salió al encuentro de los soldados, exclamando: «Ninguno de estos cristianos que aquí están tiene culpa en este negocio, porque yo solo he sido el autor de él y el que les ha inducido á que huyesen.» Desconcertó á los moros esta confesion atrevida cuando esperaban lágrimas y ruegos, y no sabiendo qué hacer, despacharon á uno á que diese parte al Rey de lo ocurrido. Respondió Asan Agá que condujesen á todos á sus prisiones y le llevasen sólo á Cervantes maniatado. Hiciéronlo así, y atadas las manos y con lazo en la garganta, le condujeron entre armas y seguido de una turba multa de furioso populacho por la puerta de Babazon á la calle del Socco ó mercado, que era la mas concurrida y donde estaba situado el palacio del Rey.

Era este el hombre mas cruel y ambicioso que habia tenido la regencia de Argel, y de tal modo que las tiranías que dejaba de hacer por crueldad las hacia por su ambicion desmedida. Fray Antonio de Sosa escribe repetidas veces, que fué el tirano más despiadado de cuantos fueron reyes de Argel, y así le pintó Cervantes gráficamente llamándole homicida del género humano, pues no mataba ni atormentaba por causa mayor ó menor, sino muchas veces por gusto de hacer daño. Para que se vea á cuánto se expuso nuestro animoso Saavedra en esta ocasion, oportuno seria dar una breve idea de la condicion y figura de Asan, que hizo olvidar con las suyas las crueldades del Ochalí. Refiere el dicho doctor Sosa, que era Asan hombre de treinta y cinco años, alto de cuerpo, flaco de carnes, los ojos grandes, encendidos y encarnizados, la nariz larga y afilada, la boca delgada, no demasiadamente barbado, de pelo como castaño y color cetrino, señales todas de su mala condicion. Habia conseguido el reino á fuerza de dinero y despreciando otros gobiernos principales, porque Argel era para los turcos lo que las Indias para los castellanos. Esta condicion le hacia receloso y tirano, especialmente con los cristianos, deseando tener gran número de ellos en su Baño y confiscar los de los otros dueños por el menor motivo. Cada dia, dice Cervantes, se señalaba por una crueldad en estos infelices, y sucumbieron en la esclavitud sujetos tan principales como Ludovico Grasso, siciliano; Fray Lactancio de Police; Juan Francisco, napolitano; y Pedro Soler, mallorquin, por solo que intentó huir de la prision. Por una causa muy semejante á la que constituia el delito de nuestro Saavedra, cortó las orejas y narices á dos mallorquines, por donde se pudo colegir el gran peligro á que se expuso nuestro jóven cautivo haciendo recaer sobre sí toda la culpa de aquel intento de fuga, cuando lo que á Asan interesaba era que Cervantes se excusase con otros, pues cuantos más cómplices hubiera, tanto mayor provecho reportaria, por ser costumbre el ir al dominio del Rey todos los esclavos perdidos ó aprehendidos por querer fugarse.

Se habia hecho rodear Asan de un gran aparato tormentario con objeto de amedrentar al cautivo, empezando con amenazarle de muerte en su presencia si no declaraba quiénes eran sus cómplices. Procuraba el Rey en su codicioso cálculo envolver en aquella conspiracion por la libertad, no sólo á los españoles refugiados en la cueva, sino á otros muchos, y especialmente al padre mercenario fray Jorge Olivar, quien informado del caso, acudió inmediatamente á depositar en manos del doctor Sosa los ornamentos y vasos sagrados, temeroso de que se los quitasen si le prendian. Pero Cervantes salvó á todos tratando de perderse á sí mismo; é insistió en responder á todas las preguntas capciosas del Rey: «Suplico á S. A. que si ha de castigar á alguno, sea á mí sólo, pues yo solo tengo la culpa de todo.» Tal firmeza, serenidad y desprecio de la muerte ante un verdugo tan cruel, fueron sin duda la vara mágica que transformó la condicion de Asan en aquel momento, librando á todos de los castigos que esperaban y librán-

dose milagrosamente á sí mismo, pues contra su costumbre, Asan no dió más sentencia sino que fuese conducido á sus prisiones como los demás y declarado esclavo suyo. El alcaide reclamó á su jardinero dándole muerte por sus propias manos, y Dalí Mamí reclamó tambien á Cervantes, á quien habria reservado el mismo fin si no le guardase para obtener un gran rescate, como así sucedió, pues el mismo Rey, que tenia gran concepto del jóven manco español, por lo que le habia visto hacer y oido decir, le dió por él quinientos escudos.

Reforzadas las prisiones y la vigilancia y volviendo á saborear Cervantes la amarga servidumbre, alguna vez volvió tambien su mente y sus ojos á la España, al monarca y á sus amigos favorecidos por la fortuna. A dicha se acordó de uno á quien sin duda conoció y trató en Madrid y al cual la suerte habia encumbrado al favor de Felipe II. Atrevióse, no ya á pedirle la suma de dinero para su rescate, sino á darle noticia de su suerte desde su salida de España y de la situacion en que estaban con él millares de cristianos, y lo hizo en una epístola en verso en que no se sabe qué admirar más, si el mérito del poeta, la modestia con que de sí hablaba, el respeto que muestra y el elogio que sin adulacion tributa á su encumbrado amigo, ó los sentimientos generosos con que se dirige al monarca por medio de su secretario, para hacer levantar en su pecho el coraje y la resolucion de abrir la cerradura de la prision triste donde morian veinte mil cristianos. Recuérdale que entónces, acabadas ya las discordias que le habian fatigado, era ocasion de acabar la obra que el gran Cárlos V con tanta audacia comenzara, y le hace presente que sólo el pensar los moros que las fuerzas españolas se ponian en movimiento, bastaba para espantarlos y acobardarlos y esperar seguro triunfo. ¡Ruego inútil, vana esperanza! El eco de su voz no llegó á oídos del monarca que consumia los tesoros de la nacion en soberbias basílicas, en dar régio albergue á una comunidad de monjes y en dotarla con pingües rentas para que celebrasen exequias por su alma. Los flamencos eran mucho para Felipe y nada los cristianos españoles de Argel, y por rescatar almas que creia perdidas por la Reforma protestante, dejaba perder cuerpos entre los sectarios de Mahoma. Despues de todo, nuestro jóven escritor avisó al Rey lo que era más provechoso que la política seguida por la corte, más cristiano y más español, y lo que en la pluma de un cautivo cualquiera hubiera sido mera peticion de fondos para su rescate, en las manos del jóven genio se transforma en un verdadero documento político de profundas observaciones y previsor sistema.

Cinco meses despues del suceso de la cueva de que quedó memoria en Argel y del cual queda hoy en el mundo entero, intentó nuestro animoso cautivo otra fuga por la vía de Oran, utilizando las relaciones que en aquella plaza tenia con algunas personas, y la amistad que tres caballeros camaradas suyos en el Baño tenian con el gobernador de dicha ciudad don Martin de Córdova. A éste mandó cartas con un moro que se ofreció á entregárselas en propia mano, en las que le pedia enviase algunas personas de confianza, con las que pudiese fugarse con otros españoles decididos á aventurarse á este riesgo. Fué el mensajero aprehendido al entrar en aquella plaza, y, halladas las cartas, lleváronle á Argel, donde fué empalado sin que lograsen delacion alguna, de cuya fidelidad y valor dejó Cervantes testimonio en su Informacion, alabando su firmeza. Mas como las cartas revelasen al autor del proyecto de evasion, vióse éste en gran peligro de perder la vida. Montó Asan en cólera, y traido el estropeado español á su presencia, mandó imponerle el rigoroso castigo de dos mil palos, que los chauces ó verdugos iban á poner inmediatamente en ejecucion; pero del cual y de la muerte que hubiera sido su resultado, escapó de nuevo, tocando algun poderoso resorte, que le hacia domar á aquel monstruo de la tiranía.

Estos hechos le habian conquistado gran fama en la ciudad de Argel, donde todos tenian noticia de los planes, tramas, atrevimiento y milagrosa liberacion y escape del jóven español estropeado. Asan

mismo contribuia á aumentarla diciendo en su corte: «que en teniendo asegurado al manco cautivo, tenia en seguridad sus riquezas, sus bajeles y la ciudad.»

Para con los cautivos su conducta y trato eran tales que de todos se ganaba la voluntad y el agradecimiento, pues claro es que un alma y carácter de ese temple debia ser una especie de Providencia para los más flacos. Ya que no su libertad, que tantas veces procuró, les alentaba con sus palabras y con su ejemplo de ánimo nunca abatido. Su condicion afable y apacible le ganaba amigos en todas partes, así entre cristianos como entre los moros. Teníanlo en tanta consideracion y estima los principales letrados, capitanes, religiosos y caballeros, que todo con él lo consultaban y todos deseaban su trato y conversacion discreta, especialmente los padres Redentores, que iban á Argel de diversos reinos de España. De esto hay abundantes testimonios, y en particular el de don Diego de Benavides, quien declara, que al llegar á Argel le celebraron á Cervantes como caballero muy cabal, noble, virtuoso, relacionado con todos los sujetos principales y querido por sus buenas costumbres y deseos de hacer bien á todos.

* * *

Difícil era, sin embargo, que tanta virtud y heroísmo no devorase al demonio de la envidia y de los celos, y por desgracia tuvo que luchar Cervantes con las fuerzas de un verdadero Sanson del mal, no sólo por el rencor profundo que sus obras le engendraron, sino por circunstancias que hicieron á su enemigo más poderoso que lo que debia esperarse de un simple mortal cautivo. Fué éste un fraile dominico llamado Blanco de Paz, natural de Montemolin, segun unos, y de Orihuela, segun otros, ordenado de las cuatro primeras ó menores en el colegio de Santisteban, de Salamanca. Su carácter y condicion eran el extremo opuesto á la de Cervantes. Si éste se desvelaba por hacer bien á todos, aquél por dañarles; si el uno caminaba por la senda de la virtud y del heroísmo, el otro por la del vicio y la ruindad. Dió principio á sus manejos haciendo creer que habia recibido las órdenes mayores y llamándose doctor para darse importancia. Era, por otra parte, díscolo, revoltoso, vanidoso, desarreglado en su conducta y áun mal seguro en la fe, pues cautivos que con él vivieron, aseguran no haberle visto cumplir los deberes que como tal religioso tenia, de decir misa y rezar las horas canónicas y hacer otras obras cristianas que hacian los sacerdotes en la esclavitud, principalmente la de visitar y consolar los enfermos. Por esta negligencia parece que fué reprendido de otros sacerdotes sus compañeros, á quienes maltrató de obra y de palabra, dando escándalo y poniendo en lenguas su reputacion.

La causa de su enemistad con Cervantes se ignora completamente y sólo se saben las ostensibles de la buena condicion del uno y la índole malévola del otro; pero los efectos fueron harto conocidos, y uno de los más terribles se hizo sentir en el nuevo y atrevido proyecto que formó nuestro ingenioso cautivo para alcanzar con la suya la libertad de gran número de compatriotas. Aprovechando todas las circunstancias de que era posible sacar partido, supo que un renegado á quien trataba, natural de Osuna, por nombre Giron en el gremio de nuestra Iglesia y Abderramen en la secta de Mahoma, mostraba arrepentimiento de su apostasía y deseaba tornar á la religion católica de sus padres. Este cambio en la conciencia del renegado fué el cimiento sobre que el ingenio y la osadía de nuestro jóven cautivo volvió á levantar el tantas veces edificado y derruido castillo de su libertad y la de otros muchos, porque cerciorado de la lealtad de sus palabras, y exhortándole á que siguiera en su buen propósito, hubo de confiarse á él, diciéndole el medio cómo podria restituirse á la libertad y al gremio de la santa fe, y restituir á él y á otros camaradas suyos á su patria. Es de suponer que este renegado tuviese firmas y recomendaciones de cautivos principales para acreditar luégo en España que habia sido hombre de bien y hecho

favor á cristianos, las cuales cartas servirian de fianza de su sigilo, pues como Cervantes dice, los que tales documentos tenian estaban en riesgo de perder la vida si llegaba á conocimiento de los moros. Concertados ambos y mediando seguridades mutuas, propúsole éste que comprase en Argel un bergantin ó goleta ligera, á que llamaban fragatas, y se proveyese de lo necesario para más de sesenta hombres, juntándose para esto con algun moro tagarino y dando color de que se hacia con ella para comerciar en aquellas costas. Para la compra de esta fragata proveyó Cervantes el dinero, lo que prueba el gran crédito y estima y confianza que todos en él tenian, hasta los usureros prestamistas, de cuyo gremio era sin duda Onofre Exarque, facilitador de las mil y trescientas doblas que costó la nave. Fué esta suma á manos de Giron para realizar los aprestos, y miéntras tanto comunicó Cervantes su proyecto á varios caballeros, sacerdotes, letrados y principales cautivos, y entre estos pidió consejo al ya mencionado religioso anciano el doctor Sosa. Este varon venerable aprobó el plan y le animó á proseguirlo y se ofreció, reconocido, á ser con él en la fragata. Otros, hasta el número de sesenta, fueron tambien sabedores del plan y se ofrecieron á acompañarle, entre ellos Alonso Aragonés, Juan de Valcázar, Domingo Lopino, Fernando de la Vega y el alférez Diego Castellano, quienes estaban gozosos al ver lo acertado del plan y el buen término á que la direccion de Cervantes le iba conduciendo.

«*Y estando todo este negocio á punto y en tan buenos términos*, dice él mismo, *que sucediera tal como estaba ordenado*,» el demonio de la ruin envidia se apoderó del supuesto doctor dominico, incitándole á descubrir toda esta máquina al Rey, por medio de un renegado florentino, de nombre Cayban, y no contento con esto, fué en persona despues y le confirmó la delacion, llevando por premio de ella un vil escudo y un jarro de manteca. ¡Caso inaudito! ¡ser delatados sesenta españoles, lo más florido de las prisiones de Argel y expuestos á la muerte por un religioso! Cuando no fuera el amor á la libertad, deseo propio del hombre, el peligro de las conciencias debiera haber estimulado á aquel ministro de la católica fe á favorecer más bien que estorbar los planes y la fuga de sus compatriotas. ¿Fué acaso el motivo de esta feroz conducta resentimiento por no haberle convidado Cervantes á fugarse con la fragata? Este seria el más favorable para la mala causa de Paz, aunque nunca hay motivo para justificar traiciones y alevosías, y mucho ménos envolviendo en ellas la ruina de tan señalados compatriotas. Además de esto, no era sólo el dominico, sino miles los españoles que quedaban en Argel. Cervantes no podia hacer el milagro de salvar á todos. De los pocos que en la fragata cabian, escogeria entre sus camaradas aquellos que más largo y penoso cautiverio habian tenido. Blanco de Paz hacia poco tiempo que habia llegado á Argel, y en justicia no podia ser antepuesto á otros españoles que llevaban muchos años de servidumbre y que por su edad, calidad ó merecimientos eran más dignos de la atencion de Cervantes. Si por imprudencia de alguno de los comprometidos llegó el supuesto doctor á iniciarse en el plan, y el resentimiento le movió á descubrirlo al Rey, tendremos un nuevo ejemplo de lo implacable del hado de Cervantes, que allí donde sembraba servicios y buenas obras recogia adversidades y desventuras. La verdadera causa, repetimos, nos es ignota y quizá lo fué para nuestro infortunado cautivo, que en varios lugares no señaló otra sino su condicion benévola.

Sabedor Asan del proyecto, aparentó disimulo y esperó á que del todo cuajase para caer sobre los cómplices y hacer una buena presa de esclavos; pero como alguna medida tomada por el Rey excitase la sospecha de una traicion, todos se consternaron y escondieron. Súpose luégo con certeza que habian sido delatados, y cada cual, puesto á buen recaudo, temia que la inseguridad ó la flaqueza de alguno de ellos les comprometiese. Exarque no perdió tiempo en buscar á Cervantes, escondido con su camarada el alférez Castellano, y rogarle aceptase dinero para su rescate y se huyese á España en unas galeras que en el puerto estaban á punto de hacerse á la mar. Temia el mercader que al jóven Saavedra, como

el más culpado, le amenazasen de muerte y le diesen tormentos para arrancarle confesion de los que le habian ayudado, y viendo en peligro toda su hacienda y su vida, le instaba con lágrimas y promesas á que se rescatase y pusiese en salvo. Pero esto no cabia ni en pensamiento en un caballero: «Estad cierto, le dijo, que ningunos tormentos, ni la muerte misma será bastante para que condene á ninguno sino á mí mismo.» Y acto continuo, para tranquilizar á los demás cautivos, les hizo saber secretamente que confiasen en él y depusiesen todo temor, pues iba á echar sobre sí todo el peso de aquel negocio, aunque estaba cierto que le costaria la vida, como lo creyeron cuantos sabian el caso y vieron la sensacion que en Argel produjo la conjuracion de tantos españoles. Viendo Asan frustrado su deseo de sorprenderlos en el acto de embarcarse y que se habian escondido, hizo pregonar á Cervantes, el cual tan luégo como supo el pregon, fué de su voluntad á presentarse al Rey, previniendo ántes á su amigo Lúis Pedrosa, que ni él ni los demás temiesen, pues tenia bastante valor para excusar á todos y que así lo avisase de mano en mano á cada uno, para que echasen la culpa siempre á él. Llegó Cervantes á palacio con Morato Raez, patron del doctor Sosa, á quien habló en el camino, y fué á la presencia de Asan, el cual, para intimidarle, mandó le atasen una soga al cuello, *como que le querian ahorcar*, y comenzó á inquirir sobre los detalles y cómplices de su atrevida empresa. A todo respondia Cervantes, que él era el autor y trazador de aquel proyecto, y para excusar el peligro que corria el mercader Exarque, dijo: que todos los fondos y auxilios necesarios para llevar su plan al estado en que se hallaba, se los habian proporcionado cuatro caballeros españoles, amigos suyos, que se habian rescatado recientemente y partido para su patria en aquellos dias; medio discreto é ingenioso, que junto con su serenidad inalterable, la magia de su mirada y el desenfado de su carácter cortó los brios de la cólera de Asan. En vez de castigos crueles, como todos se temian, el Rey no hizo más que condenarle á llevar grillos en la prision, y los demás compañeros se salvaron sin el menor castigo, por cuyos actos creció la fama de Cervantes y la admiracion de todos por conducta tan heroica.

Es raro que ninguno de los biógrafos de nuestro famoso escritor se detenga á dedicar algunas observaciones sobre la conducta del Rey Asan Agá en estas circunstancias tan en contra de su natural inclinacion y bárbaras costumbres. Nosotros elogiamos, por ejemplo, el proceder del Conde de Lemos, y del Arzobispo Sandoval y Rojas, conformándonos con el espíritu del protegido que dedicó frases de gratitud á estos príncipes cristianos, y sin embargo, nada se ha dicho en alabanza de un tirano de quien su misma víctima escribió en las páginas del QUIJOTE: «Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él más de una vez.» Sin quitar el mérito á ninguno de los beneméritos de Cervantes, bien se ve que es más fácil y natural que un bienhechor confiera beneficios á un protegido, que no que un hombre cruel sea blando y un tirano use de clemencia y misericordia. Bien mirado Asan Agá es el único contemporáneo que midió á Cervantes con la verdadera medida de su grandeza, el único que, áun siendo éste jóven, adivinó y presintió su gran superioridad y sorprendió en sus actos y en su rostro la marca divina de los grandes hombres. Un momento de falta de esta fascinacion, de este imperio misterioso de las almas grandes habria acabado con una de nuestras mayores glorias, sin que el mundo se hubiese dado cuenta de lo que perdia, pues realmente, la inteligencia de nuestro genio áun no habia tenido ocasion de mostrarse. Paréceme, pues, que si alguno de esos curiosos admiradores de nuestro escritor, que se ocupan en meras amenidades, piensa alguna vez en darnos noticia de los beneméritos de Cervantes, que lo son de la nacion española y áun del mundo entero, no debe olvidar de poner en primer término en la lista al renegado veneciano, que

pudiendo haber cortado en flor la vida de nuestro héroe, no sólo no lo hizo, impulsado por un misterioso respeto y admiracion, sino que en su calidad de Rey y de amo hizo el mayor elogio que se ha hecho de Cervantes como valiente hasta lo temerario, al decir, que teniendo seguro á un pobre cautivo, jóven y estropeado, tenia seguros sus bajeles, sus riquezas y su reino.

El hecho de la delacion pareció tanto más negro y repugnante, cuanto ménos comunes eran la abnegacion y osadía y tanto más bajo cuanto más alto el propósito que Cervantes concibiera. Excusemos el juzgarlo menudamente considerando que hay almas para todo en la línea del bien y del mal. Pero esto que podemos hacer hoy, achacando á insanidad ese paso del doctor Blanco, no pudieron hacerlo los que estaban designados para alcanzar su libertad en la fragata, pues todos los caballeros gemian y clamaban contra el dominico, y con mayor causa Cervantes, que tanto habia trabajado en aquella empresa. Dícese que el delator quiso todavía añadir á la traicion la calumnia, acusando á un inocente presbítero, á quien trató de abofetear, imputándole en presencia de muchos tan negro delito. Pero esto mismo fué causa de que se apurase la verdad, resultando que él habia sido el descubridor del secreto, por sí y por medio del dicho renegado florentino, y como un mal no suele venir solo, ni el malvado, una vez puesto en la torcida senda, deja á su víctima por empacho de remordimiento, tomó el dominico por partido enemistarse con todos aquellos que habian entrado en el negocio, y particularmente con los mercaderes que habian facilitado el dinero, y en especial con Cervantes, á quien le negó «la habla y conversacion,» comenzando á propalar el intento que tenia de hacerle perder el crédito que en Argel habia ganado, é inutilizar su bien fundada esperanza de que Felipe II le haria mercedes por sus grandes y muchos servicios en Italia y en Berbería. Fué el cálculo de Blanco de Paz que si lograba desacreditar á Cervantes en España, nunca se le creeria si referia la ruin accion que habia ejecutado, poniendo en peligro las vidas de tantos españoles en vísperas de cobrar su libertad. Para conseguir esto se valió de un arma entónces poderosísima, cual era el Santo Oficio del cual se hizo oficioso servidor para poder delatar ante la Inquisicion de España á quien habia delatado ante el Rey de Argel, Y, en efecto, hácia mediados de 1580 empezó á nombrarse y extender la voz de que era Comisario del Santo Oficio, y que S. M. le habia mandado cédula y comision para que usase de tal poder de comisionado de la Santa Inquisicion. No podía darse resorte ni recurso más eficaz, porque este tribunal santo, en viendo delincuentes, no se cuidaba de la verdad de las delaciones, tolerando cualquier demasía que entrase en la lata significacion de «santo zelo por la fe católica.» Así es que el dominico, á mansalva y escudado con su supuesta órden, comenzó á sobornar á personas débiles, ofreciéndoles proteccion, para que declarasen y depusiesen contra Cervantes, acusándole de mal cristiano y enemigo de la fe. Fueron descubiertos estos manejos, porque á personas se dirigió incapaces de prestarse á tamaña vileza, y entre estas fué una Domingo Lopino, á quien el fingido comisario visitaba diariamente en su calabozo procurando atraérselo, ofreciéndole dádivas y haciéndole promesas para que declarase falsamente contra Cervantes, en la informacion que estaba escribiendo para remitirla al Santo Oficio de España. Fué su intento vislumbrado por muchos cristianos, y trataron de poner remedio, principalmente los sacerdotes, á quienes más de cerca tocaba por ser el caso materia de religion, y porque llegó la audacia del bachiller Paz hasta el punto de exigirles obediencia en su calidad de comisario. El Padre fray Juan Gil, redentor por la corona de Castilla, que se hallaba en Argel á esta sazon, le requirió delante de otros padres redentores y personas principales, que enseñase las cédulas ó poderes que le acreditaban de tal comisario del Santo Oficio, y respondió que no las tenia. Con todo eso tuvo el atrevimiento de entrarse en la prision del doctor Sosa y requerirle que le reconociese y prestase obediencia. Demandóle este sacerdote le mostrase con qué poderes era comisario de la Inquisicion, y diciendo que no los tenia allí, replicó Sosa, que pues no los mostraba ni le constaba por

otra vía legítima que fuese tal comisario, se fuese en buen hora, advirtiéndole y requiriéndole de parte de Dios, de S. M. y del Santo Oficio, que mirase lo que hacia y cómo usaba de poderes de este tribunal, porque podian suceder grandes escándalos.

Con todo eso, siguió el fingido doctor y supuesto comisario tomando informaciones de testigos falsos, y publicando delante de muchos que las tomaba contra Miguel de Cervantes y otros porque los tenia por enemigos, y «porque si en España dijesen algo de él, sus testimonios no fuesen valiosos ni creidos.» Está, pues, plenamente averiguado, que la informacion aleve y falsa de vida y costumbres de Cervantes fué hecha por este su mortal y declarado enemigo con ánimo de que surtiera efecto en el tribunal inquisitorial de España, y claro es que hecha con este objeto seria un tejido de calumnias y un completo eclipse de la verdad. Bien conoció Cervantes toda la gravedad de estos ocultos procedimientos y delaciones, cuando dijo que «temia un gran mal y pérdida de la vida.» No sucedió lo segundo; pero sí lo primero, y á no ser por la contra-informacion autorizada, que hizo nuestro cautivo ántes de salir de Argel, aprovechando de la presencia de testigos de sus grandes hechos y sabedores de la verdad, acaso se hubiera cumplido su lúgubre pronóstico.

Despues del mal suceso de su buen intento quedó Cervantes aherrojado en la cárcel de moros que estaba en el palacio de Asan, donde creia este tenerlo más seguro, y en esta prision pasó durante cinco meses grandísimos trabajos, y tales, que hicieron decir al historiador Haedo, que el cautiverio de Cervantes fué de los peores que hubo en Argel, y así debia ser, porque nuestro héroe dió más que hacer y que pensar á los moros que todos los cautivos juntos. Cuenta el dicho historiador, que además de los proyectos que ideó para alcanzar su libertad y la de sus compañeros, intentó alzarse con la ciudad de Argel y entregarla á Felipe II, dándole un reino en cambio del olvido en que á los españoles tenia. Para este gran golpe se aprovechó Cervantes de muchas circunstancias, y la carta, recientemente hallada, que dirigió al secretario Mateo Vazquez, fué escrita, sin duda, en los momentos en que premeditaba este extraordinario hecho. Habia en Argel veinte mil cristianos opresos, hombres todos aguerridos y aventureros, y junto este número al de los vasallos de Asan, descontentos de su codicia y tiranía y exasperados por la carestía de víveres, cortedad de cosechas y epidemias que casi á un tiempo mismo les azotaron, pareció á Cervantes coyuntura para animar á los cristianos, ponerse al frente de ellos y hacer una sublevacion que hubiera destronado al Rey y puesto la plaza en manos de los que peleaban por su libertad. Aumentábanse las probabilidades de triunfo con las noticias de los formidables armamentos que hacia España, y creian los moros que iban dirigidos á sus costas. Por eso dice nuestro cautivo en su citada carta:

«Cada uno mira si tu armada viene
Para dar á sus piés el cargo y cura
De conservar la vida que sostiene.»

Y más adelante:

«Sólo el pensar que vas, pondrá un espanto
En la enemiga gente, que adivino
Ya desde aquí su pérdida y quebranto.»

Su correspondencia á Mateo Vazquez es verdaderamente un documento político, y ojalá que Felipe II hubiese oido las advertencias que en él le hacia Cervantes. La mencion del número de esclavos que en la ciudad habia, el abatimiento de la morisma y aquella reticencia con que concluye, diciendo, «que la flaqueza de su torpe ingenio, el *justo deseo* la defiende,» parecen como indicios de que aquel paso que daba escribiendo á un favorito del monarca español, era para preparar su proyecto en combinacion con

movimiento de las fuerzas españolas. Pero áun visto y convencídose de que el Rey tenia la imaginacion puesta en otros asuntos de diversa índole, no desistió de su proyecto, ántes pensó llevarlo á cabo esperanzado en su audacia y en la ayuda de sus compañeros, y uno de los principales medios con que hubo de contar, fué una costumbre introducida por españoles é italianos en el baño de Argel, con la cual solemnizaban las fiestas cristianas de primera clase, representando dramas de grande espectáculo y principalmente de batallas, cercos y conquistas. A estas representaciones asistian los moros, curiosos de ver la propiedad con que las hacian, como que la mayor parte de los esclavos eran hombres de letras y de ciencias, y muchos que eran poetas, componian piezas expresamente para ser representadas en el baño, con cuyo objeto escribiria Cervantes más de una de las que de su pluma conocemos. Sábese, por noticia dada por Diego Galan, cautivo que fué en Argel, que en 1589 se representó en el dicho baño un drama intitulado *La toma de Granada*, y que para hacerlo con más propiedad, quisieron los actores proveerse de espadas, petos y morriones verdaderos y no de papel y de palo como los usaban de costumbre en estos pasatiempos; por lo cual hubo una alarma entre los moros, pensando que los cautivos querian alzarse con la ciudad. Ahora bien, este temor y sospecha de los moros al ver unas espadas ó petos seria ridículo, si un antecedente no les hubiera mostrado que las representaciones de batallas y las armas de los actores podian ser pretexto para realizar un plan de sublevacion. Este antecedente es de presumir que se encuentre en los medios á que apeló Cervantes para conseguir la plaza de Argel y que se inutilizó por delaciones y traiciones de enemigos envidiosos disfrazados con traje de amistad, y por esto dice el historiador Haedo: «Si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la fortuna, hoy fuera el dia que Argel fuera de cristianos... y si no le descubrieran y vendieran los que le ayudaban, dichoso hubiera sido su cautiverio.»

Miéntras cada nuevo golpe de la contraria suerte imposibilitaba su redencion por medio de su ingenio y trazas y aumentaban sus grillos y cadenas, su familia apuraba los últimos recursos para proporcionar el rescate, para cuyo fin fué preciso hacer constar los servicios y méritos del cautivo. Don Juan de Austria, que podia encarecerlos como testigo ocular, habia ya fallecido natural ó violentamente. El duque de Sesa dió una certificacion en que los expresaba, y dieron tambien sus declaraciones para el efecto varios soldados y cautivos que en Lepanto y Argel habian visto sus hazañas. Ocurrió en este tiempo la muerte de su padre don Rodrigo, y la viuda continuó las diligencias en union con su hija Andrea; pero sus esfuerzos no lograron reunir más que la pequeña suma de trescientos ducados, insignificante para el alto precio en que estaba aforado el cautivo. De la referida suma formaba parte una donacion hecha por Francisco Caramanchel, doméstico de un alto dignatario, por valor de cincuenta doblas ó sean doscientos cincuenta reales. Este hombre oscuro, brilla hoy por su generosidad en la lista de los beneméritos de Cervantes, á quien probablemente conoció en Roma y acaso fué su compañero en el palacio del cardenal Aquaviva.

Se habia acudido al Rey para completar los fondos necesarios, solicitando una gracia, que despues de muchos trámites dilatorios, vino á reducirse á conceder á la viuda un permiso para exportar de Valencia á Argel mercancías no prohibidas hasta el valor de dos mil ducados; pero fué esta merced infructuosa, porque habia que negociar el privilegio, y nadie llegó á ofrecer mas de sesenta ducados, y por lo tanto se abandonó este recurso por ser mucho más costosa la cédula necesaria para negociarlo: de suerte que nada tuvo que agradecer nuestro cautivo al gobierno de S. M. á quien tanto habia servido.

La esperanza de Cervantes se cifraba ya sólo en los misioneros redentores de la corona de Castilla, que hácia el mes de mayo de 1580 arribaban á Argel, provistos de fondos de la Orden y de particulares. El Padre Juan Gil, Procurador General, y el Padre Fray Antonio de la Bella, fijaron su atencion en Cervantes, cuyo largo cautiverio, buenas obras y muchos trabajos, le hacian objeto preferente de su zelo. Trataron de negociar su rescate con el Rey; pero pedia éste la fuerte suma de mil escudos, que de todo

punto desconcertaba sus buenos deseos, y durante cuatro meses fueron inútiles la insistencia y ruegos de los celosos mercedarios. Llegó en esto el fin del reinado de Asan, tan suspirado de los moros. Su sucesor, el clemente Ibuh Jaffer, habia ya partido de Constantinopla, y el codicioso destronado reunia sus bajeles, esclavos y riquezas con que poder sobornar á los que habian de residenciarle por sus desafueros. Once galeras llenaban el puerto el 19 de setiembre de este referido año, dispuestas á darse á la vela para el Bósforo. Cervantes iba entre la muchedumbre de los esclavos, muerta ya su esperanza de libertad. Los Padres Redentores tentaron el postrer esfuerzo. Acudieron al mismo Asan, renovaron sus instancias, y sea que en aquel momento le cegó la vista del oro contante y sonante en buenos escudos españoles, sea que la Providencia quiso favorecer con su intervencion en aquel decisivo instante, el Rey se conformó en ceder á su estropeado español en el mismo precio de quinientos escudos en que lo habia comprado. Aun para reunir esta cantidad fué necesario que los redentores tomasen á crédito entre los mercaderes la suma de doscientos veinte escudos y más nueve doblas ó cuarenta y cinco reales, de derechos para el cómitre y oficiales de la galera. Por último se vió libre Cervantes, despues de cinco años ménos siete dias de doloroso cautiverio, en que osciló á cada paso la balanza de su existencia entre la vida y la muerte, pero en los cuales mantuvo siempre enérgico el deseo imperioso de la libertad, única vida del corazon magnánimo. El cielo quiso apurar su paciencia hasta haciéndole escuchar el ruido de las anclas que levaban las galeras para hacer rumbo á Constantinopla, y sufrió la presencia del tirano Asan cuando ya éste no pisaba ni los muros de Argel. Vino el genio español á recibir su libertad en el seno anchísimo de los mares, como emblema de que habia de extender su vuelo por cuantas arenas besa el Océano y cuantas tierras rodea el sol, y ese mismo Asan, de odiosa memoria para los berberiscos, se rehabilita á nuestros ojos nuevamente al ver que, siendo codicioso, no especuló con nuestro cautivo, que sólo le tuvo en rehenes, tal vez para librarle de la muerte que otro patron le habria dado por sus conspiraciones contra la servidumbre, ó para hacer ver que un genio debia recibir su libertad de manos de un rey.



Si la crítica no ha de medir y apreciar los sucesos de la vida de un autor á medida de su importancia y consecuencias, y más cuando de aquélla y éstas tienen tantos testimonios así en los actos del genio como en las obras literarias objeto de la crítica, jamas se llegará á tener correcta y cabal nocion de los unos ni de las otras. Creo que esto ha sucedido con respecto á Cervantes, y que á pesar del gran temor que mostró en Argel al fingido comisario de la Inquisicion de España, quien no conoció jamas lo que era miedo, y desafió la tiranía del mayor homicida del humano género; á pesar de los trámites judiciales que tomó en Argel para conjurar en parte la tormenta y rayos que le amenazaban, y no obstante, por último, que el nombre de Blanco de Paz se halla inmortalizado por la manera secreta y oculta de anagramas, especie de representacion alegórica de sus ocultos y secretos manejos contra Cervantes, ni biógrafos ni críticos han puesto la atencion que se merece este extraordinario suceso de su vida. ¿Qué hombre es este impostor, que solo, cautivo, léjos de su patria es otro genio para el mal como nuestro escritor lo fué para el bien? Asan con ser tan autócrata y tirano, tiembla y teme de Cervantes. Cervantes, con ser tan valeroso y esforzado, tiembla y teme de Blanco de Paz. De Asan no esperó la muerte, y por Blanco «teme perder la vida.» ¿Qué incógnita es esta? ¿Qué encantamento é irresistible poder de los encantadores se mezcla é interviene secretamente en estas relaciones entre los dos cautivos? Blanco no es más que un mal sacerdote y un medio fraile: es un simple bachiller que sólo tiene la prima tonsura, y con todo eso, solo, cautivo, esquivado su trato por los más principales caballeros que en servidumbre esta-

ban, ¡tiene el poder bastante para poner temor en el pecho magnánimo del más valeroso de los españoles!

Natural era, que despues de cinco años de cautividad penosa, apénas rescatado, volase nuestro peregrino al seno de su amada patria, de la que estaba ausente por espacio de más de diez años; pero las maquinaciones de Blanco de Paz le retardaron este inefable gozo. Bien comprendió Cervantes la gravedad del daño que temia de su al parecer oscuro é insignificante enemigo, y entendió asimismo, que para rehabilitarse éste ante el clero de la conducta que en Argel habia observado, no le quedaba más recurso que apelar á las calumnias y á nuevas delaciones por la vía secreta. «Calumnia, dice el maquiavelismo humano, que algo queda de la mancha aunque se lave.» Y ¿cuál podia ser la índole de las acusaciones calumniosas de Blanco sino asuntos de fe? La Inquisicion toleraba mucho en los seglares; ménos los pecados de incredulidad. Blanco, por otra parte, no podia ir abiertamente en contra de los actos visibles y externos que habian dado á Cervantes fama y loa entre moros y cristianos; pero podia tocar á su foro interno y pintar su conciencia religiosa segun le conviniera á su resentimiento y á sus planes. Cuanto más cargase la mano en este punto, más creible y aceptable seria para el Santo Oficio, que todo lo perdonaba ante la apariencia de zelo por la fe católica.

Ahora bien, á una delacion particular y secreta, Cervantes opuso otra pública y debidamente autorizada. Esto sólo podia hacerse en la misma ciudad de Argel teatro de sus hechos gloriosos, y así, su primera diligencia, al verse libre, fué proveer á su reputacion y á su seguridad futura. Solicitó, pues, testimonio ante los Padres Redentores, con presencia de notario público, de lo que habia hecho en servicio de la religion, de su rey y de los cautivos cristianos. Dieron estos testimonios los cautivos españoles Hernando de Vega, Luis de Pedrosa, Rodrigo de Chaves, Fray Feliciano Enriquez, Diego Castellano, Alonso Aragones, Domingo Lopino, Cristóbal de Villalon, Diego de Benavides, doctor Domingo Becerra, Juan de Valcazar y el doctor Antonio de Sosa, y las declaraciones de todos ellos, testigos presenciales, constituyen una verdadera y brillante hoja de méritos y servicios del jóven escritor. Consta este testimonio ó especie de informacion de vida y costumbres, de veinticinco artículos plenamente contestados é ilustrados: documento preciosísimo, porque careciendo en general de noticias respecto á la vida de nuestro ingenio, las poseemos en abundancia y con el mayor grado de autenticidad, del período más dramático é interesante de su existencia azarosa.

Por milagro llegó á nosotros este documento, hallado en la Lonja ó archivo de Indias, de Sevilla, por D. Agustin Cea Bermudez, y publicado por vez primera en la biografía que imprimió D. Martin Fernandez Navarrete, en 1819. Si la intencion de su émulo fué, á no dudarlo, el perjudicar su fama y su porvenir con delaciones falsas y calumniosas, dió lugar por otra parte á que se guardase y encontrase la defensa de nuestro cautivo, eternizándose así los hechos que el enemigo trató de anublar y oscurecer.

Una declaracion de uno de los citados testigos, juntamente con otros indicios, nos hacen presumir, que nuestro escritor se ocupó, en ratos ociosos de su cautiverio, en algunos trabajos ó labores remunerativas. El hombre hábil y dispuesto tiene esa ventaja en las épocas desgraciadas de su vida, con que puede aliviar su extrema pobreza. Diego de Benavides nos dice que Cervantes, en cuya posada y compañía vivió, se ofreció á él con su habitacion, ropa y dineros que él tuviese: lo cual, vista la condicion general de los esclavos y la particular de Cervantes, hace suponer que ganaba dineros y tenia sus provechos por medio de su trabajo, sin cuya ayuda es imposible socorriese á otros como lo hacia. Ademas, en las empresas que acometió por su libertad, si bien su ingenio fué la principal palanca, parece que sin contar con algunos recursos, fueran imposibles, porque ya necesitaria sobornar á este guarda, ya comprar el sigilo de aquel, ya pagar pequeños servicios, ora proveerse de algun objeto indispensable, todo lo cual no puede

lograrse sólo con la magia de la voluntad. Es evidente que los esclavos que en su patria ejercitaban por oficio ó sabian hacer alguna obra mecánica, la practicaban en Argel, ora porque les obligase la codicia de los patrones, participando éstos de sus productos, ora para ir reuniendo lo necesario para sus rescates.

Habia asimismo otros recursos en Argel para un jóven de la educacion y conocimientos de nuestro cautivo, gracias á la acumulacion de tantos caballeros y personas principales de España, Italia, Flándes y otras naciones, como era la enseñanza del idioma español, que entónces, por la grandeza de nuestra patria, en todas partes era estimado y necesario para la política, la literatura y áun más para los tratos y contratos del comercio, y ya esta enseñanza á cristianos extranjeros ó mozos ricos, ya la de algunos otros conocimientos, juntamente con labores manuales, de que al parecer habla en el QUIJOTE, como reminiscencia, debieron sacarle de la destitucion completa y ponerle en el caso y estado en que nos lo pinta el citado testigo Diego de Benavides.

Respecto á sus composiciones literarias no ha duda de ello, pues dice el doctor Sosa que Cervantes iba á la prision á leerle composiciones que hacia en sus ratos de soledad, con las cuales distraia su imaginacion de su infeliz estado. Muchas de sus comedias y entremeses fueron hechas sin duda durante su cautiverio, y quizás entre aquellas *La Gran Turquesca, La Batalla Naval, La Gran Sultana,* á que dió argumento el suceso de la hermosa doña Catalina de Oviedo; *El Trato de Argel,* y tal vez otra alguna, como *La Casa de los celos,* reminiscencia de sus primeras lecturas de libros de caballerías. De romances y demas composiciones poéticas ligeras sobre asuntos profanos y religiosos, debió ser sin número el de las que hizo, pues no alcanzan las cadenas á aprisionar la imaginacion, y la poesía fué siempre consuelo del corazon atribulado. Habia entre los cautivos muchos hombres de letras, en aquel entónces casi inseparables de las armas. Nuestros famosos escritores fueron, los más, soldados; por lo que es de colegir, que en tanto número de caballeros españoles como en Argel se hallaban, se contasen muchos aficionados y cultivadores de la poesía, y por más riguroso que el cautiverio fuese, al juntarse en el baño ó prision comun, natural era que su conversacion recayese sobre arte y poesía, y que recíprocamente se comunicasen los frutos de su ingenio. Duro y penoso fué el cautiverio del doctor Sosa, y sin embargo, aherrojado en su prision tuvo comodidad para escribir los *Anales del cautiverio.*

Tal es el cuadro interesantísimo, animado y dramático que ofrece el período tristísimo de la servidumbre de nuestro héroe; período que, con sus amarguras, sazonó, por decirlo así, su espíritu y le caracterizó moralmente por la profunda huella que en él dejaron. Mucho son cinco años de adversidad continua en la primavera de la vida, en la plenitud de las ilusiones y los ensueños. Y á pesar que la ventura á cada momento escapa de sus manos, haciéndole caer en lo más bajo, cuanto mayor vuelo tomaban sus esperanzas, su ánimo es siempre constante en lo apacible, áun al pié mismo del sepulcro, declarando siempre como elevado filósofo, que sacó un gran bien de su cautiverio: el de *aprender á tener paciencia en las adversidades.*

Su calvario en Argel, junto con su esfuerzo de ánimo, fueron el gérmen de esa sublime pintura que hace en el QUIJOTE del hombre de bien luchando con la adversidad y batallando contra los males de este mundo. Suprimid esos cinco años de la vida de Cervantes, y se corta una de las principales raíces que sostienen y dan vida, tinte y savia á esa inmortal produccion. Los sucesos de Argel, con su [illegible] *corriente,* comienzan á formar en el corazon generoso y en la imaginacion poética de Cervantes, esa óptica maravillosa, ese modo de observar las cosas y los hombres, que no tiene más nombre que *mundo romántico,* mundo de extraordinarios contrastes entre el ensueño poético y la realidad triste, entre la osadía y grandeza de aspiraciones, y la pequeñez de los medios, entre la nobleza de los intentos y la ruindad de los instrumentos y la nada de sus resultados.

Quien crea que el QUIJOTE fué concebido y escrito en la Mancha por un pique ó resentimiento para ridiculizar ínfulas de hidalgos y libros caballerescos, no sabe del sublime misterio del dolor y la adversidad en los séres privilegiados y sensibles. Ya veremos cómo este mundo ideal va desenvolviéndose con el dualismo antitético que le distingue en el cerebro de Cervantes, y apareciendo destellos en sus obras, hasta que se completa y toma forma en su produccion sublime. En ninguna época de su vida pudo con más razon que en vísperas de partir para España, dar rienda suelta á formar lo que se llama «*castillos en el aire.*» La patria que de léjos parece más hermosa y cuidadosa del destino de los que ve en ausencia y en destierro, bien así como el pastor, que más piensa en las ovejas que le faltan, que en las que mira en el redil, debió parecerle la tierra prometida, despues de tan fatigoso desierto: la costa firme despues de tantos embates en las inseguras aguas, y el campo de sus laureles, como el Africa fué el campo de sus batallas. Léjos de las intrigas, rencillas, envidia, miserias y favoritismos cortesanos, Cervantes, guiado por su corazon noble, no cometió más falta que medir á sus compatriotas por la medida de su grandeza, y confiar más de lo que debe el hombre en la justicia humana. El fué el primero y único modelo de su inmortal y desventurado héroe y su corazon el primer libro de su enseñanza, porque el gran secreto que levanta las almas privilegiadas de los genios á esa altura en que parecen revestirse de lo divino y lanzar esas creaciones-protestas que llenan á la posteridad de asombro no es más que las grandes pasiones y las grandes injusticias. El heroísmo acrisolado por el infortunio, porque el éxito y la fortuna envenenan con sus halagos: el mérito resignado en la oscuridad y en guerra con la adversa suerte, son los que arrancan esos acentos maravillosos y esas divinas pinturas, que escucha y contempla con respeto el hombre al traves de los siglos, porque les cantan y pintan el argumento eterno del drama de la vida humana. Hemos visto aquí á Cervantes, jóven, desvalido, sin libertad, en guerra contra los mayores obstáculos y males y peligros más terribles, siempre grande, siempre indomable y victorioso. En adelante le veremos experimentado y libre, en guerra contra miserables pasioncillas, contra enemigos invisibles, indomable siempre, pero nunca victorioso, á salvo en el fuero interno. Los grandes hombres quieren grandes enemigos; pero no encantadores ó fantasmas invisibles; estruendo de batallas y golpes de combatientes; pero no estruendo de batanes y pellizcos á boca de lobo. En Argel luchaba contra titanes y los venció. En España luchó contra pigmeos y fué vencido. No de otra suerte el bravo toro del Jarama, atropella y derriba cuanto á su pujanza se opone, y se rinde á la acometida alevosa de pequeños canes.

***

Tomadas las precauciones que creyó necesarias para hacer constar sus servicios, detúvose Cervantes en Argel, en compañía de su camarada y huésped don Diego de Benavides, esperando á que hubiese galeras para España, oportunidad que lograron á entradas de la primavera de 1581, de suerte que vino á estar en Argel, los cinco años y medio que dice en el prólogo de sus novelas, aunque se rescató, como va dicho, el 19 de setiembre de 1580; pero el estar obligado á detenerse estos meses contra su voluntad en la tierra testigo de su servidumbre, le hizo tal vez contar este medio año como de cautiverio, sin más diferencia sino que ántes lo habia sido por los descreidos enemigos de su religion y de su patria, y despues lo fué por las cadenas de la calumnia de un compatriota, mucho más sensibles para el hombre honrado. Probablemente tuvo lugar su desembarco en Barcelona, ciudad de que habla en varias ocasiones, pues en Cataluña desembarca el cautivo, cuya historia se cuenta en el QUIJOTE, y en Barcelona Ana Feliz viniendo de Argel. En Barcelona tienen lugar muchas de las aventuras de Don Quijote, y parece hallarse tambien descrito el puerto de Palamós en la *Galatea.* No es creible que tanto hablase de lugares que no

conocia, por más que una cosa sea la ficcion y otra la historia, pero se ve que en las ficciones de Cervantes hay por lo comun un fondo de verdad histórica. Créese que tocó en el puerto de Mostagan en su vuelta á España á donde trajo en 1581, avisos para el Rey del alcalde de dicha ciudad, cosa que parece muy probable, pues no se sabe que á su llegada se dirigiese á su pueblo natal, sino á la villa de Tomar, en el reino lusitano, donde á la sazon se hallaba Felipe II, y en donde es natural que se presentase á él para hacer valer sus servicios y padecimientos, así como las recomendaciones que de sus jefes obtuvo cuando sirvió en los ejércitos de Italia. Nada se sabe con certidumbre acerca de esto, y sólo sí, que en Tomar le dió el Rey una comision en 21 de mayo de este año; pero aunque en Sevilla se hallaron documentos á esta comision referentes, se ignora su índole y naturaleza. Los dichos documentos son dos cédulas de cincuenta ducados cada una, de que se le habia hecho merced para ayuda de costas, atento á que iba á cosas en servicio del Rey. El importe de una de ellas lo recibió en la misma villa de Tomar, á los dos dias de expedida la cédula, y el de la otra en Cartagena, punto á donde fué librada á cargo de Juan Fernandez Espinosa, pagador de las armadas. Esta comision seria de corta entidad y cumplida en corto espacio de tiempo, quedando por averiguar si el juego valia el candil: esto es, si trabajó, como suele decirse, para el rey de Prusia. No hay duda que despues de una tan larga ausencia de la patria y de sucesos tan dramáticos y heroicos, las tales comisiones debieron ser los primeros de la larga serie de desencantos que experimentó aquella alma acostumbrada á grandes aspiraciones, grandes empresas y grandes horizontes. Pero cada cual tiene el privilegio de forjarse un mundo á su imágen y semejanza, y culpa es de los que se remontan á grande altura, si se derriten las alas de su imaginacion fantástica al calor de la *fria* realidad. ¡Cuán grande y amorosa es la patria, vista de léjos! ¡Cuán pronto se olvidan sus hijos de su ingratitud y olvido! Cuando ménos, pensaria el jóven rescatado que la fama de sus hazañas habia volado por la Península, y que al llegar á la corte le pagarian tantos servicios con algun gobierno de mediana data.

Habiendo pedido licencia en Nápoles, no se comprende que, de voluntad, se alistase despues de su cautiverio como simple soldado en la expedicion á las Islas Terceras, á no ser bajo la promesa de algun ascenso. Sin embargo, en las relaciones y comentarios de estas expediciones, en que indudablemente sirvió al Rey desde 1581 á 1583, no se menciona su nombre, ni parece que tuviera graduacion alguna, al paso que, por aquel tiempo, en la guerra de Portugal habia ascendido á alférez su hermano D. Rodrigo.

Es increible la fuerza con que Marte dominaba en aquel temperamento, pugnando por arrebatarle al culto y servicio de Apolo. Verdad es que la profesion militar era la única que podia igualarle á la condicion de los andantes caballeros, y esta aficion á las aventuras hizo que aquella cabeza donde bullian los gérmenes de un gran genio pusiese la pluma á los piés de la espada. Hay que considerar tambien que entónces no habia propiamente lo que se llama profesion de escritor ó literato. Las letras eran simplemente adorno y lustre de otras profesiones, y por sí solas no daban de comer, y tan cierto estaba de esto nuestro soldado, que tras muchas experiencias escribió que si algun poeta dijese que no habia comido, se le creyese bajo su palabra y sin necesidad de otros testimonios.

De un hecho, aunque triste, podemos estar ciertos, y es, que no habiendo producido efecto la primera entrada ó entrevista ó peticion de Cervantes al llegar á España cargado de merecimientos, algun *encantador invisible* habia de por medio que los inutilizaba. ¿Serian las falsas representaciones de Blanco de Paz? ¿Habria ya recelo ó sospecha ó prevencion contra el héroe recien llegado? Las señas son bien claras, y no lo es ménos, que un pecho valeroso acostumbrado á la vida del guerrero por tantos años, no deja fácilmente esta ocupacion que llama honrosa al primer contratiempo ó desengaño. La guerra

tenia siempre para Cervantes el encanto de lo imprevisto, la esperanza de una elevacion rápida. Faltóle la buena estrella, pero como el jugador incorregible, volvió á probar el azar.

Asistió, en efecto, al combate naval de 25 de julio de 1582 y al desembarco de las tropas españolas en la Isla Tercera, en setiembre del siguiente año, y por la relacion que escribió Figueroa, á más de la aseveracion de Cervantes, se deduce, que entre los 5,000 soldados que se embarcaron en la armada, iba el tercio de don Lope de Figueroa, al cual habia pertenecido, con más 1,800 de los soldados de Flándes y 200 caballeros y personas particulares; de suerte, que, ya incorporado á su antiguo tercio, ya asistiendo entre el número de estos caballeros, indudablemente militó en estas jornadas. Hácia este tiempo se coloca tambien por algun biógrafo la época de su viaje á Oran, con cartas del Rey; pero tal vez, segun conjeturan otros, esta comision tuvo efecto inmediatamente despues de su regreso á España, y fué la misma á que se refieren las dos cédulas expedidas, concediéndole ayuda de costas para el viaje. Fuese entónces ó en 1581, lo cierto es que estas ocupaciones sucesivas no debian dejar mucho lugar ni gusto para la composicion de la *Galatea.* Parece improbable que en la inquieta vida de soldado hubiese comodidad para una obra que requiere tiempo y concentracion de espíritu y demuestra ademas cuidado y lima. Ademas, Cervantes, esperanzado en el favor y mercedes del gobierno, y haciendo gestiones por obtener las recompensas justas de sus servicios, no habria pensado en escribir poemas pastorales para ganar la vida con la pluma. Es más creible que acabada la guerra y retirado á Esquivias, volviese á ver á doña Catalina de Palacios y á reiterar sus obsequios á esta dama, siendo uno de ellos la publicacion del poema que tenia borroneado y en el que se dice que bajo el nombre de *Elicio* pintó su pasion amorosa á doña Catalina, representada en Galatea, aunque á decir verdad ni estos amores ni estos personajes tienen nada de concreto y de individual al punto de verse en ellos las personas que se supone representan. Por otra parte, ¿quién puede sostener que despues de sus empresas, trabajos, cuidados y ocupaciones gastase un largo período de tiempo en escribir un género de composicion, que confiesa en el prólogo, andaba ya por el público *desfavorecido?* Pues si el objeto era atender á su subsistencia, trabajo y tiempo perdidos debian parecer historias tales á quien semejante opinion sustentaba, fundada sin duda en la experiencia. Paréceme que este argumento es incontestable, y que lo que fué oportuno y probable, por ejemplo, en los años de 1575 al 1580, en el cautiverio, era ya inoportuno en 1583, despues de haber visto el sesgo que tomaba la opinion del público. En mi concepto, la *Galatea* fué ideada y casi hecha en España ántes de su primera expedicion, aumentada y limada en Argel, y añadidos algunos episodios y el canto último de Caliope á su vuelta, donde nombra muchos poetas que entónces florecian. Al decir Montalvo en su soneto laudatorio, que durante su cautiverio

.......«la tierra estuvo
Casi viuda sin tí».....

parece aludir á que el autor de la *Galatea* no descuidó este trabajo en los forzados ocios de su ausencia y servidumbre.

No es este trabajo el propio para hacer un detenido exámen del poema, publicado en 1584, y dedicado á Ascanio Colonna, Abad de Santa Sofía. Varios han sido los de la posteridad y no muy favorables los de nuestros contemporáneos, aunque tenemos en contra el testimonio de extranjeros ilustrados que en Francia la leyeron con tal gusto y admiracion, que, como dice el Licenciado Marquez, en la aprobacion de la segunda parte del QUIJOTE, algunos de los caballeros franceses que vinieron con el duque de Umena á Madrid se sabian este poema casi de memoria, que es el mayor aprecio que se

puede mostrar hácia un libro. Por lo demas, si se mira á su fato, la *Galatea* es una de las pocas composiciones del género pastoril que se han salvado de la general indiferencia, y al paso que la *Arcadia* de Sannazzaro y de Sydney, y la *Diana* misma de Montemayor son conocidas sólo de los eruditos, ó por mencion que otros escritores hacen de ellas, la *Galatea* se lee y se imprime y áun se traduce á lenguas extranjeras en nuestros dias. Los franceses, como ya se ha dicho, fueron de los primeros en hacerla conocer en extraña lengua. Imitáronles los ingleses que tienen un gran número de traducciones de ella, y en Italia no dejó de hacérsele la justicia que merecia. Hay en este poema mucha lozanía y frescura de imaginacion, como mucha pureza y castidad de alma, de tal modo que los pastores no parecen mortales sino ángeles. Pero lo que me interesa hacer notar son los elementos que en esta obra se encuentran y constituyen la embriogenia de su futura concepcion del carácter del hidalgo como amante. En la disputa sobre el amor entablada entre los filósofos con pellico Tirsi y Lenio, está casi delineado el boceto de la gran figura del amante de Dulcinea, y en Elicio y Ergasto se encuentra tambien ese delicado y refinado platonismo. Allí se habla del amor de belleza ideal, incorpórea, que divide en virtudes y ciencias del ánimo, y que contemplan sólo los ojos del entendimiento, como teniendo su principio en Dios, esparciéndose en todas las cosas de la naturaleza, concentrándose en el hombre y representándose más al vivo en el rostro de la mujer. Este es el amor puro, limpio, casto, divino, sencillo, desinteresado, que por el objeto material de una mujer que no conoce y á quien nunca ha visto, se eleva á lo inmaterial y de la belleza humana á la moral y divina, y de un cuerpo á una idea como es la luz hermosa de la inteligencia destello del creador.

En mi historia crítica de la vida de Cervantes consagré algunas páginas á manifestar la relacion ó ligazon que se nota entre la *Galatea* y el QUIJOTE, y cuya base es este amor platónico que personifica los ideales de la inteligencia en una mujer hermosa, honesta y discreta, como el único símbolo bello que encuentra el alma del poeta, digno de representar tan altos bienes espirituales. Que Galatea tiene mucho de la naturaleza espiritual de Dulcinea se evidencia por una prueba incontestable que nos da el autor en las primeras páginas de esa produccion, pues apénas introduce en escena al pastor Elicio, introduce á otro rival con el nombre de Ergasto que tambien ama á Galatea, y léjos de enfurecerse Elicio ni tener celos ni disuadir á Ergasto de su intento, como es lo natural y acostumbrado cuando se ama á mujeres de carne y hueso, los dos se juntan y se profesan la mejor amistad, y si algo dice Elicio, es animarle á que siga poniendo sus ojos y colocando sus pensamientos en ella.

Pero en la *Galatea* y tratándose de pastores, el efecto de esta mujer ideal es producir la contemplacion quieta y sosegada de la belleza cifra de todas las virtudes, al paso que en el QUIJOTE el efecto es la accion inmediata y constante, y por eso decia yo: «De las disertaciones de los pastores á las acciones de Don Quijote no hay más diferencia que la huella del tiempo. La *Galatea* fué escrita con la imaginacion; el QUIJOTE con la experiencia; la una en la juventud, el otro en edad madura; aquella con el corazon, éste con el entendimiento. En la juventud de Cervantes todo era esperanzas; en su edad madura todo desengaños, si es que puede engañarse un genio. La resolucion activa del hidalgo no es, en el terreno dialéctico, más que una prueba práctica de la tésis sentada en la *Galatea*.»

Y tan cierto es esto, que cuando Don Quijote se ve forzado por su derrota á no tomar las armas en un año, lo primero que se le ocurre, como la sustitucion ó compensacion ó ejercicio más semejante al de andante caballero, es el hacerse pastor y seguir amando y celebrando á Dulcinea si no con los merecimientos de victorias y empresas, con los de canciones y versos en su alabanza.

Y debe de ser así porque en el trabajo espontáneo de los grandes escritores siempre se ve la serie en sus ideas. De golpe no se llega á una concepcion tan trascendental y elevada como es la del carácter de

su Ingenioso hidalgo. Tienen las ideas su generacion en el entendimiento, que las sazona y madura á fuerza de meditacion continua, y dicho se está que el órden de ideas á que se inclina el hombre pensador con más asiduidad y entusiasmo, no es extraño ni disconforme con sus sentimientos y pasiones. En Cervantes, desde muy jóven, se ve ese fanatismo ó divina locura por un ideal perfecto de todo lo grande, noble y elevado, de todo cuanto puede contribuir á satisfacer las aspiraciones más puras del alma humana, La personificacion de este ideal en Dulcinea le vemos anticipado y ensayado ya, y hasta el mismo rústico y grosero Ergasto, cantando á Galatea, dice:

«Un bello rostro y figura,
Aunque caduca y mortal,
Es un traslado y señal
De la divina heımosura.»

Y más adelante:

«Amor tomado en sí solo
Sin mezcla de otro accidente
Es al suelo conveniente
Como los rayos de Apolo.»

Todo esto no es más que un bosquejo de la gran pintura que luego presenta de Dulcinea, cuyo amor en Don Quijote inmenso y constante era para su vida del alma como los rayos del sol para la vida del cuerpo. Y los conceptos que expone en una ocasion Don Quijote, cuando dice, que es valiente y generoso y posee muchas más virtudes desde que es caballero andante, se hallan expresados en los siguientes versos de la misma composicion;

«Bien se conoce que amor
Está de mil bienes lleno,
Pues hace del malo bueno,
Y del que es bueno, mejor.»

Otros muchos ejemplos podria aducir sobre la pre-concepcion de la idea de Dulcinea en esta su produccion primera, si no bastaran los presentados en un trabajo no dedicado especialmente á hacer extensos juicios críticos, y por conclusion y en confirmacion de esta teoría ó punto de vista, nada puede ser mas convincente que las expresiones mismas de Cervantes hácia el final de su prólogo á este poema, donde aparece como que ya tenia el plan de otras obras de *más gusto* y de *mayor artificio.* Esta última frase da á entender dos cosas: primera, que sin duda se referia al plan del QUIJOTE; segunda, que, aunque en menor escala, hay artificio ó simbolismo en la *Galatea.* Vemos, pues, en las obras principales de Cervantes, y á su tiempo lo notaremos en *Pérsiles* y *Sigismunda,* que hay carácter serial y desarrollo de la invencion, cualidades características del genio, que un profundo pensador moderno ha definido ser simplemente: «Facultad de crecimiento y desarrollo.»

Antes de terminar este asunto llamaré la atencion de los lectores sobre repetidas indicaciones de Cervantes, de que este poema pastoral lo escribió, en su mayor parte, mucho ántes de la época en que lo dió á luz. Para justificar la publicacion de su poema en tiempo en que la poesía andaba tan desfavorecida, alega entre otras razones, su edad, «que habiendo apénas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones;» el natural amor propio ó ligereza que en el autor inclina á desear comunicar el talento que del cielo ha recibido y *temprano le aventura* á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria y amigos; «que por estos temores, no habia *publicado ántes* su libro.» Considerando ahora que en 1584 tenia Cervantes treinta y siete años de edad y que en 1580 fué rescatado del cautiverio, no podemos asignar este período como la época en que se compuso, pues no guarda relacion con las

anteriores afirmaciones. Hay que optar porque le escribió durante el cautiverio ó ántes de su apresamiento, y como la *Galatea* no es una obra pequeña ni baladí, sino que está muy cuidadosamente compuesta y limada, debemos venir á la conclusion de que la empezaria en el tiempo de sus estudios en Madrid y la continuaria durante su cautiverio, completándola en su regreso á España.

Respecto á la trasparencia de que tanto se ha hablado de doña Catalina en Galatea, Elicio en Cervantes, Mendoza en Meliso, Montalvo en Siralvo, Soto en Lauso, Artieda en Artidoro, Ercilla en Larsileo, Figueroa en Tirsi y Lainez en Damon, sobre ser cuestion de poca monta, veo tambien poco fundamento para ello. Todas las semejanzas que estriban sólo en base tan pueril como el eco ó desinencia de un nombre, deben ponerse en cuarentena. Desde el momento en que el mismo autor nos dice, y aunque no lo dijese lo advierte el lector discreto, que los pastores delineados no lo son más que en el nombre, es tan ancho el campo que se abre á las conjeturas sobre un asunto, pueril despues de todo, que la fe en ellas encuentra poco firme asidero. No siendo pastores en realidad los personajes que se pintan, sino filósofos y poetas, natural es que el autor los distinga unos de otros por particularidades de patria y de aficiones que los hagan más parecidos á unos que á otros de los poetas contemporáneos, pero no se ha de tomar esto por intento real del escritor, que bien mirado seria de mal gusto y altamente impolítico. Parécemelo, en efecto, que un poeta se ponga á narrar escenas donde en cualidades morales y físicas él se asigna el papel principal y á su dama ni más ni ménos, y luego vaya trayendo en torno suyo á amigos que le ayuden á descollar y lucirse como el mejor entre todos ellos.

Y si vamos á creer en estas trasparencias, personajes pastores de gran cuenta hay en la *Galatea* áun no identificados, y por lo que aparece de la historia, hubo gran distancia de doña Catalina á Galatea, con menoscabo ademas de las damas de tantos pastores amigos de Cervantes, que una vez admitido este realismo de los personajes, debieron resentirse extraordinariamente al verse ellas y sus amantes en segundos y terceros términos. En mi concepto, la circunstancia de hablarse de poesía y de amores hace que se noten ciertas semejanzas en caracteres, composiciones y nombres de ingenios de aquella época. Por lo demas, no alcanzo, como en otra ocasion he dicho, el cómo Lenio, que tan importante papel representa, no sea un gran poeta y amigo de Cervantes, ni veo con qué ó porqué motivo ande el buen Ercilla entre los pastores con el nombre de Larsileo, ni dado caso que algun curioso se entretenga en tal trabajo, hallo importancia alguna en que se identifiquen tantos pastores como salen á la escena.

Si en algo pecó Cervantes no fué ciertamentte en dar motivos de resentimiento á sus amigos, porque colocase á alguno de gran valer en categoría inferior á la que le correspondiese, sino más bien por elevar á los inferiores al nivel de los excelentes, segun se observa en el *Canto de Calíope*, donde no deja de llamar la atencion el gran número de amigos que tenia Cervantes, no obstante el dilatado tiempo que de España estuvo ausente. Parece este canto escrito por un hombre avecindado por años en la corte, entrometido en todas las academias, reuniones y círculos de ingeniosos. Y con todo, ya se ha visto el corto tiempo que pudo dedicar al cultivo de relaciones personales, lo que prueba, ó que en aquella época habia más ocasiones de conocerse mutuamente los literatos, y tener noticia de los ausentes, ó ya la desmedida aficion de Cervantes á la lectura, que no dejaba escapar de sus manos obra alguna que saliese de las prensas, por cuyo medio conocia espiritualmente á la gran mayoría de los escritores notables.

Acerca de los elogios en este canto inclusos se ha hablado mucho, poniendo de relieve el raro criterio de Cervantes en materias literarias, pues pone por las nubes á todos los que nombra, habiendo entre ellos muchos cuyos nombres no conoceríamos á no ser por esta mencion en la *Galatea*. A esto respondí en mi *Historia crítica* ya citada, que tales opiniones ó elogios no tenian en los tiempos de nuestro escritor el valor de juicios críticos, y que todos incurrieron en este vicio de la época, en que no se usaba, por

convenio tácito general, más que la alabanza hiperbólica ó el epigrama punzante, sin reconocerse otro medio; y así debia ser, pues como era desconocida la mision crítica de la prensa para difundir los juicios imparciales y concienzudos de las producciones literarias, las simpatías ó antipatías personales tenian que neutralizarse y compensarse alternativamente por medio de grandes exageraciones en el elogio y en la detraccion. Tratándose de un escritor mediano, este proceder de alabar á carga cerrada, seria prueba de falta de discernimiento crítico; y como en Cervantes no puede admitirse esto, debemos buscar otra causa. En efecto, no se ha de suponer que en materia de belleza artística le sucediese lo que al héroe de su invencion Don Quijote, respecto á la hermosura, que no encontraba mujer que fea le pareciese; pues en muchas ocasiones criticó con bastante severidad y acierto obras de autores de bastante nota, y tal vez el secreto de que aquí se encuentren nombres que olvidó la fama pública, sea que alabó á muchos autores, no por su mérito literario en general, sino por el particular de haber cantado tambien la belleza de la mujer, como representacion de las ideas que en *Galatea* se personifican, y á esto sin duda alude en los segundo y tercero versos de la segunda octava, cuando al hablar de los ingenios *que ya son del cielo*, dice;

«Pienso cantar de aquellos solamente
A quien la parca el hilo no ha cortado,
De aquellos que son dignos justamente
De en tal lugar tenerle señalado.»

Sea ó no cierto que en *Galatea* quiso representar Cervantes á su futura esposa, la publicacion de este poema y su casamiento con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano tuvieron lugar en el mismo año, y si tal pensamiento entró en las mientes de esta doncella de Esquivias ó de su familia, bien pudo servir de contrapeso á la falta de grandes riquezas y ejecutorias del poeta. Despues de todo, Cervantes jamás sacó á plaza las virtudes ni la belleza de su mujer, ni fué tampoco tan seco y epigramático como Shakespeare, que deja en su testamento á su esposa, por todo legado, *la mejor cama de segunda clase* de dos que tenia, y si se ha de considerar Galatea como anagrama de Catalina, agradecimiento le deben los descendientes de la familia. Hácese á esta dama hija de una muy ilustre de aquel pueblo, y así lo deja entender lo mucho que luchó para alcanzar su mano en su condicion precaria de soldado estropeado y poeta, pues entónces sucederia ni más ni ménos que ahora, que las familias linajudas aspiran á hacer enlaces afortunados, y como la de su mujer no era rica, desearia más un hidalgo con fortuna que no un hidalgo á secas. Debe creerse que el consejo del tutor don Francisco de Salazar llevara á término este enlace, pues en 12 de diciembre de 1584 ya habia fallecido el padre de la novia, y parece que el sobredicho tutor era muy afecto á nuestro jóven escritor, en quien admiraba las cualidades de valiente y sabio, que rara vez se conciertan y mucho ménos con los bienes de fortuna. Llevó de dote doña Catalina unos quinientos ducados próximamente, cantidad que recibió Cervantes á los dos años de celebrado el matrimonio, en cuya época la dotó él en cien ducados, de mil que venian á constituir su caudal, puesto que, segun dice, cabia esta cantidad en la décima de sus bienes. Esta entrega y escritura tuvieron lugar en la misma villa de Esquivias, en 9 de agosto de 1586, por lo que se ve que Cervantes se habia retirado á la soledad de una vida pacífica y á dedicarse exclusivamente al trato con las musas, que aunque el monte Parnaso no tenia minas en aquel tiempo, como las tiene y de muy ricas vetas en el nuestro, para Cervantes no debió ser en algunas ocasiones tan de todo punto estéril, pues se sabe por lo ménos que no tocó sino conservó los bienes de su mujer intactos y los heredaron á su muerte los descendientes de ésta. Y áun sabemos por investigaciones recientes en qué consistieron dichos bienes de la dote, que fué en parte de una gran casa, aún existente en Esquivias.

Cuatro años residió Cervantes en esta villa, y por su proximidad á Madrid y noticias que poseemos

de haber escrito por estos años, varias composiciones en loor de obras de Juan de Barros, Pedro de Padilla, Espinel, Maldonado, Juan Rufo y otros, se supone que haria frecuentes visitas á la corte, con tanta mas razon, cuanto que entonces habia empezado á escribir para el teatro, y la necesidad de arreglarse con los autores de compañías para la representacion de sus obras, hacia indispensables estas excursiones. Por su misma confesion sabemos que compuso hasta veinte ó treinta comedias que se representaron en los teatros con aplauso, especialmente *La Batalla naval, La Gran Turquesa, La Jerusalem, La Amaranta, La Unica, La Bizarra Arsinda, El Bosque Amoroso* y sobre todas *La Confusa*, de la cual dice que pareció admirable en los teatros y capaz de competir con las mejores que de capa y espada se habian escrito. Tuvo Cervantes su época de gloria y de triunfos para con el público inconstante y voluntarioso, y su sazon de ser buscado por los autores de compañías, muy solícitos siempre con los escritores favorecidos con el popular aplauso. Este tiempo puede considerarse como el más tranquilo y feliz en toda la vida de Cervantes. Acababa de retirarse de la vida activa y cortesana, gozaba de la quietud y placer de un nuevo estado, consagrábase á las musas y con especialidad á Talía, que parece haber sido en todos tiempos la más pronta y espléndida en pagar al contado á sus devotos; gustaba del aura popular y veía aumentarse con su reputacion de autor su pequeña fortuna, pues sin duda esos mil ducados que poseia en 1586, eran fruto de sus comedias. Pero la suerte instable hizo muy breve este período de su independencia y felicidad. «Las comedias, escribia más tarde nuestro autor, tienen sus sazones y tiempos, é inmediatamente entró á dominar el teatro el monstruo de la naturaleza, Lope de Vega, y se alzó con la monarquía cómica y avasalló y puso bajo su jurisdiccion á todos los farsantes llenando el mundo de comedias propias, felices y bien sazonadas.» Esto confesaba con toda sinceridad y modestia el insigne autor de *La Numancia*, obra que con el favor ó sin el favor del público, ha ido creciendo en mérito á medida que pasa el tiempo, y por la cual eminentes críticos le han comparado á Esquilo y Sófocles. Cervantes mejoró el teatro, allanó y preparó el camino á los famosos ingenios que lo alimentaron con tanto aplauso; tuvo su época de estar en pedestal; pero el público hidrópico de novedades, le fué olvidando ante nuevos astros que á cada momento aparecian. Penosa por otra parte debia ser la posicion de un autor en aquellos tiempos para contentar á un público tan exigente y cumplir al par con las leyes del arte y del buen gusto. Sólo monstruos de la naturaleza, como llama Cervantes á Lope, pueden quedar en pié despues de esa campaña, gracias á mil quinientas producciones hechas para ese Moloch ó Tarasca, que necesitaba una comedia nueva por dia, y que en la tal comedia se le representase la vida desde el Génesis hasta el Juicio final. Nosotros debemos agradecer esta presion del público que arrojó á Cervantes de los coliseos de Madrid. Aunque único en la invencion, no era autor que escribia para el dia sino para la posteridad, y para este otro público no se escriben obras *en horas veinticuatro*.

Posible es que Cervantes tardase en conocer lo que luégo tuvo la franqueza de confesar, y que luchase mucho ántes de perder toda esperanza de abrir fácil camino á su bienestar por este medio loable, que Quintana, no obstante, califica de poco noble, y es muy posible que en este período de lucha hasta llegar la conviccion al ánimo, veria disminuirse y casi agotarse los recursos con que contaba para atender á sus obligaciones, á las que se habian agregado el tener que proveer á la subsistencia de su madre y hermanas.

Vióse, pues, en el caso de cambiar de ocupacion, visto el poco fruto que ya del teatro reportaba. Seguir la carrera militar le era entónces más imposible, porque muchas habian sido ya sus tentativas y todas tan infructuosas que no salió de la categoría de soldado. Casi á fines de 1587 le vemos ya en Sevilla, ó camino de esta capital tan distante de su residencia y empleado en ocupaciones diametralmente opuestas á las que correspondian á su vocacion y anteriores ejercicios. ¿Qué pudo influir en esta determinacion? ¿Porqué se alejó al otro extremo de la Península? ¿Qué motivos le indujeron á ocuparse como comisario del pro-

veedor de las armadas españolas? Los biógrafos no han podido explicar estos puntos, ni ilustrarnos bastantemente acerca de las causas de este viaje y de esta eleccion. Sólo se sabia lo que el mismo Cervantes dijo: «que tuvo otras cosas en que ocuparse, y que por ellas abandonó la pluma y el teatro.» Es más, su residencia en Andalucía, que fué acaso la más dilatada que hizo en provincia alguna de España, ni áun fué sospechada por su primer biógrafo, y Pellicer sólo alcanzó á verificar su estancia en Sevilla por los años de 1596 y 1597. Sin embargo, en cerca de veinte años, Cervantes no hizo otra cosa que recorrer villas y lugares de esta parte de España; los mismos veinte años que menciona en el prólogo del QUIJOTE, que «durmió en el silencio del olvido,» y cada vez que se adquiere más certidumbre en esto, caen como con la mano las patrañas y cuentos que se han propalado acerca de su larga residencia en la Mancha. Yo creo, sin embargo, que se puede ilustrar perfectamente este punto interesantísimo, valiéndonos de los datos que nos dejó en su novela *El Licenciado Vidriera*, corroborados y puestos á nuestra vista como históricos por el hallazgo de un nuevo documento.

Ya se recordará que en otro lugar de esta VIDA, hemos dado mucho valor á los principios de la citada novela, viendo en ella algo que concierta con la manera en que Cervantes salió para Italia. Háblase allí del gentil hombre que halló el jóven estudiante camino de Málaga á Antequera, al bajar la cuesta de la Zambra que hay en esta ruta. Desde luégo la lectura de estos detalles y particularidades de lugar en Cervantes, inclina á sospechar que trata de asuntos propios, porque no es esa su manera de narrar cuando tal interés personal no va envuelto en sus narraciones. Vemos asimismo cómo pinta el trato y ocupacion de aquel caballero y cómo consigna su nombre, que era el de don Diego de Valdivia, capitan de infantería por S. M., cuyo alférez estaba reclutando ó haciendo la compañía en tierra de Salamanca. Al ver estos pormenores que no son indispensables para el objeto de la novela, se recuerda la observacion de Clemencin, que en ocasion análoga y cuando Cervantes aludia á un suceso propio, dijo, que parecian ciertos personajes como reos que dan declaraciones ante un juez. Pues bien, recientemente se ha hallado un poder otorgado por Cervantes en Sevilla en 24 de febrero de 1588, comisionando á un tal de Silva para que entienda en cierto negocio de que se hablará más adelante, resultado de un encargo que tuvo en la ciudad de Ecija por órden del Licenciado don Diego de Valdivia, alcalde de la Real Audiencia de Sevilla. Esta es la primera comision que á ciencia cierta sabemos que desempeñara Cervantes en Andalucía en fecha tan remota como la de principios de 1588, y esta comision la ejerce por mandado de un don Diego de Valdivia, nombre y apellido iguales á los del gentil hombre, que es conjeturable que influyó ó le ayudó ó le acompañó en su viaje de Cartagena á Génova, hacia cerca de veinte años. ¿No hay motivos para sospechar que el don Diego de Valdivia que le protegió siendo jóven sea el mismo que le ayuda y protege nuevamente en su edad madura? Parece muy probable que en la época de que hablamos hallase Cervantes á este sujeto en la corte, á donde acaso iria á conseguir su destino, y renovando la amistad antigua y enterándose de la situacion de su camarada, le ofreciese de nuevo su valer y proteccion, aconsejándole se fuese con él á Sevilla, en donde le emplearia y podria estar á la mira de los oficios que vacasen en los gobiernos de las Indias, que eran muy lucrativos, y propios para que el Rey premiase con ellos los servicios de militares veteranos, como en efecto lo solicitó dos años despues, ó sea en 1590. El ir Cervantes á Sevilla sin nombramiento ni empleo de S. M., y el hallarle privadamente empleado por un Diego de Valdivia, de quien hace mencion en una de sus obras, es prueba más que suficiente de que el conocimiento antiguo de este personaje y el interés que al mismo inspiraba la suerte del jóven y atrevido soldado, influyesen en su nueva resolucion y cambio de ocupaciones.

Tan súbita mudanza en su género de ejercicio, como el pasar de la vida contemplativa á la vida

activa, de altos intereses morales á los mezquinos materiales, de la soledad y quietud del gabinete al bullicio y confusion de los mercados, de la poesía de la imaginacion á la prosa de la vida, en una palabra, de literato á agente, no pudo ser resultado de cálculo ni propósito definido de nuestro ingenio, sino de una necesidad perentoria de adoptar cualquier recurso para salir de la estrechez á que se veia reducido, propuesto á abrirse camino á otro empleo más propio de su inclinacion y más proporcionado á sus méritos. En igual caso se han hallado otros muchos grandes genios, precisados á ganar su subsistencia en ocupaciones ínfimas y ejercicios mecánicos. La sociedad, que aplaude las creaciones sublimes de la inteligencia, se cura muy poco de averiguar, si tras las horas brillantes de la inspiracion, siguen horas lúgubres de amargura. El poeta debe cantar como canta el ave; alegre, si alegre; triste, si triste. El encanto indefinible del acento del dolor, vale bien la pena de que el genio sufra, y por lo ménos se cumple con el precepto: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.*

En medio de esto, fortuna fué para nuestro héroe haber escogido como recurso la agencia de negocios y comisiones, que hoy consideramos tan impropia de su carácter. Rousseau, copiante de música, no ha excitado tanta simpatía como Cervantes acopiando provisiones para las flotas, ó recaudando alcabalas por los pueblos. Y con todo eso, ¡cuán favorable no fué esta ocupacion para el desarrollo de su ingenio, profundo conocimiento de los hombres y la sociedad, y penetrante observacion de la naturaleza inanimada! Por muchos años habia vivido la vida del poeta, del soñador, del aventurero; hallando los sucesos, ya adversos ya prósperos, siempre á la medida de su colosal y quimérica fantasía. El teatro en que se habia movido y la atmósfera que habia respirado, fueron como realizacion mágica del ensueño más atrevido y dramático de un poeta. Todo habia sido espléndido, majestuoso, excepcional, como creado á propósito para satisfacer á su imaginacion ardiente y espíritu quimérico y fantástico. La bella y poética Italia por escenario de las primeras aventuras en su juventud; la batalla de Lepanto como certámen de gloria, el cautiverio de Argel como palma de martirio. Con arreglo á este pasado habia tenido la sublime debilidad de amoldar un brillante porvenir. Pero, ¿es esa la vida humana?

El nuevo rumbo de Cervantes parece providencial para el complemento de su sér. Era abrirle las puertas á un mundo nuevo de que se habia alejado en alas de ilusiones arrebatadoras de la juventud, era introducirle al mundo de la realidad y de la prosa, al movimiento ordinario y comun de las pasiones; en una palabra, á la vida tal cual es, donde no todas las desgracias son Argel ni todas las glorias Lepanto. Cervantes vivió hasta la edad de cuarenta años en la region de Don Quijote, levantados los piés del polvo y con la cabeza en las nubes. Faltábale vivir en la region de Sancho, sentado el pié sobre la tierra, para pintar, como pintó luego, los dos polos de nuestras inclinaciones, los grandes contrastes de la vida. El genio es como el sol, dice Cervantes; pasa por lo mas inmundo y no se mancha, y así como el hombre vulgar se envilece en humilde estado y ocupacion, el hombre superior saca partido de todo, y desde cualquier punto sabe extender su mirada observadora y enriquecer su noble inteligencia. Esto sucedió á nuestro ingenio en su nuevo empleo. Dióle ocasion de estudiar á los hombres de estatura mediana y pequeña en su trato ordinario, de ver muchedumbre de pueblos, observar sus costumbres, notar sus vicios, penetrar en el laberinto de sus intereses mezquinos, luchas pequeñas, bajas ambiciones y resortes miserables de odios y de afectos. A los Aquavivas habian sucedido los Monipodios, á los Figueroas de Flandes los Chiquiznaques de España, á Don Juan de Austria, Blanco de Paz, á los Asan Agás de Argel, los corchetes de Sevilla, y á esta opuesta experiencia y punto de vista debe hoy el universo la magnífica pintura del carácter más noble y el carácter más vulgar, del hombre espíritu y del hombre materia. Necesitaba esta escuela nuestro ingenio para completar su mundo *cervántico*, para conocer á fondo el corazon humano, como necesario fué al gran dramático inglés, su contacto con los negocios y especulaciones para crear su

gran mundo shakesperiano. Los grandes genios tienen en sí el elemento divino y sólo necesitan concentrarse, hacer un movimiento introspectivo para hallar figuras ideales y sublimes. Los Quijanos, los Hamlets y los Alcestes son productos de esta concentracion; pero los Sanchos, los Faltaffs y los Tartufos son hijos de un exámen detenido, de una observacion minuciosa del mundo que les rodea. Cervantes, que habia largo tiempo vivido en las regiones fantásticas, nutriéndose de lo ideal, penetraba en el elemento humano en la mejor sazon de su vida para recoger abundante fruto de sus observaciones. Y con todo eso, parecióle tan vasto, intrincado y confuso el mundo de la realidad, que rompiendo con el orgullo de autor, se resignó á dormir veinte años en el silencio del olvido. Estos veinte años de atento estudio de los hombres en edad madura, provisto de experiencia, dotado de penetracion, nutrido de desengaños y amaestrado por la adversidad no fueron un sueño como irónicamente dice, sino un alerta continuo, donde vió pasar ante su escrutadora mirada la encarnacion de todos los instintos y pasiones, de todos los vicios y defectos diseminados en las pequeñas figuras que componen la masa de la sociedad. Estos caracteres no se adivinan: el mayor de los genios es impotente para delinearlos si no los estudia de cerca, y al contemplar la riquísima galería que nos legó Cervantes, bien podemos decir de su nueva ocupacion: ¡dichoso empleo que produjo tan apreciados frutos! Cabalmente las figuras de Cervantes son más bellas y artísticas que las de otros autores, porque están más cerca de la naturaleza sencilla que del artificio social, y estos modelos no se ven en las cortes ni pisando colas en los palacios, sino peregrinando de venta en meson y de choza en cabaña. Tampoco se pueden hacer las admirables descripciones ó decoraciones de la naturaleza con que Cervantes realza la belleza de sus argumentos, sin haber visto infinitas veces despuntar la aurora en los bosques y en los prados, ni sin pasar muchas noches en camino se pintan las varias que hay descritas en el QUIJOTE con tal viveza de colorido y sello distintivo, que siendo todas ausencia del dia, una es la en que veló las armas y muy distinta la de los Batanes, y en nada se parece la que presenció la aventura de los enlutados á la que vió la entrada de Don Quijote y Sancho en el Toboso. Las pinturas rurales de Cervantes de un modo inverso se parecen al cuadro famoso de Valdés, representando la vanidad humana, al ver el cual se lleva uno los dedos á la nariz creyendo que *verdaderamente hiede*. De las obras de Cervantes, cuando describe y pinta la naturaleza, podemos decir que *verdaderamente trasminan*, y parece sentirse la fragancia de las flores y el saludable olor de las silvestres plantas.



Hasta aquí se habia creido que el viaje de nuestro autor á Sevilla se verificó hácia mediados de junio de 1588, á consecuencia de haber sabido que se habia nombrado á don Antonio de Guevara proveedor general de las flotas de las Indias con facultad de poder nombrar cuatro comisarios, y que tuvo por objeto presentarse á él con cartas de recomendacion que en Madrid obtuvo, para pedirle el cargo de una de estas comisiones. Otros supusieron que habia ido á buscar proteccion entre sus parientes del mismo apellido en Sevilla; pero la verdad parece ser, que nada de esto es fidedigno, si hemos de creer en lo que resulta del documento fehaciente ya citado. Don Diego de Valdivia dió órden á Cervantes apénas llegado á Sevilla, de que fuése á la ciudad de Ecija y tomase y embargase el trigo que en sus fábricas estaba para servicio del Rey. Cervantes hubo de cumplir esta órden al pié de la letra, pero contra el beneplácito de la autoridad eclesiástica de dicha ciudad, que fulminó contra él censura y excomunion. Este hecho increible, que muestra la irritabilidad de los señores Provisor y Vicario de aquella diócesis, y cuán prontos estaban para lanzar á cada paso y contra inocentes, tan terribles rayos, se halla perfectamente comprobado por el hallazgo de un poder ante escribano público de Sevilla, en

que con fecha 24 de febrero de 1588, da Cervantes facultades á Fernando de Silva, como su procurador para comparecer ante el provisor y juez vicario y vicario de Ecija, para *absolverle* remotamente ó á reincidencia de la censura y excomunion *(sic)* que *contra mí* está puesta. La causa de este anatema no fué otra, sino haber cumplido con las órdenes de un superior que mandaba por encargo y en servicio del Rey.

En esta, como en otras ocasiones, fué nuestro escritor injustamente atropellado y vejado, cual es de inferir en el estado en que se hallaban las creencias religiosas en aquel tiempo, y la excesiva preponderancia que gozaba el clero. No es, pues, extraño, que en sus obras, en las cuales aludió á muchos sucesos suyos, aludiese á éste tan importante, y que tambien contribuyó en mucho á hacerle malquisto en ciertas regiones del poder y círculos de la corte. En efecto, Cervantes no podia olvidar esta mala obra en la excelente que compuso, y á continuacion y como postre de la aventura de los enlutados, ingiere la alusion con gran oportunidad, haciendo decir al mal andante bachiller, figura de Blanco de Paz, que Don Quijote estaba excomulgado por haber puesto violentamente las manos en cosa sagrada. Cervantes, que al escribir esto se acordaria de su excomunion, ó tal vez acordándose de ella escribió tal pasaje, hace responder al hidalgo, que no puso las manos, sino el lanzon: respuesta que, en el carácter serio de Don Quijote, me habia llamado la atencion, y no habrá dejado de llamar la de otros. La expresion de *poner las manos* evidentemente debia hallarse en ese peregrino decreto, y debió dar que hacer á la traviesa imaginacion de nuestro herético poeta, porque en realidad su comision no implicaba el acto material de *poner las manos* en los cereales existentes en las fábricas ó almacenes del clero ó municipalidad de Ecija, como si fuese cosa portátil que el comisario pudiese tomar y meterla en su bolsillo. «Cuanto más, prosigue el hidalgo, que yo no creí que ofendia á cosas sagradas que respeto.» Y, en efecto, para el mandatario así como para su poderdante dichas provisiones no eran sagradas por el solo hecho de hallarse en almacenes de la Iglesia, si ya no es que el vicario queria extender la santidad á todo lo que podia servir para el sosten de sus ministros. Finalmente, concluye el hidalgo diciendo, despues de confesar que á todos los sacerdotes enlutados los tuvo por satanases del infierno, y por cosa mala, que cuando así fuese y él quedase por aquel hecho excomulgado, en la memoria tenia lo que le avino al famoso Cid el Campeador, cuando rompió la silla de aquel embajador delante de Su Santidad, por lo cual fué excomulgado, *y anduvo aquel dia el Cid muy honrado y valiente caballero.* Con esto da á entender que este percance con el vicario andaluz no le dió mucho que pensar, ni le turbó el sueño ni le consumió las carnes, pero sí da mucho pié al comentario la tal aventura del cuerpo muerto donde tal se relata, para los que quieran estudiar en conciencia el temple de Cervantes en ciertas materias. Desde el principio hasta el fin interesa más este lance de los religiosos por lo que parece encubrir, que no por la cuestion de sátira literaria ó alusion al trasporte de los restos de San Juan de la Cruz, que es el suceso aludido segun la cándida interpretacion de Fernandez Navarrete y otros críticos.

Si, pues, á fines de febrero de 1588 ya tuvo que dar un poder con relacion á actos que habia ejecutado en comision que le dió Valdivia, no puede aceptarse que su llegada á Sevilla fuese á mediados del año y que su primera comision ó cargo le fuese dada por el proveedor Antonio de Guevara. Por otra parte, existiendo un expediente de vecindad en favor de un tal de Cetina, en que aparece Cervantes como testigo y en el cual declara que habia llegado á la ciudad de Sevilla en 1588, es evidente que debió haber sido en los primeros dias de este año, para dar lugar á los actos que supone el poder conferido en 24 de febrero á don Fernando de Silva.

Aunque la índole de su nuevo ejercicio le obligaba á hacer frecuentes excursiones por ciudades,

pueblos y villas, y continuar su peregrinacion aventurera por vericuetos y encrucijadas luchando con malandrines, como eran todas las gentes dedicadas á la contratacion mercantil, es de suponer que su principal estada ó cuarteles de invierno seria Sevilla, famosa entónces por su comercio y poblacion y más por su contratacion de negocios con las Indias.

«Roma triunfante en ánimo y riqueza,» como la llama en su famoso soneto, una de las capitales más dignas de estudio por la diversidad de gentes que encerraba, por su morería y judería, la Macarena y Triana, la Cava y el Matadero, su muelle famoso y Atarazanas, su torre del Oro, Alcázar y basílica, sus mercados é industrias, paseos y monumentos, y tanto por esto como por el humor festivo de sus naturales que tanto se avenia con el de nuestro festivo escritor, debió ser su predilecta ciudad, segun lo testifican varios pasajes de sus obras. Era tambien Sevilla una de las capitales donde más se cultivaban las bellas artes, y de donde salian más notables poetas y pintores, y bajo este aspecto, Cervantes no debió echar mucho de ménos la vida de Madrid, ni las relaciones con gentes de valer. Allí hizo conocimiento con el célebre pintor y poeta Francisco Pacheco, uno de los hombres más eminentes de aquel tiempo y que más honraba á la ciudad del Bétis, donde tuvo su cuna. Esto fué hacerlo con todas las personas principales y de valía que en la dicha ciudad moraban ó iban á visitarla, especialmente de las que se dedican al estudio de las ciencias, las artes y demás profesiones liberales. El estudio de Pacheco, al modo que lo fué el de su tio, era como especie de Academia ó Ateneo abierto á todo hombre de ingenio y virtudes, en el cual recibian del pincel y de la pluma del pintor poeta el diploma de inmortales, incluyendo sus retratos y alabanzas en unas descripciones que desde jóven comenzó á hacer de varones ilustres á quienes conocia. Por entónces era tal la aficion á la poesía entre los sevillanos, que apénas habia profesion de que no saliesen versificadores; consecuencia natural del gran movimiento y cultivo que se daba á las letras por un no corto número de hombres esclarecidos, cuyas obras corrian de mano en mano y eran celebradas por todos. Poco era menester para propagar el contagio en un suelo donde el ingenio es tan vivaz, y la naturaleza tan fascinadora con la brillantez de sus colores, y así no es de extrañar que hubiese poetas, ó por lo ménos llamados tales, en los claustros como en las oficinas, en las escuelas como en los mercados. Cervantes no dejó de notar y satirizar este asalto que la poblacion en masa pretendia hacer del Parnaso, cuando hace decir á Monipodio, que «todavía si el hombre se arremanga se atreverá á hacer dos millares de coplas en daca las pajas, y cuando no saliesen como deben, añade, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas.» En efecto, canónigos, beneficiados, jueces, abogados, procuradores, médicos, escribanos, regidores, veinticuatros, comerciantes, mercaderes, militares, músicos, barberos, peluqueros, batihojas, carpinteros, sacristanes, alguaciles, en suma, de todo menester, profesion y oficio se daban á este pasatiempo, segun la relacion y cuenta detallada que se lee en una carta satírica de aquel tiempo, escrita por un sobrino del mismo Pacheco. Ni se diga, por esto, que muchos de los tales ingenios legos no llegasen á alcanzar cierto grado de perfeccion, aunque no han tenido la fama que otros, pues en la coleccion de retratos de Pacheco se celebran muchos como Sancho Hernandez, artífice de oro y plata; Antonio de Vera Bustos, dentista y oculista; Diego Giron, Juan Marquez de Aroche y Pedro de Mesa, maestros de esgrima y discípulos del famoso Jerónimo de Carranza; Manuel Rodriguez, insigne maestro en la música de arpa, y Pedro de Madrid, no ménos notable en la de vihuela. Ello es lo cierto que la ciudad de Sevilla parecia una nueva Atenas de la poesía, y que el estudio de Pacheco era como el Areópago donde se juntaban y comunicaban los más calificados maestros en la elocuencia, en la poesía, en las ciencias y en las artes liberales. Allí concurrió el divino, austero, rudo y melancólico Fernando de Herrera, el amante de doña Luz, cantor é historiador de la batalla de Lepanto y panegirista del no ménos austero y modelo de patricios Tomás Moro; allí el, en apariencia, festivo, el semi-

alquimista Baltasar de Alcázar; el famoso Arguijo, Apolo de todos los poetas de España, como le llamó el insigne escritor Rodrigo Caro; el pintor y caballero don Juan de Jáuregui, Gutierre de Cetina, conocido más principalmente por su afortunado madrigal que comienza: «Ojos claros, serenos,» el distinguido poeta y pintor Pablo de Céspedes, el maestro Francisco de Medina, fray Juan de Espinosa, Pedro Velez de Guevara, Juan de la Cueva, Ortiz de Melgarejo, Florentino de Pancorvo, y sobre todo los ilustres Arias Montano, fray Luis de Leon, Quevedo, Alarcon, Lope de Vega y otros grandes genios y varones dignísimos, honra de nuestra patria y gloria de las letras, con que enriqueció Pacheco su admirable galería de verdaderos retratos, dejando tan precioso legado á la justa admiracion de los futuros.

Es indudable que Pacheco retrató á nuestro alcalaino poeta, dándole preferente lugar en su coleccion, como á uno de sus más distinguidos amigos, aunque en el número de los recientemente hallados no se encuentra su retrato. Sábese que Juan de Jáuregui le inmortalizó en el lienzo, y de este original, tambien perdido, es copia el que se halló en la coleccion del conde del Aguila. A dicha obra se refirió Cervantes, tal vez como más notable y por representarle de edad más madura, cuando en el prólogo de sus novelas hace la descripcion de su propia fisonomía; pero un feliz acaso nos ha hecho dar con un cuadro, obra de Pacheco, en que este artista trazó con su pincel los rasgos de la fisonomía del gran escritor, casi á los principios de su estancia en Sevilla, lo que demuestra la distincion que hizo con el ilustre huésped de Alcalá. Habíasele encargado á Pacheco pintase varios cuadros para el convento de la Merced, conmemoratorios de eminentes servicios prestados por dicha órden religiosa, redimiendo cautivos cristianos, y en uno de ellos retrató á Cervantes en apostura de barquero que en su lancha conduce á un padre redentor. Le pinta como de treinta y ocho á cuarenta años de edad, que era la que contaba en 1588 al llegar á Andalucía. Pacheco oiria de sus labios la interesante historia de los sucesos de su cautiverio y de cómo fué restituido á libertad por el zelo de los padres Juan Gil y Antonio de la Bella, y quiso que cautivo tan famoso figurase como una de las glorias rescatadas á España por aquel piadoso instituto: á cuyo deseo accederia Cervantes, á condicion de que mostrase en esta misma memoria su veneracion y reconocimiento á sus salvadores, por lo cual se retrató en traje humilde y en aptitud de servir al fraile que está en su barca, que probablemente será su patrono. No faltan quienes nieguen que la fisonomía del barquero sea la de Cervantes, en cuyo caso debemos confesar que los barqueros en aquel tiempo eran por su porte caballeros disfrazados y que por pura aficion se dedicaban á tan humilde oficio, ó bien que Pacheco habia nacido y vivido tierra adentro y pintaba barqueros ideales.

En mi anterior trabajo biográfico respondí á la objecion presentada de que Pacheco no pudo retratar á Cervantes por no ser aquel adicto á éste, ni siquiera admirador de sus obras, ni ménos amigo suyo, por serlo de Lope de Vega. Esta especie de argumentacion, decia yo, tiene algun fundamento, tratándose del escritor á quien Ruiz de Alarcon llamó:

«Envidioso universal
De los aplausos ajenos;»

pero por probar mucho no prueba nada, y para ser lógicos, vendríamos á concluir en que Pacheco no pudo retratar á ningun hombre notable, si daba oídos á Lope. Es ademas, probable, que el pintor sevillano hubiese hecho ese cuadro ántes de conocer á Lope, toda vez que desde principios de 1588 se hallaba Cervantes en Sevilla y su émulo visitó esta capital en 1604, ó sea diez y seis años despues.

Cuando en 1864 se ocupó la prensa de este hallazgo, hice las siguientes observaciones. «El retrato de Cervantes, hallado en un cuadro de Pacheco, en el museo de Sevilla, tiene de particular, que corresponde á la idea que sus apasionados se han formado del rostro del autor del QUIJOTE, por las señas que de

sí nos dejó en sus obras, y áun mucho más por las señales de su entendimiento y carácter. La figura de Cervantes, ni está en primer término ni es principal en el cuadro; y sin embargo, nadie que le examine puede dejar de reconocer, que la fisonomía del barquero, medio pescador, medio soldado, medio cautivo, es de un hombre nada vulgar. Parece verse en él un personaje de distincion bajo tan humilde traje y en tan plebeya apostura; en una palabra, descúbrese, como dice el vulgo, un buen bebedor, debajo de tan mala capa. Es singular, tambien, que de todas las figuras del cuadro, la de Cervantes se halle en el mejor estado de conservacion y que la fisonomía esté tan perfectamente detallada como si estuviese en primer término, lo que prueba el especial cuidado del artista en llamar la atencion hácia el nobilísimo barquero que á tan digna tripulacion conduce.

Lo que no puede describirse buenamente es el rayo de su mirada, que no parece sino vivo fuego y saeta penetrante, la energía que revelan aquellas facciones y complexion recia y sobre todo la bondad y nobleza de su expresion, que no embargan ni menoscaban cierto tinte y léjos de humor festivo y picaresco. Para mí no hay la menor duda de que Cervantes *posó*, como ahora se dice, en el estudio de Pacheco, y estuvo una ó dos sesiones armado con el palo que aparece ser bichero; tal es la verdad y propiedad y el aire y movimiento de la figura. Una imperfeccion del lienzo hácia la muñeca de la mano izquierda, que se apoya en el cuento ó regaton del palo, hizo sospechar que era cicatriz de las heridas de que quedó manco. Sin embargo, mi opinion es, que la posicion de la mano izquierda es imperfecta y que en la disposicion de sus dedos está indicada su manquedad. El aparecer su retrato en tal cuadro, pintado para recordar los servicios de los padres mercedarios, me hace creer que fué sugestion de Cervantes, y que quiso representar el humilde papel de conductor y barquero, como agradecido al bien que recibió de aquellos redentores, y mucho más si se confirma que el rostro del Padre Juan Gil está retratado en el del fraile que va sentado en la barquilla. Esto fuera una alegoría muy propia del ingenio de Cervantes.» [1]

[1] A pesar de estas razones, que á muchos parecen convincentes, no deja de haber quienes resueltamente niegan que la tal figura sea la de Cervantes, apoyándose en las observaciones hechas por un escritor gaditano en una disertacion, sin duda anónima, sobre la dicha pintura descubierta en Sevilla en 1864. El silencio de parte de los escritores de esta ciudad, se ha tomado como prueba de falta de argumentos con que sostener la identificacion de la tal figura; pero á esto puedo responder, que soy uno de los creyentes y sostenedores de ella, y no he replicado á la argumentacion del crítico gaditano, simplemente por no haber llegado á mi noticia, y áun en este instante sólo conozco de ella el resúmen, que es el siguiente:

«El censor gaditano empieza por notar el débil documento en que se apoya el descubridor sevillano: hace constar en seguida lo absurdo de que Cervantes estuviera pintado en un cuadro donde aparecen frailes de la órden de la Merced: llama la atencion sobre la donosa ocurrencia de que Cervantes tuviera conocimiento con Pacheco sólo porque escribió el soneto famoso al túmulo de Felipe II: asienta que el Pacheco elogiado por Cervantes en el *Canto de Caliope*, no fué el pintor, sino su señor tio, Francisco de Pacheco: presenta pruebas de que Cervantes nunca tuvo trato ni amistad con el artista sevillano: refuta una presuncion del descubridor, sobre que Fray Juan Gil, trinitario, estuviese retratado con hábito de la Merced en el referido cuadro: dice que Pacheco puso en el barquero (que se quiere que figure á Cervantes) el tipo de un marinero mallorquin ó catalan; señala la inexactitud que resultaria si Pacheco hubiera retratado á Cervantes, pues teniendo estropeada é inútil la siniestra mano, empuña, sin embargo, con ella el bichero, y concluye demostrando, que si, segun el descubridor del cuadro, el retrato de Alonso del Arco, de Carducho, ó de Caxes, es apócrifo, el que él ofrece tiene los mismos títulos de convencional.»

Parecerá extraño que sin haber leido la disertacion y sólo por este resúmen que da los puntos como probados sin presentar las pruebas, pretenda yo replicar al escritor anónimo, pero la enunciacion misma de los temas es tan peregrina, que no puedo resistir al deseo de hacer algunas observaciones.

En mi sentir sólo hay aquí un argumento que se pueda llamar directo y afirmativo sobre la cuestion debatible, y es la asercion que se hace de que Pacheco puso en el barquero el tipo de un marinero mallorquin ó catalan. Las pruebas que sobre esto presente deben ser muy decisivas, porque siendo el artista andaluz, y pintando este cuadro, á lo que se cree, en Sevilla, en cuyo muelle habria muchos más tipos de marineros andaluces que mallorquines ó catalanes, algun motivo especial y poderoso debió tener para figurar á un natural de otras provincias. Como no tengo á la vista la partida de bautismo del barquero, ni sé qué circunstancia especial movió á Pacheco á presentarnos tal tipo, lo que yo veo en la figura en cuestion no es sino un rostro español y marcial por todos cuatro costados. Claro es, que si las pruebas presentadas sobre este capítulo son irrecusables, la disputa ó controversia sobre identificacion de esta figura se puede dar por fenecida, porque si es un marinero mallorquin ó catalan, evidentemente que no puede ser Cervantes. La argumentacion, asimismo, debia concluir aquí, porque todo lo demas es pálido y frio al lado de semejante prueba. Así, por ejemplo, la inexactitud que advierte, de que teniendo Cervantes estropeada é inútil la mano izquierda, empuña sin embargo con ella el bichero, es objecion bastante endeble. Cuando los defectos en la conformacion física no están en la parte más principal y noble del cuerpo, no hay artista de tan mal gusto que los represente por exceso de realismo ó fidelidad. Comprendo que un pintor no pudiese retratar á la Princesa de Eboli, de frente, sin pintarla tuerta de un ojo; pero si la imperfeccion hubiese estado en una mano ó pié, como estos miembros no constituyen parte integrante del parecido que es el rostro, el artista podia dispensarse de representar una deformidad que nunca sienta bien en una obra de arte. Para pintar, ó valiéndome de una expresion más gráfica, para retratar una manquedad es preciso copiar con exactitud rigurosa la contraccion é irregularidad específica de un individuo manco, de manera que esa deformidad se distinga de otras y sea lo que es en aquel caso privativo y personal, y esto resultaria anti-artístico sobre ser innecesario, pues al retratar á una persona lo que la identifica es el rostro. Podrá decirse que la manquedad en Cervantes era motivo de orgullo y de honra para él; pero esto no desvirtua el valor de las anteriores razones, ni prueba nada, puesto que sabiéndose por mil modos y conductos de que se le inutilizó la mano izquierda en batalla tan célebre como la de Lepanto, el hecho de reconocer á Cervantes en un retrato, implica la idea de su manquedad de la mano izquierda, sin necesidad de que el pintor descienda al servilismo de darnos la forma y los detalles de ella. Esto ha sucedido con Ricardo Cobden, que siendo cojo, el artista que labró su estatua que se ve en el camino de Camden (Camden Road) de Lóndres, le representa sin imperfeccion alguna en los piés. Es más, una manquedad, en el hecho de ser accidente, es por sí tan concreta, que ningun artista puede representarla sin tener presente la mano disforme, lo que no sucede en el caso contrario, en que un pintor puede representar todos los miembros del cuerpo excepto el rostro, segun un tipo ó modelo abstracto. Tendríamos, pues, que aunque Pacheco hubiese cometido este pecado de mal gusto, nada se habria adelantado para la

Acerca del domicilio de nuestro escritor en Sevilla, tenemos pocas noticias, aunque bien se deja entender que la mayor parte del tiempo debió habitar cerca de las Atarazanas y el muelle donde habian de ser embarcadas las provisiones. Así lo hace conjeturar tambien el ver que nos dió la distancia que habia entre los marmolillos del colegio de Maese Rodrigo y la puerta de Jerez, prueba de que pasó por ese sitio infinitas veces. Conjetúrase que vivió algun tiempo en la calle que se llamó del Alfolí de la Sal, frente á la puerta de San Miguel de la iglesia Mayor, contigua á las Atarazanas y al Postigo del Aceite donde comenzaba el comercio marítimo.

En el Diccionario de Madoz, al hablar de la Iglesia de San Marcos, se dice que á su torre subió muchas veces Cervantes, desde donde podia divisar el convento de Santa Paula, que encerraba á la mujer que más habia amado en el mundo. Cuál sea el fundamento para afirmar la intensidad de estos amores, lo ignoro; pero, sí, es muy probable que á Cervantes, si no la torre, le serian muy conocidos aquellos alrededores, pues parece que en las listas de un recuento de armas hecho en Sevilla, en aquella época, se lee el nombre de un Miguel de Cervantes, huésped de un meson cercano al dicho monasterio de Santa Paula. Acaso la presuncion de que estos claustros encerraban el sujeto de una historia de su corazon, provenga de la alabanza que hace en la novela de la *Española inglesa*, de una prima de Isabel, monja en este convento, que era única y extremada en la voz. Tal debia ser y tanto la pondera Cervantes, que llega hasta decir: «que para conocerla no habia menester más que preguntar por la monja que tenia mejor voz en el monasterio.» Es muy probable que esta monja fuese la Feliciana de la Voz que introduce en el *Pérsiles y Sigismunda*, quien más tarde, muertos el hijo y el marido, se retiró á un monasterio. No deja de ser coincidencia peregrina que Shakespeare, aunque casado con Ana Hathaway, cante en sus sonetos

futura reproduccion ó representacion de Cervantes segun el retrato de su pincel, porque en cualquier posicion que se mostrase la mano izquierda, el artista se hallaba con el tropiezo de no poder copiar la manquedad sin presencia de la mano inutilizada.

Sobre la objecion de que Juan Gil, trinitario, no podia estar retratado con hábito de la Merced, nada tengo que decir, puesto que no se trata de la identificacion del religioso; pero me llama la atencion que se califique de absurdo la idea de que Cervantes estuviera pintado en un cuadro donde aparecen frailes de la órden de la Merced. Si se tratase de dominicos, podria pasar.

Refiérense otras objeciones á la relacion que pudo haber entre el pintor y el escritor. El disertante parece inclinado á negar toda amistad ó conocimiento personal entre el artista y el poeta, y hay quien llega á afirmar que aquel fué ingrato é inconsiderado con el autor del QUIJOTE, por dar oídos á Lope de Vega que abrigaba aversion, odio y rastrera envidia contra Cervantes. Ahora bien, aquí se hace una confusion lamentable de fechas. Si puede establecerse que Pacheco tenia estudio abierto en Sevilla ya desde los años de 1588, la mayoría de estos argumentos viene por tierra. Se olvida, en efecto, al traer á cuento el soneto al túmulo de Felipe y el trato con Lope de Vega, que la muerte del monarca ocurrió hácia fines del siglo XVI, y que cuando Lope de Vega pudo haber desacreditado á Cervantes á los ojos de Pacheco, le faltaba cabalmente el motivo para su envidia, puesto que el QUIJOTE se publica ya en el siglo XVII, y cierto que cuando aparece tomado el retrato de Cervantes, no tendria Lope envidia de su comision de cobro de alcabalas. Es ademas muy aventurado el decir que el autor del QUIJOTE no tuvo nunca trato ni amistad con el pintor sevillano, pues las negaciones son imposibles de probar y en el caso presente todo conspira á creer lo contrario.

El mencionar nuestro ingenio el retrato que de él hizo Juan de Jáuregui, y no el de Pacheco, se ha querido tomar hasta como prueba, no ya de que este no le trató ni apreció su valer, sino hasta como censura amarga y alusion directa á Pacheco por su conducta. No se considera al razonar así, que el retrato de Jáuregui debió hacerse más adelante, tal vez cuando ya era famoso Cervantes por el QUIJOTE y le representaba de una edad que convenia á la edad y fisonomía de nuestro autor al escribir el dicho prólogo de sus novelas. Por lo ménos, si queria que el público se formase una idea del autor de ellas, más [illegible] que se refiriese á un retrato reciente, que no á uno hecho, acaso veintiseis años atrás. Esto explica la mencion del de Jáuregui con preferencia al de Pacheco. Por otra parte, el del caballero Jáuregui es probable que fuese retrato en la forma comun y ordinaria, y no en la especial en que le representó Pacheco.

Finalmente, queda la objecion de la flaqueza del testimonio, ó sea del manuscrito anónimo en que se dice que Pacheco retrató á Cervantes en un cuadro que pintó para el convento de la Merced. Paréceme que si, en efecto, le retrató, la autoridad ó desautorizacion del manuscrito es cosa de poca monta. [illegible] mismo que era un hecho sabido y conocido, no se necesitaba de muchas firmas al estampar una memoria de él, ni legalizarla por dos escribanos, como sin duda pretende el crítico que debiera estar la contenida en el manuscrito en cuestion. Entónces sí que habria motivos de dudar.

Repito que no he visto en detalle los argumentos y pruebas á que acabo de replicar, por parecerme que en globo dejan aún terreno en que poder disparar un cartucho. Si fuesen tales que traen aparejado el convencimiento, no seré yo el que me obstine en cerrar los ojos á la evidencia; pero hasta ahora no encuentro motivo para variar de opinion. Y me he ocupado algo extensamente en este asunto, porque es de interes que sepamos si tenemos un *facsímile* de la fisonomía de Cervantes que podamos llamar auténtico, ahora que cada dia acrece más y más aquella curiosidad que tenia el público en el siglo XVII, de saber «qué rostro y talle *tenía*, quien se atrevia á salir con tantas invenciones en la plaza del mundo á los ojos de las gentes.» Y debo añadir aquí, que en la descripcion que del talle nos hace el autor, dice, «algo cargado de espaldas,» inclinacion que no podria notarse en el retrato de Jáuregui, sin duda tomado de frente, y que se nota en la figura que está en el cuadro de Pacheco.

Es verdaderamente singular que miéntras los críticos se andan á discurrir sobre si el fraile es trinitario ó mercedario, si el manuscrito está ó no legali[illegible] si Lope desacreditó ó no á Cervantes, se olviden de contemplar esa fisonomía franca, despejada y noble, ese rostro de soldado, esa expresion de intelig[illegible] de bondad que no encubre la de energía indomable y determinacion de voluntad que muestra la figura del barquero, sin que deje de asomar por [illegible] y la viveza propias del autor del QUIJOTE. Las señas físicas y la edad corresponden, pero más todavía las morales y espirituales. Ese rostro nos dice que fué verdad el desafiar la muerte y los peligros que desafió Cervantes en Argel, y esa expresion nos manifiesta que en tal cerebro pudo engendrarse el QUIJOTE. El retrato que conocemos nos da facciones varoniles y caracteres de inteligencia. ¿Quién puede desear ni pedir más? Gracias á esta nobleza de fisonomía, se distinguen al caballero, al valiente y al poeta, bajo un traje humilde y derrotado. Cambiad el vestuario, mudad la escena y hallareis casi un tipo ideal [illegible] hombre extraordinario. Miéntras estos fundamentos y razones no se destruyan con mejores argumentos, muchos como yo pr[illegible] retrato, que no en las figuras sosas, incoloras con que se nos le ha representado siempre, pareciendo más bien un padre definidor, que el gallardo militar y el escritor festivo que idealmente nos figuramos.

su extremada pasion por una mujer, sin otros atractivos que la fascinacion de su gracia en el cantar. Tambien se dice haber vivido Cervantes en la parroquia de San Isidoro, pero lo más cierto en materia de su residencia en Sevilla, es que á mediados del año 1600, vivia en la collacion de San Nicolas, que así lo declara él mismo, contestando al interrogatorio del expediente de vecindad promovido por don Agustin de Cetina.

En el período de su estancia en Andalucía y segun consta por poderes, cartas de pago, fianzas, recibos y demas documentos hasta ahora hallados, recorrió Cervantes varias veces las capitales principales y pueblos más notables de esta extensa provincia, sin olvidar las almadrabas de Zahara, tan admirablemente descritas en su novela de *La Ilustre Fregona.* Y de él se puede decir, que á Dios rogando y con el mazo dando, pues en medio de tantos viajes, peregrinaciones y quehaceres, nunca dejó su favorita ocupacion de las letras. Por escritura conservada en un archivo de Sevilla, sabemos que en 5 de setiembre de 1592, contrató con Rodrigo Osorio, autor de comedias, que le escribiria seis, pagaderas despues de su representacion, á los veinte dias de haber sido entregados por Cervantes los manuscritos, siempre que pareciesen de las mejores comedias que se habian representado en España, y en el precio de cincuenta ducados cada una, con la condicion de que Cervantes no habia de recibir nada, si habiendo representado cada comedia, pareciese que no era una de las mejores que en España se habian representado.

Dos años ántes, ó sea en 1590, habia hecho una solicitud al Rey pidiendo una de cuatro plazas vacantes en la administracion de las Indias, que eran: la contaduría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartagena, el gobierno de la provincia de Soconusco, en Guatemala, y el corregimiento de la ciudad de la Paz. A esta peticion contestó el gobierno, «busque por acá en qué se le haga merced,» que despues de todo, y por más que se diga de esto que se ha llamado sarcasmo por algunos, fué verdadera providencia y previdencia, pues si Cervantes hubiese sido agraciado con cualquiera de esos cargos, indudablemente habria efectuado tal cambio en el curso de su vida, que no poseyéramos hoy la gran joya que nos legó en su libro del QUIJOTE.

Sin duda atenido á esta promesa y por otros quehaceres y negocios tuvo que hacer un viaje á la corte. A mediados de julio de 1594, le hallamos en Madrid, en donde no debió conseguir destino alguno, toda vez que en setiembre del mismo año le vemos de nuevo en Andalucía, recorriendo las ciudades de Baeza, Granada, Málaga y Ronda, hasta el 15 de diciembre en que regresa á Sevilla, ejercitándose nuevamente en su viejo empleo, con más algunas agencias y comisiones de particulares que se procuró en Madrid.

De composiciones poéticas sueltas conocemos varias de las que escribió durante su estancia en Sevilla. Una fué la glosa de una redondilla en loor de San Jacinto, con que concurrió á los certámenes poéticos, publicados por los dominicos de Zaragoza en las fiestas de la canonizacion de este santo: un soneto conmemorativo de la expedicion del Conde de Essex contra Cádiz, y principalmente su célebre soneto al túmulo de Felipe II, levantado en la Catedral de Sevilla. Otro soneto escribió á la muerte del ilustre poeta Fernando de Herrera, y es de creer que sucesos análogos y otros tales como profesiones religiosas, publicaciones de libros, certámenes y juntas de academias, así como el deseo natural de trasladar al papel y dar forma á los continuos pensamientos de su fantasía, debieron llenar sus ratos desocupados. Muchos de estos se han perdido sin esperanza de hallazgo; otros se encuentran, merced á exquisita diligencia, en códices de archivos y bibliotecas; pero áun así, lo hallado hasta ahora es como una gota de agua comparada con el océano de su invencion poética, aunque sólo se tengan en cuenta los romances de que dice que compuso *infinitos.* Ni áun de sus obras propiamente, puede darse noticia completa ni cronológica. Existe una novela inglesa intitulada: *Aventuras y trabajos de enamorados,* en cuyo prólogo se dice, fué escrita en español, por «*ese bizarro* Miguel de Cervantes,» á quien, entre paréntesis, achaca

tambien el traductor la composicion de *El pícaro Guzman de Alfarache*. Pero este error, muy propio de un extranjero, no quita que realmente tradujese de una obra de Cervantes y por el contrario muestra el gran crédito que le merecia. Por otra parte, yo no veo qué interes pudiera tener un autor de obra de ficcion, en quitarse él mismo el mérito de su trabajo ahijándosela á un gran genio, pues si era buena, perdia la gloria, y si mala, no conseguia el objeto de su superchería. Todas las presunciones concurren á tomar por cierto el dicho del traductor, y acaso esta obra sea, las *Semanas del Jardin*, cuyo título da á entender una como serie de aventuras de amores, relatados ante la bella perspectiva de plantas, árboles, flores y fuentes y en presencia de gallardos jóvenes y discretas y hermosas damas.

Tambien se le atribuye una relacion admirable y un entremes de gran mérito, recientemente sacados á luz, acerca de las cosas que pasaban en la cárcel de Sevilla, á donde por su mala ventura fué aprisionado, aunque por corto tiempo, de resultas de la quiebra que hizo el mercader Simon Freire, por cuyo conducto habia librado á Madrid una cantidad de sus cobranzas. Faltó el principal, acudióse á los fiadores, y no pareciendo bastante, ó hallándolos insolventes, pagó Cervantes con su persona lo que no debia. Muy luégo conoció el gobierno el atropello cometido, pues para que respondiese ó buscase nuevas garantías la primera condicion era dejarle en libertad. Así lo hizo, despues de haberle vejado inútilmente; pero el genio es como la abeja industriosa que de todo saca con que fabricar su ambrosía. En aquel corto espacio de su encarcelamiento nos describió de una manera gráfica la vida de los presos, el desórden de la cárcel, los manejos de los empleados, los abusos de la curia, y sobre todo, las costumbres, fieros, lenguajes, prácticas, supersticiones, llantos y ceremonias de los jácaros ó valentones, especialmente en los casos en que la Audiencia dictaba pena capital.

Las opiniones sobre el número de años que Cervantes residió en Sevilla, fueron hasta aquí varias y contradictorias, y en la mayoría se inclinaron los biógrafos á creer que no pequeña parte del período que se extiende desde 1587 á 1603 la pasó en la Mancha, donde le sucedieron nuevas aflicciones y se refieren anécdotas varias, sin considerar que estas tradiciones de la Mancha tienen que convenir más con el Miguel de Cervantes nacido en Alcázar de San Juan, que no con nuestro castellano escritor, y más existiendo la particularidad de que, hácia la época en que se colocan, el alcazareño debia ser aún jóven, pues nació once años despues que nuestro Cervantes, y por consiguiente sujeto más propio de los lances que se refieren, y de que el uno se distingue por sus *escritos* y el otro por sus *delitos*, el uno por su *hidalguía* y el otro por sus *fechorías*. En varios lugares de mis obras he refutado de una manera concluyente todos estos verdaderos cuentos de viejas, y casi puede venirse á la conclusion de que pasó quince años en Sevilla y sólo conoció la Mancha por las muchas veces que atravesó sus llanuras en sus viajes de Castilla á Andalucía.

En cambio sabemos positivamente que en 8 de febrero de 1603 estaba en Valladolid reunido con su familia, y que allí acabó de rendir sus cuentas y dejó el servicio de las comisiones del gobierno, ocupándose en las que podia conseguir de personas particulares de alta posicion, quienes, ya que no el talento, empleaban la actividad de Cervantes, y hallaban en su honradez, penetracion y conocimiento de la curia las cualidades necesarias para el más pronto y mejor despacho de sus negocios.

Parte del año de 1604 y casi todo el siguiente, tuvo Cervantes, entre las ordinarias, otras nuevas ocupaciones más satisfactorias, como fueron todas las concernientes á los preliminares oficiales y arreglos con editores ó impresores para la publicacion de su incomparable poema, asuntos que debieron obligarle á trasladarse de Valladolid á Madrid. Lástima es que tan poco se sepa acerca de esto, cuando tanto se ha traslucido sobre otros asuntos enojosos en que fué injustamente vejado, pues nada seria más interesante que conocer cuándo tuvo la república literaria los primeros resplandores de esa luz que brotando de un

olvidado veterano en las armas y las letras, ha ido creciendo y elevándose hasta ser astro de primera magnitud en la esfera del alma humana: cómo Lope de Vega pudo rebajar el QUIJOTE y Andrés Perez decir que era famoso, ántes que la obra fuese á la estampa, y por qué manera de coincidencia ó acto voluntario resulta que el mote del escudo del Ingenioso hidalgo, ó sea el extracto ó alma del argumento interno del poema, se ve escrito en el escudo de Juan de la Cuesta, que fué al frente de la primera edicion hecha en Madrid; y qué pudo influir en que saliese con una dedicatoria tan pequeña para un personaje tan grande como le apellida el autor, y por añadidura compuesta de retazos de otras dedicatorias conocidas. Todo esto y otras noticias de la misma índole nos serian de tan infinito gusto cuanto desagrado nos causa esa coleccion de fianzas, poderes, cartas de pago y demás comunicaciones oficiales sobre recaudaciones, que muy bien pueden descartarse ó despacharse en dos plumadas cuando son estrechos los límites de una biografía. Y como esta va acompañada de notas al espíritu del QUIJOTE, tampoco hay necesidad de que me extienda en el juicio de él, limitándome á decir, que la noticia tradicional de haber escrito Cervantes un *Buscapié* para explicar el sentido del QUIJOTE, á causa de que las personas instruidas desestimaron la obra y el vulgo la despreció despues de haberla leido, es invencion absurda, toda vez que se sabe haber corrido hasta cuatro ediciones en el mismo año de su publicacion, que para aquellos tiempos, sin ferro-carriles, telégrafos ni periódicos, puede calificarse de un éxito fabuloso. Queda pendiente de esta mentira una especie de sombra de verdad, y es que un librillo con el nombre de *Buscapié*, tiene aire de ser de Cervantes, y que este punto oscuro es una prueba indirecta más de que el QUIJOTE necesitaba de comento.

Lo que no puede dudarse es que acreció la envidia en varios escritores famosos de la época, al ver y presentir cómo Cervantes tomaba el principal asiento en el templo de la fama con aquella su invencion tan originalísima donde veian que se habia pintado él mismo con un artificio de tal habilidad, que no obstante tirar al parecer á rebajarse como loco y visionario, quedaba un fondo de nobleza, de virtud y de elevacion en el tipo, que no podia ménos de popularizarse más y más cada dia, hasta el punto en que lo vemos hoy, pues si Dios como quieren unos, la naturaleza como sienten otros, han creado tipos de séres racionales, Cervantes con su genio poderoso ha creado á Don Quijote, Dulcinea y Sancho, que tienen tanto relieve y realidad como los que han vivido, y todavía un punto más lleva aquí el arte á la naturaleza, y no iba descaminado un católico ferviente, que decia, que el dia de la resurreccion, tendria el Señor que juzgar á estos tres personajes, que léjos de morir han vivido cada vez más desde que nacieron.

Tampoco hay género de duda de que entre los envidiosos de nuestro escritor, debió haber uno á la oreja del duque de Bejar, ántes y despues de salir el QUIJOTE á la plaza del mundo, y no es aventurado el decir que á éste le pintó en la segunda parte, en el religioso que estaba á mesa y mantel en la casa de los Duques, lo que prueba no haberse dado crédito por el potentado ni por sus satélites á la que llama Ticknor *palabra honrada* de Cervantes, de que su obra no tenia otro objeto que hacer un bien á la humanidad y más especialmente á la nacion española, acabando con una perniciosa y pestilente clase de libros.

Varios fueron los viajes y las ocupaciones de Cervantes despues de esta fecha memorable para su vida y la literatura; y residiendo en Valladolid, tuvo lugar el suceso desagradable de la muerte del caballero Ezpeleta, en el cual, por dejarse guiar de su noble inclinacion, fué complicado en el proceso y reducido á prision, aunque por pocos dias, pues luégo se vió de manifiesto su inocencia. No dejó de pintar más adelante esta injusticia, semejando un caso parecido en el *Pérsiles y Sigismunda*. Allí refiere, en el capítulo IV del libro tercero, cómo hallándose la compañía de los peregrinos solazándose en el campo,

fué Periandro á socorrer á un jóven que en su presencia cayó muerto, de la herida de una espada con que apareció atravesado, y tomándole los cuadrilleros por ladron y homicida al verle con el cadáver y la sangre en sus manos, fué preso con toda su compañía y á poco estuvo de que el Corregidor de Cáceres no le pusiese á prueba de tormento. Este paso ú accidente no tiene conexion alguna con la historia ni parece puesto más que para mostrar lo falible de las pruebas de indicios, y hacer ver cómo á un hombre de bien, practicando una accion generosa, se le confunde con el matador y se le veja en la cárcel.

Miéntras escribia la segunda parte del QUIJOTE, convidó al público á gustar de un manjar literario en que era primoroso artista, y de que ya habia ofrecido una muestra no sin agrado recibida. Este fué la publicacion de sus doce novelas ejemplares, á que luégo se ha agregado la *Tia fingida*. Dedicólas al conde de Lemos, su protector, y en su prólogo estampa las siguientes frases, ya citadas en esta biografía, de que, «pues él tuvo osadía para dirigirle estas novelas, algun misterio tienen escondido que las levanta.» Como esto, segun ya dije, no puede referirse al arte ni á los personajes de ellas, que no son ni entran en la categoría ó significacion de la palabra misterio, parece que debemos entender esta expresion, como indicativa de algo histórico y personal en algunas de ellas, cual *La Gitanilla*, *El Amante Liberal*, *El Licenciado Vidriera*, y *El Coloquio de los Perros*.

No es de este lugar un juicio detallado de estas preciosas joyas de nuestra literatura, de que se confiesa Cervantes primer autor en España. Mi objeto es escribir su vida y dar á conocer más al hombre que al novelista, y su carácter moral más que su ingenio. Aunque así no fuese, los límites concedidos no permiten entrar á fondo en la materia. Mas, con todo eso, algo he de decir con respecto á esta coleccion, elogiada hasta por sus mismos enemigos literarios. Y el primer punto importante es hacerme cargo de la negativa dada hoy por algunos críticos á la asercion de Cervantes de haber sido él en España el primero que habia novelado en nuestra lengua. Citan con este motivo varias obras anteriores á la época de esta coleccion que indudablemente llamamos con el nombre de novelas; pero como no es creible que Cervantes fuese á engalanarse con un mérito ó un título tan fácil de poner en duda ó venir á tierra, al paso que muchas de esas obras las conocia, preciso es deducir, ó que las tales producciones no eran llamadas novelas propiamente en aquella época, ó que los pequeños poemas de nuestro autor eran los que reunian las verdaderas condiciones y requisitos para llamarse así. En mi entender, Cervantes fué el introductor en España de esos argumentos breves, ya dramáticos, ya cómicos, que con el nombre de *novelle* se conocian en Italia, y que distan tanto de los cuentos ó patrañas de Timoneda como de la *Celestina* ó el *Lazarillo de Tormes*.

Para dar una idea breve y general de este ramillete de flores, conviene dividir las novelas en dramáticas, como *El Curioso impertinente* y *La Española inglesa;* en satírico-didácticas, como el *Coloquio de los Perros* y *El Licenciado Vidriera;* en cómicas, como *La Ilustre fregona* y *El Casamiento engañoso;* en románticas, como *el Amante liberal, la Señora Cornelia, la Fuerza de la sangre* y *las Dos doncellas*, y en satírico-descriptivas cual *Rinconete y Cortadillo, la Tia fingida* y *la Gitanilla*.

Cada cual en su género es una obra maestra y un modelo mientras haya novelistas en el mundo, y los que más fama entre ellos han alcanzado son los que más se ciñeron á su estilo y manera de invencion y desarrollo sobrio del argumento. Aun se está por hacer un análisis crítico de sus bellezas como corresponde al mérito del escritor, de quien el coloso de los románticos españoles, el gran Calderon de la Barca, hizo en dos plumadas el mayor elogio, poniendo en boca de uno de los personajes de sus dramas:

Es mi amor tan *novelero*
Que me lo pintó Cervantes.

Siguió á las novelas *El Viaje del Parnaso,* dedicado al jóven don Rodrigo de Tapia, nombre conocido sólo por este obsequio del autor, quien, sin duda como obra de circunstancias, no creyó conveniente dedicarla al Conde, y á esta sátira en verso sucedió otra coleccion de trabajos arrinconados, y no destinados tal vez á la estampa, á no ser porque contenian materiales auto-biográficos, como en efecto así se ve en algunas de sus comedias y en el entremés de *La Guarda Cuidadosa.* No se dejó esperar mucho la segunda parte del QUIJOTE, acelerada desde que salió en Tarragona el espúreo caballero andante, á quien encaja bien el nombre de Quijano *el Malo* para distinguirlo del Quijano *el Bueno* ideado y hecho carne por nuestro superior ingenio. No vivia Cervantes hasta quitar las náuseas que en el público debió causar tan mal pergeñada novela, en lo que toca al arte y á la moral, pues nadie le puede quitar que en gracia grosera y de mal gusto dé muestras el autor de ser más que mediano maestro, y por eso Sancho es un verdadero histrion soez, miéntras que Don Quijote es una verdadera lástima y nulidad.

Fortuna fué que la censura ó licencia para imprimir esta segunda parte recayese en el licenciado Francisco Marquez de Torres, capellan de pajes del cardenal arzobispo de Toledo, don Bernardo Sandoval y Rojas. Este buen sacerdote era amigo de Cervantes y tal vez por su conducto llegó el cardenal á dispensarle la proteccion á que luégo se mostró nuestro escritor tan agradecido. Pero el favor más singular que le hizo, fué intercalar en su aprobacion el relato de lo que le habia pasado con unos caballeros franceses, al ir con el arzobispo á pagar la visita de etiqueta al duque de Mayenne, ó de Umena, como en España fué llamado, embajador extraordinario de Francia para el asunto de los casamientos reales. De esta visita y del deseo expresado por los agregados á la embajada de conocer á un hombre de tan extraordinario genio, debió venir el conocimiento con el mismo embajador, y esta es como una clave que nos da la confirmacion de otra anécdota relativa á que Cervantes tuvo una conferencia con un embajador frances, cuyo asunto fué el QUIJOTE y la extension y trascendencia de su propósito, de todo lo cual he tratado más largamente en un trabajo intitulado: «Cervantes y la Embajada francesa en Madrid,» inserto en 1878, en *La Revista Contemporánea,* á que me remito, por no ser posible embeber aquí el asunto en corto espacio. Con todo, no dejaré de decir, por vía de argumento nuevo, que el proceder de la Inquisicion tildando la frase de la Duquesa sobre que «las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada,» justifican la respuesta de Cervantes de que el temor al Santo Oficio contuvo su pluma, pues de las veces, pocas, que expresó sus ideas directamente y sin el velo ó baluarte del simbolismo, dentro del cual podia por su ingenio desafiar á todos los Oficios Santos y *non-sanctos,* en una vino á encallar en los bajos de la Inquisicion.

Con razon se gloriaba y con justicia podia traspasar nuestro escritor los límites de la modestia, colgando en la espetera la pluma con que escribió la peregrinacion de un hombre honrado bajo la figura de un caballero á quien trastorna el juicio su amor á la verdad, á la hermosura y á las grandes empresas. Cuantos en España y en el extranjero, ántes y ahora trataron de explotar este mismo argumento, no hicieron más que alargar la distancia y elevar á su inventor más y más en la comparacion con los demas ingenios.

Hácia esta época entró nuestro escritor en la congregacion del oratorio de la calle del Olivar, de que era miembro el primado de Toledo, y al cual concurrian muchos escritores distinguidos como Espinel, Quevedo, Valdivieso, Lope, Barbadillo, Castillo y Sotomayor, Silveira, Carducho, Solórzano y el príncipe de Esquilache. No existiendo los puntos de reunion que hoy se conocen con el nombre de cafés, casinos, ó círculos, los locutorios de conventos, sacristías y estos oratorios eran los lugares donde se frecuen-

taban los amigos y especialmente los poetas, y de esto da testimonio la única anécdota que poseemos acerca de Cervantes, en Madrid, que tiene por escena un edificio dedicado á la religion.

Dicha anécdota no deja de ser curiosa y digna de un lugar en esta biografía, porque muestra su genio desenfadado con respecto á ciertos asuntos y personajes, y á continuacion la transcribo de la biografía de fray Miguel de los Santos.

«El beato fray Juan Bautista de la Concepcion llevó una tarde al beaterio de la calle del Meson de Paredes á fray Miguel de los Santos, que hacia poco habia venido de Pamplona al convento de la Encarnacion, situado en la calle del Fúcar. En el beaterio de la calle del Meson de Paredes, estaban una hija natural de Cervantes y otra hija de Lope de Vega. Los dos grandes ingenios habian ido juntos á ver á sus hijas y estaban allí cuando llegaron fray Juan Bautista y fray Miguel. Tambien estaba en el beaterio la amiga de Cervantes, que despues que se separó de éste se habia recluido con su hija.

»Reunidos beatas, poetas y frailes en el locutorio, Cervantes recordó á fray Juan Bautista, que en Madrid habia sido ahorcado un fraile de los mismos nombres que el jóven novicio presentado en aquella reunion por fray Juan Bautista. Cervantes aludia al agustino llamado fray Miguel de los Santos, que, complicado en la causa del pastelero de Madrigal, fué degradado en la parroquia de San Martin y ahorcado en la plaza Mayor. Cervantes añadió, dirigiéndose á fray Miguel, «que no imitara en travesuras á su homónimo. —Tampoco debeis imitar en las suyas al Sr. Miguel de Cervantes, dijo Lope de Vega, mirando á la hija y á la antigua amiga del manco de Lepanto.»

Esta anécdota tiene á más del sabor del tiempo, el del carácter de los interlocutores. La observacion de Cervantes es como suya, aludiendo á la mezcla del clero en la política. La de Lope, injusta, pues sabemos que en punto de galanteos tenia el tejado de vidrio. Ademas nos sirve de punto de comparacion para juzgar qué grado de importancia hemos de asignar á la entrada de Cervantes en el oratorio. Es de suponer que la moda, la necesidad de trato y los compromisos de amigos hacian entrar en dichas congregaciones á personas que como hoy en los Ateneos formaban sus *izquierdas* y *derechas*.

No deja de llamar la atencion la insistencia con que algunos escritores modernos tratan de este paso de Cervantes, presentándole como una prueba de sus sentimientos de piedad y su carácter devoto y religioso, en lo cual se echa de ver su aficion á las formas y exterioridades. Si se quiere decir que Cervantes era un corazon verdaderamente cristiano y bien nacido, no hay para qué apelar á este hecho, que despues de todo no prueba nada, porque en su tiempo habria, como en los nuestros hay, muchos fariseos y descreidos, que figuran de mayordomos, diputados y hermanos de infinitas hermandades, cofradías y archicofradías religiosas, sin que esto les haga mejores, sino tal vez peores. La cristiandad de Cervantes hay que buscarla, y se la encuentra en su amor al sacrificio, á la abnegacion y al bien, en provecho de sus semejantes, y no de una manera cómoda y fácil, sino con perjuicio de sí mismo y exposicion de su vida.

Del *Pérsiles* habia hecho promesa Cervantes al conde de Lemos, en la dedicatoria de su segunda parte del Quijote escrita en 31 de octubre de 1615, donde dice que pronto estaria en disposicion de besarle las manos, y en el prólogo de la misma promete al público esta obra «que ya estaba acabando,» y la segunda parte de la *Galatea*. Cumplió en lo respectivo á la primera promesa, aunque su salud á esta época se hallaba por extremo quebrantada. El prólogo parece escrito seis y la dedicatoria cuatro dias ántes de su fallecimiento. Y con todo eso y su mal de hidropesía no dejaba su vida inquieta, pues nos dice en su prefacio que acababa de llegar de un viaje á Esquivias, corto sin duda, toda vez que el dia 2 de abril se hallaba en Madrid, en la que llamó lóbrega posada de la calle de Francos, donde la luz de su inteligencia, como los brillantes en la lobreguez, parece que daba más resplandores.

En los trabajos de Periandro y Auristela bajo otra alegoría parece como que representa la marcha de

la humanidad desde la barbarie y la ignorancia en busca de un norte y centro en que pueda reposar, pasando al traves de extraños acontecimientos, peligros, y movimientos desordenados de las pasiones. Principia entre bárbaros y en la oscuridad de una cueva, y en la larga peregrinacion de estos dos séres de nombres simbólicos, como lo son *Peri-andro,* sér humano que gira, y *Auri-stella,* estrella de oro, que son amantes y parecen hermanos, ó más bien, la doncella y el doncel forman un sér solo, se introducen diversidad de caracteres en personajes de todas las naciones, así como diversidad de vicios y virtudes, amores y apetitos, sin más máquina ni resorte de lo maravilloso que lo extraordinario de los humanos sucesos, cual si quisiera darnos á entender que la verdad es más maravillosa que la ficcion. Por otro lado, esa larga peregrinacion tiene el objeto de instruir á Periandro ó es la humanidad que se ilustra en el curso de su existencia. Auristela llama á Pérsiles *andante peregrino,* y en otro lugar dice Periandro: «hagámonos piratas, no codiciosos como son los demas, sino *justicieros, como lo somos nosotros,*» y más adelante dice, respondiendo al rey de los damaos: «Señor, á los que aquí venimos, no nos puso la necesidad las armas en las manos..... buscando vamos ladrones, á castigar vamos salteadores y á destruir piratas,» lenguaje que no parece sino de un Quijote ó de algun Roque Guinart comunista, especialmente cuando en otro lugar de la narracion de sus aventuras, se lee: «dos meses anduvimos por el mar, sin que nos sucediese cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos de más de sesenta navíos de cosarios, que por serlo verdaderos adjudicamos sus robos á nuestro navío y le llenamos de innumerables despojos, con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaban sino lo robado.»

No se puede decir que Cervantes escribiese esto sin razon bastante, pues en su época no sólo las personas eran objeto de la rapiña y el robo, y como él habia sido apresado en el mar, parece natural que inventase una especie de libertador y azote que limpiase de malandrines la superficie de las aguas como Don Quijote, queria limpiar la haz de la tierra. Si el *Pérsiles* hubiese sido tan popular y leido como el QUIJOTE, es posible que hubiese críticos que achacasen á Cervantes el ser responsable de esos ladrones famosos que ha habido en nuestra España, del tipo de Diego Corrientes, ó lo que es lo mismo, *ladrones justicieros,* que viendo las grandes injusticias sociales en punto á reparticion de bienes de fortuna, se dieron á repartirla de un modo más equitativo, quitando á unos lo robado y lo sobrante, para darlo á los honrados y menesterosos. El motivo que impulsaba á Periandro no era de otro género que el que movia á nuestros bandidos. La diferencia es pura forma; en un caso se arma una nave y se peregrina por la mar acometiendo á corsarios; en otro se arma una partida y se peregrina por sierras y despoblados acometiendo á pasajeros.

Bajo algunos puntos de vista, el *Pérsiles* demuestra más sabiduría y esfuerzo que el QUIJOTE, y desde luégo, si no más originalidad en la invencion, una facultad inventiva más fértil é inagotable. Contiene el *Pérsiles* más conceptos religiosos, filosóficos, morales y sociales que el QUIJOTE, y mucha más riqueza de episodios ó historias trágico-amorosas; pero le falta el arte superior, la estructura bella y el pensamiento elevado que forma la excelencia del QUIJOTE. Al intentar Cervantes escribir este poema, hubo la feliz conjuncion del sentimiento y el entendimiento que brota raudales de bellezas para el recreo y torrentes de ideas para la contemplacion.

Todos los argumentos son materia de que el genio forma sus creaciones; pero en ellos, como en las piedras, sólo hay para cada genio un Horeb, donde, segun la bella expresion de un escritor moderno, el divino espíritu le acompaña y toca la superficie, y brota un raudal *ut bibat populus.*

No falta quien opine, que esta novela fué escrita por Cervantes en su juventud, puesto que tal género venia mejor en el último tercio del siglo XVI que en el primero del XVII, aunque argumento más sólido

me parece la circunstancia de que no se encuentre en esta obra ese punto de vista cómico sobre las adversidades y golpes caprichosos de la fortuna que forman el distintivo de la experiencia y filosofía del autor. Sucesos se refieren en ella que tuvieron lugar entrado ya el siglo XVII; pero esto pudiera explicarse por adiciones posteriores. Siempre queda el hecho de aparecer Cervantes en esta obra como poseedor de un espíritu tranquilo que piensa en un lugar aislado y como si no hubiese tenido en el mundo una costosa experiencia y grandes luchas. El movimiento, los contrastes, las batallas tienen lugar entre los personajes, á quienes el autor pinta como si fuese ajeno á esos achaques de la vida. Falta el elemento personal que tan gran colorido da á las demás obras que nos legó su pluma; faltan la indirecta aguda, el dardo finísimo, la alusion directa, que tanto color prestan á sus producciones; y sobre todo, hay en el *Pérsiles* trozos que parecen ensayos del estilo de Sancho, y como tales tienen su valor; miéntras que serian pruebas de decadencia, si les considerásemos posteriores á los felices ejemplos dados en el QUIJOTE. Cierto es que en el prólogo da un adios á las gracias y á las burlas; pero tambien lo es que un ánimo regocijado como el genio y figura, llega hasta los umbrales de la muerte. Todo conspira á creer que en los últimos años de su vida Cervantes no tuvo la tranquilidad ni la comodidad para escribir las obras que refiere á este período, exceptuando el *Viaje del Parnaso*, y tal vez esta circunstancia contribuyó á que se extendiese á mayores elogios sobre la bondad de esta novela.

Esto no obstante, el *Pérsiles* no ha sido aún objeto de una crítica detenida, y creo que si este exámen se hace, se hallará al autor no muy distante de la verdad cuando tanto estima esta su obra. Es de advertir, de pasada, que siendo los prólogos de Cervantes, á excepcion del de *Galatea*, sarcásticos, cómicos, misteriosos y llenos de ironía, el del *Pérsiles*, consideradas sus cortas dimensiones, es más misterioso que ninguno y parece no estar escrito con ironía, sino con *socarro-ironía*, cosa muy extraña en una obra seria al parecer, á lo ménos, de esa seriedad particular de Cervantes, que lleva bajo la corteza al mismo dios de la risa, cuando trata de ciertas materias. Pero no es esta la ocasion para entrar en ese exámen al por menor, que aparecerá en tiempo oportuno.

Y nada me lo parece más, para concluir el presente trabajo, que reproducir las líneas que consagré á los últimos momentos de nuestro escritor en mi *Historia crítica* de su vida, donde decia: «Cumplido esto en lo que tocaba á su obligacion para con las letras y su patrono, y hecho lo que como á esposo, padre y cristiano convenia, dió término su peregrinacion en esta vida, el sábado 23 de abril de dicho año de 1616, áun no cumplidos los sesenta y nueve de su edad, y fué enterrado en el convento de las monjas trinitarias, segun su deseo expresado en su testamento, donde dejaba por albaceas á su esposa y al licenciado Francisco Nuñez, que habitaba en la misma casa.

»Muchos biógrafos y escritores lamentan que su funeral fuese pobre y oscuro y que ninguna lápida ó inscripcion haya conservado la memoria del lugar en que yace; mas como quiera que estos honores se han repartido siempre con suma desigualdad, y las verdaderas exequias y honras de los hombres de valer se tributan por la posteridad y acrecen con el trascurso del tiempo, no hay para qué lamentar semejante ausencia de testimonios. Más es de sentir, y las generaciones venideras no podrán ménos de lanzar un severo cargo á sus albaceas, que éstos no hubiesen recogido y procurado dar á la estampa las obras que en manuscrito dejó Cervantes, algunas de las cuales debieron estar poco ménos que concluidas, como son, segunda parte de *Galatea*, el *Bernardo*, las *Semanas del Jardin* y la comedia *El engaño á los ojos*. Apénas puede imaginar el humano discurso, que la esposa de un escritor de tal valía mirase con indiferencia un caudal que en estimacion excede á todas las riquezas dejadas por un opulento, hasta el punto de no volverse á hablar ni saberse á dónde fueron á parar estos tesoros, que tales debian ser, como obras escritas en la madurez de su entendimiento, no vacilando yo en calificar esta pérdida como

la mayor desgracia que avino á nuestro escritor tan versado en desventuras. No podemos, sin embargo, acusar sin reserva en este punto á los que tomaron á cargo la corta hacienda de Cervantes, pues siendo tantos sus envidiosos y enemigos, posible es que si doña Catalina ó el Licenciado las dieron á alguno que las concluyese ó dispusiese para la estampa, ó á algun impresor que las leyese con el objeto de comprarlas, interviniese la mala fe de algun malsin para hacerlas desaparecer ó destruirlas. Todo es posible y no han faltado ejemplares de estos crímenes tan imperdonables como impunes.

»Esto es lo lamentable y no el dejar de poseer sus cenizas, pues acomodando á su muerte las frases con que pinta la de su héroe, bien podemos decir: «dió su espíritu á la humanidad y el cuerpo á la tierra,» y por esto segun la bella expresion de Grilo:

«Miéntras más se busca al muerto,
La tierra le esconde más,»

al reves que su espíritu, que miéntras más se busca, más se pone de manifiesto en el estudio de sus obras. Dejemos en paz su cuerpo, y gloriémonos con poseer su espíritu, cada dia más vivo, más glorioso, más triunfante, guiándonos con su ejemplo á esperar la luz tras las tinieblas en medio de las batallas contra el mal, el vicio y los errores.»

FIN DE LA VIDA DE CERVANTES

AL DUQUE DE BÉJAR,

Marqués de Gibraleon, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz el INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA *al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos; que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.*

Miguel de Cervantes Saavedra.

PRÓLOGO

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer, que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza; que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitacion [1]? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna; y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas; ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte, casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres; porque ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice: que debajo de mi manto al rey mato (todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion), y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la inumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse; porque te sé decir que, aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo.

Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiria; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa; y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de Don Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni ménos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero.

«Porque ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que, al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años acuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elegantes? Pues ¿qué cuando citan la divina Escritura? No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oille ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el márgen, ni qué anotar en el fin, ni ménos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zéuxis, aunque fué maldiciente el uno, y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo ménos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos; aunque, si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

»En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores, que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido.»

Oyendo lo cual, mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando con una carga de risa, me dijo: «Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que há que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones; pero ahora veo que estais tan léjos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

»¡Cómo! ¿que es posible que cosas de tan poco momento, y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y vereis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decis que os suspenden y acobardan, para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante.

—Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia: ¿de qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el cáos de mi confusion?»

A lo cual él dijo: «Lo primero en que reparais, de los sonetos, epigramas ó elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar con que vos mesmo tomeis algun trabajo en hacerlos; y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste-Juan de las Indias, ó al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

»En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos

que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo ménos, que os cueste poco trabajo el buscallos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro;

y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dijo.

»Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

...Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

»Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina (que lo podeis hacer con tantico de curiosidad), y decir las palabras, por lo ménos, del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.*

»Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Caton, que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

»Y con estos latinicos, y otros tales, os tendrán siquiera por gramático; que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy.

»En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombrais algun gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golías; y con sólo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner: *El gigante Golías ó Goliat fué un filisteo, á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes...* en el capítulo que vos halláredes que se escribe.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo cómo en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereisos luego con otra famosa anotacion, poniendo: *El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en* tal lugar, *y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro,* etc.

Si tratáredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de coro; si de mujeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará á Medea; si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe; si de capitanes valerosos, el mesmo Julio César os prestará á sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandros.

»Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, toparéis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas; y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca. *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia.

»En resolucion, no hay más sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto á tal de llenaros las márgenes, y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

»Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decis. Pues ese mismo abecedario pondréis

vos en vuestro libro; que, puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y cuando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro; y más, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello: cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decis que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron, ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento; sólo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo; que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oracion y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad tambien que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.»

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia; y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este Prólogo, en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinion, por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, á mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. *Vale*[2].

ELOGIOS

AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA, URGANDA LA DESCONOCIDA

Si de llegarte á los bue- ,
Libro, fueres con letu- ,
No te dirá el boquiru-
Que no pones bien los de- ;
Mas si el pan no se te cue-
Por ir á manos de idio- ,
Verás, de manos á bo- ,
Áun no dar una en el cla- ;
Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio- ,

Y pues la experiencia ense-
Que el que á buen árbol se arri- ,
Buena sombra le cobi- ,
En Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
Que da príncipes por fru- ,
En el cual florece un Du-
Que es nuevo Alejandro Ma- .
Llega á su sombra; que á osa-
Favorece la fortu- .

De un noble hidalgo manche-
Contarás las aventu- ,
A quien ociosas letu-
Trastornaron la cabe- :
Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo- ,
Que, cual Orlando furio- ,
Templado á lo enamora- ,
Alcanzó á fuerza de bra-
A Dulcinea del Tobo- .

No indiscretos hieroglí-
Estampes en el escu- ;
Que, cuando es todo figu- ,
Con ruines puntos se envi- .
Si en la direccion te humi- ,
No dirá mofante algu- :
«¡Qué don Alvaro de Lu- ,
Qué Aníbal el de Carta- ,
Qué Rey Francisco en Espa-
Se queja de la fortu- !»

Pues al cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan Lati- ,
Hablar latines rehu- .
No me despuntes de agu- ,
Ni me alegues con filó- ;
Porque, torciendo la bo- ,
Dirá el que entiende la le- ,
No un palmo de las ore- :
«¿Para qué conmigo flo-?»

No te metas en dibu- ,
Ni en saber vidas aje- ;
Que en lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu- ;
Que suelen en caperu-
Darles á los que grace- ;
Mas tú quémate las ce-
Sólo en cobrar buena fa- :
Que el que imprime neceda-
Dalas á censo perpe- .

Advierte que es desati- ,
Siendo de vidrio el teja- ,
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci- .
Deja que el hombre de jui- ,
En las obras que compo- ,
Se vaya con piés de plo- ;
Que el que saca á luz pape-
Para entretener donce-
Escribe á tontas y á lo- .

AMADIS DE GAULA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Tú, que imitaste la llorosa vida
Que tuve, ausente y desdeñado, sobre
El gran ribazo de la Peña Pobre,
De alegre á penitencia reducida;
Tú, á quien los ojos dieron la bebida
De abundante licor, aunque salobre;
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida;
Vive seguro de que eternamente
(En tanto al ménos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo)
Tendrás claro renombre de valiente;
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

DON BELIANÍS DE GRECIA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice
Más que en el orbe caballero andante;
Fuí diestro, fuí valiente y arrogante;
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas dí á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve á mis piés postrada la fortuna,
Y trajo del copete mi cordura
A la calva ocasion al estricote.
Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO

Soneto

¡Oh quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por más comodidad y más reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara su Lóndres con tu aldea!
¡Oh quién de tus deseos y librea
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡Oh quién tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tú hiciste
Del comedido hidalgo Don Quijote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN, ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA, Á SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE

Soneto

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada ó la hoz poco repuna
Al andante ejercicio; ya está en uso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez ¡oh Sancho! tan buen hombre,
Que sólo á tí nuestro español Ovidio
Con buzcorona te hace reverencia.

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO, Á SANCHO PANZA Y ROCINANTE

Á SANCHO

Soy Sancho Panza, escude-
Del manchego Don Quijo- :
Puse piés en polvoro-
Por vivir á lo discre- ;
Que el tácito Villadie-
Toda su razon de esta-
Cifró en una retira- ,
Segun siente Celesti- ,
Libro en mi opinion divi- ,
Si encubriera más lo huma- .

Á ROCINANTE

Soy Rocinante el famo- ;
Bisnieto del gran Babie- :
Por pecados de flaque-
Fuí á poder de un Don Quijo- .
Parejas corrí á lo flo- ;
Mas por uña de caba-
No se me escapó ceba- ;
Que esto saqué á Lazari- ,
Cuando, para hurtar el vi-
Al ciego, le ví la pa- .

ORLANDO FURIOSO Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Si no eres par, tampoco le has tenido;
Que par pudieras ser entre mil pares;
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamás vencido.
Orlando soy, Quijote, que, perdido
Por Angélica, vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual; que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que, como yo, perdiste el seso;
Mas serlo has mio, sin que al bravo moro
Y cita fiero domes; que hoy nos llama
Iguales el amar con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

A vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á tanta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el dia.

Imperios desprecié; la monarquía,
Que me ofreció el Oriente rojo en vano,
Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mia.
Améla, por milagro único y raro;
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sábia.

DE SOLISDAN Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Magüer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
Por home de obras viles y soeces.
Serán vuesas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado
Siendo vegadas mil apaleado
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete;
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desman, vueso conhorte sea
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

Soneto

B. ¿Cómo estais, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Andá, Señor, que estáis muy mal criado,
Pues vuestra lengua... de asno al amo ultraja.
R. Asno se es de la cuna á la mortaja.
¿Quereislo ver? Miraldo enamorado.
B. ¿Es necedad amar? *R.* No es gran prudencia.
B. Metafísico estais. *R.* Es que no como.
B. Quejaos del escudero. *R.* No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero ó mayordomo
Son tan rocines como Rocinante [2]?


LEPANTO
Miguel de Cerbantes
Saavedra



CAPÍTULO PRIMERO

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicon las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viérnes, algun palomino de añadidura los domingos, consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los

cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de *Quijada* ó *Quesada* (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba *Quijano*. Pero esto importa poco á nuestro cuento; basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad [1]. Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y áun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecian de perlas; y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de amoríos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi »razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.» Y tambien cuando leia: «Los altos cielos, que de vuestra divinidad divinamente »con las estrellas os fortifican, os hacen merecedora del merecimiento que »merece la vuestra grandeza.»

Con estas razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recebia, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaria de tener el rostro, y todo el cuerpo, lleno de cicatrices y señales; pero con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura: y muchas veces le

[1] Véanse las notas al fin del tomo.

vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin, al pié de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y áun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.

Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Ingalaterra ó Amadis de Gaula; mas Maese Nicolas, barbero del mesmo pueblo, decia que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo; que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolucion, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera, que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia más cierta en el mundo. Decia él que el Cid Ruí Díaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un reves habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó á Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reináldos de Montalban, y más cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia, y áun á su sobrina de añadidura [2].

En efeto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamas dió loco en el mundo, y fué, que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado, por el valor de su brazo, por lo ménos del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa á poner en efeto lo que deseaba; y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habian sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion, hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana. Y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos; y por asegurarse deste peligro, la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza; y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje[3]. Fué luego á ver á su rocin; y aunque tenia más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban.

Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria; porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera que declarase quién habia sido ántes que fuese de



Y LO PRIMERO QUE HIZO FUÉ LIMPIAR UNAS ARMAS TOMADAS DE ORIN

caballero andante, y lo que era entónces; pues estaba muy puesto en razon que, mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva Orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre á su parecer alto, sonoro, y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin, ántes de lo que ahora era, que era ántes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo; y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar DON QUIJOTE: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores de tan verdadera historia que sin duda se debia de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no se habia contentado con sólo llamarse *Amadis* á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó *Amadis de Gaula*, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con que, á su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias, pues, sus armas, hecho el morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma.

Decíase él: «Si yo, por malos de mis pecados ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que éntre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde, rendido: «¡Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de

mí á su talante!» ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar, no cerca del suyo, habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, segun se entiende, ella jamas lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla DULCINEA DEL TOBOSO, porque era natural del Toboso: nombre, á su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demas que á él y á sus cosas habia puesto [4].





CAPÍTULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo á poner en efeto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo por su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intencion y sin que nadie le viese, una mañana, ántes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio), se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apénas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fué, que

le vino á la memoria que no era armado caballero, y que, conforme á ley de caballería, ni podia ni debia tomar armas con ningun caballero; y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo [1], hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras [2].

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: «¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apénas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apénas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora (que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba), cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.» Y era la verdad que por él caminaba; y añadió diciendo: «¡Dichosa edad, y siglo dichoso aquel, adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras.» Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: «¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me



YENDO, PUES, CAMINANDO NUESTRO FLAMANTE AVENTURERO, IBA HABLANDO CONSIGO MISMO

habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece.»

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje; y con esto, caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fué la del Puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha [3], es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que mirando á todas partes, por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió, no léjos del camino por donde iba, una venta, que fué como si viera una estrella que no á los portales, sino á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia.

Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada; y como á nuestro aventurero todo cuanto pasaba, veia ó imaginaba, le parecia ser hecho y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan [4]. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó más á la puerta de la venta, y vió á las dos distraidas

mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que, sin perdon, así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen; y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida; y así, con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo, se iban á entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, con gentil talante y voz reposada les dijo: «Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca á la Orden de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto más á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.»

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubria; mas, como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quijote vino á correrse y á decirles, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro: «Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante; que el mio non es de ál que de serviros.»

El lenguaje no entendido de las señoras y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y ella en él el enojo; y pasara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico; el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete [5], no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento; mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: «Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia.» Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de

la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta), respondió: «Para mí, señor castellano, cualquier cosa basta, porque *mis arreos son las armas, mi descanso el pelear*, etc.»

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no ménos ladron que Caco, ni ménos maleante que estudiante ó paje; y así, le respondió: «Segun eso, *las camas* de vuestra merced serán *duras peñas*, y *su dormir*, *siempre velar;* y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.» Y diciendo esto, fué á tener del estribo á Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado.

Dijo luego al huésped que tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decia, ni áun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamas supieron ni pudieron desencajarle la gola ni quitarle la contrahecha celada, que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

«Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mio; que, puesto que no quisiera descubrirme fasta

que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepais mi nombre ántes de toda sazon; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.»

Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra; sólo le preguntaron si queria comer alguna cosa.

«Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quijote, porque á lo que entiendo, me haria mucho al caso.»

Á dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela; que no habia otro pescado que darle á comer.

«Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que en una pieza de á ocho; cuanto más que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego; que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.»

Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porcion de mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan muy negro y tan reciente como sus armas. Pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenia puesta la celada, y era alta la babera, no podia poner nada en la boca bien con sus manos, si otro no se lo daba y ponia; y así, una de aquellas señoras servia deste menester; mas al darle de beber, no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recebia en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos; y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don

Quijote que estaba en algun famoso castillo y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo; y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recebir la Orden de caballería.





CAPÍTULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: «No me levantaré jamas de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra, y en pro del género humano.»

El ventero, que vió á su huésped á sus piés y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase; y jamas quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia.

«No esperaba yo ménos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quijote; y así, os digo que el don que os he pedido, y de

vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana, en aquel dia, me habeis de armar caballero; y esta noche, en la capilla deste vuestro castillo, velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado.»

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oirle semejantes razones; y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedia, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia y como su gallarda presencia mostraba, y que él asimismo, en los años de su mocedad, se habia dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compas de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba, y las Ventillas de Toledo [1], y otras diversas partes, donde habia ejercitado la ligereza de sus piés y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, sólo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo. Díjole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo [2]; pero que, en caso de necesidad, él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias, de manera que él

quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traia dineros; respondió Don Quijote que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido.

A esto dijo el ventero que se engañaba; que, puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebian; porque no todas veces en los campos y desiertos, donde se combatian y salian heridos, habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire, en alguna nube, alguna doncella ó enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo (pues áun se lo podia mandar como á su ahijado, que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que veria cuán bien se hallaba con ellas cuando ménos se pensase.

Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda pun-

tualidad; y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba; y recogiéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la noche.

Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura; fuéronselo á mirar desde léjos, y vieron que, con sosegado ademan, unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba; de manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo: «¡Oh tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamas se ciñó espada! mira lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.»

No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud); ántes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: «Acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.» Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan maltrecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque áun estaba aturdido el arriero), llegó otro con la misma intencion de dar agua á sus mulos; y llegando á quitar las armas para

desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió en cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: «¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio! ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo.» Con esto cobró, á su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera el pié atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde léjos á llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas.

El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matase á todos. Tambien Don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recebido la Orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; «pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes; que vosotros vereis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía.»

Decia esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian; y así por esto, como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra Orden de caballería luego, ántes que otra desgracia sucediese; y así, llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole cómo ya le habia dicho que



CON SOSEGADO ADEMAN UNAS VECES SE PASEABA....

en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la Orden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer; y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto más que él habia estado más de cuatro.

Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien, por su respeto, dejaria.

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro, donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y leyendo en su manual, como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas, que ya habian visto, del novel caballero les tenian la risa á raya.

Al ceñirle la espada, dijo la buena señora: «Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.»

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo.

Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese, le serviria y le tendria por señor.

Don Quijote le replicó que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa.

Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada.

Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; á la cual tambien rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir en buen hora [3].





CAPÍTULO IV

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta

La del alba seria cuando Don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped, cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, especialmente la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería [1]. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea; el cual así, conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los piés en el suelo.

No habia andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas, como de

persona que se quejaba; y apénas las hubo oido, cuando dijo: «Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.» Y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian.

Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado á otra un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprension y consejo, porque decia: «La lengua queda y los ojos listos.»

Y el muchacho respondia: «No lo haré otra vez, señor mio; por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato.»

Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: «Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede. Subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua); que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo.»

El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió:

«Señor caballero, este muchacho, que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada dia me falta una; y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo; y en Dios y en mi ánima, que miente.

—¡Miente, delante de mí, ruin villano! dijo Don Quijote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza. Pagadle



LE ESTABA DANDO CON UNA PRETINA MUCHOS AZOTES UN LABRADOR DE BUEN TALLE

luego sin mas réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.»

El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra, desató á su criado, al cual preguntó Don Quijote que cuánto le debia su amo.

Él dijo que nueve meses, á siete reales cada mes.

Hizo la cuenta Don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no queria morir por ello.

Respondió el medroso villano que, por el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y áun no habia jurado nada), que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho estando enfermo.

«Bien está todo eso, replicó Don Quijote; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: así que, por esta parte, no os debe nada.

—El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros; véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

—¡Irme yo con él! dijo el muchacho. Mas ¡mal año! No, señor, ni por pienso; porque en viéndome solo, me desollará como á un san Bartolomé.

—No hará tal, replicó Don Quijote: basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

—Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho; que este mi amo no es caballero, ni ha recebido Orden de caballería alguna; que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar.

—Importa poco eso, respondió Don Quijote; que Haldudos puede haber caballeros: cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras.

—Así es verdad, dijo Andres; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No niego, hermano Andres, respondió el labrador; y hacedme placer de veniros conmigo; que yo juro por todas las Ordenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y áun sahumados.

—Del sahumerio os hago gracia, dijo Don Quijote; dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondais más que una lagartija. Y si quereis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so la pena pronunciada.»

Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos.

Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto el bosque y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres y díjole: «Venid acá, hijo mio; que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado.

—Eso juro yo, dijo Andres; y cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva! que, segun es de valeroso y de buen juez, ¡vive Roque, que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!

—Tambien lo juro yo, dijo el labrador; pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.»

Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto.

«Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios; vereis cómo no desface aqueste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades.» Pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia.

Andres se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas; pero, con todo esto, él se partió llorando, y su amo se quedó riendo.

Y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote, el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz:

«Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ¡oh sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso! pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer rescibió la Orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante [2].»

En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian; y por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya; el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un grande tropel de gente, que, como despues se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran cuatro, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y dos mozos de mulas á pié. Apénas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y por imitar, en todo cuanto á él le parecia posible, los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer; y así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes

llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba); y cuando llegaron á trecho que le pudieron ver y oir, levantó Don Quijote la voz, y con ademan arrogante dijo:

«Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.»

Paráronse los mercaderes al son destas razones y á ver la extraña figura del que las decia, y por la figura y por ellas, luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia; y uno dellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo:

«Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decis: mostrádnosla; que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

—Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ora vengais uno á uno, como pide la Orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo.

—Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida (y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura), que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y áun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana

bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

—No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote, encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decis, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama. Pero vosotros pagareis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora.»

Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader.

Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamas pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: «Non fuyais, gente cobarde, gente cautiva: atended; que no por culpa mia, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.»

Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas; y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera.

Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovia, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines que tal le paraban.

Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando qué contar en todo él del pobre apaleado; el cual, despues que se vió solo, tornó

á probar si podia levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haria molido y casi deshecho! Y áun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo [3].





CAPÍTULO V

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero

Viendo, pues, que, en efeto, no podia menearse acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros; y trújole su locura á la memoria aquel de Baldovínos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y áun creida de los viejos, y con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba; y así, con muestras de grande sentimiento, se comenzó á revolcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido Caballero del Bosque:

¿Dónde estás, señora mia,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

¡Oh noble Marqués de Mantua,
Mi tio y señor carnal!

Y quiso la suerte que, cuando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo (que venia de llevar una carga de trigo al molino), el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él y le preguntó que quién era y qué mal sentia, que tan tristemente se quejaba.

Don Quijote creyó sin duda que aquel era el Marqués de Mantua, su tio, y así, no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta.

El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo; y apénas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: «Señor Quijano (que así se debia de llamar cuando él tenia juicio, y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte?» Pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo, le subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo, bien pensativo de oir los disparates que Don Quijote decia; y no ménos iba Don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase qué mal sentia. Y no parece sino que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Baldovínos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo á su alcaidía; de suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo

estaba y qué sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él habia leido la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades, por donde conoció que su vecino estaba loco; y dábase priesa á llegar al pueblo, por excusar el enfado que Don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de la cual dijo: «Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa, que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, ven ni verán en el mundo.»

Á esto respondió el labrador: «Mire vuestra merced, señor ¡pecador de mí! que yo no soy Don Rodrigo de Narváez ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Baldovínos ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijano.

—Yo sé quién soy, respondió Don Quijote, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y áun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mias.»

En estas pláticas y en otras semejantes [1] llegaron al lugar á la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero.

Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo y en la casa de Don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el Cura y el Barbero del lugar, que eran grandes amigos de Don Quijote; y estaba diciéndoles su ama á voces: «¿Qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Perez (que así se llamaba el Cura), de la desgracia de mi señor! Dos dias há que no parecen él ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender (y así es ello la verdad como nací para morir) que estos malditos libros de caballerías, que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces, hablando entre sí, que queria hacerse

caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el más delicado entendimiento que habia en toda la Mancha.»

La Sobrina decia lo mismo, y áun decia más: «Sepa, señor Maese Nicolas (que este era el nombre del Barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio, decia que era sangre de las feridas que habia recebido en la batalla; y bebíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traido el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran ántes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes [2].

—Esto digo yo tambien, dijo el Cura, y á fe que no se pase el dia de mañana sin que dellos no se haga auto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion, á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.»

Todo esto estaba oyendo el labrador, con que acabó de entender la enfermedad de su vecino; y así, comenzó á decir á voces: «Abran vuestras mercedes al señor Baldovínos y al señor Marqués de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.»

Á estas voces salieron todos; y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que áun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. Él dijo: «Ténganse todos; que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sábia Urganda, que cure y cate de mis feridas.



Y PONIA MANO A LA ESPADA, Y ANDABA A CUCHILLADAS CON LAS PAREDES

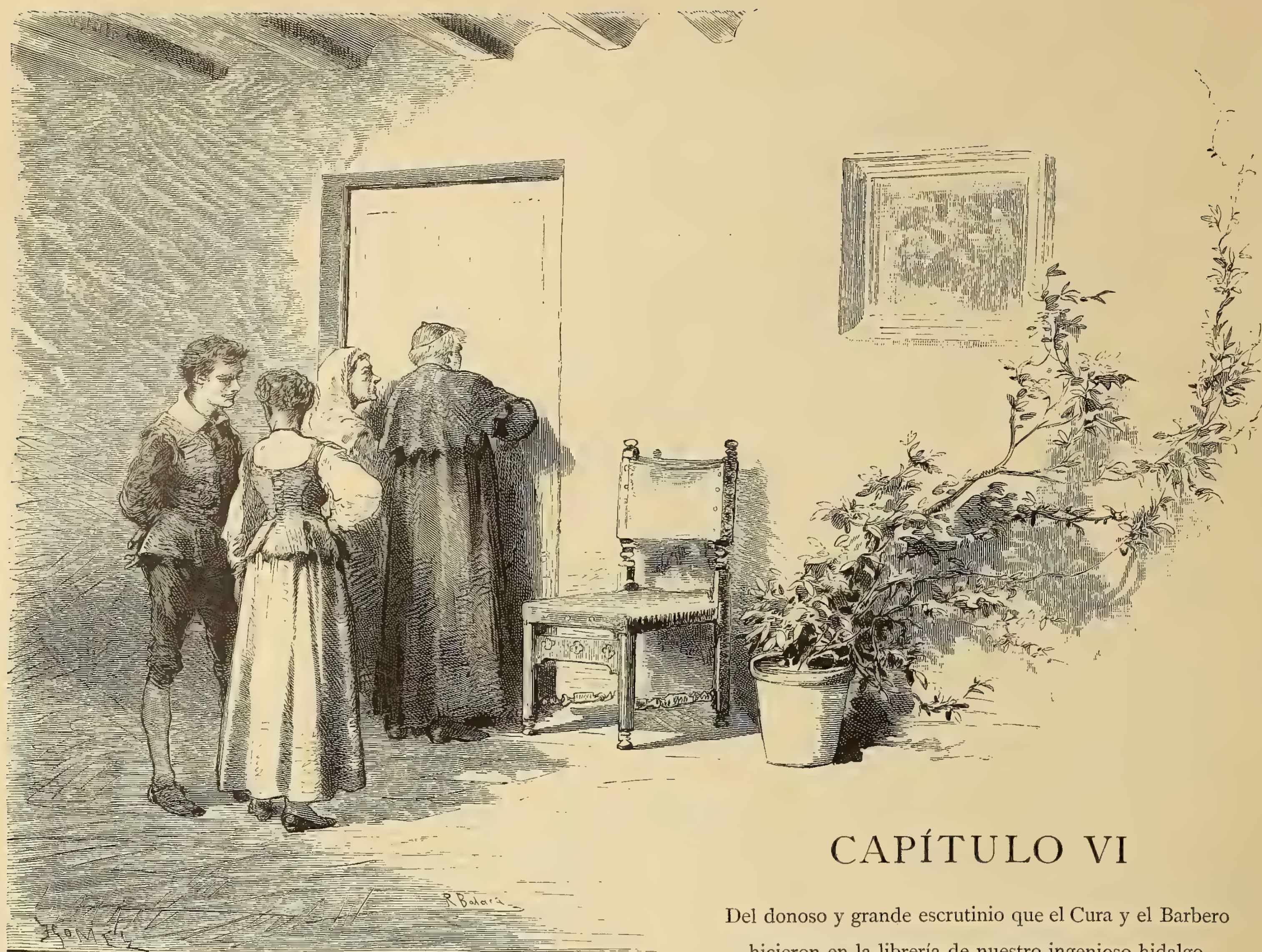
—¡Mirá, en hora mala, dijo á este punto el Ama, si me decia á mí bien mi corazon del pié que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora; que sin que venga esa hurgada le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado á vuestra merced!»

Lleváronle luego á la cama, y catándole las feridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caida con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

«¡Ta, ta! dijo el Cura: ¿jayanes hay en la danza? para mi santiguada, que yo los queme mañana ántes que llegue la noche.»

Hiciéronle á Don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el Cura se informó muy á la larga, del labrador, del modo que habia hallado á Don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner más deseo en el Licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero Maese Nicolas, con el cual se vino á casa de Don Quijote.





CAPÍTULO VI

Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo

El cual áun todavía dormia. Pidió á la Sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la Ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el Ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luégo con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: «Tome vuestra merced, señor Licenciado, rocie este aposento; no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encante, en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo.»

Causó risa al Licenciado la simplicidad del Ama, y mandó al Barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.



MAS EL CURA NO VINO EN ELLO SIN PRIMERO LEER SIQUIERA LOS TITULOS

«No, dijo la Sobrina; no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.»

Lo mismo dijo el Ama: tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes [1]; mas el Cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolas le dió en las manos fué los cuatro de *Amadis de Gaula*, y dijo el Cura: «Parece cosa de misterio esta; porque, segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y orígen deste; y así, me parece que, como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.

—No, señor, dijo el Barbero; que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que deste género se han compuesto; y así, como á único en su arte, se debe perdonar.

—Así es verdad, dijo el Cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora [2]. Veamos esotro que está junto á él.

—Es, dijo el Barbero, *Las sergas de Esplandian* [3], hijo legítimo de Amadis de Gaula.

—Pues en verdad, dijo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora Ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer.»

Hízolo así el Ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

«Adelante, dijo el Cura.

—Este que viene, dijo el Barbero, es *Amadis de Grecia*, y áun todos los deste lado, á lo que creo, son del mesmo linaje de Amadis.

—Pues vayan todos al corral, dijo el Cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De ese parecer soy yo, dijo el Barbero.

—Y áun yo, añadió la Sobrina.

—Pues así es, dijo el Ama, vengan, y al corral con ellos.»

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

«¿Quién es ese tonel? dijo el Cura.

—Este es, respondió el Barbero, *Don Olivante de Laura.*

—El autor dese libro, dijo el Cura, fué el mesmo que compuso á *Jardin de flores;* y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, ó por decir mejor, ménos mentiroso; sólo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante.

—Este que se sigue es *Florismarte de Hircania,* dijo el Barbero.

—¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el Cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras; que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él y con esotro, señora Ama.

—Que me place, señor mio,» respondia ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

«Este es *El Caballero Platir,* dijo el Barbero.

—Antiguo libro es ese, dijo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca vénia: acompañe á los demas sin réplica;» y así fué hecho.

Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título: *El Caballero de la Cruz.*

«Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir: tras la cruz está el diablo; vaya al fuego.»

Tomando el Barbero otro libro, dijo:

«Este es *Espejo de caballerías.*

—Ya conozco á su merced, dijo el Cura; ahí anda el señor Reináldos de Montalban, con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpétuo, siquiera porque tienen parte de

la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y veo que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

—Pues yo le tengo en italiano, dijo el Barbero; mas no le entiendo.

—Ni áun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el Cura; y aquí le perdonáramos al señor capitan que no le hubiera traido á España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor; y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua; que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando á un *Bernardo del Carpio*, que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles;* que estos, en llegando á mis manos, han de estar en las del Ama, y dellas en las del fuego, sin remision alguna.»

Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Ingalaterra;* lo cual visto por el Licenciado, dijo:

«Esa Oliva se haga luego rajas y se queme, que áun no queden della las cenizas; y esa Palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal [4]. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolas, que éste y

Amadis de Gaula queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer más cala y cata, perezcan.

—No, señor compadre, replicó el Barbero; que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianis.*

—Pues ese, replicó el Cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino; y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia; y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa; mas no los dejeis leer á ninguno.

—Que me place, respondió el Barbero.»

Y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al Ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral.

No se dijo á manca ni á sorda, sino á quien tenia más gana de quemallos que de echar una tela, por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana.

Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los piés del Barbero, y le tomó gana de ver de quién era, y vió que decia: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.*

«¡Válame Dios! dijo el Cura, dando una gran voz: ¿qué aquí está Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre; que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Kirieleison de Montalban, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalban y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, el escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento ántes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo ciertas necedades sino de industria, que le

echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevadle á casa [5] y leedle, y vereis que es verdad cuanto dél os he dicho.

—Así será, respondió el Barbero; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

—Estos, dijo el Cura, no deben de ser de caballerías, sino de poesía;» y abriendo uno, vió que era la *Diana*, de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mismo género): «Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.

—¡Ay, señor! dijo la Sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas, porque no seria mucho que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor, hacerse poeta, que, segun dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella, dijo el Cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion de delante. Y pues comenzamos por la *Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sábia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.

—Éste que se sigue, dijo el Barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino;* y éste, otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

—Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mesmo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa; que se va haciendo tarde.

—Este libro es, dijo el Barbero, abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por *Antonio de Lofrasso*, poeta sardo.

—Por las Órdenes que recibí, dijo el Cura, que desde que Apolo fué

Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leido puede hacer cuenta que no ha leido jamas cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de Florencia.»

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió diciendo: «Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos*.

—Pues no hay más que hacer, dijo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del Ama, y no se me pregunte el por qué; que seria nunca acabar.

—Este que viene es *El Pastor de Fílida*.

—No es ése pastor, dijo el Cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

—Este grande que aquí viene se intitula, dijo el Barbero, *Tesoro de várias poesías*.

—Como ellas no fueran tantas, dijo el Cura, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

—Este es, siguió el Barbero, *El Cancionero*, de Lopez Maldonado.

—Tambien el autor de ese libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto á él?

—*La Galatea*, de MIGUEL DE CERVÁNTES, dijo el Barbero.

—Muchos años há que es grande amigo mio ese CERVÁNTES, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion; propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte, que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia

que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

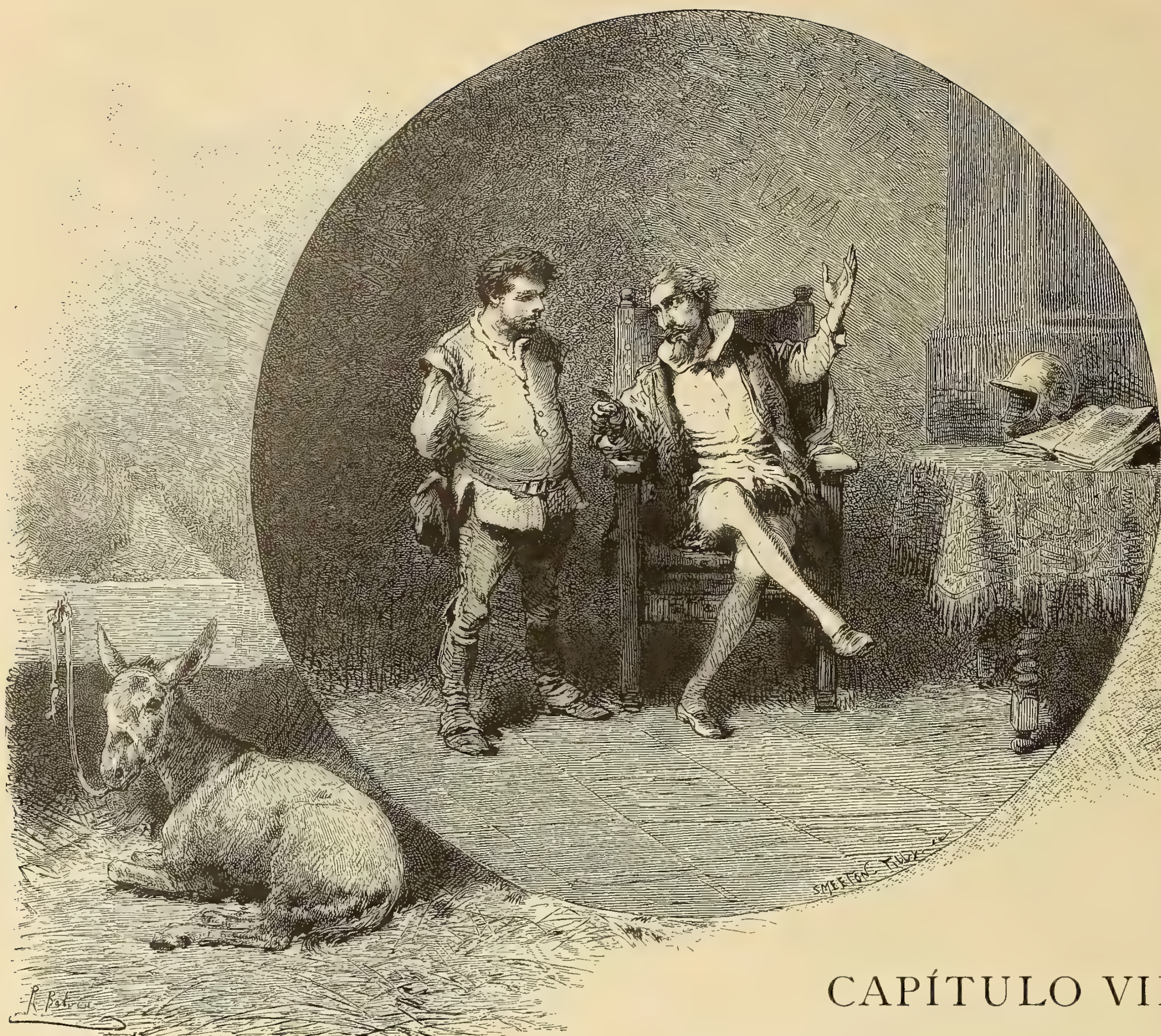
—Que me place, respondió el Barbero; y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana*, de don Alonso de Ercilla; *La Austriada*, de Juan Rufo, Jurado de Córdoba, y *El Monserrate*, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

—Todos estos tres libros, dijo el Cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia. Guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.»

Cansóse el Cura de ver más libros, y así, á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen; pero ya tenia abierto uno el Barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*.

«Lloráralas yo, dijo el Cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio [6].»





CAPÍTULO VII

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha

Estando en esto comenzó á dar voces Don Quijote, diciendo: «¡Aquí, aquí, valerosos caballeros! ¡aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos; que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!» Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban; y así, se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oidos, *La Carolea* y *Leon de España*, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis Zapata, que sin duda debian de estar entre los que quedaban; y quizá, si el Cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia [1].

Cuando llegaron á Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido.

Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el Cura, le dijo: «Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes.

—Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el Cura; que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora; que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido.

—Ferido no, dijo Don Quijote, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello; porque aquel bastardo de don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaria yo Reináldos de Montalban si, en levantándome deste lecho, no me lo pagare á pesar de todos sus encantamentos; y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo.»

Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el Ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa; y tales debieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refran en ellos de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entónces, para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaria el efecto), y que dijesen que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo; y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta, y tentábala con las manos,

y volvia y revolvia los ojos pasmado, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su Ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros.

El Ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo: «¿Qué aposento ó qué nada busca vuestra merced! Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo diablo.

—No era diablo, replicó la Sobrina, sino un encantador, que vino sobre una nube una noche, despues del dia que vuestra merced de aquí se partió; y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento, y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acudimos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien á mí y al Ama que, al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria; dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton.

—Friston, diria, dijo Don Quijote.

—No sé, respondió el Ama, si se llamaba Friston ó Friton; sólo sé que acabó en *ton* su nombre.

—Así es, dijo Don Quijote; que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe, por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar; y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado [2].

—¿Quién duda de eso? dijo la Sobrina; pero ¿quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

—¡Oh sobrina mia, respondió Don Quijote, y cuán mal que estás en la

cuenta! Primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.»

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendia la cólera [3].

Es, pues, el caso que él estuvo quince dias en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura y el Barbero, sobre que él decia que la cosa de que más necesidad tenia el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera [4]. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas, Don Quijote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura, que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino.

Dió luego Don Quijote órden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, allegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una lanza, que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho, del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaria, y que asimismo pensaba llevar un asno que tenia, muy bueno, porque él no estaba hecho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traido escudero, caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria; mas con todo esto determinó que le llevase, con

presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado; todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su Ama y Sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó Don Quijote á tomar la misma derrota y camino que él habia tomado en su primer viaje, que fué por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con ménos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban.

Dijo en esto Sancho Panza á su amo: «Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar, por grande que sea [5].»

Á lo cual le respondió Don Quijote: «Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; ántes pienso aventajarme en ella; porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos; y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo mucho de marqués, de algun valle ó provincia de poco más á ménos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que ántes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes, que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á milagro; que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aún más de lo que te prometo.

—Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey, por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo ménos Teresa, mi oislo, vendria á ser reina, y mis hijos infantes.

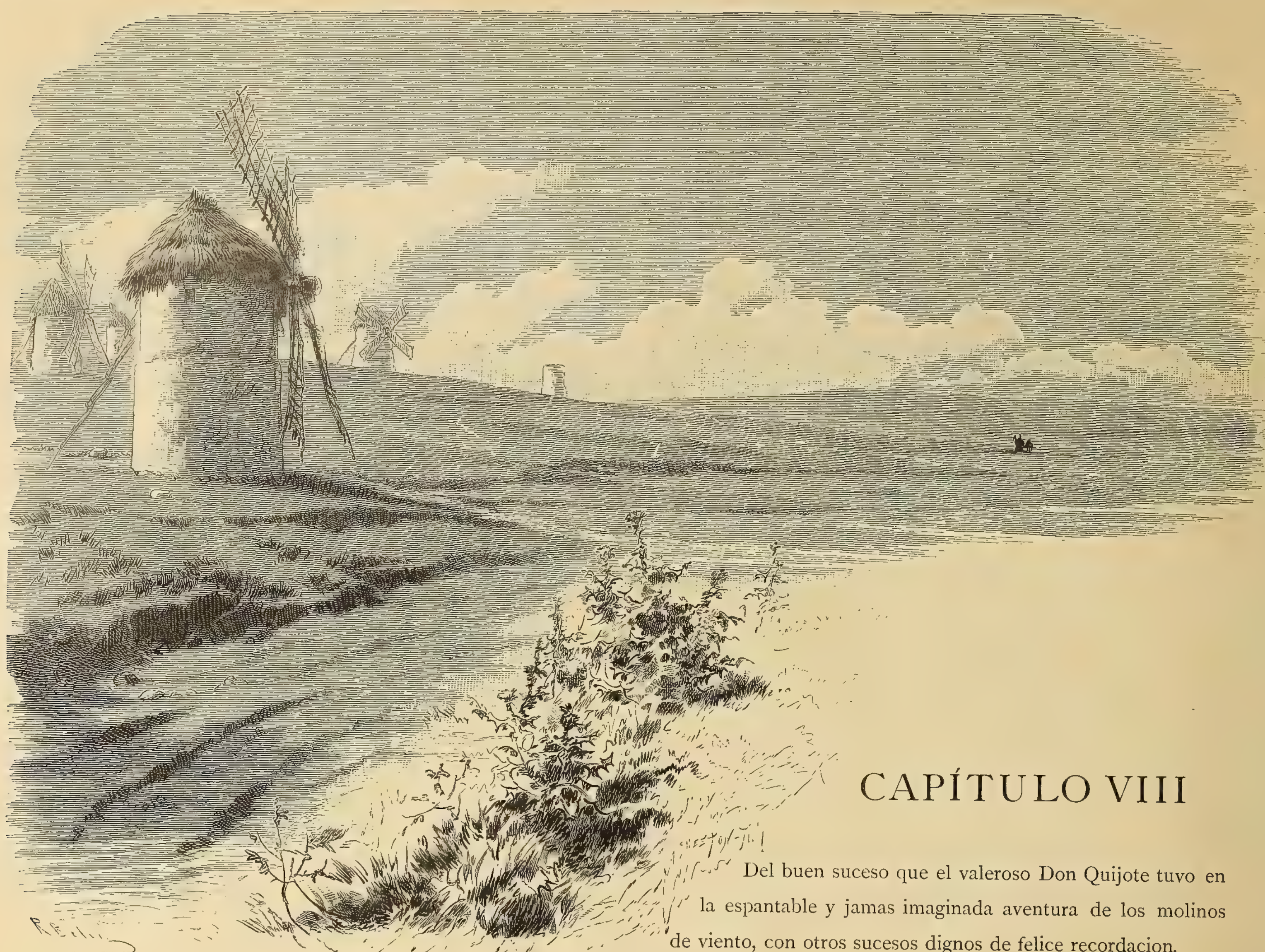
—Pues ¿quién lo duda? respondió Don Quijote.

—Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Teresa Cascajo. Sepa, señor, que no vale dos maravedis para reina; condesa le caerá mejor, y áun Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quijote; que él te dará lo que más te convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con ménos que con ser adelantado.

—No haré, señor mio, respondió Sancho, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar [6].»





CAPÍTULO VIII

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero: «La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se



LLEVÁNDOSE TRAS SÍ AL CABALLO Y AL CABALLERO, QUE FUÉ RODANDO...

parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.»

Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; ántes iba diciendo en voces altas: «Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.»

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: «Pues aunque movais más brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar.»

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su adarga, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

«¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento? Y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza.

—Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote; que las cosas de la guerra más que otras están sujetas á contínua mudanza; cuanto más que yo

pienso, y es así verdad, que aquel sabio Friston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada [1].

—Dios lo haga como puede,» respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí, decia Don Quijote, que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: «Yo me acuerdo haber leido que un caballero español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar un otro tronco tal y tan bueno como aquel que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apénas podrán ser creidas.

—Á la mano de Dios, dijo Sancho: yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco; que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caida.

—Así es la verdad, respondió Don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo qué replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.»

No se dejó de reir Don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así, le declaró que podia muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana ó con ella; que hasta entónces no habia leido cosa en contrario en la Órden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entónces no le hacia menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento; y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detras de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quijote un ramo seco, que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza; que, como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse, dió un tiento á la bota, y hallóla algo más flaca que la noche ántes, y afligiósele el corazon, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lápice, y á obra de las diez del dia le descubrieron. «Aquí, dijo en viéndole Don Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner

mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja; que en tal caso, bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería, que me ayudes hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto: y más que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo ménos, respondió Don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el dia del domingo [2].»

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la Órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apénas los divisó Don Quijote, cuando dijo á su escudero: «Ó yo me engaño, ó esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera; mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.»

Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo: «Gente endiablada y descomunal [3], dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas; si no, aparejaos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.»

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: «Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla [4],» dijo Don Quijote; y, sin esperar más respuesta, picó á Rocinante, y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y áun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido [5]; y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo picó tras su

compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: «La vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par hermosa doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habeis recebido no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora y le digais lo que por vuestra libertad he fecho.»

Todo esto, que Don Quijote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual, viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote, y asiéndole de la lanza, le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína desta manera: «Anda, caballero, que mal andes: ¡por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno!»

Entendióle muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió: «Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.»

Á lo cual replicó el vizcaíno: «¡Yo no caballero! Juro á Dios, tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas. Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

—Ahora lo veredes, dijo Agrájes,» respondió Don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su adarga, y arremetió al vizcaíno con determinacion de quitarle la vida [6].

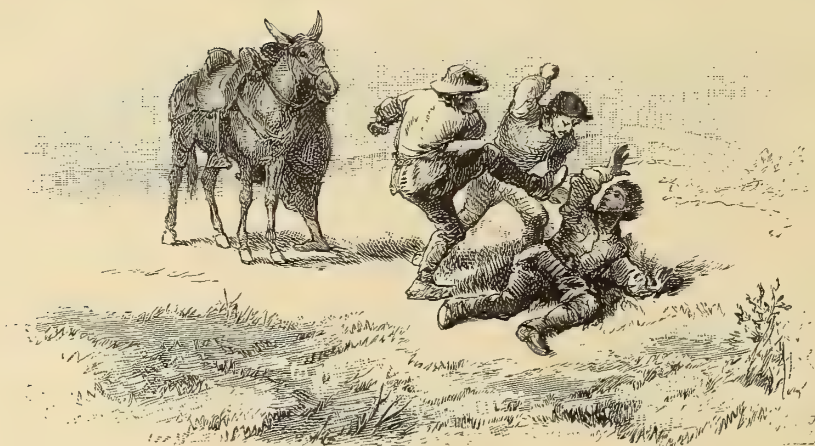
El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula (que,

por ser de las malas de alquiler, no habia que fiar en ella), no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien, que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de allí algun poco, y desde léjos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á Don Quijote encima de un hombro, por encima del adarga, que, á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura.

Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz, diciendo: «¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura! socorred á este vuestro caballero, que, por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla.» El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su adarga, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe.

El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que Don Quijote; y así, le aguardó, bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni otra parte; que ya, de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías, no podia dar un paso. Venia, pues, como se ha dicho, Don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio; y el vizcaíno le aguardaba, asimismo levantada la espada y aforrado con su almohada; y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto [7] en que en este punto y término dejó pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose con que no halló más escrito destas hazañas de Don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginacion, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.





CAPÍTULO IX

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla
que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron

DEJAMOS en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso Don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que, si en lleno se acertaban, por lo ménos se dividirian y fenderian de arriba abajo, y abririan como una granada; y en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que, á mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes, de los que

dicen las gentes, que van á sus aventuras; porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que, no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así, no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida.

Por otra parte, me parecia que, pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como *Desengaño de zelos* y *Ninfas y Pastores de Henares*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas y amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle; que, si no era que algun follon, ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante, las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo, pues, que, por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Don Quijote de contínuas é innumerables alabanzas, y áun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que, buena cantidad de horas, podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero; y como soy aficionado á

leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caractéres que conocí ser arábigos; y puesto que, aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado que los leyese; y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir. Preguntéle que de qué se reia, y respondióme que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo: Está, como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: «Esta »Dulcinea del Toboso [1], tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo »la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha.»

Cuando yo oí decir *Dulcinea del Toboso*, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quijote. Con esta imaginacion, le dí priesa que leyese el principio; y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decia: *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.* Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recebí cuando llegó á mis oidos el título del libro; y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo, por facilitar más el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde, en poco más de mes y medio, la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su adarga, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenia á los piés escrito el vizcaíno un rétulo que decia: *Don Sancho de Azpeitia*, que sin duda debia de ser su nombre; y á los piés de Rocinante estaba otro que decia: *Don Quijote.* Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los piés del cual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas;* y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas; y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas; que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera.

Si á ésta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, ántes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado; y así me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio [2]: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo de ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interes ni el miedo, el rancor ni la aficion no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya imágen es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor, ántes



Y PONIÉNDOLE LA PUNTA DE LA ESPADA EN LOS OJOS, LE DIJO QUE SE RINDIESE

que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducion, comenzaba desta manera [3].

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que, á no volvérsele la espada en el encuentro, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á la rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja; que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho.

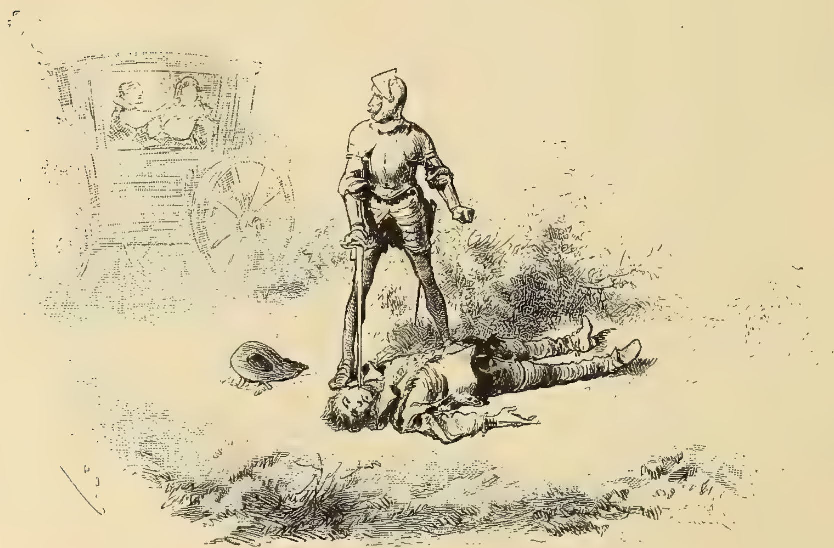
¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fué de suerte, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con todo eso, sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra.

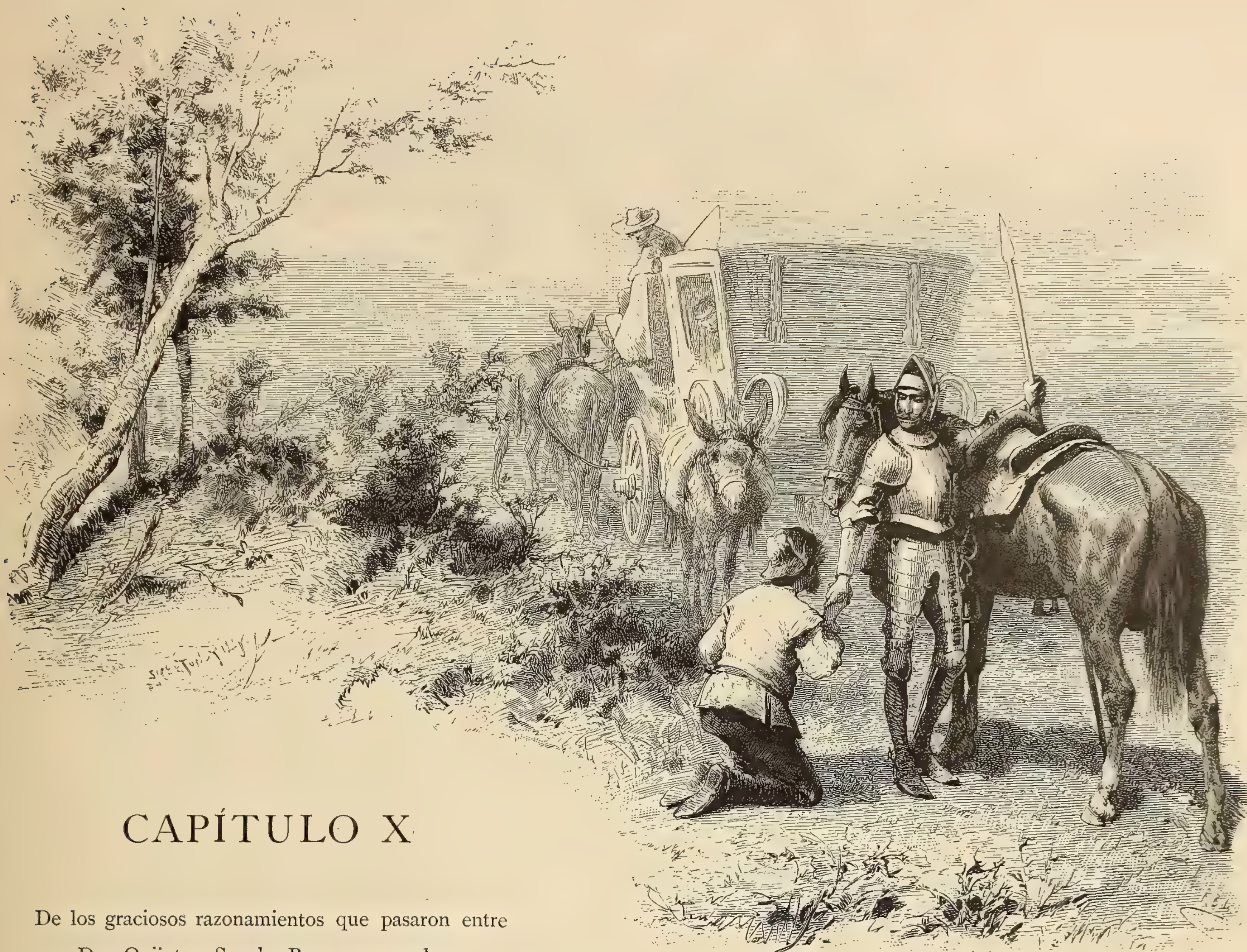
Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote; y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, si no, que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podia responder palabra; y él lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entónces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran

adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: «Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.»

Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quijote pedia, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado.

«Pues en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, puesto que me lo tenia bien merecido.»





CAPÍTULO X

De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor Don Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula, de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo; y ántes que subiese, se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano, se la besó, y le dijo: «Sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado; que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.»

Á lo cual respondió Don Quijote: «Advertid, hermano Sancho, que

esta aventura y las á ésta semejantes no son aventuras de ínsulas [1], sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja ménos. Tened paciencia; que aventuras se ofrecerán, donde, no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.»

Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atras, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: «Paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia; que, segun quedó maltrecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fe, que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo [2].

—Calla, dijo Don Quijote: y ¿dónde has visto tú, ó leido jamas, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?

—Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entrometo.

—Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote; que yo te sacaré de las manos de los caldeos [3], cuanto más de las de la Santa Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leido en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?

—La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es, que más atrevido amo que vuestra merced [4], yo no lo he servido en todos los dias de

mi vida; y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja; que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.

—Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras; que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza.

—Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna; y así, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer... bonitamente, la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo (y con mucha sotileza, ántes que la sangre se hiele), la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajalla igualmente y al justo; luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.

—Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor; que para mí tengo que valdrá la onza, adonde quiera, más de á dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle.

—Con ménos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quijote.

—¡Pecador de mí! replicó Sancho; pues ¿á qué aguarda vuestra merced á hacelle y enseñármele?

—Calla, amigo, respondió Don Quijote; que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte; y por ahora curémonos; que la oreja me duele más de lo que yo quisiera [5].»

Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento; mas cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo: «Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldovínos, que fué de no comer pan á manteles ni con su mujer folgar, y otras cosas (que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas), hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo.»

Oyendo esto Sancho, le dijo: «Advierta vuestra merced, señor Don Quijote, que si el caballero cumple lo que se le deja ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito.

—Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote; y así, anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como ésta á algun caballero; y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto; que bien tengo á quien imitar en ello; que esto mesmo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante.

—Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia. Si no, dígame ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento, á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida.

—Engáñaste en eso, dijo Don Quijote; porque no habremos estado

dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la Bella.

—Alto, pues, sea así, dijo Sancho; y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.

—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno; que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo; y más, que por ser en tierra firme, te debes más alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo, donde alojemos esta noche y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja.

—Aquí trayo una cebolla y un poco de queso y no sé cuántos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced.

—¡Qué mal lo entiendes! respondió Don Quijote. Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren más á mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leido tantas historias como yo; que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su más ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces; así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.

—Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho; que, como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé si he caido en las reglas de la profesion caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo

género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia.

—No digo yo, Sancho, replicó Don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian y yo tambien conozco.

—Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas; que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento.»

Y sacando en esto lo que dijo que traia, comieron los dos en buena paz y compaña. Pero, deseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida; subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y así, determinaron de pasar la noche allí; que, cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hacer un acto posesivo, que facilitaba la prueba de su caballería.





CAPÍTULO XI

De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo; y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra, que, hirviendo al fuego, en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles cinco dellos, de seis que eran los que en la majada habia, habiendo primero, con groseras ceremonias, rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo, que vuelto del reves le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que

era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo: «Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están, los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí, á mi lado y en compañía desta buena gente, te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice, que todas las cosas iguala [1].

—¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced que, como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pié y á mis solas, como sentado á par de un emperador. Y áun, si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que cómo en mi rincon, sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy, siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio desde aquí para el fin del mundo.

—Con todo eso, te has de sentar, porque á quien se humilla, Dios le ensalza;» y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase.

No entendian los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar, y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo (ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria), que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto.

Despues que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó

un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones:

«¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio!* Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y trasparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interes alguno, la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia; áun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entónces la poseian. ¡Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra! Y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces se declaraban los concetos amorosos del alma, simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los

concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje áun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entónces no habia qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temer que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su preservacion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la Órden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta Órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero; que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes; todavía, por saber que, sin saber vosotros esta obligacion, me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.»

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar [2]) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenian colgado de un alcornoque.

Más tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena, al fin de lo cual uno de los cabreros dijo: «Para que con más veras pueda vuestra merced

decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo, sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay más que desear.»

Apénas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oidos el són del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiendo que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dijo: «De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien.

—Que me place,» respondió el mozo; y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco, con muy buena gracia, comenzó á cantar, diciendo desta manera

ANTONIO

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni áun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo;
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.

Mas allá, entre tus reproches
Y honestísimos desvíos,
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.

Porque, si has mirado en ello,
Más de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lúnes
Lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
Andan un mesmo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto,
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas
Que de tu belleza he dicho,
Que, aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,
Yo alabándote, me dijo:
«Tal piensa que adora un ángel,
Y viene á adorar á un jimio,

»Merced á los muchos dijes
Y á los cabellos postizos,
Y á hipócritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.»

Desmentíla, y enojóse;
Volvió por ella su primo;
Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hice y él hizo.

No te quiero yo á monton,
Ni te pretendo y te sirvo
Por lo de barraganía;
Que más bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo:
Pon tu cuello en la gamella,
Verás cómo pongo el mio.

Donde no, desde aquí juro,
Por el santo más bendito,
De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque Don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oir canciones; y así dijo á su amo: «Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche; que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia no permite que pasen las noches cantando.

—Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quijote; que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

—Á todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho.

—No lo niego, replicó Don Quijote; pero acomódate tú donde quisieres; que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso será bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.»

Hizo Sancho lo que se le mandaba, y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que

fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja [3], se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.





CAPÍTULO XII

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traian de la aldea el bastimento, y dijo: «¿Sabeis lo que pasa en el lugar, compañeros?

—¿Cómo lo podemos saber? respondió uno de ellos.

—Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante, llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza del aldea, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.

—Por Marcela, dirás, dijo uno.

—Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pié de la peña donde está la fuente del Alcornoque; porque, segun es fama (y él dicen que lo dijo), aquel lugar es adonde él la vió la vez primera; y

tambien mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel su gran amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo; y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas, á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren; y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho; y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; á lo ménos yo no dejaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al lugar.

—Todos haremos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos.

—Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos; aunque no será menester usar de esa diligencia; que yo me quedaré por todos; y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro dia me pasó este pié.

—Con todo eso, te lo agradecemos, respondió Pedro.»

Y Don Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquel y qué pastora aquella.

Á lo cual Pedro respondió que lo que sabia era, «que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido; principalmente, decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna.

—Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo Don Quijote.»

Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo: «Asimesmo adivinaba cuándo habia de ser el año abundante ó estil.

—Estéril, querreis decir, amigo, dijo Don Quijote.

—Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que decia, se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy

ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba, diciéndoles: Sembrad este año cebada, no trigo; en éste podeis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota.

—Esa ciencia se llama *Astrología*, dijo Don Quijote.

—No sé yo cómo se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabia, y áun más. Finalmente, no pasaron muchos meses, despues que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que, como escolar, traia; y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto, que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo; y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, ansí en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros; de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto; y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender que el haberse mudado de traje no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela, que nuestro zagal nombró denántes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quién es esta rapaza; quizá, y áun sin quizá, no habreis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais más años que sarna.

—Decid Sarra, replicó Don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

—Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

—Perdonad, amigo, dijo Don Quijote; que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra, os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más sarna que Sarra; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada.

—Digo, pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador áun más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su madre, que fué la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo, con aquella cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer, murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tio suyo, sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y con todo esto, se juzgaba que le habia de pasar la de la hija; y así fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecia á Dios, que tan hermosa la habia criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero, con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por mujer. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la vió de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y granjería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento; y á fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo, en alabanza del buen sacerdote; que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos,

de todo se trata y de todo se murmura; y tened para vos, como yo tengo para mí, que debe de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas.

—Así es la verdad, dijo Don Quijote, y proseguid adelante; que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con muy buena gracia.

—La del Señor no me falte, que es la que hace al caso; en lo demas sabreis que, aunque el tio proponia á la sobrina y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por mujer la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer, justas excusas, dejaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo más en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto; porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora; y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos: uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; ántes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo; que, puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del

matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace más daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia; porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse; y así, no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á éste semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan; y si aquí estuviésedes, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy léjos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguno una corona grabada en el mesmo árbol, como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina ó peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halla el sol á la mañana; y cuál hay que, sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo; y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela; y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es lo que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo; y así, os aconsejo, señor, que no dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar aquel donde manda enterrarse media legua.

—En cuidado me lo tengo, dijo Don Quijote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento.

—¡Oh! replicó el cabrero, áun no sé yo la mitad de los casos sucedidos

á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dijese; y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente.»

Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.





CAPITULO XIII

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela,
con otros sucesos

Mas apénas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del Oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á Don Quijote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luégo todos en camino; y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando, al cruzar de una senda, vieron venir hácia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano; venian con ellos asimismo dos gentiles hombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié, que los acompañaban.

En llegándose á juntar, se saludaron cortesmente; y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así, comenzaron á caminar todos juntos.

Uno de los de á caballo, hablando con su compañero, le dijo: «Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro; que no podrá dejar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida.

—Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera, á trueco de verle.»

Preguntóles Don Quijote qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que, por haberlos visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera; que uno dellos se la contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban: finalmente, él contó todo lo que Pedro á Don Quijote habia contado.

Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quijote qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. Á lo cual respondió Don Quijote: «El ejercicio de mi profesion no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen porte, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.»

Apénas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más, y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué queria decir caballeros andantes. «¿No han vuestras mercedes leido, respondió Don Quijote, los anales é historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que comunmente en nuestro romance

castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradicion antigua, y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que, andando los tiempos, ha de volver á su ser y á cobrar su reino y cetro, á cuya causa no se probará que, desde aquel tiempo á éste, haya ningun inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste buen Rey fué instituida aquella famosa Órden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron, sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entónces, de mano en mano, fué aquella Órden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco; y casi que en nuestros dias oimos y comunicamos y vimos al invencible y valeroso caballero don Belianis de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la Órden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesion, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo; y así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la más peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos y menesterosos.»

Por estas razones que dijo, acabaron de enterarse los caminantes que era Don Quijote falto de juicio, y del género de locura que le señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiracion que recebian todos aquellos que de

nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba para llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase más adelante con sus disparates; y así le dijo: «Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que áun la de los frailes Cartujos no es tan estrecha.

—Tan estrecha bien podrá ser, respondió nuestro Don Quijote, pero tan necesaria en el mundo, no estoy á dos dedos de ponello en duda; porque, si va á decir verdad, no hace ménos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mesmo capitan que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor; y que, si á los que á tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas.

—De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa, entre otras muchas, me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; ántes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad.

—Señor, respondió Don Quijote, eso no puede ser ménos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese; que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y áun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios; que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra.

—Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es, que muchas veces he leido que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo; y luego, sin más ni más, á todo el correr dellos, se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tan bien, que, á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo; y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso desta tan acelerada obra; mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano; cuanto más, que yo tengo para mí

que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados.

—Eso no puede ser, respondió Don Quijote; digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas; y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mesmo caso que estuviese sin ellos, no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladron.

—Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leido que don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada, á quien pudiese encomendarse; y con todo esto, no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero.»

Á lo cual respondió nuestro Don Quijote: «Señor, una golondrina sola no hace verano: cuanto más, que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado; fuera que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecian era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero, en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola, á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero.

—Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico, en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama; que ella se tendrá por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.»

Aquí dió un gran suspiro Don Quijote y dijo: «Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad,

por lo ménos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos Elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve; y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas.

—El linaje, prosapia y alcurnia querríamos saber,» replicó Vivaldo.

Á lo cual respondió Don Quijote: «No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos; ni de los modernos Colonas y Ursinos; ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña; ni ménos de los Rebellas y Villanovas de Valencia; Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla; Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos [1]; y no se me replique en esto si no fuere con las condiciones que puso Zerbino al pié del trofeo de las armas de Orlando, que decia:

..... Nadie las mueva,
Que estar no pueda con Roldan á prueba.

—Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha; puesto que, para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos.

—Como eso no habrá llegado,» replicó Don Quijote.

Con gran atencion iban escuchando todos los demas la plática de los dos, y áun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quijote; sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea

del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamas á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso [2]. En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que, á lo que despues pareció, eran cuál de tejo y cuál de cipres. Entre seis dellos traian unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos, lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: «Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y al pié de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen.» Por esto se dieron priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña.

Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego Don Quijote, y los que con él venian, se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto y vestido como pastor, de edad, al parecer, de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Alrededor dél tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles, abiertos y cerrados; y así los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demas que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo á otro: «Mirá bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento.

—Éste es, respondió Ambrosio; que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Aquí me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y aquí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado, y aquí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido.» Y volviéndose á Don Quijote y á los caminantes, prosiguió diciendo:

«Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza, y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra.

—De mayor rigor y crueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido; que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; ántes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida; de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo y que en este lugar habia de ser enterrado, y así, de curiosidad y de lástima, dejamos

nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oillo; y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos ¡oh discreto Ambrosio! (á lo ménos yo te lo suplico de mi parte) que, dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos.»

Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que más cerca estaban; viendo lo cual Ambrosio, dijo: «Por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano.»

Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego uno dellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada.*

Oyólo Ambrosio y dijo: «Este es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leelde de modo que seais oido; que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura.

—Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo;» y como todos los circunstantes tenian el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él, leyendo en voz clara, vió que así decia:





CAPÍTULO XIV

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos

CANCION DE GRISÓSTOMO

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza;
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados, por mayor tormento,
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oido,
No al concertado son, sino al rüido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale, y tu despecho.

El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable;
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar; el triste canto
Del infamado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contalla pide nuevos modos.

De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas;
Que allá se esparcirán mis duras penas

En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas,
Ó ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas, desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamas mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el libio llano;
Que, puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados
Serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desden, atierra la paciencia,
Ó verdadera ó falsa, una sospecha;
Matan los celos con rigor más fuerte;
Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte;
En todo hay cierta, inevitable muerte;
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Celoso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el olvido, en quien mi fuego avivo,
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,
Ni yo, desesperado, la procuro;
Ántes, por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese, por ventura, en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el duro ceño está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
Á la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas
¡Oh amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Oh, del reino de amor fieros tiranos,
Zelos! ponedme un hierro en estas manos;
Dame, desden, una torcida soga.....
Mas ¡ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin; y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es más libre el alma más rendida
Á la de amor antigua tiranía;
Diré que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que, en fe de los males que nos hace,
Amor su imperio en justa paz mantiene;
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
Á que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú, que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza á que la haga
Á la cansada vida que aborrezco;
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De cómo alegre á tu rigor me ofrezco;
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas;
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos;
Ántes con risa, en la ocasion funesta,
Descubre que el fin mio fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto;
Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Ixïon no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto;
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas,
Al cuerpo, á quien se niegue aún la mortaja;
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil mostros,
Lleven el doloroso contrapunto;
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.

Cancion desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Ántes, pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Áun en la sepultura, no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian, la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela; á lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia los más escondidos pensamientos de su amigo:

«Señor, para que os satisfagais desa duda, es bien que sepais que cuando este desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa..... la mesma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

—Así es la verdad,» respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella), que improvisamente se les ofreció á los ojos; y fué, que por encima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habian visto la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron ménos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apénas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le dijo:

«¿Vienes á ver por ventura ¡oh fiero basilisco destas montañas! si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Neron, el incendio de tu abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija el de su padre Servio Tulio? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que más gustas; que, por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas

dejaron de obedecerte en vida, haré que, áun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.

—No vengo ¡oh Ambrosio! á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así, ruego á todos los que aquí estais, me esteis atentos; que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura; y por el amor que me mostrais, decis, y áun quereis, que esté yo obligada á amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama; y más, que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: Quiérote por hermosa; hasme de amar, aunque sea feo. Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos; que no todas las hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista, y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habian de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos; y, segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decis que me quereis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más, que habeis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo; que, tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como

el fuego apartado, ó como la espada aguda; que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta léjos. Á los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno el sí de ninguno dellos, bien se puede decir que ántes le mató su porfía que mi crueldad; y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpétua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo ese desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su culpa se me dé á mí la pena. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo, áun hasta ahora, no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por eleccion es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan en su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado,

porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, no los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera; que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco á nadie; no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene; tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera.»

Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discrecion como de su hermosura, á todos los que allí estaban.

Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido; lo cual visto por Don Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces dijo:

«Ninguna persona, de cualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; á cuya causa es justo que, en

lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo; pues es menester que en él halle estima la que con tan honesta intencion vive.»

Ó ya que fuese por las amenazas de Don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que, acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes.

Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer, con un epitafio que habia de decir desta manera:

Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
De una esquiva, hermosa, ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

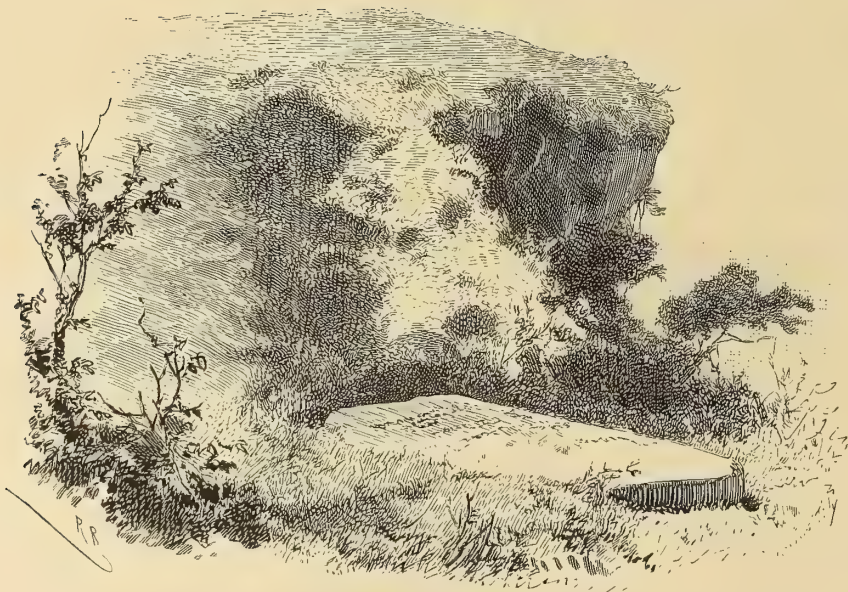
Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél.

Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado para aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entónces no queria ni debia ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas.

Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle más, sino, tornándose á despedir de nuevo, le dejaron, y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quijote, el cual determinó de

ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio.

Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia; dando aquí fin la segunda parte [1].





CAPÍTULO XV

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que, así como Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela; y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes, sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto, que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le

conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte [1] y el diablo, que muy pocas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua; y aquel donde acertó á hallarse Don Quijote era muy al propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas; y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció debian de tener más gana de pacer que de ál, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla, en pelota; pero lo que él debió más de sentir fué, que, viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron, mal parado, en el suelo [2].

Ya en esto Don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo Don Quijote á Sancho: «Á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea; dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio [3] que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante.

—¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y áun quizá no somos sino uno y medio?

—Yo valgo por ciento [4],» replicó Don Quijote; y sin hacer más discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo [5]; y á las primeras dió Don Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda.

Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia: verdad



es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo; y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante, que áun no se habia levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: «¡Señor Don Quijote! ¡Ah señor Don Quijote!

—¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió Don Quijote, con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

—Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas.

—Pues á tenerla yo aquí, ¡desgraciado yo! ¿qué nos faltaba? respondió Don Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que ántes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos.

—Pues ¿en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los piés? replicó Sancho Panza.

—De mí sé decir, dijo el molido caballero Don Quijote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo; que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo; y así, creo que, en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es, que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga

mano á la espada para ello, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor; que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder; que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo.» (Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno.)

Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: «Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar: así que, séale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta, ora baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condicion alguna.»

Lo cual oido por su amo, le respondió: «Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo, para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometidas, ¿qué seria de tí, si, ganándola yo, te hiciese señor della? Pues lo vendrias á imposibilitar, por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío. Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así, es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento.

—En éste que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo

tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamas tal creí de Rocinante; que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

—Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino, ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaria morir, de puro enojo.»

Á esto replicó el escudero: «Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre.

—Sábete, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni ménos están en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia; y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado; y estos mesmos se vieron ántes y despues en diversas calamidades y miserias; porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus, el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de

docientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio; y áun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que, habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debajo de los piés en un cierto castillo, al caer se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de piés y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio, grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que, bien puedo yo pasar entre tanta buena gente; que mayores afrentas son las que estos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo, escrito por palabras expresas; que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traian, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal.

—No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apénas puse mano á mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los piés, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

—Con todo eso, te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no le consuma.

—Pues ¿qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, áun no tan

malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponernos en buen término siquiera.

—Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quijote; que así haré yo; y veamos cómo está Rocinante; que, á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

—No hay que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballería andante; de lo que yo me maravillo es, de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas.

—Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio á ellas, dijo Don Quijote; dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo, donde sea curado de mis feridas; y más, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

—Verdad será que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.»

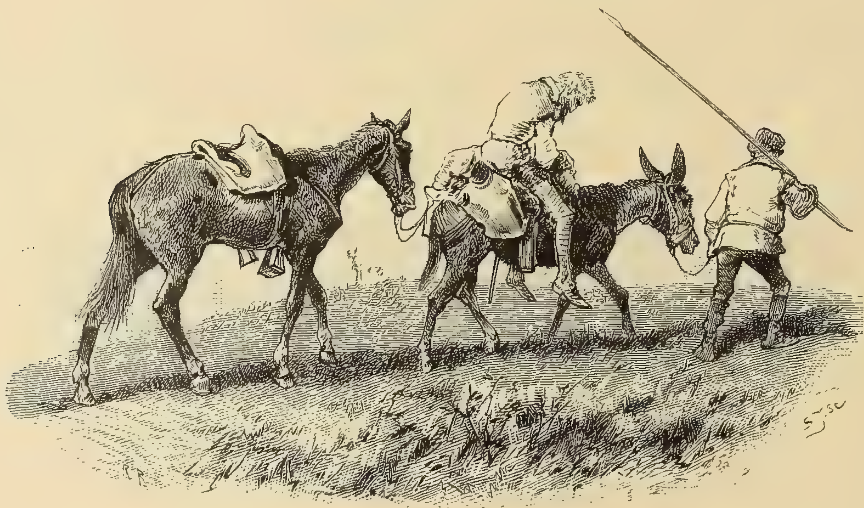
Á lo cual respondió Don Quijote: «Las feridas que se reciben en las batallas, ántes dan honra que la quitan: así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme, de la manera que más te agradare, encima de tu jumento, y vamos de aquí ántes que la noche venga y nos saltee en este despoblado.

—Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura.

—Eso es, dijo Don Quijote, cuando no pueden más, ó cuando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años, sin que lo supiese su señora; y uno destos fué Amadis, cuando, llamándose Beltenébros, se alojó en la Peña Pobre, no sé si ocho años ú ocho meses;

que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba, ántes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante.

—Áun ahí seria el diablo,» dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros y ciento veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo destraido con la demasiada libertad de aquel dia: levantó luego á Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á Don Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó, poco más á ménos, hácia donde le pareció que podia estar el camino real; y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, áun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que, á pesar suyo y gusto de Don Quijote, habia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar á ella, en la cual Sancho se entró, sin más averiguacion, con toda su recua.





CAPÍTULO XVI

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo

El ventero, que vió á Don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por mujer á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolia de las calamidades de sus prójimos; y así, acudió luego á curar á Don Quijote, y hizo que una hija suya, doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana; verdad es que la gallardía del cuerpo suplia las demas faltas: no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta

gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quijote en un camaranchon que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años; en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quijote; y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de Don Quijote, que sólo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que, á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta.

En esta maldita cama se acostó Don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritórnes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quijote, dijo que aquello más parecian golpes que caida.

«No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal;» y tambien le dijo: «Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester; que tambien me duelen á mí un poco los lomos.

—Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer.

—No caí, dijo Sancho Panza, sino que, del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

—Bien podrá ser eso, dijo la doncella; que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido.

—Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza; que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos ménos cardenales que mi señor Don Quijote.

—¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritórnes.

—Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza; pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.

—Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis, á lo que parece, siquiera algun condado?

—Aun es temprano, respondió Sancho, porque no há sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra; verdad es que si mi señor Don Quijote sana desta herida ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España.»

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quijote; y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: «Creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo miéntras la vida me durare; y ¡pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes! que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad.»

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritórnes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego; aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse,

y parecíales otro hombre de los que se usaban; y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron; y la asturiana Maritórnes curó á Sancho, que no ménos lo habia menester que su amo.

Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decia ella que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo; y luego, junto á él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenia una estera de enea y una manta, que ántes mostraba ser de anjeo tundido que de lana; sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y áun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apénas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas!* y ¡con qué puntualidad lo describen todo!

Digo, pues, que, despues de haber visitado el arriero á su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritórnes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado; y aunque

procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas; y Don Quijote, con el dolor de las suyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que, colgada en medio del portal, ardia.

Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué, que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche, á furto de sus padres, vendria á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera, que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quintañona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero; pero apénas llegó á la puerta, cuando Don Quijote la sintió; y sentándose en la cama, á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recebir á su fermosa doncella. La asturiana, que, toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando á su querido, topó con los brazos de Don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama; tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio; pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro

de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecia; y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente, él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que él habia leido en sus libros, de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban; las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; ántes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura.

Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó á decir: «Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho donde yago, tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y más, que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que, si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto [1].»

Maritórnes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió; estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decia, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de Don Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero, como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quijote trabajaba por tenerla; pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas

quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los piés, más que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luégo imaginó que debian de ser pendencias de Maritórnes, porque habiéndola llamado á voces, no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fué hácia donde habia sentido la pelaza.

La moza, viendo que su amo venia y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que, aunque mal, ya dormia, y allí se acorrucó y se hizo un ovillo.

El ventero entró diciendo: «¿Adónde estás, puta? Á buen seguro que son tus cosas éstas.»

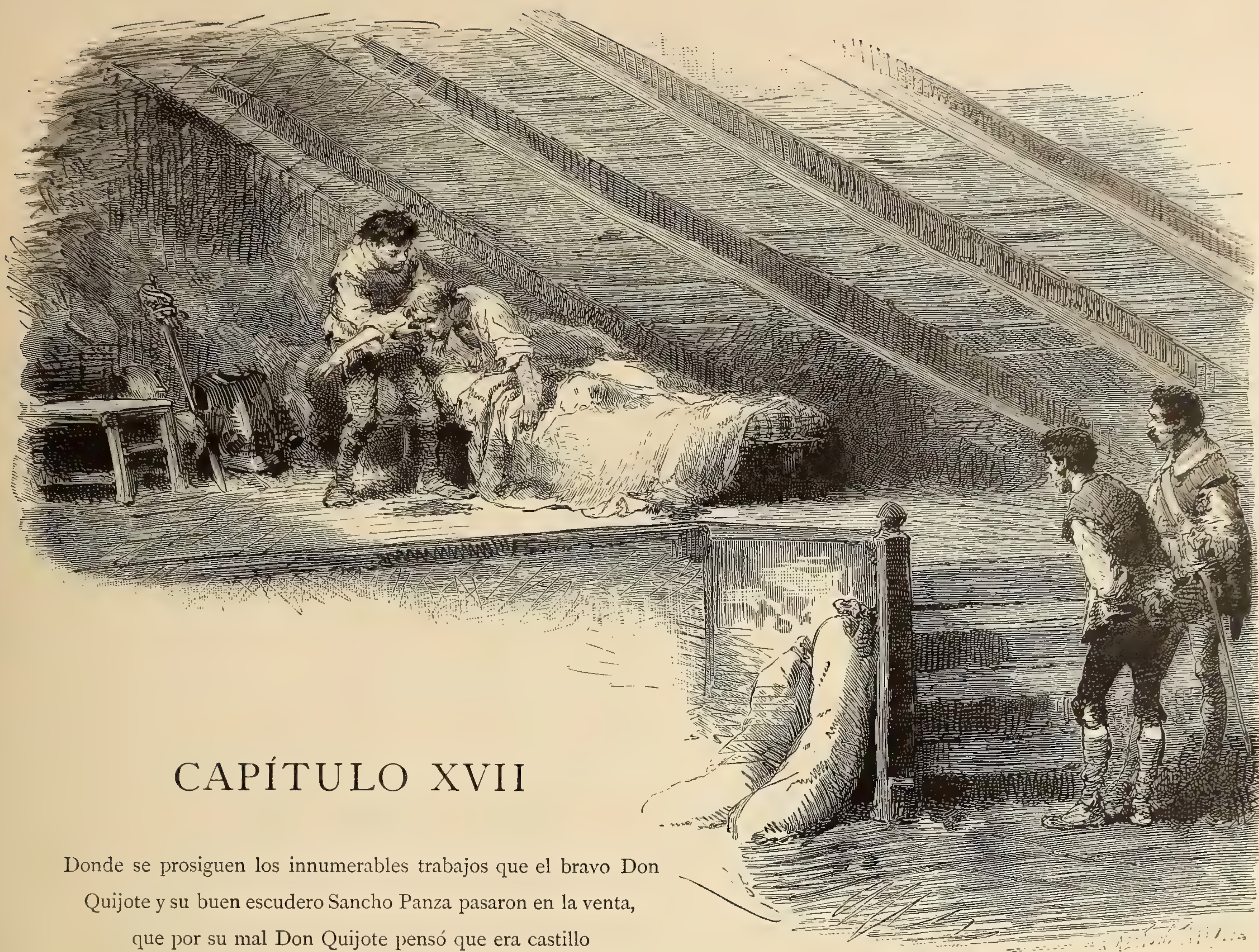
En esto despertó Sancho; y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras, alcanzó con no sé cuántas á Maritórnes, la cual, sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritórnes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero, á la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama; dejando á Don Quijote, acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así, como suele decirse, «el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo,» daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno, que al ventero se le apagó el candil; y como quedaron á escuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que adoquiera que ponian la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman

de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual, oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento, diciendo: «¡Ténganse á la justicia! ¡ténganse á la Santa Hermandad!» Y el primero con quien topó fué con el apuñeado Don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno; y echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: «¡Favor á la justicia!» Pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores; y con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo: «Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie; ¡que han muerto aquí á un hombre!»

Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados Don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de Don Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero, de industria, habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia; y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.





CAPÍTULO XVII

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal Don Quijote pensó que era castillo

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quijote; y con el mismo tono de voz con que el dia ántes habia llamado á su escudero cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar, diciendo: «Sancho amigo, ¿duermes? ¿duermes, amigo Sancho?

—¡Qué tengo de dormir, pesia á mí! respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche.

—Puédeslo creer así sin duda, respondió Don Quijote; porque, ó yo sé poco, ó este castillo es encantado; porque has de saber... Mas esto que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte.

—Sí juro, respondió Sancho.

—Dígolo, replicó Don Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie.

—Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y ¡plega á Dios que lo pueda descubrir mañana!

—¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad?

—No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas.

—Sea por lo que fuere, dijo Don Quijote; que más fio de tu amor y de tu cortesía; y así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer; y por contártela en breve, sabrás que poco há que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podria decir del adorno de su persona! ¡Qué de su gallardo entendimiento! ¡Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Sólo te quiero decir que, envidioso el hado de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo más cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo; al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios; sin que yo la viese ni supiese por dónde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer, cuando los arrieros, por demasías de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí.

—Ni para mí tampoco, respondió Sancho; porque más de cuatrocientos moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿cómo llama á ésta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Áun vuestra merced ménos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho;

pero yo ¿qué tuve, sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió! que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte.

—Luego ¿tambien estás tú aporreado? respondió Don Quijote.

—¿No le he dicho que sí, pese á mi linaje? dijo Sancho.

—No tengas pena, amigo, dijo Don Quijote; que yo haré ahora el bálsamo precioso, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.»

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto; y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza, y el candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: «Señor, ¿si será éste á dicha el moro encantado, que nos vuelve á castigar si se dejó algo en el tintero?

—No puede ser el moro, respondió Don Quijote; porque los encantados no se dejan ver de nadie.

—Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho; si no, díganlo mis espaldas.

—Tambien lo podrian decir las mias, respondió Don Quijote; pero no es bastante indicio ése para creer que éste que se ve sea el encantado moro.»

Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que áun Don Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero y díjole: «Pues, ¿cómo va, buen hombre?

—Hablara yo más bien criado, respondió Don Quijote, si fuera que vos. ¿Úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero?»

El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir; y alzando el candil con todo su aceite, dió á Don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó á escuras, salióse luégo; y Sancho Panza dijo: «Sin duda, señor, que éste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

—Así es, respondió Don Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas; que, como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quién vengarnos, aunque más lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.»

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á escuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: «Señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.»

Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo; y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion; y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion; á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero; que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso

bálsamo que él se imaginaba; y así, se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se habia cocido, casi media azumbre; y apénas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar de manera, que no le quedó cosa en el estómago; y con las ánsias y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante, sin temor alguno, cualesquiera riñas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quijote, y él, tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó á pechos y envasó bien poco ménos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo; y así, primero que vomitase, le dieron tantas ánsias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado.

Viéndole así Don Quijote, le dijo: «Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.

—Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, ¡mal haya yo y toda mi parentela! ¿para qué consintió que lo gustase [1]?»

En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de anjeo con que se cubria, fueron más de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que, no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida; duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó

como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podia tener; pero Don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luégo á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó el jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno; púsose luégo á caballo, y llegándose á un rincon de la venta, asió de un lanzon, que allí estaba [2], para que le sirviese de lanza.

Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de más de veinte personas; mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecia que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas; y todos pensaban que debia de ser del dolor que sentia en las costillas; á lo ménos pensábanlo aquellos que la noche ántes le habian visto bizmar.

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta, llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo: «Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida; si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías; recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla; que yo os prometo, por la Órden de caballero que recebí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad.»

El ventero le respondió con el mismo sosiego: «Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen; sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.

—Luego, ¿venta es esta? replicó Don Quijote.

—Y muy honrada, respondió el ventero.

—Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quijote; que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero, pues es así que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdoneis por la paga; que yo no puedo contravenir á la Órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamas pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pié y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra.

—Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero: págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías; que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

—Vos sois un sandio y mal hostalero,» respondió Don Quijote; y poniendo piernas á Rocinante y terciando su lanzon [3], se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él, sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razon corria por él como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase. Á lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo habia recebido, no pagaria un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no habia de perderse por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que, entre la gente que estaba en la venta, se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del

Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona; los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oidos de su amo, el cual, deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta; y hallándola cerrada, la rodeó, por ver si hallaba por dónde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y quebrantado, que áun apearse no pudo; y así, desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que, de puro cansados, le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritórnes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así, se le trujo del pozo, por ser más fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo: «Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas, sanarás sin duda.»

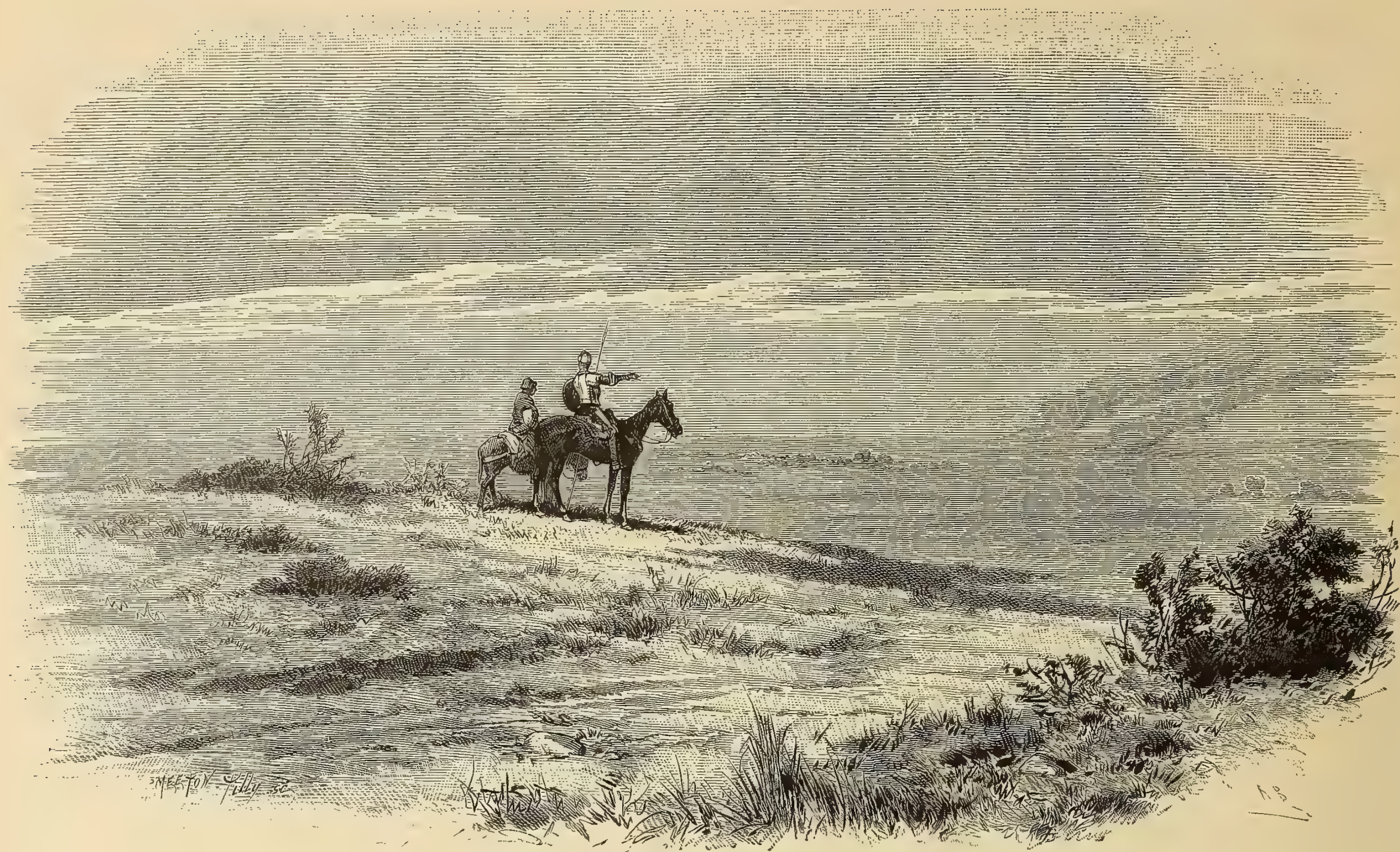
Á estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dijo con otras



DESDE ENCIMA DEL CABALLO COMENZÓ A DECIR TANTOS DENUESTOS Y BALDONES Á LOS QUE A SANCHO MANTEABAN...

mayores: «Por dicha, ¿hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí.» Y el acabar de decir esto y el comenzar á beber, todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero; porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenia unas sombras y léjos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia; mas Sancho no las echó ménos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque Don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.





CAPÍTULO XVIII

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas

Llegó Sancho á su amo, marchito y desmayado, tanto, que no podia arrear á su jumento. Cuando así le vió Don Quijote, le dijo: «Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que, cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni ménos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera, que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano

contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

—Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos, segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres; que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál estuvo que en encantamentos; y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pié derecho; y lo que seria mejor y más acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar [1], ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen.

—¡Qué poco sabes, Sancho, respondió Don Quijote, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia; que dia vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

—Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; sólo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamas hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaíno, y áun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada ménos; que despues acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

—Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió

Don Quijote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos; y áun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis cuando se llamaba *el Caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo; porque, fuera de que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

—Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo; y á los escuderos, que se los papen duelos.

—No temas eso, Sancho, dijo Don Quijote; que mejor lo hará el cielo contigo.»

En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo: «Este es el dia ¡oh Sancho! en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército, que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando.

—Á esa cuenta, dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda.»

Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes. Y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas

de ovejas y carneros, que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las cuales, con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: «Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué? dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que éste que viene por nuestra frente, le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho.

—Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya.

—¡Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin! y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.

—En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Quijote; porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

—Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero ¿dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle, despues de pasada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.

—Así es verdad, dijo Don Quijote: lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que áun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estáme atento y mira; que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.»

Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas, que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir:

«Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata. El otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran Duque de Quirocia. El otro de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente destotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Piérres Papin, señor de las baronías de Utrique. El otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Esparraguilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte.*» Y desta manera fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo: «Este

escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos campos masílicos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo; los númidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos; los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.»

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza, á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dijo: «Señor, encomiendo al diablo si hombre, ni gigante ni caballero, de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; á lo ménos yo no los veo; quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso? respondió Don Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros;» y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

«El miedo que tienes [2], dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo; que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda.»

Y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho, diciéndole: «Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote; que ¡voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir! Vuélvase ¡desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es esta? Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni entreverados. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo á Dios!»

Ni por esas volvió Don Quijote; ántes en altas voces iba diciendo: «Ea, caballeros, los que seguís y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos; vereis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana.»

Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de las piedras; ántes, discurriendo á todas partes, decia: «¿Adónde estás, soberbio Alifanfaron? Vente á mí; que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta [3].»

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba

muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas ántes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer. Viéndole, pues, caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: «¿No le decia yo, señor Don Quijote, que se volviese; que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

—Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas; si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como, en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su sér primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero..... Pero no vayas ahora [4]; que he menester tu favor y ayuda: llégate á mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan; que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.»

Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que

una escopeta, cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

«¡Santa María! dijo Sancho: y ¿qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.» Pero reparando un poco más en ello, echó de ver, en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar á su amo; y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio. Maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo ademas; y viéndole Don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo: «Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables; y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que, no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas.

—¿Cómo no? respondió Sancho: por ventura el que ayer mantearon ¿era otro que el hijo de mi padre? y las alforjas que aquí me faltan, con todas mis alhajas, ¿son de otro que del mismo?

—¿Que te faltan las alforjas, Sancho? dijo Don Quijote.

—Sí que me faltan, respondió Sancho.

—Dese modo, no tenemos qué comer hoy, replicó Don Quijote.

—Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce [5], con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes como vuestra merced es.

—Con todo eso, respondió Don Quijote, tomara yo ahora más aína un cuartal de pan ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí; que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar (y más andando tan en su servicio como andamos), pues no falta á los mosquitos del aire ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y los justos.

—Más bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante.

—De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo Don Quijote; porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un camino real, como si fuera graduado por la Universidad de París: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

—Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho: vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche; y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados; que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato.

—Pídeselo tú á Dios, hijo, dijo Don Quijote, y guia tú por donde quisieres; que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos; pero dame acá la mano, y tiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta; que allí siento el dolor.»

Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: «¿Cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte?

—Cuatro, respondió Don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho.

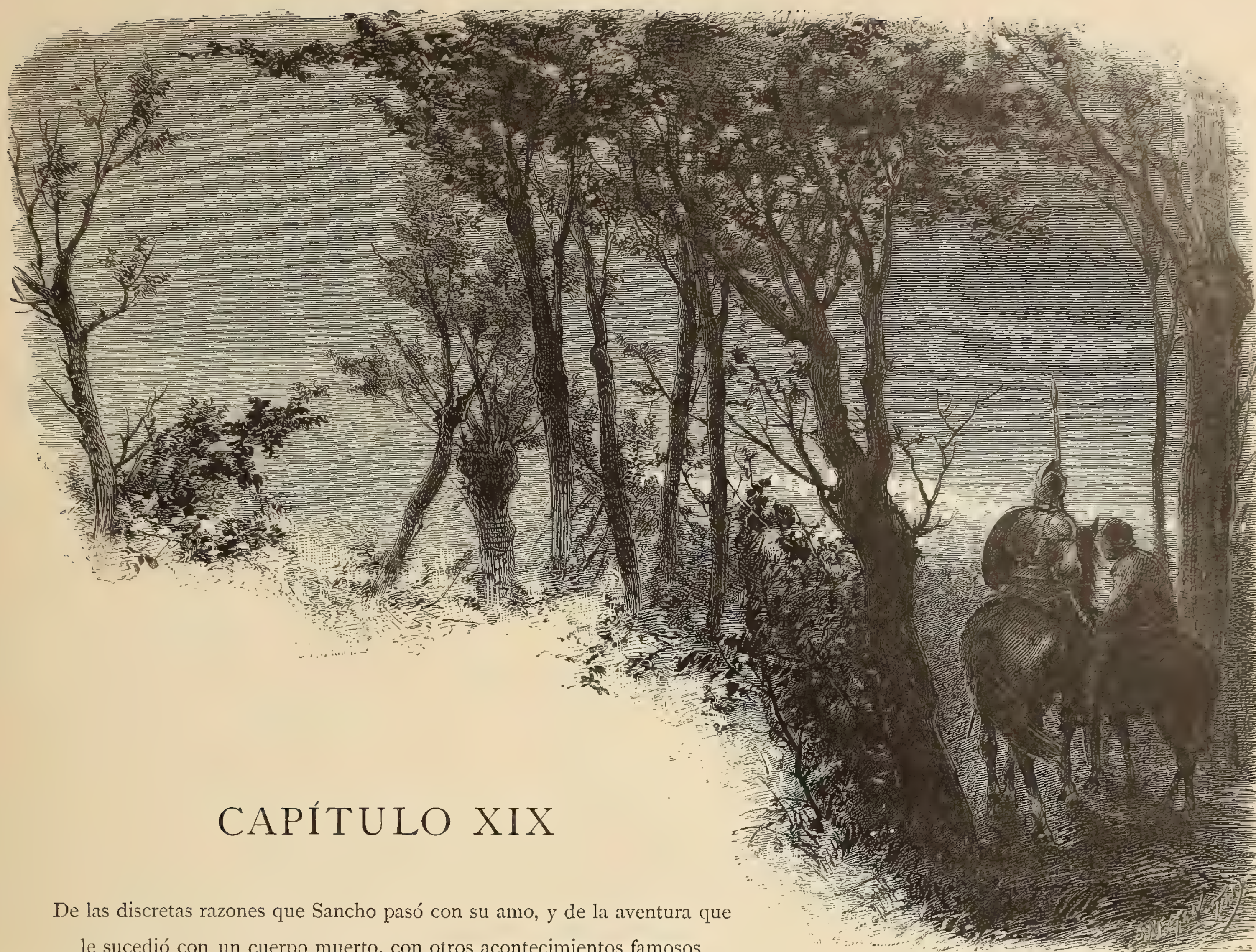
—Digo cuatro, si no eran cinco, respondió Don Quijote; porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon ni de reuma alguna.

—Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media ni ninguna; que toda está rasa como la palma de la mano.

—¡Sin ventura yo! dijo Don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba; que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha Órden de la caballería. Sube, amigo, y guia; que yo te seguiré al paso que quisieres.»

Hízolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de Don Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO XIX

De las discretas razones que Sancho pasó con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos

PARÉCEME, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la Órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro; que no me acuerdo bien.

—Tienes mucha razon, Sancho, dijo Don Quijote; mas, para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria; y tambien puedes tener por cierto que, por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda; que modos hay de composicion en la Órden de la caballería para todo.

—Pues ¿juré yo algo por dicha? respondió Sancho.

—No importa que no hayas jurado, dijo Don Quijote; basta que yo entiendo que de participante no estás muy seguro; y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.

—Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y áun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz.»

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen; y lo que no habia de bueno en ello era que perecian de hambre; que, con la falta de las alforjas, les faltó toda la despensa y matalotaje; y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna escuridad; pero, con todo esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta.

Yendo, pues, desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que, por el mismo camino que iban, venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y miéntras más se llegaban, mayores parecian; á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual, animándose un poco, dijo: «Esta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

—¡Desdichado de mí! respondió Sancho. Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran?

—Por más fantasmas que sean, dijo Don Quijote, no consentiré yo que te toquen el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir mi espada.

—Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no?

—Con todo eso, replicó Don Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo; que la experiencia te dará á entender el que yo tengo.

—Sí tendré, si á Dios place,» respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser; y de allí á muy poco vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente descubrieron que detras de los encamisados venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo, enlutados hasta los piés de las mulas; que bien advirtieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva.

Esta extraña vision, á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y áun en el de su amo; y así fuera en cuanto á Don Quijote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo; lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros.

Figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino, por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo:

«Deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais y qué es lo que en aquellas andas llevais; que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.

—Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta léjos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís;» y picando la mula, pasó adelante.

Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno á la caballería, dijo al que iba en ella: «Deteneos, y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla.»

Era la mula asombradiza; y al tomarla del freno, se espantó de manera, que alzándose en los piés, dió con su dueño y consigo en el suelo. Un mozo, que iba á pié, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á Don Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzon, arremetió al mozo enlutado y mal sufrido, y dió con él en tierra; y revolviéndose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba; que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así, con facilidad, en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo, envueltos y revueltos en sus faldamentos y lobas, no se podian mover; así que, muy á su salvo Don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: «Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.»

Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quijote; y llegándose á él, le puso la punta del lanzon en el rostro, diciéndole que se rindiese; si no, que le mataria.

Á lo cual respondió el caido:

«Harto rendido estoy, pues no me puedo mover; que tengo una pierna quebrada. Suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate; que cometerá un gran sacrilegio; que soy licenciado, y tengo las primeras Órdenes.

—Pues ¿quién diablos os ha traido aquí, dijo Don Quijote, siendo hombre de Iglesia?

—¿Quién, señor? replicó el caido: mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza, dijo Don Quijote, si no me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunté.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado; y así, sabrá vuestra merced que, aunque denántes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcobéndas, vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

—Y ¿quién le mató? preguntó Don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el Bachiller.

—Desa suerte, dijo Don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero, habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros; porque lo mesmo hiciera si á mí mesmo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el Bachiller, pues á mí, de derecho, me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida; y el agravio que en mí habeis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

—No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto; que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.

—Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el Bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

—Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote; y ¿hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan?»

Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Halló Sancho un talego ó costal en la acémila, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en él, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha; y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho.

Díjole tambien Sancho:

«Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que

tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *el Caballero de la Triste Figura.*»

Con esto se fué el Bachiller. Olvidábaseme de decir que ántes dijo á Don Quijote: «Advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: si quis suadente diabolo*, etc.

—No entiendo ese latin, respondió Don Quijote; mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzon; cuanto más, que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruí Díaz cuando quebró la silla del Embajador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó; y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.»

En oyendo esto el Bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra; y Don Quijote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura* más entónces que nunca.

«Yo se lo diré, respondió Sancho; porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamas he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.

—No es eso, respondió Don Quijote, sino que al sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *el de la Ardiente Espada*, cuál *el del Unicornio*, aquél *de las Doncellas*, aquéste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grifo*, estotro *el de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así, digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases

el Caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo, una muy triste figura.

—No hay para qué, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho; sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren; que sin más ni más, y sin otra imágen ni escudo, le llamarán *el de la Triste Figura;* y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura.»

Rióse Don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado.

Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no; pero no lo consintió Sancho, diciéndole: «Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más á su salvo de todas las que yo he visto. Esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto, volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga: no hay que hacer más sino retirarnos con gentil compas de piés; y, como dicen, váyase el muerto á la sepultura, y el vivo á la hogaza;» y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar, le siguió; y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió al jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la

tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni áun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo [1].





CAPÍTULO XX

De la jamas vista ni oida aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo, que estas yerbas humedece; y así, será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.»

Parecióle bien el consejo á Don Quijote; y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos, cuando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera; y parándose á escuchar hácia qué parte

sonaba, oyeron á deshora otro estruendo, que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo; digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á estar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacian un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto; y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba; añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban.

Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su adarga, terció su lanzon y dijo: «Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la Fama; y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en éste en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos, las cuales cosas, todas juntas y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mesmo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho, con el deseo que tiene de acometer esta

aventura, por más dificultosa que se muestra; así que, aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no más, despues de los cuales, si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea; y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia, Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.»

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: «Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura. Ahora es de noche, aquí no nos ve nadie; bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, ménos habrá quien nos note de cobardes; cuanto más que yo he oido muchas veces predicar al Cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él; así que, no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apénas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer más, y no ménos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas; pues cuando más vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo ménos hasta la mañana; que, á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.

—¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo Don Quijote, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura, que no parece en todo el cielo estrella alguna?

—Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo; puesto que por buen discurso bien se puede entender que falta poco de aquí al dia.

—Falte lo que faltare, respondió Don Quijote; que no se ha de decir por mí, ahora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero; y así, te ruego, Sancho, que calles; que Dios, que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto.»

Viendo, pues, Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia, si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante, de manera que cuando Don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: «Ea, señor; que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon.»

Desesperábase con esto Don Quijote, y por más que ponia las piernas al caballo, ménos le podia mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho; y así, le dijo: «Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

—No hay que llorar, respondió Sancho; que yo entretendré á vuestra

merced, contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el dia, y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

—¿Á qué llamas apear ó á qué dormir? dijo Don Quijote. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres; que yo haré lo que viere que más viene con mi pretension.

—No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho; que no lo dije por tanto.»

Y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole Don Quijote que contase algun cuento para entretenerle, como se lo habia prometido; á lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oia.

«Pero, con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias; y estéme vuestra merced atento; que ya comienzo. Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar... Y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera; que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice: *Y el mal para quien le fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos éste, donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote; y del camino que hemos de seguir, déjame á mí el cuidado.

—Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo (quiero decir que guardaba cabras), el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope

Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva, era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico.....

—Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada.

—De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas; y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Di como quisieres, respondió Don Quijote; que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

—Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo.

—Luego ¿conocístela tú? dijo Don Quijote.

—No la conocí yo, respondió Sancho; pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien cuando lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo. Así que, yendo dias y viniendo dias, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad; y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamas. La Torralva, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien, más que nunca le habia querido.

—Esa es natural condicion de mujeres, dijo Don Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece. Pasa adelante, Sancho.

—Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion; y antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura para

pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva, que lo supo, se fué tras él, y seguíale á pié y descalza desde léjos, con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara. Mas llevase lo que llevase (que yo no me quiero meter ahora en averiguallo), sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana; y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó, no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte; de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador, que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra; y con todo esto, le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra..... Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver; con todo esto, volvió por otra cabra, y otra y otra.

—Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quijote; no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho.

—Yo ¿qué diablos sé? respondió Don Quijote.

—Hé ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta. Pues, por Dios, que se ha acabado el cuento; que no hay pasar adelante.

—¿Cómo puede ser eso? respondió Don Quijote. ¿Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

—No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho; porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habian pasado,

y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir; y á fe que era de mucha verdad y contento.

—¿De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada?

—Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho.

—Dígote de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dejarla, jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida; aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso. Mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento.

—Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir; que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe norabuena donde quisiere, dijo Don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante.»

Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto parece ser, ó que del frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible; y así, lo que hizo, por bien de paz, fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian, sin ayuda de otra alguna; y en quitándosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos; tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto (que él pensó que era lo más que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia), le sobrevino otra mayor, que fué que le

pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo, al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo.

Oyólo Don Quijote y dijo: «¿Qué rumor es ese, Sancho?

—No sé, señor, respondió él: alguna cosa nueva debe de ser: que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.» Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado. Mas como Don Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apénas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: «Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

—Sí tengo, respondió Sancho; mas ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

—En que ahora más que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quijote.

—Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo Don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes á la mia; que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

—Peor es meneallo [1], amigo Sancho,..... respondió Don Quijote.»

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas, viendo Sancho que á más andar se venia la mañana, con mucho tiento

desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo, pues, Don Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura; sintió tambien que el golpear no cesaba; pero no vió quién lo podia causar; y así, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo más largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que, en lo que tocaba á la paga de sus servicios, no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento ántes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad, del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy más que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido, y por lo ménos cristiano viejo; cuyo sentimiento enterneció algo á su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna; ántes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia.

Seguíale Sancho á pié, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua; al pié de las peñas

estaban unas casas mal hechas, que más parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que áun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, cuando, al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido..... Y eran (si no lo has ¡oh lector! por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse; y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don Quijote, y más cuando le oyó decir, como por modo de fisga: «Has de saber ¡oh Sancho amigo! que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos;» y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, Don Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos tales, que si, como

los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: «Sosiéguese vuestra merced; que, por Dios, que me burlo.

—Pues porque os burlais, no me burlo yo, respondió Don Quijote. Venid acá, señor alegre: ¿paréceos á vos que si, como estos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, á dicha, siendo, como soy, caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batanes ó no? Y más, que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

—No haya más, señor mio, replicó Sancho; que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren, tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido?..... á lo ménos el que yo tuve; que de vuestra merced, ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

—No niego yo, respondió Don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse; que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas.

—Á lo ménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada; que yo he oido decir: Ése te quiere bien que te hace llorar; y más, que suelen los principales señores, tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas; aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle

dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme.

—Tal podria correr el dado, dijo Don Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre; y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo; que en cuantos libros de caballerías he leido, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo; y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco; mia, en que no me dejo estimar en más. Sí, que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fué de la ínsula firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo, *more turquesco*. Pues ¿qué diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sólo una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho, has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero; así que, desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo; y si no llegaren, el salario á lo ménos no se ha de perder, como ya os he dicho.

—Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir á lo de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albañil.

—No creo yo, respondió Don Quijote, que jamas los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podia suceder; que áun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería,

y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

—Así es verdad, dijo Sancho, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural.

—Desa manera, replicó Don Quijote, vivirás largamente sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.»





CAPÍTULO XXI

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el ínterin en los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento Don Quijote, por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así, torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habian llevado el dia de ántes. De allí á poco descubrió Don Quijote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro; y apénas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo: «Paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: «Donde una puerta se cierra, otra se abre.» Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra

mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la escuridad de la noche. Digo esto porque, si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho; que no querria que fuesen otros batanes, que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido.

—¡Válate el diablo por hombre! replicó Don Quijote; ¿qué va de yelmo á batanes?

—No sé nada, respondió Sancho; mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.

—¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo Don Quijote. Dime, ¿no ves aquel caballero, que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio, rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

—Lo que yo veo ú columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

—Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo Don Quijote: apártate á una parte, y déjame con él á solas; verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar de tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo, que tanto he deseado.

—Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea, y no batanes.

—Ya os he dicho, hermano, que no me menteis, ni por pienso, más eso de los batanes, dijo Don Quijote; que ¡voto..... y no digo más, que os batanee el alma!»

Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliese el voto; que le habia echado redondo como una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que Don Quijote

veia, era esto: que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él, sí; y así, el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero, y traia una bacía de azófar; y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover; y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza; y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion porque á Don Quijote le pareció caballo rucio, rodado, y caballero y yelmo de oro; que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos; y cuando él vió que el pobre barbero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: «Defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe.»

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo; y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento.

Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él, por distinto natural, sabe que es perseguido.

Mandó á Sancho que alzase el yelmo; el cual, tomándole en las manos, dijo: «Por Dios, que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí;» y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje; y como no se le hallaba, dijo: «Sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza; y lo peor dello es que le falta la mitad.»



SE LA PUSO LUEGO EN LA CABEZA, RODEÁNDOLA Á UNA PARTE Y Á OTRA, BUSCÁNDOLE EL ENCAJE.

Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa; mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della.

«¿De qué te ries, Sancho? dijo Don Quijote.

—Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada.

—¿Sabes qué imagino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor; y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la una mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo ésta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere; que para mí, que la conozco, no hace al caso su transmutacion; que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte, que no le haga ventaja, ni áun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y en este entre tanto la traeré como pudiere; que más vale algo que no nada: cuanto más, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

—Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.

—No me da mucha pena el haberle perdido; que ya sabes tú, Sancho, dijo Don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria.

—Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora: cuanto más, que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada; que semejantes desgracias mal se pueden prevenir; y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare.

—Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto Don Quijote; porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sábete que es de

pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pié sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? que, bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo; que, á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena, la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene;» y aquí dió un suspiro que le puso en las nubes.

Y dijo Sancho: «Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se me quitarán de las espaldas los estacazos de los yangüeses. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio, rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó; que, segun él puso los piés en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas; y ¡para mis barbas si no es bueno el rucio!

—Nunca yo acostumbro, dijo Don Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié; si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo; que en tal caso, lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita; así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea; que, como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él.

—Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería [1], pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro; y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera.

—En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quijote; y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema.

—Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester más;» y luego, habilitado con aquella licencia,

hizo *mutatio capparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto.

Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, y bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian, por el miedo en que los habian puesto. Cortada, pues, la cólera, y áun la malenconía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto), se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y áun la del asno, que siempre le seguia, por donde quiera que guiaba, en buen amor y compañía; con todo esto, volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno.

Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho á su amo: «Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola, que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograse.

—Dila, dijo Don Quijote, y sé breve en tus razonamientos; que ninguno hay gustoso si es largo.

—Digo, pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde, ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpétuo silencio y en perjuicio de la intencion de vuestra merced y de lo que ellas merecen; y así, me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto del señor á quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpétua

memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones.

—No dices mal, Sancho, respondió Don Quijote; mas ántes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en probacion, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la córte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apénas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen, dando voces diciendo: «Éste es el caballero del Sol (ó de la Serpiente, ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas); éste es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza; el que desencantó al gran Mameluco de Persia, del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años.» Así que, de mano en mano, irán pregonando sus hechos; y luego, al alboroto de los muchachos y de la demas gente, se parará á las fenestras de su real palacio el Rey de aquel reino; y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «Ea sús, salgan mis caballeros, cuantos en mi córte están, á recebir á la flor de la caballería, que allí viene:» á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reina, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puedan hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana; y sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ánsias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manton de escarlata con que

se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el Rey, Reina é Infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes; y ella hará lo mesmo con la mesma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa dueña, que entre dos gigantes, detras del enano, viene con cierto enigma hecho por un antiquísimo sabio, que el que lo acertare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el Rey que todos los que están presentes lo prueben, y ninguno le dará significacion, sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este Rey ó Príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él; y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su córte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha. Darásela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face; y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las rejas del aposento donde ella duerme, que caen á un jardin, por las cuales ya otras muchas veces la habrá fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se fia. Suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos, por la honra de su señora; finalmente, la Infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la Princesa que se detenga lo ménos que pudiere; prometérselo ha él con muchos juramentos; tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará por acabar la vida. Vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir, del dolor de la partida; madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reina y de la Infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora Infanta

está mal dispuesta, y que no puede recebir visita; piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes ó no; asegurará la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero, sino en sujeto real y grave; contiénese con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve á la córte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer, en pago de sus servicios, no se la quiere dar el Rey porque no sabe quién es; pero, con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa; muérese el padre, hereda la Infanta, queda rey el caballero, en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado; casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.

—Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pié de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *el Caballero de la Triste Figura*.

—No lo dudes, Sancho, replicó Don Quijote, porque del mesmo modo, y por los mesmos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores. Sólo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la córte. Tambien me falta otra cosa:

que, puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo cómo se podrá hallar que yo sea de linaje de reyes, ó por lo ménos primo segundo de emperador; porque no me querrá el Rey dar á su hija por mujer, si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos; así que, por esta falta, temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de Rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al reves; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores; de manera, que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron; y podria ser yo de suerte que, despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el Rey mi suegro que hubiese de ser; y cuando no, la Infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aquí entra el roballa y llevarla donde más gusto me diere; que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.

—Ahí entra tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza; aunque mejor cuadra decir: Más vale salto de mata que ruego de hombres buenos. Dígolo porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la Infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella. Pero está el daño que en tanto que se hagan las paces, y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su mujer, se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo

ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa.

—Eso no hay quien lo quite, dijo Don Quijote.

—Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.

—Hágalo Dios, respondió Don Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester; y ruin sea quien por ruin se tiene.

—Sea por Dios, dijo Sancho; que yo cristiano viejo soy, y para ser conde, esto me basta.

—Y áun te sobra, dijo Don Quijote; y cuando no lo fueras, no hacia nada al caso; porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde, cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren; que á buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

—Y ¡montas, que no sabria yo autorizar el litado! dijo Sancho.

—Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo.

—Sea así, respondió Sancho Panza; digo que le sabria bien acomodar; porque, por vida mia, que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. Pues ¿qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas, á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas.

—Bien parecerás, dijo Don Quijote; pero será menester que te rapes las barbas á menudo; que, segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo ménos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.

—¿Qué hay más, dijo Sancho, sino tomar un barbero y tenerle asalariado en casa? Y áun si fuere menester, le haré que ande tras mí, como caballerizo de grande.

—Pues ¿cómo sabes tú, preguntó Don Quijote, que los grandes llevan detrás de sí á sus caballerizos?

—Yo se lo diré, respondió Sancho. Los años pasados estuve un mes en la córte, y allí ví que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél; respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales: desde entónces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado.

—Digo que tienes razon, dijo Don Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero; que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y áun es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

—Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde.

—Así será [2],» respondió Don Quijote; y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO XXII

De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce y nunca imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, Don Quijote alzó los ojos y vió que, por el camino que llevaba, venian hasta doce hombres á pié, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos.

Venian asimismo con ellos tres hombres de á caballo y dos de á pié: uno de á caballo con escopeta de rueda, y los demas con dardos y espadas; y así como Sancho Panza los vió, dijo:

«Esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras.



[illegible] DE Á CABALLO RESPONDIÓ QUE ERAN GALEOTES [illegible]

—¿Cómo gente forzada? preguntó Don Quijote; ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente?

—No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras, de por fuerza.

—En resolucion, replicó Don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, adonde los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

—Así es, dijo Sancho.

—Pues desa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecucion de mi oficio: desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables.

—Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.»

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas porque llevaban aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad, que iba á galeras; y que no habia más que decir, ni él tenia más que saber.

«Con todo eso, replicó Don Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.»

Añadió á estas, otras tales y tan comedidas razones, para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: «Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo éste de detenernos á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo dirán si quisieren; que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.»

Con esta licencia, que Don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa.

Él respondió que por enamorado.

«¿Por eso no más? replicó Don Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, dias há que pudiera yo estar bogando en ellas.

—No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote; que los mios fueron que quise tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que, á no quitármela la justicia, por fuerza, áun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad; fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.

—¿Qué son gurapas? preguntó Don Quijote.

—Gurapas son galeras,» respondió el galeote; el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita.

Lo mismo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y malencónico; mas respondió por él el primero, y dijo: «Este, señor, va por canario..... digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo? replicó Don Quijote: por músicos y cantores ¿van tambien á galeras?

—Sí, señor, respondió el galeote; que no hay peor cosa que cantar en el ánsia.

—Ántes he oido yo decir, dijo Don Quijote, que quien canta, sus males espanta.

—Acá es al reves, dijo el galeote; que quien canta una vez, llora toda la vida.

—No lo entiendo,» dijo Don Quijote; mas una de las guardas le dijo: «Señor caballero, cantar en el ánsia dice entre esta gente *non sancta* al confesar en el tormento. Á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias; y por haber confesado, le condenaron por seis años á galeras, amén de docientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y acriminan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones; porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un

delincuente, que está en su lengua su vida y su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

—Y yo lo entiendo así,» respondió Don Quijote; el cual, pasando al tercero, preguntó lo que á los otros; el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo: «Yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana, dijo Don Quijote, por libraros desa pesadumbre.

—Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia y basta [1].»

Pasó Don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual, oyéndose preguntar la causa porque allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra: mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo: «Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido, en pompa y á caballo.

—Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza.

—Así es, replicó el galeote; y la culpa porque le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y áun de todo el cuerpo: en efeto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero.

—Á no haberle añadido esas puntas y collar, dijo Don Quijote, por solamente el alcahueteo limpio, no merecia él ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas; porque no es así como quiera el oficio de alcahuete; que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien

ordenada, y que no le debia ejercer sino gente muy bien nacida; y áun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más á ménos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la más necesaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar; sólo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero; aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas mixturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad.

—Así es, dijo el buen viejo; y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa; en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello; que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir á donde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato;» y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna.

Pasó adelante Don Quijote, y preguntó á otro su delito: el cual respondió con no ménos, sino con mucha más gallardía que el pasado: «Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras

dos hermanas que no lo eran mias; finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay diablo que la declare: probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí..... castigo es de mi culpa; mozo soy, dure la vida; que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece.» Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino.

Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro un poco. Venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pié, tan grande, que se le liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pié de amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas con un grueso candado; de manera, que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos.

Preguntó Don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros.

Respondióle la guarda que porque tenia aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir.

«¿Qué delitos puede tener, dijo Don Quijote, si no han merecido más pena que echarle á las galeras?

—Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte cevil: no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

—Señor Comisario, dijo entónces el galeote: váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo; y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco.

—Hable con ménos tono, replicó el Comisario, señor ladron de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

—Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

—Pues ¿no te llaman así, embustero? dijo la guarda.

—Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénosle ya, y vaya con Dios; que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

—Dice verdad, dijo el Comisario; que él mesmo ha escrito su historia, que no hay más que ver, y deja empeñado el libro en la cárcel en docientos reales.

—Y le pienso quitar, dijo Gines, si quedara en docientos ducados.

—¿Tan bueno es? dijo Don Quijote.

—Es tan bueno, respondió Gines, que ¡mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren! Lo que le sé decir á voacé es, que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se les igualen.

—Y ¿cómo se intitula el libro? preguntó Don Quijote.

—*La vida de Gines de Pasamonte*, respondió él mismo.

—Y ¿está acabado? preguntó Don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si áun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

—Luego ¿otra vez habeis estado en ellas? dijo Don Quijote.

—Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á

qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Gines; y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro; que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que seria menester; aunque no es menester mucho para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

—Hábil pareces, dijo Don Quijote.

—Y desdichado [2], respondió Gines; porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

—Persiguen á los bellacos, dijo el Comisario.

—Ya le he dicho, señor Comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco; que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde Su Majestad manda; si no, ¡por vida de...! Basta; que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos; que ya es mucho regodeo éste.»

Alzó la vara en alto el Comisario para dar á Pasamonte, en respuesta de sus amenazas; mas Don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algun tanto suelta la lengua; y volviéndose á todos los de la cadena, dijo:

«De todo cuanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez [3], hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades; todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y áun forzando que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la Órden de caballería

que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y Comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz; que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres; cuanto más, señores guardas, añadió Don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros: allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno; y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagais por fuerza.

—¡Donosa majadería! respondió el Comisario. ¡Bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato! ¡Los forzados del Rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato.

—Vos sois el gato y el rato y el bellaco,» respondió Don Quijote; y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo, mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero, volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados.

Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes, que se desataban, ya por acometer á Don Quijote que los aguardaba, no

hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado; y arremetiendo al Comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban.

Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual á campana herida saldria á buscar los delincuentes; y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca.

«Bien está eso, dijo Don Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga;» y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al Comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: «De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más á Dios ofenden es la ingratitud. Dígolo porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habeis recebido; en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero el de la Triste Figura se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad; y hecho esto, os podreis ir donde quisiéredes á la buena ventura.»

Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dijo: «Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que

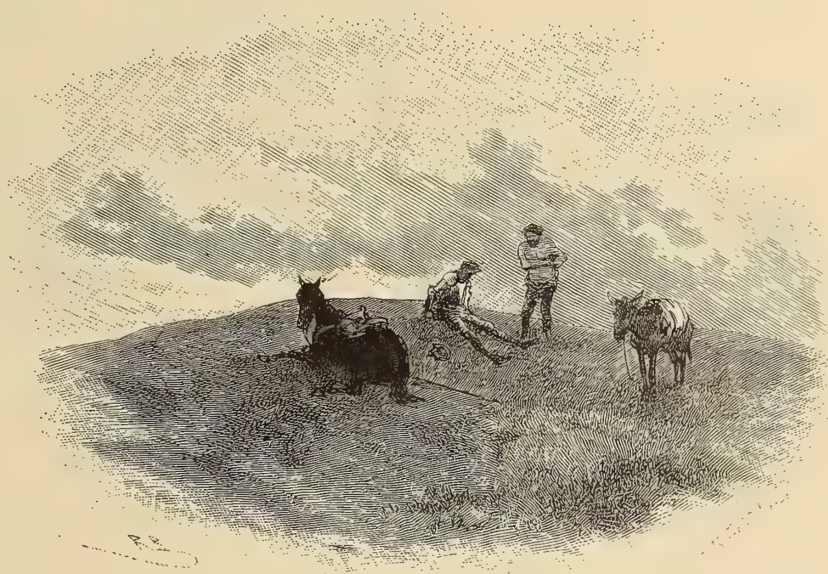
haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced; y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que áun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo.

—Pues ¡voto á tal, dijo Don Quijote (ya puesto en cólera), don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestas!»

Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad), viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros; y apartándose aparte, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con el adarga, y el pobre de Rocinante no hacia más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien Don Quijote que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apénas hubo caido, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos; quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querrian quitar, si las grebas no lo estorbaran. Á Sancho le quitaron el gaban, dejándole en pelota; y repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso.

Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote: el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando

que áun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos; Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; Don Quijote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho [4].





CAPÍTULO XXIII

De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan

Viéndose tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: «Siempre, Sancho, lo he oido decir: que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar desde aquí para adelante.

—Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se excusará otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías; que no se le da á ella, por cuantos caballeros andantes hay, dos maravedís; y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos.

—Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo Don Quijote; pero, porque

no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion: que jamas, en vida ni en muerte, has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello; y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora, te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste, que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad, que dices que temes, sino á los hermanos de las doce tribus de Israel, y á los siete Macabeos, y á Cástor y Pólux, y áun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

—Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á las fuerzas, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarlo todo en un dia; y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno; así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sígame; que el caletre me dice que hemos menester ahora más los piés que las manos.»

Subió Don Quijote, sin replicarle más palabra; y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia; cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que miraron y buscaron los galeotes [1].

Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y áun otros algunos dias, á lo ménos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así hicieron

noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron que de la cadena por virtud y locura de Don Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á Don Quijote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado [2], acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y ántes que amaneciese se halló bien léjos de poder ser hallado.

Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló ménos su rucio; el cual viéndose sin él comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: «¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganabas cada dia mediaba yo mi despensa!»

Don Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á Don Quijote la merced que le hacia: el cual como entró por aquellas montañas se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes, é iba pensando en estas

cosas, tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado; y así, iba tras su amo, sentado á la mujeriega sobre su jumento, sacando de su costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite.

En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto, que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle, si fuese menester; y cuando llegó, fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaban tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos; y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della, vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro. Y así como los vió, dijo: «¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!» Y buscando más, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido: éste le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced; y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa.

Todo lo cual visto por Don Quijote, dijo: «Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra; y salteándole malandrines, le debieron de matar y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte.

—No puede ser eso, respondió Sancho; porque, si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero.

—Verdad dices, dijo Don Quijote; y así, no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay

alguna cosa escrita, por donde podamos rastrearlo, y venir en conocimiento de lo que deseamos.»

Abrióle, y lo primero que halló en él; escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto, porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

Ó le falta al amor conocimiento,
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género más duro de tormento.
Pero, si Amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un dios no sea cruel: pues ¿quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto;
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta rüina.
Presto habré de morir, que es lo más cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

«Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada; si ya no es que por ese hilo que está ahí, se saque el ovillo de todo.

—¿Qué hilo está aquí? dijo Don Quijote.

—Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí *hilo.*

—No dije sino *Fili*, respondió Don Quijote; y éste sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte.

—Luego ¿tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas?

—Y más de lo que tú piensas, respondió Don Quijote; y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias, por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes; verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

—Lea más vuestra merced, dijo Sancho; que ya hallará algo que nos satisfaga.»

Volvió la hoja Don Quijote, y dijo: «Esto es prosa, y parece carta.

—¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho.

—En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quijote.

—Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho; que gusto mucho destas cosas de amores.

—Que me place,» dijo Don Quijote; y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera:

«Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde ántes »volverán á tus oidos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas. »Desechásteme ¡oh ingrata! por quien tiene más, no por quien vale más, que »yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas »ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han »derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que »eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que »los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes »arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome venganza de lo que no poseo.»

Acabando de leer la carta, dijo Don Quijote: «Ménos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algun desdeñado amante;» y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincon en toda ella ni en el cojin que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por negligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento; y aunque no halló más de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero, como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria (que era por donde él podia caminar), siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza. Figurósele que iba medio desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los piés descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos le cubrian unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traia la cabeza descubierta; y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura; y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta; y propuso en sí de buscalle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle; y así, mandó á Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre, que con tanta priesa se les habia quitado de delante.

—No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

—Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el

ánima del cuerpo; y vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela; quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.»

Á lo que Sancho respondió: «Harto mejor seria no buscarle; porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra via ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entónces el rey me hacia franco.

—Engáñaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote; que ya que hemos caido en sospecha de tener el dueño casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselo; y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo.»

Y así, picó á Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento; y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo, caida, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin.

Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos que quién les habia traido por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras, ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase; que de todo le darian buena cuenta.

Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo: «Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada: pues á buena fe que há ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á su dueño?

—No hemos topado á nadie, respondió Don Quijote, sino á un cojin y á una maletilla, que no léjos deste lugar hallamos.

—Tambien la hallé yo, respondió el cabrero; mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiesen por de hurto; que es el diablo sotil, y debajo de los piés se levanta all hombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no.

—Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho; que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba: que no quiero perro con cencerro.

—Decidme, buen hombre, dijo Don Quijote: ¿sabeis vos quién sea el dueño destas prendas?

—Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es, que habrá al pié de seis meses, poco más á ménos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojin y maleta que decis que hallastes y no tocastes. Preguntónos que cuál parte desta sierra era la más áspera y escondida; dijímosle que era ésta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entrais media legua más adentro, quizá no acertareis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la Sierra; y desde entónces nunca más le vimos, hasta que, desde allí á algunos dias, salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada, se llegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traia, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la Sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo más cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado

y tostado del sol, de tal suerte, que apénas le conocimos; sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente; y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia, para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él; pedímosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo ménos saliese á pedirlo, y no á quitarlo, á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon del asalto pasado, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchado le habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole cómo le habíamos visto la vez primera y cuál le veíamos entónces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona; que, puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática, paró, enmudecióse y clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque, por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados; y todo esto hacia diciendo: «¡Ah

fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste; estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño;» y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre; y él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido. Todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino lo toma á puñadas; y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallemos; y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién es, cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez;» que ya le habia dicho Don Quijote cómo habia visto pasar aquel hombre saltando por la Sierra; el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle. Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció (por entre una quebrada de una

sierra, que salia donde ellos estaban) el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto más de léjos. Su traje era cual se ha pintado; sólo que, llegando cerca, vió Don Quijote que un coleto hecho pedazos, que sobre sí traia, era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traia no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no ménos comedimiento; y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire, le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quijote el de la *Triste*, despues de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí; y puestas sus manos en los hombros de Don Quijote, le estuvo mirando, como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quijote, que Don Quijote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante [1].





CAPÍTULO XXIV

Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena

Dice la historia que era grandísima la atencion con que Don Quijote escuchaba al astroso caballero de la *Sierra*, el cual, principiando su plática, dijo: «Por cierto, señor, quien quiera que seais (que yo no os conozco), yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado; y quisiera yo hallarme en términos que con más que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa, con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas.

—Los que yo tengo, respondió Don Quijote, son de serviros, tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio; y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia

posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera; que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas; y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habeis amado ó amais, que me digais quién sois, y la causa que os ha traido á vivir ó á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ajeno de vos mismo, cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro, añadió Don Quijote, por la Órden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complaceis, he de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido.»

El caballero del *Bosque*, que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura*, no hacia sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le hubo bien mirado, le dijo: «Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den; que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado.»

Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia que tragaba; y en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviado de allí estaba. En llegando á él, se sentó en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: «Si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no

interrompereis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando.»

Estas razones del Roto trujeron á la memoria á Don Quijote el cuento que le habia contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero, volviendo al Roto, prosiguió diciendo: «Esta prevencion que hago es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias; que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que de añadir otras de nuevo; y miéntras ménos me preguntáredes, más presto acabaré yo de decillas; puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo.»

Don Quijote se lo prometió en nombre de los demas, y él, con este seguro, comenzó desta manera:

«Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores desta Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello; porque bien veian que cuando pasaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella tanto el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo; porque, aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con más

libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion más determinada y la lengua más atrevida.

»¡Ay, cielos, y cuántos billetes la escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias y recreaba su voluntad! En efeto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice; á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle y de querer honrarme con prendas suyas; pero que, siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dijese; y con este intento, luégo, en aquel mismo instante fuí á decirle á mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual ántes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía.

»Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mí mesmo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde el Duque estaba; que queria que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decia: «De aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque; y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que

mereces:» añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba; fuí dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced habian de ser en perjuicio suyo; pero el que más se holgó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; que, aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que don Fernando me queria y trataba. Es, pues, el caso que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado, que le traia con un poco de desasosiego. Queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál destas cosas tuviese más excelencia, ni más se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de don Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlos y conquistar la entereza de la labradora, á darle palabra de ser su esposo; porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los más vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle, y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo, su padre; mas don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en ley de buen criado, á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia; y así, por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la

hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasion que daria él al Duque, de que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo.

»Apénas le oí yo decir esto, cuando, movido de mi aficion..... aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las más acertadas que se podian imaginar, por ver cuán buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efeto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los más firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor..... quiero decir, que así como don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecucion.

»Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase; venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era; vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta, por mi mal, á don Fernando, por parecerme que, en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada. Alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada; cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana, por donde los dos solíamos hablarnos. Vióla en

signo tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo vereis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle más el deseo, que á mí me celaba, y al cielo á solas descubria, quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que, en leyéndolo, me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demas mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que, puesto que yo veia con cuán justas causas don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razon á recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática, aunque la trujese por los cabellos; cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso, me hacia temer mi suerte en lo mesmo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho: acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en qué leer (de quien era ella muy aficionada), me escribió un billete diciéndome que la pidiese á mis padres por esposa, y lo puso, y lo halló luego don Fernando, dentro del libro, que era el de *Amadís de Gaula*.....»

No hubo bien oido Don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo:

«Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Así que, para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento; que con sólo haber entendido su aficion, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo. Y quisiera yo, señor, que

vuestra merced le hubiera enviado, junto con Amadis de Gaula, al bueno de don Rugel de Grecia; que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no durará más en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea; que allí le podré dar más de cien libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida..... aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores; y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos, de no interromper su plática; pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna; así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso.»

En tanto que Don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo; y puesto que dos veces le dijo Don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: «No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabad estaba amancebado con la reina Madásima.

—Eso no ¡voto á tal! respondió con mucha cólera Don Quijote (y arrojóle, como tenia de costumbre); y esa es una muy gran malicia, ó bellaquería, por mejor decir. La reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como más gusto le diere.»

Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quijote se la oyera, segun le habia disgustado lo que de Madásima le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo, pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado; y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro; y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña.

Levantóse Sancho; y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura; que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos.

Decia Sancho, asido con el cabrero:

«Déjeme vuestra merced, señor caballero de la Triste Figura; que en éste, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado.

—Así es, dijo Don Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.»

Con esto los apaciguó, y Don Quijote volvió á preguntar al cabrero si

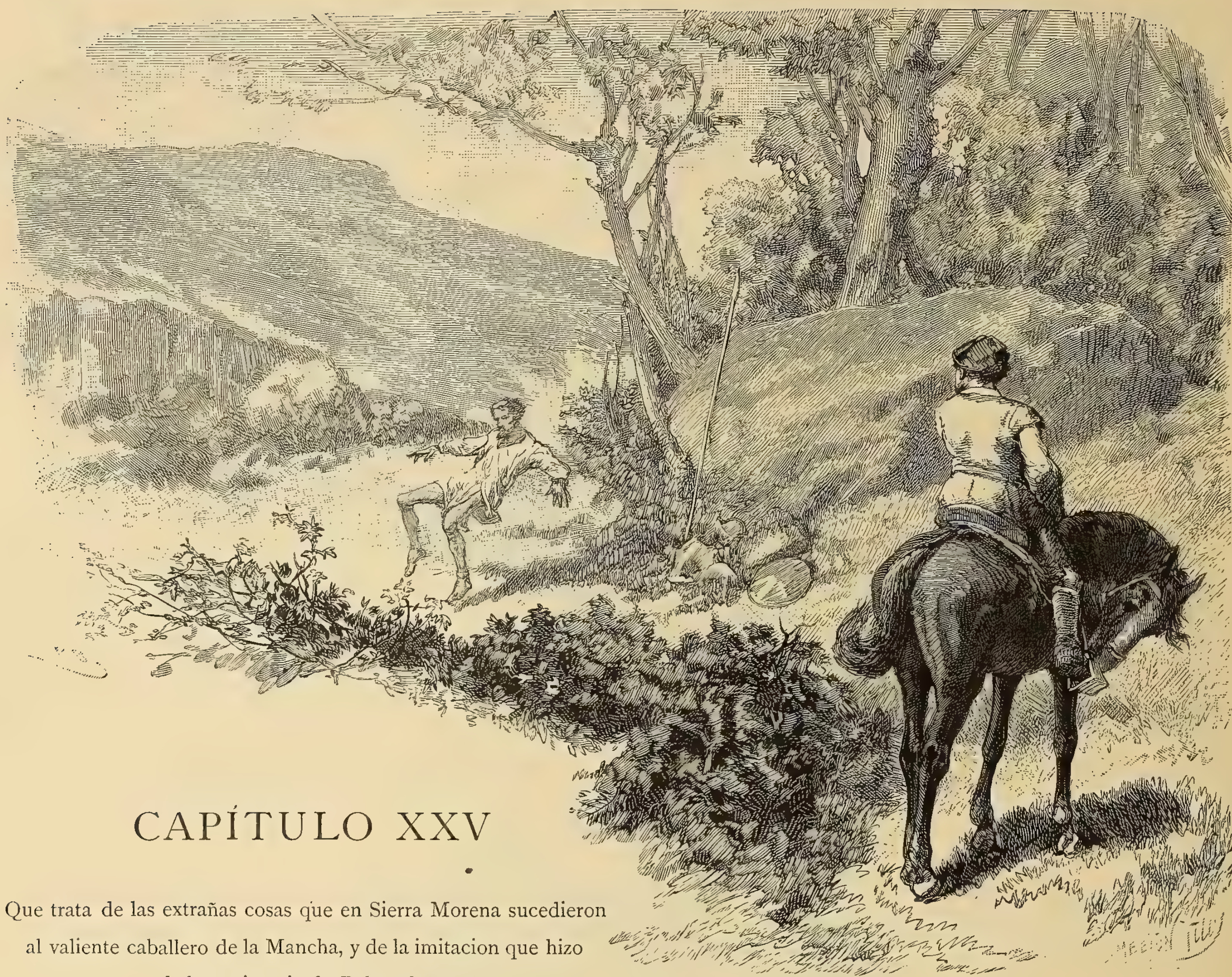


ALZÓ UN GUIJARRO QUE HALLÓ JUNTO Á SÍ, Y DIÓ CON ÉL EN LOS PECHOS TAL GOLPE Á DON QUIJOTE....

seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia.

Díjole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle, ó cuerdo ó loco.





CAPÍTULO XXV

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo de la penitencia de Beltenebros

Despidióse del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas, no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: «Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendicion y me dé licencia; que desde aquí me quiero volver á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, con los cuales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera ménos mal, porque

departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, peladillazos y puñadas; y con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quijote; tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y dí lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

—Sea así, dijo Sancho: hable yo ahora; que despues, Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvo conducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ó ¿qué hacia al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara por ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y áun más de seis torniscones.

—Á fe, Sancho, respondió Don Quijote, que si tú supieras, como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabad, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo; y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.

—Eso digo yo, dijo Sancho; que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, ¡buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda! Pues ¡montas que no se librara Cardenio por loco!

—Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean [1]; cuanto más por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madásima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque, fuera de haber sido fermosa ademas, fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades (que las tuvo muchas); y los consejos y compañía del maestro Elisabad le fué y le fueron de mucho provecho y alivio, para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas, todos los que tal pensaren y dijeren.

—Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho; allá se lo hayan; con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta; de mis viñas vengo, no sé nada: no soy amigo de saber vidas ajenas; que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas [2]. Mas ¿quién puede poner puertas al campo? Cuanto más, que de Dios dijeron.

—¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles; y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos tus cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería; que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

—Señor, respondió Sancho, y ¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, al cual, despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

—Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo Don Quijote; porque te hago saber que no tanto me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto

el que tengo de hacer en ellas una hazaña [3] con que he de ganar perpétuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero.

—Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza.

—No, respondió el de la Triste Figura; puesto que de tal manera podia correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia? dijo Sancho.

—Sí, dijo Don Quijote; porque, si vuelves presto de donde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los más perfectos caballeros andantes..... no he dicho bien fué uno; fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. ¡Mal año y mal mes para don Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo! porque se engañan, juro, cierto. Digo asimismo que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre por todos los más oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulíses, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitan; no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habian de ser, para dar ejemplo á los venideros hombres, de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera del amor [4] y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare estará más cerca de alcanzar la perfeccion

de la caballería; y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido. Así que, me es á mí más fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos [5]; y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

—En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?

—¡Ya no te he dicho, respondió Don Quijote, qué! Quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldan, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil violencias dignas de eterno nombre y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan ú Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me parecieren ser más esenciales; y podria ser que viniese á contentarme con sólo la imitacion de Amadis, que, sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

—Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano?

—Ahí está el punto, respondió Don Quijote, y esa es la fineza de mi

negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está en desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? Cuanto más, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia, Dulcinea del Toboso; que, como ya oiste decir á aquel pastor de márras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser [6] hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras; y siéndolo, no sentiré nada; así que, de cualquiera manera que responda, saldré del conflito y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino [7]? que ya ví que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.»

Á lo cual respondió Sancho: «¡Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice! y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamáremos; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en más de medio dia, ¿qué ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma debe de tener huero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me hiciere tanta gracia que algun dia me vea con mi mujer y hijos.

—Mira, Sancho, por el mesmo que denántes juraste te juro, dijo Don Quijote, que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en

el mundo. ¿Que es posible que, en cuanto há que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al reves? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores [8], que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así, eso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero, como ven que no es más de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle; que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara [9]. Guárdale, amigo; que por ahora no le he menester; que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más á Roldan que á Amadis.»

Llegaron en estas pláticas al pié de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban; habia por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia; y así, en viéndole comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: «Este es el lugar ¡oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habeis puesto; este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la contina las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. ¡Oh vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada! oid las quejas deste desdichado amante, á quien una

luenga ausencia y unos imaginados celos han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. ¡Oh vosotras, Napeas y Dríadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes! así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois, aunque en vano, amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo ménos no os canseis de oilla. ¡Oh Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura! así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. ¡Oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad! dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. ¡Oh tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos! toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello;» y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas le dijo: «Libertad te da el que sin ella queda ¡oh caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres; que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante.»

Viendo esto Sancho, dijo: «¡Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al Rucio! que á fe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué; que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria; y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced van de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del Rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta; que si la hago á pié, no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque, en resolucion, soy mal caminante.

—Digo, Sancho, respondió Don Quijote, que sea como tú quisieres; que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

—Pues ¿qué más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto?

—¡Bien estás en el cuento! respondió Don Quijote; ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar.

—Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas; que á tal peña podria llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia [10]; y seria yo de parecer que, ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla; se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon; y déjeme á mí el cargo; que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante.

—Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quijote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras; porque de otra manera seria contravenir á las Órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos; y el hacer una cosa por otra lo mesmo es que mentir; así que, mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico; y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

—Más fué perder el asno, respondió Sancho, que si se perdieran sin él las hilas y todo; y ruégole á vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje; que en sólo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto y más el estómago; y más le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace; que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi

señora; y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo.

—¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo Don Quijote; mejor hicieras de llamarle infierno, y áun peor, si hay otra cosa que lo sea.

—Quien ha infierno, respondió Sancho, *nula es retencio*, segun he oido decir.

—No entiendo qué quiere decir *retencio*, dijo Don Quijote.

—*Retencio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede, lo cual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los piés, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél; la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

—Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura; pero ¿qué haremos para escribir la carta?

—Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho.

—Todo era menester, dijo Don Quijote; y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en hojas de ciertos árboles ó en unas tablitas de cera; aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien, y áun más que bien, escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio; y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristan te la trasladará; y no se la dés á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás.

—Pues ¿qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho.

—Nunca las cartas de amores se firman, respondió Don Quijote.

—Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar; y ésa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.

—La libranza irá en el mesmo librillo firmada, y en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.* Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á más que á un honesto mirar, y áun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que há que la quiero más que á la lumbre destos ojos, que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces; y áun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.

—Ta, ta, dijo Sancho: ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

—Esa es, dijo Don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo.

—Bien la conozco, dijo Sancho, puesto que nunca la he visto; y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la zanca del lodo á cualquier caballero andante ó por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh hi de puta, qué rejo que tiene y qué voz! Sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar á unos zagales suyos, que andaban en un barbecho de su padre; y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pié de la torre; y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y

debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse; que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo; y querria ya verme en camino sólo por vella, que há muchos dias que lo deseo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo áun no era su escudero; pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo (digo, á la señora Dulcinea del Toboso) de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? Porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.

—Ya te tengo dicho ántes de ahora muchas veces, Sancho, dijo Don Quijote, que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo [11]; mas, para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo; alcanzólo á saber un su mayor, y un dia dijo á la buena viuda, por via de fraternal reprension: «Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como Fulano, habiendo en esta ciudad tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero»; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: «Vuestra merced, señor mio,

está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en Fulano, por idiota que le parezca; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles.» Así que, Sancho, para lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarílis, las Fílis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fílidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que los más se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así, bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y lo del linaje importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar, más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan; y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sóbre ni falte nada; y píntola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni le llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina; y diga cada uno lo que quisiere; que, si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los juiciosos [12].

—Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo.»

Sacó el libro de memoria Don Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta; y en acabándola, llamó á Sancho

y le dijo que se la queria leer, porque la tomase de memoria, por si acaso se le perdiese por el camino; que de su desdicha todo se podia temer.

Á lo cual respondió Sancho: «Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele; que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate; que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo; pero, con todo eso, dígamela vuestra merced; que me holgaré mucho de oilla; que debe de ir como de molde.

—Escucha; que así dice,» dijo Don Quijote.

CARTA DE DON QUIJOTE Á DULCINEA DEL TOBOSO

«SOBERANA Y ALTA SEÑORA:

»El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, »dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu »fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en »mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme »en esta cuita, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero »Sancho te dará entera relacion ¡oh bella ingrata, amada enemiga mia! del »modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, »haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi vida, habré satisfecho á tu »crueldad y á mi deseo.

»Tuyo hasta la muerte,

»*El Caballero de la Triste Figura.*»

—¡Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la más alta cosa que jamas he oido! ¡Pesia á mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere! y ¡qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa.

—Todo es menester, respondió Don Quijote, para el oficio que yo trayo.

—Ea, pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola.

—Que me place,» dijo Don Quijote; y habiéndola escrito, se la leyó, que decia así:

«Mandará vuestra merced por ésta primera de pollinos, señora Sobrina, »dar á Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa y están »á cargo de vuestra merced; los cuales tres pollinos se los mando librar y »pagar por otros tantos, aquí recebidos de contado; que con ésta, y con su »carta de pago, serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, á »veinte y nueve de Agosto deste presente año.»

—Buena está, dijo Sancho; fírmela vuestra merced.

—No es menester firmarla, dijo Don Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y áun para trecientos, fuera bastante.

—Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho: déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendicion; que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer; que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera más.

—Por lo ménos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras (que las haré en ménos de media hora), porque, habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

—Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced; que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar; y tengo tal la cabeza, del llanto que ántes hice por el Rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más á cuento; cuanto más, que para mí no era menester nada deso, y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra

merced desea y merece; y si no, aparéjese la señora Dulcinea; que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones; porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué, por una..... No me lo haga decir la señora, porque, por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda. ¡Bonico soy yo para eso! Mal me conoce; pues á fe que si me conociese, que me ayunase.

—Á fe, Sancho, dijo Don Quijote, que, á lo que parece, no estás tú más cuerdo que yo [13].

—No estoy tan loco, respondió Sancho; mas estoy más colérico. Pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio, á quitárselo á los pastores?

—No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quijote; porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren; que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.»

Á esto dijo Sancho: «¿Sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, segun está escondido.

—Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo Don Quijote, y áun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas; cuanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo.

—Así lo haré,» respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de retama, como su amo se lo habia

aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras.

Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo: «Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien; que, para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

—¿No te lo decia yo? dijo Don Quijote. Espérate, Sancho; que en un credo las haré:» y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales; y luego, sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas, la cabeza abajo y los piés en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y así, le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.



CAPÍTULO XXVI

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena



Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia que, así como Don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido, sin querer aguardar á ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que ¿cuál seria mejor y le estaria más á cuento? ¿imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas? y hablando entre sí mismo, decia: «Si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¡qué maravilla! pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pié, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro; aunque no le valieron tretas con Bernardo

del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero, dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio; que es cierto que le perdió, por las señales que halló en la fontana, y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angélica habia dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, paje de Agramante. Y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? Porque mi Dulcinea del Toboso..... osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió; y haríale agravio manifiesto si, imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más; porque lo que hizo, segun su historia, no fué más de que (por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad) se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo agora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni para qué tengo de enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere; del cual se dirá lo que del otro se dijo, que, si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos á la obra: venid á mi memoria, cosas de Amadis, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros. Mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar, y encomendarse á Dios; pero ¿de qué haré rosario? que no le tengo.» En esto le vino al pensamiento cómo le haria, y fué de unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y esto le sirvió de rosario

el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millar de avemarías. Y lo que le fatigaba mucho era, no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse [1]; y así, se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer, despues que á él allí le hallaron, no fueron más que estos que aquí se siguen:

Arboles, yerbas y plantas
Que en aqueste sitio estais,
Tan altos, verdes y tantas,
Si de mi mal no os holgais,
Escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque el más terrible sea,
Pues, por pagaros escote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Es aquí el lugar adonde
El amador más leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo ó por dónde.
Tráele amor al estricote
Que es de muy mala ralea;
Y así, hasta henchir un pipote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras
(Que entre riscos y entre breñas
Halla el triste desventuras);
Hirióle amor con su azote,
No con su blanda correa;
Y en tocándole al cogote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar Don Quijote que si en nombrando á Dulcinea no decia tambien *del Toboso*, no se podria entender la copla; y así fué la verdad, como él despues confesó. Otros muchos escribió; pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros más destas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le escuchasen, respondiesen y consolasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvia; que si, como tardó dos dias, tardara dos semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo parió.

Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que

le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente; que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraria ó no; y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro:

«Dígame, señor Licenciado, aquel del caballo ¿no es Sanchò Panza, el que dijo el Ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero?

—Sí es, dijo el Licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quijote;» y conociéronle tan bien como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros; los cuales, así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole: «Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?»

Conociólos luégo Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir, por los ojos que en la cara tenia.

«No, no, dijo el Barbero; Sancho Panza, si vos no nos decis dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo; en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso, morena.

—No hay para qué conmigo amenazas; que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura, ó Dios, que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy á su sabor.»

Y luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las primeras aventuras que le habian con él sucedido, y cómo llevaba la carta á

la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabian la locura de Don Quijote, y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo. Pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta, que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo cual dijo el Cura que se la mostrase; que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librillo; pero no le halló, ni le podria hallar si le buscara hasta agora, porque se habia quedado Don Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedírsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro; y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba; y sin más ni más, se echó entrambos puños á las barbas y se arrancó la mitad dellas; y luego, apriesa y sin cesar, se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el Cura y el Barbero, le dijeron que qué le habia sucedido, que tan mal se paraba.

«¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido, de una mano á otra, en un instante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

—¿Cómo es eso? replicó el Barbero.

—He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro ó cinco que estaban en casa;» y con esto les contó la pérdida del Rucio.

Consolóle el Cura, y díjole que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre; porque las que se hacian en libros de memoria jamas se acetaban ni cumplian.

Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le

daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar dónde y cuándo quisiesen.

«Decilda, Sancho, pues, dijo el Barbero, que despues la trasladaremos.»

Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pié y ya sobre otro, unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: «Por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda; aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.*

—No diria, dijo el Barbero, *sobajada*, sino *sobrehumana* ó *soberana señora.*

—Así es, dijo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa;* y no sé qué decia de salud y de enfermedad que le enviaba; y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.*»

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria, para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimismo otras cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar; dijo tambien cómo su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar cómo ser emperador, ó por lo ménos monarca; que así lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo, le habia de casar á él, porque ya seria viudo (que no podia ser ménos), y le habia de dar por mujer á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulas ni ínsulos; que ya no los queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y

con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente habia sido la locura de Don Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre.

No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de más gusto oir sus necedades; y así, le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor; que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decia, ó por lo ménos arzobispo, ú otra dignidad equivalente.

Á lo cual respondió Sancho: «Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querria yo saber agora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos.

—Suélenles dar, respondió el Cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amén del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto.

—Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado y que sepa ayudar á misa por lo ménos; y si esto es así, ¡desdichado yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A, B, C! ¿Qué será de mí, si á mi amo le da antojo de ser arzobispo, y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

—No tengais pena, Sancho amigo, dijo el Barbero; que aquí rogaremos á vuestro amo (y se lo aconsejaremos, y áun se lo pondremos en caso de conciencia) que sea emperador, y no arzobispo, porque le será más fácil, á causa de que él es más valiente que estudiante.

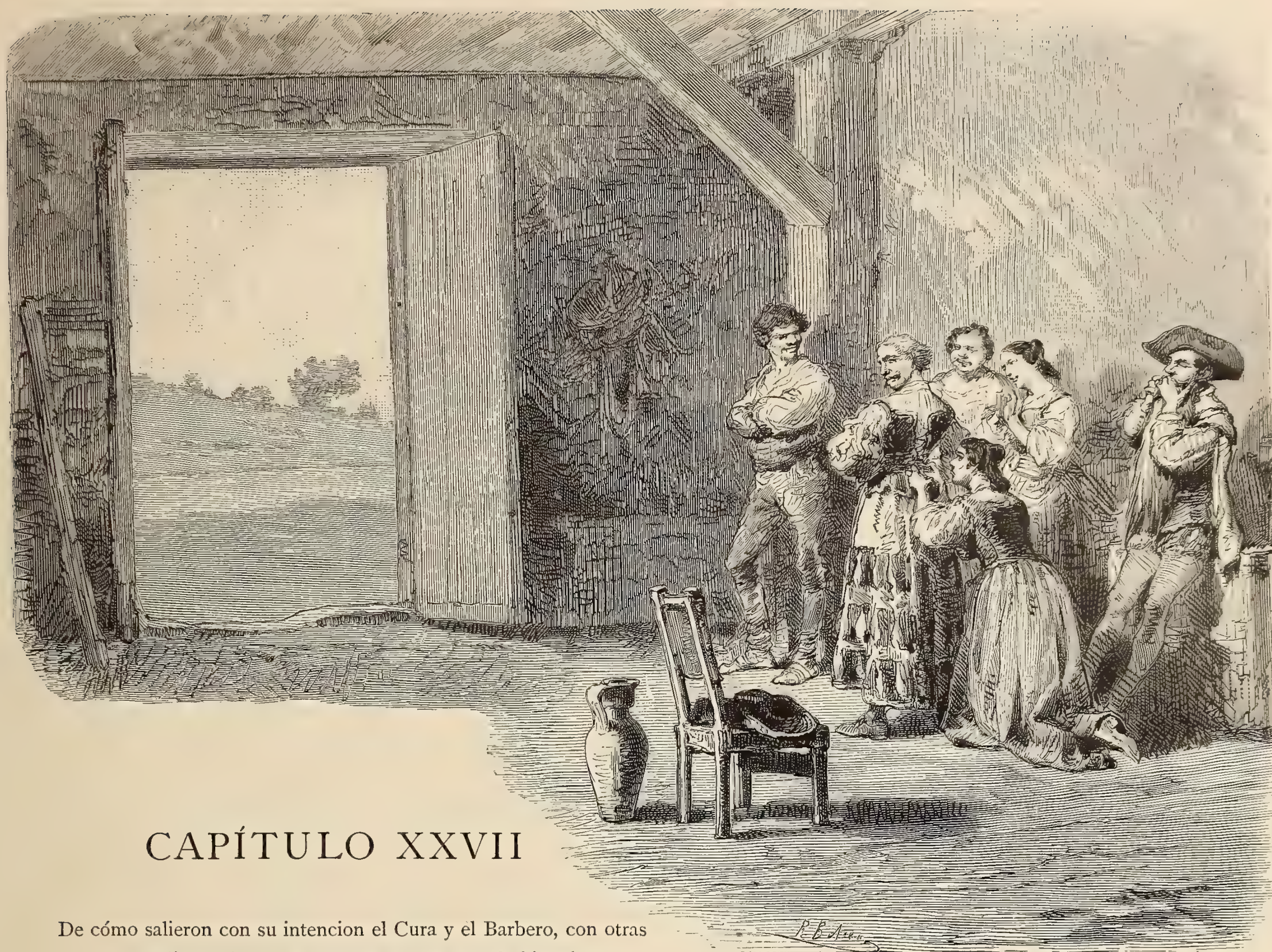
—Así me ha parecido á mí, respondió Sancho; aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él más se sirva y adonde á mí más mercedes me haga.

—Vos lo decis como discreto, dijo el Cura, y lo hareis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar órden cómo sacar á vuestro

amo de aquella inútil penitencia que decis que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.»

Sancho dijo que entrasen ellos; que él esperaria allí fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer. Despues, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, dió el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote y para lo que ellos querian, y fué, que dijo al Barbero que lo que habia pensado era, que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irian adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser el Cura una doncella afligida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar, como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz ni la demandase cosa de su facienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.





CAPÍTULO XXVII

De cómo salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia

No le pareció mal al Barbero la invencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedian aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quijote, y cómo convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped, el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al Cura de modo que no habia más que ver: púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas,

y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Vamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro; encasquetóse su sombrero, que era tan grande, que le podia servir de quitasol; y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mujeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba, que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritórnes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido; mas apénas hubo salido de la venta, cuando le vino al Cura un pensamiento: que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al Barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba ménos su dignidad; y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso; y trocando la invencion, el Cura le fué informando del modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á Don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió que, sin que se le diese licion, él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entónces, hasta que estuviesen junto de donde Don Quijote estaba; y así, dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la Sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia; que, magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.

Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar dónde habia dejado á su señor, y en reconociéndole, les dijo cómo aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habian dicho ántes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que, por no saber leer, le habia respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luégo al momento se viniese á ver con ella; que era cosa que le importaba mucho; porque con esto, y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luégo se pusiese en camino, para ir á ser emperador ó monarca; que en lo de ser arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador, y no arzobispo; porque él tenia para sí que, para hacer mercedes á sus escuderos, más podian los emperadores que los arzobispos andantes; tambien les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle y darle la respuesta de su señora; que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así, determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. [1]

Entróse Sancho por aquellas quebradas de la Sierra, dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el dia que allí llegaron era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacia el sitio más agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

Estando, pues, los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oidos

una voz, que, sin acompañarla són de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba; de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase; porque, aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades; y más cuando advirtieron que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y ¿quién aumenta mis duelos?
Los *celos.*
Y ¿quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
Dese modo, en mi dolencia,
Ningun remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza
Desdenes, celos y *ausencia.*

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
Y ¿quién mi gloria repuna?
Fortuna.
Y ¿quién consiente mi duelo?
El cielo.
Dese modo, yo recelo
Morir deste mal extraño,
Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna y *el cielo.*

¿Quién mejorará mi suerte?
La *muerte.*
Y el bien de amor ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males ¿quién los cura?
Locura.
Dese modo, no es cordura
Querer curar la pasion,
Cuando los remedios son
Muerte, mudanza y *locura.*

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos, esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz

cantaba; y queriéndolo poner en efeto, hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oidos, cantando este

Soneto

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas, en el cielo
Subiste alegre á las impíreas salas;
Desde allá, cuando quieres, nos señalas
La falsedad cubierta con tu velo,
Por quien á veces se trasluce el celo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Deja el cielo, amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera;
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro; y los dos con atencion volvieron á esperar si más se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste, tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos; y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse, estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos más de la vez primera cuando de improviso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido), se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y propuso que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entónces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente, que tan á menudo le sacaba de sí mismo; y así, viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y más cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida (porque las razones que el Cura le dijo así lo dieron á entender); y así, respondió desta manera:

«Bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y áun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo, me envia, en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y várias razones cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero, como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y áun (lo que peor seria) por de ningun juicio; y no seria maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi pobre seso, que, sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea; y no sé más que dolerme en vano y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren; porque, viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efetos; y si no me dieren remedio, á lo ménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi descompostura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, ántes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras; porque quizá, despues de entendido, ahorrareis del trabajo que tomarais en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz.»

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de lo que él quisiese en su remedio ó consuelo; y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á Don Quijote y al cabrero, pocos dias atras, cuando por ocasion del maestro Elisabad, y puntualidad de Don Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfeto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la

locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin; y así, llegando al paso del billete que habia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO

«Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en »más os estime; y así, si quisiéredes sacarme desta deuda sin ejecutarme en la »honra, lo podreis muy bien hacer. Padre tengo, que os conoce y que me »quiere bien, el cual, sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que »vos tengais, si es que me estimais como decis, y como yo creo.»

«Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y otro como éste fué por quien quedó Luscinda en la opinion de don Fernando por una de las más discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efetuase. Díjele yo á don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello; no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion, le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecia que lo que yo deseaba jamas habia de tener efecto. Á todo esto me respondió don Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda.

»¡Oh Mario ambicioso! ¡oh Catilina cruel! ¡oh Sila facineroso! ¡oh Galalon embustero! ¡oh Vellido traidor! ¡oh Julian vengativo! ¡oh Júdas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon?

¿Qué ofensa te hice? ¿qué palabras te dije, ó qué consejos te dí que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo ¡desventurado de mí! pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¿Quién pudiera imaginar que don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que áun no poseia? Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia.

»Digo, pues, que pareciéndole á don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y sólo para este efeto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mesmo dia que se ofreció á hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? ¿pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto; ántes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luégo, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traicion de don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria más la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué fué, que en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente, hasta allí jamas en ella visto; porque siempre nos hablábamos (las veces que la buena fortuna á mi diligencia lo concedia) con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas ó temores; todo era engrandecer

yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora; exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento; volvíame ella el recambio, alabando en mí lo que, como enamorada, le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que más se extendia mi desenvoltura era á tomarle, casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero, por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios, que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada.

»Llegué al lugar donde era enviado, dí las cartas al hermano de don Fernando, fuí bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduría; y todo fué invencion del falso don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luégo. Órden y mandato fué éste que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero, con todo esto, obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que le habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre, ántes de leerla, quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino; díjome que acaso pasando por una

calle de la ciudad á la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: «Hermano, si sois cristiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego, luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo;» «y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado. Y luego, sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana; aunque primero vió cómo yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba. Y así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla; y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba (porque yo, señor, os conozco muy bien); y obligado asimesmo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo á dárosla; y en diez y seis horas que há que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas.»

»En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apénas podia sostenerme. En efeto, abrí la carta, y ví que contenia estas razones:

«La palabra que don Fernando os dió, de hablar á vuestro padre para »que hablase al mio, la ha cumplido mucho más en su gusto que en vuestro »provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa; y mi padre, llevado »de la ventaja que él piensa que don Fernando os hace, ha venido en lo que »quiere con tantas veras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, »tan secreto y tan á solas, que sólo han de ser testigos los cielos y alguna »gente de casa. Cuál yo quedo, imaginaldo; si os cumple venir, veldo; y si os »quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. Á Dios »plega que ésta llegue á vuestras manos ántes que la mia se vea en condicion »de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.»

»Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me

hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conocí entónces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda, que con tantos años de servicios y deseos tenia granjeada, me pusieron alas; pues, casi como en vuelo, el propio dia me puse en mi lugar, al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta; y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luégo, y conocíla yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo, pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: «Cardenio, de boda estoy vestida; ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos, que ántes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones..... una daga llevo escondida, que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo.» Yo le respondí, turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: «Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras; que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria.»

»No creo que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa, ni podia moverme á parte alguna; pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas; y más con el alboroto

que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que, sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver sin ser visto todo cuanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon miéntras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni áun es bien que se digan; basta que sepais que el desposado entró en la sala, sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera, sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfecion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido; sólo pude advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor á los ojos ofrecian.

»¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entónces hizo, para que, movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo ménos perder la vida?

»No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago; que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso.»

Á esto le respondió el Cura que, no sólo no se cansaban en oirle, sino que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que

merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento.

«Digo, pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia; y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿Quereis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte ó la confirmacion de mi vida. ¡Oh! ¿quién se atreviera á salir entónces, diciendo á voces: ¡Ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tú *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto? ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y léjos del peligro digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme; en fin, pues fuí entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *Sí quiero;* y lo mismo dijo don Fernando, y dándole el anillo quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo viendo en el *sí* que habia oido burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo,

hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: sólo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que don Fernando tomó luego y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese.

»Yo viendo alborotada toda la gente de casa me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion, si me viesen, de hacer un desatino, tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado; y así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera fácil tomarla) quise tomarla de mí mismo, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian; y aun quizá con más rigor del que con ellos se usara si entónces les diera muerte, pues de la que se recibe repentina presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula: hice que me la ensillase: sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla; y cuando me ví en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho.

«Díle títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y

franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella, recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condecender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recebirle se podia pensar ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion que no la disculparan, pues ántes de ofrecérseles don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia; que yo viniera y condecendiera con todo cuanto ella acertara fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos.

»Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de aquella noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hácia dónde era lo más áspero destas sierras. Dijéronme que hácia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros

de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entónces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apénas puedo moverme: mi más comun habitacion es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo.

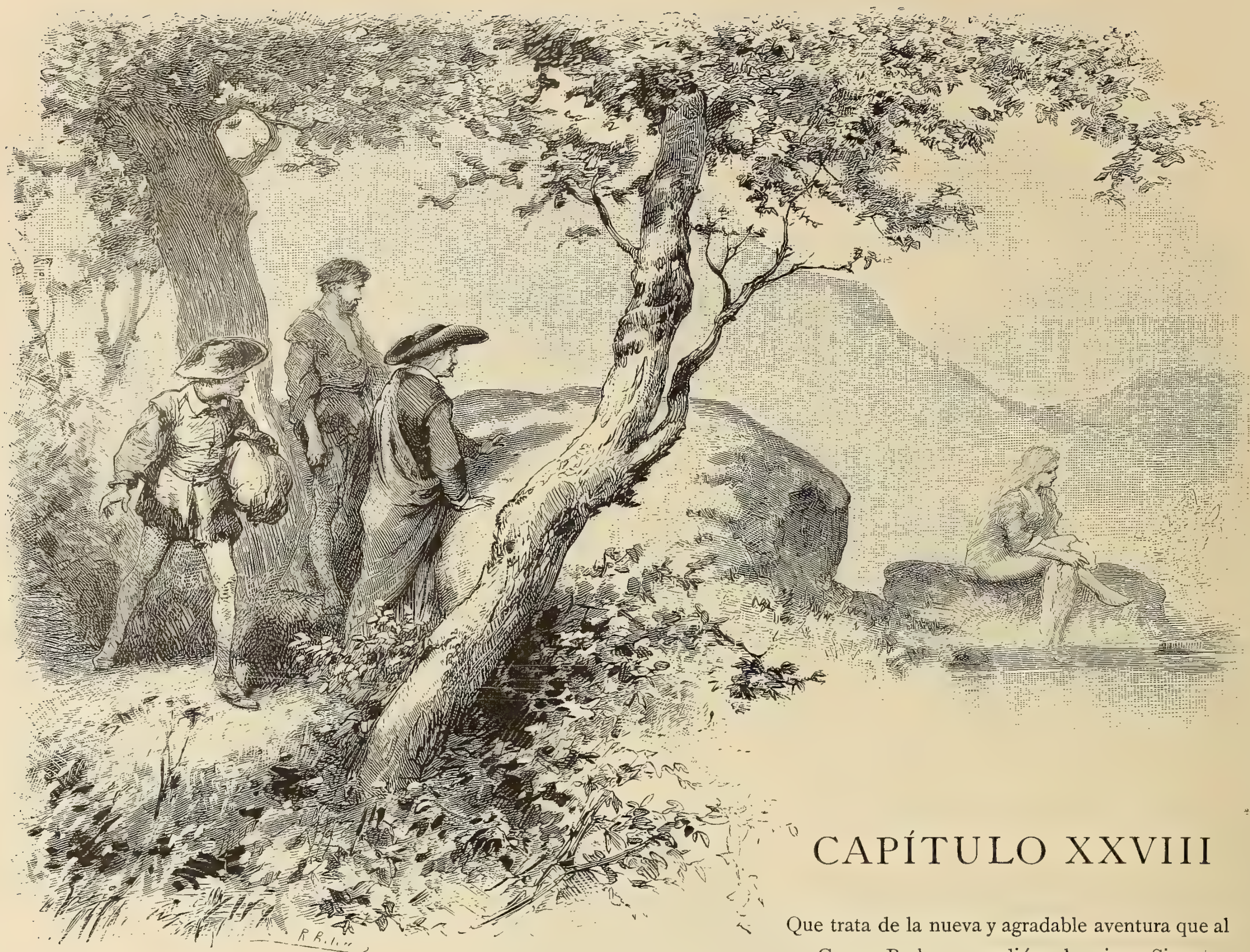
»Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo; otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extraña vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de don Fernando; que si esto él hace, sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos; donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma; que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle.

»Esta es ¡oh señores! la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal, que pueda celebrarse con ménos sentimientos que los que en mí habeis visto; y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio; porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser ajena, siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer

estable mi perdicion; yo querré, con procurar perderme, hacer contenta su voluntad; y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle; y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque áun pienso que no se han de acabar con la muerte.»

Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta parte desta narracion; que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.





CAPÍTULO XXVIII

Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y Barbero sucedió en la misma Sierra

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta Órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia: la cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oidos, que con tristes acentos decia desta manera:

«¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de

escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y ¡cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males!»

Todas estas razones oyeron y percibieron el Cura y los que con él estaban; y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detras de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo, vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entónces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos; ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales, que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habian sido sentidos, el Cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí habia: así lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el cual traia puesto un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca; traia asimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda; tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia.

Acabóse de lavar los hermosos piés; y luego, con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele, alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al Cura con voz baja: «Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina.»

El mozo se quitó la montera; y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecia labrador era mujer, y delicada, y áun la más hermosa que hasta entónces los ojos de los dos habian visto, y áun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda; que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos; que, si no eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvieron de peine unas manos que si los piés en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual en más admiracion, y en más deseos de saber quién era, ponia á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse; y al movimiento que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza; y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian; y apénas los hubo visto, cuando se levantó en pié, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando, no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo; lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el Cura fué el primero que le dijo:

«Deteneos, señora, quien quiera que seais; que los que aquí veis sólo tienen intencion de serviros: no hay para qué os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir.» Á todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa.

Llegaron, pues, á ella; y asiéndola por la mano el Cura, prosiguió diciendo: «Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es ésta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á



EN ESTO LE SIRVIERON DE PEINE UNAS MANOS…

vuestros males, á lo ménos para darles consejo; pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, miéntras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte; que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias.»

En tanto que el Cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos, sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mismo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo: «Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, y la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, seria más por cortesía que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido; puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasion, la pesadumbre, porque no habeis de hallar ni medio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas; pero, con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera.»

Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura; y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres alrededor della, haciéndose fuerza por detener algunas

lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

«En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España; éste tiene dos hijos: el mayor, heredero de su estado, y, al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor, no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que, si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres; bien es verdad que no son tan bajos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que á mí me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos rancios; pero tan ricos, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y áun de caballeros; puesto que, de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija; y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamas regalaron.

»Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto; y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, ansí lo era de su hacienda. Por mí se recebian y despedian los criados; la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia, pasaba por mi mano; los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente..... de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban, despues de haber dado lo que convenia al mayoral ó capataces y á

otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta, pues, era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo.

»Es, pues, el caso que, pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monesterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa (porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de nuestras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apénas vian mis ojos más tierra de aquella donde ponia los piés); con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad, por mejor decir, á quien los del lince no pueden igualarse, me vieron, puestos en la solicitud de don Fernando; que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado.»

No hubo bien nombrado á don Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venia; mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quién ella era; la cual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo: «Y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores, cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas, por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció

dádivas y mercedes á mis parientes; los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes que, sin saber cómo, á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos; todo lo cual, no sólo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como si fuera don Fernando mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efeto contrario; no porque á mí me pareciese mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas (que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas); pero á todo eso se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese.

»Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y don Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, más se encaminaban á su gusto que á mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos; pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy léjos, esperanza de alcanzar su deseo.

»Todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar más su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la cual, si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente,

don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo ménos porque yo tuviese más guardas para guardarme; y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oireis, y fué, que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad y silencio deste encierro, me le hallé delante; cuya vista me turbó de manera, que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua; y así, no fuí poderosa de dar voces..... ni áun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme, segun estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas; hacia el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion.

»Yo, pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comencé, no sé en qué modo, á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros; y así, pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con más ánimo del que pensé que pudiera tener le dije: «Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla como es posible dejar de haber sido lo que fué; así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava; ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia; y en tanto me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningun efeto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus

suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera; de modo que, como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no esperes que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo.» «Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea (que este es el nombre desta desdichada), dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes.»

Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento, por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabia; sólo dijo: «¿Que Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oido yo decir del mesmo, que quizá corre parejas con tus desdichas. Pasa adelante; que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te lastimen.»

Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabia se la dijese luego, porque si algo le habia dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenia para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que, á su parecer, ninguno podia llegar que el que tenia acrecentase un punto.

«No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo.

—Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando don Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio, y con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido; puesto que ántes que acabase de decirlas, le dije que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recebir de verle casado con una villana, vasalla

suya; que no le cegase mi hermosura, tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte al igual de lo que mi calidad pedia; porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan.

»Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento; bien ansí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes.

»Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí mesma: «Sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será don Fernando el primero á quien hermosura ó ciega aficion, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza. Pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en éste no dure más la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo; que en fin, para con Dios seré su esposa; y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que, no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuán sin ella he venido á este punto; porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio?»

»Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion; y sobre todo, me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi perdicion, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que, acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo; tornó don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me

prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamas me habia dejado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido.

»El dia que sucedió á la noche de mi desgracia se venia, aún no tan apriesa como yo pienso que don Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto porque don Fernando dió priesa por partirse de mí; y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, ántes que amaneciese se vió en la calle; y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y para más confirmacion de su palabra, sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto, él se fué, y yo quedé, ni sé si triste ó alegre; esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á don Fernando en mi mismo aposento; porque áun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á don Fernando que por el mesmo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él quisiese, aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en más de un mes, que en vano me cansé en solicitallo; puesto que supe que estaba en la villa y que los más dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado.

»Estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y áun á descreer de la fe de don Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras que en reprension de su atrevimiento ántes no habia oido; y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un

punto, llegándose uno donde se atropellaron los respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos; y esto fué, porque de allí á pocos dias se dijo en el lugar cómo en una ciudad allí cerca se habia casado don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiracion.»

Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: «Llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se me encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entónces con pensar de poner aquella mesma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. Él, despues que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion; viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luégo al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros, por lo que podia suceder; y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pié, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo ménos á decir á don Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria; y en entrando por la ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y el primero á quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oir. Díjome la casa y todo lo que habia

sucedido en el desposorio de su hija; cosa tan pública en la ciudad, que se hacian corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el *sí* de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo; y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que, á lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la mesma ciudad; y que si habia dado el *sí* á don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se habria quitado la vida; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Díjome más: que luego se ausentó don Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres cómo ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe ademas que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios; y que, en viéndola desposada, lo cual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de cómo él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello; y más hablaron cuando supieron que Luscinda habia faltado de casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella; de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que áun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que

el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio para traerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano y que estaba más obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida, que ya aborrezco.

»Estando, pues, en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon, donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de mi edad, y del mesmo traje que traia; y oí decir que se creia que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino; cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi huida, sino añadir el con quién, siendo sujeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida; y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña, con el miedo de no ser hallados. Pero, como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí; porque mi buen criado, hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que, á su parecer, estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y ménos temor de Dios ni respeto mio, me requirió de amores; y viendo que yo con ásperas y justas palabras respondia á la desvergüenza de su propósito, dejó aparte los ruegos, de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias de manera, que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo; y luego, con más ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este

deseo há no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta Sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo, por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado; y así, tuve por menor inconveniente dejalle, y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis discursos. Digo, pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.





CAPÍTULO XXIX

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Sólo os ruego (lo que con facilidad podreis y debeis hacer) que me aconsejeis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que, aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa sólo del pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de su vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ajeno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida.»

Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color, que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron, los que escuchado la habian, tanta lástima como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: «En fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo?» Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba (porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido); y así, le dijo: «Y ¿quién sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado.

—Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura que, segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo; soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traido á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á los desposorios de don Fernando, y el que aguardó á oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda; yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho; porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y así, dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese; y víneme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, áun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos; porque, presupuesto que Luscinda no pudo casarse con don Fernando por ser mia, ni don Fernando con ella por ser vuestro, y

haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enajenado ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro, por la fe de caballero y de cristiano, de no desampararos hasta veros en poder de don Fernando, y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo, por acudir en la tierra á los vuestros.»

Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea; y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los piés para besárselos; mas no lo consintió Cardenio; y el Licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden cómo buscar á don Fernando, ó cómo llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que más les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles. Contó asimismo con brevedad la causa que allí los habia traido, con la extrañeza de la locura de Don Quijote, y cómo aguardaban á su escudero, que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quijote habia tenido, y contóla á los demas; mas no supo decir por qué causa fué su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que, por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces. Saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quijote, les dijo cómo le habia hallado desnudo, en camisa, flaco, amarillo y muerto de

hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que, puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante, corria peligro de no venir á ser emperador como estaba obligado, ni áun arzobispo, que era lo ménos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El Licenciado le respondió que no tuviese pena; que ellos le sacarian de allí, mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quijote, á lo ménos para llevarle á su casa; á lo cual dijo Dorotea que ella haria la doncella menesterosa mejor que el Barbero; y más, que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas, cuando pedian sus dones á los andantes caballeros.

«Pues no es menester más, dijo el Cura, sino que luego se ponga por obra; que sin duda la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester.»

Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello, y más, dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entónces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que más se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura; y así, preguntó al Cura con grande ahinco le dijese quién era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales.

«Esta hermosa señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es, como quien no dice nada..... es la heredera, por línea recta de varon, del gran reino de Micomicon de Etiopía, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es el que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa.

—¡Dichosa buscada y dichoso hallazgo! dijo á esta sazon Sancho Panza; y más si mi amo es tan venturoso, que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice; que sí matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma; que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recebir Órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos; que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado; y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo (como tengo) mujer y hijos, seria nunca acabar; así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre.

—Llámase, respondió el Cura, la princesa Micomicona; porque, llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así.

—No hay duda en eso, respondió Sancho; que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Úbeda, y Diego de Valladolid; y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea: tomar las reinas los nombres de sus reinos.

—Así debe de ser, dijo el Cura; y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos;» con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin duda alguna se daba á

entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde Don Quijote estaba; al cual advirtieron que no dijese que conocia al Licenciado ni al Barbero; porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo; puesto que ni el Cura ni Cardenio quisieron ir con ellos: Cardenio, porque no se le acordase á Don Quijote la pendencia que con él habia tenido; y el Cura, porque no era menester por entónces su presencia; y así, los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié poco á poco. No dejó de avisar el Cura lo que habia de hacer Dorotea; á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria, sin faltar punto, como lo pedian y pintaban los libros de caballerías.

Tres cuartos de legua habrian andado, cuando descubrieron á Don Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado; y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era Don Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado Barbero; y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le fabló en esta guisa: «De aquí no me levantaré ¡oh valeroso y esforzado caballero! fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura, que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

—No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quijote, ni oiré más cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra.

—No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.

—Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya



Y AUNQUE ÉL PUGNABA POR LEVANTARLA, ELLA SIN LEVANTARSE LE FABLÓ EN ESTA GUISA

de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave.

—No será en daño ni en mengua de los que decis, mi buen señor,» replicó la dolorosa doncella.

Y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo: «Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide; que no es cosa de nada: sólo es matar á un gigantazo; y ésta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopía.

—Sea quien fuere [1], respondió Don Quijote; que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo;» y volviéndose á la doncella, dijo: «La vuestra gran fermosura se levante; que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.

—Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.

—Digo que así lo otorgo, respondió Don Quijote; y así, podeis, señora, desde hoy más desechar la malenconía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que, con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os vereis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor; que en la tardanza, dicen que suele estar el peligro.»

La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamas lo consintió; ántes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual, viéndose armado, dijo: «Vamos de aquí, en el nombre de Dios, á

favorecer esta gran señora.» Estábase el Barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula; luego subió Don Quijote sobre Rocinante, y el Barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le representó la pérdida del Rucio, con la falta que entónces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo ménos rey de Micomicon; sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habian de ser todos negros, á lo cual halló luego en su imaginacion un buen remedio, y díjose á sí mismo: «¿Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio, con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No, sino dormíos, y no tengais ingenio y habilidad para disponer de las cosas, y para vender tres, seis ó diez mil vasallos [2] en dácame esas pajas: par Dios, que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean, los he de volver blancos ó amarillos: llegaos; que me mamo el dedo.»

Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué, que con unas tijeras, que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon; y quedó tan otro de lo que ántes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera, aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en

tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pié. En efeto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la Sierra; y así como salió della Don Quijote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo; y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él, abiertos los brazos y diciendo á voces: «Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota Don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes.»

Y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quijote, el cual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el Cura no lo consintió, por lo cual Don Quijote decia: «Déjeme vuestra merced, señor Licenciado; que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié.

—Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el Cura; estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto; que á mí (aunque indigno, sacerdote) bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo; y áun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que áun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto.

—Áun no sabia yo tanto [3], mi señor Licenciado, respondió Don Quijote; y yo sé que mi señora la Princesa será servida, por mi amor, de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula; que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.

—Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la Princesa; y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero; que él es tan cortés y tan

cristiano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié, pudiendo ir á caballo.

—Así es,» respondió el Barbero; y apeándose en un punto, convidó al Cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar; y fué el mal, que al subir á las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de alquiler (que para decir que era mala esto basta), alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que, á darlas en el pecho de Maese Nicolas ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quijote. Con todo eso, le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron; y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas, sin quijadas y sin sangre, léjos del rostro del escudero caido, dijo: «¡Vive Dios, que es gran milagro este! Las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran á posta.»

El Cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacia Maese Nicolas, dando aún voces todavía; y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de ántes; de que se admiró Don Quijote sobremanera, y rogó al Cura que, cuando tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo; que él entendia que su virtud á más que pegar barbas se debia de extender; pues estaba claro que, de donde las barbas se quitasen, habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo esto sanaba, á más que barbas aprovechaba.

«Así es,» dijo el Cura; y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que, por entónces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta seis leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quijote, la Princesa y el Cura; y los tres á pié, Cardenio, el Barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á

la doncella: «Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde más gusto le diere.» Y ántes que ella respondiese, dijo el Licenciado: «¿Hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos.» Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí; y así dijo: «Sí, señor, hácia ese reino es mi camino.

—Si así es, dijo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura; y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

—Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella; porque no há dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso, he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es al señor Don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos así como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

—No más; cesen mis alabanzas, dijo á esta sazon Don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion; y aunque ésta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que ora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados y tan á la ligera, que me pone espanto.

—Á eso yo responderé con brevedad, respondió el Cura; porque sabrá vuestra merced, señor Don Quijote, que yo y Maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mio, que há muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos, que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino

al Barbero ponérselas postizas, y áun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mesmo sitio un hombre tan valiente, que, á pesar del Comisario y de las guardas, los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, al oso entre la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos; quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba; quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo.» Habíales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia Don Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. «Estos, pues, dijo el Cura, fueron los que nos robaron; que Dios, por su misericordia, se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.»





CAPÍTULO XXX

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo

No hubo bien acabado el Cura, cuando Sancho dijo: «Pues, mia fe, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo; y no porque yo no le dije ántes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.

—Majadero, dijo á esta sazon Don Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus desgracias; sólo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga; y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco

de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde más largamente se contiene;» y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrion; porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quijote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos; y viéndole tan enojado, le dijo: «Señor caballero, miémbresele á la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea. Sosiegue vuestra merced el pecho; que si el señor Licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y áun se mordiera tres veces la lengua, ántes que haber dicho palabra, que en despecho de vuestra merced redundara.

—Eso juro yo bien, dijo el Cura, y áun me hubiera quitado un bigote [1].

—Yo callaré, señora mia, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo, os suplico me digais, si no se os hace de mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfactoria y entera venganza.

—Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias.

—No enfadará, señora mia,» respondió Don Quijote.

Á lo que respondió Dorotea: «Pues así es, estenme vuestras mercedes atentos.»

No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingia su historia la discreta Dorotea; y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros

ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera: «Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman.....»

Y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: «No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras; que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que áun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.

—Así es la verdad, respondió la doncella; y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada; que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el Rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la Reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor dé una grande ínsula que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista..... porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reves, como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno y por poner miedo y espanto á los que mira..... Digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas, á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con

otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si queria excusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los mios, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote ó don Jigote.

—Don Quijote diria, señora, dijo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre, el Caballero de la Triste Figura.

—Así es la verdad, dijo Dorotea. Dijo más: que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas.»

En oyendo esto Don Quijote, dijo á su escudero: «Ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar; que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio Rey dejó profetizado.

—Pues ¿para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea.

—Para ver si tengo ese lunar, que vuestro padre dijo, respondió Don Quijote.

—No hay para qué desnudarse, dijo Sancho; que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.

—Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas; y que esté debajo del hombro ó que esté en el espinazo importa poco: basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne; y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quijote; que él es por quien mi padre lo dijo; pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero

tiene, no sólo en España, pero en toda la Mancha; pues apénas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mesmo que venia á buscar.

—Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quijote, si no es puerto de mar?»

Mas ántes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano y dijo:

«Debe de querer decir la señora Princesa que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna.

—Eso quise decir, dijo Dorotea.

—Y esto lleva camino, dijo el Cura; y prosiga Vuestra Majestad adelante.

—No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino; pues él, por su cortesía y magnificencia, me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre, el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas (que yo no las sé leer) que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi reino, junto con la de mi persona.

—¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto Don Quijote. ¿No oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar, y reina con quien casar.

—Eso juro yo, dijo Sancho: ¡para el puto que no se casare, en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado! Pues ¡monta, que es mala la reina! Así se me vuelvan las pulgas de la cama;» y diciendo esto, dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella,

suplicándole le diese las manos para besárselas, en señal que la recibia por su reina y señora.

¿Quién no habia de reir, de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efeto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien, que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. «Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia; sólo resta por deciros que, de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sino sólo este bien barbado escudero; porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas á tierra, como por milagro; y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado; y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor Licenciado dijo al principio de mi cuento: que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

—Esa no me quitarán á mí ¡oh alta y valerosa señora! dijo Don Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean; y así, de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada; y despues de habérsela tajado, y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere; porque miéntras que yo tuviere ocupada la memoria, perdido el entendimiento y cautiva la voluntad por aquella..... y no digo más..... no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix.»

Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alzando la voz, dijo: «¡Voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quijote, cabal juicio! Pues ¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada

cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni áun con la mitad, y áun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante. ¡Así, noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo! Cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanas, y tome ese reino que se le viene á las manos de *vobis*, *vobis*, y en siendo rey, hágame marqués ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo.»

Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir; y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida.

«¿Pensais, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penseis, bellaco descomulgado; que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabeis vos, gañan, faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperina, y ¿quién pensais que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y sér. ¡Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido! que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo.»

No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decia; y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: «Dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no será el reino suyo; y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo. Cásese vuestra merced una por una con esta Reina,

ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea; que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entrometo; que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien; puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea.

—¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo Don Quijote; pues ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte?

—Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes, punto por punto; pero así á bulto me parece bien.

—Ahora te disculpo, dijo Don Quijote; y perdóname el enojo que te he dado; que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.

—Ya yo lo veo, respondió Sancho; y así, en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir, por una vez siquiera, lo que me viene á la lengua.

—Con todo eso, dijo Don Quijote, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente..... y no te digo más.

—Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quién hace más mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo.

—No haya más, dijo Dorotea. Corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios; y no digais mal de aquesa señora Tobosa, á quien yo no conozco, si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado, donde vivais como un príncipe.»

Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente; y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantase un poco; que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia.

Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole Don Quijote: «Despues que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte



APENAS LE HUBO VISTO Y CONOCIDO, CUANDO A GRANDES VOCES LE DIJO: «¡AH LADRON GINESILLO!».



muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

—Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho; que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo.

—¿Por qué lo dices, Sancho? dijo Don Quijote.

—Dígolo, respondió, porque estos palos de agora, más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, sólo por ser cosa de vuestra merced.

—No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo Don Quijote; que me dan pesadumbre. Ya te perdoné entónces, y bien sabes tú que suele decirse: Á pecado nuevo penitencia nueva.»

Miéntras esto pasaba vieron venir por el camino, donde ellos iban, á un hombre caballero sobre un jumento; y cuando llegó cerca, les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apénas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Gines de Pasamonte; y por el hilo del gitano, sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el Rucio sobre que Pasamonte venia; el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se habia puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia muy bien hablar, como si fueran naturales suyas.

Vióle Sancho y conocióle; y apénas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: «¡Ah ladron Ginesillo! deja mi prenda, suelta mi vida, no te ensanches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo; huye, puto; auséntate, ladron, y desampara lo que no es tuyo.»

No fueran menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gines; y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su Rucio, y abrazándole, le dijo: «¿Cómo has estado, bien mio, Rucio de mis ojos, compañero mio?» y con esto, le besaba y

acariciaba como si fuera persona; el asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responder palabra alguna.

Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del Rucio, especialmente Don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció.

En tanto que los dos iban en esta plática, dijo el Cura á Dorotea que habia andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías.

Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna.

«Yo lo entendí así, dijo el Cura, y por eso acudí luégo á decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero ¿no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?

—Sí es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.

—Pues otra cosa hay en ello, dijo el Cura; que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice, tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y capaz de todo; de manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.»

En tanto que ellos iban en esta conversacion [2], prosiguió Don Quijote con la suya, y dijo á Sancho: «Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno: ¿dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿qué hacia? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leia mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármele.

—Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.

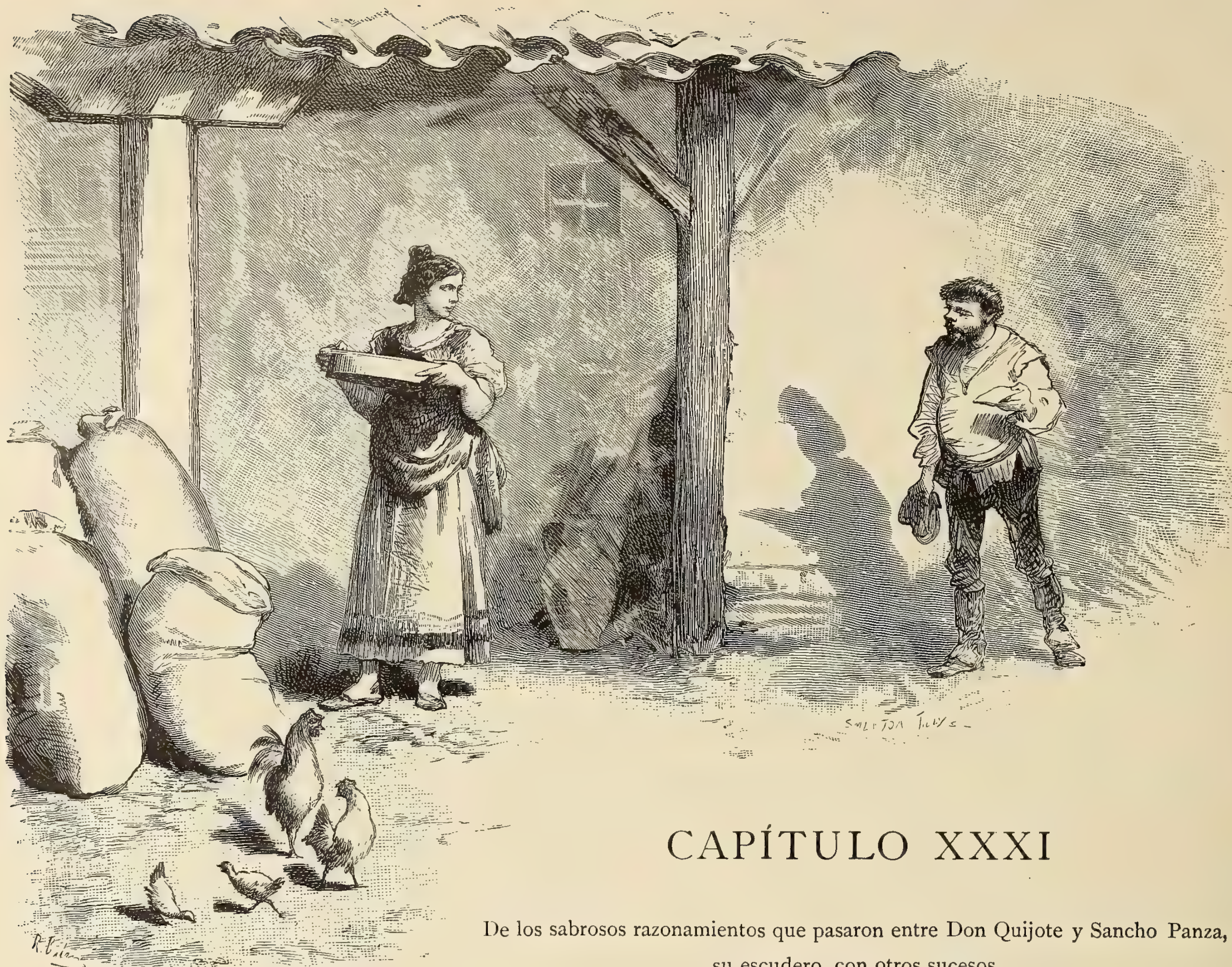
—Así es como tú dices, dijo Don Quijote, porque el librillo de memoria, donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos horas de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer cuando te vieses sin carta; y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras ménos.

—Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella.

—Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote.

—No señor, respondió Sancho, porque despues que la dije, como vi que no habia de ser de más provecho, dí en olvidalla; y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo, del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura;* y en medio destas dos cosas le puse más de trescientas almas y vidas y ojos mios.





CAPÍTULO XXXI

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos

Todo eso no me descontenta: prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste: y ¿qué hacia aquella reina de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo caballero.

—No la hallé, respondió Sancho, sino aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

—Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos; y si miraste, amigo, el trigo, ¿era candeal ó trechel?

—No era sino rubion, respondió Sancho.

—Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que, aechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi

carta, ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ó ¿qué hizo?

—Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena porcion de trigo que tenia en la criba, y díjome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está.»

—¡Discreta señora! dijo Don Quijote; eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho. Y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí? y tú ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.

—Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced, por su servicio, quedaba, haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles y sin peinarse la barba, llorando, y maldiciendo su fortuna.

—En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo Don Quijote; porque ántes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

—Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí más de un coto.

—Pues ¿cómo, Sancho? dijo Don Quijote. ¿Haste medido tú con ella?

—Medíme en esta manera, respondió Sancho; que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo.

—Pues ¡es verdad, replicó Don Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil y mil dones y gracias del alma! Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á dalle nombre? Digo, un tuho ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero.

—Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debia de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

—No seria eso, respondió Don Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo; porque yo sé bien á lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido.

—Todo puede ser, respondió Sancho; que muchas veces sale de mí aquel olor, que entónces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse; que un diablo parece á otro.

—Y bien, prosiguió Don Quijote: hé aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino; ¿qué hizo cuando leyó la carta?

—La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir; ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos; y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente, me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquestos matorrales y se dejase de hacer disparates, y se pusiese, luego, luego, en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced *el Caballero de la Triste Figura:* preguntéle si habia ido allá el vizcaíno de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien; tambien le pregunté por los galeotes; mas díjome que no habia visto hasta entónces alguno.

—Todo va bien hasta agora, dijo Don Quijote; pero dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? porque es usada y antigua costumbre, entre los caballeros y damas andantes, dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas, de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias y en agradecimiento de su recado.

—Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia

de ser en los tiempos pasados; que ahora sólo se debe de acostumbrar el dar un pedazo de pan y queso; que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí, y áun, por más señas, era el queso ovejuno.

—Es liberal en extremo, dijo Don Quijote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua: yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de dos dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas; por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo (porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no seria buen caballero andante), digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses; que hay sabio destos que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro dia más de mil leguas de donde anocheció, y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso; que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla, y está ya á punto de muerte; y cuando ménos me cato, asoma por acullá, encima de una nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco ántes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte; y á la noche se halla en su posada, cenando muy á su sabor; y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas; y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros; así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso; pues, como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.

—Así seria, dijo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos.

—Y ¡cómo si llevaba azogue! dijo Don Quijote, y áun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero, dejando esto aparte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora, acerca de lo que mi señora me manda, que la vaya á ver? Que, aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra ántes que mi gusto. Por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora; por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante; y en llegando, le cortaré la cabeza, y pondré á la Princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra, á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzare por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo.

—¡Ay! dijo Sancho, y ¡cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor: ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como éste, donde le dan en dote un reino? que á buena verdad que he oido decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos. Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí está nuestro Licenciado, que lo hará de perlas; y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que éste que le doy le viene de molde; que más vale pájaro en mano que buitre volando; porque quien bien tiene y mal escoge, por mal que le enoje no se venga.

—Mira, Sancho, respondió Don Quijote; si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo

para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente; porque yo sacaré de adahala ántes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé, sino á tí?

—Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que yo me he dicho; y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio; que por Dios, que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.

—Dígote, Sancho, dijo Don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir ántes con la Princesa que á ver á Dulcinea; y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que, pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí, los descubra.

—Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firmar de su nombre que la quiere bien y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fueren se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos?

—¡Oh qué necio y qué simple que eres! dijo Don Quijote. ¿Tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan más sus pensamientos que á servilla por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros.

—Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha

de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena; aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese.

—¡Válate el diablo por villano! dijo Don Quijote, y ¡qué de discreciones dices á las veces! No parece sino que has estudiado [1].

—Pues á fe mia que no sé leer,» respondió Sancho.

En esto les dió voces Maese Nicolas, que esperasen un poco; que querian detenerse á comer en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose Don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras; porque, puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente; y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian.

Estando en esto acertó á pasar por allí un muchacho, que iba de camino; el cual, poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quijote, y abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito, diciendo: «¡Ay señor mio! ¿no me conoce vuestra merced? Pues míreme bien; que yo soy aquel mozo, Andres, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.»

Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo: «Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa; acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una

yegua un villano, que despues supe que era amo suyo; y así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento; respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian más de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: «Señor, no me azota sino porque le pido mi salario.» El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales, aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas. En resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y áun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andres? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde; no te turbes, ni dudes en nada; di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

—Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al reves de lo que vuestra merced se imagina.

—¿Cómo al reves? replicó Don Quijote. Luego ¿no te pagó el villano?

—No sólo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un san Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que, á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entónces me hizo: de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa; porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia; mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera; y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo, descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

—El daño estuvo, dijo Don Quijote, en irme yo de allí; que no me habia de ir hasta dejarte pagado; porque bien debia yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar, aunque se escondiese en el vientre de una ballena.

—Así es la verdad, dijo Andres; pero no aprovechó nada.

—Ahora verás si aprovecha,» dijo Don Quijote; y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian.

Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria.

Él le respondió que queria ir á buscar al villano, y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo.

Á lo que ella respondió que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

«Así es verdad, respondió Don Quijote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decis; que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

—No me creo desos juramentos, dijo Andres; más quisiera tener agora con qué llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo; déme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo.»

Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: «Tomá, hermano Andres; que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

—Pues ¿qué parte os alcanza á vos? preguntó Andres.

—Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho; que Dios

sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y mala ventura, y áun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen.»

Andres asió de su pan y queso; y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á Don Quijote: «Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuántos caballeros andantes han nacido en el mundo.»

Íbase á levantar Don Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo [2].





CAPÍTULO XXXII

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote

Acabóse la breve comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritórnes, que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, les salieron á recebir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y pausa, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daria de príncipe. Don Quijote dijo que sí haria; y así, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon de márras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de sueño.

No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al Barbero, y asiéndole de la barba, dijo: «Para mi santiguada, que no se ha vuestra merced

de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza; digo el peine, que solia yo colgar de mi buena cola.»

No se la queria dar el Barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el Licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á Don Quijote que, cuando le despojaron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino cómo ella iba, y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el Barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y áun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida; y á todo esto dormia Don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le haria por entónces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritórnes y todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quijote y del modo que le habian hallado; la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido; y mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron; y como el Cura dijese que los libros de caballerías que Don Quijote habia leido le habian vuelto el juicio, dijo el ventero:

«No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que, á lo que yo entiendo, no hay mejor leyenda en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos; porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle

escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. Á lo ménos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias.

—Y yo ni más ni ménos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer; que estais tan embobado, que no os acordais de reñir por entónces.

—Así es la verdad, dijo Maritórnes; y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas; y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos, abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciendo la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto..... digo que todo esto es cosa de mieles.

—Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el Cura, hablando con la hija del ventero.

—No sé, señor, en mi ánima, respondió ella; tambien yo lo escucho; y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras; que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasion que les tengo.

—Luego, ¿bien los remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran?

—No sé lo que me hiciera, respondió la moza; sólo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil insolencias; y ¡Jesus! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que, por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera ó que se vuelva loco; y no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos; que ellos no desean otra cosa [1].

—Calla, niña, dijo la ventera; que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.

—Como me lo preguntaba este señor, respondió ella, no pude dejar de respondelle.

—Ahora bien, dijo el Cura, traedme, señor huésped, aquesos libros; que los quiero ver.

—Que me place,» respondió él; y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla; y abriéndola el Cura, halló en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro *Don Félixmarte de Hircania*, y el otro la *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba, con la Vida de Diego García de Paredes*.

Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero y dijo: «Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No hacen, respondió el Barbero; que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea; que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

—Luego ¿quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero.

—No más, dijo el Cura, que estos dos: el de don Cirongilio y el de Félixmarte.

—Pues ¿por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar?

—Cismáticos, querreis decir, amigo, dijo el Barbero, que no flemáticos.

—Así es, replicó el ventero; mas, si alguno quiere quemar, sea ése del Gran Capitan y dese Diego García; que ántes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

—Hermano mio, dijo el Cura, estos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos, y éste del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido; y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y

las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro, libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquíles y Roldanes.

—¡Tomaos con mi padre! dijo á lo dicho el ventero; ¡mirad de qué se espanta! ¡de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que hizo Félixmarte de Hircania, que de un reves solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde iban más de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia? que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde se cuenta que navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego; y él, así como la vió, se arrojó sobre ella y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay más que oir. Calle, señor; que si oyese esto, se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice.»

Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: «Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote.

—Así me parece á mí, respondió Cardenio; porque, segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni ménos que lo escriben; y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.

—Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Félixmarte de Hircania ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerías cuentan; porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decis,

de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

—Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla; porque, por Dios, que no soy nada bobo. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos, que quitan el juicio!

—Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es natural, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguno destos libros; y si me fuera lícito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y áun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y en este entre tanto roed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y ¡quiera Dios que no cojeeis del pié que cojea vuestro huésped Don Quijote!

—Eso no, respondió el ventero; que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.»

Á la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros

andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras; y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaria de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo [2].

Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el Cura le dijo:

«Esperad; que quiero ver qué papeles son esos, que de tan buena letra están escritos.»

Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió el Cura hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un título grande, que decia: *Novela del Curioso impertinente.* Leyó el Cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo:

«Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda.»

Á lo que respondió el ventero: «Pues bien puede leella su reverencia; porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles; que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo; y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver; que, aunque ventero, todavía soy cristiano.

—Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el Cura; mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar.

—De muy buena gana,» respondió el ventero. Miéntras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella; y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen.

«Sí leyera, dijo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

—Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues áun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razon.

— Pues desa manera, dijo el Cura, quiero leerla, por curiosidad siquiera; quizá tendrá alguna de gusto.»

Acudió Maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien; lo cual visto del Cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recibiria, dijo: «Pues así es, esténme todos atentos; que la novela comienza desta manera:





CAPÍTULO XXXIII

Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que, por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian *los dos amigos* eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen; bien es verdad que el Anselmo era algo más inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecia, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo; y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado reloj que así lo anduviese.

»Andaba Anselmo perdido de amores de Camila, doncella principal y

hermosa, de la misma ciudad, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en ejecucion; y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba; y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero, acabadas las bodas y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque, aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender áun de los mesmos hermanos, cuanto más de los amigos.

»Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho; y que si, por la buena correspondencia que los dos tenian miéntras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así, le suplicaba (si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos) que volviese á ser señor de su casa y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que, por haber sabido ella con cuántas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza.

»Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario, para

persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas, fuese Lotario á comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer más de aquello que viese que más convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito le estaba en más que el suyo propio.

»Decia él, y decia bien, que el casado, á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener en ver qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su mujer conversaba; porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien más satisfacion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder tuviese; porque suele acontecer que, con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice, por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó nó, le seria de honra ó de vituperio; de lo cual siendo del amigo advertido, fácilmente pondria remedio en todo. Pero ¿dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto; sólo Lotario era éste, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, sisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa; porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila; que, puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo; y por esto los más de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables; así que, en quejas del uno y disculpas del otro, se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió, pues,

que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las siguientes razones:

«Pensarás, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido, y sobre todo al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia: dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, sí en el que puedo. Pues, con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo; porque, no sé de qué dias á esta parte, me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos; y así me ha sido posible salir con este propósito como si de industria procurara decillo á todo el mundo; y pues que en efeto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura.»

»Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo; y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy léjos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos pensamientos, pues tenia por cierto que se podia prometer dél, ó ya consejos para contenellos, ó ya remedio para cumplillos.

—»Así es la verdad, respondió Anselmo; y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es de ver si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfeta como yo pienso; y no puedo enterarme en

esta verdad si no es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro; porque yo tengo para mí ¡oh amigo! que no es una mujer más buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las contínuas importunidades de los solícitos amantes. Porque ¿qué hay que agradecer, decia él, que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Ansí que, la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento: de modo que, por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en él sus deseos; y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo el vaso de mis deseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia. Y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero ¡oh amigo Lotario! que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto; que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada. Y muéveme, entre otras cosas, á fiar de tí esta tan ardua empresa, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á sólo tener por hecho lo que no se ha de hacer por buen respeto; y así, no quedaré yo ofendido más de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio; que bien sé que en

lo que me tocare ha de ser eterno, como el de la muerte. Así que, si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura.»

»Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia más, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dijo: «No me puedo persuadir ¡oh amigo Anselmo! á que no sean burlas las cosas que me has dicho; que, á pensar que de veras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras; porque con no escucharte previniera tu larga arenga. Y sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco..... pero no; que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario; el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser; porque las cosas que me has dicho ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces; porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, *usque ad aras;* en que quiso decir que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y cuando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo: ¿cuál destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte y á hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto: ántes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque, si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te

quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente, sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo; que tiempo quedará para que tú me repliques, y yo te escuche.

—»Que me place, dijo Anselmo; dí lo que quisieres.»

»Y Lotario prosiguió diciendo: «Paréceme ¡oh Anselmo! que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: *Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales;* y cuando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos; y áun con todo esto, no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de nuestra sacra religion. Y este mesmo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo malgastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad (que por ahora no le quiero dar otro nombre); y áun estoy por dejarte en tu desatino, en pena de tu mal deseo..... mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime, Anselmo: ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada, persuadir á una honesta, ofrecer á una desinteresada, servir á una prudente? Sí que me lo has dicho. Pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldria sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle despues que los que ahora tiene? ó ¿qué será más despues de

lo que es ahora? Ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices, ¿para qué quieres probarla, sino, como á mala, hacer della lo que más te viniere en gusto? Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que, es razon concluyente que el intentar las cosas de las cuales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy léjos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura.

»Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los Santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos; las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apénas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando, puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices, que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres; porque, puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni más ufano, ni más rico, ni más honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda; porque no te ha de aprovechar pensar entónces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido; porque bastará, para afligirte y deshacerte, que la sepas tú mesmo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero decir una estancia

que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de las *Lágrimas de San Pedro*, que dice así:

»Crece el dolor y crece la vergüenza
En Pedro cuando el dia se ha mostrado;
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado;
Que á un magnánimo pecho, á haber vergüenza,
No sólo ha de moverle el ser mirado;
Que de sí se avergüenza cuando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así que, no excusarás con el secreto tu dolor; ántes tendrás que llorar contínuo, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor, que nuestro poeta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reináldos; que puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados precetos morales, dignos de ser advertidos y entendidos é imitados; cuanto más, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer.

»Dime, Anselmo, si el cielo ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen; y si todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario; ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí, á pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y más: si lo pusieses por obra, ¡qué! puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria más valor ni más fama; y si se rompiese, cosa que podria ser, ¿no se perdia todo? Sí por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la ajena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre; pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á más valor del que

ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora ¡cuál quedarias sin ella, y con cuánta razon te podrias quejar de tí mesmo por haber sido causa de su perdicion y la tuya! Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene [1]; y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfecion que le falta, que consiste en el ser virtuosa.

»Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle, los cazadores usan deste artificio: que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues, ojeándole, le encaminan hácia aquel lugar; y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es más que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene; porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes; porque quizá, y áun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimesmo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas. Hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardin, que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde léjos, y por entre las verjas de hierro,

gocen de su fragrancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria (que los oí en una comedia moderna), que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase; y entre otras razones, le dijo estas:

»Es de vidrio la mujer;
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar,
Porque todo podria ser.
»Y es más fácil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse
Lo que no puede soldarse.
»Y en esta opinion estén
Todos, y en razon la fundo;
Que si hay Dánaes en el mundo,
Hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho ¡oh Anselmo! ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que te diga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo, perdóname; que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque.

»Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y áun no sólo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto es que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello á que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí, no hay duda; porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo; y teniéndose por deshonrada, te toca á tí, como á cosa suya, su misma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano, con su descuido y poco recato, estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran

con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran los que la maldad de su mujer saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que, no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera, está en aquella desventura [2]. Pero quiérote decir la causa por qué con justa razon es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea; y no te canses de oirme; que todo ha de redundar en tu provecho.

»Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el Paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo, le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva; y así como Adan despertó y la miró, dijo: *Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos*. Y Dios dijo: *Por ésta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma;* y entónces fué instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y áun hace más en los buenos casados: que, aunque tienen dos almas, no tienen más de una voluntad; y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño; porque, así como el dolor del pié ó de cualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una mesma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado, sin que él lo sepa [3].

»Mira, pues, ¡oh Anselmo! al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive; mira por cuán vana é impertinente

curiosidad quieres revolver los humores, que ahora están sosegados, en el pecho de tu casta esposa; advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura; que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo.»

»Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo: «Con la atencion que has visto, he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme; y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; y asimesmo veo y confieso que, si no sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, áun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse [4]; así que, es menester usar de algun artificio para que yo sane; y esto se podia hacer con facilidad, sólo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino preservándome de no verme sin honra. Y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada; pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al sér primero; y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar

aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque más inconvenientes se te pongan delante; pues, como ya he dicho, con sólo que comiences, daré por concluida la causa.»

»Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué más ejemplos traerle ni qué más razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que le daria á otro cuenta de su mal deseo; por evitar mayor mal, determinó de contentarle y hacer lo que pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo, que, sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho; y así, le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno; que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese más gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro dia siguiente se comenzase la obra; que él le daria lugar y tiempo en que á sus solas pudiese hablar á Camila; y asimesmo le daria dineros y joyas que ofrecerla y que darla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los haria. Á todo se ofreció Lotario, con bien diferente intencion que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ánsia y cuidado, esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir más de lo acostumbrado.

»Fuese Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila; y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recebido de Camila, la cual le recebia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila, en tanto que él iba á un negocio forzoso; que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo; ántes importunó á

Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo tambien á Camila que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese.

»En efeto, él supo tan bien fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer.

»Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados: ¡mirad si era razon que le temiera Lotario! Pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla; y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco, en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor reposaria en el estrado que en la silla; y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual, como halló á Camila en su aposento y á Lotario durmiendo, creyó que, como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar y áun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura.

»Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así, no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que éste le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno, que está puesto en atalaya de mirar por sí: que se transforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar,

aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio.

»Sucedió, pues, que se pasaron muchos dias que, sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni áun dar una señal de sombra de esperanza; ántes decia que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo.

«Bien está, dijo Anselmo; hasta aquí ha resistido Camila á las palabras; es menester ver cómo resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcais y áun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla; que las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os daré más pesadumbre.»

»Lotario respondió que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa; puesto que entendia salir della cansado y vencido.

»Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué hacerse para mentir de nuevo; pero en efeto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para qué cansarse más, porque todo el tiempo se gastaba en balde.

»Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que, habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en más de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era ansí, salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas habia y de qué temple estaba Camila.

»Lotario le respondió que no pensaba más darle puntada en aquel negocio,

porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna.

—»¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que áun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo?

»No dijo más Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual, casi como tomando por punto de honra [5] el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria si con curiosidad lo espiaba; cuanto más, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad más segura y ménos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo, que estaba en una aldea no léjos de la ciudad, con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida.

»¡Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo! ¿Qué es lo que haces? ¿qué es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo; pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta

sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que al que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

» Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traidor lealtad;
» Pero mi suerte, de quien
Jamas espero algun bien,
Con el cielo ha estatuido
Que, pues lo imposible pido,
Lo posible áun no me den [6].

» Fuese otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa y á comer con ella; que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona.

» Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la órden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia cómo para mayores cuidados era bastante.

» Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle.

» Camila dijo que ansí lo haria, aunque contra su voluntad.

» Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas; porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya, llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo, la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer, con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila; y áun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en

otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas las veces el mandamiento de su señora; ántes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno á la lengua de Lotario. Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos; porque, si la lengua callaba, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no que un corazon de carne.

»Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada; y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia; y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo, por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila; culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y áun mal cristiano; hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que más habia sido la locura y confianza de Anselmo que seria su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa.

»En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en contínua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna; mas no por esta sequedad se

desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; ántes tuvo en más á Camila; la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia qué hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.





CAPÍTULO XXXIV

Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente

Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada »y moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me »hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, »que si presto no venís, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, »aunque deje sin guarda la vuestra; porque la que me dejastes, si es que »quedó con tal título, creo que mira más por su gusto que por lo que á vos »os toca; y pues sois discreto, no tengo más que deciros, ni áun es bien que »más os diga.»

»Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra que no

hiciese mudamiento de su casa en modo alguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusion que primero; porque ni se atrevia á estar en su casa, ni ménos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados; y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero, fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar más cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y áun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente, á él le pareció que era menester, en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza; y así, acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura; porque no hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad, puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto, él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo.

»Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar dél cuando ménos se pensaba y más deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; pero ¿qué mucho, si la amistad de Lotario no

quedó en pié? Ejemplo claro, que nos muestra que sólo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo; porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Sólo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que así, acaso y sin pensar, y no de propósito, la habia solicitado.

»Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenia y más estimaba. Fuése luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa, abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte.

»Las nuevas que te podré dar ¡oh amigo Anselmo! dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad y vive el entendimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo; que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar á ellos; que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas; y pues á pié enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse.

»Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero, con todo eso, le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese más de por curiosidad y entretenimiento y aunque no se aprovechase de allí adelante con Camila de tan ahincadas diligencias como hasta entónces; y que sólo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza, debajo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama, á quien le habia puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria.

«No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten; dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores; que los versos yo los haré, y si no tan buenos como el sujeto merece, serán por lo ménos los mejores que yo pudiere.»

»Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo; y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasion por que le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco más desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que, aunque no lo estuviera, no habia que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos; y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; mas, por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre.

»Otro dia, estando los tres sobremesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori; que, pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese.

«Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada; porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobio hace á su buen crédito; pero, sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice ansí:

Soneto

»En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando.
»Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
»Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envía,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
»Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfía
Al cielo sordo, á Clori sin oidos [1].»

»Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia.

»Á lo que dijo Camila: «Luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, ¿es verdad?

—»En cuanto poetas, no la dicen, respondió Lotario; mas en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.

—»No hay duda deso,» replicó Anselmo: todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario; y así, con el gusto que de sus cosas tenia, y más teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ú otros versos sabia, los dijese.



LO QUE SE DECIR, QUE AYER HICE UN SONETO A LA INGRATITUD DESTA CLORI, QUE DICE ANSÍ

«Sí sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, tan ménos malo, y podreislo bien juzgar, pues es éste:

Soneto

»Yo sé que muero; y si no soy creido,
Es más cierto el morir, como es más cierto
Verme á tus piés ¡oh bella ingrata! muerto
Antes que de adorarte arrepentido.
»Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Cómo tu hermoso rostro está esculpido.
»Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
»¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa vía,
Adonde norte ó puerto no se ofrece!»

»Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho con el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra; pues cuando más Lotario le deshonraba, entónces le decia que estaba más honrado; y con esto, todos los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama.

»Sucedió en esto que hallándose una vez, entre otras, sola Camila con su doncella, le dijo: «Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle.

—»No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela; que no quita la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse; y áun suele decirse que el que luego da, da dos veces.

—»Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en ménos.

—»No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda; con éste corre, y con aquel va despacio; á unos entibia, y á otros abrasa; á unos hiere, y á otros mata; en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista: y siendo así, ¿de qué te espantas ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea que es la ocasion; de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los peligrosos. Todo esto sé yo muy bien, más de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora; que yo tambien soy de carne y de sangre moza: cuanto más, hermosa Camila, que no te entregaste ni diste tan luégo, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansí, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion de que, ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima, y que no sólo tiene las cuatro SS que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A, B, C, entero; si no, escúchame, y verás cómo te lo digo de coro.

»Él es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido*, *bueno*, *caballero*, *dadivoso*, *enamorado*, *firme*, *gallardo*, *honrado*, *ilustre*, *leal*, *mozo*, *noble*, *onesto*, *principal*, *quantioso*, *rico*, y las SS que dicen, y luego *tácito*, *verdadero;* la X no le cuadra, porque es letra áspera; la Y ya está dicha; la Z *zelador* de tu honra.»

»Rióse Camila del A, B, C, de su doncella, y túvola por más plática en

las cosas de amor que ella creia; y así lo confesó ella, descubriendo á Camila cómo trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad; de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquél camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si pasaban sus pláticas á más que serlo. Ella, con poca vergüenza y mucha desenvoltura, le respondió que sí pasaban; porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales, cuando ven á las amas echar traspiés, no se les da nada á ellas de cojear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; mas cumpliólo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito; porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que, aunque su señora le viese, no habia de osar descubrille; que este daño acarrean, entre otros, los pecados de las señoras; que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no sólo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos, para que no fuese visto de su marido. Pero no pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba; el cual, sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara.

»Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni áun se acordó si Leonela era en el mundo; sólo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó, rogada y persuadida, y cree que con mayor

facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos; pues sin hacer alguno que bueno fuese, ni áun razonable, sin más ni más, ántes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la celosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo y le dijo: «Sábete, Anselmo, que há muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que más te encubra: sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Creí ansimismo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero, habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que, cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila); y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aún cometido el pecado, sino con pensamiento, y podria ser que, deste hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento; y así, ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con maduro advertimiento te satisfagas de aquello que más vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara; pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad: entónces verás por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere; y si fuere la maldad que se puede temer ántes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio.»

»Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de

Lotario, porque le cogieron en tiempo donde ménos las esperaba oir; porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento.

»Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: «Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir tu consejo: haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado.»

»Prometióselo Lotario, y en apartándose dél, se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuán necio habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia qué medio tomar para deshacer lo hecho ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola; y ella, así como vió que le podia hablar, le dijo :«Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace; pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar ni reñir; que el ser ella secretario de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso.»

»Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille con que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad; y en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero, con todo esto, respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela; díjole asimismo lo que, instigado de la furiosa rabia de los celos, habia dicho á Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí á la clara la poca lealtad que

ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como en el que su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero, como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal más que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luégo al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer irremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado que, en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase, y que á cuanto ella le dijese, le respondiese como respondiera cuando no supiera que Anselmo le escuchaba.

»Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con más seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario.

«Digo, dijo Camila, que no hay más que guardar, si no fuere responderme como yo os preguntare;» no queriendo Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros, que no podian ser tan buenos.

»Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia, con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse; que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela.

»Escondido, pues, Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, y verse á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila; seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apénas hubo puesto los piés en ella Camila, cuando, dando un grande suspiro, dijo: «¡Ay Leonela amiga! ¿no seria mejor que ántes que llegase á poner en ejecucion lo que no quiero

que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal; que no será razon que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale; que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efeto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia.

—»¡Ay señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela; y ¿qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿Quieres por ventura quitarte la vida ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no dés lugar á que este mal hombre éntre ahora en esta casa, y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado; y como viene con aquel mal propósito, ciego y apasionado, quizá ántes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria más mal que quitarte la vida. ¡Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa! Y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer dél despues de muerto?

—»¿Qué, amiga? respondió Camila; dejarémosle para que Anselmo le entierre; pues será justo que tenga por descanso, el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba; que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo.»

»Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia, se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y tan honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase.

»Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo; y arrojándose encima de

una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: «¡Ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad!» con otras cosas á éstas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la más lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope.

»Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dijo: «¿Por qué no vas, Leonela, á llamar al más desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina; no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.

—»Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren.

—»Vé segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila; porque, ya que sea atrevida y simple, á tu parecer, en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia. Yo moriré, si muero; pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia.»

»Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entre tanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: «¡Válame Dios! ¿no fuera más acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo; sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo), que Camila no sólo guardó la

lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle..... Mas con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo..... Pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que, de puro bueno y confiado, no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese; ni áun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto, que las manifiestas dádivas y las largas promesas y las contínuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? No por cierto. Afuera, pues, temores; aquí, venganzas; éntre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, limpia he de salir dél; y cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del más falso amigo que vió la amistad en el mundo;» y diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufian desesperado.

»Todo lo miraba Anselmo, cubierto detras de unos tapices, donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfacion para mayores sospechas; y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso; y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano; y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo: «Lotario, advierte lo que te digo. Si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni áun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y ántes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches; que despues responderás lo que más te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo, mi marido, y en qué

opinion le tienes; y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto.»

»No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer; y así, correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por más que cierta verdad; y así, respondió á Camila de esta manera: «No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo. Si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde más léjos pudieras entretenerla, porque tanto más fatiga el bien deseado, cuanto la esperanza está más cerca de poseello. Pero, porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no me hacer testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. Á tí te conozco y tengo en la misma opinion que él te tiene; que, á no ser así, por ménos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora, por tan poderoso incentivo como el amor, por mí rompidas y violadas.

—»Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasion le agravias? Pero ya caigo, ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quién te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia; que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿cuándo ¡oh traidor! respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames

deseos? ¿Cuándo tus amorosas palabras no fueron desechadas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿Cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas ni admitidas? Pero, por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu persistencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado; y así, quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieses que, siendo conmigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido de huir la ocasion, si alguna te dí, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo, que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que más me fatiga, y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque, castigándome otro verdugo, quizá seria más pública mi culpa; pero ántes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, donde quiera que fuere, la pena que da la justicia, desinteresada, y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto.

»Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese; la cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad, que por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre; porque, viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dijo: «Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo ménos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga;» y haciendo fuerza para soltar de la daga la mano de Lotario, que la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no

profundamente, se la entró y escondió por más arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada.

»Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, á sacar la daga; y en ver la pequeña herida, salió del temor que hasta entónces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no sólo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término; y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha más lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase; pedíale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese ántes que estuviese sana. Él respondió que dijesen lo que quisiesen; que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese; sólo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen. Y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa; y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuán enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamas pudiera imaginarse.

»Leonela tomó, como se le habia dicho, la sangre á su señora, que no era más de aquello que bastó para acreditar su embuste; y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que, aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco

ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera más necesario tenerle para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible.

»Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dejar de ver; á lo que Leonela respondia que ella, ni áun burlando, no sabia mentir.

»Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta.

—»No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos; y quizá que por ser la herida donde es, la podrás encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demas déjalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos.»

»Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese; y él, sin perdella, salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila; todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría,

porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creyó ser por haber dejado á Camila herida, y haber él sido la causa; y así, entre otras razones, le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él, y que, segun esto, no habia de qué temer; sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la más alta felicidad que acertara á desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama; recebíale Camila con rostro, al parecer, torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí encubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.»





CAPÍTULO XXXV

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza, todo alborotado, diciendo á voces: «Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante, enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen, como si fuera un nabo.

—¿Qué decis, hermano? dijo el Cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba. ¿Estais en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decis, estando el gigante dos mil leguas de aquí?»

En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decia á voces: «Tente, ladron, malandrin, follon; que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra;» y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes.

Y dijo Sancho: «No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo..... aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida; que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

—Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si Don Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre;» y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el más extraño traje del mundo.

Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante. Y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino; lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se lo echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote; mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario.



EN EL BRAZO IZQUIERDO TENÍA REVUELTA LA MANTA DE LA CAMA, Y EN LA DERECHA DESENVAINADA LA ESPADA...

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo; y como no la hallaba, dijo: «Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento; que la otra vez, en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza, que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero. ¿No ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto en que nada este aposento? que ¡nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó!

—No sé nada, respondió Sancho; sólo sé que vendré á ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.»

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los previlegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, áun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos á Don Quijote, el cual, creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: «Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir, de hoy más, segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien, de hoy más, soy quito de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo? dijo, oyendo esto, Sancho. Sí, que no estaba yo borracho. Mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante. Ciertos son los toros, mi condado está de molde.»

¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian, sino el ventero, que se daba á Satanas; pero, en fin, tanto hicieron el

Barbero, Cardenio y el Cura, que, con no poco trabajo, dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante; aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros.

Y la ventera decia en voz y en grito: «En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante (que nunca mis ojos le hubieran visto), que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero (que mala aventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo), y que por esto no estaba obligado á pagar nada; que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora, por su respeto, vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo, ¡romperme mis cueros y derramarme mi vino! que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense; que ¡por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro! ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy.» Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritórnes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que, por más señas, tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado

otra vez que habia posado en ella [1]. Dorotea dijo que así lo creia, y que no tuviese pena; que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase; él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

«Sucedió, pues, que, por la satisfacion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada; y Camila, de industria, hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves la voluntad que le tenia; y para más confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el que tenia Leonela de verse calificada, aunque no de buena, en sus amores, llegó á tanto, que, sin mirar á otra cosa, se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y áun la advertia del modo que con poco riesgo pudiese ponerle en ejecucion. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela; y queriendo entrar á ver quién los daba, sintió que le detenian la puerta; cosa que le puso más voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: «Sosiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto, que es mi esposo.»

»No lo quiso creer Anselmo; ántes, ciego de enojo, sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no, que la mataria.

»Ella, con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo: «No me mates, señor; que yo te diré cosas de más importancia de las que puedes imaginar.

—»Dilas luego, dijo Anselmo; si no, muerta eres.

—»Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada;

déjame hasta mañana; que entónces sabrás de mí lo que te ha de admirar, y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo.»

»Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así, se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia.

»Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo, porque fué tanto el temor que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no; y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fué tal, que no le sabia responder palabra, ni ménos sabia resolverse en lo que haria. En fin acordó de llevar á Camila á un monesterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello; y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dejó en el monesterio, y él asimismo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia.

»Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó y fué adonde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela; sólo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila; y no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella; pero nadie

le supo dar razon de lo que pasaba. Tornó, confuso y atónito, á buscar á Camila, y vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las más de sus joyas; y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola.

»No sabia qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado, á su parecer, del cielo que le cubria, y sobre todo, sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apénas hubo andado la mitad, cuando, acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochecia, y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo, de la ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó qué nuevas habia en Florencia.

»El ciudadano respondió: «Las más extrañas que muchos dias há se han oido en ella; porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el Gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto, no sé puntualmente cómo pasó el negocio; sólo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban *los dos amigos*.

—»¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila?

—»Ni por pienso, dijo el ciudadano; puesto que el Gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos.

—»Á Dios vais, señor, dijo Anselmo.

—»Con él quedeis,» respondió el ciudadano; y fuese.

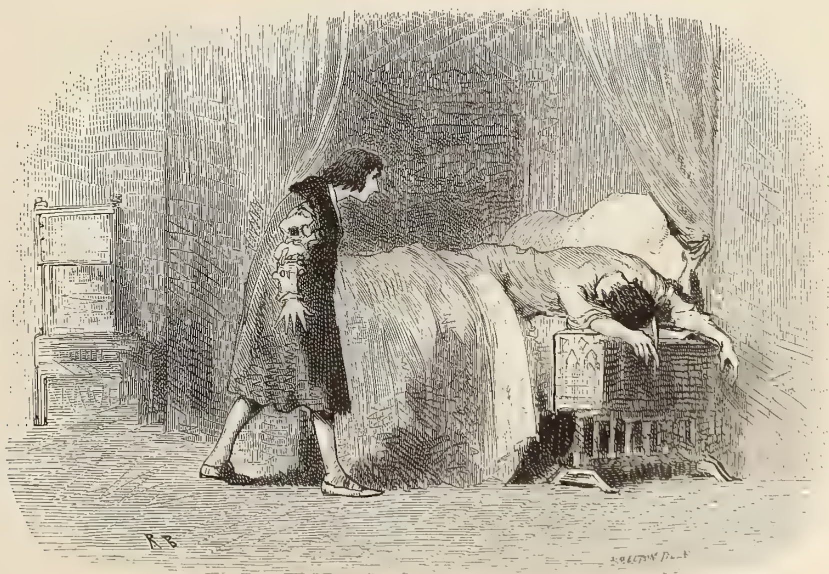
»Con tan desdichadas nuevas, casi, casi llegó á término Anselmo, no sólo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que áun no sabia su desgracia; mas, como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y áun que le cerrasen la puerta. Viéndose, pues, solo, comenzó á cargar tanto en la imaginacion de su desventura, que claramente conoció, por las premisas mortales que en sí sentia, que se le iba acabando la vida; y así, ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte; y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente.

»Viendo el señor de casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aún la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él, habiéndole llamado primero; y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida; y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones:

«Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi »muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no »estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella »los hiciese; y pues yo fuí el fabricador de mi deshonra, no hay para qué.....»

» Hasta aquí escribió Anselmo; por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia y el monesterio donde Camila estaba, casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que, aunque se vió viuda, no quiso salir del monesterio, ni ménos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió monsiur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo; lo cual, sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.»

« Bien, dijo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar; pero, entre marido y mujer, algo tiene del imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta [2].»





CAPÍTULO XXXVI

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron

Estando en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: «Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, *gaudeamus* tenemos.

—¿Qué gente es? dijo Cardenio.

—Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la jineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer, vestida de blanco, en un sillon, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié.

—¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura.

—Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan.»

Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote; y casi no habian tenido lugar para esto, cuando

entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho; y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear á la mujer que en el sillon venia; y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; sólo que, al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos, como persona enferma y desmayada: los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza.

Viendo esto el Cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que deseaba, el cual le respondió:

«Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta; sólo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto; y esto dígolo porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa más de lo que él ordena y manda.

—Y la señora ¿quién es? preguntó el Cura.

—Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma; y no es de maravillar que no sepamos más de lo que os he dicho, porque mi compañero y yo no há más de dos dias que los acompañamos; porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien.

—Y ¿habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el Cura.

—No por cierto, respondió el mozo; porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla; porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima; y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va; y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo más cierto;

y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste como parece.

—Todo podria ser,» dijo el Cura; y dejándolos, se volvió á donde estaba Dorotea, la cual, como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion, se llegó á ella y le dijo:

«¿Qué mal sentís, señora mia? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle; que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros.»

Á todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado que dijo el mozo que los demas obedecian, y dijo á Dorotea:

«No os canseis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace; ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca.

—Jamas la dije, dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando; ántes, por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura; y desto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso.»

Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz, dijo:

«¡Válgame Dios! ¿qué es esto que oigo? ¿qué voz es esta que ha llegado á mis oidos?»

Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora, toda sobresaltada; y no viendo quien los daba, se levantó en pié y fuese á entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. Á ella, con la turbacion y desasosiego, se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona



CALLABAN TODOS Y MIRÁBANSE TODOS, DOROTEA Á DON FERNANDO, DON FERNANDO Á CARDENIO, CARDENIO Á LUSCINDA....

fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas; y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo, que se le caia, como en efeto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada asimismo la tenia era su esposo don Fernando; y apénas le hubo conocido, cuando, arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dejó caer de espaldas, desmayada; y á no hallarse allí junto el Barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luégo el Cura á quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro; y así como la descubrió, la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no tanto, que dejase, con todo esto, de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en sus gritos á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido; y lo primero que vió fué á don Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien don Fernando conoció luégo á Cardenio; y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido.

Callaban todos y mirábanse todos: Dorotea á don Fernando, don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio; mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á don Fernando desta manera:

«Dejadme, señor don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas; notad cómo el cielo, por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis, por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte

tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida; que, como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida.»

Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que don Fernando áun no la dejaba de los brazos ni respondia á sus razones, esforzándose lo más que pudo, se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir: «Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus piés está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú, por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya; soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero, con todo esto, no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traido sólo los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera, que, aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor, que puede ser recompensa, á la hermosura y nobleza por quien me dejas, la incomparable voluntad que te tengo; tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio; ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y más fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien

de la manera que me entregué á toda tu voluntad; no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo ménos y admíteme por tu esclava; que, como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no dés tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que, como buenos vasallos, á los tuyos siempre han hecho; y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no hayan corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres decendencias; cuanto más, que la verdadera nobleza consiste en la virtud; y si esta á tí te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que (quieras ó no quieras) yo soy tu esposa. Testigos son tus palabras, que no han ni deben de ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias; testigo será la prenda que me diste, y testigo el cielo, á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos.»

Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á don Fernando, y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla don Fernando, sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas, y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de

consuelo, no la dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la tenian; el cual, lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio, que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda, dijo:

«Venciste, hermosa Dorotea, venciste; porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas.»

Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó don Fernando, iba á caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de don Fernando se habia puesto, porque no le conociese; pospuesto todo temor y aventurado á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dijo: «Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en estos brazos, que ahora te reciben y otro tiempo te recibieran, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia.»

Á estas razones, puso Luscinda en Cardenio los ojos; y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: «Vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque más lo impida la contraria suerte, y aunque más amenazas le hagan á esta vida, que en la vuestra se sustenta.»

Extraño espectáculo fué éste para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia:

«¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus piés á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en

los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible, deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar é igualar á tí mismo á la que, pospuesto todo inconveniente, confiada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene con los suyos bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño, no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele; y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razon que el apetito.»

En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinacion de (si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio) procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazon acudieron los amigos de don Fernando, y el Cura y el Barbero, que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza; y todos rodeaban á don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea; y que, siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas; que considerase que no acaso, como parecia, sino con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el Cura, que «sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio; y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte;» y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido. Que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se le podian igualar, cuanto más hacerle ventaja; que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y

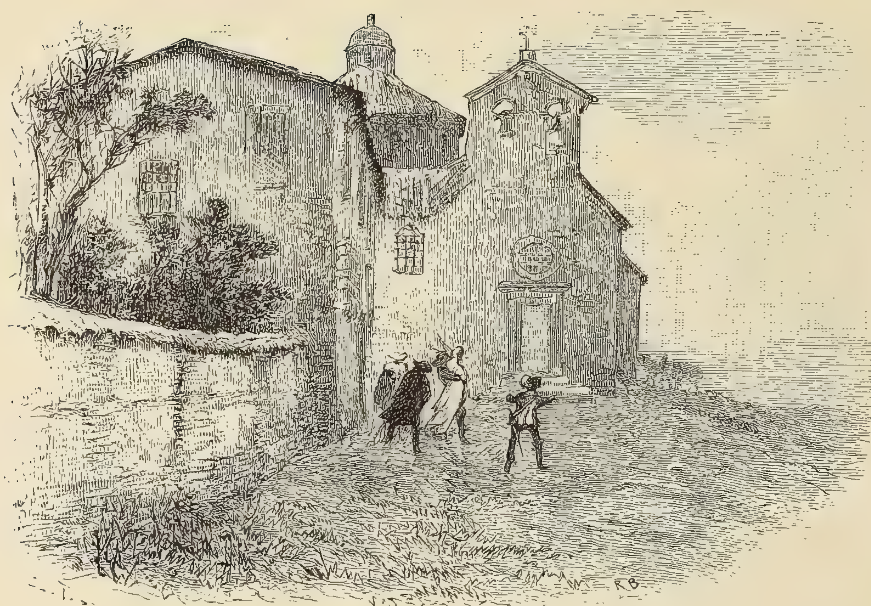
sobre todo, advirtiese que, si se preciaba de caballero y de cristiano, no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada; y que, cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza, sin nota ni menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue.

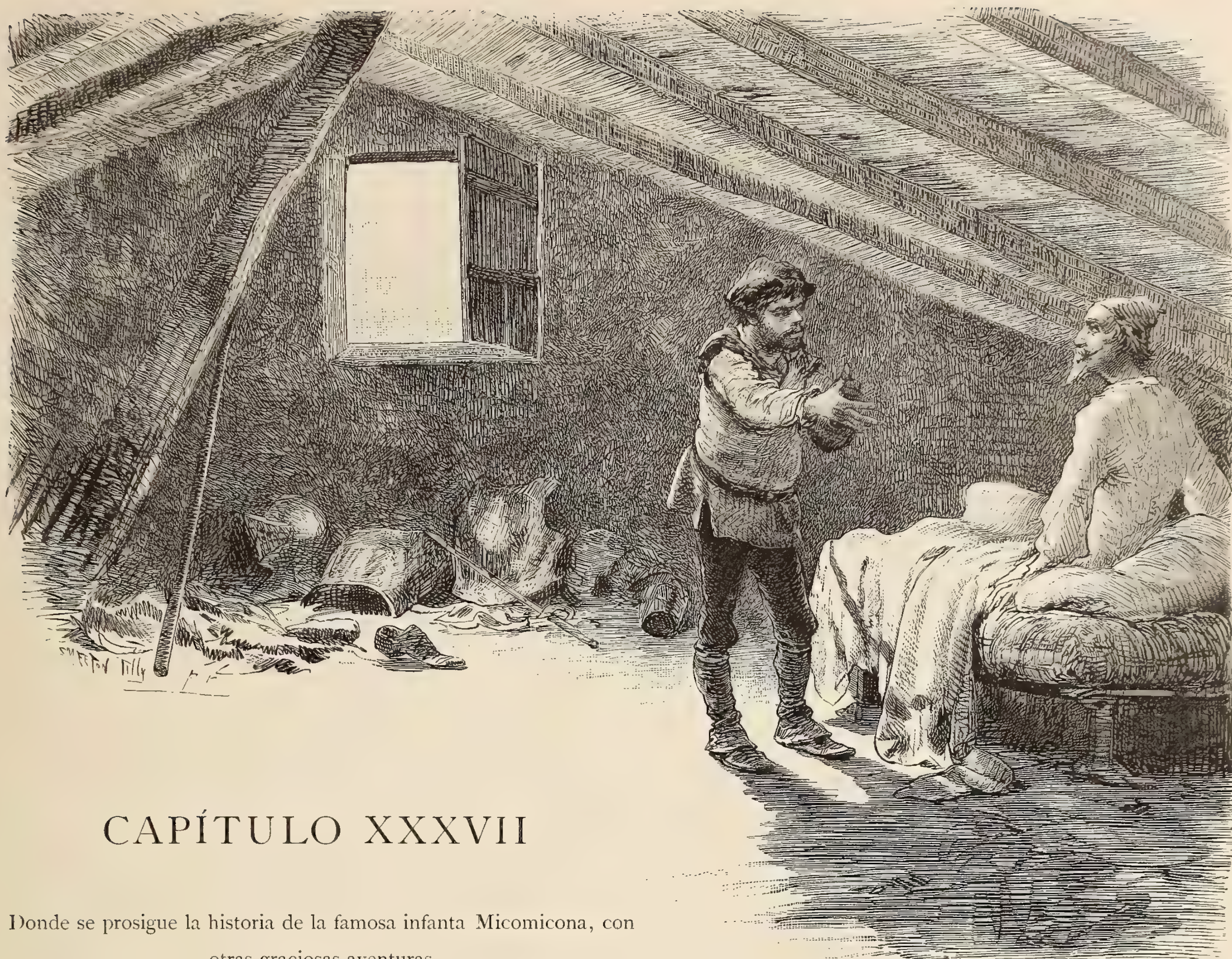
En efeto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: «Levantaos, señora mia; que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que, viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis. Lo que os ruego es que no me reprehendais mi mal término y mi mucho descuido; pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro; y para conocer que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio; que yo de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea.» Y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y áun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ajeno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido. Hasta Sancho Panza

lloraba; aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion de todos; y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabia qué responderles; y así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía.

Preguntó luego á Dorotea le dijese cómo habia venido á aquel lugar tan léjos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que ántes habia contado á Cardenio; de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido, despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido; y que así, se salió de su casa, despechado y corrido, con determinacion de vengarse con más comodidad; y que otro dia supo cómo Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se habia ido; y que, en resolucion, al cabo de algunos meses vino á saber cómo estaba en un monesterio, con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba; á la cual no habia querido hablar, temeroso que, en sabiendo que él estaba allí, habia de haber más guarda en el monesterio; y así, aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habia entrado en el monesterio, buscando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja; y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella; todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monesterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vió en su

poder, perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que así, acompañados de silencio y de lágrimas, habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.





CAPÍTULO XXXVII

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras

TODO esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recebida, y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el Cura, como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado [1]; pero

quien más jubilaba y se contentaba era la ventera, por la promesa que Cardenio y el Cura le habian hecho de pagalle todos los daños y reveses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido.

Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con malencónico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: «Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar á ningun gigante ni de volver á la Princesa su reino; que ya todo está hecho y concluido.

—Eso creo yo bien, respondió Don Quijote; porque he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida; y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua.

—Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanas.

—Y ¿qué es lo que dices, loco? replicó Don Quijote; ¿estás en tu seso?

—Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar; y verá á la Reina convertida en una dama particular, llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar.

—No me maravillaria de nada deso, replicó Don Quijote; porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mesmo.

—Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez; mas no lo fué, sino que real y verdaderamente vi yo que el ventero, que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brío y con tanta risa como

fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura [2].

—Ahora bien, Dios lo remediará, dijo Don Quijote: dame de vestir, y déjame salir allá fuera; que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices.»

Dióle de vestir Sancho; y en el entretanto que se vestia, contó el Cura á don Fernando, y á los demas que allí estaban, las locuras de Don Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles (lo que á todos parecia) ser el más extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo más el Cura: que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra.

Ofreció Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria suficientemente la persona de Dorotea.

«No, dijo don Fernando, no ha de ser así; que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion; que, como no sea muy léjos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.

—No está más de dos jornadas de aquí.

—Pues aunque estuviera más, gustara yo de caminallas, á trueco de hacer tan buena obra.»

Salió en esto Don Quijote, armado de todos sus pertrechos, con el yelmo (aunque abollado) de Mambrino en la cabeza, embrazado de su adarga y arrimado á su tranca ó lanzon. Suspendió á don Fernando y á los demas la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente; y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo: «Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha

aniquilado, y vuestro sér se ha deshecho; porque de reina y gran señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por órden del Rey nigromante, de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas; porque, si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso cómo otros caballeros, de menor fama que la mia, habian acabado cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no há muchas horas que yo me vi con él, y..... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando ménos lo pensemos [3].

—Vístesos vos con dos cueros, que no con un gigante,» dijo á esta sazon el ventero, al cual mandó don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quijote en ninguna manera; y Don Quijote prosiguió, diciendo:

«Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si, por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseo en vuestra persona, que no le deis consentimiento [4]; porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual, poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias.»

No dijo más Don Quijote, y esperó á que la Princesa le respondiese; la cual, como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: «Quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi sér, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que ántes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invulnerable brazo, que siempre he tenido. Así que,

señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia; que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los más destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho.»

Esto dijo la discreta Dorotea; y en oyéndolo Don Quijote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: «Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladron, vagamundo, ¿no me acabas tú de decir ahora que esta Princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? ¡Voto..... (y miró al cielo y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo!

—Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho; que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo ménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño ¡vive Dios! porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá; quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora Reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino.

—Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato; y perdóname, y basta.

—Basta, dijo don Fernando; y no se hable más en esto; y pues la señora

Princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quijote; porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva.

—Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió Don Quijote; y agradezco mucho la merced que se me hace y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y áun más, si más costarme puede.»

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quijote y don Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazon entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano, recien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traia unos borceguíes datilados, y un alfanje morisco puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho. Entró luégo tras él, encima de un jumento, una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los hombros á los piés la cubria. Era el hombre de robusto y airoso talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes, y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió, en entrando, un aposento; y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recebir pesadumbre; y llegándose á la que en el traje parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritórnes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, le dijo: «No os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad y falta de regalo que aquí hay [5], pues es propio de ventas no hallarle en ellas; pero, con todo esto, si gustáredes

de posar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso de este camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos.»

No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano.

Llegó en esto el Cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entónces habia estado; y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: «Señoras mias, esta doncella apénas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado.

—No era preguntarle cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer á quien se sirve.

—Por ella y por mí, respondió el Cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida; que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande.

—Decidme, señor, dijo Dorotea: esta señora ¿es cristiana ó mora? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese.

—Mora es en el traje y en el cuerpo; pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo.

—Luego ¿no es bautizada? replicó Luscinda.

—No ha habido lugar para ello, respondió el Cautivo, despues que salió de Argel, su patria y tierra; y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligase á bautizalla sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda; pero Dios será servido

que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es más de lo que muestra su hábito y el mio.»

Estas razones pusieron gana, en todos los que escuchándole estaban, de saber quién fuesen la mora y el Cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces, por ver que aquella sazon era más para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al Cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian y lo que ella haria. Él en lengua arábiga le dijo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese; y así, se lo quitó, y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por más hermosa que á Luscinda, y Luscinda por más hermosa que á Dorotea; y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos era el de la mora, y áun hubo algunos que la aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y agasajar á la hermosa mora.

Preguntó don Fernando al Cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió que Lela Zoraida; y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al Cautivo, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire: *No, no Zoraida; María, María;* dando á entender que se llamaba María, y no Zoraida.

Estas palabras, y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar más de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: «Sí, sí, María, María;» á lo cual respondió la mora: *Sí, sí, María; Zoraida macange,* que quiere decir *no.*

Ya en esto llegaba la noche; y, por órden de los que venian con don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él

lo rehusaba, á Don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el Cura y el Barbero, y así cenaron con mucho contento; y acrecentóseles más viendo que, dejando de comer Don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló, cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir:

«Verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la Órden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora, que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima, cuanto á más peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas; que les diré (y sean quien se fueren) que no saben lo que dicen; porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; ó como si en esto, que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber ó conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, ansí que las armas requieren espíritu, como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el

del letrado ó el del guerrero, trabaja más; y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina; porque aquella intencion se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras..... y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo; que á un fin tan sin fin como éste, ninguno otro se puede igualar; hablo de las letras humanas; que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida; y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro dia, cuando cantaron en los aires: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Y la salutacion que el mejor Maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: *Paz sea en esta casa;* y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros;* bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano: joya que, sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.»

De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quijote, que obligó á que por entónces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviese por loco; ántes, como todos ó los más eran caballeros, á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana; y él prosiguió diciendo: «Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre

no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta, que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos; que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman *andar á la sopa;* y no les falta algun ajeno brasero ó chimenea, que, si no caliente, á lo ménos entibie su frio, y en fin, la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caríbdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud; pero, contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.»





CAPÍTULO XXXVIII

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras

Prosiguiendo Don Quijote, dijo: «Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo estando, en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha ni corta; que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las

sábanas. Lléguese, pues, á todo esto el dia y la hora de recebir el grado de su ejercicio; lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo, que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y bueno [1], podrá ser que se quede en la mesma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Porque decidme, señores, si habeis mirado en ello: ¿cuán ménos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados; porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse; así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio.

»Pero á esto se puede responder que es más fácil premiar á doscientos letrados que á treinta soldados; porque aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á éstos no se puede premiar sino con la mesma hacienda del señor á quien sirven; y esta imposibilidad fortifica más la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, y no volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados.

»Á esto responden las armas que las leyes no se podrian sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor

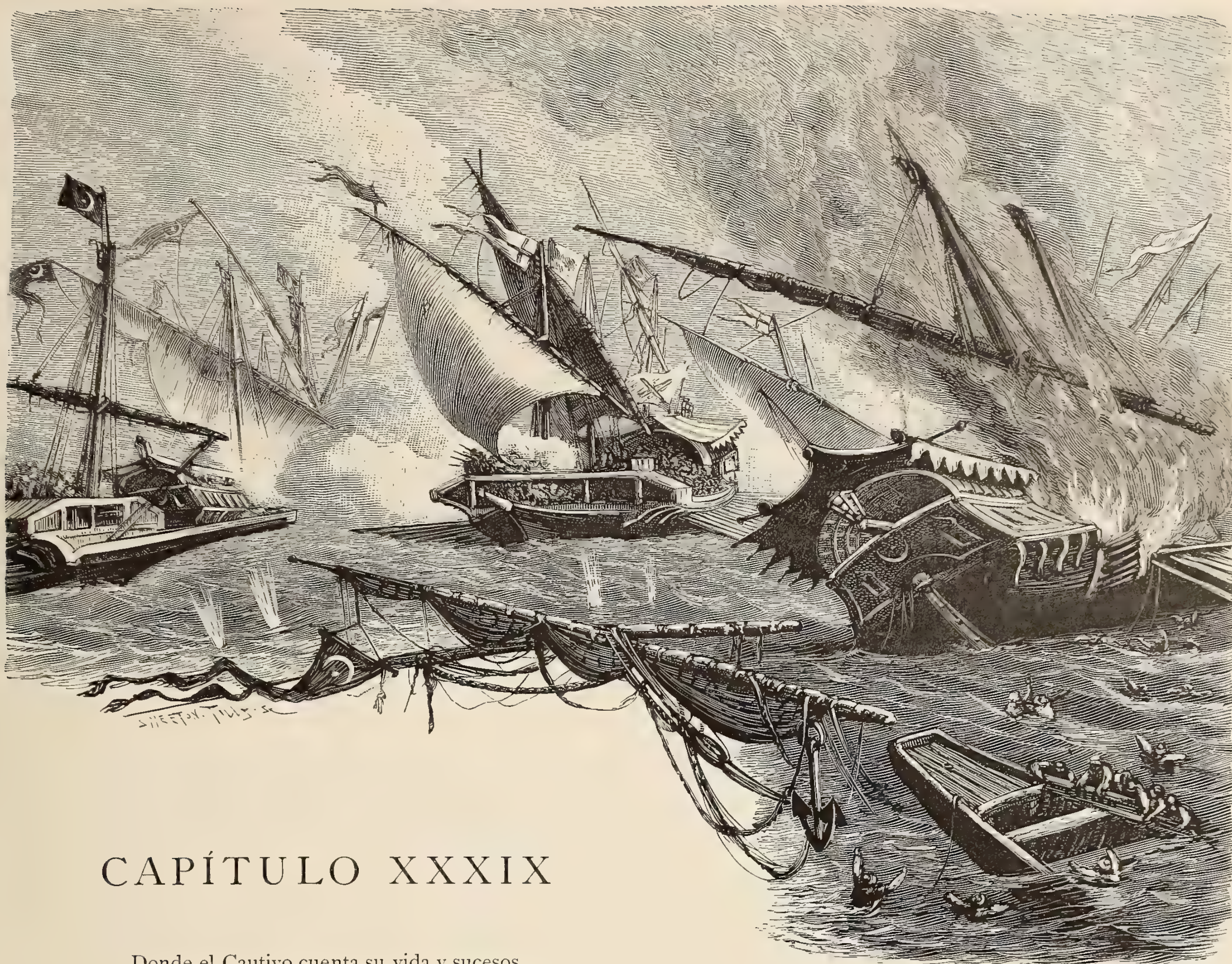
y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas; y es razon averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede amagar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina; y él estése quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, ó bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece no pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés irá á visitar los profundos senos de Neptuno, con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que apénas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si éste tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

»¡Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería! á cuyo inventor, tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero; que, sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó ú se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque, aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido, por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido; que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos [2].»

Todo este largo discurso dijo Don Quijote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca; puesto que algunas veces le habia dicho Sancho que cenase; que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lástima de ver que hombre que, al parecer, tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería. El Cura le dijo que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles; y en tanto que la ventera, su hija y Maritórnes aderezaban el camaranchon de Don Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, don Fernando rogó al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no

podria ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el Cautivo que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que sólo temia que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que, con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El Cura y todos los demas se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron; y él, viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza; «y así, estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse.» Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él, viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera:





CAPÍTULO XXXIX

Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos

En un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linaje, con quien fué más agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna; aunque, en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico; y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedia de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el sér. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi

padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; y así, llamándonos un dia á todos tres á solas, en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré.

«Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos; y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda. Pues para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que há muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo ménos de elegir ejercicio tal, que cuando mayores os honre y aproveche; y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna; y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que, despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer, muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves, sacadas de la luenga y discreta experiencia; y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa Real,* como si más claramente dijera: «quien quisiere valer y ser rico, ó siga la Iglesia, ó navegue, ejercitando el arte de la mercancía, ó éntre á servir á los reyes en sus casas,» porque dicen: *Más vale migaja de rey que merced de señor.* Digo esto porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servir en su casa; que, ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra: decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto.»

»Y mandándome á mí, por ser el mayor, que respondiese, despues de

haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y, á lo que yo creo, el más discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos habia prometido; y dando á cada uno su parte, que, á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros (porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa), en un mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados; porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil en dineros, y más tres mil que, á lo que parece, valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raíces. Digo, en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometímosselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova.

»Éste hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre; y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna; y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á

Génova, fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte; y estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemon y de Hornos, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flándes se tuvo nuevas de la liga que la santidad del papa Pio Quinto, de felice recordacion, habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el cual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de los venecianos: pérdida lamentable y desdichada.

»Súpose cierto que venia por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe; divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi premisas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese seria promovido á capitan, lo quise dejar todo, y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar á Génova; que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mesina. Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte más que mis merecimientos; y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar; en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron), yo sólo fuí el desdichado; pues, en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los piés y esposas á las manos; y fué

desta suerte: que habiendo el Uchalí, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta (que sólo tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos), acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía; y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria; la cual, desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen; y así, me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir, por ser tantos: en fin, me rindieron, lleno de heridas. Y como ya habreis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres; porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada.

»Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo general de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca; porque todos los levantes y genízaros que en ella venian tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mesmo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques (que son sus zapatos), para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: ¡tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada! Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto, el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino; y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba *La Presa*, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada *La Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido capitan

don Alvaro de Bazan, Marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de *La Presa*.

»Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa; y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco más que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: ¡tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian!

»Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco; y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con los venecianos, que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo ménos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre.

»Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la África, más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente, con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entónces por inexpugnable; y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheas en aquella desierta arena;

porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas; y así, con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero, ninguno podia parar ni asistir á la defensa.

»Fué comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen, hablan de léjos y con poca experiencia de casos semejantes; porque si en la Goleta y en el fuerte apénas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir á la campaña y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? Y ¿cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos, muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España, el permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la Majestad del invictísimo Cárlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano, de trescientos que quedaron vivos: señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del Estaño, á cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que, de pesar, murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimesmo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas

dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria; y lo que más hizo lastimosa su muerte fué haber muerto á manos de unos alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral; los cuales alárabes le cortaron la cabeza, y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que *aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece;* y así, se dice que mandó el General ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traido vivo.

»Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar del Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte; soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mesmo patron; y ántes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre.»

En el punto que el Cautivo nombró á don Pedro de Aguilar, don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron; y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: «Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese Pedro de Aguilar que ha dicho.

—Lo que sé es, respondió el Cautivo, que, al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó, en traje de arnaute, con un griego espía; y no sé si vino en libertad (puesto que creo que sí), porque de allí á un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.

—Pues así fué, respondió el caballero; porque ese don Pedro es mi

hermano, y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado y con tres hijos.

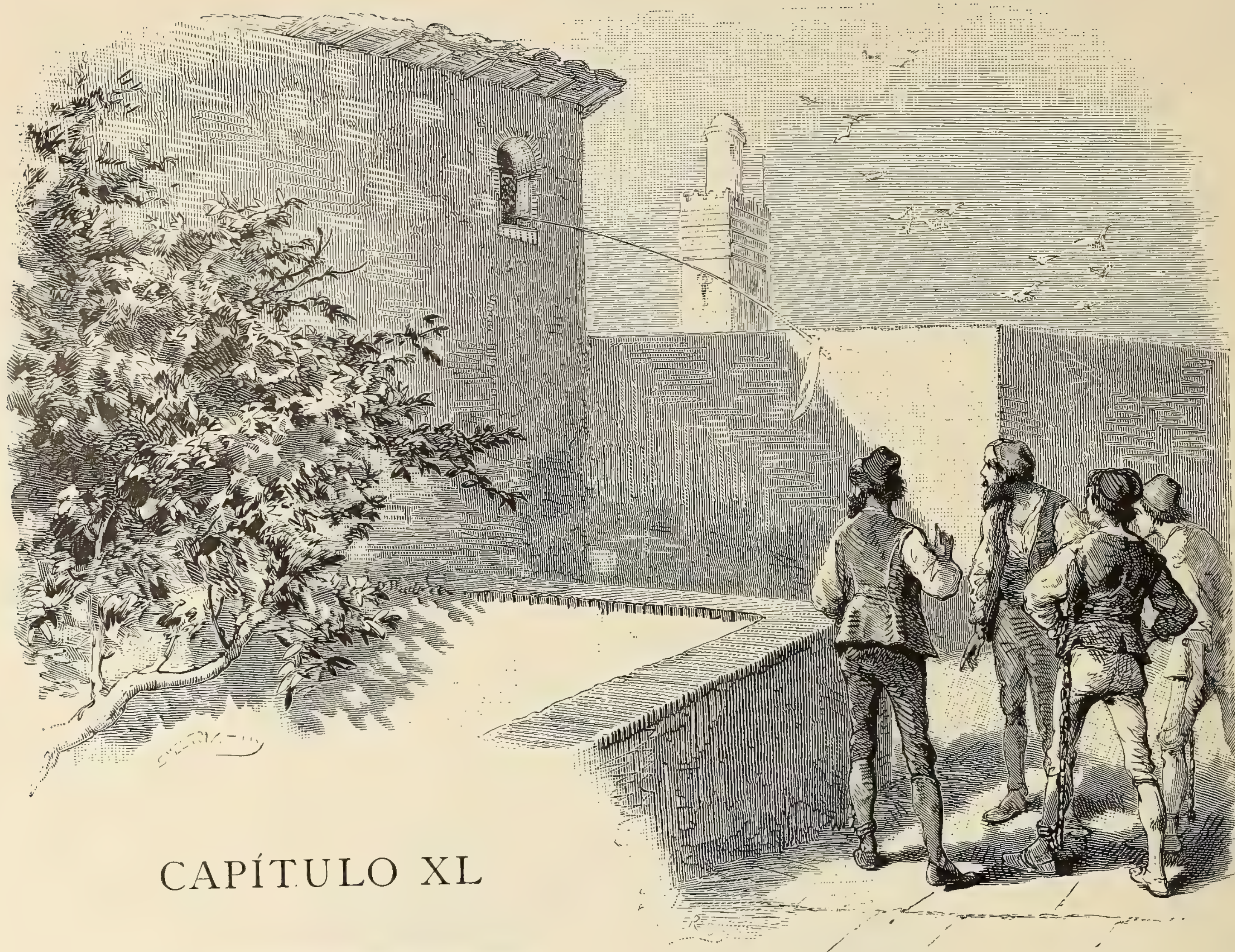
—¡Gracias sean dadas á Dios, dijo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo! Porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida.

—Y más, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo.

—Dígalos, pues, vuesa merced, dijo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo.

—Que me place, respondió el caballero; y el de la Goleta decia así:





CAPÍTULO XL

Donde se prosigue la historia del Cautivo

Soneto

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas, por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
Á lo más alto y lo mejor del cielo;
Y ardiendo en ira y en honroso celo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Y en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino y arenoso suelo;
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que, muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria;
Y esta vuestra mortal, triste caida,
Entre el muro y el hierro, os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

—Desa mesma manera le sé yo, dijo el Cautivo.

—Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

Soneto

De entre esta tierra estéril, desdichada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron libre á mejor morada,
Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes;
Mas no más justas, de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni áun él sostuvo cuerpos tan valientes.»

No parecieron mal los sonetos, y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento, dijo: «Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta; porque el fuerte quedó tal, que no hubo qué poner por tierra; y para hacerlo con más brevedad y ménos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que habia quedado en pié de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir, en lengua turquesca, *el renegado tiñoso*, porque lo era; y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya, y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que descienden de la casa otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo; y este tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor, catorce años, y á más de los treinta y cuatro de su edad renegó, de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dejó su fe; y fué tanto su valor, que, sin subir por los torpes medios y caminos que los más

privados del Gran Turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabres de nacion, y moralmente fué hombre de bien; trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los demas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe á un renegado veneciano, que, siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los más regalados garzones suyos, y él vino á ser el más cruel renegado que jamas se ha visto.

»Llamábase Azan Bajá, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla, algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era más favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba; porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando, en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego, sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del Rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacen, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios; y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que, como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quién tratar su rescate, aunque le tengan. Á estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, si no es cuando se tarda su rescate; que entónces, por hacerles que escriban por él

con más ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate; que, como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella; y así, pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y áun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamas vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á éste, desorejaba á aquel; y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no más de por hacerlo, y porser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español, llamado SAAVEDRA, al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.

»Digo, pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal; las cuales, como de ordinario son las de los moros, más eran agujeros que ventanas, y áun éstas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció, pues, que un dia, estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar), alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas, que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban

ó lo qué hacian; pero así como llegó, alzaron la caña y la movieron á los dos lados como si dijeran *no* con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente, fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte; y así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro dél venian diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros.

»Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo; pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar de dónde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí; pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé y besé el dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerraban muy apriesa. Con esto entendimos ó imaginamos que alguna mujer, que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio; y en señal de que lo agradecíamos, hicimos zalemas á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mesmos amos, y áun lo tienen á ventura, porque las estiman en más que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy léjos de la verdad del caso; y así, todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana, donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna; y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia

en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando más descuidados estábamos de que por allí habian de llover más cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella, con otro nudo más crecido; y esto fué á tiempo que estaba el baño, como la vez pasada, solo y sin gente.

»Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno, primero que yo, de los mismos tres que estuvieron conmigo; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí; porque en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase; porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, cómo el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion; otros se sirven dellas usando de industria; porque, viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño; y cuando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan destos papeles y los procuran con buen intento, y se quedan en

tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo.

»Supe que sabia muy bien el arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero ántes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia; díjome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma porque mejor lo hiciese. Dímosle luégo lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando, dijo: «Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: *Lela Marien*, quiere decir: *Nuestra Señora, la Virgen María.*» Leimos el papel, y decia así:

«Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la cual en mi lengua »me mostró la zalá cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Marien. La »cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues »la vi dos veces, y me dijo que me fuese á tierra de cristianos á ver á Lela »Marien, que me queria mucho. No sé yo cómo vaya: muchos cristianos he »visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy »muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira »tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres; y »si no quisieres, no se me dará nada; que Lela Marien me dará con quién »me case. Yo escribo esto; mira á quién lo das á leer; no te fies de ningun »moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha pena; que quisiera »que no te descubrieras á nadie, porque, si mi padre lo sabe, me echará luégo »en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo: ata allí la »respuesta; y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas; que »Lela Marien hará que te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz, que yo »beso muchas veces; que así me lo mandó la cautiva.»

»Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y así lo uno y lo otro fué de manera, que el Renegado entendió

que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito; y así, nos rogó que, si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél y se lo dijésemos; que él aventuraria su vida por nuestra libertad. Y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia y casi adivinaba que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia, su madre, de quien, como miembro podrido, estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado.

»Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el Renegado, que todos de un mesmo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso; y así, le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos ansimesmo que seria bien responder al billete de la mora; y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el Renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni áun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto, lo que á la mora se le respondió fué esto:

«El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Marien, que »es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en el corazon que »te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva »de darte á entender cómo podrás poner por obra lo que te manda; que ella »es tan buena, que sí hará. De mi parte, y de la de todos estos cristianos que »están conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos, hasta morir. »No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer; que yo te responderé siempre; que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe »hablar y escribir tu lengua tan bien, como lo verás por este papel. Así que,

»sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. Á lo que dices, »que si fueres á tierra de cristianos, que has de ser mi mujer, yo te lo prometo »como buen cristiano; y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen, me»jor que los moros. Alá y Marien, su madre, sean en tu guarda, señora mia.»

»Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que estuviese el baño solo, como solia; y luego salí al paseo acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podia ver quién la ponia, mostré el papel, como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, más de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces más doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro Renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mesmo moro que á nosotros nos habian dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija, heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la más hermosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venian la habian pedido por mujer, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado en qué órden se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos; y en fin, se acordó por entónces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María; porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que habia de dar remedio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dijo el Renegado que no tuviésemos pena; que él perderia la vida, ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro

papel y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí el Renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decia:

«Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos vamos á España, ni Lela »Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado. Lo que se podrá »hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro; »rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, »y compre allá una barca, y vuelva por los demas; y á mí me hallará en el »jardin de mi padre, que está á la puerta de Babazon, junto á la marina, »donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados; de »allí, de noche me podreis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que »has de ser mi marido, porque si no, yo pediré á Marien que te castigue. Si »no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y vé; que yo sé que »volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el »jardin; y cuando te pasees por ahí, sabré que está solo el baño, y te daré »mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.»

»Esto decia y contenia el segundo papel; lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo; á todo lo cual se opuso el Renegado, diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese en libertad, hasta que fuesen todos juntos; porque la experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio; porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto; porque la libertad alcanzada, y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso, que casi en aquella mesma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el más extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto, él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar

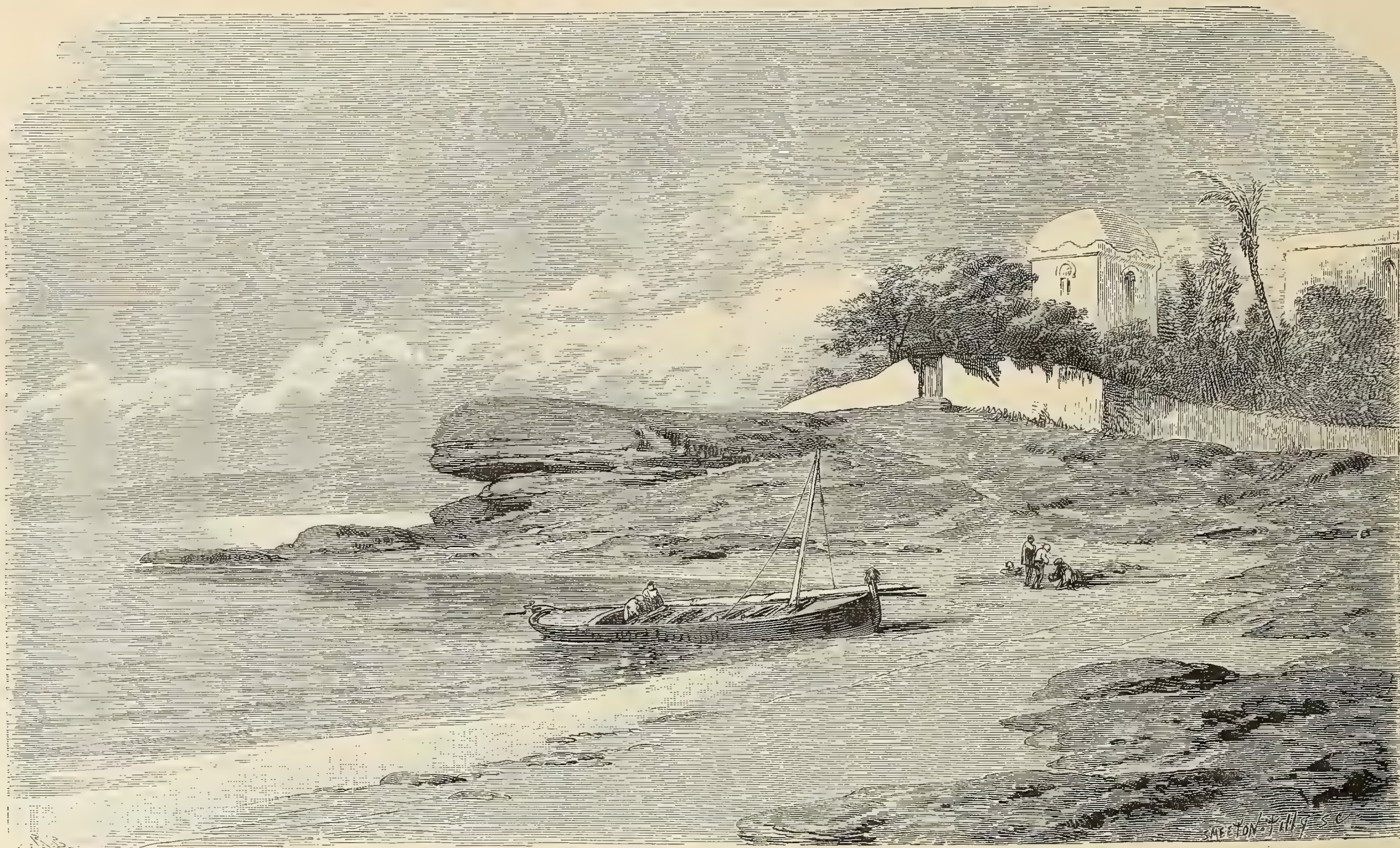
al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa; y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarnos del baño y embarcarnos á todos: cuanto más que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarnos á todos, que estando libres, era facilísima cosa áun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor era, que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compra de la barca y en la ganancia de las mercancías; y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así, determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del Renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luégo por obra.

»Ofrecíle de nuevo de ser su esposo; y con esto, otro dia que acaeció estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer *jumá*, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que ántes que se fuese, nos daria más dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos; que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tanto, que no lo echaria ménos; cuanto más, que ella tenia las llaves de todo.

»Dimos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la barca; con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del Rey, tomándome sobre

su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaria mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader, por sus granjerías, lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El juéves, ántes del viérnes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase, supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que así lo haria, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Marien con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dióse órden en que los tres compañeros mios se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque, viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que, puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar deste temor, con todo eso, no quise poner el negocio en aventura; y así, los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza; al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.





CAPÍTULO XLI

Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso

No se pasaron quince dias, cuando ya nuestro Renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de más de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está veinte leguas de Argel, hácia la parte de Orán, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudéjares;* y en el reino de Fez llaman á los mudéjares *elches*, los cuales son la gente de quien aquel Rey más se sirve en la guerra. Digo, pues, que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba; y allí, muy de propósito, se ponia el Renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó ya á ensayarse de burlas

á lo que pensaba hacer de veras; y así se iba al jardin de Zoraida y pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle. Y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él despues me dijo, y decille que él era el que, por órden mia, la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, si no es que su marido ó su padre se lo manden; de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar áun más de aquello que seria razonable; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado; que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro Renegado tenia, el cual, viendo cuán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuándo y cómo y adónde queria, y que el tagarino su compañero no tenia más voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que sólo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que más libremente podian salir de la ciudad; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso y se habian llevado toda la gente de remo, y éstos no se hallaran si no fuera que su amo se quedó aquel verano, sin ir en corso, á acabar una galeota que tenia en astillero; á los cuales no les dije otra cosa sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese.

»Á cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que más me convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos ántes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver; y así, determiné de ir al jardin y ver si podria

hablarla; y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia ántes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo..... en lengua que en toda la Berbería, y áun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos..... digo, pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era.

» Respondíle que era esclavo de Arnaute Mamí (y esto porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo), y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada.

» Preguntóme, por el consiguiente, si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí.

» Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto; y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni los moros tampoco se lo estorban, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; ántes luego, cuando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase.

» Demasiada cosa seria decir yo agora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos; sólo diré que más perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los piés, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los piés en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar; y así, hay más perlas y aljófar entre moros que entre todas las demas naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimismo más de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora ésta que

ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debia de ser en las prosperidades; porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las más veces la destruyen. Digo, en fin, que entónces llegó en todo extremo aderezada y en todo extremo hermosa, ó á lo ménos á mí me pareció serlo la más que hasta entónces habia visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio.

»Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua cómo yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada.

»Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba.

»Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltanis; á lo cual ella respondió: «En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros.

—»Bien podria ser eso, señora, le respondí; mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.

—»Y ¿cuándo te vas? dijo Zoraida.

—»Mañana, creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme en él.

—»¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?

—»No, respondí yo; aunque si, como hay nuevas que viene ya un bajel

de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es más cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.

—»Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer.

—»No soy, respondí yo, casado; mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá.

—»Y ¿es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida.

—»Tan hermosa es, respondí yo, que, para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho.»

»Desto se riyó muy de veras su padre, y dijo: «Gualá, cristiano, que debe de ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la más hermosa de todo este reino; si no, mírala bien, y verás cómo te digo verdad.» Servíanos de intérprete á las más destas palabras y razones el padre de Zoraida, como más ladino; que, aunque ella hablaba la bastarda lengua que, como he dicho, allí se usa, más declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zoraida, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos.

»Digo, pues, que dijo su padre á Zoraida:

«Hija, retírate á la casa y enciérrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra.»

»Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado; pero apénas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella,



Y ECHÁNDOME UN BRAZO AL CUELLO, CON DESMAYADOS PASOS COMENZÓ Á CAMINAR HÁCIA LA CASA

volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: «¿*Tamejí*, cristiano, *tamejí?*» que quiere decir ¿vaste, cristiano, vaste?

»Yo la respondí: «Señora, sí; pero no en ninguna manera sin tí: el primer jumá me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas; que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos.»

»Yo le dije esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, ántes se llegó más á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo dí á entender que la sostenia contra mi voluntad.

»Su padre llegó corriendo adonde estábamos; y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero, como ella no le respondiese, dijo su padre: «Sin duda alguna que, con el sobresalto de la entrada destos canes, se ha desmayado;» y quitándola del mio, la arrimó á su pecho; y ella, dando un suspiro y áun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: «*Amejí*, cristiano, *amejí:* véte, cristiano, véte.»

»Á lo que su padre respondió: «No importa, hija, que el cristiano no se vaya; que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre; pues, como ya te he dicho, los turcos, á mi ruego, se volvieron por donde entraron.

—»Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho, dije yo á su padre; mas, pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré, si fuere menester, por yerbas á este jardin; que, segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él.

—»Por todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato; que

mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojan, sino que, por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas.»

»Con esto me despedí al punto de entrambos; y ella, arrancándosele el alma, al parecer, se fué con su padre, y yo, con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin; miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dí cuenta de cuanto habia pasado al Renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el órden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, el Renegado al anochecer dió fondo con la barca, casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba.

»Ya los cristianos que habian de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del Renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió, pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto era á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro Renegado, diciéndonos que ¿en qué nos deteníamos? que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los más dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que más importaba era rendir primero el

bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así, sin detenernos más, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje y dijo en morisco: «Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida.» Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos.

»Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arráez, quedáronse espantados; y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas (que pocas ó casi ningunas tenian), se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luégo al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el Renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato; y quiso la buena suerte que, llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera; y así, con gran quietud y silencio llegamos á la casa, sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana; y así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos *nizarani*, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque, sin responderme palabra, bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luégo que yo la vi, le tomé una mano y la comencé á besar, y el Renegado hizo lo mismo, y mis tres camaradas, y los demas, que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos; que no parecia sino que le dábamos las gracias y la reconocíamos por señora de nuestra libertad.

»El Renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin.

»Ella respondió que sí, y que dormia.

«Pues será menester despertalle, replicó el Renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin.

—»No, dijo ella; á mi padre no se ha de tocar en ningun modo, y en

esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos; y esperaos un poco y lo vereis;» y diciendo esto, se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria; que nos estuviésemos quedos, sin hacer ningun ruido.

»Preguntéle al Renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó; á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer más de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apénas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin; y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos; y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: «¡Cristianos, cristianos! ¡ladrones, ladrones!» Por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el Renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa ántes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros; que yo no osé desamparar á Zoraida, que, como desmayada, se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole, atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces, siendo más necesarios los piés, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca; que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apénas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el Renegado que no hablase palabra; que le quitarian la vida. Él, como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y más cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella, sin defenderse, quejarse ni esquivarse, se estaba queda;

pero, con todo esto, callaba, porque no pusiese en efeto las muchas amenazas que el Renegado le hacia.

»Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dijo al Renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros y dar libertad á su padre; porque ántes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El Renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenia, á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomasen la tierra y la mar de manera, que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podria hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoraida, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luégo lo que queria, tambien se satisfizo; y luego, con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de la isla de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca; pero, á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no más que sesenta millas de Argel; y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan; aunque cada uno por sí y todos juntos presumíamos de que, si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no sólo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con más seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Marien que nos ayudase.

»Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin

nadie que nos descubriese; pero, con todo eso, nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo más sosegada; y habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo (que iba bien proveida la barca); puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno; que les diesen de comer los que no bogaban; que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza; y así, á la vela navegamos por más de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el Renegado los consoló, diciéndoles cómo no iban cautivos; que en la primera ocasion les darian libertad.

»Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: «Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término ¡oh cristianos! mas el darme libertad..... no me tengais por tan simple que lo imagine; que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volvérmela tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela; al cual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no, por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma.» En diciendo esto, comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual, viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos los acompañamos en él.

»Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: «¿Qué es esto, hija? que ayer al anochecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos; y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva digna de solemnizalla con adornarte

y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura más favorable. Respóndeme á esto, que me tiene más suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo.»

»Todo lo que el moro decia á su hija nos lo declaraba el Renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó más confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro. Á lo cual el Renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió: «No te canses, señor, en preguntar á Zoraida, tu hija, tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas; y así, quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio. Ella va aquí de su voluntad, tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida y de la pena á la gloria.

—»¿Es verdad lo que éste dice, hija? dijo el moro.

—»Así es, respondió Zoraida.

—»¿Que, en efeto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á tu padre en poder de sus enemigos?»

»Á lo cual respondió Zoraida: «La que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte hacer ni hacerte mal, sino á hacerme á mí bien.

—»Y ¿qué bien es el que te has hecho, hija?

—»Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Marien; que ella te lo sabrá decir mejor que no yo.

»Apénas hubo oido esto el moro, cuando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua.

»Dió voces Zoraida, que le sacasen; y así, acudimos luégo todos, y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido; de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un

tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado *el de la Cava rumía,* que en nuestra lengua quiere decir *la mala mujer cristiana;* y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir *mujer mala,* y *rumía, cristiana;* y áun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella; puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamas los remos de la mano; comimos de lo que el Renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora, de todo nuestro corazon, que nos ayudasen y favoreciesen para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden, á suplicacion de Zoraida, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian; porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo; que, en nuestro favor, luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto, desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: «¿Por qué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿Pensais que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le hará mi presencia cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más

libremente que en la nuestra;» y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dijo: «¡Oh infame moza y mal aconsejada muchacha! ¿adónde vas, ciega y desatinada, en poder de estos perros, naturales enemigos nuestros? ¡Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado!» Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa á ponelle en tierra; y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando, por habernos hecho á la vela, no podimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decia: «Vuelve, amada hija, vuelve á tierra; que todo te lo perdono; entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida, si tú le dejas.»

»Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino: «¡Plega á Alá, padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza! Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad; pues, aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra ésta, que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala.»

»Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos; y así, consolando yo á Zoraida, atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España. Mas, como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado (que siempre se han de temer, de cualquier padre que sean), quiso, digo, que, estando ya engolfados y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto

abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimesmo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos.

»Habíanse puesto al bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos y de dónde veníamos; pero, por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro Renegado: «Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses, que hacen á toda ropa.» Por este advertimiento ninguno respondió palabra; y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería; y, á lo que pareció, las balas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar; y al momento, disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero, como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entónces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses, bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y viendo cuán pocos éramos, y cómo el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que, por haber usado la descortesía de no respondelles, nos habia sucedido aquello. Nuestro Renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver lo que hacia. En resolucion, todos pasamos con los franceses, los cuales, despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que más valia y ella más

estimaba. Pero los deseos de aquella gente no se extienden á más que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la cual entónces llegó á tanto, que áun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algun provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar, envueltos en una vela; porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretones; y si nos llevaban vivos, serian castigados, siendo descubierto su hurto. Mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego al Océano, y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta La Rochela, de donde habia salido; y así, tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia, ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: ¡tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida!

»Cerca de mediodía podria ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos más agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo, siguiendo la derrota del Estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche; pero, por no parecer en aquella noche la luna y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor, que de razon se debia tener, que por allí anduviesen bajeles de cosarios

de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero, de los contrarios pareceres, el que se tomó fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco ántes de la media noche seria cuando llegamos al pié de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, besamos el suelo, y con lágrimas de dulcísimo contento, dimos todos gracias á Dios, Señor nuestro, por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viaje; sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña; porque áun allí estábamos, y áun no podíamos asegurar el pecho ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia.

»Amaneció más tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos; acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde allí algun poblado se descubria ó algunas cabañas de pastores; pero, aunque más tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda ni camino descubrimos. Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser ménos sino que presto descubriésemos quién nos diese noticia della; pero lo que á mí más me fatigaba era el ver ir á pié á Zoraida por aquellas asperezas; que, puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, más le cansaba á ella mi cansancio que la reposaba su reposo, y así, nunca más quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el són de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo.

»Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso ligeramente en pié, y, á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el Renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros, pensó que

todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: «¡Moros! ¡Moros hay en la tierra! ¡Moros, moros! ¡Arma, arma!»

»Con estas voces quedamos todos confusos y no sabíamos qué hacernos; pero, considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el Renegado se desnudase las ropas de turco, y se vistiese un gileco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa; y así, encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque áun no habrian pasado dos horas, cuando, habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza, corriendo á media rienda, á nosotros se venian; y así como los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion por que un pastor habia apellidado al arma.

»Sí, dije yo; y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veníamos y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al jinete que nos habia hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mí decir más palabra: «¡Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido! porque, si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio.»

»Apénas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo, diciéndole: «¡Sobrino de mi alma y de mi vida! ya te conozco y ya te he llorado por muerto yo, mi hermana, tu madre y todos los tuyos, que áun viven; que Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte. Ya sabíamos que estabas en Argel y

por las señales y muestras de tus vestidos, y las de todos los desta compañía, comprendo que habeis tenido milagrosa libertad.

»Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo.»

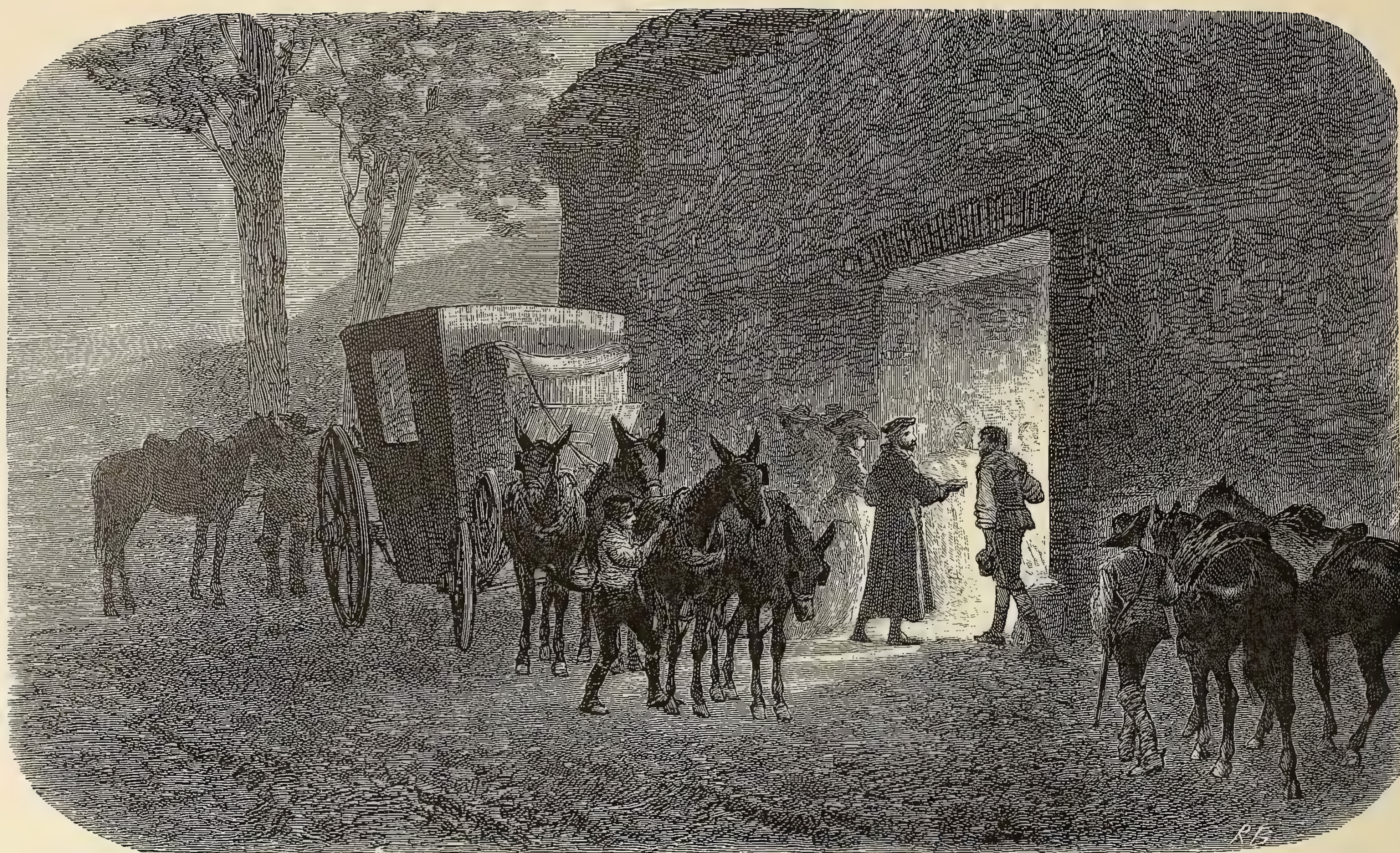
»Luego que los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles dónde la habíamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recebir todo el pueblo; que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse; y esto le habia sacado al rostro tales colores, que, si no es que la aficion entónces me engañaba, osara decir que más hermosa criatura no habia en el mundo, á lo ménos que yo la hubiese visto.

»Fuímos derechos á la iglesia, á dar gracias á Dios por la merced recebida; y así como en ella entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Marien. Dijímosle que eran imágenes suyas; y como mejor se pudo, le dió el Renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fuera cada una de ellas la misma Lela Marien que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al Renegado, Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo.

»Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el Renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la santa Inquisicion, al gremio santísimo de la Iglesia;

los demas cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció. Solos quedamos Zoraida y yo, con solos los escudos que la cortesía del frances le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera fortuna que la mia; puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida; puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apénas halle quién me conozca, si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir que quisiera habérosla contado más brevemente; puesto que el temor de enfadaros, más de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.»





CAPÍTULO XLII

Que trata de lo que ademas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse

Calló, en diciendo esto, el Cautivo, á quien don Fernando dijo: «Por cierto, señor Capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mesmo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que, aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara.» Y en diciendo esto, Cardenio y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció don Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el Marqués, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él, por su parte, le acomodaria de

manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el Cautivo; pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto llegaba ya la media noche, y al mediar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo, y pidieron posada; á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado.

«Pues, aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene.»

Á este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: «Señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor Oidor la trae (que sí debe de traer), éntre en buen hora; que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced.

—Sea en buen hora,» dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista; de suerte que, á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse.

Hallóse Don Quijote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como le vió, dijo:

«Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y más si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben, no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas, para dalle acogida. Éntre vuestra merced, digo, en este paraíso; que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que

vuestra merced trae consigo; aquí hallará las armas en su punto y la hermosura en su extremo.»

Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no ménos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y Zoraida, que, á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recebirla; pero don Fernando, Cardenio y el Cura le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor Oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bienllegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el Oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y apostura de Don Quijote le desatinaba; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que ántes estaba ordenado: que todas las mujeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda; y así, fué contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero y con la mitad de la que el Oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban.

El Cautivo, que desde el punto que vió al Oidor le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, que cómo se llamaba, y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el Licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando aparte á don Fernando, á Cardenio y al Cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado cómo iba proveido por oidor á las Indias, en la audiencia

de Méjico; supo tambien cómo aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que, con la hija, se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si, despues de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaria, ó le recebiria con buenas entrañas.

«Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el Cura: cuanto más, que no hay pensar sino que vos, señor Capitan, sereis muy bien recebido; porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto.

—Con todo eso, dijo el Capitan, yo querria no de improviso, sino por rodeos, dármele á conocer.

—Ya os digo, respondió el Cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos.»

Ya en esto estaba aderezada la cena para el Oidor y su hija, y los dos se sentaron á la mesa; el Cautivo se desvió á un lado, y las señoras se retiraron á su aposento. En la mitad de la cena dijo el Cura: «Del mesmo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los más valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería española; pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado.

—Y ¿cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el Oidor.

—Llamábase, respondió el Cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon; el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que, á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan en invierno al fuego; porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton; y sé yo decir que el que él escogió, de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á

verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió, con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto; yo la perdí en la Goleta, y despues, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los más extraños casos que en el mundo han sucedido.»

De aquí fué prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido; á todo lo cual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entónces. Solo llegó el Cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado; de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia.

Todo lo que el Cura decia estaba escuchando, algo de allí desviado, el Capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia; el cual, viendo que ya el Cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro y llenándosele los ojos de agua, dijo: «¡Oh señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado y cómo me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que, contra toda mi discrecion y recato, me salen por los ojos! Ese capitan tan valeroso que decis, es mi mayor hermano, el cual, como más fuerte y de más altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestra camarada en la conseja que, á vuestro parecer, le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y áun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural, y yo ansimesmo he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios y llegar al puesto en que me veo. Vive aún mi padre, muriendo con

el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con contínuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre; que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo agora me lastimo es de pensar si aquellos franceses no le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esta duda hará que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Oh buen hermano mio! y ¿quién supiera agora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios? ¡Oh! ¿quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras más escondidas de Berbería? que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias. ¡Oh Zoraida hermosa y liberal! ¿quién pudiera pagar el bien que á mi hermano hiciste? ¡Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran!»

Estas y otras semejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo, pues, el Cura que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el Capitan, no quiso tenerlos á todos más tiempo tristes; y así, se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda y Dorotea. Estaba esperando el Capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fué que, tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el Oidor y su hija y los demas caballeros estaban, y dijo:

«Cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada. Este que aquí veis es el capitan Viedma, y ésta la hermosa mora que tanto bien le hizo; los franceses que os dije, los pusieron

en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho.»

Acudió el Capitan á abrazar á su hermano, y él le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo más apartado; mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apénas creo que pueden pensarse, cuanto más escribirse.

Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de los dos hermanos, allí abrazó el Oidor á Zoraida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí Don Quijote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el Capitan y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese, viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al Oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ú otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quijote, de que no poco gusto recibió. Sólo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y sólo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá.

Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demas acomodándose

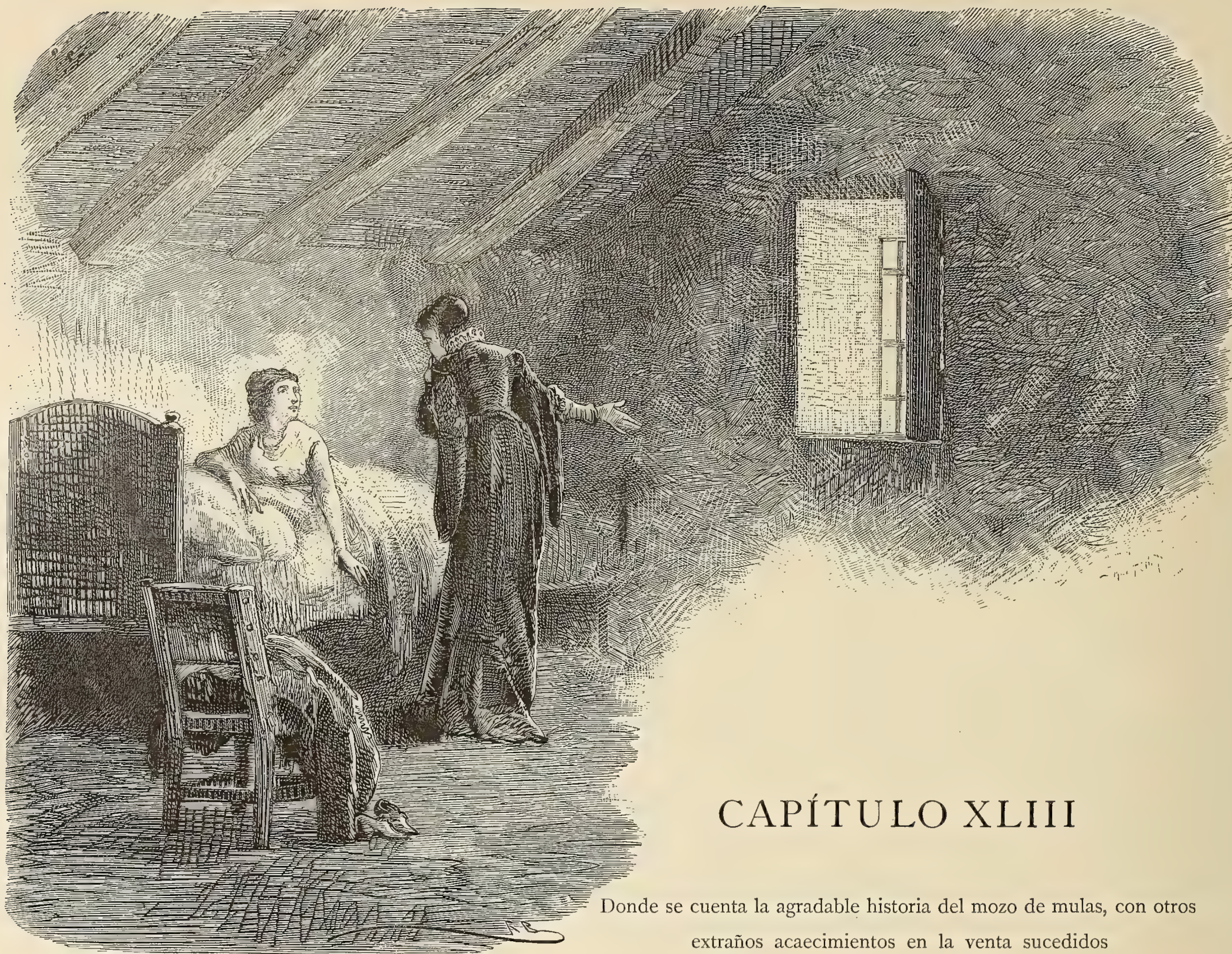
como ménos mal pudieron, Don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo habia prometido. Sucedió, pues, que, faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, á cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno.

Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio y dijo: «Quien no duerma escuche; que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta.

—Ya lo oimos, señor,» respondió Dorotea.

Y con esto se fué Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto:





CAPÍTULO XLIII

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos

«Marinero soy de amor,
Y en su piélago profundo
Navego, sin esperanza
De llegar á puerto alguno.
»Siguiendo voy á una estrella
Que desde léjos descubro,
Más bella y resplandeciente
Que cuantas vió Palinuro.
»Yo no sé á dónde me guia;
Y así, navego confuso,
El alma á mirarla atenta,
Cuidadosa y con descuido.
»Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encubren
Cuando más verla procuro.
»¡Oh clara y luciente estrella,
En cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
Será de mi muerte el punto.»

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz; y así, moviéndola á una y á otra parte, la despertó, diciéndole: «Perdóname, niña, que te despierte, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz que quizá habrás oido en toda tu vida.»

Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que

Dorotea le decia, y húboselo de preguntar; ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apénas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo: «¡Ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora era tenerme cerrados los ojos y los oidos para no ver ni oir á ese desdichado músico.

—¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas.

—No es sino señor de lugares, respondió Clara, y el que le tiene en mi alma con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente.»

Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así, le dijo: «Hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos más y decidme, ¿qué es lo que decis de alma y de lugares, y deste músico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora; que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta; que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto.

—Sea en buen hora,» respondió Clara; y por no oille, se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual, estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

«Dulce esperanza mia,
Que, rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la vía
Que tú mesma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.

»No alcanzan perezosos
Honrados triunfos ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que, no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.

»Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon y es trato justo,
Pues no hay más rica prenda
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.

»Amorosas porfías
Tal vez alcanzan imposibles cosas,
Y ansí, aunque con las mias
Sigo de amor las más dificultosas,
No por eso recelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.»

Aquí dió fin la voz, y principio á vivos sollozos Clara, todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro; y así, le volvió á preguntar qué era lo que le queria decir denántes.

Entónces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo: «Éste que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la córte; y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte; finalmente, él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y áun querer, sin saber lo que me queria.

»Entre las señas que me hacia era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que ansí fuera, como sola y sin madre, no sabia con quién comunicallo; y así, lo dejé estar, sin dalle otro favor si no era, cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así, el dia que nos partimos nunca pude verle para despedirme dél siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada en un lugar, una jornada de aquí, le vi á la puerta del meson, puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme; él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde [1] cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos; y como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene á

pié y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los piés pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y más le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza; que he oido decir que es muy gran estudiante y poeta; y hay más, que cada vez que le veo ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra; y con todo eso, le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado; que en sola ella echareis bien de ver que no es mozo de mulas, como decis, sino señor de almas y lugares, como yo os he dicho.

—No digais más, señora Clara, dijo á esta sazon Dorotea (y esto besándola mil veces); no digais más, digo, y esperad que venga el nuevo dia; que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.

—¡Ay señora! dijo doña Clara, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que áun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto más esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre no lo haré por cuanto hay en el mundo. No querria sino que este mozo se volviese y me dejase; quizá con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo; aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco. No sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años; que para el dia de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo.»

No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuán como niña hablaba doña Clara, á quien dijo: «Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos, ó mal me andarán las manos.»

Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio; solamente no dormian la hija de la ventera y Maritórnes, su criada; las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo ménos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates. Es, pues, el caso que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: «¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y últimamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! y ¿qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della ¡oh luminaria de las tres caras! Quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente, qué vida á mi muerte y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que, al verla y saludarla, no le dés paz en el rostro; que tendré más celos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia ó por las riberas del Peneo (que no me acuerdo bien por dónde corriste entónces), celoso y enamorado.»

Á este punto llegaba Don Quijote en su tan lastimero razonamiento,

cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: «Señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido.»

A cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entónces estaba en toda su claridad, cómo le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y áun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion que otra vez, como la pasada, la doncella fermosa, hija de los señores de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle; y con este pensamiento, por no mostrarse descortes y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo: «Lástima os tengo, fermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que aquella que, en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais, con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido; y si del amor que me teneis hallais en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mesmos rayos del sol, encerrados en una redoma.

—No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritórnes.

—Pues ¿qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote.

—Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido, tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.

—Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote; pero él se guardará bien dello, si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.»

Parecióle á Maritórnes que sin duda Don Quijote daria la mano que le habia pedido; y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero, á tiempo que Don Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella; y al darle la mano, dijo: «Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni áun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.

—Ahora lo veremos,» dijo Maritórnes; y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente.

Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: «Más parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano. No la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal.»

Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque, así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fueron, muertas de risa, y le dejaron asido de manera, que fué imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro

habia de quedar colgado del brazo; y así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento, como la vez pasada, cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así, no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto, tiraba de su lazo, por ver si podia soltarse; mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pié ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado (que sin duda alguna se habia creido que lo estaba); allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese; y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna, teniéndose por encantado; y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro más sabio encantador le desencantase [1]. Pero engañóse mucho en su creencia, porque apénas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres

de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones.

Llamaron á la puerta de la venta, que áun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por Don Quijote desde donde áun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: «Caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo; que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrir tales fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo. Desviaos afuera y esperad que aclare el dia, y entónces veremos si será justo ó no que os abran.

—¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es éste, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran; que somos caminantes, que no queremos más de dar cebada á nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa.

—¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quijote.

—No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decis disparates en llamar castillo á esta venta.

—Castillo es, replicó Don Quijote, y áun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

—Mejor fuera al reves, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano; y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decis; porque en una venta tan pequeña y adonde se guarda tanto silencio como ésta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.

—Sabeis poco del mundo, replicó Don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante.»

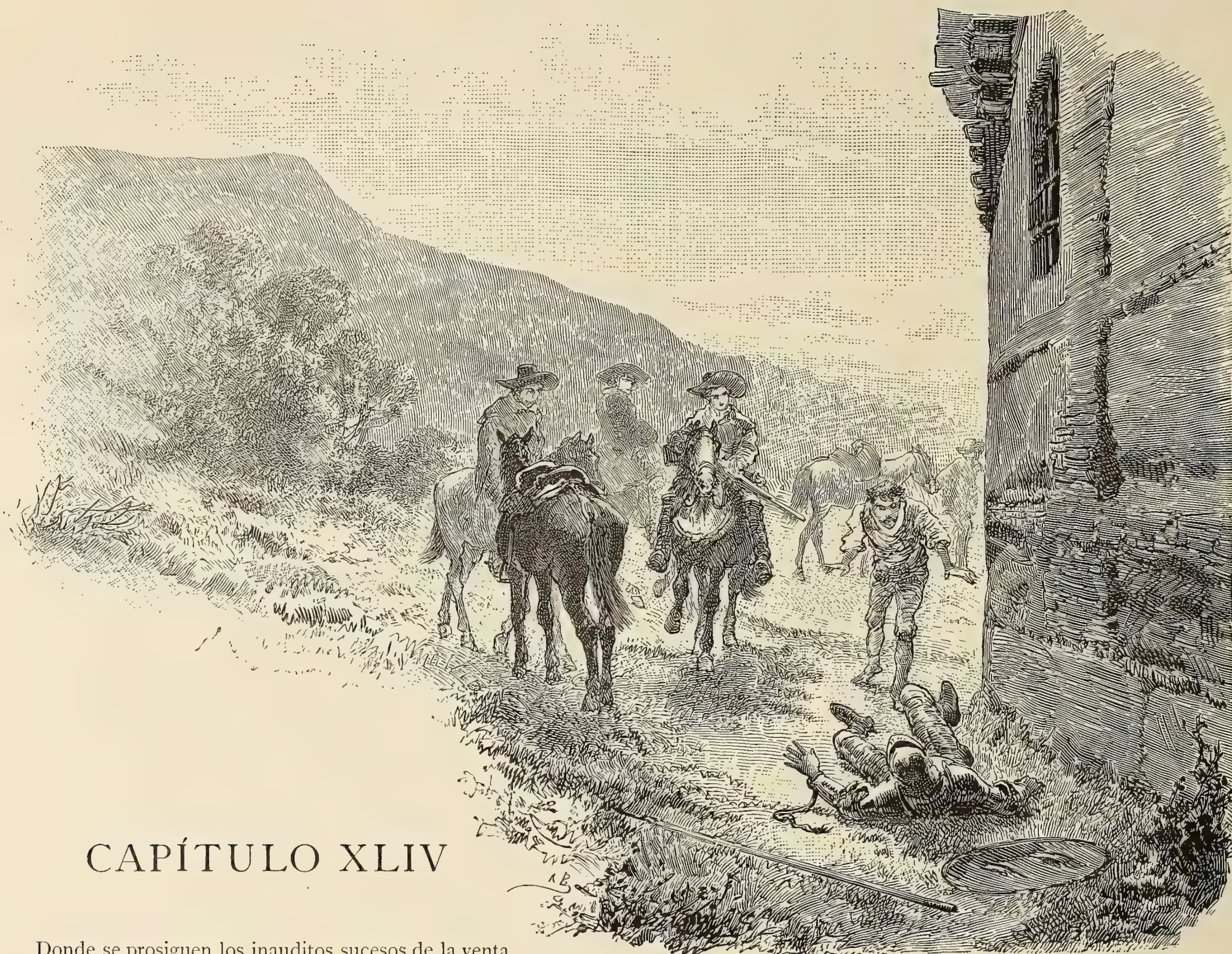
Cansábanse los compañeros que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quijote pasaba, y así, tornaron á llamar con grande furia, y fué



QUEDÓ TAN CERCA DEL SUELO QUE CON LAS PUNTAS DE LOS PIÉS BESABA LA TIERRA

de modo, que el ventero despertó, y áun todos cuantos en la venta estaban; y así, se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que, melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor; y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de Don Quijote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba: creyó ademas haber quedado tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra; que era en su perjuicio, porque, entendiendo que le faltaba poco para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo; bien así como los que están en el tormento de la garrucha, puestos á toca no toca; que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que, con poco más que se estiren, llegarán al suelo.





CAPÍTULO XLIV

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta

En efeto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido y fué á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo. Maritórnes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar, y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á Don Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que, llegándose á él, le preguntaron qué tenia, que tales voces daba.

Él, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: «Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora

la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafio á singular batalla.»

Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciéndoles quién era Don Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio.

Preguntáronle al ventero si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que traia el amante de doña Clara.

El ventero respondió que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero, habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el Oidor, dijo: «Aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle; y áun seria bien que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales.

—Así se hará,» respondió uno dellos; y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta, y el otro se fué á rodear la venta; todo lo cual veia el ventero, y no sabia atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado.

Ya á esta sazon aclaraba el dia; y así por esto, como por el ruido que Don Quijote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente doña Clara y Dorotea; que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso dél, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos y les hiciera responder mal de su grado; pero, por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes; uno de los cuales

halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase.

El hombre le trabó del brazo y le dijo: «¡Por cierto, señor don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió!»

Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre; de que recibió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio; y el criado prosiguió diciendo: «Aquí no hay que hacer otra cosa, señor don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia.

—Pues ¿cómo supo mi padre, dijo don Luis, que yo venia por este camino y en este traje?

—Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos; y así, despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, más contentos de lo que imaginar se puede por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren.

—Eso será como yo quisiere, ó como el cielo lo ordenare, respondió don Luis.

—¿Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo, fuera de consentir en volveros? Porque no ha de ser posible otra cosa.»

Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien don Luis estaba; y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á don Fernando y á Cardenio y á los demas, que ya vestido se habian, á los cuales dijo cómo aquel hombre llamaba de *don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y cómo le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria; y con esto, y con lo que dél sabian, de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber más particularmente

quién era, y áun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer; y así, se fueron hácia la parte donde áun estaba hablando y porfiando con su criado. Salia en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara, toda turbada; y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de doña Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre; y no se lo dijo tan callando, que lo dejase de oir doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo; y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á don Luis dentro de la venta y rodeados á él, persuadiéndole que luego, sin detenerse un punto, volviese á consolar á su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer, hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entónces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese ó no quisiese.

«Esto no hareis vosotros, replicó don Luis, si no es llevándome muerto; aunque, de cualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida.»

Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los más que en la venta estaban, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero y Don Quijote; que ya le pareció que no habia necesidad de guardar más el castillo.

Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian que ¿qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho?

«Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que, por la ausencia deste caballero, queda á peligro de perderla.»

Á esto dijo don Luis: «No hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas: yo soy libre, y volveré si me diere gusto; y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza.

—Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre; y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados.

—Sepamos qué es esto, de raíz,» dijo á este tiempo el Oidor; pero el hombre, que le conoció, como vecino de su casa, respondió: «¿No conoce vuestra merced, señor Oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver?»

Miróle entónces el Oidor más atentamente, y conocióle, y abrazándole, dijo: «¿Qué niñerías son estas, señor don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra?»

Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al Oidor, el cual dijo á los cuatro que se sosegasen, que todo se haria bien; y tomando por la mano á don Luis, le apartó á una parte y le preguntó qué venida habia sido aquella.

Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta; y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia más á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños; y así, le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro.

La ventera y su hija no vieron á otro más desocupado para poder socorrerle que á Don Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: «Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre; que dos malos hombres le están moliendo como á cibera.»

Á lo cual respondió Don Quijote muy de espacio y con mucha flema: «Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré. Corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo,

en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita; que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della.

—¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritórnes, que estaba delante; primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo.

—Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quijote; que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo; que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis más que medianamente satisfecha;» y sin decir más, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua.

La Princesa se la dió de buen talante; y él luego, embrazando su adarga y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde áun todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le decian que ¿en qué se detenia? que socorriese á su señor y marido.

«Deténgome, dijo Don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho; que á él toca y atañe esta defensa y venganza.»

Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto; todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre.

Pero dejémosle aquí; que no faltará quien le socorra, ó si no, sufra y calle el que se atreve á más de lo que sus fuerzas le permiten, y volvámonos atras cincuenta pasos, á ver qué fué lo que don Luis respondió al Oidor; que le dejamos aparte, preguntándole la causa de su venida á pié y de tan vil traje vestido [1]. Á lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas

en grande abundancia, le dijo: «Señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco ó como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis deseos más de lo que ha podido entender de algunas veces que desde léjos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y cómo yo soy su único heredero; si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades.»

Calló, en diciendo esto, el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y así, no respondió otra cosa sino que se sosegase por entónces, y entretuviese á sus criados que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza don Luis, y áun se las bañó con lágrimas: cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no sólo el del Oidor, que, como discreto, ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que, si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de don Luis, del cual sabia que pretendia hacer de título á su hijo. Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero; pues por persuasion y buenas razones de Don Quijote, más que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor y la resolucion de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino,

y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda; y así como la vió, la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: «¡Ah don ladron, que aquí os tengo! venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos, que me robastes [2].»

Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mojicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por eso dejó el barbero la presa que tenia hecha en la albarda, ántes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia; y decia: «¡Aquí del Rey y de la justicia; que, sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladron, salteador de caminos!

—Mentis, respondió Sancho; que yo no soy salteador de caminos; que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos.»

Ya estaba Don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la Órden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: «Señores, así esta albarda es mia como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay más, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo.»

Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándolos, depositando la albarda en el suelo, porque la tuviesen de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: «Vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion; en lo del

albarda no me entremeto; que lo que en ello sabré decir es, que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo. Yo se la dí, y él los tomó; y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon si no es la ordinaria: que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería. Para confirmacion de lo cual, corre, Sancho, hijo, y saca aquí el yelmo, que este buen hombre dice ser bacía.

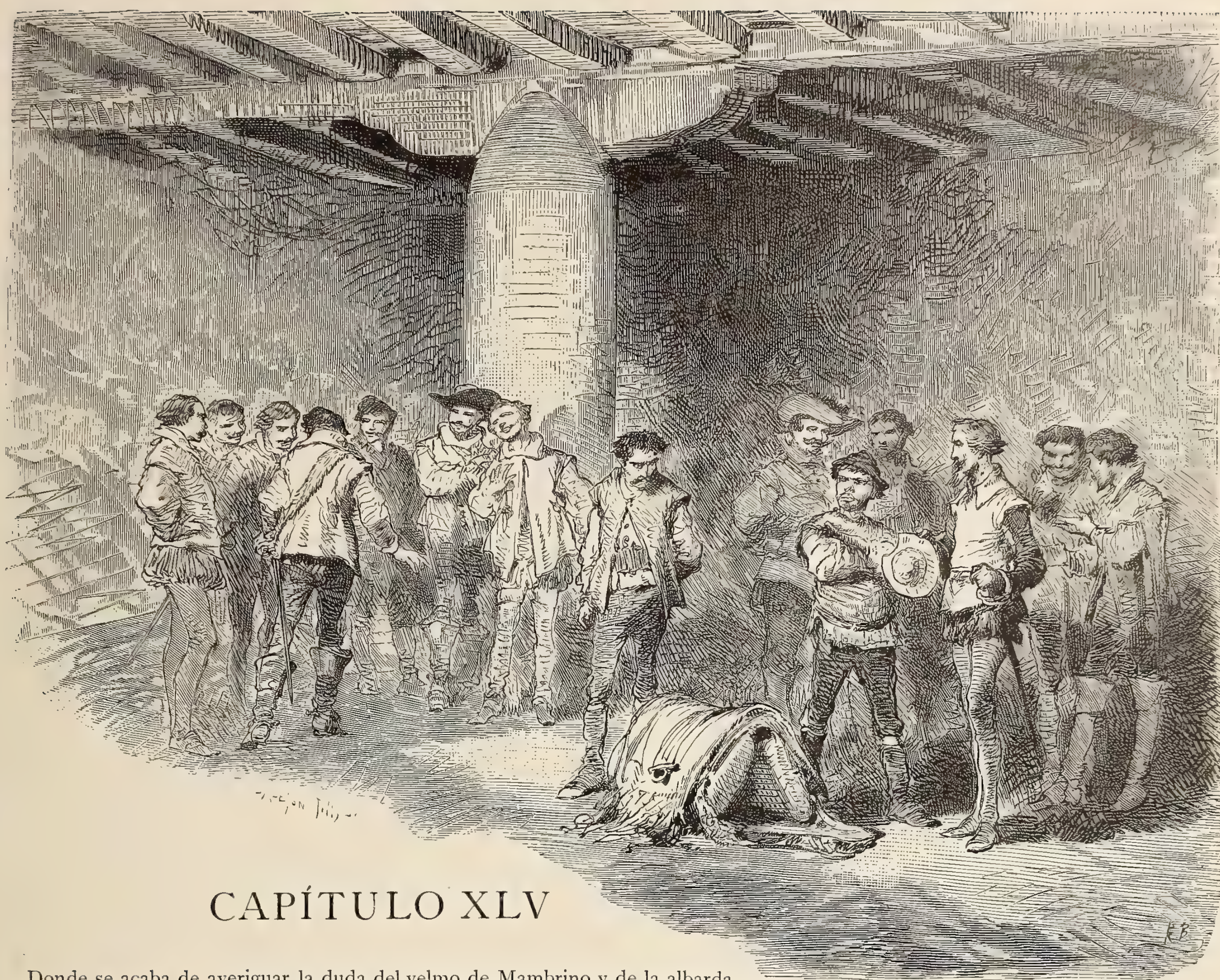
—Pardiez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez deste buen hombre albarda.

—Haz lo que te mando, replicó Don Quijote; que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento.»

Sancho fué á do estaba la bacía y la trujo; y así como Don Quijote la vió, la tomó en las manos y dijo: «Miren vuestras mercedes ¡con qué cara podrá decir este escudero que ésta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho! y juro por la Órden de caballería que profeso, que este yelmo es el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.

—En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho; porque desde que mi señor le ganó hasta agora, no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.





CAPÍTULO XLV

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad

Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el Barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues áun porfian que ésta no es bacía, sino yelmo?

—Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote..... le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.»

Nuestro Barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla, para que todos riesen, y dijo, hablando con el otro barbero: «Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo, más há de veinte años, carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno; y ni más ni ménos, fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo y qué es morrion

y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia (digo á los géneros de armas de los soldados); y digo (salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento) que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan léjos de serlo como está léjos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira; tambien digo que éste, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

—No por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera.

—Así es,» dijo el Cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el Barbero; y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando y sus camaradas, y áun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires.

«¡Válame Dios! dijo á esta sazon el barbero burlado: ¿que es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece ésta que puede poner en admiracion á toda una universidad, por discreta que sea. Basta; si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

—Á mí albarda me parece, dijo Don Quijote; pero ya he dicho que en eso no me entremeto.

—De que sea albarda ó jaez, dijo el Cura, no está en más de decirlo el señor Don Quijote; que, en estas cosas de la caballería, todos estos señores y yo le damos la ventaja.

—Por Dios, señores mios, dijo Don Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que, acerca de lo que en él se contiene, se preguntare; porque imagino que cuanto en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve cogido deste brazo casi dos horas: sin saber cómo ni cómo no, vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo agora,

en cosa de tanta confusion, á dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen, que ésta es bacía, y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si ésa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva; sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes: quizá por no ser armados caballeros, como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen.

—No hay duda, respondió á esto don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien que á nosotros toca la difinicion deste caso; y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores; y de lo que resultare, daré entera y clara noticia.»

Para aquellos que la tenian del humor de Don Quijote era todo esto materia de grandísima risa; pero á los que la ignoraban, les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de don Luis, y á don Luis ni más ni ménos, y á otros tres pasajeros que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efeto lo eran; pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí, delante de sus ojos, se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda, pensaba sin duda alguna, que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver cómo andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros, y hablándolos al oido, para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocian, dijo en alta voz: «El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres; porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que ésta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y áun de caballo castizo; y así, habreis de tener paciencia, porque, á vuestro pesar y al de vuestro asno, éste es jaez, y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte.

—No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todas vuestras

mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes..... y no digo más; y en verdad que no estoy borracho; que no me he desayunado, si de pecar no.»

No ménos causaban risa las necedades que decia el barbero que los disparates de Don Quijote, el cual á esta sazon dijo: «Aquí no hay más que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, san Pedro se la bendiga [1].» Uno de los cuatro criados dijo: «Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento, como son ó parecen, todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que ésta no es bacía, ni aquella albarda; mas, como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque ¡voto á tal (y arrojóle redondo), que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al reves de que ésta no sea bacía de barbero, y ésta albarda de asno!

—Bien podria ser de borrica, dijo el Cura [2].

—Tanto monta, dijo el criado; que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen.»

Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado, dijo: «Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe de estar hecho uva [3].

—¡Mentis como bellaco villano!» respondió Don Quijote; y alzando el lanzon (que nunca le dejaba de las manos), le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que, á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad.

El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros; los criados de don Luis rodearon á don Luis, porque, con el alboroto, no se les fuese; el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho; Don Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros; don Luis

daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á Don Quijote y á Cardenio y á don Fernando, que todos favorecian á Don Quijote; el Cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritórnes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho; Sancho molia al barbero; don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada, que le bañó los dientes en sangre; el Oidor le defendia; don Fernando tenia debajo de sus piés á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad; de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusion de sangre; y en la mitad deste cáos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante; y así, dijo con voz que atronaba la venta: «Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida.» Á cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió, diciendo: «¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legion de demonios debe de habitar en él [4]? En confirmacion de lo cual, quiero que veais por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí, y trasladado entre nosotros, la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el jaez, acullá por el águila, acá por el yelmo; y todos peleamos, y todos no nos entendemos. Venga, pues, vuestra merced, señor Oidor, y vuestra merced, señor Cura, y el uno sirva de rey Agramante y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; porque, por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas.» Los cuadrilleros, que no entendian el frásis de Don Quijote, y se veian malparados de don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse; el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y el albarda; Sancho, á la más mínima voz de su amo, obedeció, como buen criado; los cuatro criados de don Luis tambien se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo; sólo el ventero porfiaba que se habian de castigar las

insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entónces: la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quijote. Puestos, pues, ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del Cura, volvieron los criados de don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenia, el Oidor comunicó con don Fernando, Cardenio y el Cura qué debia hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que don Luis le habia dicho. En fin, fué acordado que don Fernando dijese á los criados de don Luis quién él era, y cómo era su gusto que don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el Marqués seria hospedado como el valor de don Luis merecia; porque, de otra manera, se sabia de la intencion de don Luis que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos; y creyeron que entendida de los cuatro la calidad de don Fernando y la intencion de don Luis, determinarian entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á don Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viesen lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero, viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos.

Es, pues, el caso que los cuadrilleros se sosegaron, por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia, por parecerles que, de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar lo peor de la batalla; pero á uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por don Fernando, le vino á la memoria que, entre algunos mandamientos que traia para prender á algunos delincuentes, traia uno contra Don Quijote, á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, como Sancho, con mucha razon, habia temido. Imaginando, pues, esto, quiso certificarse si las señas, que de Don Quijote

traia, venian bien; y sacando del seno un pergamino doblado, con papeles dentro, topó con el que buscaba; y poniéndosele á leer despacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia, ponia los ojos en Don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote; y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba. Y apénas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, con la izquierda mostró el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: «Favor á la Santa Hermandad! Y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos.»

Tomó el mandamiento el Cura, y vió cómo era verdad cuanto el cuadrillero decia, y cómo convenia en las señas con Don Quijote; el cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo, le asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que, á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida ántes que Don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalles favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritórnes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban.

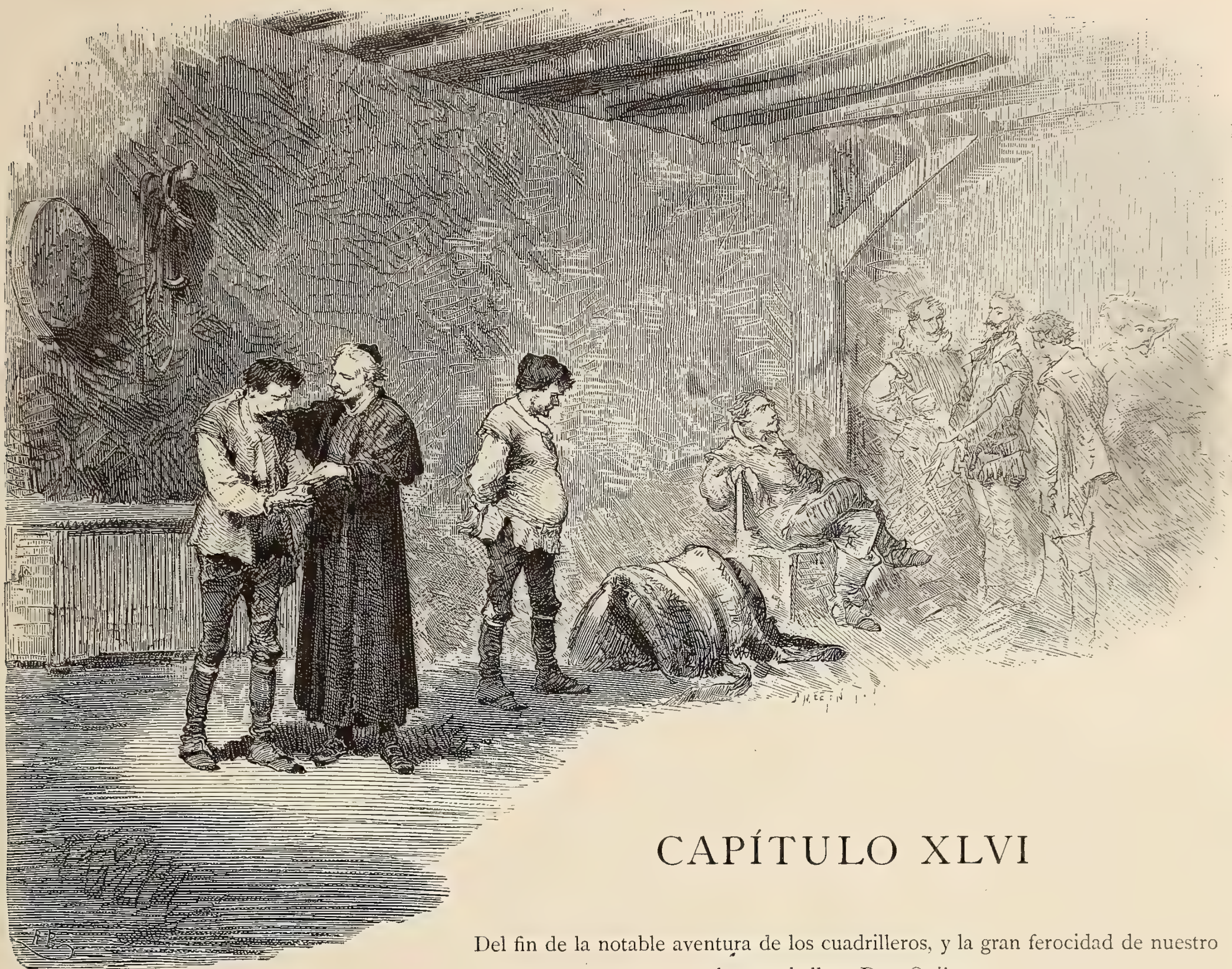
Sancho dijo, viendo lo que pasaba: «¡Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él!»

Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro, bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del Rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de camino.

Reíase de oir decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo: «Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais al dar

libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna, por vuestro bajo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia, de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad: decidme, ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante [5]?»





CAPÍTULO XLVI

Del fin de la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote

En tanto que Don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los cuadrilleros cómo Don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante; pues, aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas.

«Con todo eso, dijo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni áun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo.»

En efeto, tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quijote; y así, tuvieron por bien de apaciguarse, y áun de ser

medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rencor á su pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo ménos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura, á socapa y sin que Don Quijote lo entendiese, le dió al barbero por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces ni por siempre jamas amén. Sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y de más tomo, restaba que los criados de don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde don Fernando le queria llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lazos, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso; porque los criados se contentaron de cuanto don Luis queria; de que recibió tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos y traia colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el Cura habia hecho al barbero, pidió el escote de Don Quijote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el Cura, y lo pagó don Fernando; puesto que el Oidor, de muy buena voluntad, habia tambien ofrecido la paga; y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano; de todo lo cual fué comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor Cura y á la incomparable liberalidad de don Fernando.

Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y así, con resoluta determinacion, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él, por obedecella, se puso en pié y le dijo: «Es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria ántes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echásemos de ver algun dia; porque ¿quién sabe si, por ocultas espías y diligentes, habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dándole lugar, le tendrá de fortificarse en algun inexpugnable castillo ó fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura; que no está más el tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario.»

Calló, y no dijo más Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa Infanta, la cual, con ademan señoril y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió desta manera:

«Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo más voluntad que la vuestra: disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante; que la que una vez os entregó la defensa de su persona y puso en vuestras manos

la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.

—Á la mano de Dios, dijo Don Quijote; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas al deseo, y al camino, lo que suele decirse, que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la Reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto.»

Sancho, que á todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza á una parte y á otra: «¡Ay señor, señor! y ¡cómo hay más mal en el aldegüela que se suena! con perdon sea dicho de las tocas honradas.

—¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano?

—Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado, como buen escudero y como debe un buen criado decir á su señor.

—Di lo que quisieres, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo; que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy.

—No es eso ¡pecador fuí yo á Dios! respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es más que mi madre; porque, á ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda, á vuelta de cabeza y á cada traspuesta.»

Paróse colorada, con las razones de Sancho, Dorotea (porque era verdad que su esposo don Fernando, alguna vez, á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura más era de dama cortesana que de reina de tan gran reino), y no pudo ni quiso responder palabra á

Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: «Esto digo, señor, porque, si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafren; pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos.»

¡Oh válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió Don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: «¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Véte de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas; véte, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira;» y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas; á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor.

Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quijote, dijo, para templarle la ira:

«No os despecheis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así, se ha de creer, sin poner duda en ello, que, como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho

hubiese visto, por esta diabólica via, lo que él dice que vió, tan en ofensa de mi honestidad [1].

—¡Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon Don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encanto no fuera! que sé yo bien, de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie.

—Ansí es y ansí será, dijo don Fernando; por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia, *sicut erat in principio*, ántes que las tales visiones le sacasen de juicio.»

Don Quijote respondió que él le perdonaba, y el Cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas, pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar, le echó la bendicion, diciendo: «Agora acabarás de conocer, Sancho, hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento.

—Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria.

—No lo creas, respondió Don Quijote; que si así fuera, yo te vengara entónces, y áun agora; pero ni entónces ni agora pude, ni vi en quién tomar venganza de tu agravio.»

Desearon saber algunos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no ménos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento; puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y de hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba [2].

Dos dias eran ya pasados, desde que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron órden para

que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con Don Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el Cura y el Barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma. Hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote; y luego don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del Cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas.

Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia; y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los piés, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes; y luego dió en la cuenta de lo que su contínua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el Cura, trazador desta máquina. Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué, que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron dos maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper á dos tirones.

Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el Barbero (no el del albarda, sino el

otro), que decia: «¡Oh caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso; la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco; de cuyo inaudito consorcio saldrán á luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será ántes que el seguidor de la fugitiva ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y tú ¡oh el más noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narices! no te desmaye ni descontente ver llevar así, delante de tus ojos mesmos, á la flor de la caballería andante; que presto, si al Plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas; y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote, de parte de la sábia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad; que yo me vuelvo adonde yo me sé;» y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que áun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian.

Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpétua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo: «¡Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro

campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso [3]. Y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza, mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder que no me dejará, en buena ni en mala suerte; porque, cuando no suceda, por la suya ó por mi corta ventura, el poderle yo dar la ínsula ú otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia.»

Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego sacaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.





CAPÍTULO XLVII

Del extraño modo con que fué conducido encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos

Cuando Don Quijote se vió de aquella manera, enjaulado y encima del carro, dijo: «Muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamas he leido ni visto ni oido que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipógrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí agora sobre un carro de bueyes ¡vive Dios, que me pone en confusion! Pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos [1] deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado

otros géneros de encantamentos y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho, hijo?

—No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaria afirmar y jurar que estas visiones, que por aquí andan, que no son del todo católicas [2].

—¡Católicas, mi padre! respondió Don Quijote; ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire, y cómo no consisten más de en la apariencia.

—Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo, que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios; porque, segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ámbar de media legua.»

Decia esto Sancho por don Fernando, que, como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia.

«No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don Quijote; porque te hago saber que los diablos saben mucho; y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus; y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos, donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio!»

Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida; y llamando aparte al ventero, le ordenaron que

ensillase á Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, y lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á dos cuadrilleros con sus ballestas; pero ántes que se moviese el carro, salió la ventera con su hija y Maritórnes á despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia; á quien Don Quijote dijo: «No lloreis, mis buenas señoras; que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante; porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos; á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros, que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero, con todo eso, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo [3]. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado, por descuido mio, vos he fecho; que, de voluntad y á sabiendas, jamas le hice á nadie; y rogad á Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto [4]; que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificallas, servillas y recompensallas como ellas merecen.»

En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quijote, el Cura y el Barbero se despidieron de don Fernando y sus camaradas, y del Capitan y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo don Fernando al Cura dónde habia de escribirle, para avisarle en lo que paraba Don Quijote; asegurándole que no habria cosa que más gusto le diese que saberlo; y que él asimismo le avisaria de todo aquello



NO CAMINANDO MAS DE LO QUE PERMITIA EL PASO TARDO DE LOS BUEYES

que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida y suceso de don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El Cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos.

El ventero se llegó al Cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta, donde se halló la novela del *Curioso impertinente*, y que pues su dueño no habia vuelto más por allí, que se los llevase todos; que pues él no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradeció; y abriéndolos luego, vió que al principio de lo escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela, y coligió que, pues la del *Curioso impertinente* habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y así, la guardó, con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad.

Subió á caballo, y tambien su amigo el Barbero, ambos con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro.

Y la órden que llevaban era ésta: iba primero el carro, guiándole su dueño; á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus ballestas; seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda á Rocinante; detras de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estátua de piedra; y así, con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicándolo con el Cura, fué de parecer el Barbero que caminasen un poco más; porque él sabia que detras de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de más yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del Barbero, y así, tornaron á proseguir su camino.

En esto volvió el Cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos, y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que ménos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente; y uno de los que venian, que en resolucion era canónigo de Toledo y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y más á Don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facineroso salteador, ú otro delincuente cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad.

Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: «Señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos.»

Oyó Don Quijote la plática, y dijo:

«¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias; y si no, no hay para qué me canse en decillas;» y á este tiempo habian ya llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio.

El Canónigo, á lo que Don Quijote dijo, respondió: «En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de las súmulas de Villalpando; así que, si no está más que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes.

—A la mano de Dios, replicó Don Quijote; pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula, por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos. Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos

nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, á despecho y pesar de la mesma envidia y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas [5].

—Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazon el Cura; que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada y la valentía enoja. Este es, señor, *el Caballero de la Triste Figura*, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos [6].»

Cuando el Canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz, de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido; y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian.

En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dijo:

«Ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que así va encantado mi señor Don Quijote como mi madre. Él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres y como las hacia ayer, ántes que le enjaulasen: siendo esto ansí, ¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado, pues yo he oido decir á muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará más que treinta procuradores?»

Y volviéndose á mirar al Cura, prosiguió diciendo: «¡Ah señor Cura, señor Cura! ¿pensará vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamentos? Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro; y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes [7]. En fin, donde reina la envidia no puede

vivir la virtud, ni adonde hay escaseza, la liberalidad. ¡Mal haya el diablo! que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo ménos, pues no se podia esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor, *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa; pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es más de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor se le hace; y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.

—Adobadme esos candiles, dijo á este punto el Barbero: ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? ¡Vive el Señor, que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería! En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseais.

—Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del Rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si ínsula deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula, y más, pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien dallas. Vuestra merced mire cómo habla, señor Barbero; que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor meneallo.»

No quiso responder el Barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procuraban encubrir; y por este mismo temor habia el Cura dicho al Canónigo que caminase un poco delante; que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto.

Hízolo así el Canónigo, y adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de Don Quijote, contándole el Cura brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberle puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el Canónigo de oir la peregrina historia de Don Quijote, y en acabándola de oir, dijo:

«Verdaderamente, señor Cura [8], yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo; porque me parece que, cual más, cual ménos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene más éste que aquel, ni estotro que el otro. Y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman *milesias*, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar, y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates; que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante; y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos

mitades como si fuera de alfeñique? Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla, y despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes, como sea contra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por sólo el valor de su fuerte brazo? Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se confia en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse, leyendo que una gran torre, llena de caballeros, va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo ni las vió Marco Polo [9]? Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así, no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles-hia yo que tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada, cuanto tiene más de lo curioso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando los tropiezos, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero, con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intencion de formar una quimera ó un monstruo, que de hacer una figura proporcionada. Fuera desto, son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil.»

El Cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre

de buen entendimiento y que tenia razon en cuanto decia; y así, le dijo que, por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado casi todos los de Don Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el Canónigo, y dijo que, con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos; porque daban largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitan valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando, ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarron; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores.

«Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulíses, la piedad de Enéas, la valentía de Aquíles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinon, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton, y finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion, que tire lo más que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida, que, despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en

los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho; porque la escritura desatada [10] destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso [11].»





CAPÍTULO XLVIII

Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio

Así es, como vuestra merced dice, señor Canónigo, dijo el Cura; y por esta causa son más dignos de reprehension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa [1], como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina.

—Yo, á lo ménos, replicó el Canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas; y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes, que sólo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion [2]; pero, con todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesion, como por ver que es

más el número de los simples que de los prudentes; y que, puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que vitoreado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien, por la mayor parte, toca leer semejantes libros.

»Pero lo que más me le quitó de las manos, y áun del pensamiento el de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: «Si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas ó las más son conocidos disparates y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan léjos de serlo; y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos que no opinion con los pocos; esto mismo vendrá á ser de mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del Cantillo. Y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores que se engañan en tener la opinion que tienen, y que más gente atraerán y más fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque.»

»Acuérdome que un dia dije á uno destos pertinaces: «Decidme, ¿no os acordais que há pocos años que se representaron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta destos reinos, las cuales fueron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros á los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se han hecho?

»—Sin duda, respondió el actor que digo, que debe de decir vuestra merced por la *Isabela*, la *Fílis* y la *Alejandra*.

—»Por esas digo, le repliqué yo; y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo; así que, no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fué disparate *La ingratitud vengada*, ni le tuvo la *Numancia*, ni se halló en la del *Mercader amante*, ni ménos en *La Enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo y para ganancia de los que las han representado;» y otras cosas añadí á estas, con que, á mi parecer, le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento.

—En materia ha tocado vuestra merced, señor Canónigo, dijo á esta sazon el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal, que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque, habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres é imágen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades é imágenes de lascivia. Porque ¿qué mayor disparate puede ser, en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un jóven cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapan y una princesa fregona? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y áun, si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal á que ha de atender la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento que, fingiendo una accion que pasa en tiempo del rey Pepino y Cárlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullon, habiendo infinitos

años de lo uno á lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores, de todo punto inexcusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurías. Pues ¿qué, si venimos á las comedias divinas? ¡Qué de milagros fingen en ellas! ¡qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! Y áun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin más respeto ni consideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia [3], como ellos lo llaman, para que la gente ignorante se admire, y venga á la comedia. Y todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y áun en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no seria bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que, pues este se consigue con cualquier comedia, buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debian hacerse; pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual responderia yo que este fin se conseguiria mucho mejor, sin comparacion alguna, con las comedias buenas que con las no tales; porque, de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud; que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar, la comedia que todas estas partes tuviere, mucho más que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen éstas

que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen; porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero, como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen (y dicen verdad) que los representantes no se las comprarian, si no fuesen de aquel jaez; y así, el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad vese por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente, tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfecion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que, despues de representadas, tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes y en deshonra de algunos linajes; y todos estos inconvenientes cesarian, y áun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias ántes que se representasen, no sólo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España; sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna. Y de esta manera, los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representallas, y aquellos que las componen mirarian con más cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende; y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria facilísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigallos. Y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfecion que

vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados; pues no es posible que esté contínuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se puede sustentar sin alguna lícita recreacion.»

Á este punto de su coloquio llegaban el Canónigo y el Cura, cuando adelantándose el Barbero, llegó á ellos y dijo al Cura: «Aquí, señor Licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que, sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto.

—Así me lo parece á mí,» respondió el Cura; y diciéndole al Canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia; y así por gozar dél, como de la conversacion del Cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber más por menudo las hazañas de Don Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no léjos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde; á lo cual uno de sus criados respondió que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar de la venta más que cebada.

«Pues así es, dijo el Canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver el acémila.»

En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la contínua asistencia del Cura y el Barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: «Señor, para descargo de mi conciencia, le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es, que aquestos dos que vienen aquí, encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar y el Barbero; y imagino han dado esta traza de llevalle desta manera, de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaido y tonto; para prueba de lo cual, le quiero preguntar

una cosa; y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá cómo no va encantado, sino trastornado el juicio.

—Pregunta lo que quisieres, hijo, Sancho, respondió Don Quijote; que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad; y en lo que dices que aquellos que allí van, y vienen con nosotros, son el Cura y el Barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mesmos; pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja; y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuvieses la soga de Teseo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño; porque, si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Ansí que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices; porque así son ellos como yo soy turco [4]; y en lo que toca á querer preguntarme algo, dí; que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí á mañana.

—¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz; y ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero, pues así es, yo le quiero probar evidentemente cómo no va encantado. Si no, dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando ménos se piense.....

—Acaba de conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta lo que quisieres; que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

—Eso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes.....

—Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió don Quijote; acaba ya de preguntar; que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.

—Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso despues que vuestra merced va enjaulado, y á su parecer, encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse.

—No entiendo eso de hacer aguas, Sancho: aclárate más, si quieres que te responda derechamente.

—¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? Pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir, si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa.

—Ya, ya te entiendo, Sancho. Sí, y muchas veces, y áun agora la tengo: sácame deste peligro; que no anda todo limpio.





CAPÍTULO XLIX

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote

Ah! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber con el alma y con la vida. Venga acá, señor; ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí, cuando una persona está de mala voluntad: «No sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado?» De donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan.

—Verdad dices, Sancho, respondió Don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados

hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé ó tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formaria muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad [1].

—Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que, para mayor abundancia y satisfaccion, seria bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel (que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y áun á sacarle della), y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula, en la cual prometo, á ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, y yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo.

—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho, hermano, replicó Don Quijote; y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia.»

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde, ya apeados, los aguardaban el Cura, el Canónigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero, el cual rogó al Cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula; porque si no le dejaban salir, no iria tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo.

Entendióle el Cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia,

si no temiera que, en viéndose su señor en libertad, habia de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen.

«Yo le fio de la fuga, respondió Sancho.

—Y yo y todo, dijo el Canónigo, y más si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

—Sí doy, respondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando: cuanto más que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere; porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y si hubiere huido, le hará volver en volandas;» y que, pues esto era así, bien podian soltalle, y más siendo tan en provecho de todos; y del no soltalle les protestaba que no podia dejar de fatigalles el olfato, si de allí no se desviaban.

Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fe y palabra, le desataron, de que él se alegró infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo, fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: «Aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo encima de tí, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo.» Y diciendo esto, Don Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado, y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase [2].

Mirábalo el Canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías. Y así, movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del Canónigo, le dijo: «¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan léjos de ser verdaderas como lo está la mesma mentira de la

verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y áun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y áun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar, para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura, que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra. Y si todavía, llevado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernan Gonzalez, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernandez, Andalucía;

un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garci Perez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de Leon, Sevilla; cuya leccion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mio; de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, cuerdo sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, segun he sabido, trae vuestra merced su principio y orígen.»

Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del Canónigo; y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: «Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, ó inútiles para la república; y que yo he hecho mal en leerlos, y más mal en creerlos y peor en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan; negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.

—Todo es al pié de la letra, como vuestra merced lo va relatando,» dijo á esta sazon al Canónigo.

A lo cual respondió Don Quijote: «Añadió tambien vuestra merced que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

—Así es, dijo el Canónigo.

—Pues yo, replicó Don Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, mereceria la mesma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan:

porque querer dar á entender á nadie que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta. Porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que ¡voto á tal que es tanta verdad, como es ahora de dia! Y si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquíles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Artus de Ingalaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos. Y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino y la de la demanda del santo Grial, y que son apócrifos los amores de don Tristan y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y es esto tan ansí, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: «Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona;» de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo ménos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. Pues ¿quién podrá negar no ser verdadera la historia de Piérres y la linda Magalona, pues áun hasta hoy dia se ve en la armería de los Reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? Y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga; de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cid, y Bernardo del Carpio y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no, díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Arrás con el famoso señor de Charní, llamado Mosen Piérres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y

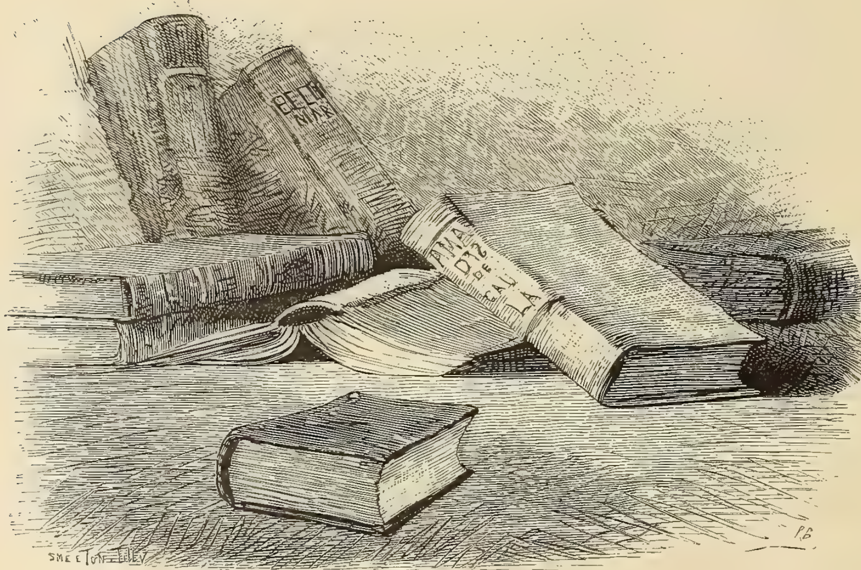
lleno de honrosa fama; ni las aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon), venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo que no fué á buscar las aventuras á Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, el del Paso; las empresas de Mosen Luis de Fálces contra don Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negase careceria de toda razon y buen discurso [3].»

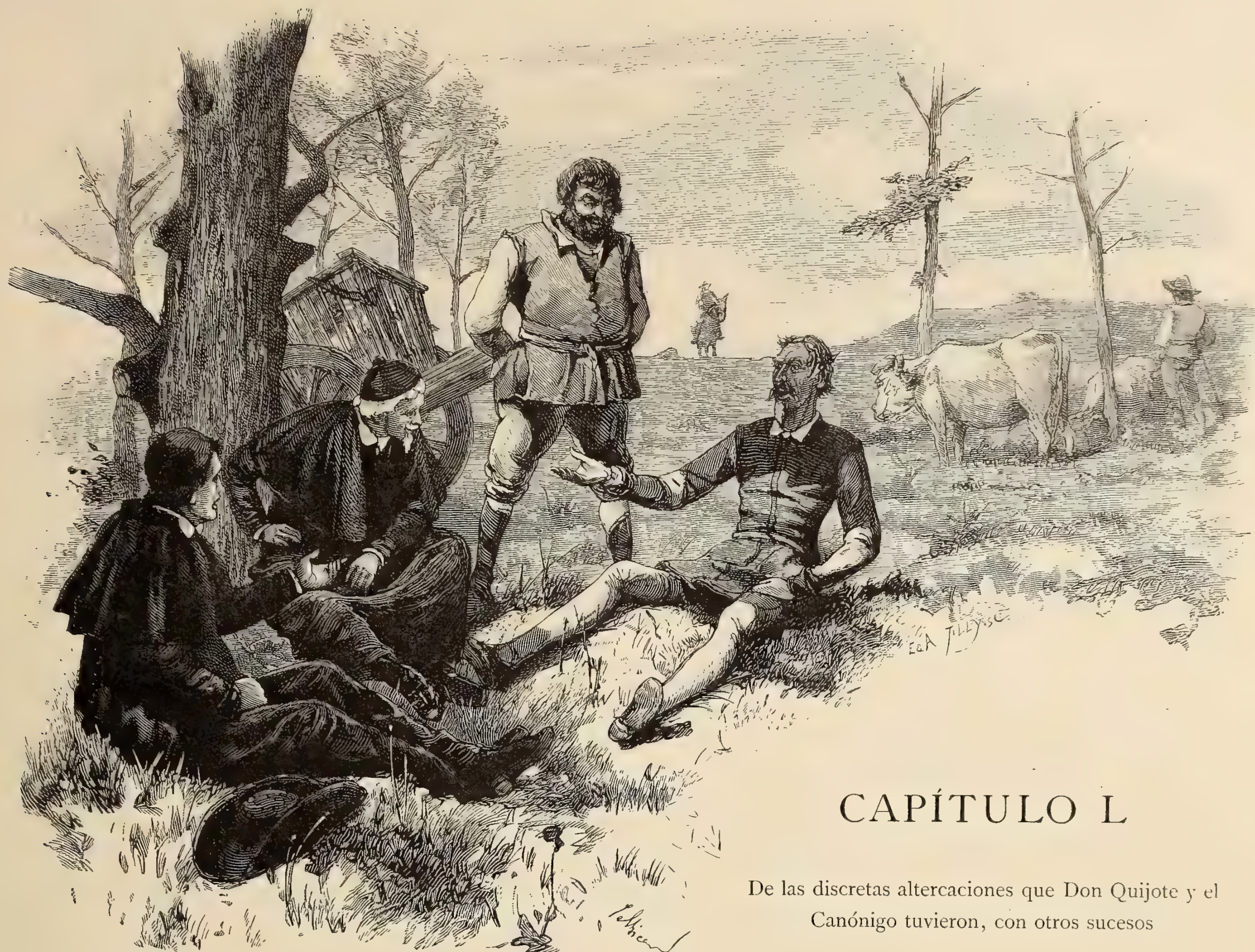
Admirado quedó el Canónigo de oir la mezcla que Don Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería; y así, le respondió: «No puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles; y asimesmo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos escribe [4]; porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía (á lo ménos, si no lo eran, era razon que lo fuesen), y era como una religion de las que ahora se usan, de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los Doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni ménos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice, del conde Piérres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado; que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que,

aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y más siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.

—Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote; y por más señas, dicen que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho [5].

—Todo puede ser, respondió el Canónigo; pero, por las Órdenes que recebí, que no me acuerdo haberla visto; mas, puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado, de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.





CAPÍTULO L

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos

¡Bueno está eso! respondió Don Quijote. Los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas, de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y dia por dia, que el tal caballero hizo ó tales caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame; que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame, ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, que aquí ahora se

muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: «Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negrura yacen? ¿y que apénas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando, sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y áun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa?

»Allí le parece que el cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más viva. Ofrécesele á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra, á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas, blancas y amarillas, del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no

ménos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimacion su hechura; y ¿hay más que ver, despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar; y tomar luego, la que parecia principal de todas, por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manton sobre los hombros, que, por lo ménos ménos, dicen que suele valer una ciudad, y áun más? ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué verle servir de todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cual deba de alargar la mano, á cual no? ¿Qué oir la música que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adónde suena? Y despues de la comida acabada y las mesas alzadas, ¡quedarse el caballero recostado sobre la silla (quizá mondándose los dientes como es costumbre), y entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas, que suspenden al caballero y admiran á los leyentes que van leyendo su historia!

»No quiero yo alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la

tiene mala. De mí sé decir que, despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque há tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra; que, mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias há prometido, sino que temo no ha de tener habilidad para gobernar su estado [1].»

Casi todas estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: «Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado, tan prometido de vuestra merced como de mí esperado; que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.

—Eso, hermano Sancho, dijo el Canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de atender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar; que si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.

—No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza; mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabria regirle; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey seria yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo, haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haria mi gusto, y haciendo mi gusto, estaria contento, y en estando uno contento, no tiene más que desear, y no teniendo más que desear, acabóse; y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro.»

A lo cual replicó Don Quijote: «No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho.

—Pero con todo eso, hay mucho que decir sobre esta materia de condados.

—Yo no sé qué haya que decir; sólo me guio por muchos y diversos ejemplos que podia traer á este propósito, de caballeros de mi profesion, que, correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habian recebido, les hicieron notables mercedes, haciéndolos señores absolutos de ciudades y ínsulas; y cuál hubo que llegaron sus merecimientos á tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la ínsula Firme? Y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.»

Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto [2]) que Don Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pegajosas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del Canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto; y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y estando comiendo, á deshora oyeron

un recio estruendo y un són de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas, que allí junto estaban, sonaba; y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo; tras ella venia un cabrero dándole voces y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente, como á favorecerse della, y allí se detuvo.

Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo:

«¡Ah, cerrera, cerrera, manchada, manchada! y ¡cómo andais vos estos dias de pié cojo! ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me direis qué es esto, hermosa? Mas ¿qué puede ser, sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada? que ¡mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitais! Volved, volved, amiga; que, si no tan contenta, á lo ménos estareis segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras; que si vos, que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas?»

Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al Canónigo, que le dijo: «Por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño; que, pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto, por más que vos os pongais á estorbarlo. Tomad ese bocado y bebed una vez, con que templareis la cólera, y en tanto descansará la cabra;» y el decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno.

Tomólo y agradeciólo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: «No querria que, por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple; que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto, que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias.

—Eso creo yo muy bien, dijo el Cura; que ya yo sé de experiencia

que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos.

—Á lo ménos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia.»

Á esto respondió Don Quijote:

«Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos y de ser amigos de curiosas novedades, que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo; que todos escucharemos.

—Saco la mia, dijo Sancho; que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias; porque he oido decir á mi señor Don Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer, cuando se le ofreciere, hasta no poder más, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada, que no aciertan á salir della en seis dias; y si el hombre no va harto ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia.

—Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quijote; véte á donde quisieres y come lo que pudieres; que yo ya estoy satisfecho, y sólo me falta dar al alma su refaccion, como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre.

—Así la daremos todos á las nuestras,» dijo el Canónigo. Y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia.

El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole:

«Recuéstate junto á mí, manchada; que tiempo nos queda para volver á nuestro apero.»

Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera:





CAPÍTULO LI

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quijote

TRES leguas deste valle está una aldea, que, aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos, en la cual habia un labrador muy honrado, y tanto, que, aunque es anejo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia más dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas..... ¿qué digo yo por las circunvecinas no más, si se extendió á las apartadas ciudades, y áun se entró por las salas de los reyes y por los oidos de todo

género de gente, que, como á cosa rara ó como á imágen de milagros, de todas partes á verla venian!

»Guardábala su padre y guardábase ella; que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso sin saber determinarse á quién la entregaria de los infinitos que le importunaban; y entre los muchos que tan buen deseo tenian, fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no ménos acabado.

»Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusion, determinó decírselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto), advirtiendo que, pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que les dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; sólo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin áun está pendiente; pero bien se deja entender que ha de ser desastrado.

»En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias, y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitan que con su compañía por allí

acertó á pasar, y volvió él mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y ménos tomo. La gente labradora (que de suyo es maliciosa, y dándole el caso lugar, es la misma malicia) lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres, de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellos, que si no se los contaran, hubiera quien jurara que habia hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumajes; y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando; porque ellos hacen una buena parte en esta historia.

»Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos, la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado; habia muerto más moros que tienen Marruécos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos, segun él decia, que Garcilaso, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba; y de todos habia salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas, que, aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y faciones. Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que, debajo de ser soldado, al mismo Rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta; y así, de cada niñería que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura.

»Este soldado, pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galan, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra, desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza.

Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantáronla sus romances (que de cada uno que componia daba veinte traslados), llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido, y finalmente (que así el diablo lo debia de tener ordenado), ella se vino á enamorar dél ántes que en él naciese presuncion de solicitalla; y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido, habiendo dejado la casa de su honrado y amante padre (que madre no la tiene), y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba.

»Admiró el suceso á toda la aldea, y áun á todos los que dél noticia tuvieron; yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos. Tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la habia engañado, y debajo de la palabra de ser su esposo, la persuadió que dejase la casa de su padre; que él la llevaria á la más rica y más vistosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y peor engañada, le habia creido, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que habia faltado; y que él la llevó á un áspero monte, y la escondió en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien cómo el soldado, sin quitalle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Dura se nos hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado á su hija con la joya que, si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamas se cobre. El mismo dia que pareció

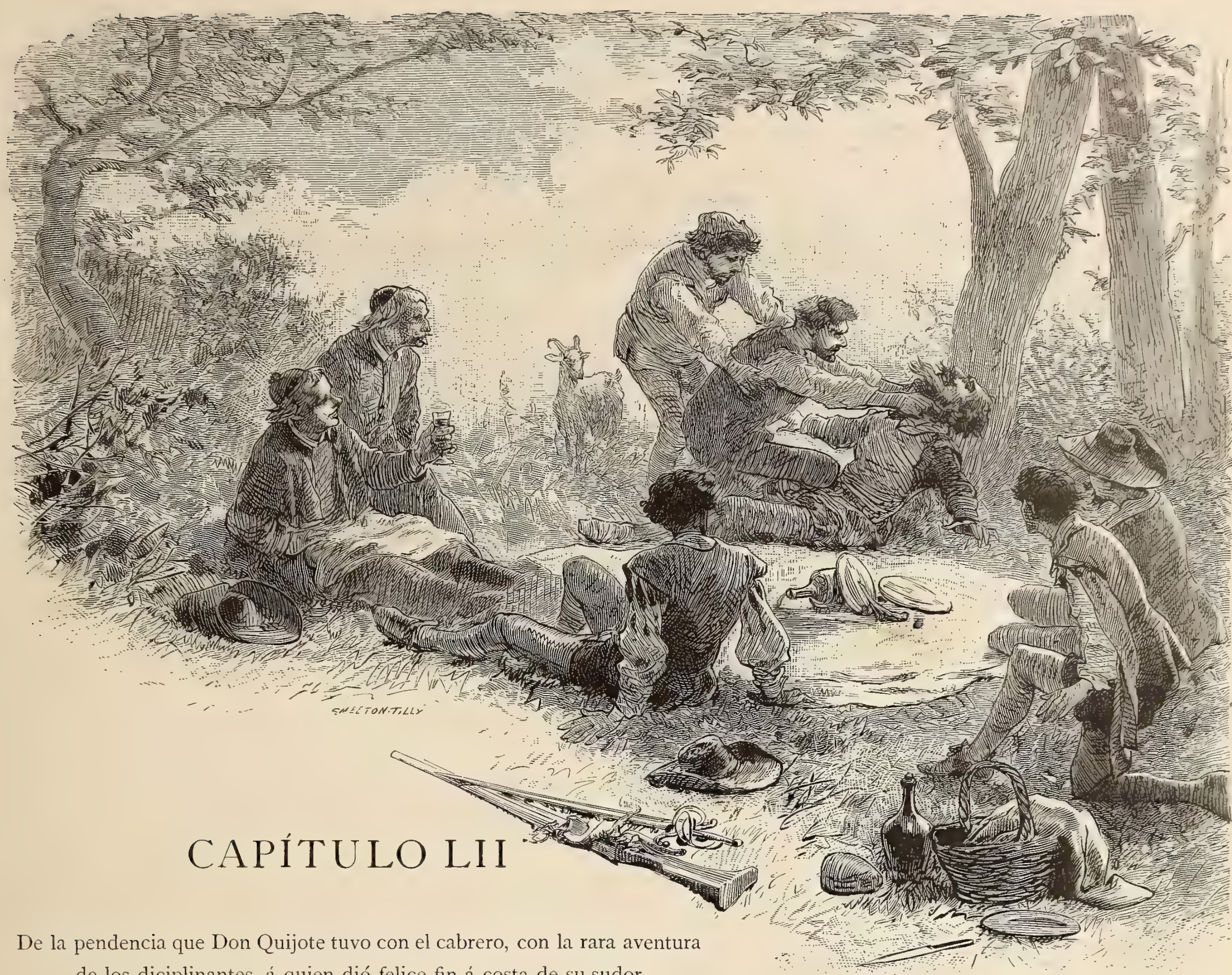
Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monesterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo ménos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal dispuesta.

»Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo ménos sin tener cosa que mirar que contento les diese; los mios en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminase, con la ausencia de Leandra. Crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado y abomínábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea y venirnos á este valle, donde él, apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras, tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas.

»Á imitacion nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores y de apriscos; y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Éste la maldice y la llama antojadiza, vária y deshonesta; aquél la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion; y, en fin, todos la deshonran y todos la adoran; y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamas hablado, y áun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamas dió á nadie; porque, como ya tengo dicho, ántes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni

márgen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de *Leandra*, donde quiera que puede formarse; *Leandra* resuenan los montes, *Leandra* murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y más juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual, teniendo tantas otras cosas de que quejarse, sólo se queja de ausencia, y al són de un rabel, que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo otro camino más fácil, y á mi parecer, el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas inciertas, de su fe rompida, y finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar los pensamientos é intenciones que tienen; y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué; que, por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros; si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto; cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con várias y sazonadas frutas, no ménos á la vista que al gusto agradables [1].»





CAPÍTULO LII

De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchado le habian; especialmente le recibió el Canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así, dijo que habia dicho muy bien el Cura en decir que los montes criaban letrados.

Todos se ofrecieron á Eugenio; pero el que más se mostró liberal en esto fué Don Quijote, que le dijo: «Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que, luego, luego, me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena; que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della á toda vuestra voluntad

y talante, guardando empero las leyes de la caballería, que mandan que á ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno. Aunque yo espero en Dios, nuestro señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador, mejor intencionado, y para entónces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos.»

Miróle el cabrero; y como vió á Don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al Barbero, que cerca de sí tenia: «Señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla?

—¿Quién ha de ser, respondió el Barbero, sino el famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas [1]?

—Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice; puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.

—Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon Don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado; que yo estoy más lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa puta que os parió.»

Y diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener ningun respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual, lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo el Barbero y el Cura; mas un

cuadrillero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el Canónigo y el Cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos á los otros como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados; sólo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del Canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase.

En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes, que se carpian, oyeron el són de una trompeta tan triste, que les hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oirle fué Don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero, harto contra su voluntad y más que medianamente molido, le dijo: «Hermano demonio (que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias), ruégote que hagamos treguas no más de por una hora, porque el doloroso són de aquella trompeta que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama.» El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego; y Don Quijote se puso en pié, volviendo asimismo el rostro adonde el són se oia, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes.

Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quijote, que vió los extraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla; y confirmóle más esta imaginacion, pensar que una imágen que traian, cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines. Y como esto le cayó en las

mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: «Agora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la Orden de la andante caballería; agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora, que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes.»

Y en diciendo esto, apretó los talones á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes; bien que fueron el Cura y el Canónigo y Barbero á detenelle; mas no les fué posible, ni ménos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: «¿Adónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta ¡mal haya yo! que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace; que por esta vez se puede decir que no se lo sabe.»

Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra; y aunque la oyera, no volviera, si el Rey se lo mandara. Llegó, pues, á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba harto deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: «Vosotros, que quizá por no ser buenos [2] os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.»

Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledanías, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió, diciendo: «Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga.

—En una lo diré, replicó Don Quijote, y es ésta; que luego al punto dejeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad y que algun notorio desaguisado le habedes fecho; y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece.»

Con estas razones cayeron todos los que las oyeron en que Don Quijote debia de ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote, porque, sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote, enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo tres partes, con el último tercio, que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro (por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza), que el pobre Don Quijote vino al suelo muy mal parado.

Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullia ni pié ni mano; y así, creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaban todos los de la compañía de Don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino alrededor de la imágen; y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto, con determinacion de defenderse, y áun ofender, si pudiesen, á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse

sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decia: «¡Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo, acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y áun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por sólo un mes de servicio me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin tacha, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin, caballero andante, que es todo lo que decirse puede!»

Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo fué: «El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado; que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á nuestra aldea en compañía destos señores, que su bien desean, y allí daremos órden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

—Bien dices, Sancho, respondió Don Quijote; y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre [3].»

El Canónigo y el Cura y Barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia; y así, habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro como ántes venia: la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió



Y OYERON QUE SANCHO PANZA DECIA CON LAGRIMAS EN LOS OJOS: «¡OH FLOR DE LA CABALLERIA!...»

de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debia; el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura ó si proseguia en ella; y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo.

El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el Cura quiso; y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia; y cuando conocieron á su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas al Ama y á la Sobrina de que su tio y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas.

Á las nuevas de la venida de Don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero; y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno: Sancho respondió que venia mejor que su amo.

«¡Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho! Pero contadme agora, amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana me traeis á mí? ¿qué zapaticos á vuestros hijos?

—No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mia; aunque traigo otras cosas de más momento y consideracion.

—Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de más consideracion y más momento, amigo mio; que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

—En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza; y por ahora estad contenta; que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

—Quiéralo así el cielo, marido mio; que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo.

—No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y áun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos.

—¿Qué es lo que decis, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos?» respondió Teresa Panza; que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.

«No te acucies, Teresa, por saber tódo esto tan aprisa: basta que te digo verdad, y cose la boca; sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de alguna he salido manteado, y de otras molido; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion, sin pagar, ofrecido sea al diablo el maravedí [4].»

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Teresa Panza, su mujer, en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quijote le recibieron y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El Cura encargó á la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo

que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, á lo ménos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha que Don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que (segun él dijo) se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba [5]; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos, escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo Don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres; y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar ó buscar otros, si no tan verdaderos, á lo ménos de tanta instruccion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en un pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, HOC SCRIPSERUNT

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA Á LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De más despojos que Jason á Creta;
El jüicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha;
El brazo que su fama tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta;
La Musa más honrada y más discreta
Que grabó versos en broncínea plancha;
El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría;
El que hizo callar los Belianises;
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, IN LAUDEM DULCINEÆ DEL TOBOSO

Soneto

Esta que veis, de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montïel, hasta el herboso
Llano de Aranjüez, á pié y cansado,
Culpa de Rocinante. ¡Oh dura estrella!
Que esta manchega dama y este invito
Andante caballero, en tiernos años
Ella dejó, muriendo, de ser bella;
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

En el soberbio trono diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el Manchego, su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.

Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
¡Nuevas proezas! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,
Hoy á Quijote le corona el aula
Do Belona preside, y dél se precia,
Más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha;
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESCO, Á SANCHO PANZA

Soneto

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
Pero grande en valor: ¡milagro extraño!
Escudero el más simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que áun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.
¡Oh vanas esperanzas de la gente!
¡Cómo pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio

Aquí yace el caballero
Bien molido y mal andante,
Á quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
Yace tambien junto á él,
Escudero el más fïel
Que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO

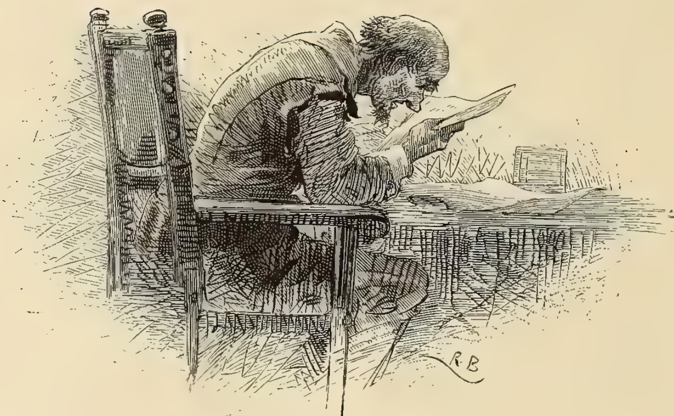
Epitafio

Reposa aquí Dulcinea;
Y aunque de carnes rolliza,
La volvió en polvo y ceniza
La muerte espantable y fea:
Fué de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama:
Del gran Quijote fué llama,
Y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer; los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico, para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho, á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quijote [6].

Forse altri canterá con miglior plettro

FIN DE LA PRIMERA PARTE



NOTAS SOBRE EL SENTIDO ESPIRITUAL DEL QUIJOTE

INTRODUCCION

EL INGENIOSO HIDALGO

El adjetivo *ingenioso* es uno de los datos más importantes en la cuestion de si existe doble sentido en el Quijote. A ser sólo sátira contra la caballería ó los libros de historias andantescas, correspondia mejor el de *invencible*, á quien tantas veces fué vencido, el de *espantable* á quien á todos daba ocasion de risa, ó en suma, el *atrevido*, *formidable* ó cualquier calificativo análogo, que recayendo sobre un viejo flaco, pusiese desde luego de manifiesto lo ridículo y burlesco del personaje.

Pero ¿á qué buscar títulos cuando el mismo Cervantes nos dió el más burlesco, ridículo y cómico al llamar á su héroe *El caballero de la Triste Figura?* y á pesar de ser tan apropiado este título, se queda en el texto y aparece uno al frente de la obra, cuya primera palabra es un enigma y desesperacion de anotadores y traductores.

Tan cierto es esto, que ningun anotador ha logrado explicarlo, ni es posible que le explique, como se encierre dentro del círculo de la opinion hasta aquí comunmente aceptada y no admita por base, que existe sentido figurado y otro propósito de más trascendencia que el literal y visible.

Lo inoportuno é incongruente del tal adjetivo saltaba tanto á los ojos, que casi todos los traductores extranjeros, al ver que no significaba cosa alguna que pueda concertar con un hombre falto de juicio, y pareciéndoles, por añadidura, como á Clemencin, ininteligible y poco feliz, tuvieron á bien el quitarlo ó sustituirlo por otros más ó ménos apropiados á un caballero de figuron. Ya César Oudin, áun siendo tan admirador de Cervantes, se atrevió á descartar como inútil la palabra *ingenioso*, poniendo en su lugar: El *valeroso*. En 1665 se imprimia en Paris, con el título de *Historia del temido caballero*, etc. La edicion de Amsterdam de 1696, le cambia por el de *Historia del admirable Don Quijote de la Mancha*, y Florian corta por lo sano, suprimiendo el primer miembro y poniendo sólo: *Don Quijote de la Mancha*. En Inglaterra no le aceptan, porque no le comprenden los traductores. Shelton pone sencillamente: *Don Quijote*. Hodgkins añade: *El renombrado*. Motteux escribe: *Historia de Don Quijote*. Ozell y Durfey suprimen la palabra «Historia» en sus respectivas ediciones, de que tanto se usó, é introducen la locucion de: *Vida y hazañas de Don Quijote de la Mancha;* y hasta el discretísimo hispano-philo doctor Bowle, que lo publica en español, cambia la palabra *ingenioso* por la de *famoso*.

De las traducciones en aleman, la edicion de Ludwig, de 1683, descarta por completo las voces de *ingenioso hidalgo*, y la de Bertuch, de 1870, compone la frase con una voz que equivale á *sabio ó prudente*. La edicion portuguesa de Lisboa, de 1853, suprime el primer miembro del título, y pone *Historia de Don Quijote de la Mancha*, caso notable, por cuanto la afinidad del idioma evitaba al traductor el tener que quemarse las cejas buscando equivalente, y por lo tanto de reflexionar sobre si estaba ó no en regla el título puesto por Cervantes, cosa que tampoco fatigó á los italianos. Finalmente, en dos ediciones rusas, la de Moscou, de 1815, y la de San Petersburgo, de 1858, aparece mutilada la primera parte del título, y sólo se lee *Don Quijote de la Mancha*.

No se citará otra obra famosa, con cuyo título se haya tomado el público más libertades. Y cuenta que cambiar un título no es lo mismo que cambiar ó enmendar una frase ó período del texto. No digamos ya un genio; hasta el escritor más mediano, se supone, y así es la verdad, que piensa y recapacita y vuelve á cavilar para escoger el título en su concepto más apropiado á la produccion de su entendimiento, máxime si esta ha sido madurada y escrita con despacio y más aún si es su obra maestra. Pero si se cambia, ha de ser por una de estas razones: ó bien porque no se entiende y parece frio, ó bien porque hay otra forma preferible y que ha de agradar más al público, ó ya porque no se le juzga adecuado al espíritu ó al personaje sobre que recae. Estos tres motivos impulsaron, juntos ó separadamente, á los traductores que acuñaron otro á su gusto. Y estos tres motivos son otros tantos agravios [illegible] á Cervantes, el autor más oportuno y feliz en la invencion, no ya de títulos, sino de nombres de sus personajes. Es suponer que le faltó fecundidad, discrecion, oportunidad y gusto, allí donde eran más necesarios, puesto que, presintiendo la inmortalidad de su obra, se figuraria cuántos millones de veces deberia andar su título en boca de las gentes.

Antes de justificar á los traductores, que, despues de todo, fueron muy lógicos bajo el punto de vista en que era considerada la obra de Cervantes, paréceme que, aparte la cuestion del doble sentido, puede decirse algo sobre la oportunidad de las variaciones introducidas. Pase la de Oudin, porque si hay cualidad dominante en el manchego hidalgo, sin duda es la del valor; pero confesemos

que *valeroso* no es calificacion que entra en la órbita de lo ridículo. *Historia del temido caballero*, como dice la edicion francesa de 1665, tampoco puede tomarse en mala parte, y sobre todo, este adjetivo alude, más que al hidalgo, á las gentes que le veian. *Historia del admirable caballero*, como reza la edicion de Amsterdam, es aceptable y discretísimo. Cervantes mismo no habria desdeñado este calificativo, toda vez que con su bien tajada péñola escribió: «que los sucesos de Don Quijote debian mover á *admiracion* ó á risa.» ¿Quién sabe si el editor ó impresor tuvo el buen gusto de sentir más lo primero que lo segundo? Los títulos que vienen despues se comprenden. Cuando un traductor ve que una obra es ya famosa y su título ha sido objeto de opiniones, arranca la manzana de discordia y deja lo que es más popular y lo que más suena en los oidos del vulgo. Claro es que hoy dia, en una edicion de pacotilla, bastaria imprimir *Don Quijote* simplemente, y nadie haria un cargo al impresor.

Y volviendo ahora al extraño *fato* del título de la obra de Cervantes, no puede negarse que el adjetivo *ingenioso* chocaba con la idea que el público tenia de lo que era Don Quijote. El vulgo, por más que se diga, parece ser el depositario del sentido comun, y esos traductores que trabajaban para el vulgo debieron conocer que la palabra *ingenioso*, aplicada á un loco, era simplemente un despropósito, y relacionada con el intento aparente de la obra, un verdadero ripio. Esa palabra, léjos de inclinar á tener por ridícula á la persona á quien se aplica, es más bien encomiástica y lisonjera. ¿Cómo ó porqué ha de llamarse así á Don Quijote si sus cualidades distintivas son arrojo, temeridad, audacia, apasionamiento por Dulcinea, alucinacion, idealismo, bondad, sencillez, credulidad y nobleza de alma? Cervantes ha hecho notar estas cualidades de su héroe, y por contra le ha llamado mentecato y acumulado sobre él cuantos epítetos ofensivos y denigrantes pueden lanzarse sobre un pobre hombre. ¿En qué se funda, qué razon, motivo ó resquicio hay en el texto, segun el sentido literal, para que se llame *ingenioso* á Don Quijote como demente y resucitador de la andante caballería por una parte, y como tipo ridículo para matarla por la otra? Esto es un contrasentido.

Pues bien; todo esto, que es incomprensible, inadecuado, inoportuno, impertinente, incongruente, oscuro y poco feliz; todo esto que con razon chocó contra el instinto vulgar, se explica fácilmente desde el momento en que nos fijamos en que dicho adjetivo nada tiene que ver con el valor ó sentido literal del poema, y tiene que ver mucho con el fondo ó espíritu de la fábula. La mera enunciacion de la voz *ingenioso*, está diciendo á voces que hay gran artificio, gran esfuerzo de *ingenio* en el autor que concibió su plan, y como Quijano, segun veremos, es la trasparencia de la personalidad de Cervantes, no sólo está hábilmente aplicado ese adjetivo, sino que sirve al frente de la obra como de señal y faro para que se guien los intérpretes y comentadores. En sucesivas notas se irá viendo la demostracion de esta verdad, y cómo ese título tiene tanto de feliz, acertado é intencionado en el sentido alegórico y espiritual, cuanto en el literal parece oscuro é impertinente.

NOTAS

PRÓLOGO. 1.—*Donde todo triste ruido hace su habitacion.*—Expresion probablemente metafórica. Fué en tal sentido usada por multitud de escritores, refiriéndose á las córtes llenas de bullicio y de incomodidad, en oposicion á lo espacioso y tranquilo de los campos é inspiracion que engendran sus bellezas. Lope de Vega emplea una expresion parecida en una de sus obras, y Shakespeare, en la misma época, pone en boca de *Hamlet*, que para él, «toda la Dinamarca es una cárcel.»

De este punto he tratado especialmente y con extension, en un artículo publicado en la *Revista Contemporánea*, segundo semestre de 1877.

2.—*Vale.*—Un volúmen pudiera escribirse para explicar con datos históricos las alusiones, epigramas é indirectas, y la ironía finísima con que está escrito este prólogo; pero falto del espacio necesario, me referiré á lo más visible y culminante. El primer verso latino va encaminado al doctor Blanco de Paz. Si recordamos que una de las grandes hazañas de Cervantes bajo el poder de Azanagá, para alcanzar su libertad y la de muchos españoles cautivos, fué infecunda y desastrosa, por la delacion de este fraile dominico, pagada por el rey con un mísero escudo de oro y una jarra de manteca, se comprenderá el fino dardo y sangriento epigrama que la dicha acotacion envuelve. Por esta y otras indirectas dice en su prólogo Avellaneda, que el de Cervantes era agresivo. Lo de la lengua toscana va contra Lope de Vega, cuyo conocimiento evalúa Cervantes en dos onzas; y lo de la mezcla de lo humano y divino alcanza de medio á medio á Fray Andrés Perez. Por lo demás es evidentemente irónico todo cuanto dice de que su ingenio es estéril y mal cultivado y su obra ajena de invencion, menguada de estilo y pobre de conceptos. Llama, por último, la atencion el calificar de sincera y sin revueltas una historia cuando nadie ha dicho al autor lo contrario. Si era un ataque á los libros de caballería, ¿por qué habia de dudar nadie de la sinceridad de su designio? No es creible, por otra parte, que un autor que sólo se propusiera tal objeto, dejase de conocer que miéntras más directo el ataque y más abierta y franca la sátira, tanto mejor. ¿No parece como que al descuido y con cuidado levanta aquí Cervantes la caza y pone en alerta á los discretos? Despues de todo, es preciso conocer el temple y sutileza de ingenio de nuestro autor, que siempre halló maneras de decir lo que quiso y arte para poner de manifiesto aquello mismo que parece querer ocultar. En el curso de este comentario hemos de ver innumerables ejemplos de estos procedimientos ingeniosos.

ELOGIOS. 1.—Para la inteligencia del QUIJOTE no hay documento que iguale en importancia á estas décimas de pié quebrado, y como esta poesía no ha sido aún explicada por autor alguno en nuestra nacion ni en las extrañas, paréceme conveniente exponer en breves observaciones lo que en el comentario forma uno de los asuntos de más extension y desarrollo.

Viene á decir Urganda, personificando el libro, que si da en manos de los doctos y discretos, nadie, ni el mismo Apolo, negará que el autor supo tocar bien las teclas y poner, cual suele decirse, el dedo sobre la llaga. Pero que si no teme caer en manos de

ignorantes, tendrá críticos que llenarán volúmenes, haciendo gala de erudicion y sin acertar á dar golpe en bola, especie de profecía de lo que hemos visto en tantos y tantos anotadores, que llenaron millares de páginas de erudicion indigesta, sin aclarar nada importante, y sólo con el deseo de ser tenidos por curiosos rebuscadores de antiguas bibliotecas y empolvados archivos.

Los dos últimos versos de la tercera espinela vienen á declarar, que Dulcinea del Toboso era un ideal más que una persona para Cervantes y por consiguiente para el hidalgo que le representa. Nadie ignora que Don Quijote, no sólo no alcanzó á Dulcinea, como aldeana ó princesa del Toboso; pero que ni áun la vió de léjos ni de cerca. En cambio todos sabemos que el ideal del bien, de la justicia y de la libertad fué alcanzado en la mente de Don Quijote. En otros términos, Cervantes que está, segun veremos, trasfigurado en el manchego hidalgo, á fuerza de genio, de estudio, peregrinaciones, desdichas y combates, alcanzó esa luz de la inteligencia que canta y personifica en Dulcinea, «luz divina,» como la aspiracion constante y la pasion que eleva y da dignidad y nobleza á la figura de Don Quijote.

El escudo de que aquí se habla es el de Don Quijote. Todos los caballeros llevaban en él motes y empresas. ¿Por qué el hidalgo, *tan zeloso imitador* de las prácticas de la caballería, lleva su escudo en blanco y sin figura? Porque era indiscreto el dar á conocer su empresa. No obstante, sabemos su mote que era: *Post tenebras spero lucem*, tomado del lema del escudo con que salió á luz su libro de las oficinas de Juan de la Cuesta. La historia de este escudo, por lo extensa, no es para tratada en este lugar; pero sí diré que Cervantes prohijó hábilmente los *hieroglíficos* prohijando el lema.

Hé aquí cómo puede y debe explicarse:

En el flanco derecho del escudo, que es de forma oval, se ve una mano, con estola, que sale de entre un torbellino de humo y muestra un halcon con lazo al cuello y caperuza.

En la parte superior y centro del *jefe* del escudo, por encima de la orla, se ve una cabeza de sér humano, soportando una telera por cuya muesca se introduce un husillo ó espiga, que oprime el cerebro prensando exteriormente el cráneo.

En la base está un leon (el pueblo español), mohino, postrado, aletargado ó en profundo sueño, nueva manera de pintar á este monarca de los bosques, representado siempre en posicion *rampante*, ó cuando menos, *pasante*.

Por último, léese este lema ó mote en la orla: *Post tenebras spero lucem.* «Tras las tinieblas espero luz.»

El conjunto es una historia ó mejor dicho fotografía de la triste suerte de España en el siglo XVII.

Ocasiones vendrán en que volveré á ocuparme de este punto tan importante. Por ahora basta notar que es raro el ver á Don Quijote sin mote en su escudo, sabiendo él que era indispensable en todo caballero valiente, y creyendo haber vencido gigantes y acabado grandes aventuras. Un escudo sin empresa quiere decir en caballería que el que lo lleva, ó es un novicio ó un cobarde ó no ha tenido tiempo de emprender *fazañas* ó no ha triunfado en ninguna y por tanto nada puede ni tiene que inscribir en él. Esto es palmario y se cae por su propio peso. ¿Se halla Don Quijote en ninguno de estos dos casos? No ciertamente. ¿Por qué, pues, llega á su aldea con el escudo en blanco?

No se comprende, en efecto, tomado el QUIJOTE en el sentido literal, que hubiese miedo en poner emblemas ó hieroglíficos en el escudo; ántes al contrario, si hubiese puesto uno, satírico y burlesco, contra la caballería, léjos de temer debió esperar el aplauso de las gentes, puesto que su propósito era tan bueno. ¿Qué hieroglíficos indiscretos son, pues, esos á que alude, y por qué coincide esta prevencion con el hecho de quedar en blanco el escudo de Don Quijote?

La respuesta es bien sencilla. Don Quijote adopta el lema de *Post tenebras spero lucem*, y esto indica, que adoptando el mote, adopta implícitamente los hieroglíficos ó figuras que llevó la primera edicion en su portada, los cuales como divisa de impresor pasaron inadvertidos; pero puestos en el escudo del hidalgo, habria sido una indiscrecion cuyas consecuencias no quiso arrostrar Cervantes.

Ese escudo de Juan de la Cuesta es, más que conveniente, casi necesario para la mejor comprension del espíritu del poema, y como las ediciones que le llevan son ya rarísimas, á instancias mias fué copiado y grabado para la edicion que hizo la casa Gaspar del QUIJOTE en 1865, repetida en 1875 y 1879. Por la misma razon se ha grabado y estampado en la presente, y yo aconsejaria á todo editor, que nunca apareciese la obra de Cervantes sin este grabado, que tanta luz arroja sobre su espíritu.

El sentido de los cuatro versos de la cuarta décima parece indicar que la palabra «direccion» es errata y debiera leerse «discrecion.» De este modo es continuacion de la tésis, mostrando el lado opuesto ó la anti-tésis; pero direccion, que equivale á dedicatoria, entra de un modo ex-abrupto en el concepto general de la décima.

El citar en los últimos cuatro versos la respuesta que dió un mofante á Fray Luis de Leon, cuando en las prisiones del Santo Oficio se quejó de que «la envidia y mentira» le tenian allí encerrado, me hace creer que toda esta décima se refiere á la parte simbólica del escudo, en que debia irse con mucho tiento, y, por lo tanto, que *direccion* no cuadra tan bien como *discrecion.*

Mucho hay que decir sobre el conjunto y los detalles de esta composicion ó alocucion inusitada, en forma un tanto cabalística y misteriosa por venir de una maga *Desconocida* y por la rotura ó cojera de los piés que llevan los versos y le dan cierto aire de encantados. Y lo primero que se ocurre es, que en vez de repetir tanto en el prólogo cuál era el objeto del libro, debia haber guardado siquiera una de las declaraciones para este su propio y verdadero lugar, porque ¿de qué podria tratar con preferencia dirigiéndose á un libro, si no es del objeto ó fin que ha de proponerse? En cambio, vemos que abre la marcha con la cuestion de si será ó no será entendido: cosa rara, tratándose de una historia *tan clara y tan sin revueltas.*

Para comprender lo singular de esta situacion del libro de Cervantes sobre el cual pesa sin poderse remediarlo aún, una carga de preocupaciones y desaciertos de la crítica, no hay como trasladar el caso á otro libro y ponerlo en idénticas circunstancias. Supon-

gamos, por ejemplo, que Moliere escribe su *Tartufo* y le pone no sólo un prólogo donde dice cuatro veces que su objeto es ridiculizar á la hipocresía y á los hipócritas, sino que su intento es extirparla del trato humano, etc. Supongamos asimismo que además de este prólogo con la cuádruple declaracion del fin que en su obra se propone, añade una composicion alusiva ó relativa al mismo poema ó comedia del tal *Tartufo*, y que comienza diciendo: «Si llegas á manos de los discretos y te entienden, no dirá el mismo Apolo que no has puesto bien los dedos.» Seguramente que esto seria peregrino y causaria asombro no habiendo en el *Tartufo* otro objeto que atacar la hipocresía. Lo primero que dirian, no ya los críticos, sino el lector más parcamente dotado de sentido comun, es, que la tal sentencia es intempestiva, presuntuosa, impropia, innecesaria y necia. Por ventura, ¿es necesario ser un Salomon para comprender que la sátira de Moliere va dirigida contra la hipocresía y los hipócritas? ¿Tan oculto está el sentido que es menester que vaya su composicion á manos de personas privilegiadas y que estas sepan entenderlo y que entónces y sólo entónces se pueda conocer el verdadero valor, mérito y habilidad de su autor? Esto es manifiestamente absurdo en grado máximo. Sin embargo, lo que tan disparatado se presenta trasladando el caso á otro autor y á otro libro, no ha llegado á llamar la atencion de la crítica cuando se trata del QUIJOTE, y no se podrá decir que esos versos de Urganda se acaban de descubrir ahora, que al frente del QUIJOTE han ido desde su primera edicion en la imprenta de Juan de la Cuesta.

Prosigue diciendo Urganda, que los críticos *curiosos*, (á quienes por cierto califica de la manera que impunemente puede hacerlo sólo una dama desconocida), habian de tratar de explicar el QUIJOTE, á diestro y á siniestro, sin poder acertar, qué es lo que da á entender el verso:

«Aun no dar una en el cla-»

Llega en la tercera décima á lo que parece al fondo y nervio de la cuestion, ó sea el objeto de la historia, y nada nos dice de que ponga en ridículo á la literatura caballeresca. Afirma, en cambio, que Don Quijote alcanzó á Dulcinea, y como esto no es verdad en el sentido llano ó literal, claro es que debe fundarse en el figurado ó alegórico, en el cual, como veremos, Don Quijote alcanza á Dulcinea.

De aquí en adelante, todos los conceptos, declaraciones, consejos, mandatos y advertencias están hechas para no observarse ni cumplirse. Todas son expresiones irónicas. Aconséjale que no diga gracias y el libro es un tesoro de ellas; dícele que no hable latin, y á cada paso hay sentencias latinas de Don Quijote y hasta del mismo Sancho; amonéstale no tirar piedras al tejado del vecino por ser el suyo de vidrio, y las tira, no ya al de vecinos, sino de personas muy altas y á tejados de edificios que parecian muy sólidos y eternos, pero que por fortuna para la gran causa del bien, han venido abajo con espantosa ruina. En todo el poema abunda esta socarro-ironía; pero más en el prólogo, versos y principios de capítulos, en que tiene sus expansiones el galgo de Cide Hamete. La crítica ha de saber distinguir lo que el autor dice en burlas y lo que dice en véras.

2.—Hallándose diseminados estos versos burlescos, estrambóticos é intencionados en principios y finales de las dos partes del poema, convendrá hablar de ellos al final de la segunda parte, toda vez que entónces, leidas las notas, y conocido el espíritu del poema, será fácil el conocimiento del espíritu de estas composiciones.

CAPÍTULO PRIMERO. — 1. *De la verdad.* — Aunque no es la parte literal el objeto de mis notas, ocasiones hay, como la presente, en que habré de invadir este terreno, por tener relacion con cuestiones importantes de la crítica. Es opinion muy general que Cervantes escribió esta su obra maestra, *currente calamo*, sin esfuerzo, á vuela pluma, en un momento de inspiracion, y á esto atribuyen muchos olvidos, descuidos y contradicciones del texto. Los que así piensan olvidan lo que acaba de decir Cervantes, de que «el hombre de juicio ha de andarse con *piés de plomo* en las obras que compone;» y como yo sigo á Cervantes siempre que expresa su opinion sobre una materia, habrán de perdonarme los señores críticos, por ilustrados y caracterizados que sean, que haga poco ó ningun caso de la suya y mucho de la del autor.

En la narracion de la dieta del hidalgo hay una peregrina inversion del órden en los dias de la semana, que noté desde mi primera lectura del QUIJOTE, no pudiendo entónces darme cuenta cómo en las semanas de Cervantes los sábados eran anteriores á los viérnes. Ningun crítico de la letra ha notado esta inversion, y si, por ventura, alguno lo hubiese hecho, probablemente diria: «Hé aquí una prueba más de que Cervantes escribia al galope y no revisaba ni corregia lo escrito.»

A primera vista parece esto una razon contundente y convincente. Nada pierde el período ni la armonía ni el ritmo de la frase con que el viérnes se halle en su propio lugar; luego el haberle antepuesto el sábado es prueba de escribir en veloz corrida, sin haberse tomado el trabajo de leer lo escrito. Esto es cuanto pudiera decir un crítico de la letra bajo su punto de vista; pero como falta una base verdadera y Cervantes nos dice, y otros indicios conspiran á persuadirnos, que el QUIJOTE fué una obra muy pensada y meditada, tenemos que explicar de otra manera esa alteracion del órden de los dias.

Una de las cosas que más sorprenden y embelesan en el QUIJOTE, es la rapidez, vida y concision con que el autor entra en los preliminares de su historia hasta que nos presenta ya al héroe en accion. Quizás no haya otro libro que en esta parte pueda competir con la obra de Cervantes. Patria, clase, fortuna, condicion, hogar, costumbres, familia, criados, comidas, aficiones, apellido, hasta el traje, todo está dicho en breves líneas con una soltura y belleza y una simetría de locucion que admiran y cautivan. ¿Y cómo se hace esto? No hay más que un procedimiento. Empezando una y otra vez, tachando, enmendando, añadiendo, corrigiendo, limando, puliendo hasta la saciedad, y entónces eso que tanto ha costado, parece hecho de primera intencion, y lo difícil fácil y lo limado terso.

Hay una circunstancia que, más que á la casualidad, responde á ese ímprobo trabajo que se tomó Cervantes por que las primeras líneas de su libro llegasen á la perfeccion mayor en arte y en belleza. Los dos primeros períodos constan de treinta y tres palabras y el tercero de treinta y cuatro. ¿Llegaria hasta el punto de contarlas, para que sonasen con cierta simetría los dos primeros y luego comenzar su carrera cada vez más libre y tan aventurera como el espíritu de su héroe?

Ahora bien, si pudiésemos adoptar la creencia de que escribió al correr de la pluma, lo natural era, que los dias de la semana se hubiesen presentado á su mente en el órden natural; pero adoptando la verdadera version, que es que llenó sus manuscritos de enmiendas, correcciones, sustituciones, tachas, llamadas y signos, se comprende perfectamente, que los cajistas no debieron de entender bien la llamada, y pusieron «lantejas los viérnes» *despues*, en lugar de ponerlo *ántes* de «duelos y quebrantos los sábados.»

Nada pierde la armonía, ritmo y belleza de la frase contando los dias como se debe, ántes corre más rápido el pensamiento siguiendo el órden conocido, cuya alteracion más bien ocasiona una aprension momentánea de desconcierto.

En un hombre de buenas costumbres, platónico en amores, aficionado á la caza y á dejar muy de mañana las ociosas plumas, debemos figurarnos que cincuenta años, apénas cumplidos, le colocaban en la plenitud de la vida y de la robustez y debia aparecernos Don Quijote más gallardo y jóven de lo que universalmente parece. En toda la primera parte sostiene más ó ménos este tipo; pero en la segunda, sin haber salido de los cincuenta, le llama su sobrina, «viejo y enfermo,» y por la pintura que de él se hace parece muy entrado en la senectud. Esta es una de las grandes inconsecuencias que noto, considerada la fábula en sentido literal; inconsecuencia que disminuye y áun casi desaparece en el sentido espiritual ó figurado. Este es uno de los muchos casos en que, como ya he dicho, la idea se va completando á medida que avanza el curso de la fábula. Para explicarlo se necesitarian aquí muchas páginas, miéntras que, en su lugar correspondiente, bastan leves observaciones que el lector comprende sin gran esfuerzo, toda vez que conoce el fundamento de que se originan y él mismo puede ampliarlas y áun añadir otras nuevas.

No habla Cervantes de los padres de D. Quijote, ni de más miembros de su familia que de una sobrina. Así parece el héroe más despegado de los lazos sociales y civiles, más ideal sin dejar de ser real. Sin embargo, no deja de extrañar la coincidencia de que el autor tampoco habló de sus padres ni familia.

2.—*De añadidura.*—La indicacion de disputar sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra ó Amadís de Gaula, parece reminiscencia de hechos propios. Casi al tiempo en que nacia Cervantes salia el *Palmerin*, en Toledo, de las prensas de Pedro de Santa Catalina, y el eco de este libro y el aprecio en que le tuvo y su aficion temprana á leer todos los papeles que en sus manos caian, hasta los rotos que en las calles encontraba, permiten conjeturar que no necesitó de ejemplares ni modelos en este punto, ni más que volver la vista atrás.

3.—*De encaje.*—Hay motivos para creer, que Cervantes se salió de la casa paterna de muy niño, viniéndose á la corte, y que esta salida, si bien no con armas y caballo, fué con la intencion de buscar aventuras á que por naturaleza y leccion de vidas de aventureros era muy aficionado. Ese modo de hacer la celada que nos pinta, probablemente es descripcion de alguna de cartones que hizo en esa edad, asegurada despues con barras de hierro por de dentro. Hay en esta descripcion detalles mínimos que sólo los da el natural, y ofrecen interés por el relieve y vida del color con que el autor los traslada al lienzo, y de estos hay muchos pasajes en el Quijote.

4.—*Habia puesto.*—Lo más culminante en este capítulo es la manera magistral con que el autor presenta una forma trascendente de la sátira, al describirnos por conciso modo y en rasgos capitales la afeccion cerebral de Quijano el Bueno, desde que se separa del órden de su vida y costumbres por satisfacer un gusto dominante, hasta que se forma en su imaginacion un mundo distinto del real, apropiado á sus inclinaciones y tendencias. Cervantes ha expuesto las condiciones, las causas, el modo con que se llega á todas las alucinaciones, monomanías y locuras.

Movimiento de la voluntad hácia un órden especial de ideas ó de estudios; persistencia y complacencia en contentar este deseo; olvido gradual de las demás ocupaciones para embeber todo el tiempo posible en el género de contemplacion favorito; recursos, actos y maneras ingeniosas, extravagantes é indiscretas para seguir fomentando la satisfaccion y placer cada vez crecientes en progresion que podríamos llamar geométrica; desequilibrio completo de la balanza moral y espiritual, é inutilizacion de las funciones lógicas del espíritu, que admite todo lo improbable, inverosímil, exagerado, falso y absurdo por la sola razon de conformarse y ajustarse al órden de ideas predilecto. Esta es la historia psico-patológica de todos los fanatismos, el orígen de todas las locuras que alternativa ó simultáneamente han afligido á la humanidad. Con razon dice Cervantes en su *Persiles y Sigismunda*, que lo bueno que tienen las cosas de este mundo, es que siempre suceden del mismo modo. Quitad el fondo de la caballería y poned en cambio la filosofía, la religion, la política, la gloria militar, el afan de explorar nuevas regiones, el amor inmoderado por la belleza: todos estos móviles ó fines llegan á engendrar el fanatismo ó la monomanía, siguiendo los mismos pasos, el mismo curso que Cervantes magistralmente nos describe en la especial de su Ingenioso hidalgo. Y bajo este punto de vista, toda la fábula no es más que el desarrollo y exposicion del fenómeno particular ó característico de la mente de todos los alienados, á saber, la facultad de producir impresiones en los sentidos é imágenes en el cerebro absolutamente *subjetivas*, sin cuerpo ó sustancia real fuera del laboratorio de la fantasía.

Planteada la cuestion de esta manera y con tal profundo conocimiento de la psicología, se explica desde luego cuál sea ese resorte misterioso, esa fuente de vida inextinguible que parece gravitar en las páginas del QUIJOTE y le hace siempre de actualidad. La posteridad ha comenzado á ver que la historia de Quijano el Bueno, bajo este esencial aspecto considerado, es el espejo, el retrato, la pintura, no de una monomanía sino de todas las monomanías; no de un fanatismo sino de todos los fanatismos, con sus

causas determinantes y sus efectos idénticos; empresa colosal llevada á cabo en el terreno del arte por un solo hombre, por un solo genio que conocemos con el nombre de Cervantes Saavedra.

En el discurso de estas notas hemos de ver patente, que áun sin salir del sentido literal ó de la sátira contra los libros de caballería, llevaba el autor una segunda intencion, á que no podemos llamar sentido oculto, ni tiene que ver con la alegoría ni con el empleo del simbolismo en su más elevada significacion. Es simplemente lo que se entiende por doble sentido, lo cual tiene lugar cuando se usa de elementos y de materiales y frases que corresponden á diversos órdenes de ideas, cuando se establecen bases y se describen situaciones ó modos de ser fundamentales del espíritu humano. Todo lo que cae, concierta y se ajusta con estas bases, y esta descripcion, cae *ipso facto* bajo la jurisdiccion de la sátira. Así, por ejemplo, Don Quijote enamorado de un género especial de lectura hasta el punto de pasarse las noches de claro en claro y los dias de turbio en turbio, y de malbaratar su hacienda por comprar más libros que leer, no es un ejemplar nuevo imaginado por Cervantes, como generalmente se ha creido. Es una pintura ó descripcion específica, de una aficion dada, pero que es genérica en el fondo y en sus principales lineamentos. Si fuese única, Cervantes no nos enseñaria nada; Quijano seria una excepcion de la naturaleza y todo el gran mérito que tiene el QUIJOTE por ser anatomía del cerebro en estado de excitacion ó en condicion patológica y por lo tanto, pintura universal de fenómenos usuales y corrientes, caeria por tierra en la suposicion de que pintaba un hecho excepcional, una dolencia exclusivamente propia del buen hidalgo de la Mancha. El gran error ó ceguera de la crítica fué el considerar como un hecho aislado, único y especial, la dementacion de Don Quijote, creyendo que sólo libros de caballería podian producir alucinaciones, torcer el juicio, y dañar un buen entendimiento.

Siempre será cuestion digna de dilucidarse el cómo Cervantes vino á pintar el desrazonamiento de su héroe por la lectura de libros caballerescos, cuando ántes y despues de esta aficion á la tal literatura, accidental y pasajera despues de todo, la humanidad ha ofrecido fenómenos semejantes á los que en Quijano nos describe. Para un genio observador y de extensas miras lo comun y lo ordinario, lo más corriente y universal debe tomar el puesto y servir de estudio sobre lo que es raro, extraordinario y particular. Proceder á la inversa argüiria casualidad, condiciones especiales que permitieron á un autor observar un caso único, y entónces esta misma observacion revela incapacidad del genio, cortedad de miras y deficiencia de ese espíritu generalizador, que abarca, comprende y nota las semejanzas de las causas en la semejanza de los efectos. Así, por ejemplo, si los hombres enamorados de una idea, de una profesion, ó de una utopia, se entregan á extravagancias, resoluciones, pensamientos y propósitos que rayan fuera de los límites ordinarios y de la esfera de la discrecion, y llegan al fanatismo y á las alucinaciones hasta poder decirse con verdad que han perdido el seso, el fondo será distinto, pero en la forma seguirán los pasos y ofrecerán las mismas manifestaciones de desarreglo ó demencia que nos ofrece Cervantes en la pintura de su protagonista.

Queda por ver si en su época era mayor el número de los que enloquecian con la lectura de libros caballerescos, que con otra clase de libros, ó lo que es lo mismo, si los hombres eran tan cuerdos y los alucinados ó fanáticos tan raros, que Cervantes no pudo pintar un fenómeno de nuestra naturaleza, sino mediante el condimento y lectura especial de libros de caballería. Hé aquí la cuestion, bien clara y sencilla en su planteamiento. Optar por que un genio como Cervantes, vió y estudió por casualidad los efectos de una aficion desmedida á cierto ideal, hasta el punto de trastornar á un individuo el cerebro, es suponer que su época fué una excepcion, un modelo, un imposible, cual lo seria la existencia de naciones y pueblos compuestos todos de gentes sensatas y discretas; ó lo que es lo mismo, todos fueron hombres de razon y juicio rectos; sólo hubo un pobre Quijano, que enloqueció leyendo libros de caballería. Esto es absurdo, insostenible y por demás ridículo. Entónces como ahora, como siempre, las causas de alucinacion, de dementacion, de fanatismo, de monomanías y locuras son varias y de diversa índole. Hoy, por ejemplo, la lectura de las novelas ha vuelto el juicio á muchos, la política á más, el espiritismo á no pocos. ¿No habia en tiempo de Cervantes más escollos para la razon que la lectura de libros de *gesta* ó *ergas*? Si la estadística no fuese invencion moderna seria curioso el ver la proporcion que á principios del siglo XVII guardaban los casos de alienacion producidos por esa literatura tan calumniada, con los originados por la literatura místico-ascética. Despues de tanta alharaca por parte de los moralistas censores, no sabemos de ningun ejemplar de embaido ó alucinado hasta el punto de dejar casa y familia y salirse por esos mundos de Dios con armas y caballo imitando á los Amadises, Palmerines ó Belianises, á no ser el fingido por Cervantes. La prueba de que el mal no llegaba á tanto es, que tras muchos afanes de la crítica para encontrar un original de Don Quijote, se ha venido á designar como modelo á un pobre hombre llamado Don Francisco de Pacheco, de quien se dice que se le reblandeció el cerebro, aunque no se sabe fuese precisamente por lectura de libros de caballería. ¿Es esto serio y digno de la mision elevada de la crítica? ¿Qué extraño que el vulgo crea que Quijano, vuelto loco por su aficion á determinada lectura, es ejemplar único en la historia de la humanidad? Que parezca único al comun de las gentes no es maravilla, porque tuvo un cronista único en Cervantes; pero los hombres ilustrados, los expositores, comentadores y críticos deben mirar más hondo y más alto y reconocer que las mismas causas producen los mismos efectos, y que todas las épocas tienen sus monomanías y fanatismos, que pasan inapercibidos por estar al uso y á la moda, y que la moda y el uso en la época de Cervantes, no era perder el juicio por hacer profesion de andante caballero. El texto mismo del QUIJOTE nos confirma la verdad de este aserto, pues todos los que le ven y le tratan le consideran «como hombre distinto de los que se usaban,» por una especie de anacronismo viviente, un sér singular y raro que no tenia paralelo ni semejante en la sociedad. En cambio, los entusiastas, los alucinados, los fanáticos, los verdaderamente alienados por la lectura de libros y compilaciones como la *Leyenda áurea* y el *Flos Sanctorum*, y las numerosas crónicas, vidas ó biografías de Santos, beatos y siervos de Dios, eran infinitos, y el fervor por imitar los actos y penitencias, martirios y milagros de los caballeros á lo divino ó soldados de Cristo, puede decirse que era la tendencia general, la aficion á la

moda, el entusiasmo al uso, la enfermedad reinante. Al paso que la lectura de los libros de caballería no nos presenta más que un fanático ó entusiasta en el terreno de la ficcion, véase los innumerables que en el terreno de la realidad se dejaron llevar del gusto de la lectura místico-ascética. Santa Teresa, á los siete años de edad, hace lo que Quijano á los cincuenta. Se sale de su casa en busca de la palma y corona del martirio, exaltada su imaginacion con la lectura de vidas de santos mártires. ¿Quiénes poblaban los conventos y monasterios sino séres exaltados y fanatizados con la lectura de libros en que se pintaban las batallas del alma contra las tentaciones del comun enemigo para alcanzar la salvacion eterna? En el egoismo y flaqueza humanas se comprende que este ideal ó ensueño ó destino tuviese más adeptos y secuaces que el ideal de Don Quijote fundado en la abnegacion y olvido de sí mismo por conquistar el bien para sus semejantes. El mirar por sí y salvarse cada cual es más propio del nivel de las aspiraciones comunes, y es posible que Cervantes, en posicion de pintar uno y otro encontró más noble y elevado el enloquecer por el bien de todos que el alucinarse por el bien particular de cada uno.

En más de una ocasion pone frente á frente la religion y la caballería, pintando lo llano de la una y lo escabroso de la otra, al paso que los afiliados á la primera se ven venerados en esta vida por pueblos y reyes y premiados en la otra con gloria eterna, y los que acometen más peligros y sufren más trabajos por el bien, la verdad y la justicia, salen apaleados, pobres y piojosos. La caballería habia muerto y la religion estaba en la plenitud de su vida: los frailes eran honrados, beatificados y canonizados, miéntras que los *caballeros santos*, como Don Quijote los llama, habian caido en desuso. Colgar el sambenito de la sátira contra alienaciones sobre uno de estos séres históricos, era más prudente, ingenioso y posible, que no descargarla sobre cualquiera de los ejemplares vivos, y en esto mostró la gran sutileza de su ingenio.

Como quiera que sea, es lo cierto, que si de sátira tratamos y de daños de literaturas, la aficion á la caballeresca no podia producirlos en más número ni mayores que su hermana la mística ó religiosa. Sus elementos ó materiales eran idénticos. Se acusa á los libros de caballería, de que estaban plagados de imposibles, que todo era inverosímil, exagerado, maravilloso, contrario á las leyes de la naturaleza, por la agencia sobrenatural de magos y sabios amigos y enemigos, y la intervencion de hadas y encantadores. Ahora bien; esto, en lo gentil, profano ó pagano, responde á los imposibles, milagros é intervencion de los ángeles y diablos, que forman lo maravilloso de las epopeyas de caballeros andantes á lo divino. Demos de barato que teológica ó cristianamente hablando, este quebrantamiento de las leyes que rigen al mundo, es tolerable porque su fin es católico, santo y divino; pero en el terreno del arte no tienen valor estas excepciones ni puede admitirse diferencia alguna entre elementos de la misma índole con una mera distincion de nomenclatura. El sabio amigo es el ángel de la guarda ó el patron escogido por cada fiel. Los gigantes, endriagos y vestiglos son los demonios en cuerpo y alma. Es más, la dama del caballero puede corresponder y en efecto corresponde á la Vírgen María en sus varias é infinitas advocaciones. ¿Qué diferencia existe, pues, entre la mitología ó demonología caballeresca y la religiosa ó mística? Para el artista, ninguna. Todo es cuestion de nombres. Los resultados, los efectos son los mismos. ¿Quiere decirse que Cervantes hizo la sátira de los libros de caballería porque adolecian de estos defectos y monstruosidades? Entónces formamos una pobre idea del genio más colosal que la España ha producido, porque eso implica que vió sólo por un lado, que notó errores, imperfecciones y dislates en un género de obras y fué ciego para con otro; que sorprendió lo ridículo, lo inverosímil, lo exagerado y lo disparatado en una manifestacion del arte y fué impotente para conocerlo en otra, que llevaba la palma en lo fantástico, improbable é inverosímil. Supongamos que Cervantes, bajo el punto de vista de pintor de alucinaciones y de un héroe visionario, hubiese escogido el camino más trillado y corriente, el órden de fascinacion ó fanatismo más comun en su época. El principio y desarrollo de su poema habria sido el mismo. En vez de libros de caballerías, libros devotos; en vez de caballeros andantes, caballeros santos, sequedad del cerebro por la lectura continua, creencia y persuasion de ser verdad probada todas las apariciones, visiones, éxtasis, raptos, batallas contra los diablos, viajes aéreos, subida á los cielos, bajada á los infiernos y demás maravillas é imposibles de que dichos libros están llenos. *Mutatis mutandi* todo sale allá, y en buena crítica la literatura religiosa da quince y falta á la caballeresca. Pero, ¿qué habria sucedido? En primer lugar, rebajaba el ideal de su héroe, noble y elevado como caballero á lo humano; mezquino y egoista como caballero á lo divino. Don Quijote salva los tiempos, acompaña á la humanidad en su peregrinacion, porque busca el bien y la justicia á impulso de móviles propios de la naturaleza humana y no de religion alguna positiva. En segundo lugar, hay que tener en cuenta la complexion especial de su época. Atacar una monomanía dominante, y de carácter religioso, era en extremo peligroso. Aunque el mundo, de muy antiguo ha sido llamado la «gran jaula de locos,» cuando una de estas locuras se generaliza, la enfermedad toma el nombre de salud, y los más dolientes son los más sanos y más cuerdos.

Hasta por conveniencia material es fuerza obrar así, porque no pudiendo *los ménos* encerrar á *los más* en un inmenso manicomio, *los más* encierran á *los ménos*, segun la feliz expresion de Montesquieu, «para dar fe de que los sueltos no son los locos.» Además, un verdadero genio satírico nunca ataca á los vicios de frente, sino de soslayo. En esto se conoce la superioridad de la inteligencia. La naturaleza humana es de tal compostura, que cuando se la hiere directamente, léjos de mejorar y reformarse, se ceba y se irrita y persiste en el vicio ó en el errror, por orgullo y soberbia. ¿Por qué no hemos de conceder á Cervantes el gran mérito de haber satirizado y ridiculizado las flaquezas humanas, los errores, las supersticiones y las locuras de los hombres de una manera sutil é indirecta, tomando por sujeto á un pobre é inofensivo hidalgo de la Mancha?

Entiéndase que aquí hablo sólo del fenómeno psicológico, de la afeccion cerebral, de las causas racionales, probables y lógicas que pueden torcer el juicio de un hombre y llevarle á vivir en un mundo cortado á la medida de su imaginacion, apropiado á su gusto, engendrado por su fantasía, gobernado por la ley de sus tendencias y aficiones. En este primer capítulo no hay base ni fundamento para otras conclusiones.

Capítulo II. — 1. — *Caballero sin empresa en el escudo.* — Y un hidalgo tan esforzado de ánimo, que se dice vencedor de mil combates, concluye su peregrinacion, y entra en su aldea como caballero *cunero* ó anónimo, esto es, con el escudo tan en blanco y desnudo de mote y de empresa como el dia que salió. Cierto que hay aquí algo misterioso, que no ha explicado ningun crítico de la letra, y hemos de ver si se explica en el sentido figurado ó alegórico. Y lo raro y especial del caso es que esta omision de divisa á quien conviene explicar á todo trance es á los partidarios del sentido literal. Quijano se sabia de memoria todas las leyes, usos y costumbres de la caballería, y por añadidura es un loco, creido en que va á exceder en valor y en hazañas á todos los héroes de los pasados siglos. Aun suponiendo que realmente no venza enemigos ni éntre en combates, él se lo figura, y esto le basta y le sobra para satisfaccion de su conciencia de paladin. Trae en el cerebro la gran idea de perseguir el mal y conseguir el bien, nada ménos que para la humanidad entera. No se dirá, pues, que le falta base, no ya para una, sino para muchas empresas y motes en su escudo.

Tenemos, por otro lado, la importancia inmensa que en la caballería se daba á este elemento, condicion, atributo ó requisito de la órden. El emblema del escudo estaba ántes que la dama. Esta podia morir, ó ser infiel y obligar al caballero á buscarse otra; pero la empresa y mote del escudo subsisten siempre. Son el nombre de guerra, y la idea que les mueve el brazo. Es más: las altas y discretas princesas muchas veces se prendaban de caballeros á quienes no conocian, sólo por sus motes discretos ó sus empresas ó ideales levantados. Y no era esto propio sólo de la caballería andante, sino de toda órden de milicia, activa ó contemplativa. Los más antiguos guerreros, como Hércules y Aquiles, han dejado fama por los emblemas de sus escudos. Las órdenes monásticas han tenido los suyos con divisas y empresas. Los tienen las familias reinantes y los nobles y los simples vasallos. Trasformada la caballería de lanza y espada, que pelea en los campos, por la caballería de la pluma y la palabra, que pelea en la prensa, en los Parlamentos y Academias, no se pierde la tradicion ni se enfria el entusiasmo, ni se olvida la importancia de los motes y empresas. Así vemos periódicos que llevan al frente: «Todo por el pueblo y para el pueblo.» «Ley, patria y Rey.» «El altar y el trono» y otros semejantes. Hasta las grandes revoluciones se traducen en una divisa ó emblema, como la francesa fué embebida en «Libertad, igualdad y fraternidad.»

Do quiera que hay un individuo que se propone algo, que persigue algo con entusiasmo y cariño se le ve expresando su ideal en motes y emblemas ó empresas. Tal hombre público inscribe en su escudo: «desamortizacion;» cual «libre cambio;» éste «sufragio universal;» aquel: «union ibérica.» Aquí un literato lleva por mote: «El arte por el arte;» allí otro: «Instruir deleitando» ó «castigar riendo;» acullá un impresor: «*Fiat lux.*» Finalmente, los tribunales de justicia, doctores en ciencia, poetas, naturalistas, ¿qué digo? hasta los mismos amantes de buena ley, que viven y respiran por el corazon, acuden á la alegoría para expresar de una manera viva la fuerza que los alienta.

¿Qué razon hay para que Don Quijote, caballero esforzado, amante, perseguidor de un gran ideal, aficionado á cumplir con las leyes de la caballería, empiece y concluya su peregrinacion con el escudo en blanco?

Pero dejemos al hidalgo que se llama el «Caballero de los Leones,» y ama á una mujer como Dulcinea, y no se acuerda de llenar el vacío de su escudo, pasando por la ignominia de *novel* caballero, y vengamos al autor. ¿Queria, en efecto, ridiculizar en Don Quijote á los andantes? Pues un gran elemento tenia aprovechándose de esa que podríamos llamar «seccion orgánica» de chistes y de burlas. ¿Cómo no pensó en el campo inmenso que para su *vis cómica* le ofrecia la superficie del escudo de Don Quijote? Las divisas y las empresas ofrecian á Cervantes la ventaja de poder cambiarse hasta lo infinito. Así lo hizo Amadis, que unas veces se llamó *El doncel del Mar*, otras *Beltenebros*, otras *El caballero de la ardiente espada*, etc., etc. A cada aventura, peligro ó combate, y hasta por capricho, podia un caballero hacer *mutatio inscriptionis*, y bien puede imaginarse el manantial de agudezas y burlas que esto habria proporcionado al autor.

¿Seria olvido? No puede creerse tal, toda vez que en la descripcion de los ejércitos de Alifanfaron y Pentapolin, dedica gran parte á los escudos de los caballeros, y muestra la fecundidad y gracia de su ingenio para hallar motes é inventar empresas provocantes á risa.

Vemos, por otra parte, en la aventura de los enlutados y la litera, que no se le habia ido de la memoria este punto importante, cuando al llamar Sancho á su señor *el Caballero de la triste figura*, le parece á éste muy oportuno, y se propone el hacerla pintar en su escudo á la primera ocasion. Con todo eso, la tal figura no se pinta y el escudo continúa en blanco. Es decir, hay en Cervantes deliberado propósito de que quede á cuero limpio y tabla rasa, tanto al tratarse de una figura risible y burlesca, como en la ocasion solemne de la victoria sobre el caballero de los Espejos. Segun las condiciones de esta batalla, séria y formal y verdadera en concepto de Don Quijote, la fama y las hazañas del vencido pasaban al vencedor. El adversario decia haber vencido á la voltaria giganta de Sevilla, y á todos los caballeros navarros, leoneses, tartesios, castellanos y manchegos. ¿Cómo no recordó en su escudo victoria tan famosa?

Todo esto debiera haberse ocurrido á un crítico que cree á piés juntillas en media docena de frases de Cervantes, escritas con el tono irónico, ó mejor dicho, *socarro-irónico*, en lo cual ningun autor ha podido rayar donde él. Y todo esto constituye, en el sentido literal, un contrasentido, una omision injustificable, un proceder incomprensible.

Tomemos ahora el verdadero punto de vista y examinemos la misma cuestion ó asunto bajo la inteligencia del sentido espiritual ó alegórico. Todo es entónces claro, lógico y comprensible. El verdadero intento de Don Quijote, su verdadera empresa y mote no podian ponerse en el escudo en aquella época, donde el Estado y la Inquisicion tenian mote y empresa diametralmente opuestos á los del manchego hidalgo. Cervantes, á quien veremos trasfigurado en su héroe, iba demasiado léjos y picaba demasiado alto para

llenar el escudo del caballero y revelar su intencion tan á las claras. Pero en cambio está dotado de ingenio profundo y sutilísimo, y de un modo *indirecto* pone empresa y mote en el escudo del manchego hidalgo, prohijando en el texto el lema del escudo del libro, y llamando la atencion con los siguientes versos de Urganda:

No *indiscretos* hierogli-
Estampes en el escu-

¿Se refiere esto por ventura al sentido literal? ¿Qué indiscrecion podia haber en poner cualquier emblema ridículo caballeresco? ¿Qué peligro habia en estampar en él la empresa de los leones, ó el descenso á la cueva de Montesinos, ó su viaje aéreo en el Clavileño, con cualquier lema propio de la profesion andantesca? Seguramente que sorprende esa precaucion, temor y consejo, si se trata sólo de burla de libros de caballería. Al lado de esto encontramos que Don Quijote tiene una divisa ó lema que expresa su ideal, puesto que, ya vencido y de vuelta á su aldea, dijo á Sancho: «Tú has sido gobernador de ínsula, que era tu sueño dorado; pero yo, *post tenebras spero lucem.*» Es decir, mi ideal no se cumplirá en vida mia. Hay mucho que luchar, muchos males que exterminar, abusos que corregir, ignorancia que extirpar, reformas que introducir y nieblas que disipar.

Hé aquí el *motto* ó lema de Quijano el Bueno. Bien se advierte que en una situacion tan crítica y peligrosa como la de Cervantes, por medio de rodeos, tuvo ingenio para declarar su intencion, puesto que este lema debia llamar la atencion hácia el escudo de que forma parte, y lo que se ve en ese escudo es un emblema de la empresa verdadera de Don Quijote.

Cervantes pudo hablar *por señas*, poniendo este lema como lema de Don Quijote; pero no pasar más adelante grabando en su escudo lema y hieroglíficos. Al buen entendedor, con media palabra basta. El ingenio se aviva en las épocas tirantes para la libre expresion de las ideas. ¿Quién sabe si esta fué la razon de imprimirse el QUIJOTE en casa de Juan de la Cuesta y no en la de otro impresor de Madrid?

Esta es una de las pruebas de que el sentido espiritual tiene una exégesis abundante y luminosa en el texto del poema, y de que el comentario filosófico no es obra caprichosa y de puro ingenio. Para cada cita que se haga de palabras de Cervantes en apoyo del sentido literal, pueden hacerse veinte en favor del alegórico, sin contar con que todas las contradicciones, contrasentidos, incongruencias y pasajes oscuros bajo el punto de vista de la letra, se resuelven, armonizan y explican bajo el punto de vista del espíritu.

2.—*Fuerza de las aventuras.*—No es tan cierto como generalmente se cree, que nuestro hidalgo sea la antítesis del tipo inglés Robinson Crusoe, en el sentido de carecer de sentido práctico y de industria. El carácter español es tan mañoso como otro cualquiera, y se amolda, así á las grandes concepciones ideales, como á los pequeños detalles de la vida, con la sola diferencia de que siendo el clima templado y las necesidades pocas, los olvida ó no les da la importancia con que se hacen sentir en los climas severos y rigurosos. Lo que necesita el español es un impulso decidido de voluntad; que dada esta voluntad, sabe abrirse camino como el primero. La ingeniería, si así podemos llamarla, del idealista Don Quijote, no cede á la de Robinson, y además de la limpia de las armas y confeccion de la celada, le veremos proveerse de lanza, de rosario, de letras de cambio, de yelmo y de cuanto necesita para su profesion, sin salir de veredas y encrucijadas. No es fácil, pues, adivinar, en qué se funda un escritor y orador notabilísimo de nuestra patria para calificar á este tipo español de *corto de genio*, que equivale á *apocado* en su acepcion más general y corriente.

3.—*Anales de la Mancha.*—Es muy posible, que despues del tiempo perdido en buscar motivos de resentimiento del autor contra los manchegos, resulte que Cervantes escogió la Mancha para teatro de aventuras, por ser el territorio ménos accidentado y poético. En sus monótonas llanuras se destaca mejor la figura de su héroe y parece el escenario la antítesis de su alma y de su cuerpo.

Nótese que á pesar de caminar un dia entero desde el amanecer por un campo tan antiguo y conocido, se deja entender que no vió el hidalgo á ningun caminante. Querer buscar aventuras en llanos tan solitarios, no es el ménos cómico de los contrastes é incongruencias de que tanto abunda este poema.

4.—*Castillos se pintan.*—Esta óptica del caballero no es constante, como parece que debiera serlo, dada su monomanía. Aquí la venta tiene todo el decorado de un castillo, y hasta se espera la señal de que llega un caballero. La próxima vez la venta es castillo, como si dijéramos, en globo. Despues desaparece el espejismo y las ventas parecen lo que son, no obstante que la locura persiste en la misma forma. Esto obedece á un plan que se hallará explicado en las notas, pues de lo contrario argüiria una desviacion incomprensible en la exactitud de la pintura de un desarreglo mental. No hay razon para que un fenómeno especial no recurra, siempre que concurren las mismas causas.

5.—*Adarga y coselete.*—El instinto artístico de Cervantes le hace escoger los lugares oportunos para ir haciendo por partes la descripcion física de sus personajes. Al principio nos ha dado las señas más esenciales para que podamos concebirlo en nuestra imaginacion en los primeros lances. A medida que estos se repiten y segun su naturaleza, va continuando la serie descriptiva hasta que al final, y sin que el lector se canse, llegamos á saber hasta los dientes y muelas que tenia en la boca. Hay más gusto y más arte en este procedimiento, que en la descripcion completa de cada figura al hacer su aparicion en la escena. Lo dicho de Don Quijote se extiende igualmente á Sancho, como tendremos ocasion de notar á su debido tiempo.

CAPÍTULO III.—1.—*Ventillas de Toledo.*—A pesar de tantos trabajos meramente curiosos y eruditos como se han hecho sobre el QUIJOTE, áun carecemos de una historia amena comprensiva de estos puntos del mapa picaresco de España, que bien tratada y escrita en estilo joco-serio, no dejaria de ser un pasatiempo instructivo y agradable.

2.—*Para hacerla de nuevo.*—Cervantes sabe dar á la ficcion un punto de vista mágico é ilimitado en medio de la limitacion de las humanas cosas. La mencion de esta capilla nos ofrece un ejemplo. El lector extiende la vista hácia el pasado, ve el presente

y adivina el porvenir. Se figura la capilla que existió Dios sabe cuántos siglos: ve el solar ó terreno con las ruinas, y se imagina la nueva que va á labrarse. No es extraño que aplicado constantemente este procedimiento con respecto al protagonista, parezca la figura de Don Quijote ajena á las limitaciones del tiempo.

3. — *En buena hora.* — Si todos los capítulos del QUIJOTE tuviesen el fondo, y una forma, corte y estilo semejantes á este, no se habria pensado jamás en el comento de su espíritu. Aquí está en carácter el personaje desde el principio hasta el fin; todo tiende á presentar contrastes de lo sublime y lo ridículo: el ventero acierta á ser gordo y truhan, para contrastar con lo escuálido del cuerpo y lo noble del alma del hidalgo; las damas, que bien pudieran ser doncellas, son de la hez de la sociedad y remate de los vicios; la capilla es cuadra, el altar pesebre y el manual de la órden un libro de paja y cebada. Se conoce que no habia dos pensamientos en la mente de Cervantes al escribir este capítulo, como no los hubo en la casi mayoría de los que escribió Avellaneda al continuar las hazañas del manchego. Sobre esto no puede haber caprichos de comentadores, y por lo mismo no se le ha antojado á nadie buscar doble intencion en el QUIJOTE de Tarragona, aunque la factura tiene muchos puntos de contacto con el de Cervantes y fué idéntico el objeto de su autor.

CAPÍTULO IV. — 1.—*Oficio escuderil de la caballería.* — La salida del caballero sin escudero da márgen á algunas reflexiones. Parece extraño que Don Quijote, tan sabidor de los usos de caballerías, diese principio á las suyas sin este requisito indispensable, y que venga un ventero á advertir cosa tan necesaria en profesion ajena. Semejante olvido pudiera ser un toque magistral, indicativo de la prisa que tenia por empezar su peregrinacion caballeresca; pero esto es casi insostenible, dado el hecho de que se acordó de cosas menores en importancia, como, por ejemplo, la de poner nombre á su caballo. Si la omision reconociese tal causa, Cervantes lo habria manifestado, como manifiesta que se le olvidó el poner empresa en el escudo. Sólo queda el recurso de decir, que no presentó al escudero desde el principio, por dar lugar á ese pasaje cómico en que el ventero lo recomienda, y justificar la vuelta á la aldea donde pasan escenas tan sabrosas. Todo puede ser; pero tambien es probable que Cervantes, al escribir los dos primeros capítulos, no habia pensado en sacar á la escena á escudero alguno, falto de base para ridiculizarlos, porque el escudero de los caballeros andantes ni hablaba ni pablaba, ni intervenia en cosa alguna más que en cuidar de su señor, del caballo y de las armas, con el pico cerrado como el de un cartujo. Tal vez pensando sobre esto, dió en la idea de poner por contraste del mutismo de los escuderos, la charla sempiterna de Sancho.

2. —*Aquel delicado y tierno infante.* — Como primera aventura y de un carácter excepcional, no puede ménos de prestarse la de Andrés á interesantes observaciones.

¿A qué idea obedece Cervantes pintándonos el primer lance caballeresco desprovisto de alucinaciones, figuraciones y engaños en la fantasía de D. Quijote? Segun salia de la venta nuestro buen Quijano, y tras una noche sin dormir, despues de un dia de derretirse el poco seso que pudiera quedarle, era la materia mejor dispuesta para que los objetos animados é inanimados cambiasen de forma y se amoldasen á su óptica descabellada. Así lo vemos despues, en casi todas las aventuras, donde interviene siempre más ó ménos cantidad de ese espejismo quijotesco que llegaba á confundir bacías con yelmos y cueros con gigantes.

Sin embargo, esta primera aventura no tiene mezcla alguna de lo sofístico ni lo fantástico. Juan Haldudo no es para él un gigante ó follon, ni la yegua adquiere las proporciones de la Alfana. Todo es natural, todo está en su verdadero punto y ser, y parece como que no ya Don Quijote, loco rematado, sino el hombre más cuerdo y discreto del mundo, se habria compadecido del pobre muchacho, á quien un sér superior en fuerzas y en posicion castigaba inhumanamente. Si examinamos todas las aventuras relatadas en el poema, acaso no se halle una tan verdadera é ingenuamente caballeresca, tan natural y propia del ministerio de un verdadero caballero andante.

Cierto es, que concluye al revés de lo que Don Quijote tenia razon de esperar, y que encierra esa parte de ridículo propia del que siguiendo la línea recta obra segun su conciencia, se entromete en cuidados ajenos, ordena, amenaza y no tiene una sancion ó garantía del cumplimiento de sus mandatos. Pero obsérvase que esta aventura consta de dos partes; una séria y otra ridícula, y que esta última ocurre á espaldas de Don Quijote. En la que él interviene, vemos que principia, media y concluye de una manera solemne y racional, y esto basta para nuestro propósito, que es poner de manifiesto la infinita variedad de matices que tenian en la imaginacion de Cervantes la figura de Quijano y el asunto de su libro, y cómo su buen criterio le libró del escollo de haber comenzado la serie de aventuras con algun paso ridículo de los muchos que despues le acontecieron. En medio de las burlas, comienza á dar á entender Cervantes que hay mucho serio y noble y solemne en ese loco rematado. Su primer lance está lleno de cordura y benevolencia, y de odio á la crueldad y tiranía. Vémosle obrar, no como paladin burlesco, sino como hombre de bien, y esto no se olvida á los lectores en todo el discurso de la fábula. Así se va formando esa *contra-figura* simpática, digna de amor y de respeto, que en vano pugnarian por oscurecer todas las sandeces, disparates y burlas acumuladas sobre su personalidad teatral ó caballeresca.

A ser, como se creyó, el QUIJOTE, una sátira contra la literatura de *gesta* y el hidalgo un caballero de figuron, la primera aventura estaria fuera de su sitio y fuera de carácter. Ninguna otra reclamaba con más razon el tinte cómico, las visiones é ilusiones ópticas del pobre loco, que el primer lance en que se mezclaba despues de hecha la armazon de caballero. Es más, encontrándose en el período de mayor excitacion febril, y á propósito por consiguiente para cualquier aventura en que interviniese en toda su fuerza el estado patológico del cerebro, trocando el ser de las cosas, forjando perspectivas imaginarias y obrando *quijotescamente*, no se explica que se inauguren las hazañas de un loco, dentro del terreno de lo natural y de lo cuerdo, sin que haya siquiera contradiccion que le exaspere y le obligue á dejar las palabras y apelar á las obras. Por ménos motivo rompió la cabeza á dos arrieros, no siendo aún miembro de la andante caballería.

Implica todo esto, á no dudarlo, que el propósito más adelante desarrollado por el autor, de fotografiar su carácter en la persona de Quijano, resplandece en esta primera aventura, como vuelve á brillar en muchas ocasiones al través de nubes que al parecer tienden á ocultarlo. La fábula sigue exteriormente con su color burlesco; pero ya hemos visto dos ocasiones en que se inician con harta claridad los ulteriores intentos de Cervantes, cada vez más acentuados y confirmados, como veremos en lo sucesivo. El arte con que lo verifica es admirable; pero, por lo mismo, no podia ser trabajo perdido, ni infructuoso ni indescifrable. Un estudio atento y perspicaz no puede ménos de ir siguiendo este desarrollo y viendo cada vez más claro.

3.—*Segun tenia brumado todo el cuerpo.*—En fondo, en forma, en sustancia y en accidentes, esta aventura con los mercaderes toledanos es acaso la más característica de todas, en el concepto de sátira contra la caballería. Viene á ser el polo opuesto á la anterior. En aquella hay motivo externo de accion; en esta lo fabrica Don Quijote. En la primera hay fondo moral y aspecto racional; en esta segunda todo es disparatado y fomentado en el calenturiento cerebro del hidalgo, y nótese bien, es la única en el QUIJOTE que toma por base una idea baladí, presuntuosa y necia, cual es la de *precedencia de hermosura.* Los combates por esta causa egoista, personal é infructuosa, marcan la decadencia en la caballería. Los verdaderos caballeros exponian sus vidas por hacer bien y perseguir el mal, y sólo lo que pudiéramos llamar la *Bohemia caballeresca*, gastaba el tiempo en combates por competencias de hermosuras.

Hállase, pues, este lance, perfectamente dentro del cuadro ó esfera quijotesca, en el sentido vulgar de esta palabra, pero por lo mismo, resulta empapada de espíritu esta aventura que parece simplemente caballeresca. Don Quijote cree en la hermosura de una mujer, que es una aldeana, á quien no sabria describir él mismo, porque apénas la ha visto. De aldeana la eleva nada ménos que á *Emperatriz de la Mancha*, y quiere que unos caballeros particulares, acostumbrados á entender sólo de verdades aritméticas como dos y dos son cuatro, sin más ni más, y porque se le antoja, confiesen de plano esas conclusiones imaginarias hechas en su calenturiento cerebro. No puede darse mejor disposicion que la que muestran en su respuesta; ni tampoco más arbitrariedad y tiranía que la envuelta en la réplica del hidalgo, quien se empeña en que sin verla, «lo han de creer, confesar, afirmar, jurar y defender.»

Ya expuse en una nota al primer capítulo, que Cervantes nos presenta la forma trascendental de la sátira contra todas las alucinaciones y monomanías, puesto que no refiere sólo los efectos ó describe el modo de ser particular de una, sino que va derecho al orígen de todas, radicándolo en un estado patológico del cerebro, á consecuencia de fenómenos físicos que se reproducen invariablemente en la organizacion cerebral, cualquiera que sea el objeto, ídolo ó ideal que se adora ó se persigue. Todas las alucinaciones, exageraciones y demencias son idénticas á las de Don Quijote en el procedimiento de su formacion, crecimiento y desarrollo. Nadie, pues, tiene razon ó privilegio para exceptuar de esta universal crítica á una de las especies del fanatismo, que el exaltado sentimiento religioso produjo particularmente en España, cual fué el fervoroso culto y adoracion idólatra á la vírgen María, tanto que el pueblo español fué calificado con el título de *Mariano*, y los extranjeros han censurado infinitas veces esto que ellos llaman *Mario-latría.* El doctor Bowle, en su juicio sobre el QUIJOTE, sospechó que todo él era una representacion de estas exageraciones de los españoles reflejada en el amor, devocion y fe de Don Quijote en su dama Dulcinea. Pero esto fué dicho, así en general, como otras varias opiniones sobre el conjunto del poema é intencion de Cervantes, sin aducir pruebas detalladas y convincentes. Que el amor ó devocion exagerado del hidalgo á Dulcinea sea parodia del que profesaban los españoles á María, ni puede afirmarse en absoluto, ni puede tampoco negarse, porque hay pasajes en el poema, y este es uno de ellos, en que se ve clara la intencion del autor, y si no la tuvo, cosa inadmisible, habria que contestar con las célebres palabras de Pilatos: «lo escrito, escrito,» y cada autor es responsable de lo que escribe. Puede ser, y así sucede muchas veces en nuestros dias en las cuestiones parlamentarias y denuncias de artículos de periódicos, que un autor escriba ó un orador pronuncie frases ó palabras alusivas á personas ó instituciones, al parecer en són de sátira ó de crítica, y que realmente no haya tal intento en la mente del autor. Con todo eso vemos que los tribunales no juzgan del *foro interno*, sino que se guian por la máxima discreta de que *carta canta.* Lo mismo podríamos decir de Cervantes si en el caso del autor del QUIJOTE no hubiera muchas coincidencias que excluyen toda inconsciencia de su parte, porque tenemos, en primer lugar, que fué un estudioso observador de estas pasiones de ánimo ó exaltaciones de la mente y de la imaginacion, y no es probable, por ejemplo, que al que estudia las enfermedades de los ojos se le escape un corto de vista, ni al que mira con cuidado á los tuertos, uno á quien le falten los dos ojos. Hay, en segundo lugar, reincidencia en varios pasajes del QUIJOTE, lo cual aleja la idea de que esta semejanza sea casual, como se ve claramente al descubierto en la plática de Vivaldo con Don Quijote, de que en su lugar correspondiente trataremos. Pero aunque esto sea indudable, no lo es que el pensamiento oculto de Cervantes tenga relacion constante ó se fije exclusivamente en esta especie de nuestro fanatismo religioso en todas las aventuras de que la fábula se compone. Este es un error que empequeñece sus altas miras, segun tendremos ocasion de ir manifestándolas. Admito que el fondo de la crítica en esta aventura va directo á la cuestion religiosa; pero lo admito, no porque lo haya visto comprobado por ningun comentador, sino porque las razones que aduciré no dejan cabida á duda de ningun género. Pero hay que descontar de esta prueba ó convencimiento, que en los principios del poema, Cervantes da á conocer pensamientos y designios varios, sacados de los materiales y elementos que maneja, y que estos varios designios van simplificándose y reduciéndose paulatinamente en toda la primera parte y acercándose á la unidad que domina y campea de un modo sorprendente en la segunda.

Vemos, por ejemplo, que en esta aventura, la sátira ó crítica comprende más directamente al fanatismo y tiranía de la fe, que pretende que la conciencia humana, sin pruebas, sin razones, sin auxilio ó concurrencia de la razon ó luz intelectual, confiese, afirme, jure y defienda la verdad que un individuo, un poder, un Estado ó autoridad propone. Don Quijote no es aquí más que el tipo, el reflejo, el representante de la locura ó engreimiento del absolutismo autoritario que tanto dominó en Europa y especialmente en nuestra nacion. Y ¿qué es lo que hay en esta aventura referente á la *mario-latría* ó fanatismo específico del pueblo español en materia

de religion? El procedimiento poético de la imaginacion de Don Quijote, que levanta á Aldonza Lorenzo del estado humilde y condicion de aldeana á princesa y emperatriz de la Mancha, procedimiento igual al efectuado por la imaginacion poética de los pueblos meridionales católicos, que eleva la condicion y sublima el estado de la madre de Jesus, de doncella humilde y de oficio costurera, á reina y emperatriz de los cielos y la tierra.

Hay que notar tambien un bellísimo é ingenioso detalle, el cual prueba incontestablemente que no existe en estas miras inconsciencia de parte de Cervantes, y es la condicion y ejercicio de los actores que salen á la escena. Descríbelos como mercaderes, y escoge estos tipos, de que no vuelve más á acordarse, como los mejores y más apropiados para que resalte lo disparatado de esta exigencia de Don Quijote. Por lo general, los comerciantes son hombres de poca imaginacion, y los que la tienen, procuran que descanse en paz cuanto es posible, porque es mala consocia en sus cálculos y en su profesion, en la cual tienen que guiarse por hechos prácticos y positivos, y estudiar bien la aritmética que procede por verdades indisputables. Son, además, los mercaderes ó comerciantes, las personas más suspicaces y maliciosas, y las ménos dispuestas á dar crédito á meras palabras, y por lo comun rehuyen comprometerse en opiniones ú operaciones que no vean claras como el agua. Venir, pues, á esta clase de gentes á decirles que confiesen, juren, afirmen y defiendan una cosa cuya verdad no les consta, forma un contraste delicioso y por extremo cómico, que aquilata y aguza la sátira, pues viene como á demostrar indirectamente, que las razas de carácter más práctico y positivo, como las de los teutones y sajones, aficionados á la vida activa del comercio, eran por naturaleza refractarias á todo lo que no tiene más fundamento que la poesía y la imaginacion; miéntras que á nosotros, dados á la hidalguía y á la poesía, y viviendo por la fantasía en una especie de vida contemplativa, se nos iban los ojos y el corazon tras de esas creencias y confesiones, «á carga cerrada,» de todo lo que iba mezclado de lo maravilloso, increible y poético.

Pues bien, por patente que sea, y por más que todo esto se desprenda de la estructura y fondo de este pasaje, no es cierto que este sea el espíritu dominante en el QUIJOTE y el intento principal de Cervantes. Es una de las varias formas que se le presentaron al concebir su designio, ó mejor dicho, al ir á ponerlo en ejecucion, y ya veremos otras fluctuaciones de su ánimo en los principios del poema, hasta que viene á tomar asiento y reposo en una idea dominante y fija.

CAPÍTULO V. — 1. — *En estas pláticas y otras semejantes.* — Sólo en esta primera salida confunde Don Quijote su personalidad por la de figuras del teatro caballeresco. El resorte es naturalísimo y cómico en extremo, de tal modo, que nunca puede dejar de excitar la risa de los lectores; y usándolo repetidamente en breve espacio, no se comprende cómo en todo el discurso de la obra, no vuelva á echar mano de fenómeno tan lógico en la locura y de tan seguro efecto en la novela. No habiendo mejoría en la afeccion cerebral del Manchego, lo natural era que cada dia fuese de peor en peor, ó, por lo ménos, se conservase á la misma altura. Esto no se explica sino admitiendo, que le convenia presentarle al principio loco de atar, para excusar ciertos atrevimientos, sin perjuicio de ir volviéndole á la razon, de tal suerte, que en la mayoría de los cuadros finales, Don Quijote suele ser el más cuerdo del *dramatis personæ.*

2. — *Como si fuesen de herejes.* — Este modo de retrotraer la atencion del lector á acciones anteriores de Don Quijote, en el momento en que se presenta la desastrosa consecuencia de tales antecedentes, es de un efecto admirable; pero lo es mucho más que la pintura de estos fenómenos patológicos del cerebro, en los que se producen visiones aparentes sin causa ú objeto exterior que haga impresion en la retina, excitando de una manera formal los nervios del cerebro, se refiera á pluralidad de actos ó de ejemplares. Vemos en el desarrollo del argumento, que Don Quijote padece de ilusiones ópticas; pero cada una es de un género distinto, y siempre hay en ellas algun objeto exterior, material, en que se apoya ó de donde parte. En la aventura de los molinos, existen estas construcciones rurales, que por su forma y sus aspas puede dar motivo á una ilusion óptica en un cerebro desarreglado.

En la de los dos ejércitos hay tambien causa externa estimulante, y en la batalla con los cueros de vino existen los cueros, cuya forma se trocó en sueños en la de un gigante. Aquí falta la causa material. Todo es elaboracion interna, y la expresion de «muchas veces» nos da á entender que el cerebro de Don Quijote, durante la vida contemplativa y la lectura incesante, llegó á un grado mayor de excitacion y fiebre, que cuando sale ya á campaña y hay actividad física y variedad de objetos ante su vista. Esos cuatro gigantes como cuatro torres vinieron de impresion subjetiva, esto es, de dentro de la parte perceptiva del cerebro hácia el foco visual, que es el procedimiento con que se han formado todas las apariciones y visiones antes y ahora, y con el cual se formarán siempre, y por cuya razon, aunque haya muchas personas presentes, sólo las ven aquellos que las han formado sin darse cuenta de la ley de la naturaleza, que invariablemente las produce dadas idénticas circunstancias. Todas vienen despues de un desequilibrio entre la parte física y espiritual, despues de una contemplacion duradera sobre una idea ú objeto por el cual hay amor ó fanatismo exagerados, y finalmente, despues de una gran friccion en los nervios cerebrales, productora de una verdadera fiebre ó delirio. Cervantes nos describe una alucinacion específica, que se repite muchas veces; pero nos da el procedimiento, nos señala la causa *general* que las produce todas. El que lee asiduamente y con aficion loca libros de batallas, ve guerreros y muertos y heridos. El que contempla con asiduidad y temor las penas del infierno, ve diablos de mil formas amenazándole con mil clases de tormentos. El que se da á la devocion y lectura de libros místicos, á la oracion y al ayuno, ve á Dios, á la Vírgen y á todos los santos.

El avaro ve robadores de su tesoro que no existen más que en su imaginacion. Digo mal, fuera de su imaginacion y con cuerpo real aparente. Moliere nos pinta á Harpagon en uno de esos momentos de creacion de imágen subjetiva, que se proyecta en el foco visual con toda la apariencia de la realidad. El avaro ve á un ladron tan cerca, que le echa mano, y oprime un brazo suyo, creyendo que oprime el del ladron.

Pues bien, todo esto es efecto de iguales causas y se realiza del mismo modo y mediante el mismo procedimiento que Don

Quijote veia gigantes despues de dos dias con sus noches de lectura continua de libros de caballerías. Cambiad los libros, la idea, el objeto; la naturaleza no va por eso á cambiar sus leyes inalterables. Esta es la razon por que yo sostengo, que miéntras más se tome el QUIJOTE por el sentido literal, más trascendental es su sátira á otras esferas, que es lo que no vieron los críticos de la letra, aunque parece tan claro, que aquí sienta lo que Cervantes dice, de «muy ciegos son los que no ven por tela de cedazo.»

Llama la atencion que Cervantes, que acierta con este resorte y secreto de un fenómeno tan general en los dominados por la idea religiosa en su tiempo, sea tan parco en usarlo en lo sucesivo. Pero esto se explica por la fecunda inventiva de su genio, que nunca se repite, segun veremos, que siempre es diversa y original en el modo de trazar y llevar á cabo las aventuras, y tambien porque su pensamiento se ensancha y su plan se altera para dar entrada á otras miras superiores.

CAPÍTULO VI. — 1. —*De aquellos inocentes.*—Este episodio, al parecer tan apropiado al objeto del poema, sujeto al exámen desapasionado de un ánimo libre de preocupaciones, da á conocer que el autor va por otro camino muy distinto y lleva una intencion muy léjos de la que se cree. El ama y la sobrina claman por la muerte y destruccion de aquellos pecadores libros, que han causado la desgracia de su tio y señor, y el cura resuelve quemarlos, para dar gusto á las dos, que tanta gana tenian «de la muerte de aquellos *inocentes.*» Tal es la frase que vemos á las primeras de cambio en este discretísimo capítulo del escrutinio, y no puesta en boca del insigne personaje, sino en la del escritor á quien por tanto tiempo se ha juzgado enemigo de los libros de caballerías.

Yo siempre supongo que todas las frases y palabras que forman el texto del QUIJOTE, fueron pensadas y repensadas por el autor, quien decia que para cobrar fama, era preciso escribir despacio y con mucho seso. Por tanto, esa palabra de *inocentes* aplicada á los libros, quiere decir en lenguaje castellano, que no causaron la locura de Don Quijote, ó mejor dicho, que en el intento principal de Cervantes no hay tal locura en el hidalgo, sino una verdadera comedia, donde éste, con sumo arte, representa el papel de loco.

2.—*La vida por ahora.*—Empieza el auto de fe alabando al padre y dogmatizador de la secta caballeresca literaria, y sentenciándose que se le libre de la pena del fuego, por ser el mejor de todos los libros que de este género se habian escrito. Lo primero que se ocurre al leer esto es preguntarse: ¿sería la sátira sólo contra los malos? Suponer que Cervantes fuese á imitar á quienes á trompa y talega anatematizaban á *todos*, es suponerle ciego y fanático, y con ceguedad y fanatismo no puede labrarse nada provechoso ni duradero.

3.—*Las Sergas de Esplandian.*—Este libro es el que primero arde en la hoguera, y no arde por ser libro de caballerías, sino por estar mal escrito. La imparcialidad de Cervantes no puede ir más léjos. Así como la bondad del padre no alcanza al hijo, el ser de la familia caballeresca no lleva consigo pecado original. Conste, pues, que el destino de los dos primeros libros examinados, no es la consecuencia del género literario á que pertenecen, sino de los pecados del uno y de la bondad del otro. Nadie diria que aquí se está haciendo el proceso de los causadores del delirio en Quijano el Bueno.

4.—*Rey de Portugal.*—Se sabe tan poco acerca de este importante libro de caballerías, y aviva tanto la curiosidad la admiracion que Cervantes le profesaba, que no parecerá inoportuno dar aquí algunas noticias sobre él, ya que Clemencin no tuvo la suerte de conocer ejemplar alguno español.

El Palmerin de Inglaterra fué originalmente escrito en portugués por Francisco de Moraes. Corrió sin nombre de autor y fué traducido al español en Toledo, á mediados del siglo XVI, por el impresor Miguel Ferrer. De esta traduccion española se valieron los traductores que respectivamente le vertieron al francés y al italiano, creyendo ellos que tenian delante la obra original.

En el renacimiento de las españolas letras quiso la suerte que se hubiesen perdido todos los ejemplares de la edicion toledana, excepto uno que examinó Salvá, y observando que en unos versos que siguen al prólogo de Ferrer, hay un acróstico que dice: *Luys Hurtado, auctor, al lector da salud,* creyó que este Hurtado era el padre espiritual de Palmerin, y su opinion fué acogida con júbilo por muchos críticos competentes; pero que, sin duda por no poder examinar la edicion, no vieron que el impresor Ferrer declara terminantemente que lo habia traducido de otro idioma, y, entre paréntesis, tan mal, que se dejó porcion de períodos sin traducir, y con la prisa que lo hizo llamó alguna vez *Tejo* al rio Tajo, prueba evidente de que traducia del portugués. Los versos de Hurtado, jóven entónces y aprendiz de literato, no eran más que lo que hoy son los prólogos encargados á un amigo para recomendar una obra, y por no perder baza quiso envolver su nombre en un acróstico, esperanzado en que, andando el tiempo, no faltarian críticos y bibliógrafos que como el naturalista de la fábula echan el lente sobre

Patas y cola,
pellejo y tripas,

y se sabria quién habia sido el autor de tan desalmados versos. Un escritor portugués, D. Odorico Mendes, trató de reivindicar para su patria tan rica joya; pero se conoce que no tuvo á mano la edicion española, tan rara, que sólo existe un ejemplar en la biblioteca del Excmo. Sr. D. José de Salamanca, y dos en el Museo británico. Por lo tanto no pudo confrontar los textos ni ver que cada período del Palmerin español está pregonando á campana herida ser traduccion, miéntras que la tersura, galanura y belleza del portugués proclama haber sido escrito en la lengua de Camoens. Esto sin contar con que el autor Moraes introdujo en su poema el cuento de sus desgraciados amores con la doncella Torsí, dama de la corte francesa, donde él estuvo como agregado á la embajada del conde Noronha.

Me he permitido esta digresion, tanto porque el Palmerin es obra desconocida en España hoy dia, cuanto por poner de relieve que Cervantes acertó al decir que la tenia por obra portuguesa. De estas y otras materias referentes á la autoridad de este libro he

tratado con especialidad en un «Discurso acerca del Palmerin y su verdadero autor,» dedicado á la Academia Real de Ciencias de Lisboa, y aceptado y mandado imprimir por ésta en la coleccion de sus Memorias.

5.—*Llevadle á casa.*—Muchos de estos libros habrian muerto en el olvido, á no ser por su mencion en este escrutinio; y no podria ser Cervantes de tan corto alcance que no supiese que les estaba dando realmente la inmortalidad al querer destruirlos en la apariencia. Cuando el escrutador salva una de estas obras, seguro es que le asiste razon bastante para ello. Pensar de otra suerte es poner en situacion muy ridícula al autor. Dícese que su criterio literario fué en ocasiones muy infundado; pero hay que considerar que en las sentencias de vida ó muerte de este juez, no se mira siempre al mérito exclusivamente artístico de las obras, sino al fin moral político ó social de ellas. Cervantes entendia que en la literatura caballeresca habia autores que se propusieron presentar modelos de una especie de religion activa en contraste con la contemplativa, y un culto traducido en hechos útiles, nobles y prácticos en oposicion á la fe sin obras y al culto traducido en fórmulas vacías. Así vemos, que Amadis es un perfecto modelo en pensamientos, obras y palabras, dominado siempre por la recta razon y el deseo del bien. Palmerin es otro dechado de virtudes, hombre en quien no se conoció flaqueza, vicio ni defecto alguno, más que la pasion por todo lo noble y bueno, á pesar de que su nacimiento, posicion y vida en las cortes y los castillos le ofrecian tentaciones frecuentes sin número. De don Belianis se ha dicho que no hubo caballero hasta aquel tiempo de igual santidad, tanto, que en ella á los muy retirados monjes excedia. No era ajeno, pues, á la mente de Cervantes el continuar un paralelo ya propuesto por esos autores, entre los monjes ó frailes y los caballeros, entre la religion de la oracion y la de la accion, entre la de sacar almas de las penas del purgatorio en el retiro de las celdas, y la de sacar almas de las penas de la servidumbre, tiranía é iniquidades en el bullicio del mundo, finalmente, entre la que buscaba el cilicio y el ayuno para conquistar el cielo, y la que sufria hambres y privaciones por el bien de sus semejantes.

En varias ocasiones habremos de volver á este punto importantísimo, persistente en el espíritu de Cervantes, contra la corriente general de su época que empezaba á preferir y enaltecer la vocacion eclesiástica y la vida conventual, sobre todas las carreras y ejercicios. El autor abogaba por otro pensamiento, presintiendo el porvenir, y por eso el QUIJOTE ganará más partidarios, miéntras más siglos trascurran.

6.—*De Ovidio.*—En este poema de Barahona hay un simbolismo perfecto, declarando el autor al frente de cada capítulo las ideas y conceptos que representa cada personaje, dama, hada, gigante ó encantador. No hay que extrañar, pues, que Cervantes lo emplease, con la diferencia de que no quiso explicarlo sino con señas, y por eso dijo que su obra necesitaba de comento para entenderla.

CAPÍTULO VII.—1.—*Rigurosa sentencia.*—Finalizado el episodio del escrutinio, veamos lo que ofrece en su conjunto. Resultan absueltos por el cura: *Amadis de Gaula*, *Palmerin de Inglaterra*, *Don Belianis* y *Tirante el Blanco.* Y semi-absueltos: *El espejo de caballerías*, y nada ménos que «todos los que trataban de las cosas de Francia.» ¿Cuántos serian estos? ¿Quién puede buenamente hacer la cuenta tratándose de un hombre que habia malbaratado su hacienda por comprar de esta clase de libros? Pero á nosotros no nos toca meternos á calculistas. Hay que atenerse al índice de la biblioteca de Quijano, tal como se nos da, y lo que se ve es, que el catálogo de los libros de Don Quijote, léjos de parecer los de un loco, fanático por la caballería andante, puede pasar como biblioteca particular de cualquier hombre discreto y amante de las bellas letras profanas. Despues de tanta alharaca sobre el intento satírico de Cervantes, sólo *seis* libros de caballería son condenados al fuego. El resto de la librería se compone de obras de mérito, que acusan buen gusto literario en el dueño. Las tres *Dianas*, la de Montemayor y la de Gil Polo, merecen absolucion y grandes elogios, miéntras la del Salmantino va volando al corral, no por ser poema pastoral, sino por ser malo, y por igual delito sufren la misma pena *El pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos.* ¿Se ha ocurrido á alguno que el QUIJOTE es una sátira contra los libros pastoriles?

Resúmen. El aposento de los libros no reune exclusivamente los de caballería, como debia esperarse de un loco ó monomano por esta lectura, y de los que contiene se salvan los buenos y perecen los malos. Con el resto sucede lo mismo, y lo que siente el autor es que la prisa del ama y la pereza del escrutiñador hicieron *arder verde con seco* y «pagar justos por pecadores.»

Es curioso en verdad, que en la librería de Don Quijote no se hallen más libros que los pastorales, despues de los de caballeros. Tomando en cuenta el número de los que se nombran, la proporcion de los que se queman es enorme. Segun parece desprenderse de las palabras de la sobrina y de las del cura, Cervantes plantea aquí la cuestion capital con la observacion finísima y exquisito conocimiento de la naturaleza humana que distingue á los grandes genios. Viene á decir, que la lectura, aficion y contemplacion continua de todo género de vida que se distingue y aparta de la ordinaria y comun, lleva tras sí la imaginacion y la voluntad de los caracteres poéticos, sensibles y amigos de lo nuevo y maravilloso. Quijano se hace caballero por estas razones y por las mismas piensa luégo en hacerse pastor. Dicho esto, bien se alcanza el por qué no hay ningun libro ascético ó místico, en una palabra, ninguna obra sobre religion; cosa tanto más extraña, cuanto que si Cervantes es pintor fiel de las costumbres españolas, debia saber, que no habia hogar en nuestra Península, donde no formasen parte de la pequeña ó grande librería, algunos libros religiosos, y por lo comun estos formaban la mayoría. En esta parte, Avellaneda es mas exacto pintor de detalles, pues nos presenta á Don Quijote en el retiro de su casa leyendo el *Flos Sanctorum* y el Breviario de Nuestra Señora, miéntras que Alonso Quijano el Bueno, suponiendo que el cura no le hubiese quemado los libros ó sólo los libros de caballería, tendria que leer los pastoriles y exponerse á lo que discretamente dice la sobrina.

Mas como adelante advierte Don Quijote, que «religion es la caballería y caballeros santos hay en el cielo,» podria entenderse que no compraba libros religiosos sobre dogma, moral, ni historia, porque los de caballería suplian para él á los de religion. Esta es

la mejor y quizás la única solucion ó explicacion que puede dar un crítico de la antigua escuela á la falta imperdonable y gravísima de la falta de libros religiosos en el aposento-librería de Don Quijote, sin que quepa decir que los vendiese tal vez por comprar con su importe otros más apropiados á su monomanía, pues en ese caso los pastoriles y de poesía habrian corrido la misma suerte. No deja de extrañarme, que ningun anotador ó crítico haya reparado en esta incorreccion de pintura, descuido, inverosimilitud ó como quiera llamarse una cosa tan léjos de la verdad y de la probabilidad, pues llamándose el hidalgo con el sobre nombre del «Bueno,» y en la época en que su juicio estaba sano y libre, parece increible que fuese contra la corriente general de su tiempo, y no hubiese entre sus libros ninguno propiamente de carácter religioso, ni vida de Santo, ni siquiera catecismo, novena ó septenario á alguna imágen devota, siendo estos por su naturaleza tan maravillosos y parecidos á los de caballería por los encantos, trasformaciones, milagros y batallas con el enemigo comun del género humano. Tan es así, que si hubiera colocado algunos entre los de caballería, la sobrina, ó mejor dicho, Cervantes, para ser lógico, se habria visto colocado en este dilema: ó quemarlos tambien, porque la imaginacion no se le extraviase con la lectura de tantos hechos milagrosos, ó dejar que Don Quijote pasase de un entusiasmo á otro y se le antojase hacerse anacoreta ó ermitaño, y vendiese los bienes que le quedaban para repartirlos entre los pobres, lo cual habria gustado ménos á la sobrina, á quien, con ser loco andante su tio, todavía le dejó bastante que heredar. Bajo el sentido de sátira caballeresca, no sé cómo puedan explicar los críticos este contra-sentido ú omision grave, pues cabalmente los caballeros eran muy dados á misas y letanías, cruces y rosarios, y nada quita lo cortés á lo valiente: quiere decir, que nada impedia á Cervantes el hacer un poco más religioso á su héroe, para burlarse más ó ménos de los disparates caballerescos. Por otra parte, no puede decirse que esto sea descuido del autor, toda vez que en todo un capítulo tenia lugar para caer en ello, y más pensando en libros y en nombres de autores; miéntras que por otro lado vemos ser omision deliberada, en el hecho de que en el curso de la historia pinta á su héroe completamente racionalista, ó mejor dicho con un naturalismo *sui generis* en punto á religion. Todo esto quedará perfectamente explicado y claro, segun vayamos entrando en la exposicion del espíritu del QUIJOTE, y basta lo dicho por ahora.

2.—*Por el cielo está ordenado.*—El remedio del cura surtió aquí efecto contrario, y dada la manía de Don Quijote, esta extraña lógica es de un efecto admirable y prueba el gran conocimiento que de la naturaleza humana tenia el autor. Por lo general, los alienados, las cogen, como suele decirse, al vuelo, y no pensaron los propinantes del remedio, que lo mejor habria sido la brevedad del relato, sin meterse en el detalle del nombre. El final de Muñaton, recuerda á Don Quijote el nombre de su gran enemigo Friston, y lo que fué inventiva del cura, pasa á ser realidad para su compadre. Y ¿quién es este *gran enemigo?* El sonido de Friston es sospechoso y todavía más la frase de la sobrina de que lo cierto era que acababa en *ton* su nombre, por no decir claramente en *on*. Este es uno de los pasajes en que Cervantes habla, por señas, de la Inquisicion, enemiga del saber y, por consiguiente, de los libros, y necesariamente de Don Quijote que representa un rumbo ó direccion de ideas opuesto al espíritu del Santo Oficio. Aquí profetiza solemnemente la gran batalla que *andando los tiempos*, dió esta institucion ó sistema con el espíritu del progreso y la libertad de conciencia, quedando ésta vencedora.

3.—*Encendia la cólera.*—Empieza á mostrarse en el poema el elemento personal del autor ó sea la trasfiguracion de Cervantes en el caballero. Aquí presta á su héroe sus propias ideas, su espíritu liberal, su odio á la tiranía del pensamiento. Si además de la repulsion á ciertas instituciones en un entendimiento elevado, se añade la relacion especial que con el Santo Oficio tuvo nuestro escritor, se comprenderá con cuánta razon se le encendió la cólera á su representante en la novela.

4.—*Poca sal en la mollera.*—Por esta descripcion nadie podria adivinar el carácter que Sancho viene á representar en la escena. Esto viene á confirmar que la tal figura no se ofreció al principio con el contorno y desarrollo que sucesivamente va tomando, hasta el punto de calificarle en el prólogo como el tipo de los escuderos graciosos. Un personaje que se distingue por la gracia y á quien acompaña no menor dósis de malicia, no es lo que se comprende por hombre de poca sal en la mollera. Hay más, y es que el Sancho de la segunda parte no es tampoco semejante al de la primera. Don Quijote está delineado por completo en ésta, y aunque no hubiese escrito la segunda, nada se habria perdido en este concepto; al paso que terminando las aventuras en el segundo retorno á la aldea, no veríamos al Sancho retórico, calculador y capaz de gobernar una ínsula y luchar de potencia á potencia de ingenio con Don Quijote.

5.—*Por grande que sea.*—El acierto es el don instintivo de los genios. Parecen estas palabras como el tema que en mil variantes desarrolla luégo el escudero; la proposicion antitética al designio espiritual de su amo; lo propio de un ignorante que se cree capaz de gobernar al mundo, muy al revés de lo que piensa al regresar á su aldea más instruido y desengañado, á saber: que con ser tan chica la Barataria, fué carga triste y pesada para sus hombros.

6.—*Y yo pueda llevar.*—Don Quijote en su esfera no discrepa del tono general de la sociedad española en punto á creencias sobre el órden y lógica de los sucesos humanos. Esta seriedad con que da por hecho, que entre los desiertos llanos de la Mancha puede ganar un reino con otros adherentes para regalar uno de ellos al buen Sancho, supone la intervencion del milagro, y admitido el milagro todo es posible. Por eso el buen escudero, á quien se llama, arbitrariamente, representante del sentido comun, no extraña lo que realmente debiera extrañarle, como es la idea de que lloviesen reinos, si no se duele de que su mujer es tan tosca, que ninguno le caeria bien; lo cual supone que él se cree muy pintiparado para el desempeño de la autoridad real. A esto se ha llamado sentido comun. ¿No pudiera decirse que uno de los intentos de Cervantes fué pintar á un loco frente á un cuerdo y mostrar la poca ó ninguna diferencia que hay del uno al otro? Si esta pintura brilla por su realismo, ¿qué idea podremos formar del estado de la razon de aquellos tiempos?

La primera salida y vuelta de Don Quijote á su aldea constituye por sí un todo perfecto, una especie de ensayo ó pros-

pecto de lo que podia dar de sí el asunto, y esta extraña disposicion ó mejor dicho division de la obra en tres partes, una de las cuales es tan breve, que no guarda punto de comparacion con las otras, exige algunas observaciones. Algunos creerán que este primer acto muestra la ausencia de plan y la falta de meditacion bastante en el autor, en una palabra, que no se habia suficientemente madurado y desarrollado el asunto ó argumento en el cerebro de Cervantes. Esta es la eterna cantilena. Sin embargo, basta querer buscar para encontrar los motivos de esa jornada caballeresca tan breve, y en la que Don Quijote aparece en un estado continuo de delirio y de fiebre hasta ese sueño largo, repetido é inacostumbrado en nuestro hidalgo, que parece formar crísis en su estado patológico.

El principal aspecto bajo el cual debe considerarse esta primera salida ó jornada de relámpago, se refiere especialmente al carácter del protagonista. En casi toda la obra no hay tantas trasformaciones ó espejismos propios de la monomanía como en este viaje redondo del corral á la venta. Todo es mundo imaginario, todo cambia de su verdadero á otro más brillante y poético aspecto.

No es este el carácter de Don Quijote en su segunda y ménos en su tercera salida, y así debia ser, no sólo porque la tension fuerte no puede durar mucho, sino porque la impaciencia y los obstáculos que habian irritado y puesto espuelas al ánimo ántes de salir y armarse caballero, desaparecen, y entra el goce y calma de la *posesion*, que siempre enfria los ímpetus más ardientes.

En su lugar oportuno hablé del carácter especialísimamente *natural* que reviste la aventura del muchacho Andrés, y esta es la ocasion de considerarla de nuevo bajo otro aspecto. ¿Cómo es que el autor, en medio de tantas locuras, visiones y trasformaciones, introduce por primera aventura en el QUIJOTE un lance que nada tiene de especial y en que no hay ilusiones ópticas? En otros términos, ¿por qué no opera en esta aventura el aparato fantástico de la mente de Don Quijote? En mi sentir es este un rasgo de primer órden en el plan de Cervantes, porque es dar una base racional, la base de un hecho verdadero sin mezcla de trampantojos al fanatismo de un hombre que estaba viviendo sólo de alucinaciones y en un mundo fabricado por su fantasía. Este *naturalismo* de la primera aventura en que cada persona y cosa, aparece lo que es, produce el efecto de razonar y paliar en algo en el ánimo de los lectores la locura de Don Quijote, por cuanto se ha puesto en contacto con un hecho real, con una injusticia verdadera y no fingida, con un lance serio y no de burlas, en que un débil necesitaba proteccion contra la tiranía de un fuerte: en una palabra, no es la aventura fraguada en la mente del loco, sino una situacion social que reviste la esencia y la forma de un verdadero lance caballeresco.

Esto, más que la armazon de caballería, es lo que enorgullece al hidalgo y le da como el *exequatur* para el ejercicio de su profesion honrosa. Por eso le vemos luégo en el grado más calenturiento y exaltado haciendo sandeces y disparates, como si dijéramos, «con licencia del sentido comun.»

Pero áun resta la razon principal en mi juicio, y es, que Cervantes, segun despues veremos, quiere cargar la mano todo lo posible en el principio de su historia sobre el aspecto ridículo y disparatado del protagonista, y dejar sentada su basa de sandio y mentecato de tal modo, que con este fondo y base puedan pasar las discreciones é intentos atrevidos que luégo pone en su mente y en sus labios, de manera que espiritualmente hubiese que decir, lo que el ventero y el cura respecto á sus hechos, que por más insolencias y desmanes que cometiese, «por *loco* se habia de librar aunque los matase á todos.»

CAPÍTULO VIII.—1.—*La bondad de mi espada.*—Esta es la vez primera que en su obra emplea Cervantes el gran resorte (tan hábil y frecuentemente usado despues en diversas situaciones y aventuras), de la agencia sobrenatural como máquina poética de su incomparable Odisea. Aquí es donde raya la invencion y penetracion de nuestro satírico á una altura donde no tuvo ni tendrá rivales, porque escogiendo como ruedas y fuerza motriz de este elemento indispensable del poema, el poderío natural de la fantasía de Don Quijote, que todo lo que ve lo trasforma á la medida de su gusto, resulta que quien vuelve las cosas á su verdadero sér es un agente fantástico hijo del error y de las alucinaciones. En otros términos: los molinos de viento se truecan en gigantes por la alquimia de una imaginacion calenturienta, empapada en el mundo y espíritu caballerescos. Subsistiendo este fenómeno psicológico, los molinos fatalmente seguirian siendo gigantes en concepto de Don Quijote. ¿Cómo podria desaparecer este error ó ilusion óptica? No por el ministerio de la razon ni la prueba de los sentidos. Nadie podria convencer á Don Quijote de que los gigantes eran molinos, puesto que ya sus aspas le habian hecho rodar por el campo sin desencantarle. Era menester que del mismo mal saliese el remedio, y del mismo error surgiese la verdad. Un encantador enemigo, creacion imaginaria, es el que puede volver las cosas y trasformarlas, y como la fantasía las habia desnaturalizado, sólo ella podia naturalizarlas: *similia similibus curantur.* Es decir, hay aquí una máquina que mueven ilusiones de la imaginacion y produce error de óptica, y hay una contramáquina que mueven tambien las ilusiones y produce la necesaria rectificacion y retorno á la verdad.

¿Puede darse estado más aflictivo que el que va á ofrecernos el criterio de Don Quijote en pugna con el criterio de los demás? Y ¿por qué nos cautiva é interesa esta lucha ingenua de pareceres? Simplemente porque aquí va Cervantes al fondo de los fenómenos de la naturaleza humana: porque existe esta lucha entre los hombres, siempre que se admita una fuerza superior perturbadora del movimiento natural de las leyes físicas y morales; porque desde el instante en que se acepta intervencion secreta y misteriosa, todo cambia ante la razon suprema del milagro, y no hay modo de entenderse los hombres sobre el verdadero sér de las cosas, alteradas á gusto ó por la alucinacion especial de cada uno. La sociedad en tiempos de Cervantes ofrecia este lamentable laberinto en toda la plenitud de aberraciones y dislates, y el haber retratado esta faz de la naturaleza espiritual del hombre con la maestría que veremos en el QUIJOTE, bastaria para colocar á su autor á la cabeza de los genios más colosales que han existido.

2.—*El dia del domingo.*—Las primeras obras y primeros diálogos que Sancho presenció y tuvo con su amo, no pueden ser mejor dispuestas para enfriar el entusiasmo y las esperanzas del escudero. Los que dicen que Cervantes no pensó en figurar lo ideal

y lo real y su graciosa pugna en la vida humana, desconocen lo que verdaderamente salta á la vista y es, que no sólo hay esa oposicion y pintura entre el tipo espiritual Don Quijote, y el sensual ó material Sancho, sino que como no hay espíritu sin materia, ni materia sin espíritu, la fuerza misma del contacto en las varias situaciones hace que Sancho baje de sus ideales á Don Quijote y Don Quijote de sus ideales á Sancho. Creyóse este, que el ser escudero era una vida canonical, que acababa en ser coronado rey de un reino ó puesto de gobernador en una ínsula, y las estrenas ó primicias que se le ofrecen, es ver á su amo rodando un buen trecho y medio descostillado, el vino de la bota que se le concluye, y el prospecto de tener que ayudar á su amo si le ofenden canalla y gente baja. Algo va descendiendo el ideal de Sancho si bien se mira, y mucho más cuando al segundo encuentro le pelan las barbas y le muelen á coces los mozos de los frailes.

Por lo demás, no se necesitaba de mucho cálculo para establecer esa constante oposicion cómico-séria desde el momento en que salen en busca de aventuras un loco por una idea y un tonto por una ínsula. La oposicion se viene á la mano en el natural desarrollo de estos dos caractéres, deseoso el uno de bienes morales y el otro de bienes materiales. Negar á Cervantes la conciencia de un propósito tan natural y tan fatal, digámoslo así, es dar pruebas de no entender siquiera la cuestion de que se trata.

Finalmente, débese observar, y esta nueva faz comienza en el diálogo de Don Quijote con su sobrina, que Cervantes introduce, en efecto, una nueva manera de ser y de actuar en su personaje, que si puede escapar á la atencion del vulgo, no debe á la penetracion de la crítica, y es que unas veces Don Quijote parece loco, y otras hace ó representa este papel. ¿Y cómo distinguir estas dos maneras? Es muy sencillo: en la locura real no hay ni retórica, ni adelgazamiento, ni agudeza, ni malicia de conceptos. Siempre que se encuentren estos signos, se verá que Don Quijote no es lógico con su carácter, en una palabra, que se hace el loco, y en esto tiene mucho punto de contacto con el personaje *Hamlet*, difícil de representar en la escena á causa de esta doble fisonomía.

No más por ahora sobre este punto, acerca del cual se ofrecerá más de una ocasion en lo sucesivo.

3.—*Gente endiablada y descomunal.*—Llegamos á un punto cuya resolucion es importantísima para la crítica del QUIJOTE y el conocimiento del carácter del autor. Aquí se ofrece el primer encuentro con los que el caballero llamaba encantadores malos, y es particular coincidencia que estos revistan la figura de individuos del clero católico en la óptica desquiciada del andante. Acabamos de ver que *Friston*, supuesto destruidor de los libros, «huele (como diria nuestro bibliógrafo Gallardo) á chamusquina inquisitorial,» y á los pocos lances tenemos ya dos nuevos encantadores en figura de individuos pertenecientes al clero conventual ó monástico. La salutacion de Don Quijote no tiene mucho de fraternal ni de benévola que digamos; pero á esto puede responderse, que no hay que pedir peras al olmo, y de un loco no han de exigirse palabras cuerdas. Es cierto; pero tambien hay una especie de concierto en la manera con que siempre se dirige Don Quijote á estos miembros del clero, por lo cual resulta una segunda manía, tema ó preocupacion tan marcada como la que muestra en puntos de caballería. ¿Es esto casual? Aun ahí seria el diablo. ¿Es, por ventura, inevitable, que la manía caballeresca produzca inquinia ó mala voluntad contra determinada clase social, que constituye una especie de órden ó caballería á su manera? Hé aquí la cuestion planteada en este pasaje, y que los sucesivos van resolviendo sin dar lugar á dudas.

4.—*Fementida canalla.*—No habia necesidad de expresion tan fuerte para el intento de invectiva contra los libros de caballería. Es preciso buscar en otro la razon de este desentono extraño y hasta innecesario de parte de Don Quijote, aún concediendo que ocurriese ésta aventura en uno de los dias más fuertes de la canícula, segun el almanaque, y en una de las mayores calenturas de su cerebro. ¿No cuadra aquí la sentencia de que *ex abundantia cordis loquitur os?* ¿Se puede suponer este apóstrofe en la pluma, por ejemplo, de Avellaneda? El héroe no es copia de ningun ejemplar individual ni colectivo. No es indispensable que un loco por la caballería andante pierda siempre los estribos tratándose de frailes, y si bien es cierto que la locura ha sido el *exequatur* de este y otros desahogos semejantes en el poema, se vienen á la memoria las palabras que el autor pone en boca de Don Quijote al advertirle Sancho que no debió hacer caso de las de Cardenio en contra de la reina Madasima, porque cuando las dijo estaba ya loco. «Contra cuerdos y contra locos, responde el hidalgo, está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres.» Y ¿no hay una obligacion análoga respecto á las cosas de religion por parte de todo autor católico, apostólico, romano?

5.—*Sin aliento ni sentido.*—Es suma discrecion del autor, que el primer fruto de las victorias del amo fuese una lluvia de coces sobre el criado, en vez de la ínsula prometida. En el carácter de Sancho sucede lo mismo que en el de Don Quijote, que tambien representa á veces el papel de tonto. Como rústico y hombre, al ménos, de sentido comun, debia saber, que de unos frailes no habia despojo alguno para él; pero justamente estas exageraciones y extralimitacion de los contornos reales de ambas figuras, tales como pudieran encontrarse en la sociedad, son las que constituyen los rasgos artísticos que las acentúan y las ponen de gran relieve.

6.—*Con determinacion de quitarle la vida.*—Todo cuanto se ha dicho de resentimiento ó enemiga de Cervantes contra los manchegos habria tenido algun valor, si en vez de «En un lugar de la Mancha,» hubiese escrito: «En un lugar de Vizcaya.» Nótese la cabida que tienen los vizcainos, así en el QUIJOTE, como en los entremeses y comedias. ¡A dónde habrian ido á parar las conjeturas! Posible es, que este don Sancho de Azpeitia pague y purgue las muchas molestias y oposiciones que hubo de experimentar nuestro escritor durante el gobierno de un Rey que tuvo veinte y tantos secretarios del despacho privado, todos vizcainos, y que sacaba de este territorio sus confidentes como se sacan las nodrizas del valle de Pas.

7.—*Pero está el daño de todo esto.*—Este cesar de improviso la narracion de las hazañas, que parece tan natural, sencillo é imprevisto accidente, es uno de los más meditados y más hábil y artísticamente dispuestos por el autor con el objeto y fines que iremos viendo poco á poco.

En el terreno puramente artístico es un resorte diestramente imaginado para dar más aire de antigüedad y de autoridad á la ficcion, que desde el principio no cesa de llamar el poeta «historia verdadera.» Recuérdese que ya en el primer capítulo aseguraba haber hasta opiniones acerca del sobrenombre del hidalgo, «en los autores que deste caso escriben:» y que en casos de duda, como en el de cuál fué la primera de las aventuras, Cervantes se guiaba y atenia á lo que habia «hallado escrito en los archivos de la Mancha.» Aquí parece, nuevamente, dando á entender, que de todos los cronistas españoles, inclusos los archivos manchegos, un autor, ántes que él, habia hecho una compilacion, que sólo llegaba hasta el principio de la batalla con el Vizcaino, cosa que se desprende de la expresion siguiente: «el *segundo autor* de esta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido,» lo cual confirma tambien la expresion del prólogo, de que él no era padre, sino *padrastro*, del QUIJOTE. El encontrarse, pues, que despues de tantas crónicas, se topa con una completa y hasta ilustrada con retratos, en lengua extranjera, es el golpe maestro que viene á revestirla de irresistible magia de autoridad y antigüedad, á despecho de los libros de autores modernos hallados en su librería.

La ocasion elegida para cortar la historia y reanudarla, no puede ser más eminentemente artística y oportunamente ideada. Suspende la accion en su verdadero clímax, en la situacion en que del amago al hecho no hay un segundo, pues están en su colmo la cólera y rabia de ambos combatientes. Buen cuidado muestra Cervantes de recargar la pintura de las dos espadas levantadas, amenazando abrirse, «como granada,» ambos contendientes, para dejarlos en exhibicion todo el tiempo que tarda en contar el cómo vino á sus manos la continuacion de la historia. Todo esto es de gran efecto cómico-dramático y demuestra que Cervantes no desperdiciaba ocasion alguna de poner á la vista sus grandes dotes en esa línea. Un corte en cualquier otro punto habria sido frio por demás; pero hay tanto calor y fuego en la accion y en los personajes, que dura todo el interregno y parece que se hace en caliente la ensambladura de las dos historias, cuyo verdadero objeto se dirá en otra nota.

CAPÍTULO IX. — 1. —*Esta Dulcinea del Toboso.* — Bien se ve que al buen pagador no le duelen prendas. Cervantes se extrema en ridiculizar á los personajes que intenta sublimar despues, segun que hemos visto ya con el buen hidalgo. La farsa ó comedia de invectiva literaria está bien presentada en esta primera parte para desorientar sobre el propósito verdadero. Nótese bien: Don Quijote, loco de atar; Sancho, de poca sal en la mollera; Dulcinea, chacinera célebre, y el historiador, *galgo.* Todos estos colores exagerados y perfiles caricaturescos, van desapareciendo á medida que adelanta la narracion y cada personaje toma su verdadera é importante fisonomía. Tan difícil artificio, sólo un genio de primer órden pudiera llevarlo á cabo con la facilidad y *naturalidad* que en esta obra se advierte: tal es la fuerza cómica que á la profundidad de ideas se asoció en la afortunada inteligencia de Cervantes.

2.—*De industria las pasa en silencio.*—No es difícil entrever por qué el cronista de las hazañas de Don Quijote es un moro. Generalmente, los sabios historiadores de los caballeros andantes eran griegos, latinos, sajones; siempre europeos y cristianos por añadidura. Escoger, pues, á un turco, sabiendo que son mentirosos los de esta ralea, es una de las pruebas indirectas de que Cervantes se halla transfigurado en su personaje, y como sus primeras y grandes hazañas, casi increibles, fueron realizadas en tierra de moros, confiaba en el cronista, á pesar de pertenecer á la falsa secta de Mahoma. Nuestro autor dijo, que en Argel se conservaria la memoria de los hechos de un tal de Saavedra, y nada más natural que sea un moro el que cuente los proyectos y encarezca el ánimo esforzado de Don Quijote. Así como así, lo primero que se supo de la vida de Cervantes, fué *crónica argelina.*

3.—*Desta manera.*— Ningun autor ha tenido más tentaciones que Cervantes para introducir su personalidad en sus obras. Su vida es una serie de aventuras, de ilusiones y locuras intentadas por amor al bien y deseo de gloria y fama. Si esto es lo que mueve á su héroe, ¿á quién iria á tomar por modelo sino á sí mismo? Una de las cosas que constituyen un gran resorte cómico en este poema, es, como ya se ha visto, la intervencion de los malos encantadores que todas las cosas truecan para quitar al hidalgo la gloria de sus aventuras. Esto viene á ser alegoría de sucesos de su vida, en los que sus enemigos desfiguraban su carácter y sus hechos, de manera, que cuando él se fundaba en ellos para adelantar en su profesion militar ó merecer favor y recompensa, resultaba todo trasformado y al revés de lo que discretamente habia previsto. La repeticion de estas fantasmagorías que tanto hacen reir en Don Quijote, son copia exacta de los manejos de que siempre fué víctima Cervantes. En la historia real y en la ficticia, estos enemigos ó malos encantadores son figuras tras de las cuales se ve á los inquisidores. Friston que quemó los libros y convirtió á los gigantes en molinos, es el cabeza ó jefe de toda la caterva, gente que obraba en la region del misterio, el silencio y la oscuridad; pero cuyos golpes no eran ménos certeros y visibles. Fué esto una especie de tema ó pesadilla en la vida del autor, y su ingenio no pudo ménos de trasplantarlo á la historia de la vida de su representante.

CAPÍTULO X. — 1. —*No son aventuras de ínsulas.*— Esta contestacion no es de loco, ni está en carácter, considerando el sentido literal de la fábula. Despues de una victoria verdadera, única en el poema, un demente como Don Quijote, debia haberse enorgullecido y comenzado á disparatar é inventado una respuesta lógica con su manía y consistente con su orgullo y amor propio. Responder como responde, no sólo no es de loco, sino que difícilmente podria darse contestacion más cuerda por el hombre más discreto del mundo en la situacion de Don Quijote. Y es que ya comienza á trasparentarse su nueva y nobilísima personalidad.

2. —*Nos ha de sudar el hopo.* — Ya vimos que Sancho es introducido en la historia sin fisonomía determinada, en lo tocante á lo físico, y vamos paulatinamente viendo, que tampoco la tiene espiritual. En efecto, ninguna de las principales figuras tiene carácter individual y ménos Don Quijote y Sancho. La mayoría representan clases, como el Cura, el Barbero, etc., y Don Quijote y Sancho, dos modos de ser de la naturaleza humana. A los que no creen que el uno representa el idealismo y el otro el materialismo, podria contestarse que hacen bien, pues representan no sólo estas dos antítesis, sino todas las concebibles en la naturaleza del

hombre, y que van presentándose sencilla y gradualmente segun camina el desarrollo de la accion. Así, por ejemplo, vemos aquí al amo que se gloria en pasarse sin comer, miéntras el criado siente lo desprovisto de sus alforjas; al uno que considera un regalo el no dormir, miéntras el otro ansía pagar este tributo á la flaqueza humana: al caballero que se alegra de pasar la noche en despoblado, y al escudero, que desea hallar alojamiento en una venta; á Sancho que fia en los conocidos remedios de hilas y ungüentos para las heridas, y á Don Quijote que está pensando en la virtud omnímoda del bálsamo de Fierabras. ¿Pueden pedirse más contrastes?

Pero esto es entre uno y otro. Veamos ahora los contrastes dentro de cada figura. Sancho acaba de hincarse de rodillas y pedir á su amo nada menos que la ínsula que cree se ha ganado en la batalla con el Vizcaino, y pocas líneas despues, le aconseja tomen asilo en una iglesia para huir de la Santa Hermandad, que prende *á los que pelean en despoblado.* ¿Dónde mayor contradiccion que esta, si Sancho fuese una individualidad? ¿Quién no ve en estas dos actitudes dos caracteres totalmente opuestos? Pues esta es cabalmente la magia secreta con que el genio procede al delinear sus grandes figuras. Esto es lo que les da color incesantemente nuevo y variedad de fisonomías sin salir de lo humano y verosímil.

En tan breve diálogo no es Sancho sólo el que presenta diversas fases. Vemos al gran idealista Don Quijote bajarse á confesar que aquella aventura es de encrucijada, de cabeza rota ó de oreja de ménos, y lo que es más, en medio de sus delirios poéticos de abstinencia y ayuno, le vemos desear aquella cebolla, raja de queso y mendrugos de pan, que Sancho por vía de sorna le ofrecia. Aquí, como en el discurso de la obra, hallamos un continuo contraste y antítesis en el juego de ambas figuras, que se extiende aún más de lo que se ha creido, porque no abraza la esfera intelectual sólo, sino un hecho tangible en todas las situaciones y lances, áun los más insignificantes de la vida. Por otra parte, ¿quién no percibe una corriente ininterrumpida de humor socarron y de finísima ironía en esta plática de Don Quijote y Sancho, en que cada frase, al parecer dicha con candor y sencillez, es en realidad una pulla ó indirecta contra el dialogante?

3.—*De las manos de los caldeos.*—Esta natural confianza, que tiene mucho de infantil, demostrada en muchas ocasiones por el hidalgo manchego, contribuye á la larga á hacerle en extremo simpático. El lector apénas tiene lugar de pensar si tales palabras provienen de un hombre *loco* ó de un hombre *justo*, sin *miedo* y sin *reproche.*

4.—*Más atrevido amo que vuestra merced.*—La respuesta de Sancho no tiene que ver con la pregunta, y esto trae á la memoria si el atrevimiento á que alude se referirá, no á la batalla con el vizcaino, en que hubo gran provocacion por parte de éste, sino á la embestida anterior contra los monjes Benitos y á las palabras que la acompañaron. Como los dos lances ocurren casi al mismo tiempo y Don Quijote salió tan bien parado como Sancho bien molido del primero, no es aventurado el creer que se refiere á la aventura de los frailes, y en verdad no le falta razon.

5.—*Más de lo que yo quisiera.*—Este secreto del bálsamo no pertenece ya á lo que podríamos llamar historia *desnuda*, sino á la *vestida* con sutil artificio, y su ocasion llegará más tarde en que volvamos á hablar de él. Notemos por ahora la displicencia y poca importancia que da Don Quijote á un secreto de *inmortalidad* nada ménos, que casi saca de quicio y juicio á Sancho, pues como dice muy bien, con venderlo á dos reales la onza no necesitaba más para pasarlo como un príncipe: tal es el afan de la especie humana por dar de algun modo con el *árbol de la vida.* Esa displicencia está justificada con el toque gracioso y oportunísimo de decir á Sancho que «mayores secretos piensa enseñarle y mayores mercedes hacerle.» Ahora bien, la imaginacion se pierde agradablemente en ese mundo de tesoros que tiene Don Quijote guardados, y en que, «el menor de ellos es el secreto de la inmortalidad.» Si esto no es *vis cómica* de primer órden, derramada con un aire formal y sin pretensiones, ¿dónde hallaremos un ejemplo semejante? Gracias á esta frase y este hecho ó conocimiento del bálsamo, los lectores agrandan y magnifican la esfera intelectual del héroe, suponiendo, por la muestra, lo que en ella habrá oculto de misteriosos y raros conocimientos; en una palabra, se acostumbran á medirle y estimarla, no tanto por lo que es, sino por lo que *puede ser*, y no ménos por lo que dice que por lo que calla. Estos pequeños detalles, innumerables en el QUIJOTE, van insensiblemente formando ese conjunto admirable de grandeza indefinible que tanto seduce en el protagonista del poema.

CAPÍTULO XI.—1.—*Que todas las cosas iguala.*—En vano se buscará aquí nada ridículo ni que tenga que ver con sátira de la caballería. Que Sancho quedase no ya en pié, sino que pretendiese Don Quijote le sirviese la copa con una rodilla en tierra, habria sido lo propio para ridiculizar á un hidalgo loco y lleno de entono y presuncion. Los antecedentes de la caballería tampoco justifican esta conducta de Don Quijote. Entre caballeros y escuderos hubo siempre una inmensa valla, y en *El Palmerin de Inglaterra*, ni se habla siquiera de escuderos, aunque se supone que cada caballero debia tener el suyo. El lugar, la escena, los personajes, la sencillez y pureza nativa que parece dominar en todo este episodio, quitan toda idea de malicia ni de burla en el fondo y en la forma de esta decoracion llena de encanto natural y *poesía real*, si así puede expresarse. El alma noble y sencilla de Quijano se adapta á las circunstancias y calidad del lugar y las personas, y rompe en su contento y regocijo por el sentimiento más puro y elevado que anima sus verdaderas empresas caballerescas, por el sentimiento de la igualdad, justicia y buena voluntad que en su sentir hizo en un tiempo y debe hacer en lo futuro la felicidad humana. Este carácter nivelador é igualitario (en el buen sentido), que da Don Quijote á la caballería, es nuevo, propio suyo, verdaderamente original, y no podia provenir sino de la trasparencia que he dicho existe, y se irá viendo cada vez más comprobada, de la figura de Cervantes en la de su héroe. Sólo en almas grandes y verdaderamente señoras, nacen estos pensamientos de querer igualar al inferior elevándole, y no igualarse al inferior rebajándose. En este punto, la sociedad ha ganado en dignidad, y en la época de Cervantes, las almas superiores y los corazones bien nacidos tenian ya idea de estas tendencias democráticas.

El pasaje que examinamos es tan fuera de lo comun en los libros de caballería y tan significativo por otra parte, que no deja

de dar abundante materia para el comento. Pareceria, por ejemplo, aventurado el decir, que Cervantes se muestra aquí con todas las notas y signos característicos de un reformador social moderno, y que pensar de este modo es aplicar los juicios de un estado más adelantado política y socialmente á personas y sentencias de épocas anteriores. Mas aunque tal reparo pueda hacerse, mi opinion es que así se deja mostrar y de este modo ha de apreciarse al autor del QUIJOTE, si se quiere acertar con la verdadera índole de su naturaleza espiritual. Nacido durante un régimen despótico y educado en la milicia, institucion jerárquica y servil, hay en Cervantes un espíritu de independencia, un amor á la libertad y una adoracion á la fraternidad y sociabilidad, que siempre se revela en sus obras, y si fuese propio de este lugar aduciria á continuacion muchos ejemplos, aunque bastan y sobran los que hallaremos en el QUIJOTE mismo. Que el estado político y el suyo civil contribuyesen á formar esta naturaleza no tiene nada de extraño, ni que las letras ayudasen á desarrollarla; pero todo esto recaia sobre un fondo excesivamente liberal y humano, enemigo de códigos artificiales, distinciones pueriles y etiquetas ridículas. La misma sencillez y rusticidad de la escena, donde un aventurero hambriento se ve agasajado con buen ánimo por unos simples cabreros, sentado sobre un dornajo y teniendo pieles por mantel, daba un tinte de servidumbre rastrera y baja á la posicion de Sancho, en pié, fuera de la reunion y dispuesto á servir la copa á su amo. Pero esta posicion de Sancho está dispuesta intencionadamente, puesto que el escudero tenia poco de ceremonioso, y no se ocurriria á ningun autor de alardes aristocráticos y señoriales el tomarla por pié para predicar una igualdad tan absoluta y exagerada como la que el hidalgo propone y asienta. Este es un arranque sin precedente, como ya he dicho, y que viene derecho del corazon y los sentimientos nobles y elevados de un autor, pues no habia necesidad de ir tan al cabo y bastaba que el señor hubiese hecho sentar al criado á la redonda, sin necesidad de esa solidaridad y unificacion completa que quiere establecer el hidalgo.

Tal vez podria decirse, con visos de razon, que hay mucho de arbitrario é ingenioso en estas observaciones, si Cervantes no concluyese el pasaje dando la clave de su propósito, al decirnos lo que entiende por caballería en aquel momento, á saber: un principio civilizador, nivelador, una idea humanizadora que todo lo hermana, allana é iguala como el principio del amor. No trata aquí de caballería errante ni estática, ni militante ó batalladora en el sentido material, sino de un principio regenerador del corazon y de los sentimientos. En otros pasajes llama religion á la caballería en sentido de virtud y gracia para ganar la gloria en la otra vida, miéntras que aquí es religion social que hace á los hombres solidarios en espíritu para alcanzar la felicidad en la vida presente.

En resúmen, la moraleja ó espíritu que de esta escena se desprende, no es lo que superficialmente parece darse á entender con la arenga de Don Quijote y sus alabanzas de la antigua edad dorada. Cervantes estaba mal siempre con lo pasado, como vate, genio y hombre del porvenir. En lo íntimo de la conciencia de un hombre ilustrado no podia ménos de abrigarse la conviccion de que las edades primeras, con todo el esplendor con que la poesía las pinta, no fueron ese paraíso que ante la imaginacion nos despliegan, sino edades de degradacion, servidumbre y lucha continua contra los hombres y los elementos. El discurso de Don Quijote hay que aceptarlo á beneficio de inventario, y lo que en mi sentir envuelve la médula y el alma de toda esa decoracion rústica y clásica retórica, está comprendido en el elevado pensamiento de que allí hace gala Don Quijote de que la caballería, institucion moderna, símbolo de amor y regeneracion y fraternidad, es el opuesto lado de la balanza donde pone la mitológica edad de oro, que con todos sus falsos bienes é inventadas dichas, no podrá igualar á la edad dichosa de lo futuro, en que realizado el derecho y la justicia, y ennoblecida la humanidad por el trabajo, y unida é *igualada* por el *amor*, sean los hombres uno en unidad de espíritu y solidaridad de sentimientos é intereses. Bien claro se percibe este pensamiento cuando un caballero, de la autoridad, valer y superioridad del ingenioso aventurero, se abaja á decir: «Quiero que aquí, á mi lado y en compañía desta buena gente, te sientes, y *que seas una misma cosa conmigo*, que soy tu amo y natural señor: que comas en mi plato, y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice, que todas las cosas iguala.»

2. — *Que se pudiera muy bien excusar.* — Aquí engaña con la verdad el autor. En efecto, bien se pudiera excusar esta larga arenga sobre la edad dorada, si el propósito de Cervantes fuera el que siempre se ha creido; pero un caballero á la moderna, que tiene por señora á Dulcinea y por mote del escudo: «Tras de las tinieblas espero la luz,» debe ser fiel á su empresa y representar su papel en las batallas ideales del bien contra el mal y los abusos, no desperdiciando ocasion de mostrar su fe y sus creencias. La edad de oro ó sea la edad luminosa, se coloca siempre en los principios de la vida en todas las teogonías, y la humanidad parece haber creido en estos paraísos *quia absurdum.* Ahora bien, segun la relacion mosaica, nada pudo haber más mísero que la existencia del hombre al empezar su vida social. En esto se hallan contestes la religion y la ciencia. ¿Qué significa, pues, este panegírico de la edad antigua? Apénas se puede sacar en limpio más idea fundamental que la de elogio del comunismo y anatema contra el interés y la lucha por la existencia que estableció las distinciones de *tuyo* y *mio*, y con ellas todos los males que á la humanidad han sobrevenido. Sin duda que el remedio de estos males no está en la caballería andante creada para defender las doncellas, porque ántes nos ha dicho en el capítulo IX, hablando de las que andaban «con sus azotes y palafrenes y con toda su virginidad acuestas de monte en monte y de valle en valle, que si no era que algun follon ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de techado, se fué *tan entera* á la sepultura, como *la madre que la habia parido.*» Esto, á leguas se ve, que es eminentemente satírico.

Debe, pues, entenderse, que no es esa caballería la que, segun Cervantes, habia de regenerar la sociedad, sino la otra, simbólica, social, de batalla de la inteligencia más que del brazo, la nueva fe, en una palabra, que comenzaba ya á agitar apóstoles y producir verdaderos milagros en la condicion humana y verdaderas revoluciones en la condicion social.

Nótese, de paso, lo esencialmente gentil, pagano, y por decirlo así, positivista, del espíritu que encierra este discurso. Se habla

del bien conocido, perdido y objeto de reconquista, sin la menor intervencion, ni sombra, ni tinte, ni relacion con doctrina alguna revelada ni dogma religioso, que siempre consideraron como privilegio suyo el tema del bien y del mal. Este carácter eminentemente racionalista ó naturalista de Don Quijote no se desmiente en ocasion alguna, segun tendremos ocasion de ver en sucesivas aventuras.

Bajo el punto de vista artístico apénas hay expresiones con que encarecer la belleza y mérito de este discurso. Él forma una de las partes esenciales de la espléndida y magnífica estructura de un poema épico del género cómico-heróico, en donde el autor ha de pasar revista á todas esas situaciones y empresas que pudiéramos llamar de carácter, en las que se comprenden bajo formas ya consagradas, las grandes ideas ó grandes hechos que constituyen la médula ó el alma de una epopeya, como son la visita á los cielos, bajada á los profundos de la tierra, descripcion de batallas, ó cuadros del pasado y del porvenir de la humanidad, con otros altos tópicos y solemnes temas, propios para la expansion del ideal exuberante del genio de los autores. Como modelo de diccion elocuente, castiza y armoniosa este discurso compite con los mejores en la castellana lengua.

3.— *Y aplicándoselas á la oreja.*—Nótese que á pesar de haber dicho Don Quijote, que no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, «aunque se le salgan las tripas por ella,» en un corto espacio se queja tres veces del dolor de la oreja, que ya habia tenido una cura de ungüento é hilas, por parte de Sancho, y todavía pide renovacion del apósito delante de los cabreros. Lo gracioso es, que, despues de todo, viene á contentarse con un poco de romero y sal, mitad de los ingredientes de que se componia el bálsamo de Fierabrás. Aquí viene bien lo de

Sin borlas, titulillos ni mucetas,
Todo quisque es doctor en dar recetas.

Lo que pretendia saber el hidalgo, por artes mágicas, lo sabian los cabreros, sin más que la escuela de la naturaleza. Para que nada falte á este cuadro de un naturalismo tan de relieve, hasta las Urgandas y Morganas tienen su contrapuesta personificacion en un rústico cabrero. Hemos de notar en muchos pasajes, la constante tendencia de Cervantes á contraponer la accion de las fuerzas y causas naturales, contra todo lo que busca su fuente y razon de ser en el mundo de lo ficticio y lo ilusorio, de tal modo, que, bajo este aspecto, parece el poema del QUIJOTE un esfuerzo de un filósofo racionalista para reparar y enderezar los entuertos y agravios hechos á la verdad y la verdadera ciencia por el entendimiento humano, desprendido de su base firme, que es el estudio de la naturaleza, y perdido entre las teorías visionarias de la filosofía escolástica. En la aventura con los cabreros se ve esta contraposicion de personas, caracteres y detalles de un modo más patente que en otra alguna, y este pormenor de la medicina no es el que ménos la ilustra, por pequeño é insignificante que parezca.

La realidad pasmosa de esta perspectiva pastoril y rústica es tal, que á este cuadro más que á ningun otro debe aplicarse la maravilla del efecto que algunos admiradores de Cervantes creen produce su lectura en la constitucion de algunos pacientes, y es que parece que las páginas de este episodio trasminan de aromas de tomillo, romero y otras flores silvestres: tal es la realidad con que se muestra aquel campo que no se describe, aquella majada que no se pinta, aquellos árboles y zarzales que no se perfilan, y aquella madrugada y aurora que el lector se forja en su imaginacion con sola una pincelada que ofrece el gran genio en estas páginas.

CAPÍTULO XIII. — 1.—*Más ilustres familias de los venideros siglos.*—O las palabras no significan nada, ó todo este diálogo que Vivaldo entabla con el caballero, no tiene más objeto que poner de relieve, que dama Dulcinea es más que la señora de los pensamientos ú objeto de amor más ó ménos ideal, y que envuelve una especie de idolatría que hace las veces de creencia religiosa. El argumento del caminante respecto al gentilismo de los caballeros, tiene sólo una respuesta asaz endeble de parte del ingenioso hidalgo, quien supone que en el discurso del combate tienen tiempo y lugar para encomendarse á Dios; pero Vivaldo destruye valientemente esta salida ó escapatoria, y Don Quijote no se apresura á volver á tapar la brecha que deja abierta en su carácter de católico cristiano. Si á esto se une que al principio ha dicho que su profesion es más estrecha que la de los frailes cartujos, que las obras tienen más valor que las oraciones, y que el linaje de Dulcinea, *aunque moderno*, puede dar *generoso principio* á las más ilustres familias de los *venideros siglos*, bien puede adivinarse cuál es el blanco á donde tira todo este ingeniosísimo diálogo. Sobre esto hemos de tener ocasion de hablar de nuevo al final del episodio de los pastores; y sólo añadiré, que bien estudiado, y no obstante la prevencion, que intencionadamente hace Cervantes, de ser Vivaldo «persona muy discreta,» no se queda atrás Don Quijote, y si fino y agudo es el uno, puede decirse del otro, que «diamante corta al diamante.»

2.—*Aunque vivia tan cerca del Toboso.*—La actitud de Sancho siempre que Cervantes habla con doble sentido y hace representar á Don Quijote el papel de loco, era uno de los grandes escollos en el proyecto de nuestro autor. ¿Habia de entrar el escudero en el secreto ó permanecer siempre ignorante del doble juego? Este era el dilema. Hacerle sabedor de estas segundas intenciones, habria sido, no sólo inverosímil é innecesario, sino que se quitaba un perenne encanto y fuente inagotable de situaciones cómicas, en que Sancho parece el eco de los espectadores de la comedia. Pintarle, por otro lado, completamente ignorante, fuera incomprensible y absurdo. De esta posicion nacen y se desprenden de un modo natural esas infinitas variedades de fases que toma la figura de Sancho y son el misterioso secreto de tanto interés, verdad y novedad en las situaciones y diálogos. Observará el lector, que todo lo referente á ínsulas, reinos, victorias, valor y demás ilusiones de Don Quijote, se las cree Sancho como si fuesen evangelios, aunque no sean ménos disparatadas ni imposibles que lo referente á Dulcinea en concepto de reina ó princesa. No obstante, todas sus dudas y objeciones

y pullas é indirectas tienen generalmente por mira á Dulcinea. Es lo único que no puede entender, ó por lo ménos, quiso Cervantes hacerlo parecer así, para mayor fuerza en los contrastes, si bien no siempre sigue el autor rigurosamente este plan, pues en la Segunda Parte hay escenas en que manifiestamente se desvia de esa línea recta, como tendremos ocasion de observar á su tiempo. El estudio de los caractéres, pasiones y defectos de los hombres, hecho sobre los grandes modelos, siempre me ha llevado á deducir, que no hay ni debe haber esa rigurosa constancia, inflexibilidad y lógica en sus manifestaciones en el arte. Lo absoluto en este punto produce monotonía insufrible como las líneas rectas. La creencia y fe de Sancho en un porvenir dichoso, mediante las aventuras de su señor, sufre tantas modificaciones que, por un extremo toca en el fanatismo y la veneracion, y por otro en el escepticismo y en la burla; pero el término medio, el carácter verdaderamente viviente y humano, es el de un buen hombre que se fía en lo que le promete un caballero y señor á quien juzga superior á él. Lo mismo se observará en otras materias ménos importantes, pero en las cuales preside igual criterio artístico. Tomemos, por ejemplo, los defectos. Sancho es un saco de refranes, y no obstante, pasan diálogos en que no los usa. Pedro estropea á cada momento las voces castellanas, pero fuera de tres ó cuatro deslices, ya no vuelve Cervantes á acordarse de este defecto, que otro autor habria conservado hasta la última sentencia de la relacion del cabrero, dejando al lector cansado *usque ad nauseam*.

Capítulo XIV.—1.—*Dando aquí fin la segunda parte.*—Esta division de las aventuras hasta aquí relatadas, en dos partes, ciertamente no obedece al propósito de una invectiva literaria; pero tomada separadamente la narracion, desde que aparece el nuevo historiador Cide Hamete, se nota que en realidad es, si no una parte, una decoracion muy aparte y distinta del tono general cómico-heróico del poema.

Contrasta notablemente la actitud belicosa con que termina la primera con los lances y diálogos pacíficos que se desenvuelven en esta segunda.

De colorido satírico-burlesco, apénas hay sombra en los cuatro capítulos que componen este bellísimo episodio. Los cabreros, los pastores, los caminantes, los dolientes amigos de Crisóstomo, las andas, el entierro, y por último la imprevista aparicion de la hermosa Marcela, se representan en su sér á Don Quijote, sin trasformacion ni encantamento alguno. Todo lo ve al derecho, como la persona más cuerda y más discreta del mundo, y áun más al derecho que los mismos pastores enamorados, que cegados por su hermosura querian seguirla, dándose el espectáculo de que un hombre tenido por loco, razone en aquel momento, y vea más claro y sea más justo que todos los demás presentes.

Obsérvase tambien un aparente contrasentido que explica lo mal que generalmente se ha penetrado en el verdadero carácter del hidalgo. Quijotismo ha sido y es sinónimo de entono y de ínfulas impertinentes y sin fundamento; y si bien se examinan esta y otras aventuras, ó cuadros del poema, se verá que nunca está Don Quijote más satisfecho, más dichoso, ni más en su elemento que cuando se ve entre gentes humildes, sencillas y pobres. Se siente, se aspira su interno gozo en la compañía de los cabreros y pastores, y entre los amigos de Basilio el pobre, y en general en la compañía de cualquier sér desdichado, como se percibe su inquietud y su malestar en la casa de don Diego y en el palacio de los Duques.

Hay un contraste cómico entre la esperanza que tenia Don Quijote de encontrar en aquellas encrucijadas, en ménos de dos horas, más caballeros armados, «que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la Bella,» y el encuentro con una majada de pastores, que es el principio de la segunda narracion. Yo no creo que este episodio, que se desarrolla pacífica y amigablemente teniendo por teatro la rusticidad y belleza de la naturaleza, deje de formar parte de un plan estudiado por el autor al poner la pluma en manos del historiador arábigo, y mucho más cuando destina este su primer capítulo á describir física y espiritualmente á Dulcinea, como no lo hace en ningun otro; esto es, yendo al fondo de la cuestion y tomando Vivaldo el asunto de las damas, no como cosa de amores, sino como una verdadera religion.

Preciso es advertir, que Cervantes no emplea constantemente el simbolismo ó máquina poética caballeresca en fines más ó ménos altos ó profundos en todas las aventuras, como no pinta siempre loco á Don Quijote, ni siempre simple á Sancho, y en esto consiste el mérito de su invencion, cuya variedad aumenta su belleza; pero la ocasion es tan apropiada en estas escenas tranquilas, y hay en el diálogo de Vivaldo y Don Quijote, tanta agudeza, intencion é ingeniosidad de parte de éste, que no vacilo en asegurar que el carácter de demente no asoma ni se percibe en el protagonista en éste episodio, y que el hidalgo representa ó se hace el loco, lo cual es cosa muy distinta. Y en efecto, como la fábula es cómica en lo aparente, y aventuras y escenas habian de venir llenas de humor festivo, paréceme que Cervantes aprovechó deliberadamente esta coyuntura en que el argumento es serio y el decorado solemne, y las figuras sencillas y al natural, para dar alguna idea de la significacion de la dama de Don Quijote: significacion que toma más realce al tratarse cabalmente de un amor mundano y sensual como el de Crisóstomo, y de un ídolo peligroso como la hermosa Marcela. Hay, en efecto, una verdadera antítesis entre el amor platónico, espiritual, celestial de Dulcinea, que da vida, energía y contento, y el amor desvariado que contrista y mata al desesperado pastor. Casi parece como que Cervantes lleva el intento de exponer un panorama de la vida, empezando por una perspectiva de la naturaleza en toda su pureza, rusticidad y frescura, agrandada y ensanchada á la imaginacion del lector con el canto de la edad pasada, en ese bello idilio de la edad de oro, y que ante este altar purísimo, la *caballería-amor* es el único sacerdocio, y Dulcinea, símbolo de la verdad, el bien y la belleza, el único ídolo que el hombre debe adorar; pintándonos para dar relieve á la idea, los estragos, la fiebre y la desesperacion del amor que en lo material se funda.

Como quiera que sea, y volviendo al aspecto puramente artístico, imposible es delinear con más colorido y carácter, ni tratar de una manera más clásica y comprensiva, los personajes y la vida pastoril en general. Del encuentro, de noche, con una media docena

de pastores, sale como por encanto un pequeño mundo y una asombrosa variedad de accion. Aquí pastores rústicos é ignorantes, pastores habladores y ladinos, éste músico, aquél enamorado, que en un romance inimitable canta el amor tímido y callado que por obras quiere darse á entender. Nada hay comparable á la sana frescura, castidad y robustez que respira este romance y á la propiedad de los pastoriles conceptos é imágenes, pruebas y protestas con que descubre el pecho el rústico amador. Ese ponerse las galas de domingo entre semana, sus músicas al canto del gallo, los celos é indirectas de la Teresa Berrocal, el desafío por la imprudencia de esta zagala, el propósito honesto de matrimonio, el desear la coyunda y hacer voto, donde no, de meterse á capuchino, están respirando esa ingenua y viva pasion que enardece á los hijos de las selvas y los prados, y no la que consume y enferma en las ciudades y las cortes, traducida siempre en hipérboles y artificiosos conceptos. Ni dejamos de ver cómo un pastor ladino estropea el lenguaje, ni las nuevas extraordinarias del pueblo, los amores, las hablillas, la curiosidad de las gentes por el suceso de Crisóstomo y la desaparicion de la Marcela, ni cómo vive un Beneficiado en una aldea, y finalmente, para que nada falte á este completo cuadro, termina con el cadáver del amante cerca de la fosa, la lectura de su cancion desesperada, la aparicion divina de Marcela, el bello apóstrofe de Ambrosio, y la apología de la pastora, cosas todas de un tinte romántico y dramático por excelencia. ¿Pero qué tocará la mano del genio, que no sublime, engrandezca y ennoblezca, aunque sean los asuntos más triviales?

En mi obra *La verdad sobre el Quijote* indiqué alguna razon por la que creo que esta figura de Marcela debe pertenecer á la segunda parte del poema pastoral la *Galatea*, como contraposicion, en el bello sexo, al tipo desamorado de Lenio que se pinta en la primera parte, y ahora añadiré, que el estilo ó manera de hablar de Marcela tiene muchos puntos de contacto con las tésis dialécticas que sobre el amor se debaten entre los pastores letrados de las riberas del Tajo y el Henares.

Capítulo XV. — 1. — *Ordenó pues la suerte.* — Dice un proverbio que los juegos y las bromas han de dejarse cuando más gustan, y las véras corren la misma cuenta, de donde, sin duda, se originó nuestra expresion familiar: «bueno está lo bueno.» En un libro de la naturaleza del Quijote, concebido por autor tan discreto, no habia de faltarse á estas sábias prescripciones, mucho más cuando la oportuna mezcla de lo serio y lo cómico, lo ligero y lo grave habia de ser su distintivo. Urganda se lo previene así, irónicamente, al decirle que no se despunte de agudo, ni se venga con filosofías, ni se meta en dibujos; lo cual, segun hemos visto y se verá despues, se refiere á que *use* de la travesura de su ingenio, pero que no *abuse*; es decir, que á lo mejor del juego suelte los naipes. Despues de la seriedad, idealismo y elevacion que acabamos de notar en los capítulos anteriores, y especialmente en el diálogo del caballero y Vivaldo, impregnado de finísima sátira y profunda intencion, varía por completo el escenario y parece que el genio de la risa, el mismo Momo y todos sus satélites, bojigangas y moharrachos entran en escena para jugar á la pelota y al abejon con los dos personajes. En efecto, las caidas, porrazos, palos, puñadas y mojicones que se reparten sobre los desdichados señor y escudero, desde este capítulo XV hasta el XIX son tantos, que no hay matemático que los cuente, y apénas tienen las costillas de ambos un momento de reposo. Aquí cuadra decir de Cervantes, lo que él dijo de su discreto amigo del prólogo: «Cayó bien en la cuenta de que su libro era *todo él* una invectiva contra los libros de caballería,» de lo cual parece que se iba *olvidando ó distrayendo*, y acordó de cambiar de rumbo y contentar á los mozos, los niños, los pajes y el vulgo en general con una serie de porrazos, caidas de Rocinante, quijotadas y más quijotadas, palizas sobre palizas al caballero, sin olvidar su tanto de racion en las espaldas del escudero, por participante en los *gajes* de las caballería.

2. — *Mal parado en el suelo.* — Difícil será que encuentre alguno la filiacion que todo esto tenga con los libros ni las aventuras de los caballeros andantes. Por el contrario, tiene, y mucha, relacion con un fenómeno por desgracia muy comun en España y otros países, hijo de la barbarie y de la ignorancia, cual es el de la crueldad con los animales.

3. — *La debida venganza del agravio.* — Un notable escritor moderno ha dicho, hablando del amor, particularmente en sus manifestaciones del culto religioso:

«Aquellos *oran* bien que *aman de véras*,
Al hombre, al pez, al ave y á las fieras.»

Aun tardará mucho para que esta noble máxima sea una verdad por todos reconocida; pero por fortuna, hay ya mucha diferencia entre la manera de considerar el hombre en los pasados tiempos á toda la creacion animada, y el concepto que hoy de ella se tiene por los sabios y las personas ilustradas.

Quien quiera puede tomar á burla todo este pasaje del Quijote; pero bajo esa aparente forma hay el fondo de que la justicia del hidalgo trasciende de la esfera puramente hominal ó racional á la de los animales, y que llama *agravio*, como lo es realmente, al tratamiento brutal y cruel que los yangüeses dieron al pobre caballo, ya bien castigado por las yeguas. Esta aventura no tiene otra base, nervio ni fondo, sino el presentar un hecho muy comun en épocas de atraso real, en medio de grandeza aparente, seguido de protesta, indignacion y de la *debida venganza.* La palabra *agravio* aplicada al trato cruel hácia el caballo, puede tomarse en sentido burlesco y en sentido sério. ¿Por qué no en este último? ¿Con qué derecho se pretende mayor libertad para juzgar pequeños y mezquinos los propósitos de un autor y se niega esta para juzgarlos nobles, sérios y elevados? Yo diria que en tales conflictos debia tener el autor el beneficio de la duda. Pues bien, tomando en serio, como debe ser despues de todo, la palabra *agravio* da á entender que Cervantes pensaba de los séres inferiores como se piensa hoy, y téngase en cuenta que si Don Quijote, ú otro hidalgo, hubiera salido por el mundo como hoy lo hacen por las calles de Lóndres *Lord Shaftesbury* y otros caballeros, para perseguir y castigar, no á los *facedores de agravios y entuertos* contra doncellas, sino contra los animales, habria parecido en su tiempo un loco más ridículo

que lo fué el Ingenioso Hidalgo. Aun todavía no falta quien se ria cuando al preguntar los jueces por la personalidad del acusador, responden: «Yo pertenezco á la (órden) Sociedad protectora de animales.»

4.— *Yo valgo por ciento.*—Expresion felicísima que realza por extremo el carácter del hidalgo. Nada hay que recomiende al hombre como el valor moral, y á este es al que alude Don Quijote, pues físicamente el éxito era imposible entre dos contra más de veinte. Esto no es arranque de loco: es indignacion de justo. ¿Qué reino va á ganar? ¿Qué empresa va á añadir á su escudo? Aquí no hay más sino el valor moral que realmente *centuplica* las fuerzas.

5.—*Movido del ejemplo de su amo.*—El bien es contagioso como el mal, y el heroismo tanto como el pánico. Sancho se enaltece á nuestros ojos al verle, siendo naturalmente pacífico y cobarde, arremeter tambien contra un número superior de hombres, por el contagio del valor moral de su amo. Este exquisito conocimiento de la naturaleza humana lo poseen sólo los grandes genios, y estos saben cómo pintar contrarios efectos en un carácter, sin falsearlo ni caer en contradiccion ni inverosimilitud. Hasta la espada que parece venir llovida á las manos de Sancho («que en su vida se la puso»), se perdona al autor, en gracia á esta fiel imitacion de la naturaleza humana, en caso tan noble y excepcional. Y Don Quijote, á quien veremos huir, queda siempre valiente; y Sancho, á quien vemos pelear, queda siempre cobarde.

Capítulo XVI.—1.— *Vuestra gran bondad me ha puesto.*—Aquí hay realmente burla ó parodia de las escenas caballerescas, y sin duda se parodia el lance ocurrido á Perion en el Palacio del Rey Languines con la princesa Elisena, que fué por ende madre de Amadis. Pero, por lo mismo, en este pasaje es donde hay más fina y profunda intencion y sátira, que podríamos llamar colateral ó trascendental, porque si pinta los efectos que producen la misteriosa luz de una lámpara, la maravillosa quietud y el silencio de la noche en la imaginacion calenturienta de un sér enfrascado en cierto género de ideas, claro es que la pintura no tiene un coto ú orilla como el mar, á la que se pueda decir, «de aquí no pasarás.» Al pintar Cervantes estos fenómenos con el humor cómico que lo hace, ¿ignoraria que estaba pintando todos los congéneres y análogos? Bonterweck habia dicho ya á principios de este siglo: «y ¿qué me decis, con que Don Quijote se volvió loco con la lectura de los libros de caballería? ¿No habria sido lo mismo con cualquiera otra tomada tan á pechos?»

En efecto, si lo que Cervantes pinta no fuese fenómeno psicológico, de nada serviria, ni tendria valor alguno el pintar una excepcion ó caso particular. El mérito consiste en que pinta un estado universal del cerebro humano, producto invariable en su esencia de ciertos antecedentes y determinadas causas, y cuando estas causas y antecedentes existen, los consiguientes son fatales, y sólo varian en la forma; en el fondo son idénticos, á saber: alucinaciones, visiones, ópticas falsas, trasformaciones, en una palabra, artefacto de la imaginacion sobre la realidad de las cosas.

Que Cervantes sabia el alcance de su sátira, es innegable. Podria ignorarlo el vulgo, y los mismos hombres ilustrados que no hubiesen hecho estudios sobre esta materia. Pero desde el momento en que se admite, y esto es incontrovertible, que Cervantes estudió estos fenómenos, puesto que sin estudiarlos no podria describirlos ni conocerlos, despréndese que no conoceria una clase sola, sino que habria observado sus efectos en varias direcciones y en casos varios, y lo natural es, que en ninguna otra esfera hallase en aquella época, mayor número de ejemplares que en la religiosa, entonces en todo su fervor y fanatismo.

Capítulo XVII.—1.—*Consintió que lo gustase?*—No es menester muy larga vista para echar de ver lo que quiere decir todo esto del milagroso bálsamo, que despues de todo se compone de los más simples y conocidos ingredientes. Al decir Don Quijote, que no opera en Sancho porque no es *armado caballero*, es evidente que quiere decir que le falta la *fe*, que es el todo en estas recetas, bálsamos y aleluyas que se llamaban y aún hoy se llaman milagrosas.

2.—*Asió de un lanzon, que allí estaba.*—El docto señor Hartzenbusch, á quien se deben correcciones del texto felicísimas, y tales, que sin su conocimiento y experiencia en esta materia fueran imposibles, introdujo la variente *de su trancon;* sin embargo, las ediciones todas decian, «asió de *un lanzon*, que allí estaba, para que le sirviese de lanza.»

Suponiendo correcta la variante introducida, resulta una frialdad la frase ó inciso, *que allí estaba*, pues claro es que debia estar allí para tomarlo. Igualmente resulta fria y como ripio la frase final, «para que le sirviese de lanza,» pues desde que lo desgajó del árbol le habia servido como tal hasta entónces.

Por el contrario, conservando la diccion antigua, todo cambia de aspecto y aumenta en calor y color. Al irse ya, ve una lancilla ó chuzo, que en un rincon de la venta estaba, y la tomó para que le sirviese de lanza. De otra manera no se explica que sus armas y aparejos estuviesen todos en un sitio y que el trancon sólo, se hubiese ido, como dice el vulgo, andando por sus piés, para ponerse en aquel rincon.

Esto es tan evidente, que no hay necesidad de insistir más en ello.

3.—*Terciando su lanzon.*—Por las anteriores razones, debe preferirse la antigua version de «lanza» á la de «trancon.»

Capítulo XVIII.—1.— *Volvernos á nuestro lugar.*—Pronto se le caen al escudero los palos del sombrajo y se desvanecen sus ilusiones y renuncia á reinos, ínsulas y condados. La mudanza está no obstante bien justificada. Don Quijote remacha el clavo, al decir que no pudo librarle del manteamiento por ser fantasmas los manteadores y estar él encantado de modo que no pudo subir por las bardas ni apearse de Rocinante, lo cual es demasiado llover sobre mojado. En efecto, el aprendizaje que llevó en poco tiempo es capaz de hacer abrir los ojos al más iluso. Con todo eso, ya no puede decir que peca de ignorancia, sino de confianza, y lo que yo veo en la continuacion de los servicios de Sancho despues de desengaños tales, es lo que distingue á nuestra raza: á saber, un placer inmenso en abandonarse á la ventura y á lo que tenga la menor sombra de agarradero, aunque sea en lo milagroso y desconocido, tendencia que distingue á la raza latina y especialmente á la española. Es un gran halago al amor propio, á la independencia y á los instintos

fantásticos de nuestro pueblo eso de estar á lo que Dios proveerá y la suerte vaya dando de sí, «hoy apaleado y mañana emperador.» Las probabilidades estaban de parte de los palos; pero una siquiera en favor de la corona es capaz de compensarlo todo. Y además, no hay duda que el hallarse fuera del mecanismo social y comulgando á solas con el Creador y la naturaleza tiene cierto atractivo para la dignidad humana. No obstante, el argumento concreto que aquí convence á Sancho es la seguridad y formalidad con que cree su amo que encontrará en alguna venta de la Mancha, la *ardiente espada* de Amadis de Gaula. El sin número de prodigios que ve ya en perspectiva le hace perseverar en el escuderil servicio.

2.—*El miedo que tienes.*—La multitud de bellezas literarias y artísticas que se notan en este inapreciable capítulo es tal, que áun en tratado especial habia de ser acaso asunto inagotable; pero todavía son más superiores los puntos que con referencia á pasiones de ánimo y patología psicológica trata aquí Cervantes con su acostumbrada profunda observacion. Es, en efecto, de admirar, cómo el autor, en las escenas más comunes y triviales, y con los elementos más ruines, camina siempre llevándonos por una region elevada y desentrañando, por decirlo así, lo íntimo de la naturaleza humana y mostrándonos sus más esenciales resortes y fenómenos. Nada más feliz que el tomar pié y motivo de la polvareda que causa una manada de animales para decantar sobre ilusiones de la fantasía preocupada; pero no es esto lo ingenioso, sino que el mismo paciente hace observar á Sancho, que el miedo, otra pasion de ánimo, produce en él peores efectos. El miedo, como el fanatismo, son verdaderas *polvaredas* que impiden ver claro á los ojos de la inteligencia, y es propio sólo de Cervantes, sagaz observador, el hacer conocer á un preocupado, que tal estado de ánimo impide á otro *ver ni oir á derechas.* No puede rayar más alto la humorística y al mismo tiempo fiel pintura de lo que acontece á los pacientes de esta clase de achaques cerebrales. En la vida social hay miles de ejemplos de esta clase, entre personas que son tenidas por cuerdas y discretas, y esta es la causa de que no se noten como Cervantes lo hace notar aquí, poniendo esa observacion en los labios de un loco. ¿Qué más humano ni curioso que el ver á un hombre ofuscado, sosteniendo un error, y admitiendo al propio tiempo que hay en su interlocutor otra causa mayor de errores?

3.—*Valeroso Pentapolin Garamanta.*—Se ha pretendido por un crítico, miembro de la Academia, que los reyes, caudillos y caballeros principales de estos ejércitos eran personajes de rango y posicion en la época de Cervantes y que los nombres puestos por este están indicando su respectiva trasparencia. Laurcalco, señor de la Puente de Plata, es el duque de Lerma; Pentapolin, rey de los Garamantas, del arremangado brazo, es el escribano don Pedro Franqueza y así por este órden están en otros representados el conde de Villamediana, don Bernardino de Velasco y otros. Semejante interpretacion fué combatida por mí en un extenso artículo inserto en *La España Literaria*, 1863, Sevilla, y desde esa fecha no he visto argumento ni encontrado yo mismo razon para retirar ninguna de las muchas observaciones que en él expuse y de las cuales daré aquí una idea compendiosa.

1.° Segun el crítico, los dos ejércitos son los dos partidos que sordamente se disputaban en España el esquilmo de las rentas, de los negocios y de la provision de destinos, lo cual hace deducir, que ayudando Don Quijote á uno, se hacia cómplice de tales manejos é infamias.

2.° Para una mente tan creadora como la de Cervantes, parece impropio representar tales vampiros y malvados por medio de carneros y ovejas.

3.° Siendo estos carneros y ovejas, segun aclaracion posterior del intérprete, las muchedumbres de dóciles súbditos de Felipe III despotizadas y regidas por hombres que estaban muy léjos de merecer gobernarlas, es de muy mal efecto que el noble manchego venga á herirlas encima, añadiendo afliccion al afligido. Debo advertir, de pasada, que cuando Cervantes escribia este capítulo, no habia muerto Felipe II, ni soñaba estar en el trono el tercer Felipe.

4.° Siendo Pentapolin representante de tan redomado mozo como el tal Franqueza, preso por sus latrocinios, no se comprende que sea el merecedor de las simpatías de Don Quijote, y que le pinte como valeroso é injustamente atacado por Alifanfaron.

En toda esta aventura no hay semejas de tal artificio, ni el carácter de los personajes aludidos está en la línea ni posicion que corresponde. Tales trasparencias son demasiado accidentales y por decirlo así, sostenidas con alfileres, para que puedan admitirse en buena crítica, y aunque supusiésemos que dichos nombres representan determinadas personas, á nada conduciria ni nada enseña ni vemos objeto serio alguno en ese juego que estriba sólo en la diccion y no se amolda ni encaja con el espíritu de la aventura.

Cuál sea este no es difícil de averiguar, porque Cervantes continúa presentándonos al hidalgo bajo el influjo de alucinaciones, y cuando el mismo autor señala el propósito que tuvo, no hay para qué buscar otros. Bien claro lo manifiesta al decir que las dos polvaredas se imaginó que eran causadas por dos ejércitos, «porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, etc.»

En lugar de buscar los críticos esas rebuscadas semejanzas en esta aventura, ¿por qué no se fijan un poco en nuestra misma historia y en nuestras crónicas y vidas de Santos donde tal vez en medio de iguales polvaredas nos describen los historiadores que vieron pelear al apóstol Santiago, por ejemplo, describiéndonos al por menudo su traje, sus armas y hasta el color del caballo? ¿Tenian más realidad estas visiones de la imaginacion exaltada de los fervorosos creyentes, que los caballeros que imaginaba ver Don Quijote? ¿No se ve como por tela de cedazo la fina sátira que lanza contra alucinaciones que todavía pasan por hechos reales, miéntras que el orbe entero se rie con las del manchego hidalgo? ¿*Cur tam varie?* No parece sino que unas obedecen á una ley y otras á un achaque. Todas son, sin embargo, hijas de un mismo orígen y efectos de una misma causa, sin más diferencia que unas están en libros serios y estas se ven en un poema jocoso; que aquellas están contadas por personas que se dicen en su cabal juicio y estas por uno á quien se representa como loco, y finalmente que aquellas se relatan para que se crean y estas se pintan discretamente para que se duden, mostrándonos el mecanismo interno donde se fabrican y los elementos que contribuyen á producirlas; fin

moral provechoso y de grande trascendencia, que áun se deberá al QUIJOTE, cuando por todos se comprenda su verdadero espíritu.

4.—*Pero no vayas ahora.*—En *La Estafeta de Urganda* inicié la idea de que el carácter de Don Quijote, como maniático ó desquiciado el juicio por la caballería, no es lógico, perseverante ni consistente. Bajo el punto de vista del arte no podia serlo, pues nada apareceria más monótono, repulsivo y anti-artístico, que los actos y pensamientos de un personaje encaminados siempre en una direccion. Esto puede ser tolerable en un drama ó en un sainete; pero seria insufrible en la complicada y más extensa representacion que tiene una novela ó poema. Tal es el defecto esencial del QUIJOTE de Avellaneda, personaje que presenta sólo una faz perpetua é invariable, eliminando así todo interés, y haciendo que el lector no encuentre diferencia alguna en las escenas, y que las aventuras, mudados el lugar y las palabras, sean iguales en el fondo. Como en un drama se desarrolla un solo argumento, la lógica en el carácter es de mayor necesidad; pero como los argumentos de un poema varian en cada aventura ó episodio, lo unísono del carácter acabaria con la paciencia de los lectores. Basten, por ahora, estas observaciones por lo que hace al terreno del arte.

En cuanto al espíritu, que es lo que principalmente voy examinando, el presente pasaje muestra la verdad de mi segunda afirmacion en estas notas sobre el carácter de Don Quijote, á saber: que unas veces piensa y obra como loco, y otras *hace el papèl de tál.* Propio fuera de loco insistir en que Sancho subiera en su jumento y siguiera los ejércitos, porque esto indicaria la fe viva é inquebrantable que tenia en que en alejándose un poco habian de volver á ser soldados y hombres hechos y derechos. Pero decir que no vaya entónces es admitir algo de *componenda con su fantasía*, cosa inadmisible en un fanático. Se me figura este pasaje como cuando en el teatro un actor agradece con cortesías los aplausos del público, ó cuando un trágico, por ejemplo, representa el papel de Otelo, con frac y corbata blanca en un salon. Esa salida de Don Quijote de «no vayas ahora,» bajo el pretexto de que quiere ver las muelas y dientes que le faltan en la boca, es demasiado trasparente para que no se conozca que Don Quijote, como familiarmente se dice, *está en autos.*

5.—*Que vuestra merced dice que conoce.*—En la respuesta que da el hidalgo á esta pulla de Sancho Panza, se ven comprobadas las observaciones de la nota anterior. ¿Cómo es que aquí desfallece el ánimo de Don Quijote y responde lo que respondiera no sólo el hombre más cuerdo del mundo, sino el mayor burlador de los idealistas, ascetas y visionarios? Un autor adocenado habria representado aquí á Don Quijote verdaderamente feliz y contento por tener que ayunar ó comer yerbas, y en decir esto habria sido lógico con el carácter del personaje. Pero ¡cuánta diferencia! En un caso, una repeticion, una copia mísera de situaciones é impulsos ya conocidos, de modo de pensar ya manifestado, sin interés, sin novedad y sobre todo sin verosimilitud ni conocimiento de la naturaleza humana, porque en vano querrá el poeta, el romántico, el idealista, siquiera esté en el grado de la demencia, persistir en sus lucubraciones ó manías cuando la naturaleza hace sentir sus imperiosas leyes. Hay un límite en las mismas desviaciones que providencialmente hace volver al centro; funciones naturales que con su regularidad inalterable son como contrapuestas fuerzas al desequilibrio del espíritu, como tambien es la energía del espíritu fuerza que equilibra el desórden de la materia.

CAPÍTULO XIX.—1.—*El siguiente capítulo.*—La historia *interlíneas* ó el principal argumento de esta aventura se hallan explicados con extension en *La Estafeta de Urganda*, é incidentalmente en *La Verdad sobre el Quijote* y en el 5.° artículo de los publicados en la *Revista de España*, con el título de *Progreso en la crítica del Quijote.*

Con todo, es tal la importancia de las personas, las instituciones, y las alusiones que en él rebosan, que siempre habrá materia para nuevos comentarios. Aquí podríamos decir, que el espíritu domina y avasalla la forma, con tal poderío, que apénas se reconoce literalmente á Cervantes; esto es, que no vemos en la ejecucion artística ninguno de esos rasgos de diccion, elocuencia, ni belleza puramente de forma en que tanto se distingue nuestro autor. Al contrario, es uno de los capítulos más descuidados y huérfanos de *cervantismos*, y aunque así y todo, no puede decirse defectuoso, ni endeble, sin embargo, no raya al nivel general de su estilo, y la razon es, que como en los cuerpos humanos, no es tan fácil reunir siempre en las obras igual excelencia en la forma y en el fondo, y en esta aventura el fondo preocupaba más á Cervantes que la exterioridad ó corteza que lo encubre.

Los que se obstinen en no querer ver la luz, pues no á otra cosa puede compararse la claridad de las pruebas con que he mostrado, que todo el fondo de esta aventura es materia auto-biográfica; que Alonso Lopez, el Bachiller, es el Bachiller Blanco de Paz; que ese cabildo ó procesion de clérigos enlutados, representa la Inquisicion tenebrosa; que el cadáver de la litera representa ser el cadáver de don Juan de Austria; que el nombre de caballero de la *Triste Figura* es aplicable á la que hizo Cervantes en la corte de España, gracias á la mala luz de las falsas delaciones del doctor Paz (representadas en la luz del hacha, que arde *aún caida* en el suelo), y que, en suma, Don Quijote desaparece espiritualmente y se sustituye la verdadera figura y personalidad del autor: los que se obstinen, repito, en no admitir esto, tendrán por fuerza que admitir lo que del sentido literal se desprende: y para que se acabe, de un golpe, esta ya antigua controversia, voy á presentar el otro extremo del dilema.

¿En qué capítulo de la órden de caballería, ó en qué tratado de alienaciones mentales, ó en qué antecedente del carácter de Quijano el Bueno han visto los críticos de la letra la razon que justifique el odio que muestra Don Quijote contra los frailes y gentes de Iglesia? Si admitimos que nada hay en este capítulo más que lo que está á la vista, resulta Don Quijote anti-religioso y sacrílego *gratuitamente*, por puro alarde de serlo. Yo no sé qué tenga que ver la locura en este caso, para paliar ese, al parecer, intenso rencor é ira que ha mostrado ya en breve espacio, en dos ocasiones, con los frailes Benitos y los once ó doce sacerdotes que acompañan al cuerpo muerto. La locura de Quijano, sabemos por confesion repetida del autor, que no es general ó trascendente, sino monomanía, ó desrazonamiento en lo que toca sólo á la caballería y sus historias. Quijano podria ser todo lo demente que al autor se le antojase, guardando al mismo tiempo respeto á las personas eclesiásticas, como lo guarda á otras muchas. Avellaneda, por ejemplo, pinta á

su Quijote devotísimo, oyendo sus misas y rezando sus rosarios como un católico, apostólico, romano. Aquí podríamos decir, que nada quita lo caballero á lo católico, y Don Quijote tenia campo ancho para hacer mil locuras y disparates sin meterse con los frailes ni tratarlos tan despiadadamente. Pero es al contrario; y hasta el mismo Sancho, que conociendo eran sacerdotes, debió haberse reportado algo, muestra no tener escrúpulo alguno de chancearse con ellos, cual se deja ver en esta frase: «Si acaso quisieren saber *esos señores* quién ha sido el *valeroso* que *tales los puso....*»

Afirmo y sostengo que es poco edificante esta aventura si se considera en su sentido literal, porque entónces resulta injustificado este rencor y tratamiento. Segun mi interpretacion incontestable, esa porcion de sacerdotes no representa á la Iglesia ni al clero, sino á la Inquisicion odiosa, y ese clérigo caido no lo es tal, sino un suplantador de estado y calumniador de oficio. Escojan, pues, los críticos.

Por último, una prueba irrebatible de que el espíritu ó argumento interno de esta aventura es el que explico en mis *Comentarios filosóficos*, se encuentra en las siguientes observaciones. Si ese argumento no fuese el verdadero, no podria verse revelado desde el principio de la aventura en todas sus partes y accidentes. La historia secreta no podria convenir con la forma, si mi interpretacion no fuese la exacta. No hay detalle, por mínimo que sea, que no tenga más valor é interés aplicado al argumento entre-líneas. Por el contrario, hay pormenores innecesarios para el sentido externo de la aventura, como son el nombre y patria del caido. Como sátira contra libros de caballería, lo mismo importa al lector saber su nombre que no saberlo, y lo mismo le da que sea Lopez ó Fernandez. Igual razon milita con la declaracion de su estado y categoría, pues para el cuento no hacia falta saber si dijo verdad ó mentira al llamarse Licenciado, siendo sólo Bachiller. Todas estas razones, y el hallarse comprendidos los nombres de Blanco de Paz, en las palabras, Lopez de Alcobendas, forman un cúmulo de evidencia tal, que no es posible destruirla, ni áun se ha intentado siquiera combatirla.

Es de creer que éste fuese uno de los obstáculos por quienes decian el doctor Suarez de Figueroa, Lope de Vega y consortes, que el QUIJOTE les *enfadaba*.

Navarrete, Quintana, Clemencin, Merimée y otros han dicho, que las alusiones á personajes y sucesos contenidas en el QUIJOTE debieron ser más gustadas y apreciadas por los contemporáneos, pues pudieron entenderlas mejor que nosotros. Esto no es exacto. Tal pudo suceder con alguno que otro mínimo detalle, cuyo conocimiento ó ignorancia es indiferente, y estos son en el QUIJOTE en muy escaso número. Alusiones y trasparencias de gran importancia como ésta y otras que más adelante notaremos, sólo fueron comprendidas por muy corto número de personas, y eso no en todo el alcance que hoy se conoce por todos, mediante el ministerio de la crítica y el comentario.

CAPÍTULO XX.—I.—*Peor es meneallo.*—El designio manifiesto de Cervantes es presentar al par el idealismo más puro y el realismo más grosero, que si andan mezclados y alternados en la naturaleza, quizás nunca en la profunda y bella oposicion que aquí los presenta el arte. Los accidentes externos de la naturaleza inanimada producen alteracion en los dos personajes; pero en efectos diametralmente opuestos: en el uno el valor, en el otro el miedo. Este fenómeno jamás ha sido pintado ni descrito con la magnífica extension y profundidad con que lo hace Cervantes. Aquí se ve el alma libre en toda su grandeza, y el alma esclava en toda su pequeñez. Lo que sublima á la una, abate á la otra; lo que engrandece la del hidalgo, empequeñece la del escudero. Y ¿áun habrá míopes que nieguen que Cervantes pinta los extremos de la poesía y espiritualismo, y los extremos de la prosa y materialismo de la vida humana? ¿Puede hacerse todo esto sin propósito ni conciencia de lo que se hace?

Notemos la decoracion y los personajes.

Don Quijote, alto, delgado, sobre un caballo ético, excitado por el ruido y la perspectiva temerosa á acometer una aventuar desconocida, misteriosa, en la fiebre del valor moral, decidido á luchar con el cielo y la tierra si necesario fuese, lleno de la grandeza de su mision, equiparado en lo espiritual á un genio capaz de afrontar con todos los peligros del mundo, confiado en su generoso y noble empeño de volver á la feliz edad dorada y extirpar el mal en la faz de la tierra.

Sancho, pequeño, rechoncho,

«*l'esprit enfoncé dans la matiere*»

cerca del suelo, como su señor cerca del cielo, temblando de miedo, esclavo de visiones temerosas, artero, embustero, malicioso, y por último, mezclando en el cerebro del romántico andante, los vapores de la inmundicia de su cuerpo con la brillante y mágica humareda de una poética fantasía, y haciéndole tragar, por añadidura, la prosaica, estúpida y vulgar conseja de la Torralva. No puede darse mayor contraste ni más bien ideada pugna de lo grande y lo pequeño, lo ideal y lo real, lo poético y lo prosaico.

CAPÍTULO XXI.—I.—*Son estrechas las leyes de caballería.*—Son, en verdad, muy raras las ideas de Sancho acerca de la propiedad. Ya se ha visto que estando en el suelo un fraile, arremetió á él y empezó á quitarle los hábitos, y que despues se enredó con el repuesto de los encamisados y les robó gran parte de las provisiones. Aquí, quiere apoderarse del asno del barbero y ya que no es posible, le quita los aparejos, por ser mejores que los suyos. Con razon, dice Cervantes, que era algo *codicioso* el mancebo. Estas inclinaciones hacen, que á pesar de su fidelidad y algunos actos plausibles, el tipo de Sancho diste infinito de ser tan simpático como el de Don Quijote, siempre sobre los estribos de su nobleza y magnanimidad de alma y corazon, pues si es verdad que en el lance de los ejércitos dijo que tendria tantos caballos en que escoger que áun corria peligro Rocinante de que le trocara por otro, no lo hace en tono afirmativo y decidido. Sancho, en cambio, no tiene escrúpulo de cambiar el Rucio á quien llamaba hijo y fiel compañero de su vida. Lo bueno del caso es, que Cervantes traza los hechos de manera, que siempre en el pecado hace llevar la penitencia.

Los lectores observarán que el despojo que quiso hacer del fraile, le costó una lluvia de palos; que el hartazgo que se dió con las fiambreras de los clérigos, le produjo lo que vino á valerle dos palos con la lanza de su señor, y que este cambio de los aparejos le vale más adelante una lluvia de coces y puñadas del barbero en la pendencia de la venta.

2.—*Así será.*—Todo este capítulo es de la naturaleza de aquellos que Cervantes ingiere para llevar adelante la trama de la fábula y justificar su propósito aparente. Aquí tenemos ya en escena un objeto baladí que representa gran papel en lo sucesivo y muestra la habilidad del autor en sacar tanto partido de cosa tan pequeña y vulgar como una bacía de barbero, sujeto y gérmen de varios lances y escenas extremadamente cómicas en el discurso de la fábula.

En comprobacion de lo que ántes dije sobre las alusiones á personajes, puede servir la que hace Sancho al «señor muy pequeño, que decian que era muy grande,» y llevaba tras sí á caballo á un hombre que le seguia las vueltas. Es posible que muchos lectores de la corte supiesen quién era este señor, puesto que de los de las provincias no hay que hablar; pero fuese quien fuese, ya se echa de ver, que poco ó nada se adelantaba con saberlo. En efecto, el asunto es de suyo tan insignificante, que los lectores del siglo XIX no tienen qué envidiar á los del XVII. De esta clase de alusiones á que se refieren los críticos, apénas habrá una docena en todo el QUIJOTE.

CAPÍTULO XXII.—1.—*Paciencia y basta.*—Mucha debió tener la pobre humanidad en estos calamitosos tiempos, donde tal andaba la administracion de justicia. Aunque no sea más sino por el ejemplo que hoy nos ofrece Inglaterra, donde tras de una magistratura inamovible y recta, se halla el gran tribunal de la opinion pública, debiera la humanidad bendecir el progreso de la civilizacion.

2.—*Y desdichado.*—Hay bastantes indicios para conjeturar que este Ginés de Pasamonte no es un personaje creado enteramente por la imaginacion de Cervantes, y tales son los pasajes en que se habla del deslinde de nombres y sobrenombres; lo de haber escrito su vida y tenerla en más estima que el *Lazarillo de Tormes;* la consideracion con que Cervantes le trata y estimacion que hace de su habilidad, lo cual parece indicar alguna analogía entre Mateo Aleman y Ginés, mucho más cuando se nota que en el nombre de *Pasamonte* está en anagrama el de *Mateo.*

3.—*El torcido juicio del juez.*—El espíritu embebido en estas cuatro breves frases ha sido, andando el tiempo, la base de una completa reforma en la legislacion civil y criminal y en los procedimientos judiciales de todos los países civilizados. Probablemente, con todos sus delitos merecian más ir á galeras los que los mandaron, y de seguro más los guardadores que los custodiados.

4.—*Tanto bien habia hecho.*—Aunque esta aventura está dentro del carácter y esfera de parodia ridícula de las hazañas caballerescas, su afinidad ó relacion consiste sólo en el desenlace. Por lo demás, véase el nuevo matiz y diversa faz con que el hidalgo se presenta. Ya su locura parece tranquila y no obstante que se imagina que aquellos hombres van forzados y son opresos, no acomete á los guardas de buenas á primeras, sino que con palabras corteses, y cual pudiera hacerlo el hombre más discreto, bienhechor y caritativo les ruega le digan sus respectivos delitos. Apénas se encuentra otro propósito esencial y superior al de introducir materia que le sirva de base á exponer sus ideas harto avanzadas y utópicas sobre la criminalidad y el derecho que injustamente la sociedad se abroga de castigarla, en lo cual, medio en burlas medio en véras, es precursor de una creencia ya iniciada y que tal vez andando el tiempo venga á ser un hecho, á saber: que el Estado no debe sino prevenir los delitos y que en una sociedad bien organizada, el castigo sólo serán las consecuencias inevitables que se acarreará el criminal por su conducta contra el órden establecido. Emile de Girardin, entre otros, ha sostenido ya esta teoría.

Otro de los objetos, aunque secundario, puede ser el de introducir la figura de Pasamonte, á quien no deja de la vista y vuelve á sacar á la escena más largamente en la segunda parte. Posible es que más adelante se encuentren datos que fortifiquen esta opinion mia, que hasta ahora no tiene más fundamento que una sospecha, nacida del especial sistema de Cervantes cuando introduce hechos y personajes con los cuales pudo tener alguna relacion, y la que se vislumbra aquí es sin duda un beneficio pagado ingratamente por el autor de esa vida picaresca, no ménos *hábil* segun Don Quijote, que *bellaco* segun el comisario y *desdichado* segun el interesado.

Por lo demás, en este capítulo vuelve á lucir el gracejo y vena peculiar de Cervantes y su gran maestría en la narracion, descripciones gráficas y modismos de su invencion.

CAPITULO XXIII.—1.—*Buscaron los galeotes.*—Afirmacion á duras penas admisible. Parece como que en la mente del autor se abrigaba la idea de que estos forzados á galeras no eran tan pervertidos como sus condenas daban á sospechar. Dejar á Rocinante y al jumento y por añadidura la despensa de Sancho en ocasion en que fácilmente pudieran robarlos y utilizarlos, parece impropio de ralea de criminales en toda la extension de esta palabra, y no hay duda de que Cervantes quiso presentarlos con caractéres acreedores á simpatía, que justificasen la defensa hecha por Don Quijote ante los comisarios.

2.—*Agradecido ni bien intencionado.*—Esta insistencia respecto al carácter moral de Ginés, parece revelar especial conocimiento del personaje. Otros detalles de la segunda parte vendrán á confirmar esta conjetura.

1.—*Pág.* 195.—*Lo que se dirá adelante.*—Creo que nada existe en literatura alguna comparable al exquisito arte con que Cervantes comienza, desarrolla y entreteje los románticos episodios de amores de Cardenio, Luscinda y Dorotea, dándoles por escenario la rústica y virginal Sierra Morena, á cuya entrada *se alegró el corazon* de Don Quijote. El encuentro con la mula muerta y la maleta, mudos testigos de alguna tragedia, el argumento que se bosqueja en la carta, la relacion del pastor y la aparicion del desesperado amante, son preciosos eslabones de la poética cadena ó cuento de los amores hecha con arte tal, que sólo deja espacio á la admiracion cautiva en la red de tanta belleza.

Pero hay, sobre todo, un rasgo de primer órden en esta inimitable pintura y es Don Quijote, especie de «figura-humanidad,»

abrazando á un desconocido, á un pobre loco errante sin más títulos que ser hombre y por añadidura desgraciado. Imposible es comprender cómo pudo reconocerse en Cervantes al burlador de todo lo noble y grande, al que zahirió la hidalguía y ridiculizó lo ideal y poético de la naturaleza humana. Es preciso tener los ojos al revés para no admirar lo solemne, patético y nobilísimo del encuentro de Don Quijote con Cardenio y la explosion de amor con que se dirige á éste, pidiéndole le cuente sus desventuras. Acaso la region en que el autor se mueve es demasiado superior para el nivel de las gentes, y este profundo pathos, desprovisto de afeminacion, casi extraño á sentimientos individuales, porque lo humano y universal se antepone á todo en Don Quijote, hace que domine más el humor cómico y la ironía y que pasen inapercibidos estos grandes rasgos, en que Cervantes pinta, no almas de hombres, sino de ángeles. En efecto, del tipo del hidalgo, por desgracia, puede decirse: *de estos locos hay muy pocos.*

Capitulo XXV.—1.—*Cualesquiera que sean.*—Aquí está Don Quijote en carácter de caballero y no se olvida Cervantes de representarle defensor á cierra-ojos del bello sexo. Y cuenta que los tipos de doncellas que generalmente se ofrecen en los libros de caballería, fuera de las damas principales hijas de reyes, están muy léjos de merecer esta veneracion y respeto, pues casi todas son livianas, correntonas, antojadizas y traen á los caballeros en continuos peligros y batallas con sus caprichos y ligerezas. Con todo, la fortaleza y superioridad de estos, los hace indulgentes hasta la adoracion hácia el sexo, como lo da á entender la siguiente profunda máxima de Amadis: «poco deben valer los hombres allí donde se trata mal á las mujeres.»

2.—*No hay estacas.*—La necesidad de sostener el diálogo entre Don Quijote y Sancho en la mayor parte del curso de la historia, paréceme que es otra de las razones por las que adoptó Cervantes el poner abundancia de refranes en boca de Sancho. De esta manera, la parte de instruccion general que falta al escudero para alternar con el amo, casi se llena y suple con la sabiduría vulgar ó filosofía popular envuelta en ellos. La experiencia muestra que los hombres verdaderamente ilustrados emplean pocas veces los refranes en su conversacion. Es propio de ellos el hacerlos, mas no el usarlos. Lo contrario sucede al pueblo, para muchos de cuyos individuos es su única educacion y sabiduría, con lo cual, si se obtienen grandes ventajas, no son menores los inconvenientes.

3.—*Hacer en ellas una hazaña.*—Aquí empieza una de las partes más ingeniosas del sutil artificio del Quijote. Desprovista de encuentros, batallas y alucinaciones ópticas esta decoracion de Sierra Morena, al parecer contemplativa más que activa de parte del protagonista, debe considerarse como la culminante en la primera parte del poema. Su espíritu y significacion se hallan extensamente explicados en el opúsculo intitulado *El Mensaje de Merlin*, y en estas notas trataré de resumirlo con la claridad posible, descendiendo á detalles que no eran propios del plan y propósito de dicho estudio crítico.

4.—*Debajo de la bandera del amor.*—Primera vez que Cervantes deja traslucir la primacía y superioridad que daba al simbolismo de su poema, colocando la bandera del amor sobre la caballería. Más adelante veremos lo que significaba en la época de Cervantes la secta, liga ó confederacion de los *amadores* á que pertenecieron todos los poetas y genios de gran talla. Si se tratase sólo del amor á una dama de carne y hueso, bastaba con decir «la bandera de la caballería,» puesto que ya ha dicho, que caballero sin dama es como árbol sin hojas y que tan natural les es el ser enamorados, «como al cielo tener estrellas.»

5.—*Y deshacer encantamentos.*—La fuerza y la importancia de la segunda intencion de Cervantes son tales, que llegan á punto de casi desnaturalizar el personaje en concepto de monomaniático, como se ve en este pasaje. ¿Es posible que el *valeroso* manchego hidalgo que acomete molinos, ejércitos, y para quien todos los gigantes, endriagos y serpientes son cosa de juego, venga á confesar que le es difícil imitar á Amadis en las proezas, y *más fácil* imitarle en la penitencia de lloros y ayunos, que hacia cualquiera monja ó beata? Esto es puro anti-quijotismo.

Los que hayan leido la historia de Amadis de Gaula, recordarán, que el mismo ermitaño de la Peña Pobre le reprende su afeminamiento y holganza, cuando en vez de llorar y pujar podia estar haciendo cosas más grandes y beneficiosas á sus semejantes; exhortacion, entre paréntesis, que hace responder á Amadis, «que no ha ido allí para que le aconseje en cuestion de amores, sino para que conforte su alma.»

No es, pues, posible, que el ánimo viril de Don Quijote descienda á imitar una de las flaquezas, tal vez la única del modelo de los andantes, á ménos que por amor, dama y penitencia se entienda lo que claramente se desprende de este simbolismo y se verá cada vez más explícito y manifiesto.

6.—*Loco soy, loco he de ser.*—Debo observar aquí, aunque de seguro lo habrá ya notado el lector, que en este cuadro ó perspectiva cambian de lenguaje y de estilo amo y mozo de manera tal, que no puede conciliarse con una sátira contra los libros de caballería. Ningun loco, por regla general, conoce que lo está, ni ménos lo confiesa. Al contrario, dirá á menudo que sus prójimos son los que han perdido el juicio. Pero hay más: aquí Don Quijote llama contra su costumbre, *locuras* á los hechos de Amadis en la Peña Pobre. ¿Cómo no han notado tamaño contrasentido los críticos de la letra? Calificar así Don Quijote actos del príncipe de la caballería, es *ipso facto* colocarse al frente del bando de todos los discretos, y quitar el fundamento, la razon, el encanto, la verosimilitud de su fanatismo y su resolucion. El buen Quijano se enamoró de los héroes de la caballería creyendo que todo lo que hacian era justo y discreto y claro es, que jamás, ni loco ni cuerdo, podia venir á confesar con sus adversarios, que las cosas de los caballeros eran locuras. Esto es, simplemente, pasarse al bando del Cura, el Barbero, Vivaldo y Sanson Carrasco, en lo ficticio, y en lo real al de los moralistas de su época. Semejante traspié no lo daria el autor más adocenado.

7.—*El yelmo de Mambrino?*—Considerado lo antecedente, se ve palmario el objeto del autor al hacer esta pregunta. Don Quijote se ha salido de su molde y su carácter de tal modo que necesitaba una virada ó conversion ejemplar é inequívoca, y ninguna como el hablar á Sancho de la bacía convertida por él en yelmo. La respuesta de Sancho sirve de continuacion á las observaciones

hechas en la nota precedente. En ningun pasaje del poema se trasluce más el hilo de los pensamientos de Cervantes que en esta especie de «aparte» ó inciso relativo al yelmo. Realmente, parece que *se lee* su interior.

8.— *Caterva de encantadores.*— Agencia sobrenatural en la caballería, equivalente á la de los diablos y ángeles en las religiones. Arcalaus y Merlin, y principalmente Freston, pertenecen á la categoría diabólica; Urganda pertenece á la contraria. Siempre que Don Quijote apela á este resorte, por más disparates que diga, no tiene Sancho más que encogerse de hombros, creer y callar. Lo mismo ha hecho la humanidad cuando se le arguye con agencias sobrenaturales para hacer creer á los hombres los mayores absurdos é imposibles. Admitido el principio, no hay más sino cerrar los ojos y tragar ruedas de molino. Se ve que todo este y otros razonamientos semejantes, es bordar sobre una tela trasparente. El varapalo que aquí descarga asienta sobre todas las supersticiones.

9.— *Que nunca él le dejara.*— Aunque ocasion llegará en la famosa disputa de la venta en que vuelva á hablarse de este curioso objeto, verdadera *pieza de oro* para esta fábula, no es posible dejar de decir algo sobre la economía de elementos que distingue esta inmortal obra de arte y el gran partido que saca el autor de la sobriedad y simplicidad de los mismos. Ya se ha visto que un pobre hidalgo y un rústico andando entre despoblados y ventas son los sencillos materiales de un poema tan maravilloso y profundo. Se ha notado igualmente, que una mísera bacía de barbero da fondo y sér á una aventura primeramente, luégo á la catástrofe ó desenlace de la aventura de los galeotes: vése ahora la materia que ofrece para un chistosísimo diálogo y se verá más adelante que el dicho mueble es el alma de otra de las más graciosas é intencionadas escenas de la historia. Los grandes genios crean mundos de la *nada.*

Sin perjuicio, pues, de reservar las oportunas observaciones para su lugar propio, conviene decir lo que sugiere este importante pasaje, y será de aplicacion á otros análogos por los cuales hemos pasado sin hacer observacion alguna, porque la índole de estas notas no permite el desarrollo necesario.

Una de las causas por las cuales el QUIJOTE será siempre interesante y cada vez más apreciado, consiste en que más que ningun otro libro de ficcion, ofrece aspectos ó fases *fundamentales* del espíritu y de la conciencia humana, en moldes tan naturales, populares y comprensibles, que á la larga, se acostumbra la humanidad á estudiar y aprender más de tal libro, que del libro llamado naturaleza, tanto porque no todos pueden interpretarla como lo han sabido hacer los grandes genios, cuanto porque se encuentran el trabajo hecho y la natural pereza nos hace aprovecharnos del sudor de otros. Siempre, pues, que con una obra de arte sucede lo que con el QUIJOTE, cuyas escenas, lances, personas y pasajes están ya en el comercio de la inteligencia humana, y se citan sus creaciones ficticias como mejor argumento que los fenómenos y hechos naturales, puede asegurarse que el autor ha creado un mundo pequeño de realidad pasmosa, donde los hombres ven mejor el mecanismo y juego de la naturaleza humana, que en el gran mundo real en que vivimos.

Ahora bien, entre los aspectos ó fases fundamentales del espíritu y de la conciencia se encuentra el problema eterno de la incertidumbre sobre la realidad ó apariencia de las cosas. Sabido es, que hay una filosofía que niega la existencia real del mundo exterior, y que los objetos parezcan á todos del mismo modo en forma, color y apariencia. Cuando Don Quijote dice: «eso que *á tí te parece* bacía de barbero, me *parece á mí* el yelmo de Mambrino, y *á otro le parecerá* otra cosa,» toca Cervantes y plantea uno de los grandes misterios y problemas del espíritu humano. Y no se diga que el comentador pone por lo general de su cosecha y ahija al autor pensamientos suyos, ni que Cervantes habló sin saber el alcance de lo que hablaba, ó segun la frase en boga, *inconscientemente.* Si así fuese no insistiria tanto en este punto, ni habria podido desarrollarlo con la lógica y conocimiento que se observa, ni habria ideado además una de las grandes escenas sobre esta base de la incertidumbre del espíritu, como veremos al llegar á la batalla de la venta.

Más aún, las reflexiones del pasaje que examino, y la especie de solucion definitiva que da el ingenioso hidalgo, prueban que Cervantes comprendia lo profundo del asunto y gracias que los comentadores puedan comprender toda la maravillosa grandeza de alcance en el conocimiento íntimo de los fenómenos psicológicos á que llegó el alma privilegiada de este sagaz intérprete de nuestra naturaleza.

10.— *La máquina de esta penitencia.*— Hasta en lo literal alude Cervantes al artificio de esta aventura llamándolo «máquina,» y ciertamente, tanto se deja ir á la mano en traslucir su intencion, que, á renglon seguido, pone en boca de Sancho, que todo ello es cosa contrahecha y de *burla*, en lo cual se implica, que el escudero no es tan ciego como lo parece.

11.— *Despuntas de agudo.*— Bien verá el lector, que ninguna necesidad habia de que Don Quijote dijese quién era Dulcinea, ni si sabia ó no escribir, con los demás pormenores que gratuitamente da respecto á su dama. Como sátira de libros de caballería, bien está que escoja el hidalgo á una tosca aldeana en vez de una hija de rey; aunque si el hidalgo es loco y todo lo sublima en su fantasía, ¿quién le quitaba el decir á Sancho que Aldonza era una reina y Lorenzo Corchuelo un emperador? Esto seria disparatar en regla, y si Sancho negaba, él debia volver á afirmar y quedar encima.

Lo que aquí se echa de ver, es que Cervantes, por medio de una reduccion *ad absurdum*, pone más de relieve que su dama es una idea. Queda, en efecto, lo ridículo que tan lógicamente expone Sancho diciendo, que para tal mujer excusado es todo el trabajo que se toma, y obliga á Don Quijote con verdadera agudeza á que explique este misterio, duda ó confusion suya.

Una de las nuevas fases y elementos de lo cómico y del interés de esta profunda fábula es la posicion respectiva en que empiezan á colocarse amo y mozo en sus diálogos, desde el punto en que el artificio simbólico empieza más y más á complicarse, y á sobrepasar estos personajes de sus primeros límites de caballero y escudero, de loco el uno y de ignorante el otro. En efecto, aquí empieza la contienda ó lucha cómica entre Don Quijote haciéndose el loco, *á sabiendas*, y Sancho haciéndose el agudo ó en realidad, el tonto, por conveniencia.

En el principio ha tenido Sancho un cúmulo de fundamentos para su fe. Creia que su amo era fuerte y valeroso y le ha visto apaleado y rendido: creia que pudiera ganar una ínsula y llega hasta á perder su asno: creia que Dulcinea era una princesa y ve que es una labradora zafia. Don Quijote se le presenta ahora bajado de su alto pedestal, como un mortal cualquiera, disipadas las nubes de sus ilusiones. Empieza Sancho á ver claro, desde que Don Quijote deja de ver turbio, y ya no hay medio alguno fantástico ni misterioso por dónde pueda venirle la suerte fabulosa que esperaba. Por eso le ceba Cervantes con el encuentro de los cien escudos de oro, que es lo único positivo que ve ahora, y la posibilidad de topar con otro hallazgo semejante.

Resulta de esto, que desde este punto están bien marcadas y claras sus distintas posiciones, como dije ántes: Don Quijote haciéndose el loco á sabiendas, dejando de ser para Sancho el loco inconsciente de cuya empresa podia derivarse algo *imposible* y fuera de lo comun; y Sancho el rústico educado, el *boto-agudo*, que está obligado á seguirle, miéntras no puede dejarle, y atiende á lo que puede sacar y á hacer su negocio. Pero como la indecision, la irresolucion y el mudar de parecer segun el aire que sopla es uno de los distintivos del interés material y personal y siempre conserva Don Quijote el prestigio de su inteligencia, la energía de su fe, el influjo de su enérgica voluntad, y sobre todo, opera de parte del hidalgo el poderoso resorte de esa intervencion misteriosa de los encantamentos y agencia sobrenatural de los sabios amigos y enemigos, se traban en la conciencia de Sancho los conflictos más cómicos que ofrece la naturaleza humana. Así es, que el gran encanto de este poema no está en ver lo que sienten ó juzgan de Don Quijote las demás personas que con él se ponen en contacto, pues estas conocen su actitud del momento; sino en las impresiones, juicios y actitud que á cada paso toma el escudero, ya que tiene medio abiertos los ojos y sospecha que no es su amo el loco que parece ser. En todo el discurso del poema se mantiene esta cómica incertidumbre, y aunque á veces parece que Sancho llega á afirmar el pié, dura poco esta firmeza y todo son oscilaciones en su pensamiento y en su conducta.

12.—*Castigado de los juiciosos.*—De no significar Dulcinea más que la dama de carne y hueso del caballero de la Triste Figura, todo este discurso fuera excusado. Por el contrario, como la parodia caballeresca no es más que la forma, el aparato externo, tiene grande importancia en el terreno espiritual esta explanacion que hace el hidalgo, donde claramente confiesa que no está enamorado de una persona, que *Dulcinea* no es sér corporal ó material, sino pertenece á la esfera del espíritu, y que Aldonza Lorenzo sólo llena la parte necesaria en lo aparente, para llevar adelante la fábula.

13.—*No estás tú más cuerdo que yo.*—Expresion del hidalgo como *ingenioso* y no como loco. Toda esta aventura ó máquina de penitencia de la Sierra-Morena, está compuesta con un sutilísimo artificio, que consiste en parecer el autor tan sincero en medio de su doble intencion, que verdaderamente si él mismo no hubiese querido poner señales para guiar la crítica al modo que pone retamas Sancho para poder dar con su señor, casi no habria términos hábiles para sostener la interpretacion del sentido oculto ó figurado. La naturaleza especial de este trabajo crítico en forma de notas, no permite explicar y fundar esta nueva mira del comentario destinada á mayor desarrollo, y que será en lo porvenir el verdadero tema de la crítica del Quijote.

En mi opúsculo intitulado *El Mensaje de Merlin*, trato con particularidad de esta ingeniosísima aventura, que fué la que más alarmó á aquella parte de los encarnizados enemigos de Cervantes, más en opiniones político-religiosas que en cuestiones literarias, y produjo como en revancha la publicacion de la segunda parte del Quijote, compuesta al parecer por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, pero realmente por un fraile de la órden de Santo Domingo, que en mi sentir no fué otro sino Fray Andrés Perez, el autor de la *Pícara Justina.*

Hay que observar desde luégo, que la idea de irse á una soledad á llorar ausencias de la dama, es inconsistente con el carácter espiritual de Don Quijote. El hidalgo es hombre de accion, inclinado al combate y ejercicio por la monomanía, y en este sentido defiende á la caballería y la pone sobre las órdenes monásticas. La penitencia de Amadis, que pretende imitar, es uno de los actos de este caballero puestos en tela de juicio por su mismo autor, como impropio de un ánimo varonil. Los menesterosos y huérfanos nada ganaban con los lloriqueos del Doncel del Mar, ni la causa del bien con las locuras y ayunos de Don Quijote. Esta desviacion, pues, reconoce otro móvil, así como necesita explicacion la extraña salida del hidalgo en considerar locuras las penitencias que va á hacer, y en llamarse á sí propio falto de juicio. Por ahora no me parece oportuno ahondar más sobre este punto, máxime cuando el desarrollo del comentario del espíritu en lo futuro, ha de traer inevitablemente á la superficie, lo que dejo vislumbrar al buen entendedor con estas ligeras indicaciones.

Dado el carácter de Sancho, debió habérsele helado el corazon al saber que Dulcinea era una aldeana del Toboso; pero habiendo de por medio cien escudos de oro y una libranza de pollinos, Aldonza es una gran señora. Más adelante, cuando se trata de la princesa Micomicona, Aldonza es una ganapana miserable cuyo sudor apesta á hombruno. Y luégo se dice que el Quijote pone en ridículo el idealismo, y personifica el buen sentido en Sancho.

Capítulo XXVI.—*Página* 225.—1.—*Con quien consolarse.*—Hartzenbusch, cuya edicion anotada de Argamasilla sirve de guía al presente texto, no creyó conveniente conservar la version de la edicion primera del Quijote en la parte relativa al medio de que se valió Don Quijote para hacer un rosario. No encuentro fundados estos escrúpulos, que no pueden existir sin existir duda ó segundo pensamiento sobre la sinceridad de Cervantes. Que cortase el hidalgo de la parte de atrás de la camisa una tira de lienzo donde hacer diez nudos y convertirla en camándula, es tan natural en un individuo que se encuentra solo en un desierto, que pedir otra cosa fuera pedir gollerías. Estos reparos, tratándose de un autor á quien se califica de católico cristiano, producen mal efecto, y mucho más si se recuerda, que en el Quijote de su rival no hay Dulcinea, ni se ensalza más dama que la Vírgen del Rosario, como si ésta necesitase desagravio de alguna profanacion.

Capítulo XXVII.—1.—*Hallazgo de su amo.*—El fondo cómico-satírico de todas estas aventuras y las que se suceden es tan

profundo y complicado, que á cada línea se presenta una nueva faz fundamental de conflictos, de flaquezas, vicios y defectos producidos por los errores y los intereses encontrados en esa continua lucha llamada la vida humana. En esta superabundancia de argumento interno é interés cómico-dramático es superior la primera parte á la segunda, y está por encima de cuantas obras ha producido el humano ingenio pretendiendo retratar á la naturaleza humana.

¿No es raro que tambien Sancho muestre aversion á la profesion religiosa, cuando en su clase podria creerse muy satisfecho con ese curato de buena data que se le ofrece, y áun con una mediana sacristanía? Dígalo el otro escudero Tomé Cecial que se cree bien pagado con un canonicato.

Capitulo XXIX.—1.—*Sea quien fuere.*—Esta es otra de las aventuras que se presentan al hidalgo con todas las apariencias de verosimilitud, y no puede valuarse buenamente el inmenso partido que de ella saca Cervantes, las fases diversas que ofrece y el inagotable humor cómico que encierra en todos sus lances. A pesar de esto Sancho aparece más crédulo que su amo, y aquí como en muchos pasajes se ve el paralelo que quiso hacer el autor entre los disparates de Don Quijote y los de Sancho cegado por el interés.

2.—*Diez mil vasallos.*—Si Sancho fuese copia de un modelo vivo ó ejemplar de una clase determinada, la manera con que entra en escena le colocaria en situacion de no saber si las gentes de Etiopía eran negros ó blancos.

3.—*Aun no sabia yo tanto.*—Tal respuesta en los labios de Don Quijote tiene algo de lo irónico, y mucho de lo enigmático, para que pase inadvertida, especialmente á los que dudan de que Alcalá de Henares sea el pueblo natal de Cervantes. El cura se aprovecha de una tradicion de estilo caballeresco existente en Alcalá y cuyo teatro es la cuesta Zulema, y la mezcla con suma discrecion á las ficciones que ha ido ensartando, á duo con Dorotea, para engañar á Don Quijote. Para este objeto, lo mismo era emplear lo histórico que lo novelesco, pues las tragaderas del hidalgo en estas materias eran tales, que no necesitaban de prévio exámen para admitirlas por verdaderas ó rechazarlas por fantásticas. ¿Cómo podria hacer Cervantes esta mencion circunstancial de la cuesta, su distancia de Alcalá, el caballo del moro, su encantamento, y el llamar á la poblacion por su nombre glorioso en la historia de las letras, sin un fin particular y, sobre todo, sin haber tenido ocasiones de que tales minuciosidades llegasen á sus oídos y se fijasen fuertemente en su memoria? Hay que tener en cuenta, que ni de Argamasilla, ni del Toboso ni de ninguna poblacion de la Mancha se dan en el Quijote señas algunas particulares, y sólo se hace excepcion de esta regla, tratándose, por incidencia, de Alcalá. Pero lo que más sorprende es la respuesta del hidalgo, transfigurándose en el cual el autor parece como responderle irónicamente: eso que V. me cuenta, de sabido lo tengo ya olvidado.

Capítulo XXX.—1.—*Quitado mi bigote.*—Claramente se ve la ventaja que en nociones de moral lleva el loco á los cuerdos. Don Quijote habia dicho ántes á Dorotea que le ofendia la adulacion, y peor ejemplo que esta no puede darse. Si un acto es en su esencia malo, malo será aunque lo ejecute el brazo más invicto.

2.—*En esta conversacion.*—Sólo un artista cual Cervantes pudiera dar el colorido, viveza y variedad que se observa en todos estos capítulos cuya escena es el desierto de una intrincada sierra. Aun cuando introduce un nuevo asunto, le deja luégo, intercala otro, reanuda, y pasa de mano en mano las materias, cual diestro prestidigitador que siempre tiene en suspenso á los circunstantes. Habia empezado el diálogo de Don Quijote y Sancho, y como quedaban ociosos y sin empleo los demás personajes del grupo, su ingenio les hace iniciar una conversacion oportunísima que exige largo desarrollo; y hé aquí que, miéntras está el lector gozando de los encantos de una plática, está adivinando lo que puede tener lugar y cabida en la que se entabla entre el Cura, Cardenio y Dorotea sobre el carácter y entendimiento, juicio y demencia de Don Quijote. Con razon pone en boca de Cardenio, que esta fábula ó poema es cosa tan extraña, que no se sabe si queriendo inventarla mentirosamente, hubiera *tan agudo ingenio* que pudiera dar en ella. Tomen de aquí argumento los que afirman que Cervantes no sabia lo que escribia.

Capítulo XXXI.—1.—*Que has estudiado.*—En este cómico contraste la parodia burlesca no tiene que ver exclusivamente con los libros de caballería, como se observará si se fija la atencion en lo referente á la pronta ida y venida de Sancho. ¿Qué podian decir los pobres autores de libros de fazañas que no creyese ó que fuese nuevo para una sociedad acostumbrada á ver á cada paso interrumpido el órden de las leyes naturales? De seguro que los originales ó modelos de esta confusion lastimosa no fueron los autores de libros de caballerías. Pero el error es más contagioso que la verdad, y los que leian que un santo podia caminar miles de leguas en un soplo, y que esto lo afirmaban hombres de dignidad y de ciencia, no es extraño que dijesen lo mismo de sus héroes. Por tanto, la sátira contra las copias es sátira contra los originales, pues nadie puede censurar á un discípulo su doctrina sin, *ipso facto*, censurar al maestro. Esto quiso dar á entender Cervantes en su cuento del loco, la piedra y los perros, pues cuando se descarga el azote, entran podencos, galgos, y toda clase de canes.

En realidad, más parodia burlesca hubiera sido que Sancho contase mil detalles del palacio y magnificencia de Dulcinea, pues lo mismo le costaba fabricar una mentira para ensalzarla que para deprimirla; pero en aquel momento tenia delante á la supuesta princesa, y le convenia echar por el suelo á Dulcinea, por lograr que Don Quijote saliese de la esfera de sus ilusiones, en cuyo pensamiento no acertó, porque vino á salirle al revés, que miéntras más la deprime, produce el efecto contrario. El pequeño mundo de falsedades, engaños, trasformaciones, mentiras y fingimientos que se despliega en esta pequeña caravana es admirable. Todos los personajes mienten á más y mejor y hasta en su apariencia personal hay disfraces, y sólo Don Quijote, el loco, es el único sincero y verdadero, y tan claro en su entendimiento, que él mismo propone á Sancho la salida á su confuso laberinto, diciéndole que no es menester casarse para que él tenga una parte del reino.

Lo principal é importante de todo este pasaje es, sin embargo, la teoría del amor desinteresado á Dulcinea, con lo cual no está

conforme Sancho, aunque confiesa que así debe amarse á nuestro Señor. Esta mera faz nueva del amor, tan bellamente expresada en el famoso soneto atribuido á San Francisco, ha cambiado realmente la moral de las naciones y dado á la inteligencia humana un nuevo y seguro rumbo hácia su perfeccion moral, bastante equívoca en los pasados tiempos del dominio del catolicismo. La filosofía, que luégo se apoderó de este sentimiento *quijotesco* en esencia, ha podido con sola esta palanca vencer en cuestiones de moral absoluta á todas las religiones positivas. Sancho es el único que quedó y áun queda enamorado de ese amor «por tanto más cuanto.» Amadis con toda su pureza alcanzó á Oriana. Don Quijote, ni vió siquiera á Aldonza; pero alcanzó *(espiritualmente)* á Dulcinea.

2.—*De correr del todo.*—Las dos únicas aventuras en que sin alucinaciones ejercitó Don Quijote su profesion, fueron la de Andrés y la de los galeotes, é hizo muy bien Cervantes en ridiculizarlas, digo más, es lo único ridículo que cabe en una invectiva contra la caballería, como órden para deshacer agravios y entuertos. Claro es, que en la época de su institucion debió de ser lastimoso el estado social, cuando lo que á él pertenece tuvo que tomarlo por su cuenta el individuo; pero desde el momento en que las *funciones sociales* empezaron á determinarse, el caballero tenia que desaparecer por ocasionar á cada paso más daño que provecho. Esto en lo que toca á la esfera de la caballería. Fuera de esta no son menores en importancia los varios significados ó lecciones que encierra este pasaje. Tomémosle en su aspecto más elevado. ¿Ha de huir el hombre de hacer el bien ó ayudar al menesteroso porque luégo el malvado tome venganza? De seguro que no es esta la moral de Cervantes, ni podria serlo cuando su vida fué una continua condenacion de tal teoría. Miren y estudien bien los que tan mal juzguen el QUIJOTE, y áun abundan por desgracia, que el mismo Cervantes explica el error y da la solucion, que es, que en vano se previene ú ordena ó manda lo que es justo, si al mandamiento no acompaña la sancion penal inmediata y efectiva. No es sólo Don Quijote el que aquí queda mal, sino todas las autoridades, ya sean reyes, parlamentos, jueces ó gobernadores que apoyen sus mandatos en mera justicia. Siempre hay un interés en eludir la ley ó el mandamiento, y éste se elude siempre que no hay certidumbre de sancion penal, única que contiene á los malos ó á los que no llevan una sancion moral en su conciencia propia. Que el bien, hecho con la mejor intencion, produzca mal, no es cosa nueva en el mundo, ni es menester que sea un caballero loco el que lo haga, para ponerlo en ridículo por su concepto de caballero; pero como se dijo ántes: más vale hacerlo que abstenerse por dicho pensamiento ó temor. Hay moralistas que con sus buenas lecciones pueden producir y producen en alguno desastrosos efectos, como hay médicos y cirujanos que con una receta ú operacion empeoran ó matan al paciente; mas esto no es razon para que no se enseñe ó no se cure. El cuento de Andrés está en su punto y pudo hacer correrse á Don Quijote y reir interiormente á los que le oyeron. Es el hecho desnudo y contingente con su fatal realismo, pero que no prueba más sino á cuántas injusticias y falsas interpretaciones está expuesto el que obra bien, segun la índole de las circunstancias.

CAPÍTULO XXXII.—1.—*No desean otra cosa.*—Bien notará el lector la especie de pintura que, *por refraccion*, hace Cervantes del carácter moral de la familia venteril, exponiendo los gustos é inclinaciones respectivos, ocasionados por la lectura de los libros de caballería. Como hombre colérico y de mal genio, el ventero se prenda de los golpes: la ventera que debe estar harta de la cólera de su marido y ser pacífica de suyo, gusta de su leccion para que este se embobe y entretenga. Maritornes fija la atencion en las escenas donde anda de ménos la honestidad; y la hija, en la crueldad de las damas á los ruegos de sus pretendientes con buen fin.

Las observaciones de la doncella son tan naturales como justas. Quien haya leido libros de caballería, verá que en aquellos puestos por modelo de pintura de amores castos y honestos en los caballeros, como, por ejemplo, el de Amadis de Gaula, hay una continua escuela de engaño y de hipocresía en las mujeres, tanto más repugnante cuanto más castas y modestas se presentan. Si esto fué retrato de la sociedad ó la sociedad aprendió de estos libros, no es cuestion para debatida en este momento. En mi sentir, y por lo que hace al gran libro que corrió por todas las manos en Europa, por mucho tiempo, no sólo es copia fiel de lo que en la sociedad pasaba, sino que el autor la evidencia para satirizarla. Escojamos, por ejemplo, á la pudorosa, castísima y modesta hija del Rey Lisuarte, la celebrada Oriana. Amadis se enamora de ella y ella le corresponde con el mayor recato desde niña. Sus amores no tienen semejanza sino con el amor de los ángeles: tales son de puros, platónicos y espirituales. Amadis está reputado por el más valeroso y ejemplar, como por el más hermoso de los caballeros: es hijo nada ménos que de Perion, rey de Gaula, y está tan honrado, apreciado y considerado por el Rey Lisuarte y la Reina Brisena, que dieran ambos la vida por servirle y pagarle la honra que les hace estando en su corte de Lóndres ó castillo de Vindilisora (probablemente *Windsor)*. Esto no obstante, Amadis apénas puede verla ni hablarla, y cuando esto sucede, ambos emplean un disimulo vergonzoso como si trataran de un gran crímen que debiesen ocultar. En una ocasion en que el enamorado caballero se entrega á la melancolía y al llanto en fuerza de su amor, le dice Oriana: que haga lo posible por disimular, por los *grandes males que resultarian*, si sus padres se enterasen de sus amores. ¿Qué quiere decir esto? ¿qué significa semejante monstruosidad?

Nada, por lo tanto, más propio, que una doncella como la hija del ventero notase este extraño y artificioso proceder, puesto que juiciosamente pensando, lo lógico y natural era, que ya el caballero, ya la dama, hubiesen declarado á los padres la pasion que sentian, ni nada más probable, á haber algo de verosimilitud y órden en la historia, que los esponsales de Amadis y de Oriana se hubiesen celebrado con gran ostentacion en el palacio de Lisuarte, como cosa que honraba al Rey y colmaba toda su ambicion. El por qué sucede lo contrario y se ocultan unos amores tan puros y deja Oriana que Amadis padezca y esté mil veces á punto de perder la vida en fuerza de su amor, no se declara en la historia; pero sí se ven las consecuencias de esa falsía, ocultacion y falta de franqueza y sinceridad de Oriana con sus padres, puesto que el llamado Esplandian, hijo legítimo de Amadis, nació ántes del matrimonio y en un momento en que la infanta, robada por industria de Arcalaus, es rescatada por su amante, teniendo buen cuidado de advertir el cronista, que este favor fué más «por gracia y comedimiento de ella, que por desenvoltura de él.» Perion de Gaula

tiene á Amadis tambien ilegítimamente y de resultas de concierto de Darioleta, doncella de Elisena, y otros muchos casos podrian citarse de infantas y reinas que prefieren estas uniones y favores secretos notados por Maritornes.

Evidente es, que esto sucede así porque de otro modo no habria acontecimientos trágicos, dramáticos ni románticos que referir; pero una cosa es la razon de la ficcion que necesitaba del colorido dramático, y otra es el fundamento de esa razon, que no satisface ni puede servir de apoyo á la historia poética, sin incurrir en una gran inverosimilitud ó suponer un estado anormal entre las relaciones domésticas. Que un Rey se oponga á los amores de una hija suya con un advenedizo, cobarde ó mal caballero, se entiende y es natural; pero que tema una hija el declarar que ama y es amada del hombre más honrado y caballero más perfecto de la corte de su padre é igual á ella en estado y condicion, es punto que no tan fácilmente se explica ni se aclara. En estas obras románticas como en los dramas y comedias de nuestro teatro antiguo se nota siempre una base falsa, un punto de apoyo en la sociedad, que acusa una nocion ó principio de conducta equivocado en los padres; y era, que el mero hecho de tener sus hijas relaciones de amor, fuese quien fuese el amante, era ya por sí, una gran libertad, una accion mala, un crímen en una palabra, que trataban siempre de ocultar las doncellas, y por ocultarlo ocurrian mayores daños como era consiguiente.

Cervantes obra con su acostumbrado profundo conocimiento de la naturaleza humana al poner esas observaciones tan naturales en los labios de una doncella, que por vivir léjos de las cortes y grandes ciudades, desconocia ese fingimiento y artificio, y lo que la ventera llama, *saber mucho de esas cosas*, no es más que pura y simple inspiracion de sentimientos naturales, en cuyo órden y sencillas leyes hay más sabiduría, que en todos los libros que el charlatanismo compuso para contrariarlas.

2.—*Acostumbrado trabajo.*—Inimitable pintura, por lo cómica, del conflicto entre la conciencia y el sórdido interés. Aun todavía predomina en Sancho el prospecto de un reinado ó condado sobre la realidad que está viendo y palpando.

Capítulo XXXIII.—1.—*Que de ellas se tiene.*—Concepto profundísimo y exacto. La sabiduría popular expresa un pensamiento análogo en el cantar siguiente:

Mujer, yo te he de querer
Sin llegarlo á averiguar;
Porque no se ha de enturbiar
El agua para beber.

2.—*Con desventura.*—Esta opinion muestra el alcance intuitivo de Cervantes al par que su rectitud de ánimo. Al cabo de cerca de trescientos años la sociedad ilustrada ha hecho una conversion sobre este punto. En Inglaterra, el marido engañado es objeto de simpatías por parte de todo el mundo, y el menosprecio recae sólo sobre la mujer culpable. Aun falta un paso más que ponga un justo medio entre el aplauso y acogida que encuentra una mujer infiel en la disipada sociedad del buen tono en el continente, y el entredicho que se la pone en Inglaterra.

3.—*Sin que él lo sepa.*—Pone aquí Cervantes de manifiesto lo impracticable y utópico de las conclusiones del fanatismo ideal religioso, que se lanza á dogmatizar en lo abstracto sin cuidarse de lo que puede resultar de inicuo al descender á la vida real. Todo eso será bueno para ángeles y no para hombres.

4.—*Para comerse.*—Esta enfermedad reconoce por causa la *melancolía*, una de las fases más universales de la locura y proveniente de falta de empleo y ocupacion variada de la inteligencia y de los sentidos. Crea una pasion de ánimo por la constante contemplacion de una sola idea ú objeto, sin cambios que equilibren y distraigan la imaginacion y el espíritu. En las mujeres de vida muy sedentaria y sensaciones poco variadas hace inmensos estragos, especialmente en las reclusas en conventos. Anselmo, caballero mozo, rico, ocioso, enamorado, pensando continuamente en su satisfaccion y felicidad, era sujeto apropiado para incurrir en esta pasion de ánimo, pensando de continuo en la virtud de la mujer, y de aquí la locura de querer probar la de Camila.

5.—*Por punto de honra.*—Notable ejemplo de lo que llegó á desnaturalizarse en España y en todas las naciones la significacion verdadera del honor. Esto recuerda el ejemplo dado por las clases bajas y criminales en sus frases, de «ladron para servir á Dios,» y de los asesinos que subian al patíbulo con la tranquilidad y desvergüenza de *un hombre honrado*. El verdadero punto de honra estaba en seguir Lotario en su primer buen propósito, pero Cervantes, siempre fino y exquisito en la observacion y en la crítica social, sabe poner aquí un caso de los innumerables en que el puntillo de honor se despuntaba y servia para lo contrario á la honra, la conciencia y el deber.

6.—*Lo posible áun no me den.*—Este modelo de amistad es tambien más propio de un país como Italia que de otro alguno de Europa.

El argumento de la prueba de la mujer casada ha sido tratado por varios autores desde muy antiguo, aunque nunca tuvo más interés que dentro de la civilizacion cristiana, que de resultas de considerar el matrimonio indisoluble y marido y mujer como una misma carne y una sola alma en dos cuerpos, engendró el tiránico principio y exagerado sentimiento del honor, que tantas víctimas y tragedias produjo y sigue produciendo en la sociedad. La naturaleza impresionable de los meridionales, que siempre se enamoran de imposibles y de ficciones, tomó esta tan á pecho, que se figuró que nada era más fácil que reducir á práctica un pensamiento ó lucubracion de un Santo Padre, y que bastaba la bendicion del sacerdote para que descendiese la union, la paz, el amor y la concordia en los matrimonios. La experiencia ha mostrado lo contrario, y el gran mal que resulta de querer vivir los hombres en sociedad apoyados en silogismos y ficciones, y no en la base de la naturaleza. Prueba de que era un concepto falso la tenemos en

que no puede resistir al tiempo, como sucede á todos los errores. Si fuera verdad, viviria y se fortaleceria más con el trascurso de los siglos. Hay union verdadera y una sola alma en dos cuerpos, siempre que los caractéres, las circunstancias, los intereses, la simpatía pone en relacion al hombre y á la mujer, sea con bendicion ó sin ella; y cuando estas condiciones faltan, todos los curas de la cristiandad no son bastantes á crear paz, ni amor, ni felicidad en el hogar doméstico. El ensayo ha durado bastante para que hasta los más ciegos vean y se convenzan.

Respecto á la fortaleza ó la fragilidad de la mujer, se ha pensado de diverso modo por poetas, novelistas, moralistas y autores dramáticos, si bien, doloroso es decirlo, la mayoría se mostró siempre hostil al bello sexo, como si el hombre hubiese dado en la historia pruebas de ser más fuerte. El progreso social ha operado un cambio y hoy dia el movimiento intelectual es en favor de la mujer, prueba inconcusa de que el progreso engendra moralidad; pues se observa que en las épocas de más vicios y degradacion es cuando ha bajado más el concepto de los hombres sobre las mujeres. Y, cosa extraña, las mismas santas Escrituras que el Catolicismo tiene por autoridad, hacen una pintura de la mujer que concierta poco con la idea de confiar en cosa tan voluble la honra y por ende la vida del marido, y la mayor parte de los escritores religiosos en la Edad media y el Renacimiento y áun hasta en nuestros dias, tuvieron verdadero odio á la mujer, considerándola frágil, voluble, archivo de todos los males, y hasta *diablo disfrazado*, como la llaman infinitos moralistas y doctores de la Iglesia, cosa tan contraria en espíritu al verdadero espíritu cristiano inclinado, no á *diabolizar* sino á *divinizar* á la mujer.

El Arcipreste de Talavera fué un rabioso *misogyno*, y lo fué el clérigo Castillo y centenares de eclesiásticos escritores, á quienes imitó el pueblo en sus cantares, y para una vez que se elogia á la mujer, mil veces se la denigra y pinta con los más negros colores. Boccacio y su escuela no siguieron otro rumbo en Italia, ni en Francia Rabelais y la musa popular. Ariosto en su Orlando fué más equitativo, pues si no creia en la fortaleza femenina, tampoco en la masculina. Shakespeare lanza sus dardos contra la flaqueza de las mujeres; pero tambien pinta tipos sublimes de ellas, y en nuestro Cervantes, aunque hallamos frecuentes sátiras, siempre predomina la buena opinion y áun á decir verdad, sus caractéres femeninos tienen, en conjunto, más virilidad que los de los hombres.

La originalidad ó invencion de Cervantes en el argumento de la prueba de la mujer casada, consiste en haber dejado el camino trillado y tomar senda nueva. Antes de él, los maridos eran inducidos por otros á hacer la prueba, y como aquí se ve, el pensamiento nace en el cerebro mismo de Anselmo, por cuya razon le llama, con propiedad, *curioso*, y con acierto *impertinente*. Tal deseo de saber *á ciencia cierta* lo que en cierto modo es cosa de fe, es curiosidad fatal, que debe evitarse, pues con la mujer, *diosa*, hay que obrar como dijo el poeta Menandro de los *dioses:* «reverenciarlos y no ser *muy curiosos* con ellos.»

Capítulo XXXIV.—1.—*Al cielo sordo, á Clori sin oidos.*—Este soneto se encuentra tambien en la comedia *La Casa de los celos.*

Aunque no pueda fijarse fecha conocida á la produccion de *El Curioso impertinente*, puede sacarse en limpio por su estructura magistral que tenia ya el autor bien tomado el pulso á este género literario. Festivo cual es el estilo de la comedia y por lo mismo congenial con su carácter, se advierte, no obstante, que la novela acusa una superioridad notable en el manejo de la pluma y una inteligencia más desarrollada y usada al trabajo que la que produjo el disparate cómico de *La Casa de los celos.* Esto bastaria para persuadirnos de que el soneto fué repetido en la novela y no en la comedia á la que originalmente pertenece, si bien se percibe á leguas que tampoco fué escrito para la composicion teatral, y que éste, como el soneto de Cardenio, fueron composiciones aisladas, hechas sobre motivos de amor, susceptibles de ser aprovechadas más ó ménos felizmente en situaciones en que intervienen enamorados. Así es que en la comedia no viene muy bien el asunto, ni Clori tiene nada que ver con los paladines de Cárlo Magno.

Tampoco concuerda con la situacion en *El Curioso impertinente.* El objeto que Anselmo y Lotario se proponen con la composicion de unos versos, es la alabanza de Camila, simulada en la alabanza de una dama quimérica á quien se convino en llamar con el nombre de Clori. No se comprende, pues, qué razon ni motivo tienen estas quejas y áun las del otro soneto que recita Lotario. Habrian sido excelente medio de mover á compasion el pecho de Camila; pero ya alcanzado este triunfo y sirviendo el expediente de los versos sólo para complacer el deseo del engañado marido, si el autor los hubiera compuesto á propósito de la situacion que describia, seguramente que otro fuera su fondo ó argumento. Pero ¿á qué buscarlos cuando en este caso el mismo autor viene á insinuarlo indirectamente en el diálogo que con ocasion de los versos se entabla entre Lotario y Camila? Empieza el amigo de Anselmo procurando justificar la introduccion ó recitacion del soneto á Clori, con la peregrina especie de que no se rebaja el crédito de ninguna dama hermosa porque el amante la tache de cruel, y en realidad el mismo Lotario no cree en su afirmacion que no es más que el *introito* ó advertencia que requeria el asunto del soneto para pasar como compuesto expresamente para ella. Todo esto lo confirma la expresion de Camila, pues la mujer es gran lince en estas materias, cuando ruega á Lotario, no que recite otros versos que haya compuesto para ella bajo el nombre de Clori, sino «que si otro soneto ú otros versos *sabia*, los dijese.» Y en efecto, Lotario recita el segundo soneto, en que ni áun el nombre de Clori se encuentra.

Creo, pues, que está fuera de duda ser estos dos y el soneto de Cardenio, composiciones de Cervantes sobre el tema favorito entónces del amor, en que se habla de él de una manera general y abstracta, y por lo mismo son susceptibles de aplicacion más ó ménos directa á situaciones de enamorados. Como piezas sueltas, que Cervantes consideraba de algun mérito, no quiso que quedaran desconocidas é intercaló dos de ellos en la comedia, y viendo que la comedia no los sacaba de la oscuridad á la luz, porque el manuscrito se empolvaba en su gabinete, y habia perdido las esperanzas de verlo en letra de molde, sacó esos dos sonetos y los intercaló en el Quijote en la situacion en que le pareció más conveniente, y en esto no tuvo mal tino ni fué indiscreto, pues los

táles sonetos son en sus respectivos casos como obra de supererogacion. En el caso de Cardenio no quiere decir precisamente que el soneto fuese escrito por él ni dirigido á Luscinda. Hállase en un libro de memorias de un enamorado y esto basta para justificar su introduccion, porque un enamorado lo natural es que trate de amores y se prende de versos sobre amores, y lo que puede creerse es, que Cardenio los oyó ó leyó y por referirse á otro desesperado los apuntó en su libro. En el caso del segundo soneto, tampoco eran indispensables los versos para ayudar al desarrollo de la accion. Camila estaba ya enamorada y las composiciones de Lotario para vencerla eran ya inútiles. Cualesquiera versos eran buenos para cubrir el expediente con Anselmo, y de esta manera pudo Cervantes rescatar del olvido dos sonetos que de otro modo corrian peligro de ser ignorados.

Capítulo XXXV.—1.—*Posado en ella.*—Este es uno de los más notables incidentes de la fábula y requiere un comentario extenso y de mayores límites que los permitidos en estas notas. Trataremos, pues, de condensar en lo posible las muchas observaciones que sugiere.

En dos ocasiones píntase á Don Quijote dormido y describe lo que vulgarmente se llama una pesadilla. En la primera, durante el escrutinio, como en esta durante la lectura, suspéndese la ocupacion por las voces de Don Quijote, resultado final que invariablemente tienen estos misteriosos fenómenos del sueño. El sujeto del primer trance es, como no podia ménos de ser, caballeresco; pero reminiscencia de lectura de libros. El del segundo es representacion de los hechos cuya perspectiva ocupa el pensamiento é imaginacion del hidalgo. Que este lance nada tiene que ver con invectiva ó sátira contra los libros de caballería, aunque Don Quijote aparece más ridículo, disparatado y loco que nunca, lo verá el lector palmariamente. El designio de Cervantes es pintar un fenómeno comun de la organizacion humana, cuando la mente se halla sobrexcitada y el pensamiento constantemente fijo en una idea que aplace al alma ó que la llena de temor. Nadie ha podido explicar satisfactoria y completamente hasta ahora, cuál es el regulador ó la causa especial de la naturaleza de los ensueños; pero de las muchas observaciones hechas se desprende, que los pensamientos, deseos ó temores que más friccion, y por lo tanto *calor*, han producido en los órganos cerebrales por su repeticion é intensidad, son los que más frecuentemente asaltan ó forman el sujeto de los ensueños. Natural era, pues, que yendo Don Quijote de camino y teniendo dada la palabra de matar al gigante usurpador, el primer sueño que tuviese, debia representarle como hecho lo que tan intensamente pensaba hacer. Pero háse tambien observado, que entre la maquinaria soñadora y los objetos ó rumores *circum-estantes* ó *sonantes*, hay siempre un punto de enlace y correspondencia, ó lo que es lo mismo, que las visiones y los disparates soñados no son tan aéreos ó independientes como á primera vista parecen. El enlace de la vision de Don Quijote con los cueros de vino colgados en su aposento, es evidente. La forma de aquellos pellejos ó cuerpos inflados colgando de los muros y con cierta apariencia deforme de cuerpos inanimados, es el objeto externo y *circum-estante* que dió márgen al ensueño con el gigante, tan diestra y oportunamente ideado por nuestro autor, que parece ampliamente informado de los efectos de las pasiones de ánimo en general, y muy especialmente en las resultantes de la locura concertada ó lógica, á que se llama *monomanía.* Claro es, que al describirnos este acceso de Don Quijote, nos hace una pintura general de todos los trances análogos, tan comunes en los individuos y en particular en los poseidos de cualquier fanatismo, singularmente el religioso ó místico, por la intensidad con que en imaginaciones calorosas é inteligencias débiles, se fijan los temores de las penas ó los gozos de la gloria en la otra vida. ¡Cuántos de los pasajes y sucesos referidos en la inacabable biblioteca mística y ascética no han sido verdaderas pesadillas, que parecieron realidad á los pacientes, puesto que los raptos, los éxtasis, arrobamientos, trances, contemplaciones y demás efectos de la gracia que se llamaron dones espirituales, no son más que efectos puramente orgánicos producidos por pasiones de ánimo, ó, como los califica Burton, resultados de dementacion!

Pero no este, ciertamente, el principal intento de Cervantes, segun habrá notado el lector, sino el de mostrar cómo hombres *despiertos* disparatan más que los *dormidos;* cómo los que se llaman cuerdos, superan en locuras á los llamados locos; cómo el interés, la admiracion, la fe ó la autoridad verifican en la razon de los hombres tales desquiciamientos, como se ve aquí en Sancho, que despierto y en todos sus sentidos, desbarra más que su amo durmiendo y presa de una pesadilla. Es evidente que hechos semejantes se han repetido y se están repitiendo todos los dias, si no con cabezas de gigantes, con otros prodigios y milagros, que hombres de seso afirman haber visto, y que en suma no son más que alucinaciones ó exceso de confianza en lo que ven ú oyen á personas á quienes tienen por superiores. La historia de la humanidad, desgraciadamente, está llena de ejemplos de gentes de todos estados, ciencia y categoría, que han creido ver cabezas de gigantes con los ojos abiertos como Sancho: y estos inmensos anales de flaquezas humanas son todavía leidos y tenidos por autoridad entre los hombres, por modelos en los púlpitos y por doctrina en los libros. Los móviles de estas alucinaciones pueden ser, como ya he dicho, el interés, la fe ó la admiracion. En Sancho predomina el interés y realmente tambien ha predominado en el mundo. Recuérdese que en la reciente plática del cura con el ventero, quedó Sancho confuso y pensativo, sobre lo que oia de que no se usaban ya caballeros andantes y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y que propuso esperar en lo que paraba aquel viaje. Es de creer que durante la lectura del *Curioso impertinente* estuvo rumiando este pensamiento y le tomaron las voces de Don Quijote con la cabeza algo caliente ó temporalmente fuera de su quicio, y como le convenia que la aventura se realizase, de cualquier modo, para calzarse su condado, al oir que su amo decia que peleaba con el gigante, hubo de padecer una congestion cerebral repentina de tal naturaleza, que siendo rústico, arriero tal vez ó visto llevar y traer mil veces cueros de vino, es tan estúpido en aquel momento, que equivoca á un cuero con la cabeza de un gigante y llega hasta decir, que por más señas tenia una barba que le llegaba á la cintura. ¿Quién pintó jamás con contornos más verdaderos, al propio tiempo que caricaturescos, estas flaquezas tan universales de la triste humana condicion?

Más de una vez he considerado, que la parte que aquí Sancho representa, seria un grave defecto, juzgando al Quijote como sátira contra los libros de caballería, pues viene á ser una aberracion é impropiedad inadmisible, que la cabeza de Sancho, hombre

que llaman de buen sentido, llegase á estar más desquiciada que la de Don Quijote. Y no se diga que Cervantes es aquí inconsciente de lo que escribe, puesto que en un lugar dice: «y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo;» y más adelante: «¿quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo?» Ahora bien; que el amo, soñando, se levante, dé cuchilladas, rompa los cueros, se hinque delante del cura y crea que ha fenecido la aventura de la princesa Micomicona, está en su lugar; pero que el mozo, en su cabal juicio diga que *ha visto* cortar la cabeza á Pandafilando y correr la sangre por el suelo, y que ande buscando la tal cabeza por el aposento, entre un rio de vino cuyo olor debia casi asfixiarle, eso es demasiado y sólo admisible y concebible, no como sátira de caballerías, sino como pintura de aberraciones y flaquezas humanas en general, que es lo que realza y hará eterna la obra de Cervantes. Pero hay más. No hay que ver en Cervantes sólo lo que dice, sino lo que hace pensar á los lectores en las magníficas perspectivas de los fenómenos espirituales de que está lleno su gran poema del Quijote. La locura, desbarro, estupidez y desquiciamiento de la cabeza de Sancho, no hay que medirlos sólo por el empeño que pone en buscar la cabeza de Pandafilando, sino en la materia que proporciona al lector para que comente y saque varias consecuencias de este desatinado principio. Se ocurre desde luégo, que una cabeza no podia cortarse sino de un cuerpo. Estando á su juicio en aquel aposento la cabeza del gigante, el cuerpo no podia andar muy léjos, y como el cuerpo tiene por lo comun seis veces el tamaño de la cabeza, á falta de esta que pudiera trasconejarse, quedaba siempre el cuerpo como prueba no ménos fehaciente de la victoria de Don Quijote. ¿Puede darse situacion más cómico-burlesca, que la de un hombre que en su delirio supone la existencia de una parte, sin acordarse para nada del todo de que proviene? Ejemplos de esta clase menudean en el Quijote y hacen inagotable el interés por su lectura.

Ahora bien, á los que creen que Cervantes zahirió el idealismo y la poesía y puso en ridículo á los espiritualistas, debe preguntárseles, qué piensan de este proceder de Sancho y si no hay tambien sus Quijotes del materialismo mejorados en tercio y quinto, con la diferencia de que los Quijanos crean fantasmas á virtud de una idea noble y elevada, miéntras que es vergonzoso ver á Sancho haciendo del necio y del estúpido por el sórdido interés de enriquecerse. Si la imparcialidad del censor recto impulsa á Cervantes á ridiculizar las del idealismo, nótese que al fin de cuenta, el materialismo es el que sale peor parado de su pluma.

2.—*No me descontenta.*—La delicadeza de gradaciones, la multitud de fases que de los afectos y pasiones presenta en esta novela Cervantes, juntamente con el conocimiento *sutil* de lo que podríamos llamar interioridades de la vida doméstica y del corazon de la mujer casada, son puntos dignos de atencion y estudio, aunque no de este lugar. En lo tocante al desenlace debo advertir, que el presentado por nuestro autor difiere de los anteriores y es el único justo y lógico y ménos repugnante. Los autores precedentes, incluso Shakespeare, hacen sufrir á la mujer castigos y tormentos por una falta imaginaria, lo que induce á creer que no habrian tomado otro rumbo los maridos, si obrasen bajo la evidencia de completa certidumbre. Cervantes introduce el verdadero desenlace de esta cuestion, que hoy dia se denomina el *Nudo Gordiano*, concluyendo con esta notabilísima sentencia: «y pues que yo fuí el *fabricador* de mi deshonra.....» En efecto, en estas cuestiones de infidelidades de la mujer, si bien se profundiza, más de noventa por ciento de los maridos son directa ó indirecta, á sabiendas ó ignorantemente, *fabricadores* de su mal y verdaderos Anselmos bajo distintos colores y disfraces.

La observacion del cura de que el caso puesto entre un galan y una dama seria más llevadero, fué recogida en Francia por Nericault Destouches; pero el resultado fué como debia esperarse. El argumento carece de interés, pues que una doncella deseche ú olvide á su amante por favorecer á su amigo, ni es dramático, ni constituye el interés suficiente, en razon á faltar lo principal que es el juego de la honra, ó lo que es lo mismo, el juego de la vida del marido. Todo lo inverosímil que pudiera tener la novela siendo marido y mujer los actores, se borra y desaparece mediante el certero instinto de nuestro novelista al pintarnos que Anselmo y Lotario eran llamados por antonomasia, *los dos amigos.* La estrechez y finura de la amistad es el eje en que descansa esta novela, pues claro es que una prueba tan excepcional por parte de un esposo, necesitaba de una condicion ó circunstancia especial tambien en el ejecutor, y es la de ser casi uno mismo el amante y el marido por medio de una amistad rara y, por decirlo así, *única.* Sobre esta novela pueden verse los números del periódico *El Arte*, Sevilla, 1878, donde publiqué la primera y parte de la segunda division de un juicio crítico sobre esta produccion notabilísima.

Capítulo XXXVII.—1.—*Del bien alcanzado.*—Difícilmente se hallará en ningun autor de ficciones poéticas, un arte tan acabado para inventar argumentos amorosos tan novelescos y románticos como Cervantes. Unico fué en la invencion originalísima de su ingenioso hidalgo; pero no lo fué ménos en la pintura de damas y galanes enamorados; y en esto, no sólo tenemos el testimonio general de las naciones todas, que leen con nuevo encanto cada dia sus interesantes y dramáticos cuadros, sino el juicio inapelable del más fecundo, original y romántico de nuestros grandes poetas. Calderon, en efecto, tuvo por norte y guía á Cervantes, á quien llama el pintor por excelencia de amores y amantes desesperados. Nótese, además, que la pasion de todos los personajes de sus novelas y episodios toca en la raya de la locura, así como la hermosura de las damas el límite de lo divino.

Como las aventuras de Don Quijote, por variadas que fuesen, podrian parecer al público monótonas, y el autor no habia tenido medio de saber cómo recibiria el público su rara invencion, creyó conveniente amenizarla introduciendo estos episodios amorosos, que además del interés propio suyo, tienen el de enlazarse de un modo tan natural, como se ha visto, con la accion principal de la fábula. Ciertamente, si se suprimiesen en ella las escenas con Cardenio, y el papel de princesa de Micomicon que con tanta gracia desempeña Dorotea, se veria disminuido su encanto considerablemente.

2.—*Y mucha mala ventura.*—En esta breve y graciosa plática de Sancho y Don Quijote, hay tantas bellezas de fondo, que pudieran llenarse algunas páginas ponderando su mérito y valor. Tales bellezas se agolpan á la imaginacion creadora de Cervantes, como resultado lógico de haber escogido una forma trascendental de lo cómico, satírico y burlesco. Dada esa base, que es la in-

gruencia, desproporcion y oposicion entre el mundo ideal, fantástico y soñado, en que con la mejor buena fe y los más altos propósitos se mueve, gira y obra Don Quijote, y el mundo real en que los demás viven, miéntras más natural y espontáneo es el autor, más irresistiblemente cómico aparece. En efecto, no sucede á Cervantes lo que, en general, á muchos escritores humorísticos, que se afanan por buscar frases y conceptos ingeniosos que verdaderamente *cuelgan* en su narrativa. La *vis cómica* de Cervantes está enclavada, incrustada en su argumento de manera, que tire por donde quiera y cualquiera que sea la forma literaria, el gracejo, lo burlesco, lo ingenioso está principalmente en el tejido de la tela y no en los adornos y bordados. Dada la situacion que estamos examinando, cualquier escritor haria un diálogo cómico, aunque fuese poco favorecido de las gracias, cuanto y más si lleva una forma perfecta como la que le dió Cervantes. Por esta causa aunque el QUIJOTE pierda en la forma al ser traducido á otros idiomas, como tiene tanta plenitud de fondo, siempre le queda lo bastante para que sea admirada por los lectores de todas las naciones.

Uno de los grandes méritos que ya hemos tenido ocasion de notar en esta obra, es la economía y sobriedad de elementos con que Cervantes opera y las diversas fases con que nos los presenta. El lance de los cueros de vino parecia ya fenecido y acabado y dió márgen á una graciosísima escena. Ahora vemos como el reverso de los mismos elementos, pintándonos á Sancho razonable y á Don Quijote despierto, miéntras que el tema ó el sujeto es el mismo. La consecuencia en la esfera psicológica está admirable y lógicamente sacada, cuando se ve á Don Quijote calificar á Sancho de «loco» y «fuera de su seso,» cabalmente cuando está más cuerdo y más dentro de su carácter normal, que debe ser el sentido comun.

Pero lo que debe fijar especialmente nuestra atencion es el manejo del resorte ó máquina de los encantamentos que cada vez va empleando Cervantes más á menudo y de un modo más complicado, por ser uno de los principales objetos de su sátira trascendental. Necesario es para comprender este objeto, trasplantarnos en espíritu á su época y considerar, que la nacion española vivia entónces de puros trampantojos, fantasmas, milagros, supersticiones, exageraciones y fanatismos, y que perdiendo las inteligencias pié en la base segura del estudio de las ciencias naturales y el conocimiento de las leyes invariables del mundo en que vivimos, se habia perdido completamente el criterio de lo real y de lo fantástico, formándose una mezcla tan lamentable, que no habia cosa que los hombres no creyesen por imposible y absurda que fuese, y en realidad más fe alcanzaba cuanto más absurda, siguiendo el ejemplo de San Agustin. Aquel era el tiempo de las canonizaciones de santos á centenares, de la creacion de conventos y monasterios, de la lectura de vidas de ermitaños, anacoretas, beatos; de la fiebre, en fin, por lo sobrenatural, por el crédito en los ensueños é intervencion de los influjos de planetas, tentaciones de los demonios y fantasmagorías de las imaginaciones acaloradas con el fervor religioso y místico, que era el único desagüe concedido por el Estado y la Iglesia á la sociedad española.

Como todo hombre observador, Cervantes, empapado en la lectura de los libros de caballerías, notó desde luégo que la máquina poética de la ficcion era una verdadera máquina real en la vida; que los hombres se movian más que por su conciencia, por favor ó disfavor de las tempestades del cielo ó del infierno, y que, perdido el rumbo verdadero, la sociedad caia en derrumbaderos y alucinaciones continuas, sin que la razon pudiese sostener sus fueros ni triunfar de las visiones y errores, porque acudiendo á la salida y registro de que tal ó cual hecho era efecto del dedo de Dios, de la mano del Altísimo, de la intercesion de tal Vírgen ó del patrocinio de cual Santo, todos cerraban los ojos y creian á puño cerrado. La sociedad, pues, era una coleccion de alucinados que miraban ó se les aparecian las cosas y los hechos trasformados de su verdadero sér á gusto ó medida del humor ó fanatismo individual, introduciéndose tal confusion en las nociones de los actos y la moral de ellos, que no podia ménos de sorprender y apenar á los hombres superiores, de ánimo libre y espíritu despejado. Cervantes, cuyo temperamento ya nos es algo conocido, era el hombre á propósito para poner todo esto en ridículo, viendo la semejanza que habia entre los efectos causados por tal estado de cosas y los producidos por la máquina poética de los encantamentos en los libros de caballerías. Para los caballeros, como para la sociedad, habia una agencia sobrenatural que cambiaba la esencia de las cosas. Para los unos era esta agencia la de los Alquifes, Merlines, Urgandas y demás magos, sabios, fadas y encantadores; para la sociedad era la intervencion continua de la divinidad y toda la demonología católica infinita en sus agentes intermedios. El resultado era igual, con la diferencia de los nombres. Un caballero, por ejemplo, tenia una espada, cual la de Amadis, contra la cual no habia poderío de encantamento; un católico cristiano tenia un escapulario ó una reliquia de un santo, con la cual se creia libre de enemigos, de males ó de tentaciones. La esencia es igual, y lo que corresponde á encantamento en caballería, correspondia á milagro ó favor del cielo en religion. Ciego debia ser quien no viese por tela de cedazo, y si hubo estos ciegos, Cervantes no formaba en verdad en sus filas, tanto por su temple naturalista, cuanto porque encantado con esta máquina poética, y deseando emplear una en su poema cómico-heróico, vió y comprendió al momento que la literatura profana y la religiosa le daban una á propósito, empleando la cual con la imaginacion extraviada de un loco, podia lograr los efectos requeridos en una epopeya, sin salir de la esfera de lo verosímil, ni usar de ningun resorte que no fuese natural. Hé aquí uno de los grandes secretos de la concepcion de esta sátira admirable de las flaquezas y aberraciones humanas: el cómo pintando los actos y pensamientos de un demente, hace la pintura de la sociedad que se apellida cuerda. La solucion de todo en el mundo real era parecida á la solucion que vemos en el QUIJOTE. Se echaba mano á que intervenia encantamento ó lo que es lo mismo, agencia divina ó diabólica, y cada loco salia con su tema.

Por eso, nada hay más cómico que ver á Sancho á veces confuso y á veces crédulo en lo de si fué realidad ó encantamento un hecho tan real como el de haber volado por los aires cuando le mantearon. Unas veces se acuerda hasta del nombre de los maleantes que se burlaron de él tan á costa de sus costillas; otras está viendo al mismo ventero que ayudó á la fiesta, y con todo, tal es la seguridad y fe con que Don Quijote cree que fué encantamento, que el influjo de esta creencia llega alguna vez hasta dominar á Sancho.

Como hemos de volver á tratar de esto en otros lugares, reservamos otras consideraciones para más adelante, concluyendo por decir, que concedida la posibilidad de alterarse las inmutables leyes de la naturaleza, tanto en lo espiritual como en lo físico, cada cual usa de este resorte segun conviene á sus fines, que es lo que vemos en la historia real de la humanidad y hallamos magistralmente parodiado en la historia serio-cómica de la misma, llamada fábula del QUIJOTE.

3.—*Cuando ménos lo pensemos.*—Lo propio y natural en un loco rematado y sin otro objeto en el autor que ridiculizarle, habria sido dar por realizado el ensueño y por acabada la aventura del gigante. ¿Por qué ese temor de hablar y esa incertidumbre en Don Quijote? Otro autor, que no Cervantes, habria dado el giro á la escena que á primera vista debiera tomar; pero sobre disminuir el interés para los lectores, porque seria una salida prevista, quitaria el gran valor que aquí tiene el inesperado registro por donde sale Don Quijote. Esta expresion de «quiero callar porque no me digan que miento,» en las circunstancias, situacion y condicion del personaje, es felicísima, y de una intencion profunda, como lo prueba lo mucho que sobre ella puede decirse y reflexionarse, que es la piedra de toque de las pinceladas y toques maestros, pues cuando no hay verdadero fondo, es inútil empeñarse en hacer comentarios.

4.—*No le deis consentimiento.*—Siempre será objeto de admiracion en el QUIJOTE, que sus llamados disparates ó locuras no tienen nada de caprichosos, extemporáneos ó traidos por los cabellos, sino que en la esfera á que pertenecen son tan lógicos y naturales como los sucesos que están pasando en torno suyo, ó por mejor decir, nacen directa y sencillamente de estos mismos sucesos con tal tinte de verosimilitud, que parece que podemos mirar el mundo de la sinrazon tan sujeto á sus especiales leyes y tan concertado como el mundo de la discrecion y del buen sentido. Es, por otra parte, bien seguro, que nada podria hacer interesante á un loco, si sus disparates fuesen puramente hijos del capricho de su autor, como lo son los del Licenciado Avellaneda. Ahora bien, ese concierto sólo puede adivinarlo el genio. Con toda su locura, Don Quijote está en este modo de ver las cosas que pasan en su derredor, tan discreto y ajustado á un especial punto de vista, que no hay posibilidad de cambiar sus razonamientos y sus actos, sin destruir un órden y una creacion de belleza.

5.—*De regalo que aquí hay.*—Difícil es imaginar una figura más completa, interesante y simpática que Dorotea. Esta mujer reune todo lo que realza al sexo femenino, sin que se trasluzca el más mínimo defecto de presuncion, vanidad ni impropiedad alguna. Podria decirse que es el tipo de la mujer española donde más largamente se contiene. Hermosura, valor, discrecion, gracia, cortesía, benevolencia, nobleza de corazon, alteza de sentimientos, ingenio, buen humor, todo cuanto puede anhelarse está compendiado en esta verdadera señora y princesa de virtudes y bellas prendas, sin necesidad de serlo de Micomicon. Dorotea es una de esas mujeres que dan vida y calor á todas las situaciones posibles en el trato humano, y cuyo semejante tuvo en la mente el sabio al decir: «Donde no está la mujer, llora la humanidad.»

CAPÍTULO XXXVIII.—1.—*Conserve sano y bueno.*—Este discurso de las armas y las letras es un verdadero informe ó alegato de méritos y servicios en boca de un valiente militar postergado y de un excelente escritor desconocido. Con todo eso, el tema de Cervantes domina aquí como en todas partes. A él le interesaban más sus servicios de soldado que sus trabajos de escritor, porque el rey pagaba los unos y la posteridad los otros. A pesar de esto, ¡cuánto miramiento y delicadeza al hablar de sus heridas, su manquedad y el olvido en que se pusieron veinte años de servicio por el rey y por la patria! Aquí es donde hay que medir y aquilatar la naturaleza nobilísima del soldado valiente y del genio consciente de su valor. ¿Quién le estorbaba el haberse destemplado y escrito con hiel en el corazon y saña en la pluma? Pero sabia que al escribir estaba en el trípode que eleva á los grandes maestros y modelos de los hombres, y que esa misma benevolencia y suavidad serian con el tiempo los argumentos más poderosos en favor de su justa causa. *Fortiter in re, suaviter in modo.*

2.—*De los pasados siglos.*—Poco á poco empieza á vislumbrarse la tendencia de Cervantes á ir trasparentando su personalidad en la de Don Quijote, introduciendo asuntos y sucesos en que realmente alude á sí mismo, y en los que, por valerme de su expresion, se desnuda al hidalgo de loco, para vestirlo de cuerdo. Notemos en primer lugar, que siendo Cervantes un escritor de la inmensa talla que todos le conceden, da la preferencia á las armas sobre las letras. ¿Cómo se explica esto? En mi entender muy fácil y satisfactoriamente. Nuestro autor habia seguido á Marte y á Apolo: tenia seguras la palma y asiento en el templo del Parnaso en la posteridad y áun en sus dias; pero la corona y el asiento en el templo de Belona se la disputaba de continuo un mal influjo de las estrellas. ¿Qué seria de sus veinte ó veintidos años pasados en el ejercicio de soldado, sirviendo á su rey y su patria, si él mismo en su inmortal obra iba á quitar el mérito de su vocacion y sacrificios dando la palma á las letras sobre la milicia?

La envidia que se conquistó entre muchos de sus émulos y rivales con la publicacion del QUIJOTE, provino en gran parte, de esta intencion bien manifiesta de defender su causa propia y trasfigurarse á menudo bajo los contornos de Quijano el Bueno. Por esto introdujo con mucha oportunidad su personalidad propia como ejemplo del mayor valor y afrontamiento de peligros, citando la embestida de dos galeras en mitad del mar espacioso, las cuales no dejan al soldado más espacio que dos piés de tabla del espolon. Esto y el período siguiente es un trozo eminentemente auto-biográfico, y los envidiosos de su tiempo no podian ver con calma que Cervantes indirectamente hiciese su elogio de una manera, á su parecer, tan manifiesta. Así lo afirmó á las claras el doctor Suarez de Figueroa, y otros lo creyeron y pensaron aunque no lo dijeron en público como este Zoilo.

Su anatema contra las armas de fuego y su inventor dan á entender que al componer este famoso discurso tenia los ojos fijos en su personalidad; pues no sólo sabemos que fué herido de tiro de arcabuz en la mano y el pecho, y á poco pudo ser muerto por traidora bala, «cortando y acabando en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar por luengos siglos,» sino que en su odio á los instrumentos de la moderna guerra, que no requieren del soldado valor ni cortesía, se ve su cariño y aficion á la

profesion de caballero andante que sólo peleaba con espada y lanza, y en cuyas lides se mostraba siempre la quinta esencia de la hidalguía, como era no herir al enemigo en el suelo, ni tomarlo desapercibido, ni, áun vencido, quitarle su caballo, á ménos que no hubiese muerto el suyo, delicadezas y leyes todas que han desaparecido en las guerras modernas anónimas, donde el guerrero se pierde y desaparece tras la mecánica.

CAPÍTULO XLIII.— 1. —*Siempre se esconde.* — En la pintura de niñas ó doncellas de corta edad pocos escritores superan á Cervantes, individualizándolas de un modo tan admirable como se ve en la diferencia que va de la que nos ofrece en uno de sus entremeses, tipo comun, vulgar y descuidado, y la que de doña Clara nos presenta, superior á sus años en discrecion; pero con la inocencia y el candor adorables de la juventud. No es posible dejar de conocer por esta observacion de los estados, tipos, edades y condiciones, el amor que profesaba nuestro autor á los niños, pues no de otro modo puede adquirirse ese conocimiento de sus peculiares maneras y lenguaje; y prueba del encanto que la belleza y el candor juvenil producian en Cervantes, es la poética arenga con que Don Quijote, haciendo una excepcion esta vez, recibe al Oidor y á doña Clara, arenga en la que, quitando la palabra castillo, sólo se ve al hombre galan, cortés y enamorado, sorprendido por la súbita aparicion de un ángel, que no otra cosa semeja doña Clara.

La historia de los amores de esta niña y la fuga del amante de casa de su padre, trasformado en mozo de mulas, aunque fingida con todo el carácter y requisitos de lo romántico y novelesco, no se puede decir que fuese pura invencion poética en aquellos tiempos. Ya ha habido ocasion de notar la hipocresía y equivocado sistema que en España se seguia por los padres en lo antiguo, tocante á los amores de sus hijas. Cervantes que tan buen partido sacó de este lamentable órden de cosas, es uno de los que más constante y fuertemente lo censuran. No era ningun delito que don Luis se hubiese enamorado de doña Clara, ni su conducta, despues de enamorado, era tal, que tuviese ningun padre por qué avergonzarse de ella. ¿Por qué ese temor del jóven y de doña Clara, de que tan pura correspondencia no llegase á conocimiento de los primeros en el mundo que debian saberlo, que eran sus respectivos padres? Los resultados no podian ser sino peligrosos, como aquí se ve, que el jóven abandona sus estudios y la casa paterna, y disfrazado y expuesto á mil peligros, acomete una empresa de desesperado, escondiéndose siempre de quien únicamente pudiera venir el logro de sus deseos, y haciendo desgraciada á doña Clara; de modo que lo que debiera ser por órden natural su felicidad y bien, es su mal y su desgracia. Bien se deja entender, que el poeta tiene que trabajar sobre tales premisas para que haya interés en la lucha con obstáculos; pero, como ya he dicho ántes, el poeta inventa unas veces y otras veces copia, y en este caso, ni Cervantes ni ninguno de los escritores dramáticos de su tiempo y los posteriores tuvieron que inventar en esta parte, sino retratar lo que pasaba en torno de ellos. Cervantes pone en boca de don Luis una protesta contra este artificial sistema cuando dice:

«Recatos *impertinentes*
Y honestidad contra el uso;
Son nubes que me la encubren
Cuando más verla procuro.»

En el caso de Dorotea vemos poco más ó ménos lo mismo y con el resultado que venian á tener comunmente estos amores tan ridículamente ocultados á los padres, pues si es verdad que don Fernando daba músicas á la doncella labradora, sus billetes venian á las manos de esta por medios misteriosos y secretos é intervenian sobornos de la gente de casa, hasta el punto de llegar á entrar el amante de noche en el aposento de una hija de familia, cuando no se le permitia entrar en el estrado de dia, en presencia de sus padres: todo lógico y consecuencia forzosa de un falso principio y por eso dice un proverbio, que cuando se le cierra al amor la puerta se entra por la ventana. La prueba de que esto era lo corriente en aquella época y de que todo ha cambiado con el desarrollo de la civilizacion, es que entónces no se tenia por ridículo un paso como el dado por don Luis: miéntras que si en la sociedad actual, pintase un autor á un enamorado imitando su conducta ó la de don Fernando, se reiria el público del héroe y del autor. Queda la cuestion de si la moralidad social y doméstica gana ó pierde segun uno ú otro sistema. Sobre esto no hay que devanarse mucho los cascos; pues claro se está que un sistema como el antiguo, en que se comienza por la ocultacion de la verdad por parte de los hijos, y se sigue por la hipocresía su inmediata consecuencia, y por colocar á la santa autoridad y figura de los padres como estorbo de quienes es preciso librarse, no puede ménos de contribuir á menoscabar la dignidad humana, y donde interviene semejante menoscabo, todas las bajezas y males son posibles.

1. —Pág. 435. —*Le desencantase.*—Este prendimiento de Don Quijote por el brazo, es como la liquidacion pendiente del manteamiento de Sancho, sobre la cual habia ya recibido Don Quijote algunos mojicones á cuenta, y todo por ocasion de la hermosa infanta hija del ventero. La burla parece imaginada por Maritornes, acaso en venganza de haberle Don Quijote echado á perder la noche de su cita con el arriero. Aun en esta misma burla no olvida Cervantes de tratar *véras*, cuando hace salir á Don Quijote por el registro del encantamento, ó lo que es lo mismo, por una causa sobrenatural y fantástica á lo que provenia de lo más natural y prosaico del mundo, y es digno de atencion el ver, cómo, dada una premisa falsa, se sacan consecuencias lógicas al parecer, cuando están léjos de la verdad, porque el no moverse Rocinante, poco ni mucho, que era propio de su condicion, lo toma Don Quijote como prueba de que él y su caballo están encantados. Este fenómeno es el más universal é indefectible en todas las alucinaciones, fanatismos y locuras.

CAPÍTULO XLIV.—1.— *Vil traje vestido.*—La variedad que sabe introducir nuestro autor en sus relatos, advierte la suma discrecion suya y su gran conocimiento en lo que hoy se llama *savoir faire* artísticamente hablando. Vése cómo los lances de amores de

Cardenio y Dorotea fueron alternativamente enclavándose en la fábula, de manera que no cansasen al lector, y la gran diversidad de incidentes que van mezclados en su historia y desenlace. Lo mismo sucede en el corto episodio de los amores de doña Clara y don Luis, tan entrelazado con otros lances, que verdaderamente admira lo prodigioso de tanta invencion y buen gusto artístico.

Lo propio debe decirse de la discrecion con que Cervantes evita un paso por antonomasia burlesco, de los propios de libros de caballerías, y esta es otra prueba de gran peso, de que no fué su intento ridiculizarlos. Si así fuese, ¿qué mejor ocasion para hacer una arenga andantesco-burlesca, que la que se ofrece cuando Don Quijote necesita de la vénia de Dorotea para ayudar al ventero? Por cierto que esta era la ocasion verdadera de sátira de su estilo y de las prácticas de los caballeros, y esto es lo que abunda en el Quijote espúreo de Avellaneda. Aquí podria haber fantaseado Cervantes un cómico y magnífico pasaje en la demanda de la tal licencia, para un objeto tan prosaico cual era el de ayudar á un ventero, en guerra, probablemente, con dos arrieros; y una no ménos cómica respuesta de la princesa Micomicona, otorgando en andantescas frases el don pedido. Esto entraba de lleno y heria la verdadera tecla de sátira literaria; pero tan léjos debia estar de Cervantes este pensamiento, que dispone sumariamente de materiales tan á propósito, y se contenta con narrar lo que debia haber puesto en accion viva. Además, ¿qué autor que tuviese ese propósito habia de pensar en poner un entredicho como lo pone, de que no ha de acometer aventura alguna hasta vencer al gigante? ¿No es esto imposibilitar el autor mismo los medios que tenia para realizar su fin? Porque la verdad es, que gracias á ese entredicho, Don Quijote no puede pasar adelante en su desafío con el cura sobre la cuestion de los galeotes, ni ir á buscar á Juan Haldudo y vengarse de su mal trato con Andrés, ni embestir á los cuatro criados de don Luis, ni ayudar al ventero en su pelamesa, que habrian sido incidentes muy burlescos y muy propios de tal intencion.

Es muy de notar que en este pasaje y en medio de bravatas tales como las de decir Don Quijote, que aunque el ventero estuviese en el otro mundo, lo sacaria él, á pesar del mismo mundo, parezca, como de intento, cobarde. En otra ocasion, en la segunda parte, huye tambien el valiente Don Quijote, y sin embargo, nadie pone en duda su arrojo y valentía. Este es uno de los grandes secretos del gran arte en los grandes genios. En su lugar correspondiente explicaremos esta contradiccion, por ser allí todavía más abierta é inequívoca que en el presente caso, pues al ménos hay la excusa de que realmente no huye Don Quijote, sino opone una razon ó impedimento de la órden de caballería.

Más propio habria sido, que Don Quijote dijese no poder manejar la espada por tener dislocada la muñeca, de resultas de la burla de las que ahora le pedian socorro para su amo y padre; y les enseñaria que las burlas pesadas son algunas veces peligrosas para los mismos que las hacen, y tal vez esto pasó por las mientes del autor al escribir este pasaje; pero acaso la idea de que pudiese pasar por rencoroso ó vengativo un corazon tan noble como el de Don Quijote, le retrajo de dar tan apropiada excusa.

Lo que sí es indudable es la intencion de Cervantes de pintar en el ventero un hombre de mala condicion, codicioso, vengativo, duro, de mal humor é interesado, como espléndido, afable, pacífico y bien humorado nos pintó el otro ventero del campo de Montiel. Este cuadrillero y capa de ladrones no era de la devocion de Cervantes, quien ofrece indicios de haber hospedado en su venta, y acaso alude á sí mismo cuando habla del pasajero que se dejó la maleta con los libros de caballerías y los manuscritos de las dos novelas *El Curioso impertinente* y *Rinconete y Cortadillo.* Despues de todo, la refriega se apacigua por Don Quijote, y el ventero cobra su cuenta sin rebaja y sin necesidad de intervencion armada, sino de persuasion y buenas razones de nuestro hidalgo, cosa que tiene poco sabor y tira poco á poner á este en ridículo como caballero andante.

2.—*Que me robastes.*—La escena que aquí comienza es una de las más originales y cómicas que haya inventado autor alguno humorístico, y tiene el mérito de ser consecuencia ó moraleja de otra aventura no énos mcómica, donde se ve nuevamente el exquisito é inimitable don de artista que poseia Cervantes, pues todos los efectos más graciosos y sorprendentes los saca como de la nada, de elementos sencillos y de corto número de materiales. Una bacía de barbero y una albarda de jumento que roban dias atrás, el uno de buena y el otro de cuestionable fe, dan de sí materia para varios incidentes y sobre todo para esta singularísima pendencia, verdadera y punzante sátira de lo que pasa en la vida humana, y singularmente en las naciones como cuerpos políticos consideradas; pues el marcado intento de Cervantes, bajo un aspecto, es ridiculizar las disputas, pendencias y guerras que nacen de causas livianas, ridículas, mezquinas y particulares, enredándose la madeja y entrando en ella personas graves contra todo lo que podia esperarse de la discrecion y la dignidad humanas.

Capítulo XLV.—1.—*San Pedro se la bendiga.*—Pocos pasajes habrá en que se muestre el humor cervántico tan de lleno como en estas frases de Don Quijote. Tras una disputa en la que todo se trastorna, es cómica por extremo la salida, de que «cada cual tome lo suyo,» como si fuera negocio fácil esa justicia distributiva. El hidalgo da como á entender, tambien, que corre peligro su yelmo de Mambrino de andar entre semejantes controversistas; y por último, no es ménos digno de notar, que todas las soluciones de este conflicto, vienen iniciadas por el verdadero promotor de la contienda. No da lugar la índole de estas notas para mayor desarrollo de lo que encierran estos admirables cuadros.

2.—*Podria ser de borrica.*—Salida es esta muy propia de un hombre discreto y superior, que está *en autos* de lo que se trata, cuando ve á un inferior é ignorante tomando por lo serio, y poseyéndose de su papel de juez, en una cosa que debia conocer en juego convenido á tiro de ballesta; pues no habia necesidad de ponerse tan grave ni de echar un juramento para distinguir una cosa tan clara. En este proceder de uno de los criados de don Luis, zahiere finalmente Cervantes, á tantos y tantos como vemos que toman un aire dogmático y hacen el papel de tontos, echándola de discretos al explicar ó dar á entender lo que todo el mundo sabe. Verdad es, tambien, que el empleo de esos ingeniosos retruécanos suele ser como echar pólvora al fuego, y así sucede en este caso, que es el combustible que pone en conflagracion todos los ánimos.

3.—*Debe estar hecho uva.*—La pintura va acentuándose en color y calor, y con mucho acierto introduce ya aquí el autor el insulto en vez de la razon, que es el paso para que Don Quijote, celoso más que nadie de su dignidad, pierda los estribos de la paciencia y pase de la lengua á las manos y de los argumentos á los lanzazos. Ahora bien, la minoría no logra vencer por este camino, ni es el mejor aunque venciese. Lo procedente era, haber reunido mayor número de personas que no tuviesen parte en el complot, y obtenido más votos que don Fernando obtuvo de sus paniaguados. Este es el único recurso de las minorías para convertirse legítimamente en mayorías.

4.—*Debe de habitar en él.*—Ingenioso epigrama, considerando la ingeniosidad con que dice Don Quijote ser obra de una legion de demonios lo que era obra propia suya. No lo es ménos la original ocurrencia de que sea Don Quijote y la materia de su locura, el instrumento que pone en paz á personas tan discretas. La enseñanza y leccion de esta pendencia es de grande alcance y no se ofrece dia en que no venga muy á cuento citar la disputa de la albarda, mil veces repetida en la historia de la humanidad.

5.—*Se le pongan delante.*—Sin entrar á definir lo que era, ó en lo que se convirtió la Santa Hermandad en los tiempos de Cervantes, se desprende por el tono con que habla de ella, que la tenia en el más soberano desprecio y que estaba al tanto de su corrupcion y secretos manejos y confabulaciones con los malvados. La circunstancia de haber existido mandamiento de prision contra nuestro autor, cuando áun era jóven, por cuestion entre caballeros, hace más interesante la lectura de este pasaje, por la trasparencia que se ve de Cervantes en el autor de la filípica.

Capítulo XLVI.—1.—*En ofensa de mi honestidad.*—Faltaba uno de los grandes y oportunos ejemplos, para dar Cervantes á entender las graves consecuencias que traen para la moral y las ideas rectas de justicia, el admitir la intervencion de agencias sobrenaturales en los actos de la vida. Vése aquí cómo Dorotea se aprovecha de esa flaqueza para componer y ocultar lo que le conviene, y cómo el mismo Sancho se ve vencido y cogido en la estacada, y en opinion de embustero y calumniador, cuando no dice más que la verdad. Júzguese, pues, de los conflictos de la conciencia y la razon en una sociedad, como la española, donde nada se hacia que no se atribuyera á mediacion de agentes sobrenaturales. El artificio é ingenio de Cervantes para poner esto en ridículo y censurar tan grandes males es lo que debe admirarnos, y cómo tocaba en una parte para que sonara en otra. Aquí es donde está la verdadera sátira contra los libros de caballería; pero es porque, haciéndola contra ellos, cae de lleno sobre los grandes errores y supersticiones de la humanidad.

2.—*Creia y lo afirmaba.*—A pesar de que el autor pone en salvo el sentido comun, afirmando que el escudero nunca creyó que habia sido cosa de imaginacion el manteamiento, por lo ménos en la ocasion presente la idea de Don Quijote viene como á salvar su dignidad. Dado este paso, en que acepta por interés propio una version tan distinta de la realidad, es de suponer que Sancho se veria obligado á ratificar esa mentira, siempre que se tratase del manteamiento entre aquellas personas, y hé aquí cómo en el mundo se abre paso el engaño si conviene más que la verdad para la reputacion propia. La serie de situaciones y conflictos de conciencia que hace salir Cervantes de un solo hecho tan sencillo, debe ser materia de admiracion para los hombres experimentados en las luchas de intereses, pasiones é ilusiones de la sociedad. El Quijote, bajo este punto de vista, es el libro donde hay más fondo y materia humanos, de cuantos se han escrito.

3.—*Por cama blanda y tálamo dichoso.*—Despues de la aventura de la penitencia en Sierra-Morena, este incidente es uno de los más importantes en la Primera Parte, en lo que toca al simbolismo del Quijote, y exige alguna más atencion en los comentarios á que da lugar. Aquí se toca al alma y médula del propósito de Cervantes, y de aquí proviene que este episodio ó lance, encierre interés para el exámen, bajo los varios aspectos en que puede considerarse una obra de arte simbólico.

El aparato caballeresco entra aquí en toda su plenitud, puesto que se imita ó parodia uno de los casos de encantamiento y de profecías propios de las historias de caballeros andantes, y ántes de proseguir, añadiré, de pasada, una prueba más de las infinitas que acreditan, que el seguir el estilo ó valerse de los elementos ó emplear en parodia la maquinaria de la caballería, no implica que el autor quiera ridiculizar á sus modelos. Nada más comun, cuando se escribe una novela notable ó un drama excelente, que el ver salir in continenti de las prensas una parodia. En esta clase de composiciones, los personajes, el argumento, lo principal y lo accesorio, todo se representa bajo un aspecto cómico y ridículo. Hemos tenido parodias de *Trovador*, de *Guzman el Bueno*, del *Nudo Gordiano*, y de otra infinidad de obras antiguas y modernas que llamamos clásicas, para denotar su perfeccion y excelencia. Y ¿á quién se le ha ocurrido, por ejemplo, que el *Tio Zaratan* sea una sátira ó diatriba contra *Guzman el Bueno* ó su autor Gil de Zárate, ni que el *Nudo Corredizo* lo sea del *Nudo Gordiano* de Sellés? A nadie, ni pudiera jamás ocurrirse á quien tenga mediano entendimiento. Los autores de parodias, escogen justamente las obras más notables y de más fama y favor en el público, pues de otro modo no pagaria el trabajo ni tendria interés; y por lo demás, se aprovechan simplemente de los materiales de otros autores para distintos fines. Esto es lo que hace Cervantes en su Quijote con respecto á los libros de caballería, de cuyos elementos, maquinaria poética y materiales, se sirve para sus fines, y al decir que una parodia es en Cervantes sátira, cuando no lo es ni puede ser por su naturaleza en ningun autor de parodias, es realmente haber perdido toda nocion de la índole de esta clase de composiciones. Claro es, pues, que si Cervantes dice que su intento es escribir una sátira contra los tales libros, y resulta que no lo es ni puede serlo, su declaracion no es séria ni formal, sino una especie de pantalla ó manera de llamar la atencion para excusar el decir el objeto que se proponia.

Cabalmente en esta escena de la venta imita nuestro autor las profecías de Urganda, tan repetidas en la historia de Amadis, y se dirá con razon que las parodia; pero no que ponga en ridículo un libro bien escrito y del cual hace un juicio ventajoso y favorable en su mismo libro del Quijote.

Esto en cuanto al sentido literal. Vengamos ahora al que podemos llamar moral. Esta traza del Cura, supuesta la buena intencion, no es por cierto la más feliz, porque era confirmar á quien creia en encantamientos, y hacerle aún más creyente viendo una realidad. Tampoco era necesario tal procedimiento violento, que al hombre más cuerdo hubiera hecho dudar de sus sentidos, puesto que Dorotea y don Fernando se habian ofrecido á ir hasta el pueblo de Don Quijote, y cuando esto no hicieran, cualquier expediente sobre que la princesa se habia adelantado ó retrasado en la jornada, habria satisfecho á Don Quijote y héchole proseguir tranquilo hasta su lugar, sin entrometerse en ninguna nueva aventura. Considerando ciertos pasajes, que despues notaremos en el diálogo de Sancho, parece como que Cervantes no se fió sólo en la virtud de su artificio, sino que quiso especialmente llamar la atencion sobre el intento de este religioso, que tanta intervencion tiene en los sucesos del hidalgo.

La parodia de las profecías de Urganda, en medio de su cómico desconcierto, ahuecamiento y aparente tono zumbon, viene á tratar del asunto importante, del ideal de Don Quijote, ó sea, el ideal de Cervantes, que tanto enfadaba á sus adversarios, y del que, segun puede congeturarse, tanto se preciaba y con tanta fruicion acogia su mente, esperando que si no en su vida y en sus tiempos, llegaria á realizarse en la posteridad. Sobre esto, véase *La Estafeta de Urganda*, donde más extensamente se trata de esta profecía.

Capítulo XLVII. — 1. — *Los encantos destos nuestros tiempos.* — Encantamento, en su más general acepcion, significa entomecimiento, paralizacion, inaccion; y en este concepto en que aquí está tomado, consiste la aguda y fina sátira de Cervantes contra el despotismo é intolerancia de las dos potestades que dominaban entónces: el altar y el trono, y con razon poníase á la Iglesia ántes que al Estado, pues el mismo omnipotente Felipe II estaba sumiso á la voz del clero y de la Inquisicion. La comparacion que hace Cervantes entre la manera de conducir en los encantamentos á los caballeros, y la que en su tiempo emplean los encantadores, es sumamente ingeniosa, pues da á entender, en el caminar en un carro de bueyes, la poca actividad y tardo paso de la inteligencia entomecida, paralizada é inactiva con el imperio de la fe que anula á la razon humana, en una palabra, que tenia *encantada* á la nacion española.

Si se encargase á un pintor el hacer una alegoría del deplorable estado de la nacion española, y, en general, de todos los pueblos, en época como la de que se trata, donde áun no habia recobrado la razon todo su imperio, la extraña procesion que aquí Cervantes nos pinta, daria la expresion más gráfica y completa de la situacion del pueblo, verdaderamente *enjaulado* en los límites de hierro de la autoridad en todas las esferas; con ligaduras en los miembros como organismo inútil ó semejando á un esclavo abyecto; caminando al paso tardo de unos bueyes, en lo que denota el poco ó ningun progreso y actividad de la inteligencia supeditada y cohibida por el más intolerante despotismo; custodiada la jaula ó prision por un canónigo y un cura y los oficiales de la Santa Hermandad, ó lo que es lo mismo, el clero y la policía; y, por último, enmascarados, disfrazados y puestos antifaces en los rostros, para indicar la hipocresía, maldad y falsía, sistema de suspicacias, sospechas y delaciones que en aquellos benditos tiempos dominaban. Y el bueno de Don Quijote, sorprendido en un momento de reposo, maniatado, encantado á su parecer, ó mejor dicho, privado del uso de la razon para distinguir ni áun su situacion propia, ni si son amigos ó enemigos las visiones que le rodean, representa con exactitud el estado de la inteligencia del pueblo, sofisticado de tal manera con supersticiones, consejas, mentiras, alucinaciones y fanatismos, que vivia en una especie de mundo de fantasmas, en una esfera de artificios, en una region de espiritualismo maravilloso, dispuesto á creer todo, á someterse á todo y á ser una masa blanda en manos de sus sagaces dominadores, á trueco de llenar su fantasía de quimeras, imposibles, sueños, milagrosos sucesos, y trastornos del sentido comun.

La variedad que, como dijo Cervantes, permite la escritura desatada ó materia de los libros de caballerías, facilita á nuestro ingenioso autor el presentar diversos aspectos de su cómica representacion de la vida humana, y particularmente del pueblo español: y en esta aventura, á no dudarlo, se está viendo la pintura de nuestra sociedad á principios del siglo xvii.

2. — *Que no son del todo católicas.* — Obsérvese el juego que hace Cervantes de este adjetivo, sabiendo Sancho, que entre las visiones contrahechas andaba el cura. Al fin viene indirectamente á lanzarle la palabra demonios, como ya habia usado la de «Satanases del infierno,» en otra ocasion en que intervienen frailes y licenciados. No se llevaban bien las dos caballerías ó religiones.

Existe en el prólogo del Quijote de Avellaneda una expresion singular, sobre la que nadie ha parado la atencion, no obstante lo significativo de su intento. Dice el autor anónimo, y da esto como razon de atacar á Cervantes, que éste le ofendió con «sinónomos voluntarios». ¿Cuáles son estos sinónomos y dónde se hallan en la primera parte del Quijote? Supuesto que el autor era hombre de religion, dominico sin duda, y que, por los datos que presento en *El Mensaje de Merlin*, ninguno cae debajo de estas señas como el fraile dominico Andrés Perez, ¿será que desde luégo el apellido *Perez*, del Cura, pueda contarse en el número de las palabras que su enemigo llama sinónomos, acaso por homónimos? ¿será que el decir, hombre docto, graduado en *Sigüenza*, sea otro sinónomo, expresando el nombre de esta poblacion, mediocridad de inteligencia? La idea de Avellaneda, ó la causa aparente (una entre muchas) de su rencor, no puede estar más clara ni más concisamente expresada. Falta averiguar dónde están esos *sinónomos voluntarios*, é indudablemente algun dia se han de hallar en el Quijote.

3. — *Como los da el sol en el cielo.* — Tiene este pasaje todo el sabor de los conceptos que empleó Cervantes en su defensa contra los ataques de sus enemigos y persecuciones de sus adversarios. Las palabras de que á los caballeros de poco nombre nunca les suceden semejantes desdichas, porque no hay en el mundo quién se acuerde de ellos; de que los *valerosos* tienen por envidiosos de su *virtud* y *valentía* á muchos *príncipes* y caballeros, que procuran por *malas vías* destruir á los buenos, y lo respectivo al poderío de la virtud, son frases y conceptos de que usó Cervantes en sus prólogos, con respecto á sí mismo, aunque aquí, en boca de Don Quijote, se está vislumbrando que el autor habla por su propia cuenta.

4. — *Encantador me ha puesto.* — Sabida cuál es la significacion de encantamento, no hay que dudar de lo que significa en este

pasaje *encantador.* Aquí, como en el lance del aposento de los libros, encantador es la Inquisicion que entomecia y *encantaba* á los hombres de inteligencia y amantes de la libertad y de la verdad, y se ve el arte sutil con que Cervantes sabe preparar su artificio simbólico, hasta el punto de poder decir que un religioso, el Cura, era el mal intencionado encantador que en tal estado y prision le habia puesto.

5. — *Alteza honrosa de las armas.* — No ha de perderse de vista que una de las manías ó flaquezas de Cervantes, fué preciarse, y con razon, de soldado valeroso, ya porque su natural inclinacion fuese hácia el objeto de alcanzar fama y honra, como acontece en la milicia, ya que le encantase el ejercicio ó profesion de las armas, como lo más cercano y parecido al de caballero andante, que sin duda lo fué en deseo, en intencion y en obras, aunque no usara de lanza, cota, ni escudo, ni recibiese la órden de caballería. Esta es una de las razones por las cuales nunca creí que Cervantes llegase á pensar en escribir una obra para derribar, por el ridículo ó sin él, lo que habia sido y fué siempre su bello ideal; y ciertamente que á ser caballero andante, habria llevado en su escudo el mote de «luz, verdad y libertad», que es lo que simboliza la Dulcinea del Quijote, ó sea la razon humana emancipada.

Siendo esto evidente, por multitud de pasajes de sus obras, que no dejan en el ánimo lugar á dudas, síguese que nada le era más fácil que hablar de sí de una manera indirecta, pero bien clara, en muchos pasajes del Quijote, especialmente en aquellos donde se trata de desdichas, desventuras ó persecuciones. Sus émulos y enemigos lo sabian, y él cargaba la mano, por lo mismo, pues lo podia hacer á su salvo, gracias á su viveza de ingenio y de inventiva. En este trozo y en la respuesta del Cura se está trasluciendo la personalidad del autor de un modo tan incuestionable, que quien tenga presentes su vida y sus obras, lo comprende luégo, al punto, y comprende asimismo la fe y el instinto profético que le hacia escribir: que á pesar de la envidia su nombre se inmortalizaria en mármoles y bronces.

6. — *Y la malicia en ocultarlos.* — En esta respuesta del Cura, algo irónica y zumbona, como no podia ménos de ser hablando delante del canónigo de Toledo, va repetido y envuelto el tema que tantos enemigos debió conquistarle. La frase de «aquellos á quien la virtud enfada y la valentía enoja», no es invencion de Cervantes, sino *proverbial.* Fué un hecho, y el número de *aquellos* es legion. Villegas es el más explícito cuando llama á Cervantes *quijotista*, calificativo que no se comprende en sentido hostil ó denigrante, á ménos que no se refiera á esta unificacion que quiso hacer de su personalidad con la del héroe de su poema.

7. — *Por más que disimule sus embustes.* — Verdaderamente que está aquí Sancho un tanto hablador y epigramático. Cierta parte de este su discurso es natural en él y conforme con su carácter; pero la embocadura es demasiado sospechosa é intencionada. Una cosa es evidente, y es que no habia necesidad de tal exordio, á no ser con la intencion y en el sentido que vamos examinando esta singular aventura del encantamento.

8. — *Verdaderamente, señor Cura.* — Esta plática que aquí empieza, es la verdadera crítica (no sátira ni invectiva) de los libros de caballerías. Parece por ella, que Cervantes no opinaba como cierta escuela de hoy, que deberíamos llamar *Milesia*, que pretende ser el fin del arte el arte mismo, ó sea la belleza, sin curarse de la enseñanza ú objeto moral ó buen propósito que pueda tener la obra. Por lo ménos, da á entender que era más práctico y que podia abarcar más, pues claro es que el que consigue dos objetos y ambos buenos, vale más y alcanza más que el que sólo logra uno. No se puede negar que el arte tiene un fin y objeto propio, y que el valor moral que una obra encierre es cuestion aparte; pero este problema me recuerda el símil de un diestro artífice en labrar el oro y la plata, que se pusiera á hacer un aderezo ó engarce maravilloso para montar, en vez de brillantes ó preciosas perlas, pedazos de lodo ó de estiércol. Como artífice, dirán los nuevos *milesios*, ha cumplido: examínese la labor de la montura, la exquisita perfeccion y belleza del aderezo. No hay que pedirle más. «Sí, les contestarian un comerciante discreto ó una dama de sentido comun: muy bueno está eso; pero yo no voy á poner en mi tienda ó á adornar mi cuello con una belleza artística que lleva por fondo ó principal cosa tan sucia, inmunda y asquerosa.»

Paréceme que este argumento es bastante á resolver la cuestion tan trabada y reñida entre los críticos. Si se deja escoger al buen sentido, la gran mayoría escogerá aquel aderezo, que estando bien labrado, encierra piedras de valor y no materia ínfima y vil; porque en una misma pieza lleva el valor de la belleza del arte y el valor de la belleza de la piedra preciosa.

9. — *Ni las vió Marco Polo.* — De camino que hace Cervantes esta crítica, y nótese cuántas veces insiste sobre ello, la hace indirectamente de toda la literatura devota, mística y ascética, donde se refieren los mismos imposibles, desproporciones, inverosimilitudes y discordancias paliadas y autorizadas con que sucedieron, no á un caballero andante, sino á un frailecito de cierta órden ó monja de cierto convento. Cervantes no podia hablar claro en aquella época. ¿Consiguió hablar *por señas* como nos dice? La respuesta no puede ser dudosa.

10. — *Porque la escritura desatada.* — Tal vez diria el manuscrito *desatinada.* Aunque desatada no es muy impropia voz, parece como que es más comprensiva y de mayor alcance el decir desatinada, toda vez que poco ántes ha estado hablando de los desatinos en que caian los autores de libros caballerescos.

11. — *Como en verso.* — Se han afanado muchos por averiguar cuál seria la generacion de la vida del Quijote en el cerebro de Cervantes, y verdaderamente olvidaron que él mismo traza aquí la historia de su concepcion. Por lo ménos, en estas páginas expone lo que podia ser su única procedencia, literariamente hablando; pues los más grandes genios son deudores á la historia y á la sociedad en que viven, y las creaciones poéticas, por más originales que sean, tienen sus antecedentes y han de labrarse con materiales conocidos. Cabalmente, en esto consiste la verdadera originalidad, en presentar lo ya conocido bajo una forma y con un fin completamente nuevo.

Debo decir en este lugar, é importa repetir lo que ya más de una vez he consignado, que para Cervantes, como verdadero

artista, la cuestion é interés por excelencia fué la excelencia de su obra en la esfera literaria: esto és, que aunque sean nobles, elevados y profundos sus disfrazados propósitos y solapados intentos: por más filosofía, enseñanza, doctrina y provecho que el QUIJOTE contenga ó encierre, la cuestion de arte fué para el autor, como lo es para mí, la primera, y el fundamento de la disculpable vanagloria que mostró al llamarse autor «único y solo,» y el escogido por el destino para escribir este gran poema. La prueba de que considero el valor del QUIJOTE en ese terreno como el principal, es que, á pesar de haber yo iniciado y desarrollado el comentario filosófico de esta obra, he sido tambien uno de los que más han llamado la atencion hácia sus bellezas orgánicas ó de estructura, que son en realidad las grandes bellezas en el arte.

Y no podia ser de otro modo el criterio de un gran genio. Las más grandes ideas sobre filosofía, política ó moral; los más sanos consejos y advertencias, pueden ser, y lo son generalmente en los hombres, caudal que podríamos llamar, de acarreo; conocimientos adquiridos, que se respiran en la atmósfera social en que se vive, ó son resultado de operaciones mentales donde sólo interviene la razon pura, y no la sensibilidad. Por esto la pura idea es en el mundo espiritual lo que en el industrial el oro, ó mejor dicho la moneda. Pasa de mano en mano y no lleva en sí la individualidad de sus poseedores. Un hombre puede tener muchas buenas ideas, como un millonario mucho oro acuñado, sin ser el uno por eso un grande hombre ni el otro el autor de su fortuna. Ambas riquezas pueden ser heredadas ó robadas. Todos podremos hablar como Platon, Sócrates ó Séneca, hacer disertaciones filosóficas, políticas ó morales que instruyan, que enseñen ó que mejoren; pero no todos pueden escribir como Sofocles, Esquilo, Menandro, Virgilio ó Dante. El arte es la gran ciencia y el gran caudal que ni se trasmite, ni se presta, ni se hereda, ni se roba, y quien posee tan gran riqueza no puede ser tan pobre de espíritu que desconozca lo que vale, á pesar y á despecho de cuanto digan los sostenedores de la escuela de la *inconsciencia* en los grandes genios. Por lo ménos, si en todo hay excepciones, Cervantes fué una de ellas en conocer su valor como artista, y la prueba de ello es, lo mucho que insistió sobre esto, y la seguridad con que varias veces pronosticó su inmortalidad y fama en el porvenir.

La literatura caballeresca era un órden de arquitectura literaria, una nueva forma de poemas épicos, labrada paulatinamente con la evolucion nueva de la civilizacion cristiana y las nuevas instituciones, costumbres y necesidades del nuevo estado social. En el fondo la tengo por mejor que la antigua clásica, encerrada en el límite estrecho del sentimiento de nacionalidad, como se advierte en la *Iliada* y la *Eneida;* y aun el alma de la *Odisea* es egoista comparada con la que da vida á los poemas caballerescos, que es la abnegacion completa en beneficio de los semejantes. Lo único que desciende es la maquinaria poética ó el elemento de lo sobrenatural y maravilloso. En la literatura antigua son nada ménos que dioses los que intervienen y se mezclan con los héroes. En la caballeresca son sabios y fadas, encantadores amigos y enemigos.

Ahora bien; ¿qué campo se ofrecia á un gran genio en la época de Cervantes para tentar sus fuerzas y alcanzar un puesto entre los grandes creadores? Ninguno más vario y apropiado que el tema de la caballería andante. Es más, si hay predestinacion, ó lo que no dá lugar á dudas, conformidad y congenialidad entre el objeto y el sujeto; entre un asunto y el autor que lo trata, ninguno mas conforme con el temperamento, la educacion, la inclinacion, el ejercicio, los antecedentes, las aventuras y hasta la nacionalidad de Cervantes, que el de la caballeresca literatura. No nos fijemos más sino en que era un soldado-letrado ya desde jóven; que sale de su casa y de España por causa de aventuras, de desafíos, y que se halla en la gran aventura de Lepanto. De esto á caballero andante no media más que la época, y siglos atrás lo hubiera sido nuestro soldado cautivo. La bendicion del padre, las armas y el caballo fueron sin duda el bello ideal de su infancia, y tal vez llege á ser un punto confirmado, que con ella ó sin ella, sin caballo y sin armas, se salió de su hogar en Alcalá de Ilenares, para buscar aventuras en la corte.

He dicho que no solo su temperamento, sino hasta su nacionalidad le inclinaban á escojer el tema caballeresco por el mejor para lucir su ingenio y cobrar fama. España habia sido y áun era la nacion más aventurera del mundo, y por eso al contestar Don Quijote sobre si hubo ó no caballeros andantes, cita los héroes ficticios y los verdaderos como si fuesen una cosa misma, ó más extraordinaria la realidad que la ficcion. Aparte de las ventajas que traia el sujeto caballeresco, existia la de amoldarse al carácter español, mejor que ningun otro asunto, y para que no se diga que hubo en esto inconsecuencia ó que suponemos demasiado libremente al hablar de los pensamientos de Cervantes, véanse las siguientes palabras que pone en boca de Sancho en el último capítulo: «Es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion, sin pagar, ofrecido sea al diablo el maravedí.» Y poco ántes dice: «no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, *buscador de aventuras.*» Este es, el pueblo bajo, el vulgo ignorante. Respecto á los caballeros y personas ilustradas, díganlo los innumerables pasajes en que Don Quijote ensalza las excelencias de la vida aventurera. Y no sin causa dice que nada más fácil que conquistar reinos y tener coronas que ofrecer, porque la historia de España ofrecia ejemplos de aventureros que habian ofrecido grandes imperios.

Todo conspiraba, pues, á que el tema de la caballería fuese el escogido por Cervantes, y si lo que llamo congenialidad de asunto y disposicion del autor es una de las causas de éxito en las obras de arte, ¿qué no debia esperarse de una afinidad tan completa? Puede desde luégo comprenderse cuán falto de base fué el juicio de que Cervantes escribió contra la caballería andante y abominó sus historias y poemas.

Una vez escogido el asunto, entraba ya la mayor ó menor capacidad en un escritor para desarrollarle, y por el pasaje que nos ocupa vemos las bellas y grandes proporciones que tomó en la mente de nuestro autor, sin salir de la esfera ó cuestion de puro arte, que es la que vamos examinando. Ya hacia mucho tiempo que los autores de libros caballerescos habian dejado de ser sinceros creyentes en los hechos y maravillas que referian, y la mezcla de la sátira va poco á poco introduciéndose en ellos, como se ve en

Pulci, Boyardo y Ariosto. El empleo de mayor ó menor ironía, censura, sarcasmo, sátira ó humor cómico en el tratamiento del asunto, es cuestion del alcance del autor ó del conocimiento de los vicios, flaquezas ó errores de los hombres y de las instituciones, y así se ve que Cervantes supera en esto á sus antecesores, por ser más inteligente y experimentado. Ahora bien, los golpes que asestó, el fin que se propuso, el objeto que envolvia en sus alegorías y las ideas que encerraba en su simbolismo caballeresco, son muy importantes, sin duda, pero secundarios en valor para Cervantes. Estos propósitos pudieron no formar parte del plan primitivo en la esfera puramente artística, y lo probable es que vinieron despues á su mente miéntras trabajaba en su obra, segun las circunstancias y escenas, si bien hay evidencia en el texto para creer, que muy luégo se asociaron á su primer pensamiento, pues si hay ambigüedad de intento en los primeros capítulos, el propósito principal se va acentuando y ofreciendo unidad de miras, desde que entra Benengeli como historiador.

Esta es la que creo sencilla historia de la generacion de la idea del Quijote en el cerebro de Cervantes; fundada en su misma version en lo que toca al aspecto ó esfera literaria, y fundada en induccion racional, por lo que hace á su segundo propósito ó alma del simbólico artificio del poema.

Capítulo XLVIII.—1.—*Hacerse famosos en prosa.*—La conciencia del valor de su obra ninguno la ha tenido como Cervantes, ni fiado con mas seguridad en la inmortal fama en lo porvenir. Mayor satisfaccion que esta no es concebible, y nada tiene de extraño que esta conciencia le hiciese parecer presuntuoso á los ojos de sus émulos, que no comprendian que el *nosce te ipsum* no admite excepciones, y que si el hombre debe conocer sus defectos ó insuficiencia, con la misma razon debe conocer su mérito y valor cuando lo tiene. Por eso la presuncion y la vanidad pierden este nombre, tratándose de los verdaderamente grandes genios.

2.—*He hallado una agradable aprobacion.*—Posible es que refiera aquí Cervantes un hecho propio. Las tradiciones, ciertas ó falsas, tienen siempre algun fundamento en su orígen, y acaso la de que Cervantes leyó su manuscrito en la casa del duque de Bejar y en presencia de varias personas que gustaron de su lectura y le aplaudieron, no carece del todo de base histórica.

3.—*Tal milagro y apariencia.*—Ha expuesto ya Cervantes que la literatura caballeresca, fuera del fundamento de la verosimilitud, no producia más que mónstruos. Prosigue el exámen con la dramática y encuentra los mismos disparates y engendros, y llega á las comedias divinas y no cambia el estado lamentable de cosas. Con todo, directamente se extiende más sobre las dos clases primeras, persuadido de que el discreto lector sabrá sacar sus consecuencias por analogía. Aun le quedaba que hablar de la literatura divina, teológica, mística ó religiosa, que era la verdadera fuente de la confusion y perturbacion en el órden espiritual y moral, por no fundarse en base alguna aceptable á la luz de la razon. Esto, que él mas que nadie conocia, por ser demasiado independiente de espíritu para ver el mal en una parte y no verlo en otra, es lo que no pudo ni debia decir clara y paladinamente por la intolerancia é interés de los poderes dominantes. Pero aunque hubiese sido posible, como en otras partes lo era, las doctrinas, homilias, sermones, disertaciones ó argumentos, logran escaso fruto ó se olvidan en los estantes de las bibliotecas. Se necesita del arte para guiar á la naturaleza, como la naturaleza es á su vez la guia del arte. Más puede y podrá el *Tartuffe* de Moliére para combatir la hipocresía, que todos los tratados didáctico-morales del mundo. Los males, errores, supersticiones, preocupaciones, locuras y fanatismos, que aquejaban á la sociedad, y con diversas formas la han aquejado siempre, necesitaban un gran censor satírico y cómico que los vapulase é hiriese con golpes y heridas que penetrasen profundamente y no se olvidasen de la memoria de los hombres, y para eso está el arte y para este arte los grandes maestros. Cervantes no sólo pinta esos males en una forma imperecedera y monumental en el Quijote, sino que muestra el interior y secreto mecanismo que los produce y los sustenta; presentando la causa única generadora, que es la fiebre cerebral ó locura producida por un completo extrañamiento y olvido de la vida real, sea justo ó injusto, bueno ó malo, el objeto que causa este fenómeno. Desde el momento en que se aleja el hombre de la contemplacion y estudio de la naturaleza y del ejercicio de la razon libre, entran los quijotismos de toda especie, y el mundo en que se vive es un mundo de fantasmagorías y embelecos, fraguados por la delectacion que siente el ánimo en ocuparse de continuo en aquello que le seduce y cautiva. Este es el secreto gérmen de los disparates y alucinaciones de todos los fanáticos.

4.—*Así son ellos como yo soy turco.*—Los lectores pueden hacer muchos comentarios, que aquí no se exponen por falta de espacio, sobre lo imposible que es hacer venir á la realidad de la cosas, á los que se hallan preocupados por una falsa ida, recordando el sin número de ejemplos en nuestra historia y áun en ciertas clases, en nuestros dias, que se empeñan siempre en atribuir á causas maravillosas ó divinas lo que tiene un orígen natural y sencillo.

Capítulo XLIX.—1.—*Precisa y extrema necesidad.*—En el curso de las afecciones cerebrales, no hay peor síntoma ni daño más temible, que cuando el paciente toma argumento de su propio estado en el órden moral ó físico. El deducir consecuencias á gusto de sus ideas, le produce una gran satisfaccion y tranquilidad de conciencia, que influye en su manera de ser físico, y esta sensacion agradable en lo físico que aumenta la energía de la fiebre, vuelve á obrar sobre lo moral. Casi ya vencido Don Quijote por los razonables argumentos de Sancho, apela á la introduccion de nuevos usos, pues los encantadores son gente que pueden progresar en sus artes, y por último se tranquiliza con la tranquilidad de su conciencia, que en tal situacion de los dementes es como poner una luz artificial á un reloj de sol: siempre les dá el mismo giro y se dirige al mismo rumbo.

2.—*Lo que su escudero ordenase.*—Admira la facilidad, arte y delicadeza con que Cervantes se lanzaba á tratar de los asuntos más espinosos, y puede decirse, que en el Quijote, donde todos los mas altos, espirituales y poéticos asuntos se tratan y presentan, apénas hay uno del órden más vil, que escape á la pluma de nuestro admirable artista. Este realismo es el único de buena ley; y encanta más, áun cuando se sabe y se ve que va mezclado y envuelto en el idealismo más seductor que puede ofrecer el poeta. Cervantes habia sabido explorar los dos polos.

3.—*Carecería de toda razon y buen discurso.*—Y áun podia haber añadido Don Quijote los hechos de los españoles conquistadores del Nuevo Mundo, que, si no estuviesen confirmados por seguros testimonios, parecerian sacados de fantásticas leyendas.

4.—*Turpin dellos escribe.*—Aunque con buena intencion, que era la exaltacion de la fe y de la Iglesia, este Turpin, ha quedado ya como el proto-tipo de los embusteros. Hay muchos arzobispos de esta clase en todas las literaturas profanas y divinas.

5.—*Porque no se tome de moho.*—Bellezas incomparables del humor cómico de Cervantes, y pintura fidelísima de los fenómenos que produce la exaltacion fanática. Esta funda de vaqueta, nombrada *por más señas*, es hermana carnal de la barba que, «por más señas», tenia la cabeza del gigante, y prima consanguínea de otras señas particulares que se dan de cosas y casos que sólo existieron en la imaginacion de sus narradores. En cierto modo, Don Quijote explica de un modo cómico el por qué no la vió el canónigo en su visita á la armería. ¿Cómo la habia de ver si estaba *enfundada?*

Capítulo L.—1.—*Para gobernar su estado.*—Bien poco debe ver quien no vea cierto tira y afloja, y cierta mezcla de verdadera locura y de locura fingida en este graciosísimo discurso de Don Quijote. Viene á ser como el contrapuesto prisma bajo el que debian ser mirados los libros de caballerías por los entendimientos elevados, imaginaciones poéticas y temperamentos activos: y hé aquí otro nuevo argumento y razon por lo cual Cervantes, ni por conviccion, ni por carácter, ni por inclinacion, ni por temperamento podia ser el enemigo de esta clase de lectura. Una cosa es la cuestion del mérito ó belleza artística, que es lo que reprende, censura y crítica por los labios del canónigo, y otra el sujeto y las ventajas y efectos que, bien tratado, debia producir, y áun imperfectos como eran en la mayoría, produjeron realmente en los entendimientos elevados y corazones bien nacidos. Los grandes hechos y atrevidas hazañas engendran historias ó epopeyas, como éstas engendran héroes á su turno. Nadie puede negar el influjo de los poemas heróicos de los pueblos en la imaginacion y el carácter de los que de niños se aficionan á su lectura, pues esto prueba que son de la madera de que aquellos se hacen. Los «Hombres ilustres» de Plutarco, han producido infinidad de ilustres hombres en todos los países, y apenas se hallará uno de los que ocupan merecido asiento en el templo de la fama que no haya amamantado su inteligencia y contribuido á formar su carácter con la lectura de heróicas historias. La parte, pues, que abonaba á los libros de caballerías y podia poner en la sombra sus defectos, bien á la luz la pone aquí Cervantes, profundamente enamorado de estos libros. Él los leyó desde su infancia y contribuyeron á desarrollar su temple aventurero y caballeresco. No es ficcion, ni parte de retórica en nuestro autor el decir que su lectura desterraba la melancolía y pudiera mejorar la condicion del que la tuviese mala. Es pura introspeccion de Cervantes el decir que hacia á los hombres poseedores de esa serie de excelentes cualidades que enumera, y sobre todo, á ser blandos, pacientes, y sufridores de trabajos y de prisiones. En este razonamiento de Don Quijote anda interpolada la verdad y el sofisma; pero la una no puede perder ni sufre contagio de la otra, y cada parte ha de ser apreciada por sus propios méritos. Cuando el mismo autor declara terminantemente en el Quijote, que él trata de sí mismo en la fábula, y no puede ser bajo otra personificacion que la del hidalgo, es preciso darle crédito; y no porque sea ó no su palabra, con la añadidura *honrada*, que dijo Tiknor; sino porque la evidencia interna del libro lo demuestra. Cervantes no era ni nunca fué enemigo ó censor á bulto y á carga cerrada de los libros de caballerías, como otros escritores de su tiempo, de mejor discurso en otras materias, que el que en esta desgraciadamente mostraron. Esto se pone aquí de manifiesto de modo que no queda lugar á la menor duda. Es preciso que Don Quijote disparate, tratándose á fondo y de lleno sobre el importante tema de la literatura caballeresca, que es la idea perturbadora de su cerebro; pero como dice muy bien el canónigo, hay mezcla de verdad y de mentira en su argumento, y si la mentira es hija y pertenece al dominio de su locura, la verdad es hija y pertenece al dominio de la razon y la discrecion. En la parte sofística habla Don Quijote; en la parte discreta se transparenta Cervantes, y si Byron y otros críticos hubiesen leido con atencion este pasaje, no dijeran que Cervantes quiso matar el herosimo y zaherir la hidalguía. Fué cabalmente lo contrario. Léjos de una censura, lo que aquí vemos es una queja. Pero el daño está en que la ignorancia y la preocupacion de los tiempos eran grandes barreras para comprender el espíritu de una obra, en que tan mezclado anda lo serio y lo cómico, lo ingenuo é irónico, la locura real y la artificiosa.

2.—*Si disparates sufren concierto.*—Shakespeare pone en su *Hamlet* un concepto semejante en los labios de Polonio. Dice el príncipe al viejo cortesano, que «seria tan jóven como él, si, como el cangrejo, caminase su vida hácia atrás,» á lo que responde Polonio: «aunque esto sea locura, *hay método en ella*».

Capítulo LI.—1.—*Que al gusto agradables.*—El tipo de este Vicente de la Roca, se puede llamar *clásico* en el sentido de que representa verdaderamente una clase ó muchedumbre numerosísima en todos los pueblos; pero en especial en España y singularmente en Andalucía. Quitando el detalle de las plumas, que ahora no se usan, puede pasar por el retrato de muchos *desplumadores* que se usan y se usarán todavía por largos siglos. El modo de narrar Eugenio el cuento, es admirable por la fluidez, viveza y galas de lenguaje. Parece como una respuesta ó el otro platillo para formar balanza con el de Marcela, y si no me equivoco en mi opinion, paréceme que el objeto de Cervantes es mostrar, que la pobre de la mujer, ora sea casta ó desenvuelta, ora fácil ó difícil, constante ó varia, como sea hermosa, pues de lo contrario, nadie se acuerda de ellas, en lo general, ha de lograr igual concepto y correspondencia de parte de los enamorados, por no ser posible contentarlos á todos, de lo cual nace el despecho amoroso en los pechos enamorados. Marcela recatada, y Leandra ligera, llegan á producir el mismo resultado entre los mozos de sus pueblos, que se quejan de celos, aunque ni la una en su virtud ni la otra en su abandono dieron causa para ellos. Todo el secreto en esto es, la fascinacion que engendra la fuerza poderosa de la hermosura: *vis superba formæ.*

Capítulo LII.—1.—*El vencedor de las batallas.*—Es preciso ir siguiendo el hilo y reconociendo la casi invisible gradacion con que Cervantes va cambiando el aparente carácter del Barbero y del Cura, especialmente del primero, hasta que ya en la segunda parte se descubre cierta secreta antipatía y oposicion entre el Barbero y Quijano el Bueno La respuesta que aquél da á Eugenio

es harto maliciosa y epigramática en los labios de un hombre que sinceramente quiere el bien de su convecino, pues no habia necesidad de hacer esos burlescos y exagerados elogios ante un extraño, cuando se estaba tratando de la curacion de Don Quijote. Prueba de lo importuno de la respuesta es que dió lugar á una refriega entre dos hombres que no tenian el más remoto motivo para venir á las manos.

2. — *Quizá por no ser buenos.* — Admirable pincelada epigramática. No alcanzo y quisiera que alguno de los críticos de la letra (que ya equivale á *de la legua*), explicase, qué tiene que ver con una sátira de los libros de caballerías, el espíritu constantemente anti-idólatra y hostil á los religiosos que tan marcado se ve en el protagonista. Lo opuesto seria lo procedente, porque el proto-tipo de los caballeros y el mejor de los libros, que parece haber sido el modelo y guía de Don Quijote para seguirlo y de Cervantes para imitarlo, no dan márgen á tal conducta del ingenioso hidalgo. Para ridiculizar la mayor parte de estos héroes, fuera necesario que Don Quijote fuese lleno de escapularios y rosarios, oyese misa dos veces al dia y se confesase una vez al ménos por semana, y anduviesen siempre en juego ermitaños y consoladores espirituales; pues hasta el mismo Don Galaor, que es de un carácter alegre y poco esprupuloso en respetar doncellas, iba á misa siempre que estaba en cortes ó en lugar poblado.

3. — *Que ahora corre.* — La expresion de, «quien de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto», y la de «dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre», se dan la mano y conspiran á la misma intencion.

Supone que proscrito el ejercicio de la razon, el mejor caballero, el mejor ciudadano, el más sabio y digno de toda recompensa, vendria á caer rendido á los piés de los que se degradaban desconociendo su alteza y sus fueros. Por eso dice el socarron de Sancho: «¡Oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años!»

La expresion segunda de Don Quijote quiere dar á entender, que estaban los tiempos demasiado comprometidos y la supremacía clerical demasiado exagerada y poderosa para exponerse á defender ciertos fueros y realizar ciertos bellos ideales del hombre sabio y bueno. Tal confesion seria improcedente en Don Quijote y un gran desacierto en Cervantes si se entendiese en el sentido literal. Por lo demás, véase qué entendia Cervantes por «mal influjo de las estrellas.»

Don Quijote sale de su aldea libre como el ave y con un noble ideal en su fantasía, y en su última aventura se ve rodeado de un cura, un canónigo, otro cura, cuatro clérigos, porcion de disciplinantes, ensabanados y encapirotados, gente de iglesia *por aficion:* cuatro cuadrilleros que representan el despotismo civil, un carro de bueyes que le conduce lentamente, una jaula donde vá atado de piés y manos, y, por último, una imágen de una Vírgen. No se puede dar mayor acumulacion intencionada del elemento eclesiástico avasallador y el elemento civil á la disposicion y voluntad del religioso para supeditar, paralizar, y entomecer la peregrinacion de la sociedad española, ó de Cervantes mismo, que fué señalada víctima en su vida y sucesos. Aplíquese, pues, al autor, á su nacion, ó á la humanidad entera, cuya conciencia, inteligencia y voluntad áun estaban *enjauladas* y cohibidas por el Estado y por la Iglesia, lo que Sancho dice á su amo, que va *embaido* y *tonto*, y á lo que cree éste de sí mismo, que va *encantado*, ó sea sin voluntad, razon, ni movimiento hasta que quieran sus *encantadores;* el simbolismo no puede ser ni más sutil, ni más ingenioso ni más exacto.

4. — *Ofrecido sea al diablo el maravedí.* — El azar ó aventura, lo misterioso de lo incierto, variable y contingente, siempre tuvieron grande atractivo para la imaginacion de las razas latinas. Aun mal escritos satisfacian esta inclinacion los libros de caballerías. Pero este mismo excesivo amor á la libertad completa y salvaje del individuo, fué y áun sigue siendo el mayor obstáculo á la consecucion y goce de nuestras libertades políticas y sociales. La civilizacion y la cultura son la negacion de esa libertad mal entendida que nos encanta.

5. — *Antigua ermita, que se renovaba.* — Sabiéndose lo que Dulcinea personificaba, se ve lo donoso y sarcástico de la ocurrencia de suponer pergaminos, hablando de la hermosura de esta dama, en los cimientos de una vieja ermita: esto es, un símbolo *enterrado* y otro símbolo *super-puesto:* la luz de la razon escondida y supeditada por las tinieblas de un sombrío sistema de política dominadora. El autor es cada vez más explícito y ménos cómico al tratar de Dulcinea. Ya no interviene la mezcla de aparente burla al tratarse de ella en los primeros manuscritos hallados en el Alcana de Toledo, y sólo se hace lugar y da entrada á una breve mencion de Rocinante para dorar la píldora. Allí se decia que «tuvo la mejor mano para salar puercos que hubo en toda la Mancha.» Aquí se habla formal y sériamente de la *hermosura* de Dulcinea, que es la última y solemne declaracion que hace Don Quijote en la última aventura de la segunda parte, ó sea en su vencimiento por el caballero de la Blanca Luna.

Como Cervantes censura las inverosimilitudes de los otros libros de caballerías, no se hallará ninguna en su obra en lo que toca á la propiedad del carácter, acciones ó conceptos de los personajes; pero se permite esta que nos ocupa y otras muchas que hemos notado y cuyo objeto es revestir á su historia y héroe de cierto misterio de antigüedad y co-evidad que la saque de las condiciones ordinarias, siempre que razona ó entra en juego el cronista. Para excusar toda objecion en este punto, ha tenido cuidado de decir, que el autor era moro y que no habia que fiar en los que tal ley profesan.

6. — *La tercera salida de Don Quijote.* — Los versos que siguen, como los que anteceden á esta primera parte, tienen varios objetos. Uno es el de ridiculizar y parodiar la costumbre de imprimir libros llenos de elogios de los amigos de los autores, de que tanto se habia abusado, figurando á la cabeza de los mantenedores de este abuso el vanaglorioso Fray Lope de Vega Carpio. Otro es el de entrometer indicaciones sobre el sentido espiritual de los personajes y no es el ménos visible el de mezclar lo serio y lo disparatado á fin de hacer pasar sus atrevidos conceptos.

FIN DE LAS NOTAS DEL TOMO PRIMERO

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO

Páginas

Vida de Cervantes, por don Nicolás Diaz de Benjumea. I

Dedicatoria. LXIII

Prólogo. LXV

Elogios. LXIX

Capitulo primero. — Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha. . . 1

Capitulo II. — Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote. 7

Capitulo III. — Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero. 14

Capitulo IV. — De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta. 21

Capitulo V. — Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero. 29

Capitulo VI. — Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.. 34

Capitulo VII. — De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha. 42

Capitulo VIII. — Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion. 48

Capitulo IX. — Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron. 57

Capitulo X. — De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero. . . 63

Capitulo XI. — De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros. 69

Capitulo XII. — De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote. 76

Capitulo XIII. — Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos. 83

Capitulo XIV. — Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos. . . 93

Capitulo XV. — Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses. 101

Capitulo XVI. — De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo. . . . 109

Capitulo XVII. — Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal Don Quijote pensó que era castillo. 117

Capitulo XVIII. — Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas. 126

Capitulo XIX. — De las discretas razones que Sancho pasó con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos. 137

Capitulo XX. — De la jamas vista ni oida aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha. 146

Capitulo XXI. — Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero. 160

Capitulo XXII. — De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir. 172

Páginas

Capitulo XXIII.—De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan. 184
Capitulo XXIV.—Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena. 196
Capitulo XXV.—Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo de la penitencia de Beltenebros. 206
Capitulo XXVI.—Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena. . . 223
Capitulo XXVII.—De cómo salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia. 231
Capitulo XXVIII.—Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y Barbero sucedió en la misma Sierra. . 248
Capitulo XXIX.—Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto. 263
Capitulo XXX.—Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo. . 275
Capitulo XXXI.—De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos. 286
Capitulo XXXII.—Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote. 296
Capitulo XXXIII.—Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente. 304
Capitulo XXXIV.—Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente. 324
Capitulo XXXV.—Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente. 343
Capitulo XXXVI.—Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron. 352
Capitulo XXXVII.—Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras. . 363
Capitulo XXXVIII.—Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras. . . . 374
Capitulo XXXIX.—Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos. 379
Capitulo XL.—Donde se prosigue la historia del Cautivo. 388
Capitulo XLI.—Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso. 400
Capitulo XLII.—Que trata de lo que además sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse. . . 420
Capitulo XLIII.—Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos. 428
Capitulo XLIV.—Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta. 438
Capitulo XLV.—Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad. 447
Capitulo XLVI.—Del fin de la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote. 455
Capitulo XLVII.—Del extraño modo con que fué conducido encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos. 464
Capitulo XLVIII.—Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio. 475
Capitulo XLIX.—Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote. . . 483
Capitulo L.—De las discretas altercaciones que Don Quijote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos. . . . 491
Capitulo LI.—Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quijote. 499
Capitulo LII.—De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor. 505
Notas sobre el sentido espiritual del Quijote. 517

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO PRIMERO

	Páginas
Dedicatoria de los Editores.	Portada
Retrato de Cervantes.	1
Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas tomadas de orin.	4
Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo.	8
Con sosegado ademan unas veces se paseaba.	18
Le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle.	22
Y ponia mano á la espada y andaba á cuchilladas con las paredes.	32
Mas el Cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos.	34
Llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando.	48
Y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese.	60
Con voz enferma y lastimada dijo: «Señor Don Quijote, ¡ah! Señor Don Quijote.»	102
Desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban.	124
Se la puso luégo en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje.	162
Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad.	172
Alzó un guijarro que halló junto á sí y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quijote.	204
En esto le sirvieron de peine unas manos.	250
Y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa.	268
Apénas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: «¡Ah ladron Ginesillo!».	282
Lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud de esta Clori, que dice ansí:	328
En el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama, y en la derecha desenvainada la espada.	344
Callaban todos y mirábanse todos, Dorotea á don Fernando, don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda.	354
Y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa.	404
Quedó tan cerca del suelo, que con las puntas de los piés besaba la tierra.	436
No caminando más de lo que permitia el paso tardo de los bueyes.	466
Y oyeron que Sancho Panza decia con lágrimas en los ojos: «¡Oh flor de la caballería!»	510



